AMÉRICA PELIGRA

600 Años de Azarosa Historia de 1419 a 2013

Grandes Sucesos están por Producirse.

25ª Edición

Salvador Borrego E.

1ª edición	octubre	de 1964	5,000 ejemplares
2ª	"	mayo	de 1965	5,000 ejemplares
3ª	"	junio	de 1966	5,000 ejemplares
4ª	"	abril	de 1969	5,000 ejemplares
5ª	"	febrero	de 1973	5,000 ejemplares
6ª	"	febrero	de 1977	5,000 ejemplares
7ª	"	enero	de 1978	3,000 ejemplares
8ª	"	octubre	de 1978	3,000 ejemplares
9ª	"	junio	de 1979	3,000 ejemplares
10ª	"	junio	de 1980	3,000 ejemplares
11ª	"	enero	de 1982	3,000 ejemplares
12ª	"	marzo	de 1983	3,000 ejemplares
13ª	"	julio	de 1984	3,000 ejemplares
14ª	"	agosto	de 1985	3,000 ejemplares
15ª	"	enero	de 1987	3,000 ejemplares
16ª	"	enero	de 1988	2,000 ejemplares
17ª	"	enero	de 1992	1,000 ejemplares
18ª	"	enero	de 1995	1,000 ejemplares
19ª	"	agosto	de 1998	1,000 ejemplares
20ª	"	octubre	de 2000	1,000 ejemplares
21ª	"	mayo	de 2003	1,000 ejemplares
22ª	"	agosto	de 2005	1,000 ejemplares
23ª	"	enero	de 2008	1,000 ejemplares
24ª	"	agosto	de 2010	1,000 ejemplares
25ª	"	abril	de 2013	1,000 ejemplares

PEDIDOS:
S. B. Escalante
A. Badillo, Apartado Postal 6-628,
México 6, D.F.

Tel. / Fax: 55 46 34 65

rosaura.tapia@hotmail.com
Impreso en México

Diseño de portada: Fulgencio Bonilla.

CAPITULO I

Alma en Formación

Adquiriendo Conciencia de una Nueva Nacionalidad.
Simientes de Nacionalidad.
Fuerzas Negativas y Dóciles Masas.
La Continuidad de las Generaciones.
Diversas Manifestaciones de un Mismo Mal.

La evolución y perfeccionamiento de un pueblo se realiza primero en el interior de su conciencia y luego emerge al exterior en creaciones tangibles.

ADQUIRIENDO CONCIENCIA DE UNA NUEVA NACIONALIDAD

México es un conjunto de riquezas y de miserias, de energías estáticas y de fuerzas en acción, de anhelos ansiosos de ascender y de insidias empeñadas en frustrarlos; México es un arcoiris de impulsos positivos y negativos, que aún no se funden en una sola luz: es un país en busca de la plenitud de su nacionalidad.

La nación va adquiriendo plenitud a medida que sus integrantes van cobrando conciencia de su nacionalidad. En México tenemos todavía una enorme masa de población carente de esa conciencia, pues de la vida primitiva de lo indio —rodeada de sombras y alentada por destellos— pasó al torbellino del mestizaje para transformarse en algo distinto y nuevo. Y este proceso no concluye aún.

Así como la conciencia tribual determina que el individuo dedique algo de su esfuerzo a la preservación y al desarrollo de su tribu, la conciencia de nacionalidad —de un orden superior a la primera— de-

termina que el ciudadano encauce parte de sus energías y de sus anhelos hacia un ámbito mayor, hacia el desenvolvimiento de su nación.

Familias aisladas, sin conciencia de los peligros comunes que las acechan y de las metas comunes que desean alcanzar, no forman el organismo mayor, más fuerte y creador, llamado tribu. Y así igualmente las comunidades sin conciencia de unidad no forman el organismo mayor, complejo y múltiple, llamado nación.

Al despertar a la vida el individuo empieza sintiendo sólo los estrechos límites que puede ver y palpar; sólo en ellos cree y sólo dentro de ellos se mueve; su ser lo configura el ámbito de su familia y fuera de ella está la comarca de lo extraño y lo hostil. Cuando esa conciencia se amplía, cuando puede percibir que el agrupamiento de varias familias integra un organismo en cierta forma superior a ellas, como la tribu, entonces su vida de relación se eleva a un ámbito más amplio y parte de sus anhelos se encauzan también hacia metas más lejanas y reclaman asimismo un esfuerzo mayor.

Todavía dentro de los límites de la tribu, el individuo se siente parte de un organismo social que puede ver y palpar a cada instante; la realidad incisiva de sus sentidos le da a cada paso constancia de la efectividad de la vida de relación en que se mueve. Pero de ahí en adelante la conciencia individual y tribual necesita saltar sobre un abismo para convertirse en conciencia nacional, que opera ya dentro de un ámbito que el testimonio de los sentidos no alcanza fácilmente a percibir.

Sólo cuando este esplendor de la conciencia ocurre, a través de las misteriosas vías metafísicas de la fe que complementa la evidencia diaria de los sentidos, es cuando una miríada de minúsculas existencias confluye a formar la vida y el futuro de una nación. Y sólo entonces es cuando existe una nacionalidad en plenitud en que se potencian todos los esfuerzos, los anhelos y las esperanzas de sus integrantes.

México todavía no alcanza esa plenitud porque tiene una gran masa de población que ciertamente no carece de la nacionalidad externa y circunstancial —dada por el simple hecho de nacer en determinada región geográfica—, pero en todo lo social sí carece de la nacionalidad interior que sólo se adquiere mediante una conciencia de conjunto, bajo una misma tradición y un sendero común. Sendero tan común que la suerte adversa o afortunada del compatriota o de las generaciones futuras hace sentir su influencia en la propia sensibilidad.

La forma externa de la nación es el perfil geográfico; en nuestro caso dos enormes costas recortadas por el mar y dos líneas divisorias, una de ellas marcada por la desgracia que no supimos dominar; y dentro de este perfil, una extensión territorial de infinitos contrastes y

una masa de población igualmente contradictoria: ignorantes y cultos, misérrimos y acaudalados, irresponsables y conscientes, vulgares o sensibles a todas las gamas del espíritu.

Pero todo esto es sólo el cimiento terrestre, el pedestal geográfico, sobre los cuales se erige lo que es la esencia de la nación, o sea la conciencia y el sentimiento de pertenecer a una misma alma nacional.

Pese a su palpable evidencia, la dimensión geográfica y la vida jurídica de una nación son menos auténticas y firmes que la conciencia de nacionalidad de sus integrantes. Por eso frecuentemente ha ocurrido que naciones privadas del dominio de su territorio, de sus instituciones y de su propio mando político, pero con ciudadanos unidos espiritualmente, han sobrevivido a la desgracia y han triunfado de ella.

La nación no alcanza su plena existencia sólo con territorio y con un nombre. Egipto, el de los faraones y la esfinge, no fue lo que fue en la historia por el suelo que abarcaba y por el nombre con el que se le conocía. Lo fue por el espíritu, por el ímpetu común, por la confianza mutua de los egipcios que daban aliento a su nación en su paso por la historia. Grecia, la de minúsculas fronteras, la de territorio quebradizo y precario, está todavía allí, en el mismo sitio, bajo el mismo cielo, rodeada del mismo mar, y sin embargo, no es la misma de hace 25 siglos porque no arde en ella el espíritu común de aquellas generaciones ya idas que alentaron su esplendor.

La nacionalidad estática, la que simplemente es clasificación legal, la que se adquiere sin ninguna acción específica y por el simple hecho de haber nacido en determinado lugar, la lleva el individuo por fuera y jamás ha dado origen a nada grande. En cambio la nacionalidad dinámica, vital, la que desenvuelve energías y aspiraciones para alcanzar metas nacionales, no simplemente metas individuales, es la que da plenitud a una nación. Y podría decirse que el agrupamiento de habitantes, como vecinos de un mismo hotel, da origen al país, en tanto que el agrupamiento de ciudadanos unidos por el lazo de una misma familia nacional da origen a la nación.

A medida que aumenta el número de ciudadanos con conciencia de nacionalidad, es decir, con nacionalidad dinámica, el país va dejando de ser colonia material o moral de otras naciones y cobrando plenitud en todas sus funciones; va dejando de ser simple hotel en que se alojan muchos seres vecinos bajo un mismo sistema administrativo para convertirse en el hogar de una gigantesca familia.

Los pueblos con mayor conciencia de nacionalidad son los que han dado origen a naciones de mayor influencia en la historia. Ni la extensión territorial ni los recursos naturales son factores decisivos; cada nación es la cúspide de fuerzas espirituales, de emociones conjuntas, de voluntades perdurables, de orgullosos esfuerzos colectivos;

de renovadas tareas acumulativamente heredadas, de hombres que tácitamente se unen a realizar una obra común.

Toda empresa comienza en el hombre y es simple efecto de las fuerzas espirituales que mueven a éste. La Patria misma es realización y consecuencia de los hijos que la integran, pero no antecedente de ellos ni don gratuito. Y México no adquiere aún su madurez porque somos un conglomerado de tendencias contradictorias, un heterogéneo conjunto de voluntades activas y de voluntades inmóviles, de arranques pasionales sin continuidad de esfuerzo y de influencias extrañas. En este torbellino de energías difusas van dificultosamente abriéndose paso los impulsos que tienden a formar la conciencia nacional. Frecuentemente son esfuerzos aislados entre los cuales median abismos, desiertos de inconsciencia y de irresponsabilidad.

No somos prolongación del Imperio Azteca y es torpe e irreal que nos juzguemos desposeídos de sus logros. Aquéllos no éramos nosotros, aunque algo llevamos de ellos. E igualmente ocioso es suspirar por la grandeza de la colonia; México fue entonces el primer centro político, económico y cultural de América, pero principalmente por obras de españoles, y aquéllos tampoco éramos nosotros, aunque algo llevamos de ellos.

Con el nombre de México no podemos designar ni al Imperio Azteca que sucumbió con la Gran Tenochtitlán, ni a la Nueva España que desapareció con la Independencia. México es la resultante de esas dos fuerzas y su evolución hacia la plenitud se realiza a medida que sus hijos adquieren conciencia de su nueva nacionalidad.

SIMIENTES DE NACIONALIDAD

El territorio de lo que ahora es México estaba habitado por veintenas de tribus cuando llegaron los españoles; tribus de diferentes idiomas o dialectos, de distintas características raciales, de diversas costumbres y pasiones, pueblos de muy distintos estados de evolución, separados uno de otro por distancias de siglos.

Entre los conquistadores españoles había también distintas vetas, viejas herencias de godos, fenicios, celtas, visigodos, romanos, cartagineses, griegos, árabes e iberos. Hombres blancos fundidos en un haz de voluntades y anhelantes de llevar su espada y su fe a través de mundos nuevos.

El choque armado entre el indio y el español se resolvió en dos batallas, pero la sangre en la corriente del mestizaje continuó por mucho tiempo su silenciosa lucha para armonizar sus heterogéneas herencias; diferentes épocas de la evolución humana confluyeron en esta aleación bajo el signo de una nueva fe desconocida en América.

Si en el reino mineral ciertas aleaciones son benéficas; si en el reino vegetal el híbrido desenvuelve ventajas y adolece de irreparables fallas, en el misterio vital de las aleaciones raciales las desventajas van rezumándose y llegan a ser finalmente superadas. Así ocurre una vez más en la historia con la nueva nacionalidad mexicana, que no es ya lo español ni lo indígena, si bien es portadora a la vez del arrojo ibero de Cortés y del sacrificio estoico de Cuauhtémoc. Las simientes de esta nueva nacionalidad han dado ya destellos prometedores del México en desarrollo; tallos de trigo luchando por emerger en la maleza; simientes acosadas por minorías negativas y sin soporte en las masas todavía inconscientes bajo las sombras de lo indefinido.

La aleación de las sangres hispanas y aborígenes fue un sismo íntimo que levantó unos estratos y hundió otros y que ha proseguido en internos recambios en busca de su equilibrio emotivo y de su nueva forma. Y este equilibrio interno, concebido a través de generaciones, va siendo el pedestal de la nueva conciencia mexicana.

Confundir lo indígena con lo mexicano es vivir quinientos años atrás. El indio dejó de ser factor activo de la historia en estas tierras desde que la alianza de tlaxcaltecas y españoles derribó el Imperio Azteca, en su tiempo única manifestación indígena con aspiraciones de nacionalidad. Tras la llamarada de la conquista que no sólo derrotó las armas de los indígenas sino también su espíritu, éstos se convirtieron en masa amorfa, en sujetos pasivos de la historia.

El español fue el amo indiscutible; dominó en lo físico y en lo espiritual, destruyó ídolos, implantó idioma, construyó las bases para una nueva nacionalidad y al cruzar su sangre dio origen al mestizo, alma en conflicto por el cisma que le dio origen, contradictorio por las diversas vetas que heredó y que de momento no acertaba a armonizar, indefinido e indiferenciado como todas las manifestaciones primarias de vida.

Se necesitó el transcurso del tiempo y la interacción de las múltiples herencias raciales para que comenzara a surgir la conciencia de una nueva nación, por caprichos del azar bautizada con el viejo nombre del pueblo mexica, que prácticamente había dejado ya de existir. Y el nacimiento de esta nueva nacionalidad no ha terminado porque todavía no concluye el mestizaje en que las variadas herencias se sintetizan, se concretan y se armonizan para afirmarse en una misma dirección.

Por eso en rigor racial y espiritual —no en simple clasificación demográfica— hay relativamente pocos mexicanos, dispersos en el enorme espacio territorial de dos millones de kilómetros cuadrados y diluídos en la masa todavía imprecisa de millones de premexicanos.

Entre las islas de conciencia nacional hay muchos habitantes de casi nula actividad que han dejado de ser indios, supuesto que ya no pueden reanudar la vida que cortó la Conquista, y que aún no despiertan a la nueva nacionalidad mexicana derivada de lo indio y lo

español. **Hay menos mexicanos de lo que solemos ufanarnos, pero en su minoría concentran tal ímpetu de energía, voluntad y conciencia, que son ellos quienes sirven de estructura a la vida civilizada de la comunidad y quienes van realizando algo positivo entre las fuerzas estáticas y la corriente de impulsos anárquicos o negativos.**

Prescindiendo de lirismos que más aspiran a aparentar grandes cosas que a lograrlas, es evidentemente claro que hay 92 millones de habitantes en México, pero que un enorme porcentaje aún no tiene conciencia de nacionalidad. Y en rigor práctico sólo actúa como miembro de una nación el que hace algo por ella, bien sea algo humilde o brillante.

El mínimo esfuerzo que sólo basta para un mísero vivir personal es propio del primitivo que vaga aislado, pero apenas integre familia, tribu o pueblo, el sano instinto lo mueve a aportar un remanente para la existencia y expansión del organismo superior al cual pertenece y del cual recibe a su vez protección y auxilio. **El cimiento de una nación es el esfuerzo que cada uno de sus ciudadanos realiza para cubrir sus propias necesidades y para dar un remanente o superávit a la comunidad.** Esto es factible desde la más simple hasta la más encumbrada tarea.

La **nacionalidad teórica,** la que aún carece de conciencia y de energías en movimiento para garantizar un propio sustento cada vez mejor y para aportar algo en beneficio común, nada vale en la vida de una nación. Es la **nacionalidad dinámica,** vital, practicada con hechos a través de una vida brillante u oscura, la que va dando mármoles o ladrillos para el edificio nacional.

Una evidencia que nos empeñamos en no ver es la del indio, realmente extranjero en lo que fue su tierra, extranjero sin idea siquiera de lo que es patria, por más que literatos o soñadores lo señalen como el núcleo de la nacionalidad. Lo indio no es representativo de lo mexicano; está irremisiblemente destinado a ir siendo absorbido en el fuego del mestizaje, y cuando mucho se conservarán algunas de sus expresiones y de sus características como forma vacía, como huella del pasado, como voz congelada de los siglos idos o como recuerdo de uno de los dos antecedentes raciales que nos dieron el ser.

Lo mexicano palpita ahora en la descendencia de la conjunción de lo indio y lo español, y es una minoría de sangre ya estable, definida, que transformó y adaptó las herencias de lo ibero, que ya no domina, y las del aborigen, que irremisiblemente se desliza por su silencioso oscurecer. Afirmar lo contrario es tomar como México lo que es apenas factor de México.

Ciertamente hay una gran población todavía con características aborígenes, pero no es la que va dando forma a la nación. La minoría de mexicanos es la que sirve de estructura al país y la que le infunde sus más acentuados rasgos de progreso por la fuerza con que actúa, por la fuerza con que siente su responsabilidad y por la fuerza de sus anhelos. Esta minoría armoniza las herencias de lo positivo del español y del indio y es en ella donde cobra vida la nueva nacionalidad mexicana.

Ahora está en juego que esta minoría mexicana crezca y afirme el destino del país o que sea abrumada por las influencias negativas internas y las fuerzas enemigas externas. Toda vida que brota tiene un plazo para imponerse o desaparecer. De lo que haga la generación adulta de hoy y una o dos más que se apuntan ya en el jugueteo de la niñez actual, dependerá la suerte de México.

Las fuerzas espirituales del mexicano tendrán que congregarse para asumir la lucha de conjunto, o bien no serán capaces de sortear el peligro y por tanto habrán sido indignas del triunfo. Sus anhelos de formar una nacionalidad dueña de sí misma habrán de materializarse a través de acciones de conjunto o declinar en melancólica agonía. Una nación no es obra del azar, sino de hombres ligados por una misma conciencia y una misma responsabilidad.

FUERZAS NEGATIVAS Y DOCILES MASAS

La confluencia de razas cristalizó una nueva nacionalidad y a la vez arrojó, como resaca de tormenta, una minoría de nebuloso instinto para la cual México es sólo tierra de botín. En este grupo de rapiña quedaron ancladas la herencia negativa del indígena que perdió la fe al derrumbarse sus ídolos y la del aventurero rapaz que no estaba a la altura noble de la conquista. El heredero de esas sombras es escéptico de las fuerzas propias y está presto siempre a la traición que le reporte algún bien personal; carece espiritualmente de Patria y no siente ni siquiera la nostalgia de ella. Tal es el antimexicano.

Esta especie negativa ha disfrutado de la ventaja de hallarse organizada en grupo. Se le ha organizado desde el extranjero porque fuerzas extrañas a nuestra nacionalidad la percibieron con fino olfato como su aliado natural y le han brindado protección y apoyo.

La lucha entre el mexicano y el antimexicano —este último con raigambres internacionales—, **está planteada para decidir el futuro de México.** Por ahora, relativamente poco se ha ganado y nada se ha perdido en definitiva. Nos hallamos todavía en el umbral de las oportunidades abiertas al esfuerzo o de los abismos reservados a las claudicaciones; posibilidades negativas y positivas.

Y junto al mexicano, polo positivo de la nacionalidad, y el antimexicano —polo negativo—, hay una masa que vegeta en los linderos del Limbo; una masa de población todavía sin categórica forma racial y

sin conciencia, una masa de premexicanos, tan prestos a ser arrastrados hacia las negaciones como hacia las afirmaciones.

Este grupo es esclavo orgánico de su vida casi vegetal y en su modorra de planta no es libre de elegir su propia suerte: sólo yace y se nutre según la lluvia y el sol que el azar le depara. Junto a la fuerza depredadora (antimexicana), junto a la minoría de conciencia nacional (mexicana), esa masa humana-vegetal (premexicana) vive sobre el mismo suelo, pero en diferente siglo.

Todavía en el proceso de la síntesis del mestizaje, esta masa primitiva no es sujeto sino objeto pasivo de la historia; en su inconsciencia de 400 años atrás, y en su irresponsabilidad de criatura infantil, es presa fácil de la minoría antimexicana que con periódica constancia la engaña para utilizarla de fortín. Y con frecuencia sufre también el olvido de la minoría mexicana que se siente diferente y distante de ella.

Como núcleo de la premexicanidad se encuentra el indio, muchas de cuyas tribus parecen cansadas de vivir y en franco proceso de disolución. Con la caída de Cuauhtémoc el indio dejó de ser factor activo de nuestra historia y por sí solo no puede ser ya el defensor de la nacionalidad, puesto que carece de conciencia nacional y mal podría defender algo que ignora. En el crepúsculo de su antigua vida el indio es apenas un elemento primario para la nueva nacionalidad.

LA CONTINUIDAD DE LAS GENERACIONES

Como en la vida de las naciones el tiempo transcurre más lentamente que en la vida de los hombres, sólo el tránsito de una generación a otra marca un paso de adelanto o retroceso. La tarea de una generación es demasiado transitoria y precaria si no se prolonga en la vida de las demás. La generación adulta establece este nexo, lo señala y lo exige a la siguiente.

La unión entre nuestras sucesivas generaciones es todavía débil por la falta de conciencia de nacionalidad en una gran masa de habitantes y porque muchos de las acontecimientos del pasado no son obra propiamente nuestra. Hay una historia de los aztecas escrita con sangre de sacrificios, enhiesta y brava hasta su declinar en la derrota de Cuauhtémoc, pero . . . ¡es azteca! Hay una historia de los conquistadores, con rasgos crueles y a la vez llena de hazañas, de prolíficas obras, pero . . . ¡es española! Ambas son herencia, no cosecha propia.

La historia del mexicano empieza en fecha muy reciente, tan reciente así que casi carece de pasado. Al igual que el joven no tiene mucho en qué apoyarse y el centro de su esfuerzo gravita en el porvenir, cosa que ciertamente es un **privilegio de juventud.** Esto implica la urgencia de aumentar y vigorizar los nexos que sirven de eslabón entre sus generaciones.

La minoridad del mexicano no es una desventaja insuperable si logra transmitir sus anhelos y sus impulsos a sus descendientes, puesto que así centuplica su influencia en el futuro y suple en la dimensión del tiempo lo que le falta de número en el momento transitorio del presente. Siempre han sido las minorías las que han abierto brechas en la historia; en todas partes la muchedumbre que no es fertilizada y dirigida por aquéllas, se inclina a las regiones de la oscura inconsciencia, a los vicios de la pereza, del camino del menor esfuerzo, de la desconfianza a las grandes empresas, de la fácil sumisión y de la ausencia de vergüenza.

Y entre las minorías es la juventud la que mayores posibilidades tiene para la acción, no sólo por sus energías vitales, sino además porque es indispensable no haber dejado de crecer, no haberse instalado definitivamente en la vida, no hallarse totalmente adaptado a una circunstancia, a fin de atreverse a modificarla. Porque al fin de cuentas lo que llamamos realidad no es más que materialización de antiguas ideas, materialización que a su vez puede modificarse y transformarse bajo el peso de vigorosas y persistentes ideas nuevas corporizadas en acción.

Pero la actividad de una generación joven no surge por azar; es la consecuencia y la continuidad de las generaciones precedentes. Si se debilita o se rompe el nexo que las une —y tal es el peligro que se acentúa en México— la juventud ya no prosigue la tarea nacional y se convierte en fácil presa de fuerzas extrañas al país.

La conciencia mexicana irradia impulsos de desarrollo y por razón natural se orienta hacia su plenitud, pero de ninguna manera es una fuerza solitaria en el vacío; tiene obstáculos qué vencer y hostilidades qué derrotar. El triunfo no es seguro si el impulso que se desarrolle para alcanzarlo no es más fuerte que las asechanzas. Por ser esta evidencia tan frecuentemente soslayada se han menospreciado los peligros y se ha impedido así el acrecentamiento de los recursos defensivos.

En un futuro próximo va a resolverse si la minoría mexicana habrá de prevalecer o si será vencida y tornará a confundirse con la masa, ya sin la esperanza del que inicia una lucha, sino con la amargura del que es desplazado de ella. Ante estas dos posibilidades que plantea el futuro, **la generación adulta tiene el apremio vital de eslabonarse más firmemente con las nuevas generaciones.** Ser padre es sencilla función biológica, pero serlo en todas las manifestaciones de la mente y del espíritu requiere un esfuerzo que apenas comienza con el nacimiento del hijo.

Es muy frecuente referirse al potencial que representan para el futuro las energías de la juventud, pero esto es bien poco —pese a su grandeza física— sin un anhelo que las ilumine y dirija, y que evite que las energías en plenitud biológica se despilfarren en la molicie o sean arrastradas a la subversión.

La nacionalidad no es una fuerza estática, ya concluída, sino una energía siempre en movimiento; cuando pierde su facultad de transmitirse y mejorar, automáticamente comienza a descender. —Cuando las generaciones adultas debilitan sus nexos con las siguientes sobreviene el naufragio de la nacionalidad. Nunca las grandes tareas han sido obra de una generación aislada; las que cosechan victorias han sido siempre precedidas por otras que perseveraron en su misión y que la transmitieron a través del tiempo; entre los que vencen y sus antepasados hay siempre un nexo de ineludible consecuencia.

Las generaciones jóvenes de ahora, brazos en plenitud de las generaciones muertas, formas remozadas de la misma corriente vital que trasciende la brevedad del tránsito humano —para ir a concluir su misión a lejanos confines— son el eslabón viviente, el reiterado resucitar del espíritu que anima a una nación.

Por eso entre las graves asechanzas presentes, una de las peores es la que amenaza con precipitar a la juventud en la frívola disipación, apartándola de sus tareas esenciales de afirmar la salud, de fortificar el carácter, de adquirir conocimientos, de cultivar los ideales y de renovar sus valores trascendentes. De todos los asaltos que la integridad de México ha padecido ha logrado salvarse hasta ahora la conciencia de su juventud y este es un tesoro cuya pérdida marcaría la peor derrota de la nacionalidad en crecimiento.

El más grave de los peligros actuales es el asalto internacional para apoderarse de las nuevas generaciones mediante la captura de su conciencia, y este riesgo reclama la más decidida defensa en un esfuerzo que sobreponiéndose al miedo —nacido del instinto material de la conservación física— se apoye en el valor, nacido de la virtud espiritual de conservar la moral.

DIVERSAS MANIFESTACIONES DE UN MISMO MAL

La riqueza o pobreza de un pueblo, su dicha o su desdicha, la complicación o simplificación de sus problemas no son en la inmensa mayoría de los casos circunstancias externas y ajenas al mismo pueblo. Contra toda apariencia, no son cosas que el azar les obsequia o les impone cruelmente, sino fuerzas o debilidades del alma del mismo pueblo, que luego se van materializando a su alrededor.

Lo esencial para que un pueblo sea dueño de las circunstancias y de su destino es que primero sea dueño de sí mismo, cosa que no ocurre en México porque todavía **la conciencia de nacionalidad no es compartida por todos** ni existen los nexos firmes de responsabilidad y mutua ayuda que caracterizan a una familia nacional. Esto es lo que ha condensado nubes de problemas en la vida de México. El horizonte no es tan negro en realidad ni es tanta la pobreza, ni tan decisivos e insuperables los problemas económicos.

A medida que la conciencia nacional se hace más viva y actuante y a medida que se extiende a las masas, las circunstancias desfavorables se van simplificando. **Las debilidades del alma nacional son el problema básico, el causal, el más grave;** su mejoría es sin excepción la mejoría de todos los demás.

El valor de una nación no reside básicamente en la amplitud de sus territorios ni en sus riquezas naturales, características ambas que facilitan o dificultan el progreso, pero no lo crean. El verdadero valor reside en la riqueza espiritual de sus pobladores, que es de donde luego emanan las cristalizaciones materiales. Cuando esa fuerza del espíritu aún no se desarrolla, de poco sirven las riquezas naturales, que son entonces mal explotadas o inexplotadas del todo. Y cuando un pueblo próspero se reblandece por dentro de sí mismo, en su alma nacional, de bien poco le sirven las riquezas que había creado y en todo caso hasta la fuerza de sus ejércitos. Si decae el ímpetu de nacionalidad de sus habitantes —sentimiento íntimo e intangible— también se desploman irremisiblemente por fuera todas las manifestaciones materiales de la nación.

Los pueblos cuya alma nacional se halla en proceso de formación afrontan débilmente los obstáculos que encuentran a su paso. Por eso ocurre en México y en otros muchos países de Iberoamérica que las riquezas naturales no son bastantes para mitigar la pobreza. Nada de lo favorable en las circunstancias o en la tierra es suficientemente aprovechado y ninguno de los dones del azar resuelve los problemas. Porque el verdadero conflicto reside en el alma del pueblo, que mientras más infantil e inarticulada sea, más manifestaciones complejas y terribles presenta en el mundo de los hechos y de la materia.

La diversidad de nuestros problemas fluye de una **insuficiente conciencia nacional,** de la escasez de gente responsable de sí misma, que imponga el ritmo de su acción y de su espíritu al paso de la nación entera. De nuestra variable, débil, insegura naturaleza personal de país joven, se derivan conflictos a torrentes: conflictos económicos, agrícolas, comerciales, sanitarios, culturales y de todos los órdenes. Pero su origen, no es ocioso repetirlo, está más en el interior de nosotros mismos que en el medio que nos rodea.

Jamás podrán resolverse desde el exterior de los pueblos los múltiples problemas que los azotan. **La solución verdadera está por dentro,** en la intimidad de las fuerzas espirituales, porque si la escasez de víveres y el ambiente insalubre y la falta de agua nos dejan inertes y míseros, esta desgracia no sólo está en el ambiente. Por sí mismas tales circunstancias son sólo acicate cuando afectan a una nacionalidad madura, pero si hieren sin producir reacción, si golpean sin provocar

indignación y desquite, es que la desventura anida en el alma del pueblo y no simplemente en sus desventajosas circunstancias.

Falso, por ejemplo, que México sea un país pobre porque carece de dinero y que esta pobreza de divisas o de billetes de Banco justifique muchas de nuestras desgracias y de nuestras miserias. Ningún país ha nacido rico y no es la moneda la que da la riqueza a los pueblos, sino la aptitud de éstos para crear valores, representados luego por un dinero sano y firme. El dinero no es la riqueza de las naciones; es apenas una de las consecuencias visibles y tangibles de las riquezas espirituales que alientan a la nación.

Es mercantilista y sofística la afirmación de que somos pobres y de que **sólo con capitales extranjeros podríamos dejar de serlo.** Si esta tesis fuera justa, ningún país del mundo sería rico, puesto que todos han comenzado siendo pobres. Ninguno ha nacido con divisas en los Bancos y con capitales para que sus súbditos muevan empresas. La riqueza nacional ha sido una consecuencia de factores sicológicos en acción. Tal es el único modo firme y auténtico de acumular riqueza. Obtener créditos extranjeros o importar capitales son **coadyuvantes altamente eficaces,** pero siempre que en primer término haya un esfuerzo propio.

Indiscutiblemente la instrucción pública es un instrumento de primer orden para resolver los problemas nacionales, pero tampoco es suficiente cuando se carece de un impulso que sepa utilizarlo con frutos. Quienes han dicho que la falla fundamental de México es la falta de instrucción sólo han dicho una parte de la verdad, porque si esta debilidad desapareciera no por eso se resolverían todas las demás. La instrucción es recurso valioso que rinde o no, según sea firme o negligente el carácter del hombre que la adquiere. Es la actitud síquica lo único que puede hacer mal o buen uso de todo lo que es instrumento del espíritu. La espada vale lo que vale quien la maneja, y de no ser así, no habría alfabetizados y hasta universitarios que no sirven para nada, ni hombres que sin títulos son útiles a la comunidad. Los existencialistas que resbalan hacia lo anormal, los rebeldes sin causa, delincuentes, los beatniks, etc., son casi siempre de educación secundaria y hasta de universidad.

Algunos afirman con apariencia científica que el problema básico de México es la desnutrición y que la mayoría de nuestro pueblo es desidioso y abúlico porque se halla mal alimentado. Pero esto no pasa de ser la consecuencia de una causa, de la causa primaria, o sea la **incompleta conciencia nacional,** que impide un empuje categórico para convertir las riquezas naturales en fuentes de sustento. Sólo un conglomerado que todavía no cruza la etapa vegetativa y que aún no entra en el ámbito de la acción persistente y vigorosa puede permanecer indefinidamente miserable en un país con tantas posibilidades positivas. La lucha fructuosa por el sustento es el primer síntoma de la adultez de un pueblo.

Los científicos que creen explicar con tablas de deficiencias proteínicas, vitamínicas y calóricas la actitud desidiosa de un populoso sector, sólo están hablando de un efecto, pero no de la causa, pues es la actitud del hombre frente a la vida lo que luego condiciona la pobreza de sus alimentos, ya que cuando esa actitud cambia, automáticamente el hombre muestra más actividad, ambición, impetuosidad, habilidad y decisión para mejorar su sustento.

A medida que el individuo va desprendiéndose de la masa primitiva e indiferenciada, a medida que va adquiriendo forma propia y conciencia de sí mismo y de su nacionalidad, sus ambiciones crecen y sus esfuerzos se desarrollan para adquirir lo que hace falta a sus anhelos. **La miseria de una masa de población premexicana es en su punto de partida una pobreza de conciencia, y después, al manifestarse exteriormente, es una pobreza material.** Es una pobreza de conciencia por indiferenciación racial. Sin tener esa modorra casi vegetal, ningún grupo puede yacer mucho tiempo inactivo en un medio subhumano, a veces hasta sujeto a la explotación y la injusticia.

Si la minoría mexicana une sus impulsos para hacerse sentir y si estimula a otros grupos de población propensos a dar el salto de la masa anónima a la minoría consciente, esto contribuirá más a resolver los múltiples problemas nacionales que muchos estudios seudocientíficos prácticamente inoperantes. Lo fundamental es ir modificando la actitud síquica del pueblo. A medida que ésta cambie comenzará a cambiar todo lo demás, porque en una u otra forma las obras y creaciones humanas nacen como producto de una determinada decisión espiritual.

Este es el punto de partida para estudiar los problemas de México. Las investigaciones económicas, etnológicas, sociológicas que no se subordinan y se armonizan con la realidad de que el tronco de nuestros problemas es espiritual, sino que pretenden explicarlos por sí mismas, resbalan por fangosas disquisiciones, por filigranas técnicas que no van a la esencia del mal, aunque lo tocan por diversos puntos periféricos.

Cuando los economistas hablan del bajo ingreso de las masas y afirman que en esta circunstancia reside la explicación de la ignorancia, de la disipación, de la vagancia y de la criminalidad, dicen sólo una parte de la verdad. Pero en última instancia ese bajo poder adquisitivo es **un efecto,** no **una causa,** de la actitud sicológica del hombre ante la vida. Un conglomerado mísero, pero con ambiciones o ideales, sale airoso del fenómeno económico adverso, o por lo menos lo sortea mil veces mejor que un conglomerado pobre y todavía sin impulsos espirituales para imponerse.

Las fallas fundamentales tampoco se superan con los remedios teóricos de una tupida madeja de leyes contra delitos, abusos y arbitrariedades, pues cuando una ley no se apoya en una atmósfera espiritual —invisible, pero efectiva— no pasa de ser, con su consiguiente cauda de burocracia, inspectores o policías, otro reducto legal de nuevos explotadores y de mayores abusos. Mientras no se modifica la actitud síquica del ciudadano y de los encargados de aplicar una ley, ésta tiene superficial vigencia y por perfecta que sea no rinde jamás lo que se esperaba en teoría. Sin una aceptación categórica que les sirva de cimiento, las leyes son una superestructura sin existencia verdadera en el diario acontecer de los hechos donde se desenvuelve la nación.

No es posible cuidar cada paso ni fiscalizar cada acto. Sólo las fuerzas morales pueden moralizar un ambiente: las leyes ayudan como instrumento, pero nada resuelven por sí mismas.

Todos los problemas de México están formados en cierta proporción por las circunstancias **y en mayor grado por la actitud espiritual del pueblo.** Las circunstancias desfavorables no podrán modificarse mientras esa actitud espiritual no sea de mayor conciencia y de anhelos más claros, enfáticos y decididos a la lucha.

Como nada puede emprenderse sin que intervenga el factor hombre, como ninguna teoría puede transformarse en acción si no es por la acción humana, toda manifestación de la vida nacional se halla sujeta a la índole del impulso espiritual que la promueve. No es por fuera, en su exterioridad, por donde el hombre puede evolucionar a estratos de vida más plena, sino por el interior de sí mismo, ampliando su conciencia y poniendo en movimiento sus energías dormidas. Y es aquí donde se localiza la raíz única del árbol frondoso de lo que hemos dado en llamar problemas de México. En realidad no son tantos, ni tan complejos, ni tan irresolubles como parecen. Todos se resumen en:

1o. Que el núcleo racial, consciente de sí mismo y de su responsabilidad hacia los demás (o sea el núcleo mexicano) es aún insuficiente y actúa en forma dispersa sin unificar su esfuerzo;

2o. Que tenemos una masa de habitantes todavía sin anhelos dinámicos, que viven más como vegetales que como humanos, seres prestos a ser moldeados para el bien o para el mal (en realidad masas de premexicanos); y

3o. Que por el otro extremo hay un núcleo activo (de antimexicanos) al servicio de fuerzas extrañas a México: un núcleo que sí ha unificado sus esfuerzos y que pretende inclinar la balanza para liquidar a los primeros y dominar a los segundos.

CAPITULO II

Premexicano, Mexicano, Antimexicano

Los tres Grupos de Población.

El Premexicano en la Infancia de la Nacionalidad.

Los Titubeos de la Transición.

El Mexicano, Armonía y Voluntad.

Sin Responsabilidad no hay Nacionalidad.

Manos Extrañas en nuestra Nacionalidad.

A lo homogéneo se le define; a lo heterogéneo se le clasifica antes de definirlo.

LOS TRES GRUPOS DE POBLACION

Mucho se ha hablado del mexicano para mal y para bien y demasiadas cosas suenan a falso, lo mismo cuando se le enaltece que cuando se le censura. Las definiciones que se han hecho del mexicano contienen algo de verdad, pero no lo abarcan; lo presentan con sombras exageradamente densas o con ilusorios resplandores de grandeza. La confusión surge de la falsa hipótesis de que los 92 millones de habitantes de México integran una misma conciencia nacional; ciertamente pertenecen al mismo país, pero tanto en sus costumbres como en sus sentimientos hay tres claros grupos distantes entre sí por divergencias de anhelos y por abismos de siglos en su evolución.

La dificultad de definir al habitante de México se simplifica cuando se advierte la evidencia de que hay una minoría dotada ya de conciencia de nacionalidad (el mexicano), una mayoría todavía sin esa conciencia (el premexicano) y una minoría consciente, pero negativa (el antimexicano), y que las tres conviven bajo el mismo nombre. Este nombre genérico es el denominador común de los tres grupos, cuyas características y tendencias son distintas y frecuentemente opuestas en-

tre sí. Los dos grupos minoritarios son los activos y los que de tiempo en tiempo chocan mutuamente y arrastran consigo contingentes más o menos numerosos de la masa premexicana, atraída por destellos de verdades o por el falso brillo del engaño.

El mexicano se distingue por el rasgo propio de aquilatar el bien de México como un factor importante de su acción, en tanto que el antimexicano persigue el bien personal como meta y justificación de todas sus acciones. Pese a los fracasos sufridos, el mexicano es idealista y no ha perdido la llama de la fe; distingue causas justas e injustas y está presto a luchar por las primeras. El antimexicano es de fría desilusión y no busca lo justo o lo injusto, sino lo conveniente a su egoísmo, al cual disfraza y justifica como viveza y sentido práctico.

Para el mexicano cuenta más el ideal y para el antimexicano el Poder; de ahí que éste no se incline a ninguna causa que no ofrezca seguridades de victoria inmediata, en tanto que aquél sacrifica los logros materiales en aras de los valores morales.

En el torbellino de la confluencia de las sangres indias e ibéricas, el mexicano representa la síntesis que no naufragó en la borrasca y que emergió con sentido armónico; que no conservó en su espíritu el recuerdo angustioso de la derrota india ni el rasgo rapaz del vencedor. Y el antimexicano es el fracaso de esa unión, es el fruto inarmónico que perdió la fe en lo nacional y se refugió en el cinismo del bienestar puramente material. Grupo de rapiña que no siente obligaciones y que cuando se acerca a las masas es para usarlas de ariete o fortín.

Entre esos dos polos, hermanos por la sangre y rivales por el espíritu, vegeta la masa del premexicano, población inerte heredera de un torbellino de influencias raciales que aún no cristalizan en conciencia nacional. En este grupo yacen energías formidables que al rezumarse a través de las generaciones buscan su propio equilibrio y su integración.

Esta masa premexicana no se halla exteriormente en acción y no se dirige a ningún punto. Su más acentuada característica negativa es la inconsciencia y su rasgo positivo es el estoicismo, esa fuerza pasiva que le permite sufrir privaciones infrahumanas y soportar silenciosamente el atropello.

La existencia casi vegetal del premexicano ha sido factor preponderante en las desgracias de nuestra historia. Pero aún no termina la lucha y está por decidirse si esa fuerza neutra, aparentemente petrificada, se volverá positiva aliada del mexicano o se tornará cautiva y dañina en poder del antimexicano.

EL PREMEXICANO EN LA INFANCIA DE LA NACIONALIDAD

Antes de la conquista el indio poseía sus dioses, sus ritos, sus dialectos, sus guerreros y sus costumbres; y con todos los rasgos bárbaros que su incipiente civilización tuviera,

era la suya, la que su mente y su corazón iban forjando dificultosamente, a distancia de siglos y quizá de milenios de la civilización europea. Al consumarse la conquista todo cayó destrozado, no solamente en la derrota militar que suele ser transitoria, sino en una derrota espiritual y definitiva. En ese momento lo que era incipiente civilización azteca quedó privada de futuro. Nada había que pudiera salvarse del naufragio, nada que por su calidad pudiera con el tiempo imponerse a los valores superiores que traía el español.

Desde ese momento el indio, como tal, quedó condenado a desaparecer, ya fuera por el camino de la extinción o por la evolución racial y espiritual del mestizaje. Fue en ese instante cuando terminó el "meshica" su carrera y cuando comenzó a existir el premexicano, ser nuevo en un país naciente cuyos desconocidos valores apenas comenzaba a balbucear.

Haber perdido el antiguo camino de la Gran Tenochtitlán, sin encontrar todavía el nuevo, es la desolada situación interna del premexicano, ya sea el indio que como indio carece de futuro o el mestizo de incompleta evolución, en cuyas sangres hay tempestad de inclinaciones que no propician aún la vida armónica en sociedad. Es todavía la etapa de la acomodación de estratos, la aleación de diversas sangres en el crisol del mestizaje.

La nacionalidad real —no la teórica— es acción espiritual que trasciende la vida limitada del individuo para insertarse en el ámbito grandioso de la comunidad nacional. La nacionalidad real, dinámica, implica que la conciencia individual adquiere además conciencia colectiva, en lo que el individuo siente que su existencia personal —palpable a los sentidos— ha de vincularse a una existencia mayor, aunque ésta parezca invisible y abstracta. Y como el premexicano aún no puede dar ese salto, carece todavía de conciencia nacional, o sea de nacionalidad espiritual; su nacionalidad es sólo denominativa y legal.

El premexicano vive vegetativamente absorto, cautivo en sus limitadas fronteras individuales. Sus pensamientos y sus emociones no se elevan aún para fundirse en la espiritualidad colectiva que es la esencia de las naciones. Cada uno es un extraño para el otro; es el primitivo cuyo mundo termina en el reducido lindero de su propio ser, característica ésta de las primarias formas de existencia. **El premexicano es capullo en agonía, en la antesala de la transfiguración. Lo revela en su serena tristeza, en la tristeza de lo primitivo que en él está muriendo.**

En su pluralidad de tendencias el premexicano no es todavía ninguna de ellas; es la lucha de los estratos raciales por hallar el acomodamiento bajo los nuevos valores. Por eso, en conjunto, es cambiante y veleidoso, más allá de lo que suele serlo todo ser adulto. El de hoy no es el mismo que el de ayer y seguramente tampoco será el mismo

de mañana. Carece todavía de una firme base biológica que le permita organizar sus sentimientos.

En ese torbellino de influencias internas guarda débiles nexos con sus antecesores y ante sus ojos absortos en el fugaz presente no procede de ningún punto fijo ni se dirige a ninguna parte. Carente todavía de conciencia nacional, carece, naturalmente, de cauces y de misión cívica. Ni siquiera su existencia —privada de un "por qué"— la siente con categórico afán y oscila entre el temor primitivo y la indiferencia a la muerte.

Sin la luz de una clara y definida conciencia nacional, sin un rumbo perdurable, sin la esperanza de una meta viable, el premexicano carece de móviles para la acción y consecuentemente yace en la pereza. No es la pereza acosada del que sabe que tiene que hacer algo y no lo hace, sino la inactividad completa e irresponsable inacción del que no siente nada por hacer. Su imposibilidad de percibir el futuro le produce la sensación de carencia de tarea.

En esa penumbra de su existencia es humilde ante el hombre de acción e inerte ante el abuso. Movido más por las influencias exteriores que por impulso de su débil y titubeante voluntad, todo en él es accidental. Su vida es más bien un accidente que una obra.

Por apremios del instinto es padre biológico, pero en innumerables casos no prohija las más elevadas manifestaciones de la vida, jerarquía para la cual no lo capacita su inconsciencia, y de ahí que abandone con facilidad a sus hijos o que los deje crecer al azar, como el árbol que arroja su semilla y que no puede auxiliarla después en su camino.

En lo económico el premexicano es un desastre. No solamente es pobreza lo que sufre, sino miseria, miseria que va seguida de suciedad, enfermedades y toda clase de desventuras. Este punto es de particular importancia porque de él se derivan muchas interpretaciones sofísticas. Algunos investigadores deducen que "somos inferiores por pobres, no por mexicanos", y esto agrada al oído, pero es completamente falso si lo vemos con entereza. Porque la miseria del premexicano no es una causa, sino un efecto; la causa primera es el mismo premexicano. Su peor miseria la lleva dentro, en su personalidad parcialmente inconsciente que le impide tener reacciones vigorosas ante las inclemencias exteriores. Al parecer sus energías se hallan en lucha interna consigo mismas, faltas de unidad y coherencia para ejercerse hacia fuera. Los auxilios exteriores logran bien poca cosa en estos casos y no hay presupuesto ni obra social que baste para elevar a una masa que no tiene categórico interés en elevarse.

La miseria del premexicano carece de justificaciones externas. Cuando más, puede hablarse de circunstancias coadyuvantes, aliadas secundarias de esa miseria, pero jamás causas. El territorio es vasto y

las riquezas por explotar son gigantescas, lo mismo en las tierras que en las selvas y en los mares.

Es absolutamente falso, aunque superficialmente convincente, hablar de la pobreza nacional como de una causa, y como de una causa que justifica, precisamente, la continuación de esa pobreza. Según esto, los pueblos ricos recibieron herencias extrahumanas procedentes de otros planetas. ¿No fue acaso su trabajo el que los hizo ricos? ¿No fueron sus ambiciones de bienestar y de plenitud nacional lo que los impulsó a vencer el medio y arrancarle a la Naturaleza, pedazo a pedazo, lo que ahora es su riqueza?

Ningún pueblo en la historia comenzó siendo rico; ni sus tierras producían solas, por fértiles que fueran, ni sus peces saltaban por sí mismos a la sartén. Fue el trabajo conjunto, el ahorro acumulado de ese esfuerzo, la ambición común de doblegar las inclemencias del tiempo, y el anhelo nacional de evolucionar hacia formas de existir más plenas, lo que ha hecho grandes a los pueblos, que siempre han empezado siendo pobres.

La miseria del premexicano (que es una herida sangrante en la vida de México) no es una causa ni una justificación. Es un efecto. Nada ganamos soslayando esta verdad y consintiendo la mentira agradable de que nuestra miseria es natural porque nacimos en ella. Algunos estudiosos de México han llegado a decir que hay "resentimiento del mexicano por la situación económica que le ha tocado en suerte". No hay nada más absurdo que asumir esa actitud de víctima y culpar al destino de algo que solamente es obra nuestra.

Igualmente erróneo es pretender explicar y justificar la miseria (característica exterior de la masa premexicana) como el resultado de la explotación del hombre por el hombre. Aunque verdadero en casos particulares, se trata en general de oropelesco sofisma que es arma política, filigrana de demagogia o de sentimentalismo, pero falsedad absoluta en cuanto a las masas de casi nula actividad. Mal puede explotarse al que no produce. Y aun en los casos particulares de explotación de un grupo, ésta perdura y se agranda por la carencia de aspiraciones y reacciones vigorosas que frenen el abuso.

Lo fundamental es que para las masas premexicanas, sumidas en la penumbra de su inconsciencia, ni siquiera el hambre o las inclemencias del tiempo son suficiente acoso para moverlas a la evolución y al progreso. Vegetan, pero no actúan, y yacen en plácida o penosa tristeza, más como objetos que como sujetos.

Evidentemente el premexicano no se basta en lo económico a sí mismo y esto revela que se halla todavía en la infancia de la nacionalidad; no es que carezca de aptitudes para mejorar su modo de vida, sino que todo aquello que el mexicano o el extranjero percibe que le falta como esencial al premexicano, éste no lo siente así. Su miseria

es mucho menos sensible para él mismo que para otro ser ya evolucionado. Y es esta insensibilidad lo que le impide mejorar su destino. Para elevarlo no hay erario ni servicio social suficiente porque no es ayuda sino dádiva permanente lo que espera.

La lucha eficaz por el sustento diario y el progreso es el primer síntoma de la adultez de todo grupo social. Es evidente que hay improductividad o muy exigua productividad del premexicano, que tan a menudo se disfraza de activo con ocupaciones infructuosas que no requieren esfuerzo. Y además esto va unido a su incapacidad de ahorro y a su total carencia de sentido económico, razón por la cual poco mejora cuando circunstancialmente suben sus ingresos. Si no sabe administrar un jornal para paliar su miseria convirtiéndola en pobreza, tampoco sabe administrar el doble. Si falla su sentido de la mesura, si no percibe y relaciona los tres tiempos de la existencia, o sean las experiencias del ayer, los hechos del presente y las necesidades del futuro, su vida queda atomizada en fragmentos siempre aislados del presente, sin huellas de enseñanza y sin oteos de porvenir.

Y todas estas fallas, que lo hunden en la sordidez de la miseria y que retrasan y dificultan la evolución de sus descendientes, no son consecuencias de la miseria, sino CAUSAS DE ELLA. **Su problema central radica en la infantilidad de su conciencia,** y esto lo expone al engaño y al cohecho de la minoría antimexicana, que lo corteja y adula para utilizarlo como ariete o escalón.

La mujer perteneciente a este grupo también adolece de las mismas fallas; la dejadez de su persona y la carencia de ambiciones justas para ella y su descendencia son la continuación de una niñez vacía ensombrecida por la miseria. Los dones que en gracia femenina recibe esta mujer no son cuidados ni siquiera con aliño y limpieza. Como esposa y como madre es deficiente porque su blandura de inconsciencia no es un apoyo ni un incentivo a la evolución del esposo y de los hijos.

Esta mujer no alienta a superarse ni al marido ni a los descendientes, y su condescendencia no debe confundirse con la auténtica abnegación; solapa las insuficiencias del esposo incumplido o del hijo disipado y abúlico. Blandura no solamente estéril, sino además dañina; pereza retocada de amor y de virtud. Del infortunio y de la queja, que ella misma ayuda a redondear, hace una falsa heroicidad.

Reconocer las desventajas del premexicano no implica de ninguna manera la menor sombra de discriminación. La esencia del individuo, su espíritu, está considerado en un plano metafísico como algo semejante en todos los mortales. Pero el instrumento del espíritu en el mundo físico es material y consecuentemente entraña diferencias. Es diferente según el estado de evolución, las razas y el medio en que se desenvuelve, ya que se halla sujeto a las contingencias de las leyes naturales que rigen a la materia.

Es así que tales diferencias no justifican discriminaciones de ningún género, pero sí necesitan ser clasificadas para el examen sociológico, el cual ha de ser ajeno a todo concepto de degradación. El niño es inferior en ciertos aspectos al adulto, aunque no haya inferioridad en su esencia espiritual. El joven es diferente al niño, superior a él en determinadas formas y en otras inferior a sus mayores, y en el reconocimiento de este hecho real no hay ninguna pretensión discriminatoria.

Las desventajas del premexicano tienen la transitoriedad propia de toda perturbación de la materia. Pero sólo la sucesión de las generaciones y el trabajo benévolo, pero no sensiblero y consentidor de las minorías mexicanas, podrán apresurar el proceso interno de la superación de la premexicanidad. El destino de este grupo mejora a medida que su responsabilidad se acrecienta y que va adquiriendo conciencia nacional. **Al hacerse más rico su mundo interno —su sensibilidad y su voluntad— menos mísero se vuelve el medio en que se mueve, imagen o proyección de su propio ser.**

LOS TITUBEOS DE LA TRANSICION

Naturalmente la masa de premexicanos está compuesta de diversos estratos, unos más alejados que otros de la transición. El estrato superior bordea a la vez el mundo de sombras y desconcierto y el mundo de la conciencia nacional: es variable y se inclina alternativamente a ambos extremos.

En este grupo no hay nada categórico aún; ni la negativa pasividad y miseria anonadante que caracterizan a los más primitivos, ni tampoco la actividad coordinada y constante que es ya un rasgo esencial de la conciencia plena del mexicano. Sin embargo, el **premexicano de transición** tiene ya inquietudes e impulsos, por más que muchas veces flaquea y se desliza de nuevo hacia el inerte fatalismo, en el que luego naufraga abatido por el vicio o vencido por perturbaciones emocionales que no logra superar. Otras veces envuelve en vanidades su incompleto esfuerzo. A diferencia del orgullo que se apoya en algún hecho para exaltar la personalidad propia, la vanidad no requiere nada positivo para su engañosa pirotecnia y busca triunfos fraudulentos porque no es capaz de imponerse tareas auténticas. Esto sería un mal sin importancia si no paralizara —dándoles una falsa impresión de grandeza— a individuos aptos para un ascenso verdadero.

Sólo a este tipo de premexicano de transición se refirió Samuel Ramos cuando erróneamente quiso definir al mexicano con las siguientes palabras: "Como el autoengaño consiste en creer que ya se es lo que se quisiera ser, en cuanto el mexicano queda satisfecho de su imagen abandona el esfuerzo en pro de su mejoramiento efectivo. Es,

pues, un hombre que pasa a través de los años sin experimentar ningún cambio . . . y su vida transcurre, dentro de la ciudad aparentemente modernizada, como la del indio en el campo, en una inmutabilidad egipcia . . . Tiene una susceptibilidad extraordinaria a la crítica, y la mantiene a raya anticipándose a esgrimir la maledicencia contra el prójimo. Por la misma razón, la autocrítica queda paralizada. Necesita convencerse de que los otros son inferiores a él. No admite, por lo tanto, superioridad ninguna y no conoce la veneración, el respeto y la disciplina. Es ingenioso para desvalorizar al prójimo hasta el aniquilamiento. Practica la maledicencia con crueldad de antropófago. El culto del ego es tan sanguinario como el de los antiguos aztecas; se alimenta de víctimas humanas . . . Es indiferente a los intereses de la colectividad y su acción es siempre de sentido individualista".(1)

A diferencia del premexicano incipiente que por sistema rehuye el esfuerzo, el **premexicano de transición** zigzaguea entre la actividad y la holganza, entre la euforia y la melancolía y entre la fe y la desesperanza. Pequeños obstáculos y secundarios fracasos lo hacen oscilar ampliamente y variar de propósitos. Sabe trabajar, aunque no siempre lo hace, y tiene facultades que no explota a su máximo. Su vocación y sus metas son confusas y cambiantes y no encuentra estímulos dentro de sí mismo para persistir en un camino; como el ideal implica lucha persistente, o bien no es ideal sino un sueño, el premexicano de transición simpatiza con algunos ideales, pero no llega a entregarse a ellos. Es el esclavo de la "gana" que el Dr. Gómez Robleda confunde con el mexicano. En realidad es un tipo de voluntad intermitente que a veces lo impulsa a obrar y a veces a yacer. Podría decirse que en temporadas únicamente posee deseos. La voluntad es libre, autónoma, independiente, en un alto grado, de las circunstancias y de los obstáculos, en tanto que el deseo es variable, modificable por el medio ambiente y por los cambios circunstanciales. Actuar remolcado por los deseos es carecer de gobierno propio, en tanto que marchar dirigido por la voluntad es conciencia, acción perdurable, inalterable, autónoma.

Es por esto que el **premexicano de transición** podría hacer cosas valiosas, pero no las hace porque con frecuencia su voluntad desfallece y queda a merced del potro indómito del deseo —llamado "gana"— que lo arrastra o lo inmoviliza sin que él acabe por someterlo. Individualidad en formación, a medio hacerse, todavía no dueña de sí misma; irresponsable ante sus propios ojos porque a veces la "gana" es una hada que lo ayuda o un vacío que lo desarma.

Este hombre se siente atraído por una meta o persuadido por una idea; quisiera tener esto o aquello, pero no paga el precio de esfuerzo

(1) El Perfil del Hombre.—Samuel Ramos.

para lograrlo. Le atraen diversas tareas, mas desfallece en el camino; **quisiera querer,** pero **no quiere.** Y en este conflicto de las alas que tienden a elevarlo y de las cadenas que lo aprisionan aún, se torna susceptible y hostil.

Como subordinado es generalmente adulador y sumiso, camino por el cual puede conseguir beneficios con el menor esfuerzo, pero apenas se eleva un poco, se vuelve altanero e injusto con los de su misma clase, como que no tiene firmes móviles espirituales para ejercer el mando. Cuando goza de buena posición prefiere a los incondicionales respecto a los capaces porque aquéllos le dan mayor sensación de su hipotética grandeza.

Como intelectual, el **premexicano de transición** es espectador de ideas o de disciplinas artísticas, pero no se detiene en ninguna ni aporta nada de valor. Puede incluso llegar a la erudición, pero no es prosélito fiel de nadie ni creador de nada. Es una curiosidad que se asoma a todas partes, no una voluntad en movimiento. A veces mariposea en diversos campos y es vistosa luciérnaga de la inteligencia, pero ni calienta ni alumbra.

La cultura y la posición más o menos desahogada son instrumentos que este tipo de intelectual no aprovecha en ningún sentido porque le falta la conciencia necesaria para saber a dónde quiere ir. En su individualismo estéril no puede aliarse a ninguna de las fuerzas en lucha, salvo cuando degenera en antimexicano o evoluciona y se afirma como mexicano.

En el aspecto cívico, donde el individuo se relaciona con el conjunto para acrecentar la vida común, oscila entre la indiferencia y el deber. Su patriotismo es esporádico e infantil; aplaude y se emociona, se le hace un nudo en la garganta al oír el himno o grita "Viva México" en las fiestas patrias y hace estallar tronadores y cohetes, pero esto se disipa luego sin traducirse en nada activo ni persistente.

Sin embargo, el **premexicano de transición** es el más próximo al mexicano; es su vecino y su antecesor y el que más lo cela y lo envidia, lo cual no pueden hacer los estratos menos evolucionados porque se hallan temperamentalmente tan distantes que el nivel del mexicano les resulta extraño y desconocido. Entre los premexicanos de transición están quienes más discriminan y desprecian lo mexicano; prefieren reconocer valía a un extranjero que a un compatriota suyo. Se sienten ofendidos por los éxitos del mexicano, como si éstos fueran reproches a sus debilidades y claudicaciones. Toleran mejor el triunfo del extranjero porque a él no lo sienten compitiendo en la misma carrera ni en el mismo ámbito de nacionalidad. Pero esa aparente mezquindad encierra ya anhelos de superación, en la medida en que toda envidia es un parentesco de gustos y de metas. La envidia representa bajo apariencias negativas la identificación entre el que envidia y el envidiado. Aquél

desea tener lo que éste tiene: no lo desprecia porque realmente repudie sus logros, sino porque quisiera éstos para sí.

Algunos de estos premexicanos superan sus tormentas y logran ascender a la categórica mexicanidad, o bien sirven de apoyo y puente para que sus descendientes lo hagan. Pero otros, despechados, sin fe en los propios recursos, impacientes ante el avance lento del esfuerzo lícito, degeneran en forajidos de la nacionalidad. Estos últimos son los antimexicanos, los que ven a la Nación como un campo de botín y no como una madre común y que están prestos a traicionarla a cambio de que cualquier fuerza extraña les garantice honores, poder o dinero.

El **premexicano de transición** es la capa alta del grupo premexicano, de la cual surgen la minoría **mexicana** y la minoría **antimexicana.**

EL MEXICANO ES ARMONIA Y VOLUNTAD

El mexicano es el triunfo del mestizaje: las múltiples herencias armonizadas en un mismo ser; las confluencias de sangres diversas corriendo al fin por un cauce común. El mexicano es ya una conciencia dueña de sí misma bajo el dominio de la voluntad. Concluída la lucha interna, su sangre es pedestal seguro para su espíritu. Sus diversas herencias le dan un arcoiris de sensibilidades para la universalidad.

Pasó ya la época de los instintos en tempestad y de las inclinaciones raciales perturbadas que son tierra movediza impropia para la acción. Consciente de su nacionalidad es ya una luz del espíritu sobre la firme base de emociones armónicas en paz consigo mismo. Es ya equilibrio emocional, madurez mental, nacimiento de la conciencia colectiva. Porque la conciencia personal es una cosa, limitada al ámbito de los intereses puramente individuales, y la conciencia colectiva es un enlace del individuo con los demás miembros de su raza para integrar el alma de la nación.

Mientras que el premexicano es todavía la acomodación de estratos y el rezumarse de diversas sangres en la aleación del mestizaje, el mexicano vive ya en su nacionalidad como un sentimiento permanente y no sólo como una idea o como un esporádico entusiasmo. Además de su lucha por la propia existencia puede desenvolver fuerzas para la superación colectiva. La nacionalidad implica forzosamente un desbordamiento de cada individualidad para contribuir a integrar lo que se llama alma nacional, que es la esencia de las naciones.

Mientras cada premexicano vive encerrado en sus minúsculos linderos individuales, cada mexicano tiene un nexo espiritual con los demás para formar su nacionalidad. En el hombre primitivo se ve con claridad que se halla absorto en sus propias dificultades, perdido aún en sus íntimas tinieblas, y que al no percibir derechos ni deberes, ni sentimientos ni anhelos en común, no puede realizar vida nacional.

Es la evolución, el perfeccionamiento del individuo, el adueñarse de sí mismo, lo que luego permite al hombre desbordar energías que se vuelcan en una conciencia más amplia que da nacimiento a la nación. El alma nacional es una fuerza invisible generada y puesta en movimiento por muchas conciencias individuales. Es la fuerza que mantiene en relación y en armonía las células de un organismo, superior a éstas, y sin embargo, consecuencia y obra del trabajo de cada una de las células que calladamente cumplen su deber, en parte para su propia existencia y en parte para dar vida y plenitud a una conciencia mayor que ellas, que a su vez les asegura su propio sustento. Conciencias individuales que al unirse sin perder su propia forma dan origen a una de orden superior.

Tal es el modo de nacer de las nacionalidades, organismos mayores que el individuo, constelación de seres a quienes una gravitación invisible, pero actuante, acomoda en armoniosa relación.

Así como las células primarias carecen del sentido de la relación y pasan por la vida en solitaria carrera sin prestarse a ningún fin superior distinto del propio existir, así los seres de primitiva índole vegetan sin ponerse en relación con otros para dar existencia a la vida nacional. Tal es el caso del premexicano, en tanto que el mexicano forma sin palabras una alianza de células para la vida superior de su nación.

El premexicano es indiferente al porvenir porque vive cautivo de su individualidad y porque su idiosincrasia es provisional y cambiante, tanto que entre él y sus descendientes habrá poco en común; no siente que la corriente de su propia vida se bifurca en las nuevas generaciones, ni le inquieta la suerte de ellas, porque sus sentimientos no adquieren todavía la dimensión del futuro. Pero el mexicano es ya un ser estable cuya conciencia rebasa los linderos personales y se extiende al porvenir. Entre él y sus descendientes hay un nexo de continuidad; siente ya definido su ser personal y no le parecen extrañas las generaciones futuras, sino la misma esencia en carne nueva, anhelos semejantes que rejuvenecen de generación en generación.

Las grandes obras son más para la posteridad que para el presente: por eso los seres sin sentido del futuro no pueden emprender nada grande porque yacen prisioneros en su fugaz presente. A las naciones relevantes las forjan seres que burlan la prisión del hoy y que sacrifican algo de sí mismos para un mañana que los sobrecoge o los enorgullece, en la medida en que sienten vivir dentro de sí la suerte de sus descendientes.

La atomización de una existencia en el huidizo presente, sin culto del ayer y sin esperanza del mañana, es el rasgo peculiar del hombre primitivo, del hombre todavía sin sentido de nacionalidad. Pero el mexicano es ya armonía y voluntad en acción; es la realización plena de

la vida humana en un original modo de ser. Tiende a enlazar cultura, religión y técnica en una nueva proporción, distante del maquinismo febril que abruma los anhelos del espíritu, y distante también del yacer contemplativo que se somete fatalista ante las fuerzas materiales que lo acosan.

El premexicano que logra superar sus herencias negativas y afianzar y desarrollar sus titubeantes aspectos positivos se convierte en mexicano, actúa y reacciona con vivos reflejos y es capaz de variar el futuro de la descendencia, en el gusto por el disfrute armonioso de casi todos los bienes que ofrece la vida, disfrute que es muy precario en la atrofiada sensibilidad del premexicano. Otro síntoma también claramente discernible de tal metamorfosis es la satisfacción que el mexicano experimenta en la lucha, en la adquisición de bienes, en la creación, emociones de las que el premexicano carece.

En tanto que el premexicano —con su conciencia amodorrada— no es hombre de acción y en muchos casos ni siquiera de reacción, el mexicano actúa y reacciona con vivos reflejos y es capaz de variar el sitio y el modo de su existencia. Elevarse a un plano distinto al que se tuvo al nacer, ya sea perfeccionándolo o modificándolo, es propio de la intensa vida psíquica que trasciende y supera a la existencia vegetativa. Por medio de la conciencia, aunada a la voluntad, el hombre se torna más dueño de sí mismo y de sus circunstancias; éstas ya no lo avasallan y son doblegadas por él. El primer paso de los pueblos que despiertan es poder modificar su propia suerte, mejorar su forma de ser, modelar su existencia conforme a imágenes mentales superiores a la realidad. Esto es privilegio de la conciencia en plenitud.

El mexicano no se encuentra en una sola clase social, sino esparcido en todas; no forma un estrato económico y carece, propiamente dicho, de grupo político; se halla disgregado por los amplios confines de México y en cada sitio donde actúa es un centro de responsable conciencia. Es obrero cuidadoso de su deber pese a la demagogia que lo rodee; es campesino que obtiene rendimientos de su tierra pese al menosprecio en que se le tiene; es burócrata que cumple eficazmente aunque la indolencia lo circunde; es industrial o comerciante que produce y distribuye; es hombre de jornal que realiza su humilde tarea y que sirve de punto de apoyo, en lo económico y en lo espiritual, para que sus descendientes suban.

Mexicanos aislados, casi sin vínculos, sin clase social, sin partidos políticos, separados unos de otros por vastas lagunas de irresponsabilidad, de indolencia o de corrupción. Pero sobre ellos se levanta el país, en ellos se apoya el progreso que persiste a pesar del lastre inmenso de quienes no cumplen su tarea, y a pesar de las claudicaciones que derrochan a torrentes la savia de la nación.

El mexicano es minoría, pero minoría de conciencia y de acción,

de anhelos y responsable esfuerzo. Es ya una raza que condensa y armoniza las más variadas gamas de las razas que le dieron el ser. De ahí que el mexicano tenga —como todo iberoamericano que se halla en semejante situación— hombres aptos para las más diversas actividades. Raza de distintas sangres con variadas reservas espirituales, ya no en choque, sino en armoniosa acción.

Así como la planta crece o no según el suelo; así como su fruto es parco o exuberante según la riqueza que encuentran sus raíces, así el medio nacional alienta o frena las realizaciones individuales de la acción y del espíritu. Si el mexicano no ha obtenido logros mayores es porque su lucha se realiza en un medio plagado de desventajas. Su misma capacidad y su misma tarea florecerían mejor en otro campo menos desfavorable. Aquí tiene que luchar en soledad y frecuentemente en hostilidad; soledad física y espiritual. **Pero su calidad va haciéndose patente por doquier. Domina las ciencias, la técnica y las artes; es obrero o campesino eficaz. Disperso entre la mayoría premexicana, es su aptitud la que sustenta el crecimiento de la nación.** Y sus capacidades aún darán muchas sorpresas hasta en las más elevadas funciones del que piensa y construye, a medida que las circunstancias reinantes sean más positivas, porque las grandes obras surgen del individuo, pero no son en su totalidad obras personales, por cuanto el medio suministra a su creador soportes materiales y espirituales para su acción.

El mexicano es una raza que empieza; corriente de las sangres hispana y aborígenes que después del torbellino de la mezcla inicia su camino en armonía por un cauce común. Sobre el tema de las razas hay torrentes de literatura engañosa, a veces por demagogia política y a veces por debilidad sensiblera. La igualdad de razas es un deseo, pero no una realidad; la Naturaleza las ha hecho diferentes y no hay giros literarios ni recursos oratorios capaces de evitarlo. Podrá implantarse la igualdad de razas ante el derecho y adoptarse bajo la moral, pero esto pertenece al plano de sus relaciones, en el cual voluntariamente se igualan, mas no al de sus características, que son diferencias raciales que la Naturaleza ha impuesto indeleblemente en las inclinaciones e idiosincrasia de los hombres.

En este sentido es evidente que hay razas con aspectos positivos más desarrollados que otras; comunidades de cierta especie más firmemente unidas entre sí y más dispuestas a la lucha y al esfuerzo para el bien común. Por obsequio del Destino, la raza mexicana es de las llamadas a alinearse en la vanguardia, jerarquía que ciertamente no le brinda favores, sino le impone deberes.

En el reino vegetal rige la desventaja de lo híbrido, pero todo cambia cuando es la sangre y no la savia vegetal la que se cruza. El misterio de las aleaciones humanas no ha sido descifrado aún y quizá nun-

ca lo sea, pero dentro de ese misterio se produjo en América un nuevo tipo racial de creciente eficacia. La debilidad de su minoridad encubre, pero no invalida, la fuerza de su estirpe.

"Raza definitiva" la llamó poéticamente Vasconcelos: "la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal . . . Cuán distintos los sones de la formación iberoamericana. ¡Semejan el profundo scherzo de la sinfonía infinita y honda: voces que traen acentos de la Atlántida; abismos contenidos en la pupila del hombre rojo, que supo tanto, hace tantos miles de años, y ahora parece que se ha olvidado de todo! Se parece su alma al viejo cenote maya, de aguas verdes, profundas, inmóviles, en el centro del bosque, desde hace tantos siglos que ya ni su leyenda perdura. Y se remueve esta inquietud de infinito con la gota que en nuestra sangre pone el negro ávido de dicha sensual, ebrio de danzas y de desenfrenadas lujurias. Asoma también el mongol con el misterio de su ojo oblicuo que toda cosa la mira conforme a un ángulo extraño, que descubre no sé qué pliegues y dimensiones nuevas. Interviene asimismo la mente clara del blanco, parecida a su tez y a su ensueño".(1)

Esta nueva raza iberoamericana comienza a nacer en el momento del mestizaje y va creciendo al armonizar sus diversas herencias y al integrarlas bajo la luz de la conciencia y la dirección de la voluntad. Actualmente es minoría, lo mismo en México que en Perú, lo mismo en Guatemala que en Colombia, pero esta minoría es la armazón de acero de las nuevas nacionalidades iberoamericanas, y por la fuerza con que siente y actúa ha de ser también la guía de las masas en que está diluída.

El filosofar, el plantearse interrogantes sobre el origen y el destino, y el proponerse respuestas, es antecedente espiritual de toda civilización. El mexicano se encuentra ya en este punto de evolución. El premexicano todavía yace vegetativamente inerte bajo el imperio de las circunstancias, pero el mexicano se yergue a dominarlas, se pregunta su origen y se interroga acerca de la meta. Saber a dónde dirigirse es una fuerza, contraste del vagar sin rumbo, y el mexicano sabe ya con certeza que necesita esforzarse para realizar su destino; que hay otros seres de su misma estirpe sobre igual camino; que su suelo encierra riquezas, pero él no las posee del todo, y que en sus hijos está el complemento de su existencia porque son todos ellos antecedentes del futuro.

Y esto es particularmente importante porque no siendo dueño cabal de su historia, ni tampoco del presente, **el mexicano sólo puede aspirar a enseñorearse del porvenir, y eso forzosamente tiene que hacerlo a través de las nuevas generaciones. Conservar el espíritu de éstas es conservar la posibilidad de la victoria.**

(1) "La Raza Cósmica".—José Vasconcelos.

Todas las desgracias serán resarcibles si en el alma de las nuevas generaciones se conserva encendida la llama de la evolución nacional. Pero si ella se apaga y es sustituída por las tinieblas del egoísta bienestar personal y por la servidumbre bajo el tutelaje extraño, nada podrá ser recuperado.

La nacionalidad es un esfuerzo conjunto que vive mientras hay un ideal que le presta sustento, y **el ideal implica lucha o bien no es ideal sino un sueño.** Cuando falta esta base el esfuerzo del pueblo se disgrega y la grandeza nacional se frustra o declina. Roma es grandioso ejemplo.

El mexicano de hoy trabaja en gran parte para las nuevas generaciones porque son sus propios brazos que se tienden hacia el futuro de México; ha vencido unos peligros y ha eludido otros y va infundiendo aliento a sus descendientes para la nuevas tareas y sirviéndoles de apoyo y de puente. Pero pruebas más decisivas se aproximan, peligros con sutil insidia o con arrestos cada vez más desenvueltos e implacables. **Todo indica que el Destino irá colocando a la minoría mexicana en el sitio de la lucha decisiva para salir triunfante o desaparecer de la historia.**

SIN RESPONSABILIDAD NO HAY NACIONALIDAD

El individuo sin responsabilidad se atomiza en sus diferentes inclinaciones y estados de ánimo. El sentido de responsabilidad es el faro de que la voluntad se vale para conducir las diversas y frecuentemente opuestas tendencias que integran la personalidad. Sin esa luz el individuo se fragmenta y el "ayer" no responde del "hoy", de la misma manera que éste no puede responder tampoco del "mañana". El individuo pierde entonces su capacidad de ser **uno** a través del tiempo y se convierte en una pluralidad de fantasmagóricas y efímeras personalidades. La responsabilidad es también el arco en que se apoya la flecha de la voluntad.

Es evidente que sin responsabilidad el hombre permanece en los planos primitivos de la existencia; ser irresponsable equivale a ser inconsciente y ser inconsciente es una mutilación de la personalidad. El "yo" sin responsabilidad no puede estructurarse en una familia firme ni emprender nada constructivo, supuesto que no es capaz ni siquiera de coordinar sus diferentes tendencias y por tanto no llega a ser célula de la nación.

Con gente así no se erige ninguna nacionalidad. La irresponsabilidad misma denota una falta de madurez biológica, racial, que incapacita al individuo para las más elevadas de sus funciones. Por eso en

los pueblos en formación abunda tanto el irresponsable, como en México y en otras muchas naciones iberoamericanas que recorren la misma senda que nosotros.

Es claro que sin responsabilidad no hay conducta organizada, ni plan de vida, ni acción sistemática. La ausencia de ese sentido esencial implica una falta de vida en común; el irresponsable vive entreverado en la sociedad, pero no vive con ella ni para ella.

Para los fines trascendentes de la nacionalidad, el irresponsable carece de convivencia en común.

El mexicano que hereda de sus predecesores un cierto impulso o una cierta tarea positiva, que la cumple y que a su vez transmite igual anhelo a la generación siguiente, es un ser racialmente responsable, es en realidad un miembro de una nacionalidad; miembro actuante, de vital vigencia, no simplemente un ser clasificado con el nombre de esa nacionalidad.

No recoger los sufrimientos, los anhelos, las inquietudes de los predecesores, y no hacer algo por resolverlos y por transmitir a los sucesores el deseo de proseguir el esfuerzo anterior, es no formar continuidad, ni historia, ni nación; es romper el eslabón de las generaciones; aislar el pasado del presente y éste del futuro; es romper la trascendencia de las generaciones y desarticular el alma nacional.

El sentido de responsabilidad y el dominio de sí mismo son virtudes vigorosamente acusadas en las razas con vital madurez, pero no en los pueblos en formación. Las grandes masas, aún no diferenciadas, carecen de esos elevados impulsos, pero en el ser de cabal nacionalidad se manifiestan con claro acento.

Para que estas virtudes se aviven en los descendientes no basta con la instrucción, por eficaz que parezca; es además necesario el cultivo diario del espíritu a través de ejemplos, conceptos, sentimientos y herencias morales. Es toda una atmósfera, un conjunto en el cual se compenetra el alma del niño paso a paso. Y es esta la única forma firme de eslabonar una generación con otra, de crear estirpe y herencia, de integrar, célula a célula, en cada familia, el conjunto de una alma nacional.

La insignificancia de la vida individual, su transitoriedad, su casi nula influencia en los sucesos nacionales, parecen a la irresponsabilidad razón suficiente para descuidar la propia tarea, supuesto que cualquier obra personal se asemeja a la gota de agua en el vasto campo de la vida en común. Pero es precisamente de actos individuales o de individuales claudicaciones de lo que está tejida y formada la vida de las naciones.

Cuando las células de un órgano humano dejan de actuar conforme a su instinto; cuando burlan su destino; cuando olvidan su misión y su tarea, comienzan a sobrevenir la enfermedad y la muerte para el organismo entero y para las células que flaquearon en su misión. La marcha de las células en el camino de su destino, en la función para la cual fueron creadas, es su aportación ineludible a una vida superior que ellas no pueden palpar, pero de la cual dependen. Y no cumplir con esa vida superior es violar un principio ineludible y atentar contra sí mismo.

De igual manera se desenvuelve la vida del individuo dentro de su nación: hay masas que no escuchan aún la voz de su deber porque son demasiado infantiles para ello. Su vivir colinda con los límites de la apatía y del yacer subconsciente de la planta. Pero las minorías que con su madurez y su ya desarrollada conciencia oyen la voz de esa vida superior que llamamos nación, son las células activas que además de supervivir llevan la responsabilidad de aportar algo a la más elevada existencia del ámbito nacional.

Al mismo tiempo que despierta la conciencia de nacionalidad se hace presente el sentido de responsabilidad y por eso ambas virtudes coinciden ya en el mexicano.

El nacimiento de una nacionalidad no es cuestión de fronteras simplemente, ni tampoco de consideraciones racionales; brota de oscuras regiones vitales uniendo con lazos invisibles a determinados hombres entre sí, vinculándolos sin convenio alguno, sin tratados y sin firmas, en un organismo nacional, en una alma que no reside en ningún punto, pero que se halla presente en todos. Y esta espiritual alianza, más firme que las alianzas que puedan concertarse con palabras, va surgiendo en México a medida que se realiza la armonía de la sangre, después del torbellino en que varias razas y tendencias se mezclaron y desfiguraron, se destrozaron y disolvieron para luego resurgir bajo una nueva forma.

MANOS EXTRAÑAS EN NUESTRA HISTORIA

Lo que llamamos nuestra historia es bien poco una obra nuestra. En momentos decisivos la hemos sufrido más como víctimas que como autores; a veces como instrumentos y comparsas, pero no como soberanos que eligen libremente su camino.

En general la formación política de Hispanoamérica no se ha realizado con espontánea libertad, del interior hacia el exterior de la conciencia, sino forzada desde fuera, artificialmente impuesta por extrañas fuerzas con engañosos disfraces nacionales.

Se nos imponen rumbos y además ficciones para hacernos creer que tales rumbos los elegimos nosotros.

Muchas falsedades y absurdas ilusiones necesitan ser decididamente derribadas. Vamos a elegir entre reconocer la realidad o seguir durmiendo en tranquilizadoras mentiras.

Los mitos heroicos son necesarios a los pueblos, pero el mito y la

mentira no son exactamente lo mismo, aunque en algunos puntos lo parezcan. El mito es comparable al cuento de hadas que por el encaje amable de la ficción conduce al niño por el sendero más suave hacia el más sencillo concepto de la moral. El mito heroico lleva de la mano al pueblo hacia el sencillo fervor patriótico. Su medio y su fin son cristalinos como el viento puro y como el agua corriente.

Pero la mentira que implica negación de la verdad es encubrimiento, es complicidad con las tinieblas a cuyo amparo algún fin vergonzoso se persigue.

Lo mítico —sin ser real— es un sueño, un bello sueño que el hombre quisiera convertir en realidad, y lo falso es cobardía o malévola complicidad. Lo que llamamos nuestra historia, aunque de nuestra tiene bien poco, luce uno que otro mito transparente, pero está llena de mentiras.

Se invierten valores y se abren caminos torcidos para el futuro. No se trata de concesiones benévolas para soslayar errores, sino de toda una urdimbre que falsea hechos y que encubre fuerzas extrañas a México, todavía actuantes ahora.

Ocultando verdades dolorosas de nuestro pasado no podremos vislumbrar los peligros que acechan en el futuro.

Quizá la mentira histórica sea más grata, más llevadera, más amable que la verdad reveladora, pero un pueblo valeroso ve con entereza su verdad. Poco valdría México y muy poco sus hombres si no fueran capaces de afrontar las manchas del pasado sin perder la esperanza en el futuro. "No se limpia la honra de un pueblo —dijo Vasconcelos— en tanto no se lave siquiera su historia, proclamando la verdad y poniendo a cada quien en su sitio".

Tenemos mentiras históricas adecuadas para engañar y mover multitudes hacia metas que no resisten la luz del día y que precisan la protección de las tinieblas. No hay peor asechanza que la que se oculta en las sombras, porque contra ella no está la atención despierta ni la defensa presta.

Los autores de fines ocultos desinforman y confunden. Sus ilícitos propósitos necesitan forzosamente hacer alianza con las sombras. Antes de actuar desorientan y sus mentiras pueden mover montañas, pues también las voluntades negativas son portadoras de fuerza.

La ignorancia de verdades puede ser un estado innocuo de conciencia; pero la adopción de mentiras reptantemente dirigidas hacia determinado móvil es algo todavía peor. **Una falsa imagen de nuestro pasado y de los hombres que intervinieron en él es el punto de partida para perder el camino del porvenir.**

Falsear la historia es el primer paso para torcer el destino de un

pueblo, y en nuestro caso es evidente que decisivos virajes nos fueron impuestos por manos extrañas, por fuerzas ajenas a México que encubren todavía ahora su acción con el engaño. Seguirles la pista desde sus más remotos orígenes es encuadrarlas mejor en su actual acecho.

CAPITULO III

Un Pasado Todavía Presente

Primitiva Grandeza de la Gran Tenochtitlán.

Más que Conquista, una Autoliberación.

Los Cimientos de un Nuevo País.

Se Expanden dos Fuerzas por el Mundo.

Las Sombras de la Inquisición.

La Inquisición en la Nueva España.

Quebranto Interno de España y Acoso Externo.

Estrechando el Cerco Contra España.

Relámpago de la Gran Lucha, en la Nueva España.

España es Asaltada por Fuera y por Dentro.

Dos Factores en Nuestra Lucha de Independencia.

Querían Controlar Nuestra Independencia.

En las raíces de la historia de México, al amparo de la oscuridad, se mueven fuerzas extrañas que nos imponen rumbos ajenos.

PRIMITIVA GRANDEZA DE LA GRAN TENOCHTITLAN

A fines del siglo XV, antes de la Conquista de las tierras ahora llamadas México, no todo era ignominia y sangre, como algunos pretenden. Tampoco refulgía, como otros dicen, una gran cultura que iba a ser salvajemente destrozada por la voracidad del conquistador. Había pesadas tinieblas, uno que otro rayo de luz y un vivero de pueblos cuyo común denominador era la reciedumbre y el saber sufrir con estoica resistencia las inclemencias de la selva y las crueldades de sus dioses.

Cerca de tres millones de indígenas sin unidad en lo lingüístico, ni en lo religioso, ni en lo político, poblaban estas tierras. Había tantos grupos, tan distintos entre sí, que por lo menos se hablaban de 120 a 169 lenguas y dialectos. Si alguna vez, en época tan remota como hace ocho mil o veinte mil años habían formado un mismo tronco de emigrantes asiáticos que se internaron en América cruzando el Estrecho de Behring, es algo que no se ha podido precisar.

Lo cierto es que la población de Anáhuac se hallaba dispersa sobre la selva y las serranías, dispersa en lo material y en lo espiritual. La suerte de una tribu nada importaba a las demás.

En las sierras de lo que ahora es Chihuahua dominaba el tarahumara, incapaz de realizar esfuerzos para mejorar su mísera existencia, pero sí de tolerarlos cuando accidentalmente le eran impuestos; flemático, indiferente a la posesión de bienes, con la resignación de la planta para yacer en un mismo sitio sin aspirar a nada más que un poco de agua, de tierra y de sol. Más que salvaje, el tarahumara parecía desde entonces un ser estático que no se dirigía hacia ninguna parte, que permanecía tal cual era, desafiando el axioma natural de "renovarse o morir". Sensible en su trato personal, pero totalmente insensible al tiempo y al medio; sepulcralmente encerrado en sí mismo, en sus costumbres y en su miseria. Los apaches también habitaban en aquella comarca. Tenían elevados conceptos místicos y creían en un dios único al que llamaban "capitán del cielo", aunque casi no le rendían culto. Pensaban que en algún lugar habría en el más allá un premio para los buenos y un castigo para los malos. Eran particularmente desconfiados entre sí y sólo se unían ante la amenaza de otra tribu.

En las tierras de lo que ahora es Durango, otro núcleo indígena vivía aislado de la Gran Tenochtitlán. Era el tepehuano, impulsivo e insociable; tan insociable que a veces, todavía ahora, prefiere la inclemencia de la intemperie a vivir en común en una misma choza. Altivo, con cierto sentido de dignidad, pero terriblemente perezoso, una pereza tan profunda que también habría de mantenerlo, como el tarahumara, al margen de la evolución.

En los límites de lo que luego fue Durango y Sinaloa habitaba otra tribu menor, la de los xiximes, entre la cual se daban casos de antropofagia de prisioneros. Como vecinos suyos vivían los nacoregues, "existencialistas" para los cuales todo lo que proporcionara algún placer era lícito, tanto así que la embriaguez había sido aprobada públicamente por sus jefes.

Más al sur, en tierras de Durango y Nayarit, vegetaban las tribus coras, igualmente indolentes hacia su vida miserable, aunque con ciertos toques de misticismo. Su dios era la Estrella de la Mañana, mate-



En tierras de Durango y Nayarit vivían los coras, de fina sensibilidad, con toques de misticismo, aunque indolentes ante la miseria.

rialización luminosa y etérea de un antiguo guerrero que intercedía por ellos ante los demás dioses. En su fina sensibilidad percibían que todo vive, que no hay nada muerto, que los "muertos" adquieren una vida más completa que cuando están vivos.

En la lejana Baja California varias tribus —aproximadamente 40,000 hombres— sufrían espantosamente los rigores del hambre; faltos de telas y utensilios caseros, vivían peor que los demás indios, alimentándose de raíces, ratones, serpientes, murciélagos y grillos, y a veces hasta de granos de pitaya que habían ya comido y eliminado. Carecían de leyes e incluso de ídolos y de ritos. Algunos mataban a sus hijos cuando nada podían conseguir para calmarles el hambre.

Y a continuación, en gran parte de la Mesa Central y particularmente en lo que ahora se conoce como Jalisco, habitaban los huicholes. Indómitos, orgullosos de su raza, también inclinados a la pereza. Como las otras tribus, incapaces de percibir el tiempo en su dimensión de futuro, y por tanto aprisionados siempre en su presente. Imprevisores y reacios a todo esfuerzo de evolución.

Relativamente cercanos a los huicholes, en tierras que ahora son de Querétaro y San Luis, vivían los chichimecas, particularmente bravos y enemigos de todo cambio civilizador. Preferían la vida dura en agrestes regiones.

Ocupando comarcas que corresponden ahora a Michoacán, Guanajuato, Querétaro, Colima y el sur de Jalisco, había tribus numerosas de tarascos. Satisfechas con lo que eran y lo que tenían, sin ambición de nada más, ni de conquistar ni de cambiar; vivaces como las otras tribus. Muchas de sus mujeres parecían complacidas al ser golpeadas



En gran parte de la Mesa Central habitaban los huicholes, indómitos, indiferentes al futuro, aprisionados en su presente y con la debilidad de la pereza.

por sus maridos, como si así percibieran mejor el interés que éstos tenían por ellas, o como si en esa forma —dice el investigador Lumholtz— sintieran más vivamente su propia fuerza, una fuerza capaz de sacar de quicio al hombre, de ver en su violencia reflejada la propia influencia.

En el sur, en lo que ahora es Oaxaca, habitaban los zapotecas, notables observadores de los astros, de muy adelantado gusto artístico, afectos a las joyas. En su capital, Mitla, erigieron templos magníficos en construcción y decorado. Tenían un gran sentido religioso, aunque en la etapa bárbara de sacrificar hombres a las "diosas" y mujeres a los "dioses". Algunos sacerdotes comían la carne de los sacrificados.

Más al sur, en el Istmo de Tehuantepec, vivían casi aislados los zoques, fuertes y activos, aunque ya iban en descenso minados por las bebidas embriagantes.

En el remoto sureste —en lo que ahora es Yucatán y Guatemala— declinaban en misterioso atardecer las ciudades mayas, que eran el fulgor más brillante de las incipientes civilizaciones de América.

Durante mil quinientos años habían creado notables escrituras jeroglíficas, exacta cronología y majestuosas construcciones arquitectónicas.

En lo que ahora es el Valle de México y sus cercanías se hallaba el

grueso de la población con sede militar y política en la Gran Tenochtitlán. Por el ímpetu creador de su voluntad de dominio y por sus virtudes guerreras, los aztecas se habían enseñoreado de la región. No eran los más cultos, pero sí los más tenaces y los de voluntad más concentrada en la acción. Llegaron como una tribu débil, inferiores en número, pero traían consigo mayor carga de fuerzas sicológicas que triunfaron del medio y de los hombres.

Fundada en 1325, Tenochtitlán llega a ser 75 años después la Gran Tenochtitlán. Entre los pueblos aborígenes de su tiempo, los aztecas son los únicos que no yacen como plantas; incursionan fuera de sus fronteras y ambicionan algo más que la tierra y el agua que les da sustento; son asimismo los únicos que no se dan por satisfechos con lo que tienen y buscan desenvolverse en el espacio y en el tiempo. Dominan a muchas tribus más numerosas que ellos, reduciéndolas por la fuerza de las armas o por la fuerza sicológica de su diplomacia.

La Gran Tenochtitlán, con más de doce mil casas, era un centro religioso, militar, político y comercial; era el núcleo y la simiente de un Imperio. Se practicaba una política de expansión y poderío con ideas administrativas y económicas que tendían a más grandes logros y con algunos avances en las ciencias exactas, de los que posiblemente es buen testimonio el calendario, casi perfecto, que aún llama la atención en el presente. La música era elemental, con los tristes sones del teponaxtli, y la escultura se orientaba más a expresar el terror de los dioses que a exaltar la belleza.

Hasta ahí, a grandes rasgos, un aspecto general de la población de Anáhuac. La Gran Tenochtitlán era grande y notable dentro de su medio, pero era sólo una grandeza primitiva.

Es absolutamente falso que el Imperio Azteca representara una cultura que por sí sola, y sin el concurso de la conquista española, hubiera podido superar el abismo de siglos que la separaba de la cultura europea. El Imperio Azteca fue un esfuerzo notable, pero definitivamente tardío para que en estas tierras de América hubiera podido labrarse una civilización que ante el contacto ineludible con las del Viejo Mundo hubiera podido conservar su independencia y su estilo de vida.

Es semilla de discordia con nuestra propia esencia, y de estéril rebeldía contra el destino, la capciosa o ilusoria afirmación de que el español ambicioso y voraz vino a exterminar una gran cultura.

La Gran Tenochtitlán tenía rasgos notables, pero vivía siglos y quizá milenios atrás. De no haber sido el español, en poco tiempo habría sido otro el que conquistara estas tierras y la destrucción hubiera sido mayor y más implacable, como lo fue el dominio inglés en Norteamérica. El declinar del Imperio Azteca a manos extrañas era irremisible, ineluctable, y su fin fue ciertamente el menos inmisericorde que podía haberle deparado el destino.

En vísperas de ese declinar, a fines del siglo XV, los habitantes de Anáhuac no conocían la rueda, ni el arado de hierro, ni el torno del alfarero, ni el vidrio. La diferencia de por lo menos 120 idiomas o dialectos, demoraba o frustraba los aislados esfuerzos de evolución. Los aztecas usaban jeroglíficos, no alfabeto, y consecuentemente la trasmisión de conocimientos e ideas era primitiva y difícil; el lenguaje mismo carecía de muchos términos para expresar ideas abstractas.

La vida agrícola, sin rueda, sin obras elementales de riego, sin bestias de carga y sin ganado vacuno, ni porcino, ni lanar, era por lo general miserable y dura. Prácticamente se desconocía la propiedad privada y el agricultor se hallaba a merced de caciques y señores. Casi todo se confiaba a los dioses, cuyas mercedes se creía ganar con sacrificios humanos. La alimentación era pobre y excesivo el esfuerzo para conseguirla. Los alimentos principales, el maíz y el frijol, que comían en el suelo y con las manos.

En cuanto a costumbres, el panorama no era menos primitivo. Las grandes masas se hallaban sujetas a una sumisión fatalista e indolente. Para ellas era aún inaccesible la idea de derechos personales y de patria, y con frecuencia se mantenían sujetas a la insolencia no de jefes que guían y protegen, sino de audaces que tiranizan.

En muchas comunidades la mujer era un bien mueble y se le imponían los más duros trabajos productivos. Era lujo de riqueza, no de pasión amorosa, poseer varias mujeres. Esa carencia de sentido de responsabilidad hacia el prójimo más débil y hacia la propia prole, era también causa de que la mayoría de los indios hiciera sólo el trabajo más indispensable para su propio sustento, sin pensar en el remanente de esfuerzo que habría de servir para la evolución de su comunidad.

La exagerada sumisión al soberano se expresaba con tres genuflexiones, sucesivamente acompañadas con las palabras "señor", "señor mío", "gran señor", y cuando el emperador era trasladado públicamente por nobles sirvientes, el pueblo volvía el rostro en señal de que no era merecedor de ver cara a cara su regia figura, mientras los personajes del cortejo marchaban sin levantar la vista del suelo.

Las provincias dominadas por los aztecas eran forzadas a pagar tributos y a dar esclavos. No se cimentó el imperio en una comunidad de intereses y de ciudadanía; unos eran los dominadores y otros muy distintos los dominados. Y al faltar la idea común y elevada que justificara la dureza de unos y el sacrificio de otros como elementos ambos hacia un porvenir mejor, el Imperio Azteca quedó asentado sobre bases más movedizas que los pantanos del lago de la Gran Tenochtitlán.

Y resalta en la idiosincrasia del azteca, su profunda pasión mística. Tenía numerosas plegarias; al nacer un niño rezaban y pedían:

"Hijo mío muy amado, vive y trabaja; deseo que te guíe y te

provea y te adorne, aquel que está en todo lugar". Y para las calamidades tenían otra larga oración en que invocaban al cielo: "¡Oh valeroso señor nuestro, debajo de cuyas alas nos amparamos y descendemos y hallamos abrigo! ¡Tú eres invisible y no palpable, bien así como la noche y el aire!" (1)

Pero ese sentimiento místico, venero de energías, brillante en bruto, distaba aún mucho de encontrar una senda positiva y sólo atinaba a desembocar en la embriaguez de la sangre, en la orgía de la muerte y del dolor en aras de dioses inmisericordes concebidos como fuerzas de destrucción casi ajenas a la esperanza y al amor. Complicadísimos ritos sangrientos cubrían la diaria actividad y los 18 meses del año azteca eran propicios al sacrificio. Se inmolaban víctimas al dios Tótec arrancándoles primero la cabellera, como reliquia, y descuartizando los cuerpos para que fueran devorados por los sacerdotes; unos guerreros vestían los pellejos de los sacrificados y los usaban en la lucha a manera de coraza o máscara. Había su mes para hacerle sacrificios a Tláloc, dios pluvial, sumergiendo niños en agua hasta ahogarlos. Al dios Tezcatlipoca le sacrificaban un joven; a la diosa Xilomen, una mujer. Una fértil imaginación urdió toda clase de ritos sangrientos. Muchos de los idolillos y máscaras de aquellos tiempos son huellas perdurables de la pesadilla de pavor, de furor homicida, que perturbó aquellas mentes.



Tláloc, dios pluvial, tenía dedicado un mes para recibir sacrificios humanos. Se sumergían niños en agua hasta ahogarlos y así se esperaban abundantes lluvias.

Numerosos templos eran escenarios de festines de sangre, y por mucho que unos exageren y otros acorten, es un hecho indiscutible que los dioses aztecas eran insaciables devoradores de víctimas y que se les rendía ese cruento tributo en los templos mayores de

(1487) Tlaxcala, Cholula, Teotihuacán y Huexotzingo. Como también es indiscutible que en 1487, cinco años antes del descubrimiento de América, el Gran Teocali de Tenochtitlán (bajo la catedral de ahora) fue consagrado con torrentes de sangre. Gobernaba el rey Ahuitzotl, octavo del Imperio, tío de Moctezuma. Cuatro filas de desventurados, formadas desde los cuatro puntos cardinales, fueron caminando mansamente hasta el lugar del sacrificio y ascendieron las escalinatas del Gran Teocali para entregar infructuosamente sus vidas al dios Huitzilopochtli, sin comprender por qué.

(1) Oraciones recogidas por Fray Bernardino de Sahagún.



Tezcatlipoca, otra deidad azteca a la que se sacrificaban vidas. Una fértil imaginación urdió toda clase de ritos sangrientos...

Ixtlilxóchitl calculó que en el Gran Teocali y en los otros 13 menores habían sido ochenta mil los sacrificados, aunque otras estimaciones los fijan en veinte mil. Cuatro días duró la macabra tarea, desde la salida hasta la puesta del sol, y había cuatro sacrificadores en el gran templo.

Fue, como si Huitzilopochtli lo supiera, la orgía de sangre en que festejaba su inevitable fin.

(1517) MAS QUE CONQUISTA, UNA AUTOLIBERACION

El primero de marzo de 1517 Francisco Hernández de Córdoba descubrió las tierras de Anáhuac al tocar Cabo Catoche; tras un breve incidente con los indígenas regresó a Cuba. La siguiente expedición de Juan de Grijalva recorrió parte de Yucatán y llegó hasta la Isla de los Sacrificios, de donde también regresó a Cuba. La tercera expedición zarpó audazmente de Punta de San Antón, Cuba, el 10 de febrero

(1519) de 1519 encabezada por Hernán Cortés, de 34 años de edad, a quien ya el gobernador Diego Velázquez se disponía a relevar del mando por el celo que su capacidad despertó.

Después de 70 días de navegar, dejando atrás de sí un gobierno que lo consideraba proscrito, y enfrentándose a un futuro incierto en tierras desconocidas, Cortés atracó al atardecer del 21 de abril de 1519 junto a lo que hoy es San Juan de Ulúa. Y desde ese momento no hubo para él más meta que avanzar o perecer. Así lo enfatizó al desmantelar sus naves, ante los ojos asombrados o recelosos de sus 400 soldados y 199 marinos y artesanos, cuyos recursos bélicos principales eran 16 caballos y yeguas, 13 escopetas, 10 cañones y 4 falconetes o cañones de corto calibre. Adelante estaban las selvas de unas tierras desconocidas, llenas de peligros y pobladas de indígenas, y atrás quedaba el mar como infranqueable barrera hacia el pasado. Con esa resolución Cortés reveló su temple de gran capitán y conjuró la primera crisis de su empresa.

Después de breves combates con los tlaxcaltecas, éstos hicieron una jugada de astuta diplomacia al invitar a los españoles a sus dominios, a la vez que alentaban a los otomíes a que los atacaran en el camino para poner a prueba la fuerza del desconocido invasor. Al ver que Cortés derrotaba a los otomíes, los jefes tlaxcaltecas escarmentaron en cabeza ajena y resolvieron que era más provechoso tenerlo como aliado que como enemigo.

Esa naciente alianza fue propiciada por Cortés, quien comenzó a ganarse voluntades al alentar la independencia de los súbditos de los aztecas y al condenar los sacrificios humanos. En el Imperio había muchas fuerzas inconformes que deseaban la destrucción de ese orden de cosas y que se convirtieron en espontáneos aliados del español, a quien veían como un mal menor junto a la servidumbre al gran Huitzilopochtli.

Mientras tanto, Moctezuma se enteraba con estupor de la llegada de los extraños hombres blancos del Oriente y recordaba las ominosas predicciones de Quetzalcóatl. Moctezuma no era cobarde ni traidor: descendía de probada estirpe y había ya demostrado sus arrestos en el combate, pero no creía factible oponerse a lo que parecía, y que en realidad era, la fuerza indubitable del Destino. De ahí su indecisión ante el intruso, sus intentos de congraciarse con él y su vacilante esperanza de inducirlo a que abandonara la empresa. Al saber que Cortés se acercaba a la Gran Tenochtitlán, Moctezuma quiso también poner a prueba la fuerza del extranjero y alentó a los cholultecas a batirlo en una emboscada. Cholula iba a ser la trampa y en sus azoteas se disimularon trincheras.

Con la natural sensibilidad que el hombre de armas tiene ante el peligro, Cortés descifró alguna enigmática mirada, oteó el riesgo mortal al entrar en Cholula y reaccionando con terrible decisión aniquiló a tres mil indígenas y quedó dueño del campo. Sus aliados, los tlaxcaltecas, le prestaron decisiva ayuda. Fray Bartolomé de las Casas, primero, y otros muchos después, censuraron ese acto de Cortés, como todo juicio piadoso puede censurarlo. Pero no es la piedad el sentimiento que mueve a la guerra ni es la actitud piadosa lo que caracteriza al guerrero cuando va a entrar en acción. El trance del hombre en armas, en la encrucijada de matar o perecer, se desenvuelve en un plano donde en muy contadas excepciones —como no sea después del triunfo— hay lugar para los sentimientos de piedad y compasión.

Cortés se adelantó por segundos al golpe de la emboscada y descargó un mazazo anonadante y definitivo que salvó su empresa. Fue la segunda crisis que dominó con dureza.

Pasando por entre los dos volcanes, tras de escalar más de tres mil metros de altura, la expedición del Conquistador penetró al valle de la Gran Tenochtitlán cinco meses después del desembarque cerca de San Juan de Ulúa. La sede del Imperio lo recibió con sus armas moralmente casi abatidas. Cortés fue convirtiéndose rápidamente en amo de sus anfitriones.

La tercera crisis para Cortés ocurrió cuando otra expedición de españoles le abrió un segundo frente en la costa de Veracruz. Pánfilo de Narváez traía 1,400 hombres, 80 caballos y 20 cañones para someter a Cortés, quien dejó la mitad de sus contingentes en la Gran Tenochtitlán y se dirigió a afrontar la nueva amenaza llevando consigo 230 soldados. En un nuevo golpe de audacia y decisión, atacando en una noche lluviosa, sorprendió y venció a Narváez. Luego reforzó sus propias filas con los prisioneros y regresó a la Capital, que se hallaba conmovida por un levantamiento de los aztecas, a quienes la falta de tacto de Pedro de Alvarado (que torpemente había atacado el Gran Teocali y provocado una matanza) acababa de poner en efervescencia.

Cortés quiso pacificar los ánimos y accedió a liberar a Cuitláhuac, hermano de Moctezuma, que de anfitrión se había convertido prácticamente en cautivo de los españoles. Pero Cuitláhuac no se apaciguó: levantó el ánimo de los aztecas y encabezó la rebelión. Moctezuma, antiguo soldado y sacerdote, percibía ya una realidad superior y pro-

veía que la lucha estaba condenada al fracaso porque había llegado el momento de la transfiguración de su pueblo; con esta sensación, y no por cobardía, consideraba que la lucha estaba ya fuera de lugar y arengó a su pueblo a la paz, pero fue apedreado y tres días después murió. Entretanto, los combates se generalizaron y por primera vez desde la llegada de los españoles, el temple guerrero del azteca se irguió desafiante. Más de 600 soldados iberos, de un total de 1,100, cayeron abatidos, junto con dos mil indios aliados. Cortés se vio perdido dentro de la gran Ciudad y trató de salir a campo abierto, pero advertida la maniobra le destrozaron su nocturna retirada. Y fue esa la Noche Triste en que todo pareció perdido para el conquistador.

(Junio 30 de **1520**)

En ese momento Cortés estaba a merced de la selva y del indígena. Fue la mano de los tlaxcaltecas, encabezados por Mexicaltzín, la ayuda providencial que se tendió a rescatarlo del desastre. La caravana de derrotados, muchos de ellos heridos, halló seguridad y ayuda en Tlaxcala para reponerse y reorganizarse. Inmediatamente Cortés empezó a construir naves para ponerle sitio a la capital azteca y en los improvisados "astilleros" se enseñó a los tlaxcaltecas a utilizar los instrumentos de hierro. En ese momento Anáhuac daba un salto de la edad de piedra a la edad de hierro.

Entre tanto, Cuitláhuac moría de viruela y lo sucedía Cuauhtémoc.

Cortés regresó a la Gran Tenochtitlán encabezando a más de 150,000 indios aliados, muchos de ellos súbditos rebeldes del Imperio Azteca, provisto de 13 bergantines, y le puso sitio a la ciudad. Durante 93 días Cuauhtémoc se batió con el temple noblemente bárbaro de su estirpe, afrontó el hambre y el asedio de un enemigo superior y rubricó con desesperada lucha el crepúsculo inevitable de su Imperio. La última resistencia se hizo en el barrio de Tetenámitl, que ahora es Tepito, y la ciudad cayó el 13 de agosto de 1521. En un año nueve meses la conquista estaba virtualmente consumada.

Fue una lucha grandiosa entre dos titanes, entre dos razas que por insospechados caminos iban a desaparecer, entremezcladas, para dar el ser a un nuevo pueblo y a una nueva nación.

Cuauhtémoc y Cortés son dos símbolos, dos símbolos que el fuego y la sangre fundieron en uno solo; primero la sangre de la lucha y después la de la herencia que fluye en el mestizo, desorientado e inseguro, como un ser nuevo sobre una tierra antigua y que va luego destilándose en el crisol del tiempo para armonizarse en el mexicano, tan heredero del sacrificio de Cuauhtémoc como del arrojo de Cortés.

Ambos son los elementos primarios de nuestro origen. De ahí arrancamos como mestizos. La mexicanidad es una nueva nacionalidad, una nueva forma para antiguas sangres. El mexicano no es el indio que combatió o que ayudó a Cortés, aunque algo de aquél subsista, ni



Cuauhtémoc y Cortés.—El mexicano no es el indio que combatió o que ayudó a Cortés, aunque algo de aquél subsista, ni tampoco el español que irrumpió en Anáhuac, aunque mucho de él perdure. No podemos negar a Cortés, que puso las bases de una nueva nación, ni a Cuauhtémoc, águila que cae junto con su imperio para fundirse en una nueva nacionalidad.

tampoco el español que irrumpió en Anáhuac, aunque mucho de él perdure.

No podemos negar ni a Cuauhtémoc ni a Cortés, como no podemos negar a la madre indígena y al padre ibero que entre las ruinas del caído Imperio dieron las simientes para este nuevo pueblo.

Más que una conquista, con la subyugación que ella implica, la empresa de Cortés fue el medio providencial al que se aferró la inmensa masa de indígenas de Anáhuac para liberarse del terror de sus dioses, superados por la fe cristiana. Si la Gran Tenochtitlán hubiera sido realmente la sede de un Imperio de tres millones de indígenas, unidos por una fe y una cultura, los quinientos hombres de Cortés habrían sido exterminados sin alcanzar siquiera a mirar el valle de México. La superioridad armada de esos quinientos hombres, carentes de una retaguardia que los abasteciera de pólvora, habría sido ventajosamente contrarrestada por la aplastante superioridad numérica del indio, conocedor de sus selvas y sus veredas.

Pero fue el mismo indio el que hizo posible el triunfo de Cortés. Los pueblos sometidos al Imperio Azteca, que no lograban aún superar su etapa primitiva de terror y sacrificios humanos, fueron espontáneos aliados del español, que les brindaba un superior estilo de vida. Y el presentimiento de los aztecas acerca de una vida y una cultura mejor

—presentimientos que en Moctezuma tuvieron su más enfática expresión— fue la fuerza que paralizó y debilitó su resistencia.

El Imperio Azteca cayó en una sola batalla, vencido por dentro. Sus debilidades de civilización primitiva, en muchos aspectos atrasada en milenios, fueron la principal fuerza del conquistador. La misma masa indígena sepultó su antiguo reino valiéndose de la espada de Cortés. Y como honras fúnebres de pundonor militar reverberó la lucha que acaudilló Cuauhtémoc, águila que cae junto con su imperio para fundirse en una nueva nacionalidad.

LOS CIMIENTOS DE UN NUEVO PAIS

Dos años después de su desembarque en las cercanías de San Juan de Ulúa, Cortés era el Jefe de lo que había sido el Imperio Azteca. Una pacificación tan rápida de más de tres millones de indios no la hubieran logrado mil españoles, ni habría podido luego conservarse en paz por tantos años —sin terror policíaco ni campos de concentración—, si el estilo de vida traído por Cortés no hubiera sido, como fue, incomparablemente mejor que lo que existía bajo la sombra del Gran Huitzilopochtli.

Fuerzas extrañas a México, empeñadas en escindir nuestra historia para escindir así nuestro espíritu, nos indujeron la capciosa tesis de que Cortés y los suyos eran ambiciosos que vinieron a destruir una gran cultura por arrebatarnos el oro. Gente bien intencionada ha coreado luego esta falsa especie.

Sin duda que los conquistadores también buscaban oro y que uno de sus iniciales móviles era el anhelo de poder y de gloria. Pero no fue esto lo que perduró en su empresa, pues además traían el fulgor de una nueva civilización, el instrumento espiritual de su lengua, una religión de amor y no de destrucción y un nivel de vida mil veces más humano.

Y en tanto que las pasiones mezquinas fueron transitorias, todo lo más valioso y perdurable de lo que trajo la conquista quedó formando las bases del nuevo pueblo, desde el mestizaje, el idioma y la fe hasta la organización administrativa, política y cultural que México heredó de España. La obra de Cortés fue tan grande que aún perdura en nuestra sangre y en nuestra nación, y este es el mejor monumento a su memoria ignorada por la historia oficial.

La tesis calvinista de la predestinación y del destino manifiesto, según el cual los pueblos atrasados son hijos del diablo y los pueblos prósperos son hijos de Dios, sirvió de base en los Estados Unidos para que lo conquistadores puritanos casi acabaran con los pieles rojas, evidentes "hijos del diablo" cuya cabellera tuvo precio como la piel de cualquier animal, y para que surgiera la frase popular de que "el mejor indio es el indio muerto". Los supervivientes fueron relegados a

campos de lenta extinción llamados discretamente reservaciones. Y junto a este genocidio, que nadie lamenta, suenan sospechosas tantas quejas contra la conquista española que civilizó pueblos en vez de exterminarlos, que dejó al indio sobre sus mismas tierras y le dio nuevos cultivos en vez de confinarlo a disfrazados campos de concentración, que cruzó su sangre con él en vez de rehuírlo como "hijo del diablo" y que le dio su técnica, su idioma y su religión.

La conquista se realizó no tanto por la fuerza de las armas cuanto por la fuerza de los valores morales que Cortés traía consigo; de lo contrario, muchas expediciones hubieran fracasado. Al suprimir los sacrificios humanos Cortés restituyó a las masas indígenas el derecho primario que tenían a la existencia y contó con su entusiasta adhesión. Al derrocar al dios Huitzilopochtli, derrocó al Imperio Azteca, y una vez dominada la Gran Tenochtitlán, el resto de Anáhuac no fue precisamente conquistado, sino colonizado, y en esta tarea participaron primero los indígenas y luego los mestizos, bajo la dirección del español y del espíritu piadoso de los misioneros.

Desde su llegada a Veracruz Cortés creó el primer Ayuntamiento que existió en América. Luego emprendió la urbanización de las poblaciones, con los servicios públicos más indispensables, y dos años después —apenas tomada definitivamente la Gran Tenochtitlán— empezó la reconstrucción de la ciudad. Nuevas técnicas comenzaron a ser aprendidas por los indígenas con el auxilio de herramientas importadas. Y al mismo tiempo Cortés revelaba que no era la sed de oro lo que lo movía en su nueva empresa, pues con empeñosa celeridad inició la importación de todo lo que era desconocido en Anáhuac: vaca, carnero, chivo, cerdo, caballo, asno, mula, gato, gallina, faisán, pato, paloma y pavo real. Trigo, arroz, cebada, garbanzo, avena, lenteja, haba, chícharos y alubia. Manzana, melocotón, pera, calabaza, pepino, durazno, granada, toronja, melón, sandía, higo, cerezo, ciruela, limón, lima, naranja, uva, plátano y fresa. Zanahoria, coliflor, berenjena, lechuga, espinaca, nabo, espárrago, acelga, alcachofa, salsifí, remolacha, rábano, ajo, repollo y hongo. Olivo, avellana, castaño, almendra, caña de azúcar y café. Canela, clavo, pimienta, nuez moscada, jenjibre, anís, comino, laurel, hinojo, ajonjolí, menta, mejorana, orégano, romero, tomillo, yerbabuena y azafrán. Fibras de lana, de lino, de seda. Herramientas de hierro, bronce y latón.

Al mismo tiempo Cortés hacía llegar a España los productos de estas tierras que eran desconocidos en Europa, entre los cuales figuraban: maíz, frijol, papa, camote, betabel, guayaba, aguacate, zapote, chirimoya, tejocote, papaya, guanábana, mora, capulín, piña y cacahuate. Tomate, jitomate y ejote. Zarzaparrilla, quina y coca. Cacao y vainilla, y en cuanto a animales, el guajolote.

Otra de las primeras tareas de Cortés fue iniciar la construcción de

barcos, traer de España una botica con boticario y emprender la construcción del camino de México a Veracruz (llamado "Camino a Europa"), realizado por Alvaro López, y el de México a Acapulco ("Camino de Asia"). Fray Sebastián de Aparicio construyó la primera carretera en estas tierras, domó novillos y amplió el camino a Veracruz para darles paso a sus vehículos. Nació así la industria del transporte en la Nueva España. Pocos años después se abría otra carretera de México a Guadalajara.

(1535) Junto con todas estas obras se organizaron y emprendieron expediciones. El propio Cortés participó en varias; navegó hasta Baja California, fundó La Paz y regresó cuando ya lo daban por muerto. Comenzaron a levantarse los primeros mapas y se perfilaron claramente las vertientes del Golfo y del Pacífico.

En los primeros cincuenta años, desde la llegada de Cortés, sólo inmigraron siete mil españoles, pero se hicieron expediciones civilizadoras a Yucatán, Baja California, las Islas Revillagigedo, Centroamérica, Arizona, Nuevo México y Texas, y se fundaron ciudades tan distantes como Valladolid, Guadalajara, Querétaro, La Paz, Durango, Puebla, Oaxaca, Mérida y Guatemala. Se abrió el camino de Oaxaca a Tehuantepec y a Guatemala; el de México a Zacatecas ("Camino de la Tierra Adentro"), que después se prolongó a Chihuahua, Paso del Norte y Nuevo México; y el de México a Querétaro, que más tarde unió a San Luis Potosí, Matehuala, Saltillo y Laredo.

De Barra de Navidad, Jal., partió (1564) la expedición de Miguel López de Legazpi, con 5 barcazas, a colonizar las Islas Filipinas, y al año siguiente el padre Andrés de Urdaneta abrió la ruta entre las Filipinas y Acapulco. Europa quedó así en comunicación con Asia a través de Veracruz y Acapulco.

Rápidamente iban vigorizándose la producción y el comercio y surgían nuevas ciudades y pueblos por todos los rumbos de la Nueva España; se establecieron administraciones públicas y se abrieron comunicaciones; en suma, fue la tarea gigantesca de fundar una gran nación. Lo que había sido el Imperio Azteca con influjo en una área relativamente reducida alrededor de la Gran Tenochtitlán, se extendió rápidamente a remotas tierras de los cuatro puntos cardinales, desde los desiertos de Nuevo México hasta las selvas de Centroamérica, en lo que ahora es Costa Rica, y desde la Baja California hasta Yucatán. Es decir, comenzó a tomar forma un nuevo y gigantesco país.

Inmediatamente detrás de la espada que paralizó la incesante demanda de sangre de los dioses aztecas, fueron llegando los misioneros descalzos, hombres humildes que paradójicamente representaban un enorme poder espiritual. Y con ellos llegó la enseñanza de una nueva fe que no demandaba sangre; de un nuevo idioma con más alas para el pensamiento; de una nueva técnica que ampliaba horizontes y de nuevas semillas que daban frutos desconocidos en América.

Llegó así la rueda y el carruaje, que ahorraba fatigas y multiplicaba el fruto del esfuerzo; llegaron en auxilio del desvalido los **servicios sociales** hasta entonces desconocidos en América y sobre los cuales habría de hacerse tanto ruido en el siglo veinte, como si jamás hubieran existido; llegaron el trigo, el arroz, la cebada, las moreras, la caña y otros vegetales; llegaron los árboles frutales, el caballo, la vaca y el cerdo. Y llegaron artesanías y artes que iban abriendo nuevos oficios y desconocidas industrias.

Ciertamente llegaron también los encomenderos. Algunos con sanos propósitos convirtieron a indios cerreros en cristianos civilizados que aprendían algún oficio, y otros con ambición desmedida les exigían más tarea de la cuenta. Inconcebible hoy, la encomienda era en aquella época más benigna que el feudalismo imperante **(1523)** en Europa. Un año después de consumada la conquista, el Emperador Carlos V prohibió esta práctica y el 26 de junio de 1523 dispuso que "pues Dios Nuestro Señor creó los dichos indios libres y no sujetos, no podemos mandarlos encomendar, ni hacer repartimientos de ellos a los cristianos, y así es nuestra voluntad que se cumpla; por ende yo vos mando que en esa dicha tierra no hagáis ni consintáis hacer repartimiento, encomienda ni depósito de indios de ella, sino que los dejéis vivir libremente, como los vasallos viven en estos nuestros reinos de Castilla".

Por lo pronto, las autoridades civiles y eclesiásticas juzgaron prematura la medida y obtuvieron una prórroga que no duró muchos años. Pero



Carlos V de Alemania y I de España: "Pues Dios Nuestro Señor creó los dichos indios libres y no sujetos, no podemos mandarlos encomendar"... (Junio de 1523).

entre los males anteriores y los nuevos, éstos eran los menos malos. Por eso solía ocurrir que cuando el indio se mostraba reacio al encomendero, se le amenazaba con devolverlo a sus antiguos caciques, a lo cual temía más que a ningún otro castigo.

Es cierto también que la grandeza de Cortés tuvo flaquezas, como las tiene toda la grandeza transitoria de lo humano, y que el tormento y la muerte de Cuauhtémoc (febrero 28 de 1525) fueron una sombra en su carrera. Pero su obra fue inconmensurable; él representa la paternidad de una nueva nacionalidad en formación; él aportó la sangre y el espíritu que en confluencia con lo indio formaron
(1547) el cimiento de México. Y viejo y pobre, sintiendo ya el llamado de la muerte, él quiso que sus restos reposaran aquí, polvo de sus ímpetus y de sus sueños en polvo de su nueva Patria.

Si oficialmente no lo hemos reconocido así es porque la mano extraña que adultera nuestra historia— punto de partida para manipular luego nuestro futuro— se ha empeñado en escindir las dos fuerzas de cuya fusión emana la sangre y la espiritualidad de México: la fuerza de lo ibero y la fuerza de lo indio. Ambos son los elementos primarios de nuestro ser; querer negar alguno, calumniándolo, es un insensato forcejeo con el Destino.

Es evidente que la conquista la realizaron los cuatrocientos españoles de Cortés con el concurso de millares de indios, y es igualmente claro que el Imperio Azteca adolecía de debilidades tan grandes que una sola batalla perdida, la de la Gran Tenochtitlán, bastó para sepultarlo definitivamente. Y es de igual evidencia que al afirmar Cortés su dominio, apenas dos años después de su desembarque, comenzó a trasplantar —pese a las fallas de lo improvisado— los adelantos materiales de la civilización europea y un estilo de vida más humano, que superaba a las costumbres indígenas con ventaja de milenios.

Junto a los abusos de los nuevos señores hubo siempre el freno de los misioneros y la protección categórica de los reyes, aunque no siempre la distancia permitía hacerla efectiva. Como ejemplo está la Cédula del 31 de mayo de 1535 en que el Monarca ordenó que se devolvieran las tierras arrebatadas a los indígenas, y la del 19 de febrero de 1570 que establecía la obligación de agrupar a los indios en pueblos sin quitarles sus campos. Las Leyes de Indias son la prueba irrefutable del espíritu humanitario que había tras la empresa de Cortés. Y si algunos o muchos españoles no estuvieron a la altura de ese ideal y explotaron al indígena, esto es únicamente una parte de la verdad, pero no la verdad completa.

El balance entre lo negativo y lo positivo que trajo la espada de Cortés es favorable a su obra y a la obra de España. Mucho podrá hablarse en pro o en contra y esto será perder el tiempo porque no son las partidas aisladas del debe o del haber lo que decide, sino el

balance, y ciertamente la conquista española —comparada con las demás realizadas en el mundo— tiene una enorme suma a su favor. Se explotaron y colonizaron tierras, se fundaron ciudades, villas y aldeas, se abrieron caminos, se establecieron comunicaciones que dieran sentido de unidad a las diversas comarcas, se levantaron mapas, se trazaron cauces para la vida política, industrial, agrícola, comercial y cultural. En pocas palabras, se fundó un gran país.

Diez años después de la conquista ya habían sido trasplantados a la Nueva España todos los productos europeos que no existían aquí. La producción de cereales, algodón y azúcar era ya apreciable. En muchas regiones los indios podían escoger el trabajo que más les gustara, libertad que entonces no disfrutaban los siervos europeos bajo el sistema feudal. La jornada de trabajo en la Nueva España era de 10 horas diarias, o sea dos horas menos que en algunos países de Europa, como la Gran Bretaña.

Apenas a los 18 años de la conquista, México tuvo la pri-
(1539) mera imprenta que hubo en América, cien años antes que en Estados Unidos. Y a 31 años de distancia de la caída de la Gran Tenochtitlán nació la Real y Pontificia Universidad de México (también primera en el Continente) adelantándose así en casi un siglo a la de Harvard.(1) A continuación fueron fundándose, con recursos y elementos llegados de España, universidades o colegios en las principales ciudades. La Universidad de México contaba ya en 1575 con una biblioteca de 10,400 volúmenes; la de San Ildefonso con 6,000, la de San Gregorio con 5,461, la de San Juan de Letrán con 12,161, y había otras muchas en los colegios principales.

Comenzó asimismo a nacer la industria y a organizarse gremios o cofradías, como el de los bordadores, a partir de 1546. Numerosas fincas azucareras surgieron en Morelos y Veracruz.

Felipe II inició la reglamentación del trabajo en las minas de Borgoña —entonces pertenecientes a la Corona Española— y el 10 de enero de 1579 disponía: "Queremos y ordenamos que los obreros de las minas trabajen sólo ocho horas diarias en dos tandas de cuatro horas cada una.... Quiero y ordeno que los obreros sean pagados los días feriados como si hubieran trabajado". (Séptimo día).

Otra real cédula prohibió el cultivo del añil porque, decía, "debe preferirse el bien y conservación de los indios más bien que el aprovechamiento que pueda resultar de su trabajo, mayormente donde interviene manifiesto peligro y riesgo de sus vidas" (1579). En cambio se prefirió el cultivo de la cochinilla para obtener colorantes.

Los indios contaban con defensores de las más variadas índoles, incluso soñadores que se alejaban de la realidad, como Fray Bartolomé

(1) La Universidad de San Marcos de Lima fue creada por cédula real antes que la de México, pero comenzó a funcionar 18 años después que ésta.



Felipe II: Que los mineros trabajen sólo 8 horas diarias y que se les paguen los días de fiesta... "Debe preferirse el bien de los indios más que su rendimiento..." (1579).

de las Casas, para quien el militar siempre era "feroz" y "bárbaro", sin reconocer que la espada iba abriendo camino a la civilización; pero cuando peligró la colonización de Cumaná el mismo Las Casas tuvo que pedir el auxilio de las tropas. Según Las Casas, nunca hay guerra justa ni el dinero de Indias aplicado a buenas obras tenía redención, pero es el caso que él mismo vivía de una pensión pagada con rentas de Indias.

Por encima de las polémicas acerca de esas cuestiones, es un hecho indiscutible que la Nueva España se hallaba vinculada a un imperio de progreso y de estructura justiciera, lo mejor que la suerte podía haberle deparado en aquel entonces para acelerar su evolución hacia una nueva nacionalidad.

SE EXPANDEN DOS FUERZAS POR EL MUNDO

En tanto que en la Nueva España iban poniéndose los cimientos de una nueva nación, dos grandes fuerzas se expandían por el mundo y entraban en lucha abierta o encubierta: eran sólo dos grandes fuerzas, aunque a veces parecían muchas, y muy complejas, porque en cada país adquirían matices regionales y nombres diferentes.

Desde que Cristo fue llevado al Calvario el mundo quedó dividido en dos campos fundamentales: el cristiano y el anticristiano. Al condenar a Jesucristo los judíos se habían impuesto y poco después formalizaban el propósito de derrotar a los romanos. Algunos hebreos (los celotes) eran partidarios de una lucha abierta, en tanto que
(año 66) otros (los sicarios) actuaban encubiertamente y realizaban

actos de terror contra el régimen y contra sus propios hermanos de raza que no secundaban su táctica. Esto acabó por generalizar el levantamiento contra los romanos.

Desde los primeros encuentros los judíos sufrieron graves reveses, y cuando ya veían casi perdida su lucha, el rabí Johanán ben Zacai se fingió partidario de concertar la paz con los romanos y consiguió que éstos le permitieran trasladarse a otra población, donde reunió discípulos y comenzó a crear una nueva comunidad que transmitiera a sus descendientes la fe en que restaurarían el templo de Jerusalén y lograrían la hegemonía mundial como "pueblo elegido".

(70) Mientras el rabí Zacai realizaba esa tarea adoctrinadora, Jerusalén era dominado por los romanos, y el templo israelita fue totalmente destruido. Se inició entonces la diáspora o dispersión de los judíos, ya vencidos, en tanto que los romanos se iban cristianizando y esto acentuaba más sus diferencias con los hebreos.

Sesenta años más tarde los judíos lograron realizar un nuevo levantamiento y los romanos tuvieron que hacer un considerable esfuerzo para dominarlos. Sorprendido ante esa persistencia, el emperador
(135) Adriano, de Roma, se propuso acabar con el credo judaico y prohibió la enseñanza de la Torá, pero los hebreos ya habían desarrollado grandes facultades para la acción subterránea y continuaron enseñándola secretamente a sus descendientes. En la misma forma siguió funcionando su gobierno oculto, el Sanedrín, y Rabí Judá escribió la Mischná, o sea la segunda Torá, que recopilaba gran parte de las instrucciones judaicas hasta entonces transmitidas verbalmente. La Mischná, junto con las conclusiones que después se le agregaron (Guemara) constituyó el Talmud (de 12 a 20 volúmenes).

Esos escritos sirvieron de base para el gran impulso que logró la
(470) comunidad judía asilada en Babilonia, la cual llegó a sentirse suficientemente fuerte para entrar en pugna con los persas, pero fue vencida, y muchos hebreos tuvieron que emigrar, particularmente a la India y a Arabia. Los que se quedaron en Persia realizaron un segundo levantamiento y fueron derrotados de nuevo.

(476) Entretanto, el Imperio Romano se desmembraba. Siria y Palestina pasaron a poder de Bizancio y los judíos ya no tenían entonces muchas esperanzas de vencer en guerras abiertas y habían optado por infiltrarse en las administraciones de los Estados, razón por la cual el Emperador bizantino Justiniano les prohibió que desempeñaran cargos importantes en el gobierno de Bizancio.

(638) Más tarde los primeros califas árabes —seguidores de Mahoma— arrebataron a Bizancio el dominio de Siria y Palestina, territorios que después quedaron bajo el control del Califato de Bagdad, el cual abarcaba a Persia, Babilonia, Armenia y

Egipto. Durante estos cambios, aprovechando los movimientos y reajustes políticos consiguientes, los judíos lograron infiltrarse en las nuevas administraciones y así fue posible que cuando los ejércitos árabes se lanzaron al Occidente, hacia España, marcharan entre ellos numerosos e influyentes peritos y consejeros israelitas.

(En España los judíos habían llegado en el año 850 antes de Jesucristo (1) y disfrutaron de cordial hospedaje para prosperar económicamente y para practicar su religión, como lo prueban todavía hoy las viejas sinagogas existentes en la Península. Sin embargo, los judíos guardaron en España su prohibición de casarse con no judíos y evitaron la fusión con la población española. Fieles a su sueño de hegemonía mundial no se sentían agradecidos por el hospedaje que se les brindaba, sino víctimas de una injusta situación porque no eran ellos los
(694) soberanos del país. Bajo el rey Ecija —en 694 de nuestra Era— los españoles descubrieron que la colonia judía mantenía comunicación con los musulmanes de Africa y conspiraba contra el régimen; entonces se reunió el Concilio XVII de Toledo y les impuso diversos castigos. Pero esto duró menos de cinco años, pues el nuevo rey Witiza, hijo de Ecija, los perdonó y les restableció todos los derechos de que habían gozado. Si con ello creyó que se ganaría la buena voluntad de la población hebrea, estaba completamente equivocado, ya que ellos aprovecharon la benevolencia de Witiza para reanudar su conjura).(2)

Así estaban las cosas en España cuando ocurrió el ataque de las legiones árabes. Los judíos, que bajo el rey Witiza gozaban de paz y prosperidad en la Península Ibérica, se pusieron de acuerdo
(711) con sus hermanos que acompañaban a los invasores musulmanes —encabezados por Tarik, de quien Torroba Bernaldo de Quirós dice que era moro de sangre judía— y abrieron las puertas de las principales ciudades españolas.(3) Los propios israelitas refieren este pasaje histórico con las siguientes palabras: "Cuando los musulmanes conquistaban una ciudad, sus dirigentes la entregaban al cuidado de los judíos, en quienes veían amigos leales, y proseguían su marcha. La capital de España, Toledo, fue entregada al guerrero árabe Tarik por los israelitas, los cuales le abrieron las puertas de la ciudad mientras la población cristiana huía a buscar refugio en las iglesias. El cuidado de la capital fue también confiado a los hebreos. De este modo los judíos se convirtieron en dueños de las ciudades".(4)

(1) "Histoire de Juifs". Basnage.
(2) "Historia de los Heterodoxos Españoles". Menéndez y Pelayo.
(3) "Los Judíos Españoles", por Felipe Torroba Bernaldo de Quirós Madrid, 1961. Pág. 14.
(4) Manual de la Historia Judía.—Por Simón Dubnow.—Editorial Ju-



La colonia judía residente en Toledo, capital de España, se entendía con el invasor árabe y le franqueó las puertas, con lo cual logró puestos públicos. El cautiverio de España iba a durar setecientos años. . .

Para la población española, que había llegado a tratar familiarmente a sus huéspedes judíos, fue un golpe terrible ver que éstos se entendían con el invasor musulmán, que le abrían las puertas de sus ciudades, que se apoderaban de los puestos políticos dirigentes y que ayudaban al extranjero a adueñarse del país. Hubo ciudades habitadas casi exclusivamente por judíos, como Lucena, y a Granada se la conoció por algún tiempo como Villa de Judíos. Este cautiverio de España iba a durar SETECIENTOS AÑOS. Los españoles fueron sojuzgados en su propia tierra y tuvieron que luchar y perder muchos hombres para ir reconquistando ciudades y regiones. En 1085 recuperaron Toledo, formaron un barrio especial para sus antiguos captores judíos y aún permitieron que algunos de ellos volvieran a ocupar puestos públicos, como Samuel Leví, que fue tesorero y que defraudó la confianza porque se apoderó de tesoros y los ocultó en subterráneos de su propia casa.

Los judíos lograron un gran triunfo político-económico al compartir

daica, Buenos Aires.—Las ciudades francesas de Toulouse y Béziers también fueron entregadas por judíos a sus sitiadores árabes. Y más tarde, en Hungría, la colonia hebrea se entendió con los invasores mogoles, en contra de sus antiguos protectores cristianos. Así lograron más influencia y riqueza.



Anacleto II, judío, ascendió al Papado en 1130. Luego se le denunció como infiltrado para destruir a la Iglesia por dentro y se le derrocó 7 años después como antipapa.

con los árabes la dominación de la España católica durante 7 siglos. Pero a la vez buscaban el triunfo sobre la institución que consideraban su más poderosa rival desde el advenimiento de Cristo, o
(1130) sea la Iglesia Católica. En 1130 el cardenal Pierleoni, muy devoto, muy caritativo y muy estimado por su aparente espíritu religioso, se proclamó como Papa Anacleto II. Lo apoyaba el grupo político que acaudillaba su familia. Pierleoni era descendiente, por la rama paterna, de los judíos Baruch Leonis y Chanoch Ben Esra, y su madre Miriam era hija del rabino Nathan Ben Jechiel. Varios cardenales advirtieron que Pierleoni estaba al servicio del judaísmo y que su militancia católica era falsa, por lo cual reconocieron como Papa a Inocencio II, pero el grupo de Pierleoni obligó a Inocencio a emigrar.(1)

La Iglesia de Francia no reconoció a Pierleoni (Anacleto II); en París hubo tres concilios y se planteó que Pierleoni fingía desde niño su conversión y había sido infiltrado en la Iglesia para destruirla por dentro.

La hábil conducta externa de Pierleoni se vio pronto contradicha por sus actos gradualmente contrarios a la ortodoxia religiosa. El Abad Bernardo (posteriormente canonizado como San Bernardo) encabezó la lucha para desenmascarar al falso Papa y recorrió todas las Casas reales de Europa llevando pruebas de que Pierleoni favorecía a los prelados de origen israelita e intrigaba y postergaba a los no judíos.

El emperador de Alemania fue el primero en convencerse de esa traición y tropas alemanas y francesas apoyaron al Papa Inocencio II, re-

(1) "El Papa del Ghetto", Gertrud von le Fort. Barcelona 1961, pág. 12.

conocido por los concilios de París. En vísperas de perder su dominio, Pierleoni (Anacleto II) huyó del Vaticano, murió en circuns-
(1138) tancias poco claras (1138) y quedó de manifiesto que había sido un Antipapa. Inocencio II regresó a Roma y ese día se conoció con el nombre de Sábado de Gloria del gran cisma. En los concilios de París se abordó ampliamente este tema y se nombró específicamente a los judíos como conspiradores para destruir el trono y la Iglesia. En aquella época la casi consumación de esta catástrofe estremeció al mundo y fue del dominio público.

La magistral táctica judía de la infiltración, que había triunfado política y militarmente en España, y que estuvo a punto de triunfar en lo religioso en Roma, alarmó profundamente al mundo cristia-
(1215) no y así se evidenció en el IV Concilio de Letrán (1215), durante el cual se adoptaron medidas defensivas. La gravedad del peligro dio asimismo origen al nacimiento de los tribunales de la Inquisición, destinados a descubrir y castigar las infiltraciones de un enemigo que no luchaba abiertamente, sino que se disfrazaba de mil modos, dado que el Talmud dispone que es lícito "engañar a los idólatras haciéndoles creer que se es adepto a su culto". Dichos tribunales quedaron primero en manos de los obispos y luego del Va-
(1227) ticano, bajo el Papa Gregorio IX (1227-1241).

Aunque vencido su principal intento dentro del Vaticano, los judíos continuaron tratando de dividir y debilitar a los católicos. Veían en éstos a los seguidores de Cristo, a quien juzgaban un impostor por haberles negado el reino de este mundo. En el sur de Francia, en el famoso Midi, que por su densa población judía llegó a ser en el siglo XI el baluarte del judaísmo en Occidente, surgieron diversas herejías antisacerdotales. Nació ahí la secta de los valdenses (1170), fundada por Peter Waldo de Lyon, que luego fue ayudada y propalada por judíos que aparentaban ser cristianos; los valdenses querían el laicismo en la enseñanza y difundían ideas comunistas, como la supresión de la propiedad privada (siglos después remozada por el comunismo moderno) y trataban de realizar movimientos revolucionarios valiéndose de los pobres. Decían que sólo querían moralizar a la Iglesia, aunque su meta era destruirla.

Los valdenses tenían ligas secretas con los albigenses (o cátaros) a quienes dirigían cristianos de origen judaico. Los albigenses eran más radicales que los valdenses y en esta forma había dos grupos que se dirigían hacia la misma meta, pero que actuaban con tácticas diferentes para atraerse a gente de diversos temperamentos.

A medida que los españoles iban recuperando el dominio sobre su territorio, muchos judíos desplazados pretendían volver a infiltrarse en las organizaciones políticas y religiosas —a veces ayudados por valdenses y albigenses— y para impedirlo se fueron formando tribunales

de la Inquisición en las regiones recién liberadas. La situación para los judíos se volvió particularmente desfavorable en el siglo XIV y surgió entre ellos un cisma profundo porque crecía el número de los que se disfrazaban de católicos para infiltrarse mejor en las nuevas instituciones españolas, en tanto que otros los recriminaban por esa táctica y los llamaban "marranos". Los rabinos zanjaron más tarde esa disputa haciendo ver que los falsos conversos eran hermanos "más sutiles" que así prestaban mejor servicio a su causa.

Entretanto, durante el siglo XIV, en el Califato de El Cairo, los árabes advirtieron que la infiltración judía trabajaba más para sus propios fines que como un aliado sincero y reaccionaron con terribles represalias. Al mismo tiempo los españoles progresaban en su lucha de liberación (después de 700 años de sojuzgamiento), y al consumar
(1492) su victoria con la recaptura de Granada, decretaron la expulsión de los judíos, salvo los que ya fueran realmente hijos de España. Y se pensó ingenuamente que el testimonio de su fusión, la prueba de fuego, sería que se bautizaran como católicos. Unos lo aceptaron y otros no.

Varios historiadores calculan que emigraron 160,000 hebreos y otros afirman que fueron 400,000. La mayor parte de los emigrados se radicó en Inglaterra y en Francia, donde muchos de ellos dieron luego impulso al protestantismo para debilitar al catolicismo, e incluso llegaron a ostentarse públicamente como protestantes, aunque en la intimidad seguían siendo israelitas.

Este fenómeno religioso-político del protestantismo se inició a principios del siglo XVI y tuvo considerable influencia en Europa. Resulta que el rabino Salomón-Raschi adoctrinó al monje franciscano Nicolás de Lyra (descendiente de judíos) y a través de éste influyó en el sacerdote católico Martín Lutero, primero, y luego en Juan Cauvín (Calvino) para realizar el cisma protestante. Lutero negó muchos de los preceptos católicos, se casó en 1525 y se lanzó a la lucha abierta contra su antigua Iglesia, a la cual acusó de inmoral. Su regla de fe era el libre examen de la Biblia, según lo cual cada lector es libre de interpretarla a su modo. Así se rompía la unidad del credo y de los fieles como se rompería la unidad nacional si cada ciudadano pudiera interpretar las leyes a su arbitrio.

El historiador judío Abrahams afirma en "Vida de los Judíos en Inglaterra" que Lutero **"empleó a varios judíos para preparar su Biblia"**. Berbier agrega que el sello personal usado por Lutero tenía los emblemas de los rosacruces, quienes eran judíos encubiertos que luego se constituyeron en rama masónica y agruparon a gente no judía. ("Las Infiltraciones Masónicas en la Iglesia").

Otros hebreos como Elías Levita, fundador de la gramática hebrea moderna, y Jacobo Loans y Obadiah Sformo, tuvieron también activa



Martín Lutero, uno de los instrumentos humanos utilizados para provocar el gran cisma dentro del catolicismo. La interpretación personal de la Biblia rompía la unidad del credo...

participación en los orígenes de la Reforma protestante. **"La Reforma se nutrió en la sangre viva de un hebraísmo racional"**, dice Abrahams en "Vida de los Judíos en Inglaterra" y lo confirma Rabí Newman en "Influencia Judía en los Movimientos de la Reforma Cristiana".

Por eso el judío Bernard Lazare decía que **"el espíritu judío triunfó con el protestantismo"**, bajo el cual se infiltró profusamente en Inglaterra y Alemania.

Juan Cauvín, conocido luego como Calvino, fue más radical que Lutero y concibió la doctrina de la predestinación, muy en consonancia con las creencias judaicas, de que unos nacen siendo hijos de Dios y por lo tanto destinados a la salvación, y otros nacen predestinados a su perdición y de nada puede valerles hacer buenas obras. Calvino impuso sangrientamente un régimen tiránico en Ginebra, que duró 30 años. En 1558 y 1559 hizo ejecutar a 400 personas y desde entonces esa ciudad se convirtió en "sagrada" para la lucha contra los países católicos y el catolicismo.(1)

El verdadero apellido de Calvino era Cauvín y su origen es oscuro. Entre los principales predicadores de su doctrina figuraron Farel y Rousel, ambos judíos. El historiador Wernes Sombart relata cómo varias sectas protestantes, entre ellas el puritanismo, eran judaicas. Numerosas familias judías que se habían instalado en Inglaterra desde la

(1) Desde aquella época Ginebra quedó considerada como ciudad simbólica: ahí se refugió Lenin, ahí se estableció la Liga de las Naciones, ahí se han celebrado numerosas conferencias tendientes a debilitar al cristianismo y ahí se fragua una maniobra de desarme para dar preponderancia militar al marxismo.



Juan Cauvin, conocido como Calvino, más radical que Lutero, estableció su sangrienta dictadura anticatólica en Ginebra, ciudad que se convirtió en "sagrada" para las fuerzas ocultas internacionales (1558).

Edad Media (y que en 1376 ya habían organizado una célula masónica en el Tribunal del Consejo de los Comunes), acogieron y difundieron el protestantismo —para debilitar el catolicismo— y entre ellas se distinguió la familia del judío español Georges Añes (también llamado Gonzalo Añes y Dunstan Añes) considerada como una de las familias protestantes a las cuales se debe gran parte de la prosperidad de Inglaterra.

En Inglaterra el rey Enrique VIII quería casarse nuevamente y por ello entró en dificultades con la Iglesia; aconsejado por Tomás Cromwell acogió el protestantismo y se declaró jefe de su propia Iglesia (1532); así pudo casarse libremente seis veces y matar a dos de sus esposas, no sin emprender una sangrienta lucha contra el catolicismo, ayudado por el propio Tomás Cromwell, el cual se encargó de destruir los monasterios (1535) y de acosar a los sacerdotes fieles al Vaticano. (Posteriormente la reina Isabel, asesina de María Estuardo, permitió una nueva persecución y grandes matanzas para afianzar el protestantismo como religión de Estado, bajo el nombre de religión anglicana, en 1571).

Durante el siglo XVI las luchas de Reforma se extendieron a toda Europa y los judíos soplaban en el fuego de la controversia teológica para que se convirtiera en lucha política. Desde el primer momento del cisma luterano, el cardenal Jerónimo Aleander, nuncio del Papa en Alemania, había comunicado al Vaticano que los judíos imprimían y hacían circular la propaganda protestante. Desde Flandes la enviaban a España en toneles de doble fondo, y en Ferrara —centro financiero judío— se imprimían biblias luteranas para distribuirlas en Italia. Los médicos y negociantes judíos establecidos en todos los países europeos alentaban la difusión del protestantismo; se valían de todos los instru-



Rey Enrique VIII de Inglaterra, que en 1532 se acogió al calvinismo y se volvió contra el catolicismo. Poco después la reina Isabel intensificó la lucha anticatólica. Una red internacional secreta soplaba en la controversia teológica para que se convirtiera en lucha política. España se conservaba como una fortaleza de la cruz.

mentos, hasta el de la astrología, con el cual Miguel de Nostradamus ejercía influencia en la Corte francesa, fingiéndose católico. En Amberes el doctor Rodrigo López (judío-español) era el enlace de numerosos propagandistas y para actuar mejor se ostentaba como católico en el Continente y como protestante en Inglaterra.

En esa tarea de difusión cooperaban estrechamente con los judíos todas las logias masónicas. El padre A. Hillaire explica esa estrecha alianza de la siguiente manera: "La masonería, en su forma presente, se remonta a la orden de los Templarios. Después que el Papa Clemente V (1305-1314) y el rey de Francia Felipe el Hermoso abolieron la Orden de los Templarios, muchos de éstos buscaron refugio en Escocia y allí se constituyeron en sociedades secretas, jurando un odio implacable al Papado, a la realeza y a la fuerza armada. Tal sería el significado de los tres puntos con que firman.

"Después del Gólgota y de la ruina de Jerusalén, el propósito del judío es la destrucción de la civilización cristiana. Pero el judío solo no podría alcanzar su fin, si no hallara aliados en los pueblos cristianos.

"Los aliados de los judíos son los francmasones.

"El programa judío y el programa de la francmasonería son idénticos: es, sobre todo, la destrucción del cristianismo.

"Judíos y francmasones votan siempre unidos como un solo hombre, las leyes y determinaciones contra los cristianos". (1)

Y en medio de las convulsiones que la lucha de Reforma producía en toda Europa, España detenía la acción anticatólica y se afirmaba en su fe y en su potencia militar y económica.

LAS SOMBRAS DE LA INQUISICION

En circunstancias en que cualquiera otro pueblo podía haber tomado represalias terribles —después de la traición sufrida y de los siete siglos de dominación extranjera—, el rey Fernando el Católico optó sólo por la expulsión de los judíos que no quisieran seguir la religión católica. Los que se quedaron en España fueron la mayoría; los otros les llamaban despectivamente "marranos" pero bien pronto los rabinos advirtieron que quienes estaban logrando mayores avances en la lucha del judaísmo internacional eran "los hermanos más sutiles" que como falsos conversos actuaban bajo nacionalidades y creencias ajenas.

La numerosa colonia israelita que se quedó en España, y que pese a los trece o veintitrés siglos que llevaba de residencia no se había fusionado con la población española, siguió en su mayor parte la táctica "sutil" y no se convirtió realmente al catolicismo, aunque lo aparentó con habilidad y mansedumbre. Desde el primer momento estos hebreos trataron de minar a la Corona y de recuperar sus posiciones perdidas. Y precisamente como reacción a estas actividades secretas —no al culto israelita que siempre había gozado de libertad— creció y se vigorizó el Tribunal de la Inquisición. No era intolerancia religiosa; era rivalidad política. Era la lucha de un pueblo contra un grupo que ya lo había traicionado y que luego pretendía burlar la expulsión y minar al nuevo régimen. Ahí no había antisemitismo ni racismo, sino conflicto de traicionados y traidores. (2)

La Iglesia, con el antipapa judío Anacleto II, y el Estado Español con la traición de su colonia israelita que se alió al invasor musulmán, habían palpado la terrible efectividad de ese movimiento político secreto y reaccionaron en consecuencia. No era antisemitismo, sino defensa frente a un anticristianismo que se transmitía de generación en generación y que no aspiraba sólo a afirmar su credo, sino a minar y destruir el ajeno.

Primero fue el asalto de ese movimiento político oculto y luego vino la respuesta con el Tribunal de la Inquisición, que indudablemente era

(1) La Religión Demostrada.—Padre A. Hillaire. Versión castellana de Mons. Agustín Piaggio. Págs. 437 y 438.

(2) La sutileza con que algunos políticos hebreos se fingían conversos para continuar la subversión contra Estado e Iglesia, fue revelada por dos judíos sinceramente conversos, Fray Alonso de Espina, en "Fortalicium Fidei", y Pedro de la Caballería, en "Celus Christi".

un duro tribunal, pero no más duro que todos los de su época en Europa, pues incluso ofrecía el perdón a quien se retractaba y prometía enmienda. Y como guardián de una nación que había sido burlada por los que parecían ser ya sus hijos, tenía más justificación legal que otros muchos; que los tribunales de Inglaterra, por ejemplo, en donde Enrique VIII hacía perseguir a cristianos sólo porque no aceptaban su interpretación personal de la Biblia; la ley que expidió con ese motivo, llamada más tarde la Ley Sanguinaria, segó tantas o más vidas en una década que todas las que cortaba el tribunal español en un siglo.

Sin embargo, las palabras "inquisición" e "inquisitorial" han sido cargadas con significados de infamia y barbarie y lanzadas a la faz de España y de su dominio en América. La Inquisición fue sin duda un tremendo tribunal, pero no era sólo eso, y no hay vereda más engañosa hacia el error que la acreditada con fragmentos de verdad. Ningún Estado recién rescatado al invasor, después de una traición interna, se hubiera defendido con menor rigor. No se trataba de una cuestión religiosa, sino de la supervivencia nacional.

Si sobre la Inquisición se ha hecho tanto ruido a través de los siglos y sobre otros tribunales de aquella época se habla tan poco —como el de los británicos —ello se debe a que la Inquisición ejecutaba judíos, en tanto que los otros mataban cristianos. Porque la organización política israelita mantiene siempre vivos todos los temas que interesan a sus fines y con persistente constancia maneja su publicidad de la historia. Desacredita verdades, acredita infundios y al que se opone a sus designios le sigue los pasos hasta después de muerto para infamar su memoria. Al correr de los años esta sutil constancia desacredita nombres y falsifica héroes.

Esto explica que Enrique VIII e Isabel de Inglaterra, que en ejecutar gente aventajaban a la Inquisición, no sean presentados como símbolos de infamia; y que la Revolución Francesa, que también chapoteó en sangre de cristianos, sea glorificada como una epopeya de humanismo.

Es indiscutible que tanto los judíos que emigraron como los que se quedaron en España siguieron buscando tesoneramente la revancha. Según dice el padre Julio Meinvielle, muchos de los judíos son enemigos teológicos, por lo cual su enemistad tiene que ser inevitable y terrible.

"¡Y pensar que este pueblo proscrito, que sin asimilarse vive mezclado en medio de todos los pueblos, a través de las vicisitudes más diversas, siempre y en todas partes intacto, incorruptible, inconfundible, conspirando contra todos, es el linaje más grande de la tierra! El linaje más grande, porque este linaje tiene una historia indestructible de 6,000 años . . ." (1)

A principios del siglo XVI tanto los judíos emigrados de España co-

(1) El Judío en el Misterio de la Historia.—Pbro. Julio Meinvielle.

mo los que se quedaron en ella dieron impulso al protestantismo y al calvinismo, como venganza contra el catolicismo. En esta tarea estaba trabajando ocultamente el canónigo de Salamanca, Agustín de Cazalla, nacido de padres judaizantes, y cuando la Inquisición lo sorprendió, lo quemó vivo en la Plaza Mayor de Valladolid (21 de mayo

(1559) de 1559). La madre del canónigo, Leonor de Vibero, y las hermanas de él, Constanza y Beatriz, también hacían labor subrepticia contra la Iglesia y fueron igualmente ejecutadas.

El 8 de octubre del mismo año fue quemada Catalina de Reinoso, judía, monja del convento de Belén, en Valladolid, que secretamente actuaba contra la Iglesia. Por esos mismos días se descubrió que hasta el capellán de Carlos V, Constantino Ponce de la Fuente, seguía siendo israelita y se fingía converso para minar las instituciones católicas. Poco antes de ser ejecutado se suicidó en la cárcel. Sus huesos fueron quemados en auto de fe el 22 de diciembre de 1560.

Estas hábiles infiltraciones cundieron incluso a la Compañía de Jesús, en la cual empezó a surgir un grupo de jesuitas llamados

(1588) "malcontentos", que perturbaban las buenas relaciones entre el rey y los jesuitas. El Vaticano realizó una investigación muy minuciosa y en 1592, bajo el Papa Clemente VIII, se aclaró que existía un verdadero complot dirigido por jesuitas judíos, quienes fueron inmediatamente expulsados. La Compañía de Jesús acordó entonces excluir a los aspirantes de ascendencia hebrea, salvo autorización expresa del Papa. Uno de los expulsados fue Jerónimo Zaharowsky, quien luego se vengó escribiendo "Mónita Secreta Societatis Jesus" (1614), donde atribuía al General de la Compañía instrucciones para lograr "el dominio del mundo".

Bajo los reyes españoles Carlos V y Felipe II, el judaísmo se esforzó inútilmente por derrocar al catolicismo valiéndose del protestantismo. En este esfuerzo ponía en juego las infiltraciones más sutiles. Por ejemplo, el humilde fray Bartolomé de Carranza, que había sido confesor de la Reina María, se ganó la confianza de Felipe II y fue comisionado para librar de herejías las universidades y bibliotecas, pero luego la Inquisición descubrió que trabajaba en contra de la Iglesia y del gobierno español. Se aclaró que era descendiente de judíos falsamente conversos al catolicismo.

Otro infiltrado famoso fue fray Vicente de Rocamora, que parecía un santo y que llegó a ser confesor de María, la hermana del rey Felipe, pero cuando vio que estaba en peligro de ser descubierto se fue a Amsterdam, se quitó la careta y se unió a la comunidad judía con el nombre de Isaac Rocamora. Y el propio Rey Felipe tuvo un secretario muy competente, Antonio Pérez, que luego fue descubierto por la Inquisición como espía enemigo de España; era falso converso y estuvo a punto de ser ejecutado, pero logró fugarse mediante el auxilio que le prestó otro hebreo, Diego de Bracamonte (nieto de Mosén Rubí de Bracamonte), que organizó motines en Zaragoza, Aragón y Avila para rescatar a Antonio Pérez.

Aunque los hebreos consideraban como concubinato el matrimonio entre hebreos y cristianos, hicieron excepciones y lo propiciaron entre bellas jóvenes israelitas (aparentemente cristianas) y españoles influyentes, a fin de ejercer influencia política a través de ellos. Esto vino a descubrirse durante los procesos abiertos a los conspiradores de Flandes contra Felipe II. Durante el levantamiento ocurrido ahí en 1567 hubo saqueos de iglesias y destrucción de imágenes. El historiador William Thomas Walsh hace notar que entonces se perfiló ya el moderno patrón anticristiano: unos cuantos "intelectuales" ricos denunciaban injusticias, mediante propaganda y otros medios arrastraban a actuar a los pobres en nombre de la "libertad", derribaban con ellos la autoridad establecida y entonces guiaban las fuerzas desencadenadas y anárquicas en contra de la Iglesia.

Dentro y fuera de España continuaba la lucha tenaz del movimiento político hebreo. El Talmud la mantenía en pie contra Cristo y los cristianos. Al primero le llamaba "un quidam", "tonto, prestidigitador, seductor, idólatra, que fue crucificado, sepultado en el infierno", que "como seductor e idólatra no puede enseñar otra cosa que el error y la herejía". Y de los cristianos afirmaba que son "animales impuros, indignos de llamarse hombres, bestias con forma humana, contaminantes a manera de estiércol, bueyes, asnos, puercos", que "son de origen diabólico; que sus almas proceden del diablo y que han de volver al diablo después de la muerte".(1)

Además del Talmud, que nutría ese fanatismo anticristiano, el judaísmo político utilizó en gran dosis la Kábala (mezcla de ley mosaica, de doctrinas esotéricas tomadas del budismo y de barnices teosóficos) para nutrir a la francmasonería, que se convirtió en el brazo predilecto del movimiento hebreo. De la Kábala fue deducido el término político de "izquierda", con la acepción secreta de **"aquellos que rechazan al Cristo".** Esto se dedujo de que Cristo dijo que en el Juicio Final Dios pondría a su derecha a quienes lo hubieran seguido y a su izquierda a los contrarios.

Dentro de España el grupo político judío no podía levantar cabeza, pero en el exterior se movía con mayor libertad. Muchos de los emigrantes hebreos formaron el trust de las especias, que fue abiertamente una organización comercial y bancaria de primer orden, y secretamente una organización de usureros y espías internacionales. Diego

(1) En 1631 el Sínodo judío reunido en Polonia ordenó que estas enseñanzas acerca del cristianismo fueran omitidas del Talmud para evitar represalias y que sólo se transmitieran verbalmente por los rabinos. ("El Judío en el Misterio de la Historia", Padre Julio Meinvielle).

Méndez, falso converso, fue el más notable de los precursores de este gigantesco edificio financiero-político. Su esposa, Gracia, era una ardiente enemiga de la Iglesia Católica, aunque se cuidaba de demostrarlo y fue considerada como la Esther de su época. Diego formó en Lisboa una Casa de Comercio y Banca que distribuía valiosas mercancías importadas de la India. Varios parientes suyos establecieron una sucursal en Amberes, y luego otra en Inglaterra, de la que se encargó el judío-español Jorge Añes (1525). Los agentes comerciales se distribuyeron en diversas ciudades de Europa y de Asia Menor, estaban al tanto de la producción y de las probables alzas y bajas del comercio y obtenían así ventaja sobre los demás comerciantes. Pero a la vez recababan información política y actuaban como espías en favor de toda lucha que fuera contraria a los Estados católicos, en particular España. El agente principal de esta cadena en Londres era el "marrano" Cristóbal Fernández.

William Thomas Walsh escribe en su historia de "Feilpe II" que las familias de judíos españoles y portugueses falsamente conversos intervenían en el comercio internacional entre los principales países y se encargaban de los movimientos de metales preciosos, necesarios para establecer la balanza comercial, y detrás de esas lucrativas actividades financieras constituían "la base del sistema de espionaje inglés,

uno de los más eficaces y perfectos que ha conocido el mundo. Por medio de sus 'intelligencers', los judíos hacían todo cuanto podían por alzar un imperio anticristiano, que aboliera la fuerza de la España católica".

Entre los judíos más famosos que formaban parte de ese trust-espionaje, figuraron Jerónimo Pardo, en Lisboa; Bernardo Luis, en Madrid y en Amberes; Héctor Núñez, en Londres, y el doctor Rodrigo López en Flandes. El jefe era Francisco Diego Méndez, y su principal auxiliar en esta enorme empresa fue su sobrino José Miques, o Méndez, que para adquirir influencia política facilitó diversos préstamos a los hombres más influyentes de los Países Bajos, donde logró presionar para que no se restaurara la Inquisición. José aumentó el poderío del trust de las especias y acabó por despojarse de su apariencia de cristiano, cambió su nombre por el de José Nasi (que significa "rey de los judíos") y se estableció en Turquía.

Numerosos agentes de esa organización financiera, residentes en España, eran igualmente judíos ocultos y creaban dificultades al rey Felipe II maniobrando constantemente para escasear determinados productos y subir los precios.

Del trust de las especias salieron los fondos para gran parte de la propaganda protestante; se fundaron imprentas en los Países Bajos y se imprimieron folletos en Francia, Italia y España, incluso muchos que atacaban al emperador español. La colonia judía establecida en Flandes con licencia del gobierno hispano, estuvo particularmente activa en esa campaña. El poder económico judío trabajaba coordinadamente con el calvinismo, en el terreno religioso, y con el liberalismo en el terreno político.

Esa alianza de fuerzas anhelaba derribar el Imperio de la España católica. Un intento en grande escala con este objeto fue realizado aprovechando el momento en que un levantamiento de moros puso a Felipe II en apurada situación. Durante esa crisis el médico judío Salomón Ben Natchan Ashkenazy (uno de los principales jefes del movimiento judío internacional de aquella época) era médico del sultán Salim el Tonto, jefe de los turcos, ejercía gran influencia sobre él y lo persuadió de que podía vencer a España porque 70,000 moros, decía, se rebelarían en la Península Ibérica y los bereberes cruzarían de nuevo el Estrecho de Gibraltar, como en el siglo octavo, para dominar a los españoles.

José Nasi, el magnate del trust de las especias, ya radicado en Turquía y con agentes suyos infiltrados en el régimen, también presionaba a los turcos para que atacaran a España y acabó por lograrlo. (En Turquía se habían asilado recientemente veintenas de miles de sefardíes y ya ejercían influencia económica y política).

(1571) La flota de Salim se lanzó entusiastamente a la conquista de España, pero fue vencida en 1571 en el Estrecho de Lepanto por la flota española de don Juan de Austria. El golpe desde el exterior había sido conjurado por estrecho margen... (1)

Refiriéndose al movimiento encabezado por Salomón Ben Natchan y a otros de menores vuelos, el historiador judío Graetz dice con un dejo de satisfacción: "Los Gabinetes Cristianos no sospechaban que el curso de los acontecimientos, que los obligaba a estar en una u otra posición, estaban dirigidos por mano judía".

Sin embargo, la acción represiva española frustró el asalto externo e interno contra España, la cual se libró de que en su suelo estallaran las guerras religiosas que conmovieron a Francia, Inglaterra, Alemania y los Países Bajos, donde una minoría bien organizada, y en parte secreta, desquiciaba y arrastraba a una mayoría católica, pero falta de cohesión política. Fue Felipe II, con el auxilio de la Inquisición, quien impidió que España cayera arrollada por su antiguo enemigo, y con ello frenó también en el resto de Europa el avance del movimiento político judío que pugnaba por extenderse a la sombra de la lucha religiosa.

LA INQUISICION EN LA NUEVA ESPAÑA

En el caso de la Nueva España, la Inquisición no juzgaba a los indios ni a los mestizos y sólo castigaba a los europeos que

(1) Allí fue herido Cervantes, quien poco después escribió El Quijote.

ostentando un falso cristianismo conspiraban contra la Corona y la religión nacional. Así lo había establecido el Emperador Carlos V desde 1538. Los judíos que profesaban abiertamente su fe tampoco eran reos de ningún delito, pero sí los que se ocultaban para infiltrar y minar las instituciones. Dolida por lo que había ocurrido durante la invasión musulmana, España prohibió que los judíos se instalaran en las colonias sin permiso expreso de las autoridades, que en esa forma querían prevenirse de nuevas traiciones. Pero muchos lograron burlar la orden y se trasladaron a América.

Ya con Colón había venido Luis de Torres, intérprete, que luego se estableció en Cuba para explotar la industria del tabaco. Y le siguieron otros muchos que se fingían cristianos, incluso el sacerdote José Diez Pimentel, Vicente Gómez, Jacobo Núñez López, Juan Rodríguez Mejía, Antonio Santaella, Antonio Méndez, Luis Rodríguez, Blas Pinto, Juan Rodríguez Heza y Francisco Rodríguez Solís, más tarde descubiertos en Cuba por la Inquisición. (Frecuentemente los judíos "conversos" adoptaban el nombre de sus padrinos cristianos).

En 250 años hubo en la Nueva España 51 ejecuciones, que ahora un gobierno "revolucionario" cubano despacha "democráticamente" en tres horas, o uno de "liberación" marxista de Hungría en tres minutos. Entre los juicios más famosos en aquella época figura el de Hernando Alonso, presunto católico que había ayudado a Cortés a construir los bergantines del sitio de Tenochtitlán y que logró así infiltrarse en el nuevo régimen como señor de Actopan. Descubierto luego por la Inquisición se negó a retractarse y fue ejecutado en 1528 en la Plaza de Santiago Tlaltelolco. Igual suerte corrió Francisco Gonzalo de Morales, judío falsamente converso.

No es exacto que el tribunal fuera antisemita, pues sólo actuaba contra un grupo cuya traición durante la ofensiva mahometana había sojuzgado al pueblo español, ni tampoco es cierto que los judíos perecieran como mártires de su fe; pues no era la religión el punto de la contienda, sino la conjura política. Prevenirse de otra traición era la preocupación de España. Las diferencias religiosas agravaban esa pugna pero no eran la causa central, supuesto que antes y después de la alianza judía con el invasor árabe, la religión israelita era libremente ejercida en la España Católica.

Otro de los juicios más sonados fue el de los judíos Carvajal, que con extraordinaria habilidad burlaron durante muchos años las leyes y se infiltraron en el Gobierno de la Nueva España. El capitán Luis de Carvajal, hijo de judíos falsamente "convertidos" al catolicismo, demostró una conducta intachable y logró venir a la Nue-
(1567) va España en 1567. Desempeñó el cargo de alcalde de Tampico, realizó campañas para pacificar a los chichimecas y fue ganándose la confianza del virrey Enrique de Almanza. Doce años

después logró que se le autorizara a poblar una enorme región que se llamaría Nuevo Reino de León y que abarcaría Nuevo León, Coahuila, Zacatecas y parte de Tamaulipas, Chihuahua, Durango y San Luis Potosí, o sea 702,944 kilómetros cuadrados. Así mismo se le autorizó a traer de España a cien familias para colonizar esa enorme área, mayor que la misma España.

La ocasión fue aprovechada por Carvajal para escoger precisamente cien familias judías, que al igual que él se fingían católicas. Antes de partir de España fueron exhortadas en secreto a que continuaran guardando la ley mosaica. Los nuevos colonos arribaron en 1580, naturalmente con el fin oculto de formar una comunidad que más tarde pudiera dar un golpe a sus anfitriones. Con miras a que fuera la capital de esa nueva tierra prometida, Luis de Carvajal fundó por primera vez la ciudad de Monterrey en 1581 con el nombre de San Luis. Posteriormente su lugarteniente Diego de Montemayor hizo la segunda fundación (1596) ya con el nombre de Monterrey.

Para erigir su dominio, Carvajal y los suyos extremaron la dureza con los indios, esclavizaban a muchos de ellos y a los demás los explotaban vendiéndoles mercaderías inútiles, desechos del comercio de la capital. Numerosos indígenas contraían deudas forzadas que luego no podían pagar ni con toda su vida de trabajo, y la deuda se heredaba de padres a hijos. Esto fue causa de levantamientos en el Nuevo Reino de León. El escandaloso comercio y los abusos llegaron a conocimiento del rey, que expidió cédulas reales prohibiéndolos, pero Carvajal y los suyos eran bastante "sutiles" para burlarlas. Los nuevos colonos, con toda la experiencia y la astucia del comerciante hebreo adquirían a precios irrisorios los vegetales, animales, minerales y objetos manufacturados de su dominio. Rápidamente ganaban poder y dinero.

Todo hacía creer que el Nuevo Reino de León sería pronto
(1589) una base segura para el anhelo judío de revancha, pero un día de 1589 la Inquisición descubrió que Isabel Rodríguez Carvajal, sobrina de Luis de Carvajal el Viejo, era judía disfrazada de católica. Y esto dio la pista para hallar toda la trama tan sutilmente tejida.

Quedó así de manifiesto que un movimiento político judío se escondía bajo nombres tan castizos como Francisca Núñez de Carvajal, Antonio Díaz de Cáceres, Jorge de Almeida, Juana Rodríguez, Blanca Enríquez, etc., y que magistralmente se camuflaba detrás de la Cruz cristiana. Así se llegó a dar el caso de que Antonio Machado hacía pública y ferviente vida católica, ponía un vistoso Nacimiento por Navidad en su casa, figuraba como miembro eminente de las cofradías del Santísimo Sacramento, de la Santísima Trinidad, de Nuestra Señora del Rosario, de la Santa Veracruz y del Santísimo Nombre de Jesús.

cultivaba la amistad de los sacerdotes Luis López de Santa Catalina, Diego Villanueva, Díaz de Agüera y Juan Rodríguez, y entretanto, secretamente, era el rabino de la comunidad judía y el coordinador de las actividades políticas de los demás israelitas ocultos bajo la apariencia de súbditos fieles de la Corona.

Toda la empresa secreta del capitán Luis de Carvajal quedó al descubierto, y fue tanta su pena que murió antes de que le fuera aplicada la condena de seis años de destierro. Su sobrino Luis Carvajal el Mozo fue condenado a portar el sambenito que lo identificara como infractor de la ley, desventaja que bien pronto convirtió en ventaja al obtener permiso de realizar giras pidiendo limosnas para pagar una multa, pues despertando la compasión del público obtuvo una buena fuente de ingresos y a la vez aprovechó los viajes para rehacer los lazos de comunicación entre los judíos que se habían escapado al juicio. Algo, aunque poco, logró salvar de la destruída organización secreta que su tío había tejido tan pacientemente.

La idea de que Jesucristo era un impostor y de que el pueblo judío debería reinar sobre el mundo entero para que viniera el verdadero Mesías, fue la creencia fanática que unió a los sefardíes (judíos españoles) en los difíciles tiempos en que burlaban las leyes de la Corona y desafiaban al tribunal de la Inquisición.

QUEBRANTO INTERNO DE ESPAÑA Y ACOSO EXTERNO

Durante todo el siglo dieciséis la creciente fuerza de España sorteó la hostilidad de sus enemigos dispersos por Europa, incluso a los piratas que con base en Inglaterra acosaban las comunicaciones españolas; pero a mediados del siguiente siglo los enemigos de España afianzaron sus posiciones en la Gran Bretaña y aumentaron su acoso.

En 1628 Oliverio Cromwell comenzó a ejercer influencia en la política británica y veinte años después se convirtió sangrientamente en amo absoluto, desbarató el Parlamento, hizo decapitar al Rey Carlos I, suprimió el catolicismo y el episcopalismo, hizo matanzas, abrió de par en par las puertas a la inmigración judía, de acuerdo con el rabino Jacob Ben Azabel, según dice el judío León Halevy en "Resumen de la Historia de los Judíos". Otro consejero de Cromwell fue el rabino de Amsterdam Manassé Ben Israel, según afirma el israelita Y. R. Lambelin en "Las Victorias de Israel".

En realidad, Cromwell consumó la primera revolución de corte anticristiano y judío-masónico. Fue un antecedente de la Revolución Francesa y de la Revolución Rusa, aunque con diversas manifestaciones. Por eso el judío Jurgen Kuczynski dice que ese movimiento es **"un gran hecho en la historia de la humanidad"** y que **"constituye la primera Revolución victoriosa de la edad moderna"**.



Oliverio Cromwell decapitó al rey Carlos I, aniquiló el catolicismo en Inglaterra, consumó la primera revolución de corte anticatólico y masónico. Abrió el camino al Supercapitalismo explotador y atacó a España, a la cual odiaba (1656).

La Revolución de Cromwell no solamente persiguió y casi terminó de eliminar al catolicismo en Inglaterra, sino además derribó los diques morales a fin de establecer e impulsar el **"supercapitalismo"**, o sea **la utilización de la economía como instrumento de explotación humana y de dominación política,** que la Gran Bretaña comenzó a practicar y difundir. **El supercapitalismo** nació entonces como solapado y mortal enemigo del capitalismo honrado, que es sano aumento de producción, de salarios y de utilidades. **El supercapitalismo** fue la apoteosis de la usura y de la explotación.

Cromwell hizo la guerra a España en Jamaica y se apoderó de esta isla. Bajo su férrea mano la Gran Bretaña comenzó a perfilarse más enconadamente como potencia enemiga del Imperio Español, cosa natural porque Cromwell mismo era puritano (rama judía o judaizada del calvinismo y su abuela era hija del prestamista Horacio Pallavicino, oficialmente italiano y probablemente judío).

La masonería había sido protegida en Inglaterra desde 1327 bajo el rey Eduardo III y tiempo después fue reforzada por una nueva inmigración hebrea; Elías Ashmole fundó en 1650 la Gran Logia Warrington-Lancashire y Cromwell le dio gran impulso a la secta. La rama de los Rosa-Cruz introdujo el sistema de los altos grados, llamados "escoceses". (1)

Cromwell declaraba en 1656 que el español era "el enemigo natural, el enemigo providencial", y pedía que no se le diera tregua hasta

(1) Las Sociedades Secretas. Por S. Hutin.



Carlos II, enfermizo y sin descendencia, reinó en España a fines del siglo diecisiete, y a principios del siglo dieciocho sobrevino la guerra de sucesión, nefasta para los españoles. Inglaterra entró al río revuelto y pescó el Peñón de Gibraltar, que convirtió luego en cabeza de playa contra el Imperio español.

destruirlo. De esa manera la masonería tuvo en Inglaterra una base segura para redoblar sus actividades en Europa, y como había sido concebida y alentada por el movimiento político judío, era lógico que se orientara contra España y contra la Iglesia de Cristo.

La segunda mitad del siglo diecisiete fue desfavorable para España porque la gobernaba el enfermizo rey Carlos II, conocido por eso como "El Hechizado", y porque éste no tuvo descendencia, cosa que a principios del siglo dieciocho ocasionó la guerra de sucesión, en la que intervinieron —apoyando a uno o a otro bando— Inglaterra, Francia, Holanda y Portugal.

(1704) Inglaterra pescó en río revuelto y sorpresivamente se apoderó de los territorios españoles del Peñón de Gibraltar (1704) y de la isla de Menorca (1708). La guerra de sucesión también le costó a España sus dominios de Flandes y parte de los de Italia. (Se inició entonces para los españoles la dinastía de los Borbones con Felipe V, débil y poco interesado en el país).

Aprovechando esa conmoción que debilitó las fuerzas defensivas españolas, Inglaterra afianzó su dominio en Gibraltar y abrió

(1726) allí (1726) una logia masónica, cabeza de playa para extender la conjura secreta en todo el territorio español. Po-

(1728) co después quedaba establecida la primera logia española en Madrid (15 de febrero de 1728) bajo las instrucciones del duque de Warthon, y dos meses más tarde funcionaba con el Venerable Charles Laballe y daba cuenta de su apertura a la Gran Logia de Inglaterra.



Fernando VI, rey de España, prohibió la masonería en 1751, pero murió ocho años después y su acción quedó paralizada. Fue este un suceso de incalculables consecuencias. Un punto de cambio para España...

En 1734 ya había cuatro logias en Madrid, incluyendo la muy importante llamada Las Tres Flores de Lis. En el centro comercial de Cádiz se abrió otra más y de ahí se enviaban agentes a los dominios españoles de América. A la vez que en el plano internacional se luchaba por erigir un cerco contra España, en el interior de ella se organizaba el Caballo de Troya para minar cimientos y preparar traiciones.

Al morir Felipe V, primer rey de la dinastía borbónica, quedó en el trono su hijo Fernando VI. El Padre Rábago era su confesor y le decía que "lo de los masones no es cosa de burla y bagatela, sino de gravísima importancia". Y así lo confirmó luego la rapidez con que las logias iban extendiéndose como centros de conspiración contra el Estado Español; para 1750 ya funcionaban 97, y al año siguiente el rey expidió en Aranjuez un decreto prohibiendo la masonería. El padre franciscano José Torrubia publicó luego su libro "Centinela Contra Francmasones", en el que daba la voz de alerta.

(1753) A pesar de la prohibición real, en 1753 se fundó una nueva logia en Barcelona aprovechando a los falsos conversos y a algunos liberales de diversos matices que veían con molestia la presencia de la Iglesia en las actividades públicas. La masonería seguía siendo una institución de las sombras, según su propio principio de que la vida no nace en la luz, y su principal punto de apoyo continuaba en el extranjero, de donde recibía recursos y aliento.

Aunque España había perdido sus relativamente insignificantes posesiones de Jamaica, Flandes, Menorca y el Peñón de Gibraltar, era todavía entonces una gigantesca potencia que en cualquier momento podía unificar sus fuerzas y descargar golpes terribles pa-

(1759) ra destrozar la malla tejida en su contra. Pero el Rey Fernando VI murió en 1759 y la acción contra las sociedades secretas quedó prácticamente paralizada. **Fue este un suceso de incalculables consecuencias.**

Ese año marca en realidad el momento en que se inicia claramente la declinación de España como potencia mundial.



Pedro Abarca de Bolea (después Conde de Aranda), descendiente de ancestrales enemigos de España, fue ministro de Carlos III y preparó la expulsión de los jesuitas, de acuerdo con la acción internacional que se desarrollaba en toda Europa contra ellos.

Se ha dicho falazmente que España declinó debido a la expulsión de los judíos, pero es el caso que éstos fueron expulsados en 1492, precisamente cuando se iniciaba el ascenso de España, que se mantuvo como potencia de primer orden casi trescientos años. Sería más exacto decir que la declinación de España fue consecuencia —entre otros factores— de la contraofensiva internacional del movimiento político judío.

El sucesor de Fernando VI fue su hermano Carlos III, rey de Nápoles, donde la masonería se hallaba muy extendida. Carlos III era más italiano que español, pues como inicialmente tenía muy pocas probabilidades de gobernar en España, se le había educado para un reino en Italia. La nueva familia real simpatizaba con los masones y además llevó a España a numerosos extranjeros, fanáticos de la logia, con lo cual la masonería española se salvó de la disolución y por primera vez comenzó a controlar puestos públicos y a ejercer influencia política. Entre los allegados al rey se encontraba Pedro Abarca de Bolea (después Conde de Aranda), que era el Primer Gran Maestre de la Logia de Madrid, dependiente de Inglaterra. Este personaje descendía de judíos falsamente convertidos al catolicismo y consecuentemente alentaba ancestrales deseos de venganza.(1)

El reinado de Carlos III (1759-1788) fue brillante en la realización de algunas obras materiales, pero en cambio empujó a España hacia su declinación como potencia de primer orden al hacer posible que el enemigo penetrara hasta los más altos puestos del reino. Una ciudadela puede rechazar poderosos ataques externos, como había sido el caso de España, pero sucumbe cuando es asaltada por inadvertidos enemigos que anidan en el interior de ella misma. Tal es la peligrosa

(1) El Tizón de España.—Cardenal Mendoza Bobadilla.



Rey Carlos III de España (1759-1788) fue brillante en la realización de obras materiales, pero empujó a España hacia su declinación como potencia de primer orden al hacerse posible que los enemigos de la nación penetraran en su maquinaria gubernamental.

arma de la infiltración. El catolicismo y la monarquía habían sido los ejes del Estado español, pero bajo el reinado de Carlos III se introdujo la fuerza oculta que luchaba para destruirlos.

Precisamente en esos días se hallaba en marcha una maniobra internacional de largo alcance. En la imposibilidad de lanzarse contra la Iglesia Católica en masa, el movimiento político judío concentró sus fuerzas contra la Compañía de Jesús, que era una de las partes más activas e influyentes de la Iglesia, principalmente en la preparación cultural de las nuevas generaciones, y en la vigilancia contra las fuerzas anticristianas. (Cerca de tres siglos antes Ignacio de Loyola y el Concilio de Trento —1545-1563— habían dado a la cristiandad renovados ímpetus de lucha, habían sido la espina dorsal de la Contrarreforma para detener el cisma protestante y habían vigorizado los nexos entre la Iglesia y los gobiernos cristianos. Era una alianza entre el poder de la espada y el poder de la fe).

El enemigo natural de esa alianza, o sea el movimiento político semita, movió contra ella en toda Europa a los grupos jansenistas, galicanos, enciclopedistas y masones. Romper el engranaje jesuita, sin atacar al resto de la Iglesia, fue la meta inmediata, lo que de momento parecía viable. Dicho movimiento logró llevar al cargo de Primer Ministro de Portugal a Sebastián José de Carbalho, marqués de Pombal, quien aprovechó una enfermedad del rey José I para esparcir la versión de que los jesuitas habían intentado envenenarlo; el duque de Aveiro fue puesto en el potro del tormento y en medio de los dolores admitió que tal cosa era exacta, y aunque después se retractó, fue

tomada como cierta su anterior declaración. Apoyado en todo esto, Pombal expulsó a los jesuitas en 1759.

Como era una ofensiva internacional, que se desenvolvía a través de los cauces también internacionales de la masonería, a continuación triunfó en Francia mediante tácticas muy parecidas. El duque de Richelieu dice en sus "Memorias" que la expulsión de los jesuitas franceses (5 de agosto de 1762) fue una gran victoria masónica que preparó el camino para la Revolución.

(1762)

Y el tercer golpe del mismo movimiento internacional ocurrió en España bajo el reinado de Carlos III y lo dirigieron sus ministros Floridablanca, Campomanes y muy principalmente Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda. Aprovechando la inquietud creada por el motín del marqués de Esquilache, el conde de Aranda culpó a los jesuitas y firmó apresuradamente la expulsión (1767). Aunque una investigación demostró poco después que ellos eran ajenos al desorden, ya el golpe estaba dado.

175 años antes la Compañía de Jesús se había salvado de la infiltración de falsos conversos, pero en 1767 no pudo librarse del golpe devastador que se le dio en todo el mundo.

Un engranaje de los Estados cristianos había sido eliminado.

(Según el historiador protestante Campbell, los jesuitas de aquel entonces "hubieran, de hecho, convertido la China toda y la India toda si su labor no hubiera sido aniquilada al golpe de manejos políticos". Citado por Joaquín de Hita en "Los Jesuitas en el Banquillo").

ESTRECHANDO EL CERCO CONTRA ESPAÑA

En esa segunda mitad del siglo dieciocho, mientras España se debilitaba bajo Carlos III, crecieron visiblemente las fuerzas internacionales hostiles al imperio español; fue una época de grandes acontecimientos. En Francia y en Inglaterra aumentó la influencia de las logias, que protegidas por el secreto pudieron actuar desde la sombra y mover masas a favor de sus planes. No sería ya el judío, relativamente insignificante en número, el que saldría a luchar contra los regímenes políticos y las instituciones católicas, sino las masas —incluyendo masas cristianas— que movidas por él y enardecidas con doctrinas de visos altruistas dieran la cara al peligro. Las necesidades insatisfechas y las eternas injusticias disfrazaban los auténticos móviles de la lucha oculta.

(1776)

La Orden de los Iluminados, rama masónica fundada en Alemania por el judío Adán Weishaupt, en 1776, fue un centro de primer orden en la preparación de la Revolución Francesa. Uno de los agentes internacionales de esa Orden era José Bálsamo ("Cagliostro"), en apariencia italiano y muy probablemente judío español. Su principal maestro fue un sefardita al que él identifi-





Rousseau (izquierda) y Voltaire, actualizaron en Francia los principios de odio de clases, de esclavitud del salario, de la lucha antirreligiosa y de la república de los iguales, que varios siglos antes alentaban los valdenses en España, movidos por los hebreos contra los reyes católicos.

caba con el nombre de El Althotas, según refiere Salvador de Madariaga. Cagliostro tuvo contactos con varios dirigentes de la Orden, en particular con Tomás Ximeno, que recibía fondos de bancos judíos de Amsterdam, Rotterdam, Londres, Génova y Venecia para preparar actividades revolucionarias.

Los "iluminados" —oficialmente proscritos en 1784— y los masones del rito Templario difundido en Francia, fueron los principales instrumentos de los dirigentes internacionales para hacer que fermentara SU REVOLUCION. En sus congresos celebrados en París en 1785 y 1787 las logias planearon y decretaron el movimiento armado. Rousseau y Voltaire, masones, no hicieron sino poner en circulación los principios de odio de clases, de esclavitud del salario, de la lucha antirreligiosa y de la república de los iguales, que varios siglos antes alentaban ya los valdenses en España, condenados por el Sínodo de Verona y movidos luego por los hebreos contra los reyes católicos. (1)

(1789)

Mediante la popularización de esa sutil propaganda y la consiguiente agitación, más o menos encauzada, estalló la Revolución Francesa, cataclismo de odio y destrucción. El israelita León

(1) Esos mismos principios fueron más tarde aderezados y retocados con apariencia científica por el judío Karl Marx para emplazar la Revolución Mundial.

Kahn dice en su obra "Los Judíos de París Durante la Revolución", que el hebreo Zalkind Hourwitz Lang fue quien inició el fuego contra los guardias de las Tullerías el 10 de agosto de 1792. En la asamblea constituyente había más de 300 masones y adoptaron las directivas que ya se habían discutido en el secreto de las logias, incluso la llamada emancipación de los judíos, quienes a partir de entonces adquirieron facilidades y prerrogativas para acrecentar legalmente su influencia política en Francia. Todo esto se hizo tras la bandera vistosa de los "Derechos del Hombre". A partir del 27 de

(1791) septiembre de 1791 el movimiento político judío pudo iniciar su acción contra la sociedad cristiana sin temor a represiones.

Aunque luego la sangrienta revolución francesa se desvió de muchas de sus metas iniciales, debido a la influencia avasalladora de Napoleón, logró varios de los fines que sus ocultos inspiradores buscaban, pues dio mayor fuerza a la masonería, punto de apoyo del movimiento internacional contra España y la Iglesia. (1)

Este movimiento comenzó entonces a lograr un formidable adelanto porque **ya no llevaba en sí mismo el peso de la lucha armada;** desinformando y soliviantando masas cristianas las encauzaba bajo una bandera ficticia y las aprovechaba en su beneficio. Combatir por una libertad, pero sin dejar ver la nueva cadena que se trata de imponer; demoler a un poder absolutista" o "dictatorial", pero sin evidenciar el absolutismo que, disfrazado, quedará en su lugar, fue una formidable hazaña de sutileza hebrea.

Fue un cambio decisivo que hizo inclinar la balanza de la historia.

Otro acontecimiento de enorme trascendencia ocurrió en esa misma época al consumarse en 1783 la independencia de las 13 colonias inglesas de Norteamérica, que dio nacimiento a un nuevo poder político, al que por cierto el gobierno español había prestado ayuda, pues el conde de Aranda entregó (1777) cinco millones de libras al representante norteamericano Arthur Lee para la compra de 216 cañones, 12,826 granadas, 300,000 kilos de pólvora, 30,000 fusiles y otros implementos de guerra, que fueron enviados a las costas americanas en barcos españoles. Pero en el naciente país se infiltraban viejos enemigos calvinistas de España. Figuraba, entre otros, Jaim Salomón, rabino de la sinagoga de Filadelfia, que para adquirir influencia ayudó a Washington con la entonces considerable suma de cuatrocientos mil dólares y que posteriormente (en 1778), avaló un empréstito de Luis XVI para el gobierno estadounidense. (2)

Entre los asambleístas figuraron magnates como Samuel Johnson,

(1) Revolución Mundial.—Néstor H. Webster.—Gran Bretaña.
(2) Hay Salomón.—Prensa Israelita. Sep. 15 de 1955.

Caleb Strong, David Brearley, Jacob Bromm, Thomas Fitzsimons, Abraham Baldwin y otros más que actuaron pública o privadamente. Norteamérica sólo tenía entonces dos millones y medio de habitantes y el número de judíos, puritano-judíos y masones resultaba relativamente elevado y sobre todo de gran influencia política-económica.

(El primer grupo hebreo había llegado a lo que ahora es Nueva York en 1654, al mando de Asser Levy. Iba huyendo de la Inquisición de Recife, Brasil. Otro grupo de 15 familias judías, procedente de Holanda, arribó cuatro años después a Rhode Island "llevando los primeros grados de la masonería, que confiaron a Abraham Moses en casa de Mordecai Campanall"). (1)

(Sobre este punto el escritor judío Dr. Rudolf Glanz dice: "Durante la primera mitad del siglo XVIII los judíos asquenasitas constituían la mayoría de las comunidades judías tales como Filadelfia, Charleston e incluso la primera congregación sefardita Shearith Israel tenía entonces por lo menos tantos miembros asquenasitas como sefarditas. Durante la época colonial este papel llegó a tener mucha importancia. Los tres primeros presidentes del colegio de Harvard fueron notables sabios judíos. Durante más de ciento cincuenta años los ejercicios iniciales de dicho colegio constituían una oración hebrea. El plan de estudios, de tres años de duración, comprendía un día de cada semana dedicado al estudio del hebreo y lenguas afines a éste. La misma situación reinaba en el colegio de Yale y en King's College, ahora Universidad de Columbia"). (2)

(La masonería americana, prohijada inicialmente por los judíos Abraham Moses y Mordecai Campanall, apareció más formalmente organizada en 1717, y el vizconde de Montague ponía en marcha en 1733 una de las logias principales).

Al consumarse la independencia, las organizaciones secretas recibieron mayor impulso bajo el patrocinio del grupo encabezado por el banquero Esteban Morín (descendiente de los judíos expulsados de España), Juan Mitchel, Federico Dalco, Emilio de la Motta, Abraham Alexander e Issac Auld. En 1789 las logias americanas adoptaron la norma de que **"no hay enemigo de izquierda"** (contraseña kabalística) y en tal sentido comenzaron a presionar la política internacional. Como en el interior necesitaban paz, dieron a sus logias tareas altruis-

(1) Historia de los Judíos en América.—Samuel Oppenheim. Nueva York.
(2) 300 Años de Vida y Actividades Judías en los E. U.—Dr. Rudolf Glanz. Tribuna Israelita. Junio de 1954.

tas y evitaron temporalmente que entraran en conflicto con los intereses y costumbres de los diversos sectores sociales dentro de Estados Unidos.

El influyente núcleo que se infiltró en la organización del nuevo Estado creó bases para conducir una "democracia dirigida" mediante el dinero, la compra de votos representativos y la propaganda masiva, según lo expone el historiador Carlos Pereyra en "El Fetiche Constitucional Americano". (1)

Consiguientemente, las tradicionales fuerzas hostiles a la España católica lograban asentar (1789) una base secreta en Norteamérica, a la vez que en Europa mejoraban su posición con la Revolución Francesa y con el crecimiento del imperialismo británico, al que Oliverio Cromwell había dado decisivo impulso bajo el consejo de los rabinos Manassé ben Israel y Jacob ben Azabel. (2)

Actuando desde Londres, París y Charleston, el movimiento político-judío coordinaba su acción para abatir a España, por nacionalista y católica. Inglaterra había expulsado a los hebreos en 1290, Francia en 1390, Portugal en 1497 y la ciudad de Praga en 1561, pero después de algún tiempo les permitieron regresar. Sólo España se negaba a revocar la expulsión y había evitado durante varios siglos ser minada por dentro. Su caso era único y contra ella estaba integrándose un bloque político internacional para mover naciones. Iba a demostrarse que por poderoso que sea un Estado, a la larga está siempre en peligro de ser vencido, o por lo menos mutilado y obligado a mantenerse a la defensiva, cuando su enemigo actúa en un plano internacional.

A fines del siglo dieciocho el cerco contra España iba cerrándose...

(1) La antigua intervención política-judía en Estados Unidos la reconoció el diario "Los Angeles Examiner" el 21 de septiembre de 1941 con las siguientes palabras: "Desde Jaim Salomón, que hizo todo lo que pudo para financiar la Revolución americana, hasta Bernard M. Baruch y el desaparecido miembro de la Suprema Corte de Justicia, Cardoso, ellos han sostenido siempre la flama de nuestros ideales". (Actualmente E. U. tiene el 80% de la población masónica mundial. La organización De Molay educa a los hijos de los masones y la Orden de la Estrella Oriental encauza a las mujeres de éstos)

(2) Resumen de la Historia de los Judíos. León Halevy.—Muchos judíos han influido prominentemente la política inglesa. Anthony Moses de Costa fue gobernador del Banco de Inglaterra; Sir Salomón de Medina, Comisario en la campaña de Malborough; Isaac Pereira, comisario general; Lord Sullivan, Par "irlandés"; David Ricardo, economista del supercapitalismo; Lord Isaac Rufus, Virrey de la India; Benjamin Isaac Disraeli, primer ministro en el siglo pasado, y otros muchos.

RELAMPAGO DE LA GRAN LUCHA, EN LA NUEVA ESPAÑA

Con el Virrey Juan Vicente de Güemes (segundo conde de Revillagigedo) llegaron a la Nueva España (1789-1794) más agentes masones o judaizantes, como se les llamaba entonces. El primer proceso de la Inquisición de México por actividades secretas masónicas se realizó en 1785 contra el pintor Felipe Fabris, a quien poco después protegía Revillagigedo. Luego se enjuició al peluquero Pedro Burdales, que se jactaba de que el propio Virrey era secretamente francmasón. El cocinero del Virrey, Juan Laussel, el cirujano Juan Durrey, Vicente Lulié, Juan Domingo du Roy y Juan Aroche, también resultaron ser agentes de la masonería y fueron detenidos. Pero el Virrey los protegía discretamente y lograba que se les absolviera o se les impusieran penas leves.

Tales procesos afectaban o inquietaban a ciertos grupos extranjeros o políticos, pero en general la Nueva España vivía en paz e iba surgiendo como el vivero humano más adelantado de América. Para fines del siglo dieciocho más de la mitad de los indígenas habían sido ya civilizados en mayor o menor grado y la unificación nacional había avanzado enormemente al sustituir el idioma castellano a veintenas de dialectos que antes formaban grupos demográficos enemigos entre sí. La agricultura prosperaba con nuevos productos y con sistemas mejores de explotación, tanto que los misioneros agustinos realizaban las primeras obras de riego en Guanajuato, los jesuitas las construían en Querétaro y los dominicos en Tehuantepec. Casi todo el trigo necesario para el consumo del país se producía en tierras de riego.

De San Blas, Nay., salieron tres expediciones (1774-1779) para tomar posesión de las lejanas tierras de Alaska, de las que más tarde fueron desalojados los rusos (1788-1792) por marinos mexicanos y españoles. El nuevo país que iba surgiendo en el antiguo Anáhuac se hallaba en pleno crecimiento. La red de caminos llegaba hasta Santa Fe en Nuevo México, pasando por Durango y Chihuahua. Las diligencias hacían viajes fijos semanarios (1794) a Guadalajara y Veracruz y en la ciudad de México se establecía el primer sitio de coches en la plazuela de Guardiola.

Pese a las desventajas de la colonia, era más lo que se había ganado con ella que lo perdido con la caída de Huitzilopochtli, aunque necesariamente la etapa colonial debería tener un límite. Así lo iba apuntando ya el surgimiento de una nueva nacionalidad. Aparecía entonces el charro mexicano, que era la versión criolla del caballista español, y comenzaba a actuar un nuevo habitante, culto y consciente, que ya no era ni el indígena ni el inmigrante ibero.

En organización política, en industria, en comercio y en progreso cultural la Nueva España era la primera en América. "Ningún gobierno europeo —escribía el barón de Humboldt— ha sacrificado sumas

mayores al desarrollo del conocimiento del reino vegetal, que el gobierno español... Ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin exceptuar siquiera a las de los Estados Unidos, puede exhibir unas instituciones científicas tan grandes y sólidas como la capital de México".

Y fueron testimonios de la labor civilizadora de tres siglos de colonia muchos mestizos y criollos —nuevos mexicanos— que adquirieron aquí, en las antiguas tierras de Anáhuac, los conocimientos trasplantados de las universidades españolas. Carlos Sigüenza, historiador, matemático y astrónomo, distinguido por el Rey Carlos II y por Luis XIV de Francia; Juan Ruiz de Alarcón, poeta y dramaturgo que estuvo a la altura de los colosos del teatro español; Sor Juana Inés de la Cruz, literata; Francisco Javier Clavijero, historiador y lingüista; Pedro de Alarcón, astrónomo cuyos méritos fueron reconocidos por la Sorbona de París; José Antonio Alzate, literato, matemático y químico, elogiado por la Academia de Ciencias francesa; Antonio de León y Gama, matemático y astrónomo, estudioso de los satélites de Júpiter; Joaquín Velázquez Cárdenas, que con sus observaciones astronómicas de 1769 causó la sorpresa del abate francés Chappé, y otros tantos que en las diversas ramas del saber fueron limo y fermento de la vieja cultura que el español trasplantó a la Nueva España.

Además de la primera imprenta de América, fundada en la ciudad de México, se abrió otra en Puebla (1640) y una tercera en Oaxaca (1720). También se fundó una Academia de Nobles Artes, que luego se fusionó con la Real Academia de San Carlos (1773), abierta al público dos años después.

Nuevas poblaciones iban surgiendo en la vasta Nueva España, desde San Francisco, Cal., hasta lo que ahora es Costa Rica; la paz constructiva llevaba dos siglos y medio —salvo los transitorios desórdenes de 1692 causados por la escasez de maíz— y era tan auténtica que la enorme extension del país se hallaba guarnecida (1762) únicamente por un ejército de 2,746 hombres. (1) El principal motivo de inquietud en aquella época eran las incursiones de piratas ingleses, como la que temporalmente se instaló en Laguna de Términos y en lo que más tarde se llamó Belice, donde lograron quedarse mediante una concesión de "corte de palo" en que reconocían la soberanía de España sobre esas tierras (1788), aunque luego violaron tal compromiso y se quedaron con Belice. Por cierto que la Hermandad del Ancla, creada por ingleses de Darlington (1710) denunciaba que los piratas no eran realmente representativos de Inglaterra porque estaban siendo alentados y protegidos por judíos, en parte como una fuente delictuosa de ingresos y en parte como una acción contra España.

(1) México, el País de los Altares Ensangrentados.—Francis Clement Kelley.

En general el dominio de España en América no era el de un tirano sobre pueblos esclavos y se acercaba bastante al de un tutelaje sobre países en formación, aunque ciertamente esa fase no podía prolongarse indefinidamente, pues había rasgos cada día más impopulares, como el hecho de que se mantuviera a los criollos y mestizos alejados de los puestos oficiales y de que en algunas épocas, como la del gabinete masónico de Carlos III, no se tuviera ninguna consideración para la economía de las colonias, pues de 1766 a 1788 se estuvo sacando de la Nueva España 11.4 millones de pesos por cada 1.4 que se quedaba aquí. Eso no había ocurrido antes, tanto que en todo el período de la colonia salió sólo un promedio anual de 16 a 18 millones de pesos, según estudios de Robertson y Humboldt.

En todos sentidos las cosas desmejoraron en la Nueva España durante el reinado de Carlos III. La tranquilidad comenzó a ser amagada por las actividades de agentes que maniobraban para mutilarle a la Iglesia su fuerte brazo de la Compañía de Jesús. "Matemos a la hija para que muera la madre", decían refiriéndose a los jesuitas y la Iglesia.

El primero de noviembre de 1765, casi dos años antes de que en Madrid se "descubrieran" los prefabricados motivos para expulsar a los jesuitas, llegaba a Veracruz una fuerza de dos mil hombres, al mando del teniente general Juan de Villalba, que venía a organizar un gran ejército cuya misión no revelada era la de asegurar la expulsión de los jesuitas, planeada ya en Madrid por el ministro Abarca de Bolea, conde de Aranda, Gran Oriente de las logias españolas y descendiente de judíos falsamente conversos. El propio rey Carlos III protegía las actividades masónicas, con las cuales se había identificado durante su estancia en Nápoles.

(En la Nueva España los discípulos de Ignacio de Loyola habían arribado en 1572 y fundaron seminarios y colegios en las ciudades de México, Guadalajara, Puebla, Valladolid, Pátzcuaro, Querétaro, Zacatecas, León, Durango, Guanajuato, San Luis Potosí, Veracruz, Mérida, Chihuahua, Parral y Campeche. El primer español que visitó los dominios de los indios bárbaros de Sonora y Chihuahua —1607— fue el jesuita Fonte, y después lo siguieron otros de la misma Compañía, quienes civilizaron a los yaquis y llegaron hasta las tierras inexploradas y hostiles de la Baja y la Alta California. Llevaron semillas, olivos y ganado a la Península, abrieron caminos, establecieron telares, crearon pueblos, construyeron canales de riego, exploraron mares y costas —1697 a 1768— y aseguraron así el dominio material y espiritual de México sobre aquella alejada región. En 200 años de labor los jesuitas de la Nueva España erigieron toda una estructura cultural vinculada al poder político. Lo mismo ocurría en las demás colonias españolas de América).

Por eso la orden de expulsión causó gran sorpresa y disgusto y comenzó a ser aplicada hasta que el ejército de la Nueva España fue poderosamente reforzado, pues la disposición sólo podía consumarse con un abrumador contingente armado. El decreto de Carlos III no formulaba ningún cargo concreto y con términos en que se traslucía la influencia del Gran Oriente, Conde de Aranda, decía que "el rey, nuestro Señor, por causas que reserva a su real ánimo, se ha dignado mandar se extrañen de las Indias a los religiosos de la Compañía... Deben saber los súbditos del gran monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar y obedecer y no para discutir ni opinar en los graves asuntos del gobierno".

El pueblo no quedó convencido por ese decreto y por primera vez mostró oposición violenta al régimen. Las expulsiones tuvieron a veces que hacerse en forma secreta o con despliegue de grandes fuerzas armadas. Hubo gente que trató de evitar las aprehensiones de sacerdotes que se habían hecho populares por sus obras y enseñanzas, pero pagaron muy cara su renuencia a "callar y obedecer". En San Luis de la Paz hubo 4 ejecutados; en Guanajuato, 9; en Pátzcuaro, 13; en San Luis Potosí, 50, además de 664 encarcelados y otros muchos condenados a recibir azotes.

De la Nueva España salieron desterrados 418 sacerdotes, 137 escolares y 123 coadjutores; todas las pertenencias que les servían de base económica para los servicios sociales que realizaban les fueron confiscadas y se esfumaron rápidamente. Seis misiones y 25 colegios quedaron clausurados de inmediato; una vasta tarea educativa y civilizadora de indios fue súbitamente paralizada.

La acción internacional contra los jesuitas —que en aquel entonces eran el brazo principal de la Iglesia frente al movimiento político judío— fue tan decidida y eficaz que en 1773 el Papa Clemente XIV se vio precisado a suprimir temporalmente la Compañía de Jesús, no sin comentar: "Algunas veces hay que derribar un mástil para salvar la embarcación".

Los Papas Clemente XII (en 1738) y Benedicto XIV (en 1751), habían condenado las sociedades masónicas-judías e impedido que levantaran cabeza en diversos países, pero no pudieron evitar que prosperaran en Francia, Inglaterra y Norteamérica. Partiendo de esas tres bases, la influencia masónica internacional acrecentó su fuerza y se lanzó contra la Compañía de Jesús para escindir la alianza Estado-Iglesia, y lo logró en España, Portugal, Francia e Iberoamérica. El catolicismo y el nacionalismo político perdieron esa gran batalla bajo el acoso de su internacional enemigo.

La derrota trajo repercusiones muy serias, pues altos prelados hicieron pública condenación de sus compañeros de fe y ministerio que habían caído en desgracia. El arzobispo de México, señor Lorenzana, publicó el 12 de octubre de 1767 una pastoral contra los jesuitas, y el 11 de abril de 1769 hizo otra publicación "vergonzosa en boca de un arzobispo", dice el padre Gerardo Decorme en "Historia de la Compañía de Jesús en la República Mexicana". Y es que el jansenismo, entonces en boga entre algunos eclesiásticos, había caído secretamente en las redes masónicas y fomentaba perturbaciones, dentro del mismo clero.

Sólo Fray José Vicente Díaz Bravo, obispo de Durango, levantó la voz en defensa de los expulsados, cosa que le valió ser enviado a España en calidad de preso y murió en la travesía. El arzobispo Lorenzana, que había secundado la expulsión, fue premiado con influencias políticas que lo llevaron a la Mitra de Toledo, y otros prelados también fueron apoyados por el Reino para que obtuvieran recompensas, como el señor Fabián y Fuero, que recibió el Arzobispado de México, y el señor Alcalde, que recibió el de Guadalajara.

Eso revelaba una profunda división y por tanto una grave debilidad. Ambos fenómenos volvieron más poderosa la acción de los enemigos de España y de la Iglesia. El padre Mariano Cuevas dice en "Historia de la Iglesia en México": "En el último tercio del siglo XVIII, el país, sobre todo la aristocracia, llevaba ya el cáncer de la impiedad que le habían inoculado herejes y masones... La religión estaba casi reducida a meras prácticas exteriores".

Y el historiador Lucas Alamán escribió acerca de esa misma época: "El Clero, perdido ya el espíritu de su estado, se volvió adulador del gobierno civil, y las capitales llenáronse de una turba de pretendientes a canonjías y prebendas que no siempre eran el premio del mérito y de la virtud. ¿Qué más podía esperarse cuando los dispensadores de aquellas dignidades eran ministros tan impíos como Aranda, fundador de una logia masónica, que se jactaba de ser amigo de Voltaire y de querer aplastar al cristianismo?" (1)

La expulsión de los jesuitas, de Iberoamérica y de España, fue la primera batalla seria que la España católica perdió desde sus victorias de la reconquista de Granada y del descubrimiento de América, casi trescientos años atrás.

ESPAÑA ES ASALTADA POR FUERA Y POR DENTRO

La infiltración que a partir de 1759 había comenzado a prosperar en España bajo el patrocinio de Carlos III y de sus ministros Floridablanca, Campomanes y Aranda, se agudizó a fines del siglo. Ya ni el Clero español se libraba de la infiltración enemiga. Vicente de la Fuente escribió en su "Historia de
(1799) las Sociedades Secretas": "En 1799 la tercera parte del

(1) La Cuestión Religiosa en México.—Pbro. Francisco Regis Planchet.

Episcopado español estaba bajo el control de francmasones y jansenistas. Llorente, secretario del Santo Oficio, al lado del Inquisidor General, estableció una Logia en el edificio mismo de la Suprema, en 1809". Poco después el propio sacerdote Juan Antonio Llorente sustrajo archivos y se los llevó a Francia, donde escribió en contra de la Inquisición, después de lo cual destruyó los archivos para que nadie pudiera hacer comprobaciones. Y de esa manera se inició una propaganda tenaz, persistente a través de los siglos, para presentar como severidad sin fundamentos la acción defensiva que ese Tribunal desplegó ante una vasta conjura.

En tanto que la infiltración masónica se extendía en España y que en el exterior se vigorizaban las bases de sus protectores, el
(1804) 21 de febrero de 1804 marcó una nueva etapa de ese movimiento, pues en tal fecha la masonería española quedó directamente vinculada al centro mundial masónico de Charleston, Estados Unidos, a cargo del banquero israelita Esteban Morín. En esa fecha Morín dirigió una carta al Conde de Grasse-Tilly, residente en París, diciéndole lo siguiente: "La necesidad de unificar la benéfica influencia de la tabla de los derechos del hombre, proclamada en esta libre república (Estados Unidos) por el ilustre y Po.˙. H.˙. Washington, y llevada a esa noble nación (Francia) por el también queridísimo hermano nuestro, Lafayette, nos mueve a encargaros de un cometido... La solidaridad masónica nunca llegará a ser efectiva interin los hh.˙. esparcidos por la superficie de la tierra, no reconozcan un solo poder.

"El fanatismo y la superstición han hallado esta unidad en un organismo común, al que denominan Iglesia Católica Universal, y necesario es que a esta organización del poder oscurantista responda otra organización del pensamiento emancipador... No desconocemos lo que en tal sentido han laborado algunos insignes hh.˙. españoles... Sabemos también apreciar los costosos sacrificios de vidas y propia libertad hechos por heroicos masones que no han vacilado en perderlas antes que revelar a los poderes tiránicos la palabra sagrada, lazo misterioso y fortísimo que une entre sí a todos los hh.˙. esparcidos por la superficie de la tierra.

"Dignos son de los trabajos realizados por el Ilus. y Pod. H.˙. Aranda al emancipar a la masonería española de la tutela irregular de Inglaterra, y merecedores de aplauso el celo y solicitud con que mancomunadamente con los poderes de la orden en otras naciones llevó a cabo la obra de destruir la más formidable organización inventada por los poderes teocráticos (la Compañía de Jesús).

"Pero esta misma empresa, felizmente llevada a término por el pasajero concierto de voluntades de las potencias masónicas, señala a las claras la necesidad de que todas ellas reciban su inspiración de un centro común establecido en un país donde no sean fáciles las reacciones.

"Esta es la razón que ha precedido al establecimiento de este Supremo Consejo, que por su situación geográfica se halla a salvo de cualquier golpe de mano de los poderes tiránicos de Europa..."

(A continuación le encomendaba a Grasse-Tilly que reforzara la masonería española).

"A unificar, pues, los trabajos masónicos, encaminándolos al mismo objetivo, se dirigen los esfuerzos de este Supremo Consejo, y de aquí el que hayamos señalado a España como uno de los puntos en donde es más necesario que en otro alguno la dirección única a que nos venimos refiriendo, por ser aquel país el último baluarte donde se hallan parapetados el fanatismo, la ignorancia y la superstición". (Cristo, la Iglesia y el Catolicismo). (Firmado, Esteban Morín).

El primer Consejo Supremo se había establecido en Charleston, E. U., ciudad situada en el paralelo 33, bajo la presidencia de los judíos Isaac Long, Moisés Cohen y Esteban Morín, auxiliados por otros nueve masones del Rito de la Perfección, y Morín era conocido como el Soberano Pontífice de la Masonería Universal y Gran Maestre Conservador del Palladium Sagrado. (1) Su primera meta consistía en que en Norteamérica hubiera una paz constructiva, sin luchas ideológicas internas, a fin de poder desplegar una política internacional fuerte, apropiada a sus planes mundiales, y a reserva de implantar en un futuro lejano tales planes también en Estados Unidos. A los ojos del ciudadano americano la masonería se revistió de humanitarismo y liberalismo, hizo obras sociales y logró ganarse muchos adeptos de buena fe que no veían en la Logia nada malo para su país.

Acatando las instrucciones de los venerables Morín, Long y Cohen, Grasse-Tilly vigorizó la siembra de agentes en el ejército y en los altos puestos políticos de España. Para estas labores se contaba con la ayuda económica del banquero judío Benoltas, de Gibraltar.

En esa crítica época reinaba en España Carlos IV, que había nacido en Italia y crecido en la casa real infiltrada de masones de su padre Carlos III. Además, el primer ministro Manuel Godoy era agente de la masonería francesa (2) y arrastró al país al lado de Napoleón, en una aventura contra Inglaterra que culminó con la derrota
(1805) naval de Trafalgar, cerca de Cádiz, en 1805. Esto debi-

(1) Simbolismo de la Masonería.—Mons. León Meurin, Arzobispo de Port Louis.

(2) Historia de los Hermanos Tres Puntos.—Alberto J. Triana, Argentina. (En 1804 había 300 logias en Francia y en 1814 ya pasaban de mil).



Carlos IV redondeó su traición o su cobardía cediéndole sus derechos al invasor de su Patria (1808). Su padre, Carlos III, había iniciado la declinación de España al franquearles las puertas de Palacio a los enemigos ancestrales de la nación.

litó a la marina española y dañó sus comunicaciones con América.

(1808) Un golpe todavía mayor ocurrió en 1808 cuando Napoleón invadió a España con cien mil soldados y cuando el rey Carlos IV redondeó su traición o su cobardía cediéndole sus derechos al invasor. El príncipe Fernando VII, legítimo heredero, fue secuestrado por los franceses. Aunque prácticamente sin jefes, las tropas españolas lucharon en Zaragoza, Gerona, Astorga y otras ciudades y finalmente se dispersaron en guerrillas que causaban costosas bajas al invasor francés.

Cuatrocientas logias, con más de veinte mil masones españoles, habían recibido instrucciones de colaborar con el invasor y así fue subido al trono de España el francés José I, hermano de Napoleón, sin más apoyo real que las tropas extranjeras y los masones iberos. . .

De esa manera España perdía su soberanía y quedaba ocupada por el invasor.

El israelita Esteban Morín, jefe del Supremo Consejo de Charleston, y sus hermanos que movían a las logias francesas y españolas, repetían en 1808 la hazaña de sus antepasados sefarditas que en 711 habían abierto las puertas de España a los invasores musulmanes. Y en esa forma vengaban la afrenta que los Reyes Católicos habían hecho a los hebreos al expulsarlos en 1492.

La masonería española, al servicio de los invasores de España, preparó en el seno de la Logia "Los Hijos de Edipo" e hizo

(1812) aprobar en las Cortes la Constitución de 1812, que de un golpe convertía a la nación en provincia masónica. Para entonces los tribunales de la Inquisición ya estaban prácticamente paralizados y ocho años más tarde iban a desaparecer. Mediante la

protección de las bayonetas francesas la masonería estaba propalándose rápidamente en la Península.

La grandeza de la España Católica se había desplomado después de trescientos años bajo el acoso externo e interno de un enemigo tenaz, en gran parte invisible. Y toda la imponente tradición española parecía entonces rota para siempre.

DOS FACTORES EN NUESTRA LUCHA DE INDEPENDENCIA

Era imposible que posesiones tan lejanas como la Nueva España, con comunicaciones precarias, con justicia lenta por la distancia y con creciente población mestiza cuyo sentido de nacionalidad iba en aumento, pudieran permanecer indefinidamente sujetas a la Corona Española. La independencia era un hecho que se acercaba inexorablemente. Era un hecho natural e inevitable, como inevitable es que los hijos se independicen de los padres.

Ahora bien, sobre el movimiento espontáneo de independencia actuaron dos fuerzas que aunque coincidían en la meta de que la Nueva España se desligara de la metrópoli, en el fondo eran diametralmente opuestas e irreconciliables. Una de esas fuerzas era la masonería internacional —movida por el núcleo político hebreo— que anhelaba vengarse de la España católica y ganar nuevas provincias ideológicas en América. La otra fuerza la constituían los criollos y mestizos que querían un nuevo país, México, independiente de España y dueño de su propio destino.

La primera de estas fuerzas comenzó a actuar visiblemente

(1790) desde 1790 para provocar levantamientos en las colonias españolas. Hay constancias de que el Virrey Revillagigedo comunicó a España en ese año que trataba de aprehender a un tal Mr. Jolney, y a seis emisarios franceses procedentes de Brest, que venían a promover un levantamiento. En esa época Estados Unidos no era todavía una potencia; su heterogénea población de cerca de cuatro millones de habitantes aún era inferior a la de la Nueva España y se hallaba dispersa en grandes territorios de lentas comunicaciones. Consecuentemente el pueblo norteamericano no alentaba ambiciones sobre su vecino del Sur y el envío de agitadores a nuestro territorio era maniobra exclusiva de reducidos círculos secretos.

Ese envío de agentes perturbadores fue casi incesante.

(1792) En 1792 se descubrió y aprehendió a otros varios y al año siguiente el Conde de Revillagigedo volvía a informar a Madrid que era probable un desembarque de Mateo Coste, quien traía la misión de suscitar pronunciamientos. Seis años después un grupo de conjurados fue detenido en la ciudad de México,

(1799) el 30 de noviembre de 1799. Los agentes procedían prin-

cipalmente de Francia y de Estados Unidos. El ministro de España en Norteamérica, Luis de Onís, registró igualmente esos movimientos y en reiteradas ocasiones los comunicó a España. El agente más activo, coordinador de la labor de otros muchos, era el masón francés Desmolard, que operaba en Estados Unidos.

El objetivo inmediato de esos agentes era sembrar células masónicas, "iniciados", a los que se les presentaba sólo una parte de la organización secreta, o sea la atractiva apariencia de los "derechos del hombre", la "libertad, igualdad y fraternidad", la independencia, etc., etc. Según los propios masones la primera logia de México

(1806) se fundó en 1806, en la calle de las Ratas (ahora Bolívar). Entre los fundadores figuraban Enrique Muiño, español, y el marqués de Uluapa. (1)

Mientras tanto Thomas Jefferson, presidente de Estados Unidos (1801 a 1809), escribía irónicamente respecto de las naciones iberoamericanas: "Estos países no podían estar en mejores manos. Mi temor es que resulten demasiado débiles éstas para retenerlos mientras nuestra población logra desarrollarse lo suficiente para arrebatárselos uno por uno". (2)

Los círculos masónicos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos deseaban y alentaban la independencia de Iberoamérica, no porque lamentaran la suerte de ésta como colonia española, sino simplemente porque así contribuían a debilitar a una potencia rival y podían luego recoger ganancias entre los cachorros aún sin garras del león español.

Sin embargo, los agentes masones que trataban de provocar levantamientos en Iberoamérica no consiguieron ningún éxito concreto y su labor ha sido grandemente exagerada por sus partidarios.

La otra fuerza que quería nuestra independencia comenzó

(1808) a condensarse y a hacerse claramente actuante cuando el 19 de julio de 1808 se supo en la Nueva España que la Corona española había pasado a manos del invasor francés, José Bonaparte, hermano de Napoleón, quien nos incluía bajo su dominio al proclamarse "Rey de las Españas y las Indias". Esto produjo indignación en la ciudad de México y en las provincias, y numerosos criollos consideraron entonces que las autoridades habían dejado de tener legitimidad y que era necesario formar una Junta de Gobierno para independizar la Nueva España. Simpatizaron con este plan varios miembros del ayuntamiento de la ciudad de México, secundados por

(1) Una Contribución a la Historia Masónica de México.—Mr. Richard E. Chism, masón. (Luis J. Zalce y Rodríguez afirma en "Apuntes Para la Historia de la Masonería" que las primeras actividades masónicas en México se iniciaron en 1782).

(2) "México, el País de los Altares Ensangrentados".—Francisco Kelley, norteamericano.

integrantes del alto Clero, como los eclesiásticos Cobos, Velasco, Estrada, Bayo de Cisneros, Castañiza, Talamantes y Alfaro, quienes contaban con la simpatía del Arzobispo Francisco Lizana (1808). En una de las juntas habló en favor del proyecto el licenciado Francisco Primo de Verdad, miembro del Ayuntamiento, pero los inquisidores se enredaron en disquisiciones burocráticas, les pareció muy audaz el proyecto y lo censuraron. El anciano Arzobispo Lizana titubeó al escuchar las discusiones, retiró su apoyo al plan y así se frustró la oportunidad de que la independencia cristalizara de un solo golpe. (1)

Sin embargo, la corriente de opinión en favor de tal idea continuó ganando partidarios en los más altos círculos de las ciudades de México, Puebla, Jalapa y Valladolid.

En Valladolid se efectuaron juntas en la casa del obispo Manuel Abad y Queipo, con asistencia de casi todos los prebendados de la catedral, y en septiembre de 1809 participó también el cura don Miguel Hidalgo, según lo comunicó posteriormente a España el Virrey Venegas. Con el mismo objeto de discutir las posibilidades de independencia hubo juntas en el convento de San Francisco, a las que asistían Fray Vicente de Santa María, el cura de Huango, el licenciado Manuel Ruiz de Chávez, los militares Michelena y Obeso, y el licenciado Soto y Saldaña.

En mayo de 1810 hubo elecciones de diputados de la Nue-

(1810) va España, y de los 16 elegidos doce eran eclesiásticos partidarios de la independencia. Coincidiendo con esta idea, aunque sin comunicación con las deliberaciones que sobre el particular ocurrían en la ciudad de México, el cura Miguel Hidalgo y Costilla pensó que lo más eficaz para lograr un cambio político era un movimiento armado.

Hidalgo —español por la sangre y mexicano por el espíritu— representó, con su jubiloso anhelo de hacer algo grande por México, con su inmadurez política, con su falta de planes, con su improvisación, con su valeroso arrojo y con sus debilidades, todas las características positivas y negativas de una incipiente y tierna nacionalidad que buscaba a tientas el camino de su futuro.

La masonería afirma que Hidalgo e Ignacio Allende estuvieron varios días alojados en la logia secreta de la calle de las Ratas No. 5 (ahora Bolívar 73) y que fueron iniciados en la masonería, pero esto parece ser simplemente uno de sus trucos publicitarios, pues no hay ningún dato que lo compruebe. La Inquisición hizo en aquel entonces una minuciosa investigación y no encontró el menor indicio de ello: cualquier huella del paso de Hidalgo por la logia hubiera sido explo-

(1) El Arzobispo Francisco Lizana y Beaumont fue Virrey del 19 de julio de 1809 al 8 de mayo de 1810.



Español por la sangre y mexicano por el espíritu, don Miguel Hidalgo representó, con su jubiloso anhelo de hacer algo grande por México, con sus improvisaciones, con su valeroso arrojo y con sus debilidades, todas las características positivas y negativas de una tierna nacionalidad que buscaba a tientas el camino de su futuro.

tada durante el proceso como una prueba terrible contra él, cosa que no ocurrió, ni tampoco Hidalgo dijo nada en su confesión pública antes de morir.

Lo que sí parece probable es que Hidalgo haya tenido contacto con agentes que la masonería había enviado a la Nueva España para provocar levantamientos, agentes que se presentaban como humanitarios simpatizadores de nuestra causa y que prometían ayuda y daban consejo. En las circunstancias reinantes era político y lógico que Hidalgo quisiera aprovechar esa ayuda para sus propios planes de independencia nacional. Hubo huellas de que el general francés D'Alvimar, que coordinaba agentes franceses y norteamericanos, conferenció con Hidalgo en enero de 1809, en Dolores, no como enviado de la masonería, sino como simpatizador de nuestra causa y consejero sobre probables operaciones militares. Es también un hecho que Nueva Orleans era un centro masónico que desde 1807 enviaba agentes a realizar propaganda para que cualquier brote rebelde se encauzara por determinado camino.

Hidalgo carecía de nociones de táctica y de estrategia. Aprovechando ese vacío, quizá tales agentes (disfrazados de simpatizantes desinteresados) fueron quienes le deslizaron la táctica de enfrentar al indígena contra españoles, criollos y mestizos. Porque para la mente todavía imprecisa del indígena, tan era "gachupín" el venido de España como el criollo blanco o el mestizo trigueño que ascendía ya hacia la mexicanidad.

Exaltar al indígena como centro y base de la nueva nacionalidad

—en vez de considerarlo como uno de sus factores—, es una idea discriminatoria, disolvente, practicada por los enemigos extranjeros de México durante los últimos 150 años, pero en 1810 no era fácil reconocer esa trampa, y todo indica que la benevolencia de Hidalgo cayó en ella sin darse cuenta. Esto fue en realidad la causa del desastre de su campaña y de su prematura muerte.

La política más viable y conveniente era plantear la unidad de criollos, mestizos e indios en el movimiento de independencia, en vez de concitar el odio de los indios contra mestizos y criollos, que eran, de hecho, la estructura racial y espiritual del nuevo país.

El cariz indigenista que Hidalgo dio a su movimiento y los abusos que ocasionó contra todos los que no eran indios —pues la turba desenfrenada no sabía distinguir entre peninsulares, criollos o mestizos—, fue una semilla de discordia que todavía ahora, 200 años después, sigue siendo sembrada y regada por la internacional masónica. El empeño actual de hacer de Cuauhtémoc y Cortés símbolos opuestos, en vez de reconocer que fueron la confluencia de razas en el nacimiento de un nuevo pueblo, es la herencia de aquella misma cizaña traída a México por manos extrañas.

En 1810 había de tres y medio a cuatro millones de indios (o sea casi un millón más que en el momento de la conquista), aproximadamente un millón y medio de mestizos, un millón de criollos y de 15,000 a 40,000 españoles. Y aunque parezca paradójico, la idea de independencia era más fuerte y consciente entre los criollos y los mestizos de la clase media, por ser los que empezaban ya a tener conciencia de la nueva patria. Rechazar de antemano su adhesión y lanzar contra ellos las fuerzas ciegas del indígena, era un despilfarro de energías y un lujo de destrucción, útil sólo para los que buscaban el caos en América y la sangría de España, pero no para la nación que iba a nacer.

Esa tendencia negativa y extraña en nuestro movimiento de independencia también aconsejó que se destruyeran presas, acueductos, haciendas, ingenios, minas y establecimientos fabriles y que se arrasara a los que tuvieran buena situación económica. No se estaban cuidando así las bases para que surgiera un nuevo y fuerte país independiente, sino minándolo de antemano a fin de que luego fuera presa fácil de ambiciones extranjeras que buscaban en México influencias políticas y botín.

Numerosos historiadores han señalado los diversos errores en que incurrió Hidalgo en las operaciones militares contra el ejército realista —que en total tenía 40,000 soldados—, pero sin duda que tales errores fueron la consecuencia del falso planteamiento de su lucha. Adoptó como bando propio al indígena y consideró como adversario a todo lo demás, en vez de propiciar un frente nacional de cuantos quisieran una Patria propia contra quienes pretendieran mantener los

nexos que nos subordinaban al invasor francés que acababa de apoderarse de España.

Hidalgo tuvo cierta inclinación a este justo punto de partida cuando lanzó vivas a Fernando VII —auténtico rey de España secuestrado por los franceses—, pero no llegó hasta la consiguiente conclusión y por eso su movimiento degeneró en tropelías de masas indisciplinadas, cosa que ciertamente disgustó a Allende, le restó multitud de partidarios a la insurrección y contribuyó a afianzar al régimen. Los saqueos de Celaya, las matanzas inútiles de Guanajuato, la destrucción de minas y de haciendas y el triunfo no aprovechado del Monte de las Cruces, marcaron la primera etapa desfavorable de la empresa. (1)

De los 80,000 indios que seguían a Hidalgo sólo quedaron cuarenta mil después de los robos, las deserciones y la derrota del 6 de noviembre de 1810 en San Jerónimo Aculco. Esa superioridad numérica sobre los 7,000 soldados de la columna móvil de Calleja no era suficiente para imponerse porque mayores eran sus debilidades de planes, de disciplina y de armas. Indios que en la mañana peleaban por los insurgentes y que caían prisioneros, en la tarde peleaban por los realistas. Durante el repliegue sobre Valladolid y Guadalajara, Hidalgo ordenó nuevas matanzas de cientos de prisioneros y civiles españoles, cosa que desaprobaron Allende y Abasolo.

Las operaciones culminaron luego con la derrota insurgente padecida en Puente de Calderón, cerca de Guadalajara. Allí pereció el capitán americano Simón Fletcher, que prácticamente mandaba la artillería y dirigía la maestranza de los insurgentes. Antes de esa batalla Hidalgo había vuelto a levantar más de ochenta mil indios, pero muchos se dispersaban al lograr algo de botín y otros lo hacían al primer revés de las operaciones militares. En su primitiva inconsciencia, carentes todavía de un sentido preciso de nacionalidad, no eran la fuerza que podía dar al país la libertad, una libertad que ellos mismos no alcanzaban a comprender claramente.

En esos días Hidalgo había enviado a Pascasio Ortiz de Letona —guatemalteco residente en Guadalajara— a que fuera como embajador a Estados Unidos a solicitar ayuda, pero fue descubierto y muerto en el camino. La situación era desesperada y Allende recriminaba a Hidalgo por la mala dirección de la campaña, según carta que le dirigió de Guanajuato el 20 de noviembre (1810). En esos días Allende pensó en envenenarlo, pero al parecer fue disuadido cuando consultó el caso con el padre Gómez Villaseñor. El trágico epílogo del movimiento llegó bien pronto con la captura de Hidalgo y de Allende cuando también se dirigían a Estados Unidos en busca de pertrechos.

(1) El "grito" fue dado por Hidalgo a las 4 de la mañana del 16 de septiembre, pero Santa Anna decretó en 1853 que se conmemorara a las 11 de la noche del 15.

Hidalgo reconoció su culpa por las matanzas de Valladolid y Guadalajara y lamentó con entereza los errores en que había incurrido. En su prisión escribió el 18 de mayo (1811): "Luego erramos y hemos andado por caminos difíciles, que nada nos han aprovechado... ¿Cuál será, pues, mi sorpresa, cuando veo los innumerables delitos que he cometido como cabeza de la insurrección? ¡Ah, América, querida patria mía! Ah, americanos mis compatriotas, europeos mis progenitores! Compadeceos de mí. Yo veo la destrucción de este suelo que he ocasionado; las ruinas de los caudales que se han perdido, la infinidad de huérfanos que he dejado, la sangre que con tanta profusión y temeridad se ha vertido".

(1811)

En la antesala de su muerte, en la soledad de su celda de piedra inhóspita, Hidalgo tuvo una imagen más nítida de la independencia que en el fondo de su alma anhelaba para estas tierras; una independencia constructiva y próspera, sin aquellos robos y matanzas estériles. Demasiado tarde para rectificar, pero con la serenidad del que siente que su anhelo limpio fue deformado por involuntario error, Hidalgo buscó el apoyo religioso de su confesor y la mañana del 30 de julio sus ojos verdes contemplaron la imagen final del cañón de los fusiles que iban a franquearle el paso hacia la eternidad. Sentado en un banquillo recibió tres descargas sucesivas que le causaron heridas, pero quedó con vida hasta que le dieron dos tiros de gracia en el corazón.

El mismísimo jefe realista Calleja, que tan enconadamente combatió a Hidalgo, escribió al Virrey Venegas: "Los mexicanos y aun los europeos (españoles) están convencidos de las ventajas que resultarían (para el país) de un Gobierno independiente, y si la absurda insurrección de Hidalgo se hubiese mantenido en esa dirección, me parece, por lo que he observado, que el movimiento hubiera hallado poca oposición".

También el Dr. José María Luis Mora, liberal, coincide en que la errónea dirección del movimiento insurgente determinó que "hombres verdaderamente amantes de su patria, deseosos de la independencia y aún comprometidos en ella, no sólo abandonaran la causa de Hidalgo, sino aun tomaran las armas contra ella".

El plan de guerra había sido equivocado al lanzar a indios contra criollos y mestizos en una campaña larga y costosa que destruía mutuamente los diversos elementos de nuestra nacionalidad en vez de unificarlos en una victoriosa libertad. Esto resultaba absurdo para nosotros y sólo beneficiaba a intereses extraños que no buscaban precisamente dañar a España y elevar a México, sino dañar a España y a la vez debilitar al naciente país para asegurarse futura influencia sobre él.

Entretanto, coincidiendo con la insurrección en la Nueva España y con la ocupación francesa de España, el Presidente Madison, de Estados Unidos, ordenó el 28 de septiembre de 1810 que un grupo de 11 filibusteros firmaran en la Villa de Baton Rouge una acta de independencia de la Florida Occidental y que esta comarca española quedara anexada como parte de la Louisiana y bajo la "protección' de las tropas norteamericanas. El general Wilkinson consumó la anexión.

Dos años después (España seguía invadida por los franceses y en sus dominios de América había intranquilidad e insurrecciones) el Presidente Madison ordenó la invasión de la Florida Oriental. El general Andrew Jackson, el azote de los indios, se apoderó de las posesiones españolas de San Marcos y Pansacola.

El secretario de Estado americano, Mr. Monroe, ofrecía armas, dinero y tropas a los insurgentes mexicanos (entre ellos a Gutiérrez de Lara), siempre que adoptaran previamente una Constitución semejante a la de Estados Unidos y que convinieran en una futura anexión. (Diciembre de 1811).

El ministro de España en Estados Unidos, Luis de Onís, se enteró de que la Casa Blanca estaba dando apoyo al agente Williams Davis Robinson para que fomentara la revolución en la Nueva España, y el primero de abril (1812) Onís le escribía al Virrey Venegas que la Casa Blanca se había propuesto "nada menos que fijar sus límites en la em-

> bocadura del Río Norte o Bravo, siguiendo su curso, hasta el grado 31, y desde allí tirando la línea recta hasta el mar Pacífico (abarcando Tejas, Nuevo Santander —o sea Tamaulipas— ,Coahuila, Nuevo México, Sonora y parte de Nueva Vizcaya, o sea Durango)... No hay paraje quizá, en nuestras Américas, en donde no haya emisarios napoleónicos y de este gobierno (el de Madison, de la Casa Blanca); éstos se unen en todas partes para fomentar la guerra civil y la Independencia, pero con distintas miras".

En 1812 y 1813 Filadelfia y Nueva Orleans eran centros de agentes que partían a diversos países de América para alentar insurrecciones. El 3 de abril (1812), el Virrey de la Nueva España avisaba a sus subalternos que estuvieran alerta contra la posible presencia del agente extranjero Joel R. Poinsett.

El 20 de julio don José María Liceaga, vocal de la Suprema Junta Nacional, expidió en Yuripándaro un bando para movilizar a la población civil a una lucha total, pues declaraba traidores y sujetos a castigo a todos los civiles que no se opusieran a los realistas o que tuvieran tratos con los civiles donde los realistas dominaran. Esta novísima táctica de **guerra total** más parecía importada del extranjero que surgida en México y sólo contribuyó a debilitarnos en una lucha cruel en la que numerosos civiles sufrían represalias por parte de uno y otro bando.

La actividad de extranjeros empeñados en aprovecharse de los anhelos de libertad de Iberoamérica, era visible en México, en Argentina, Chile y Colombia, donde también se habían iniciado movimientos de insurrección en 1810. En Venezuela y Bolivia empezaron poco antes. Muchas de estas actividades eran complementadas por la acción masónica que operaba en Cádiz para sabotear el control español sobre América. Por influencia de la Logia Central de Cádiz fue removido en Perú el Virrey Joaquín de la Pezuela y puesto en su lugar el general La Serna, quien persiguió a los españoles leales y preparó la derrota de Ayacucho.

Era un hecho que los agentes extranjeros que se presentaban como simpatizadores de la libertad de Iberoamérica no querían que ésta surgiera fuerte, unida y auténticamente soberana, sino escindida, tambaleante y supeditada al poder masónico.

QUERIAN CONTROLAR NUESTRA INDEPENDENCIA

Muertos Hidalgo y Allende, la insurrección quedó casi dominada. Pero a poco surgió con innatas dotes de caudillo militar, el cura José María Morelos, que desplegó una gran actividad hasta 1815. Llegó a mover más de 12,000 hombres y realizó prodigios de esfuerzo frente a un enemigo tres veces superior en número y además superior en disciplina y armas. Morelos repudiaba nuestra vinculación oficial con el invasor francés de España y decía que el francés "pretende corromper nuestra religión" (manifiesto de noviembre de 1812). El virreinato podía llegar a uncirnos con el hermano de Napoleón que sojuzgaba a España.

El núcleo de la insurrección seguían siendo los clérigos y había tantos en las filas insurgentes que el Virrey decretó (junio 25, 1812) que éstos quedaban bajo la jurisdicción militar y que serían ejecutados sumariamente, sin previa degradación eclesiástica. La simpatía de los sacerdotes por la causa insurgente se debía a que consideraban que el país prosperaría más siendo independiente y a que juzgaban dañino que México llegara a recibir la influencia del invasor francés que gobernaba en España. Este sentimiento se agudizó en 1812 cuando las logias de España, aliadas al invasor extranjero, proclamaron una nueva Constitución, que fue también jurada en México (5 de octubre del mismo año) y en su memoria se le dio al Zócalo el nombre oficial de Plaza de la Constitución. En ese momento el virreinato de México comenzaba a ser influído con las ideas del poder masónico-francés que invadía a España.

Eso explica que seis mil de los ocho mil sacerdotes que había en la Nueva España no quisieran que ésta siguiera atada al carro de una

España cautiva del extranjero, y en forma abierta o discreta alentaban el movimiento de independencia. Este era, pues, un esfuerzo nacionalista, en el que nada tenían que ver las logias, aunque luego han pretendido artibuírselo. Su participación consistía en tratar de influir ese movimiento, prometiéndole apoyo, con la mira secreta de controlarlo.

Así fue como deslizaron cerca de Morelos a un tal David y a un tal Tabares, y como sugirieron el Plan de Tierra Quemada, que dijeron que Morelos firmó, pero que ciertamente él nunca aceptó, ni permitió se aplicara. Por el contrario, lo contradijo en todas sus proclamas y con sus actos. Ese extraño plan era dañino para el futuro de México: implicaba la **guerra total** y consistía en lanzar a los indios contra los blancos y en

> "destruir todas las obras de presas, acueductos, caseríos, y demás oficinas de los hacendados pudientes, criollos o gachupines. Estas propias medidas deben ser contra las minas, destruyendo sus obras y las haciendas de metales sin dejar rastro. La misma diligencia se practicará con los ingenios de azúcar".

El plan era terrorista y conducía al debilitamiento del país que estaba por nacer, destruyendo sus centros de trabajo y enfrentando a los indígenas contra los criollos y mestizos.

Inicialmente Morelos tuvo tratos con los agentes extranjeros Tabares y David, quienes junto con un tal Mayo promovieron que se alentara a los indios al saqueo, al despojo de tierras y al asesinato de los blancos, según el plan de **guerra total.** Pero en ese momento Morelos los desautorizó, salió en su persecución, los capturó y los fusiló en Chilapa.

Esa es la mejor prueba de que Morelos no estaba de acuerdo con el extraño plan de Tierra Quemada, que años más tarde un tal Juan Martiñena hizo circular atribuyéndoselo al Caudillo, y que en 1924 fue exhumado en el Senado con el título de "Las Ideas Sociales del Generalísimo". De ese plan se pretende ahora deducir capciosamente que Morelos quería la supresión de la propiedad agrícola y la creación de algo así como los ejidos comunales, cosa absolutamente falsa, pues en la Constitución que promovió y firmó establece la "propiedad y la libertad" y que "todos los individuos de la sociedad tienen derecho a adquirir propiedades" y a "disponer de ellas a su arbitrio".

El mencionado plan, sin fecha ni lugar de expedición, fue contradicho por todos los actos del Caudillo, quien ni confiscó la propiedad privada, ni destruyó centros de trabajo ni persiguió a los criollos o españoles, y en su proclama del 13 de octubre de 1811 dijo: "...no

> hay motivo para que las que se llamaban castas quieran destruirse unos con otros, los blancos contra los negros, o éstos contra los naturales, pues sería el yerro mayor... Que no siendo como no es nuestro sistema proceder contra los ricos criollos, ninguno se atreverá a echar mano de sus bienes por muy rico que sea; por ser contra todo derecho semejante acción, principalmente contra la ley Divina que nos prohibe hurtar". Al capturar Tehuacán ordenó que en un plazo de tres horas se arcabuceara "a todo soldado que cometa un robo".(1)

El extraño documento de **guerra total** no figuró en las deliberaciones del Congreso convocado por Morelos, ni lo tomaron en cuenta los realistas en el proceso, y aun el mismo Calleja se abstuvo de atribuírselo al Caudillo y sencillamente escribió que era engendro de alguna "cabeza infernal". El único que se lo atribuyó posteriormente fue Juan Martiñena, y la historia oficial exhumó el embuste en 1924, a iniciativa del senador Pedro de Alba.

Es un hecho que durante las campañas de Morelos las logias de Filadelfia y de Nueva Orleans enviaban agentes a ofrecer ayuda para la lucha de independencia, pero evidentemente sólo la daban a quienes fueran prestándose, consciente o inconscientemente, a ciertos planes internacionales. Morelos decretó la independencia de México, formó el primer gobierno mexicano independiente, con el primer Congreso y la primera Constitución. Y no obstante eso, no recibió ayuda de los extranjeros presuntamente enamorados de la independencia mexicana. Del extranjero vino a verlo un tal general Robinson, pero de su visita no se derivó ninguna ayuda, y es que Morelos seguía firme en sus creencias, como lo demsotró en la primera Constitución, en Chilpancingo, al estipular que no se reconocería "otra religión más que la católica, apostólica, romana". En el propio congreso de Chilpancingo se aprobó el restablecimiento de los jesuitas. Y después de

(1813) capturar Acapulco el 9 de junio de 1813, Morelos declaró en un banquete: "Brindo por España; ¡Viva España!, pero hermana y no dominadora de América".

Por otra parte, nombró plenipotenciario suyo en Estados Unidos a José Manuel de Herrera, quien dio el grado de general mexicano al agente francés Aury, antiguo pirata, y habló de ceder a Norteamérica el Estado de Texas, a cambio de armas, pero Morelos no llegó a formalizar ningún compromiso sobre el particular. Por el contrario, el 17 de febrero de 1813 escribía desde Yangüitlán, al mariscal Ayala, que deseaba abrir comunicación con los angloamericanos, pero que "será puramente de comercio, a feria de grano y otros efectos, por fusiles..."

Y el hecho es que Morelos no llegó a recibir ayuda de los agentes masones que se fingían tan amigos de México. Aunque muy capaz en el mando de tropas y en la conducción de operaciones militares, como lo demostró en el rompimiento del sitio de Cuautla —de 72 días—, Morelos careció de medios económicos y de armas y cayó prisionero.

(1) Morelos.—Por Ezequiel A. Chávez.



Morelos rehuyó el extraño consejo de arruinar al país con la "guerra total". Quería que el campesino tuviera tierras propias; se negó a reconocer ninguna otra religión que no fuera la católica; no quiso comprometer territorio nacional y no llegó a recibir ayuda de los agentes extranjeros que se decían tan amigos de México.

(1815) Su brillante carrera terminó ante un pelotón de ejecución en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815. Según cómputo de los realistas, con Morelos iban ya fusilados 125 sacerdotes insurgentes.

Con la muerte de Morelos la lucha de independencia quedó prácticamente paralizada, aunque subsistían débiles brotes aislados como los de Victoria y Guerrero, que poco podían hacer contra el ejército realista aumentado a 40,000 soldados de línea y 40,000 de primera reserva. Los agentes William Davis y John Robinson —hermanos masones llegados de Norteamérica— trataban de armar y controlar grupos insurgentes en el sur de la Nueva España y ofrecían armamento. El 22 de junio (1814) llegó a Nautla el barco "Tiguere", con pertrechos de guerra, y el general Lambert anunció que después llegarían cuatro barcos más. William Davis fue luego capturado y llevado a España. Otro agente, John Hamilton, operaba en el norte.

Entretanto, en Europa habían ocurrido sucesos importantes que iban a tener repercusiones. Cuando la tradición española parecía definitivamente rota mediante la invasión francesa de 1808, mediante el entronizamiento del hermano de Napoleón y mediante la proclamación de la Constitución masónica de 1812, ocurrió un hecho imprevisto. Resulta que conforme Napoleón Bonaparte acrecentaba su prestigio y su fuerza, iba supeditando las logias a sus propios puntos de vista y a los intereses de su familia, **convirtiendo así en bonapartismo lo que se había iniciado como revolución judío-masónica para lograr el control de Europa.**

Consiguientemente, Napoleón fue granjeándose la enemistad de la



Conforme Napoleón aumentaba su prestigio personal, invalidaba el movimiento que se había iniciado como revolución judío-masónica. Comenzó entonces a ser acosado concéntricamente y esto abrió una coyuntura para que España se librara de sus invasores y restaurara a su rey Fernando VII (1814).

masonería internacional, que empezó luego a mover fuerzas para abatirlo. En 1812 Napoleón fracasó en Rusia, se vio crecientemente atacado por Inglaterra, tuvo que retirar tropas de España, donde crecía el acoso de los guerrilleros nacionalistas españoles, y finalmente perdió el dominio de la Península. Y así fue posible, casi (1814) providencialmente, que el rey Fernando VII pudiera regresar al trono de España, que proscribiera la Constitución masónica de 1812 y disolviera las logias, públicamente culpables de complicidad con el invasor francés. Los hermanos masones Francisco Espoz y Mina y su sobrino Francisco Javier Mina intentaron apoderarse de Pamplona durante una revuelta para restablecer la Constitución recién derogada, pero fracasaron y huyeron a Francia en busca de apoyo.

El antiguo régimen nacionalista y católico había vuelto a tomar el poder de España, pero todas las instituciones públicas y privadas se hallaban profusamente infiltradas por masones, tales como los ministros Pedro Cabellos, Pedro Macanaz, José María Pizarro, el general Ballesteros, Martín Garay, el marqués de Mataflorida, el de Tolosa y el general Cayetano Ladez. Y dentro del palacio real, como colaboradores de las logias, la infanta doña Luisa Carlota, su marido el infante Francisco, hermano del rey, y otros muchos, de tal manera que quedó planteada la lucha —más o menos franca o encubierta— entre los que se aferraban a sus instituciones tradicionales y los que consciente o inconscientemente servían a los enemigos internacionales de España, a través de las logias.

Y mientras en España se desarrollaba esa lucha, en la Nueva España

se encendía un nuevo brote rebelde, **aunque esta vez no partía de sus propios hijos, sino era realizado principalmente por extranjeros.**

Después de haber fracasado en su intento de restablecer en España la Constitución masónica de 1812, dictada bajo la influencia del invasor francés, Francisco Javier Mina —discípulo del eminente masón-judío Rafael B. Mizrahi— obtuvo ayuda en Inglaterra para invadir la Nueva España y reanimar la lucha de independencia. Denis Smith le facilitó 804,237 pesos mexicanos y la Baltimore Mexican Company 170 mil.

Fray Servando Teresa de Mier (que en 1812 había sido procesado por la Inquisición en México y que luego se asiló en Inglaterra) se puso allá en contacto con Mina y ayudó a preparar la expedición.(1)

El 24 de noviembre de 1816 Mina llegó a Nueva Orleans, centro masónico coordinador de las actividades políticas para Iberoamérica, y estableció contacto con el agente Aury, antiguo pirata francés al que se le había nombrado general mexicano. Aury engrosó las filas de Mina con cien hombres que integraron los cuadros del batallón "La Unión". De Filadelfia —centro de las logias yorkinas— y de Baltimore se suministraron auxilios para la expedición. La guardia de honor era mandada por el coronel Young; la caballería, por el mayor Maylefer; la infantería, por el mayor Sterling, y un regimiento de 64 hombres, por el capitán Treviño.

El ministro de España en Washington, Luis de Onís, denunció ante el gobierno americano esos preparativos bélicos, pero sus protestas no surtieron ningún efecto y la expedición zarpó con 300 hombres reclutados en Estados Unidos y pertrechados allí.

(1817) El 15 de abril de 1817 Mina desembarcó en Soto la Marina y audazmente se internó hasta el Estado de Zacatecas. **Su movimiento, al contrario de los de Hidalgo, Allende, Aldama y Morelos, sí era esencialmente de inspiración masónica y sí recibió decidida ayuda del extranjero, pero no despertó ningún apoyo ni adhesión por parte de la población de la Nueva España.** Y es que en ésta había el anhelo de una libertad propia, no de que el control extranjero de España fuera sustituido por otro control extranjero.

Sin ser secundado por nadie en la Nueva España, Mina se encontró pronto en un callejón sin salida. Uno de sus lugartenientes, Mr. Perry, fue cercado y herido, y se suicidó. En otro combate el coronel Young murió de un cañonazo en la cabeza y fue sustituido por John Davis Brandburn, más tarde derrotado. Finalmente Mina fue capturado en la hacienda El Venadito, cerca de Silao, y ejecutado el 11 de noviembre de 1817. Después cayeron prisioneros y fueron fusilados en Pátz-

(1) Entretanto, en mayo de 1816 llegaba hasta Tehuacán el agente judío William Davis Robinson, a ofrecer armas norteamericanas para mover una insurrección, pero no logró éxito.



Francisco Javier Mina, con su desembarque de extranjeros en Soto la Marina, representó el mayor esfuerzo del grupo internacional secreto que quería independizar a México de España, pero no para hacerlo libre, sino para someterlo a su propio dominio. No encontró apoyo de los mexicanos y fue derrotado y fusilado en 1817.

cuaro los extranjeros Michelson y Yurtis, que habían acompañado a Mina.

El único grande esfuerzo de la masonería internacional por sustituir en la Nueva España la hegemonía política ibérica —pues jamás se propuso en verdad que fuéramos libres y soberanos— fracasó con la extinción de Mina.

En un respiro en la lucha que se libraba en su propio suelo y en sus dominios de América, España no tuvo más remedio que admitir y legalizar el golpe sufrido en la Florida, y aceptó una indemnización americana de 50 millones de dólares. Sin embargo, puso particular empeño en precisar las líneas fronterizas y en obtener de Estados Unidos el reconocimiento oficial de que Texas formaba parte de México, según lo admitió la Casa Blanca en el tratado Onís-Adams

(1819) del 22 de febrero de 1819. (Ya entonces cierto núcleo político de Estados Unidos aspiraba a la conquista de Texas, pero su movimiento de expansión iba por partes). El 10 de mayo (1820), Monroe le escribía a Jefferson diciéndole que después podrían tomar Texas "por algo insignificante. . . España pronto debe ser arrojada de este Continente, y con cualquier nuevo gobierno que pueda formarse en México será fácil arreglar los límites en las tierras que nos sirven para incluir en nuestro lado tanto territorio como podamos desear".

Y Jefferson le decía a Monroe en carta del 14 de mayo: "Para nosotros la provincia de Texas será el Estado más rico de nuestra Unión".

La lucha de independencia, que una mano extraña había estado as-

tutamente desviando hacia una lucha interna de castas, con la ruinosa táctica de la **guerra total** que destruía poblados, cosechas, minas y comercios, y que realizaba matanzas hasta de civiles, nos había debilitado gravemente. El valor de las fincas se redujo en un 75% respecto al de 1810; el crédito y el comercio se habían mermado; el agio y el contrabando aumentaban y el total de pérdidas en los 7 primeros años de la insurrección se elevaba a cerca de mil millones de pesos, cantidad extraordinariamente grande para aquella época. (Cerca de setecientas acciones de guerra se libraron en diez años).

Sin embargo, entre 1817 y 1820 el dominio de la Corona Española comenzó a restaurarse en América. En la Nueva España sólo operaba el grupo de Guerrero aislado en las montañas del sur, al cual trataba de influir el agente Juan Davis Brandburn, superviviente de la expedición de Mina. En Guatemala, un débil movimiento había sido sofocado; en Quito, Perú y Chile, la situación se hallaba dominada. Sólo en Buenos Aires y en Venezuela las dificultades eran mayores. Fernando VII preparaba en Cádiz un cuerpo expedicionario de 10,000 hombres.

(1820) En ese momento en que España parecía que iba recuperándose del golpe sufrido durante la invasión francesa, se desencadenó (1820) una contraofensiva de las logias ibéricas, encabezadas por la "Lautaro", de Cádiz, que recibía apoyo del Supremo Consejo de Charleston y de los magnates judíos de la logia de Gibraltar. La contraofensiva la encabezaba el coronel Rafael del Riego (que en 1813 se había iniciado masón en Francia) con su batallón de Asturias, y proclamó nuevamente la Constitución masónica de 1812. Como Del Riego contaba con cómplices en el ministerio de la Guerra no fue prontamente dominado y a continuación estallaron otros brotes, tumultos, etc., hasta formar una Junta Consultiva que de hecho se apoderó del Poder. El vacilante Fernando VII se retractó entonces de lo que había hecho en 1814, juró la Constitución de 1812 y volvió a suprimir la Compañía de Jesús, que había sido restaurada por él. Es decir, capituló ante las logias y abolió la Inquisición el 9 de marzo de 1820.

El empuje de las fuerzas secretas no halló resuelta resistencia en el rey, que a toda costa buscaba acomodarse y coexistir con sus enemigos, aunque hubo resistencia aislada de los que comprendían el peligro que corría España. Menéndez Pelayo dice que "las logias instigaron brutales excesos en Cáceres; en un solo día el coronel González "El Empecinado", fusiló a 300 prisioneros que bajo la seguridad de su palabra se habían rendido; en Granada fueron asaltadas las cárceles y reproducidas las matanzas dantonianas; en Málaga, Riego se apoderó de la plata de las iglesias. Estos triunfos hicieron a las sociedades secretas salir a la superficie a influir ostensiblemente en los gobiernos, cuyas candidaturas se fraguaban en sus logias. La masonería había hecho la Revolución y ella recogió los despojos, pero éstos no bastaron para todos y luego vino el cisma. Así nace la comunería que llegó a tener diez mil afiliados, y los carbonarios, secta importada de Italia, que se extendieron a Barcelona y otras partes de Cataluña, Valencia y Málaga y hasta Madrid. . . A tal punto llegaron las cosas en 1821 que Cádiz y Sevilla se separaron de la autoridad central y dependieron de sus logias. En Cádiz la masonería fue arrollada por los comuneros. Y se publicaban hasta veinte periódicos de diversas tendencias masónicas".(1)



Fernando VII se acobardó ante el movimiento de las logias en 1820, encabezado por el coronel Rafael del Riego, y juró la Constitución de 1812, que había derogado en 1814. Fue una capitulación y esto iba a producir disgusto en la Nueva España y renovados impulsos de independencia.

En la Nueva España el Virrey Apodaca se intimidó ante la creciente influencia de los revolucionarios masones de España y juró la restablecida Constitución de 1812, pero eso no le valió para conservar su puesto, pues el diputado, sacerdote y masón mexicano Ramos Arizpe gestionó en Madrid que Apodaca fuera sustituido por el teniente general Juan O'Donojú, que había traicionado a España fungiendo como ministro de Guerra del invasor francés José Bonaparte.

Las Cortes españolas estaban ya controladas por masones y aprobaron tal nombramiento para asegurar su influencia en la Nueva España.

Sus planes ocultos para este virreinato se hallaban a punto de cristalizar sin que hubiera a la vista ya ninguna fuerza política organizada para impedirlo, pero ocurrió entonces un golpe imprevisto.

(1) Historia de los Heterodoxos Españoles.—Menéndez Pelayo.

En la iglesia de La Profesa, de la ciudad de México, varios sacerdotes habían discutido la conveniencia de que el país se independizara de España para impedir que siguiera ligado al poder masónico de las Cortes de Riego. Aunque estos planes no llegaron a formalizarse, una idea parecida cundía con mejores oportunidades de ser llevada a cabo.

El Coronel Agustín de Iturbide, que no participó en las juntas de La Profesa, también soñaba desde hacía mucho tiempo en la independencia de México. Hidalgo lo había invitado en Valladolid a que se uniera a la insurrección, cuando Iturbide era teniente, y le había prometido el grado de general, pero el joven oficial consideraba que "los planes del cura estaban mal concebidos". Cuatro años después Iturbide combatía a los rebeldes y ejercía duras represalias contra los que asaltaban y quemaban poblados, o contra quienes les prestaban ayuda. Sin embargo, creía que un movimiento distinto —unificador en vez de fratricida— tendría éxito, y deseaba encabezarlo él, según se lo confesó a Filisola en 1815.

La oportunidad se le presentó en 1820 cuando el Virrey Apodaca le encomendó pacificar las sierras del sur, en donde Guerrero aumentaba su prestigio y continuaba levantado en armas con un reducido grupo de insurgentes. Pero Iturbide entró en comunicación con Guerrero, le escribió ofreciéndole su amistad (4 de febrero de 1821), le dijo que le admiraba su valor y que esperaba "darle en breve un abrazo". Guerrero comisionó a José Figueroa para que negociara con Iturbide una alianza. Sobre esta base Iturbide proclamó el 24 de febrero, en Iguala, un plan de independencia que empezaba con las siguientes frases significativas: "Ha llegado el momento en que manifestéis la uniformidad de sentimientos y vuestra unión sea la mano poderosa que emancipe a la América sin necesidad de **auxilios extraños**"..

(1821)

Además, el Plan de Iguala estipulaba:

1.—Que México había llegado a la edad mayor para separarse de España, sin perderle respeto, ni veneración, ni amor como "a su primitivo origen".

2.—Trato igual para todos los habitantes de México, fueran criollos o españoles; es decir, que el país conservaba su unidad y repudiaba la cizaña que se había estado queriendo deslizar para enfrentar a lo indígena contra lo hispano y contra lo mestizo.

3.—Supremacía de la religión católica como religión de Estado. (Este punto también estaba reñido con los planes de la masonería).

Como bandera de la nueva nación Iturbide adoptó la enseña tricolor y la hizo jurar a sus tropas (2 de marzo de 1821) con el simbo-



Iturbide representó y consumó el viejo anhelo de lograr una independencia completa, tanto de España como de las nuevas fuerzas internacionales que querían hacernos reñir entre sí, debilitarnos, modificar nuestro destino y explotarnos como botín. Quería unidad racial y religiosa.

lismo de las tres garantías: religión, independencia y unión, y anunció: "Al frente de un ejército valiente y resuelto, he proclamado la independencia de la América septentrional. Es ya libre, es ya señora de sí misma, ya no reconoce ni depende de la España ni de otra nación alguna".

Los movimientos de Iturbide y Guerrero, fusionados, iban a ganarse rápidamente las conciencias de todos los habitantes del país, pues en esos términos ni los indígenas, ni los mestizos, ni los criollos, ni los españoles se oponían a la independencia. De momento existían aún grandes obstáculos materiales, pero Iturbide los afrontó con firmeza. Su ejército de 2,400 hombres no estaba acostumbrado al clima cálido de Iguala y hubo numerosísimas deserciones, lo cual lo dejó en más desventajosa situación ante las fuerzas realistas, que incluyendo tropas, policía y guardias auxiliares totalizaban 84,000 hombres. Iturbide recomendó a Guerrero que continuara en el sur, en tanto que él salía a dominar Valladolid y luego Querétaro.

Las fuerzas conjuntas de Iturbide y Guerrero no pasaban de seis mil hombres y algunos historiadores las calcularon en 4,500. Durante un mes su proclamación de independencia estuvo en riesgo inminente de fracasar por completo. Pero Iturbide fue combinando audacia y diplomacia, se dirigió al Bajío donde era muy conocido, logró dar mayor difusión a su plan de independencia y fue ganándose adeptos.

Se le unieron Bustamante en Guanajuato, Barragán y Domínguez en Michoacán; Bravo, Santa Anna, Herrera y hasta los jefes españoles Negrete y Cruz. Después de dominar en Querétaro, Iturbide se impuso

Guerrero, el viejo luchador, secundó la acción de Iturbide. Ambos iban a ganarse rápidamente las conciencias de todos los habitantes del país, pues fusionaban los anhelos de indígenas, mestizos y criollos, en vez de enfrentar ruinosamente a unos contra otros.



en Puebla. Lorenzo de Zavala, enemigo de Iturbide, escribió que éste "volaba con la rapidez del relámpago, desde las cercanías de la capital hasta los puntos más remotos. En un principio experimentó deserciones que a otro lo hubieran desalentado: pero la energía de su carácter y su valor sostuvieron estas primeras desgracias, y en poco tiempo vio unírsele cuanto había de más notable entre los oficiales criollos".

Todos los que tenían conciencia de nacionalidad, incluyendo el ejército, gran parte de las autoridades locales y el Clero estuvieron de acuerdo con Iturbide y Guerrero. Se demostraba así la exactitud del juicio de Calleja cuando en 1811, dijo que si la rebelión de Hidalgo no hubiera enfrentado a indígenas contra criollos, habría triunfado casi sin oposición porque todos estaban convencidos de que la independencia era benéfica para acelerar el progreso de México.

Sólo pequeños grupos se esforzaban por hacer fracasar el movimiento de independencia. La logia de la ciudad de México prohibió a sus miembros adherirse al Plan de Iguala. El jefe militar Martino Almela, que se dirigía a Puebla, fue obligado por su logia a rectificar su adhesión a Iturbide, amenazado "con las más graves penas, hasta la de muerte", y protestó nuevamente fidelidad al Virrey. Como transcurrían las semanas y el movimiento iturbidista prosperaba, la logia de la ciudad de México consideró que el Virrey Apodaca no era muy eficaz y lo derrocó en un cuartelazo (5 de julio) para poner en su lugar a Francisco Novella.

Pero tampoco Novella pudo dominar la situación y el movimiento de independencia cundía incontenible. Cuando Iturbide tenía ya el con-

El recién llegado Virrey O'Donojú sufrió un profundo cambio en su conciencia, abandonó la logia a la que había servido bajo la ocupación francesa de España y reconoció la independencia completa de México. Sus "hermanos" de las Cortes de Riego lo condenaron como traidor.



trol de la mayor parte del país, el 30 de julio de 1821 desembarcó en Veracruz el nuevo Virrey Juan O'Donojú y encontró que sólo le quedaban grupos afines en Veracruz, Acapulco y México, incluso ya amenazados y a punto de caer. Ante esa situación aceptó celebrar pláticas con los insurgentes, en Córdoba, y acabó por reconocer el movimiento de Iturbide, tanto que formó parte de la regencia de tres, integrada por él, por Iturbide y por el Deán de Michoacán, Manuel de la Bárcena.

Las acosadas fuerzas realistas tuvieron que evacuar la ciudad de México, donde Iturbide entró con su ejército trigarante por la garita de la Piedad, el Paseo Nuevo (ahora Bucareli) y la Avenida de Corpus Christi. Desde el balcón de Palacio presenció el desfile del 27 de septiembre (1821), que de hecho marcaba la culminación de la independencia.

(La ciudad de México, con sus 150,000 habitantes, sin contar los poblados aledaños, con su Universidad, con sus diez colegios de primer orden y sus grandes construcciones, era la ciudad más culta y elegante del Continente, según asienta el barón de Humboldt).

O'Donojú (que había presenciado el desfile del Ejército Trigarante y sufrido un profundo sacudimiento espiritual) vio súbitamente quebrantada su salud, abjuró de la masonería a la que había servido bajo la ocupación francesa de España, y volvió al catolicismo poco antes de morir, apenas un mes después de la independencia.

Las Cortes de Riego condenaron a O'Donojú como traidor, pues un movimiento internacional quería que las colonias se separaran de España —para dañar a ésta—, pero no que lo hicieran sustrayéndose también al poder masónico, el cual quería recoger el botín.

CAPITULO IV

Luchando por el Botín

México Libre de Todo Poder Extranjero.

Contraofensiva de las Logias Escocesas.

La Disolución Política Estaba ya en Marcha.

Minando las Bases del Naciente País.

Escoceses Postergados, Contra Yorquinos.

Convergen en el Paredón los dos Libertadores.

La Sangre de Guerrero Cayó Sobre el Yorquismo.

Se Recuperan del Golpe y Sufren Otro.

Minando el Terreno para la Mutilación de México.

Pese a Tanta Desventura, no Todo Estaba Perdido.

Un Segundo Frente y la Apoteosis de la Traición.

Por qué Marx Quería Nuestra Derrota.

Fuerzas internacionales querían un México Libre de España, pero supeditado a ellas; tras el lenguaje de la "hermandad" nos veían como botín.

MEXICO LIBRE DE TODO PODER EXTRANJERO

Cuando más lejana parecía la independencia porque ya sólo quedaban pequeños grupos insurgentes, Iturbide la había consumado en ocho meses, casi sin derramamiento de sangre y sin destrozos. Más que una revolución fratricida era una evolución que ponía fin a un período de 11 años de lucha e incertidumbre. Los principios políticos con que Iturbide anunciaba la independencia eran populares, tales como el trato igual para todos, en un país de cerca de 4 millones de indios, de millón y medio de mestizos, de un millón de criollos y de una minoría de españoles que los cálculos más elevados estimaban en 40,000.

México surgía (incluyendo lo que hoy es Centroamérica) como una nación joven y de enormes posibilidades de desarrollo. El siguiente cuadro da una idea general de aquella época:

	México	EE.UU.
Superficie en kms. cuadrados	5.118,000	5.185,000
Habitantes	6.540,000	9.500,000

La mencionada población de Estados Unidos incluía dos millones de negros y numerosos inmigrantes europeos, en su mayoría con débiles nexos de nacionalidad. Ni la industria, ni la ciencia, ni la agricultura, ni las armas en ambos países eran entonces considerablemente distintas. En ese momento no existía la diferencia colosal de poderío que después fue haciéndose sensible con creciente rapidez. El dólar valía entonces 97 centavos mexicanos.

Los principios de gobierno proclamados por Iturbide iban ganando adhesiones conforme eran conocidos en los lugares más remotos.

(1821) Chiapas (que había pertenecido al antiguo reino de Guatemala) proclamó su independencia de España (septiembre 3 de 1821) y su incorporación a México, ratificada tres años después mediante un plebiscito que arrojó 96,829 votos en favor y 60,400 en contra. (Las tropas mexicanas que regresaban de Centroamérica y que entonces se hallaban en Chiapas fueron un factor positivo en el resultado de la votación).

Al mes siguiente de proclamada la independencia de México, Iturbide envió una carta a la Junta Provisional Consultiva de Guatemala instándola a que se fusionara con México "bajo el Plan de Iguala y tratados de Córdoba" y le hacía ver que Centroamérica, dividida, "podía ser objeto de la ambición extranjera". (Octubre 19). La Junta Guatemalteca acordó auscultar la opinión del pueblo, a través de los 170 Ayuntamientos centroamericanos, y el resultado fue que 104 dieron su aprobación inmediata, 64 dijeron que se adherían a lo que la mayoría resolviera y sólo 2 se opusieron a la unión. (1)

La Junta de Comayagua, Honduras, fue una de las primeras en aprobar la fusión con México (noviembre de 1821) bajo el plan de las Tres Garantías, y el hondureño José Cecilio del Valle resultó electo dipu-

(1) Historia de Centroamérica.—Lic. Ernesto Alvarado García.—Tegucigalpa, Honduras.

tado y pasó a formar parte del Congreso en la ciudad de México, donde también fue Ministro de Relaciones Exteriores.

(1822) Finalmente el 5 de enero la Junta Provisional de Guatemala anunció su unión a México bajo el Plan de Iguala, cosa que significaba la unión de todo Centroamérica, que entonces todavía no se dividía en varios países. Los departamentos de Nicaragua y Costa Rica enviaron diputados al Congreso de Iturbide como miembros del primer Imperio Mexicano.

El escritor liberal guatemalteco J. Antonio Villacorta dice ("Historia de la República de Guatemala") que esa unión era deseada por los conservadores, los moderados, los "serviles", los aristócratas y "fenómeno curioso, por mucha gente ignorante de la plebe". Y es que Guatemala se hallaba identificada con la Nueva España desde su fundación en 1524 por las tropas de Cortés y tuvo cordiales relaciones durante toda la época colonial, en la que llegó a recibir de México cien mil pesos anuales para completar sus gastos administrativos.

Consumada ya la fusión de México y Centroamérica, el 12 de junio de 1822 llegaron a Guatemala seiscientos soldados mexicanos al mando del general Vicente Filisola, quien reclutó 1,400 más y marchó a someter a un grupo disidente de El Salvador, que pretendía unirse a los Estados Unidos. Luego la Junta Gubernativa salvadoreña ratificó su unión con México y finalmente la minoría disidente fue vencida en enero de 1823.

La unidad era ya un hecho pacíficamente consumado, sin más incidente que el de El Salvador, y el nuevo país de herencias semejantes en lo racial, en lo cultural y en lo religioso se extendía desde la Alta California (al norte de lo que es hoy San Francisco) y desde Texas (al norte de lo que hoy es Dallas) hasta la frontera con Colombia, en lo que hoy es Panamá. Bastante más del doble de la extensión actual.

A principios del siglo pasado había en el mundo varios imperios fuertes y respetables, y la palabra "emperador" aún no era cargada de la acepción de anacronismo y descrédito que después empezó a tener. De diversas fuentes se recoge la evidencia de que el pueblo aclamó jubiloso el Imperio Mexicano y que Iturbide fue exaltado al trono (21 de julio de 1822) con el apoyo de todos los sectores, incluso del diputado Valentín Gómez Farías (después padre de los liberales). Gómez Farías había presentado un documento, junto con 46 legisladores más (mayo 19 de 1822), en que hablaba del "mérito singular del

> héroe de Iguala. Su valor y sus virtudes lo llamaban al trono... Yo me creo con poder, conforme al artículo tercero de los mismos tratados (de Córdoba) para votar por que se corone al grande Iturbide".

Vicente Guerrero reconoció desde un principio que Iturbide estaba más capacitado para el mando y se subordinó a él, y poco después lo



La unidad era ya un hecho, sin más incidente que el de El Salvador, y el nuevo país de herencias semejantes en lo racial, en lo cultural y en lo religioso se extendía desde la Alta California (al norte de lo que es hoy San Francisco) y desde Texas (al norte de lo que hoy es Dallas) hasta la frontera con Colombia, en lo que hoy es Panamá. México tenía bastante más del doble de la extensión actual.

reconoció como Emperador y le demostró su afecto y respeto. Hablando de las fiestas celebradas en Tixtla por el ascenso de Iturbide, Guerrero le escribía (junio 4 de 1822): "Nada faltó a nuestro regocijo, sino la presencia de Vuestra Majestad Imperial... Presentándole de nuevo mi respeto, mi amor y eterna gratitud. Creo haber dado pruebas de estas verdades, y me congratulo de merecer la estimación de V.M.I., en quien reconoceré toda mi vida mi único protector".

Iturbide, el inesperado consumador de la independencia total, representaba particularmente al mestizo y al criollo, con un espíritu unificador respecto al indio. Y Guerrero, el viejo luchador, tenaz y valiente, casi inculto, representaba al mestizo y al complemento indígena de la nación. Ambos, Iturbide y Guerrero, simbolizaban la unidad de la Patria que surgía, la paz interior, la cesación de la lucha entre hermanos y la fusión de indios, mestizos y criollos en una nueva nacionalidad.

En marcha la unidad interna del país, uno de los primeros actos de Iturbide fue establecer nexos de amistad con la Gran Colombia —con la cual México tenía entonces frontera común en lo que ahora es Panamá— y comenzó a perfilarse una gigantesca alianza iberoamericana.

(1823) El primer tratado extranjero se concertó en Colombia (octubre 3 de 1823) especificando "un pacto perpetuo de alianza íntima y amistad firme y constante para su defensa común obligándose a socorrerse mutuamente y rechazar en común todo ataque o invasión que pueda de alguna manera amenazar la seguridad de su independencia y libertad, y su bien recíproco y general".

El mismo convenio añadía que ambos países interpondrían "sus buenos oficios con los demás Estados de América antes española para entrar en un pacto de unión, y liga y confederación perpetua".

Es decir, Iturbide con el Imperio Mexicano y Bolívar con la Gran Colombia (entonces, unida a Venezuela y Perú), asumían la tarea de unificar a Iberoamérica en una gran anfictionía, que automáticamente sería la mayor potencia de América y una de las más importantes del mundo entero. Tan sólo México y Colombia totalizaban cerca de once millones de habitantes y podían fácilmente movilizar más de cien mil soldados, o sea una fuerza de primer orden en aquella época.

Pero naturalmente que el nacimiento de esa confederación —de corte hispano y católico— no podía ser visto con buenos ojos por las fuerzas internacionales secretas, particularmente por las que entonces se infiltraban —como calvinistas y puritanos hebreos— entre los industriosos colonos que estaban forjando la grandeza de Norteamérica. Esos mismos secretos sectores masónicos —que al dominar las Cortes de Cádiz se creyeron en vísperas de controlar a toda Iberoamérica—



El 3 de octubre de 1823 comenzó a materializarse la unión de pueblos iberoamericanos, hermanos por la sangre, la tradición y las costumbres. México, con Iturbide, y la Gran Colombia, con Bolívar, firmaron un tratado para "rechazar en común todo ataque o invasión que pueda de alguna manera amenazar la seguridad de su independencia y libertad, y su bien recíproco y general". Una anfictionía iberoamericana, la mayor potencia de América, comenzaba a perfilarse.

tampoco podían ver con buenos ojos la independencia total que México había logrado súbitamente con Iturbide. El botín se les escapaba de las manos.

Y una nueva intriga comenzó a tejerse:

CONTRAOFENSIVA DE LAS LOGIAS ESCOCESAS

La masonería internacional que había querido un México independiente de España, pero no de ese poder secreto, sufrió un golpe terrible cuando Iturbide consumó la independencia total (con la unanimidad y el júbilo de todo el país), y no tardó en ini-

ciar una contraofensiva para restaurar sus maltrechos lazos y minar a Iturbide estigmatizándolo como "usurpador".

Esa labor reptante, de zapa, encontró un camino fácil porque Iturbide no formó ningún organismo que controlara la elección de diputados y dejó esto al libre juego de las fuerzas espontáneas del pueblo. Grave error, porque las fuerzas políticas rara vez brotan del pueblo, aunque muy frecuentemente lo arrastran o se apoyan en él. Encauzar masas electorales es una técnica que siempre requiere organización y tacto. Y como esto no lo hizo Iturbide al convocar a elecciones, comenzó a hacerlo la minoría masónica del rito escocés, como lo reconoce hasta el mismo maestro masón Lorenzo de Zavala, quien incluso dice que en una "tenida" él mismo oyó hablar de la posibilidad de matar a Iturbide.

El rito escocés se había visto recientemente reforzado con los agentes que llegaron en la comitiva del último virrey O'Donojú, como el médico español Manuel Codorniú, que se quedó en México. Con él colaboraban José María Fagoaga y los españoles brigadier Orbegoso, José Hipólito Odoardo, el Conde de Heras, Echarte y algunos más del grupo anticatólico conocido con el apodo de "Tiznados".

Una logia masónica estaba editando el periódico "El Sol", contra Iturbide, y otra patrocinaba "El Hombre Libre", de tendencia menos agresiva. En realidad se trataba de dos diferentes anzuelos de una misma caña para pescar prosélitos de diferente índole; la vieja táctica político-hebrea de CONDUCIR LA ACCION e INFILTRAR LA REACCION, que en forma tan gigantesca se practica en el siglo XX.

Un gran número de integrantes del Congreso mexicano era tan poco representativo del pueblo que en vez de auscultar el sentido de éste recurría a las logias, que era donde se discutía y se aprobaba lo que luego iba a tratarse en la Cámara; el poder legislativo fue convirtiéndose en un resonador de las consignas provenientes del extranjero; todo esto en momentos decisivos en que la nueva nación requería leyes y cauces para su administración.

Iturbide había derogado algunos impuestos y gabelas para beneficio de los sectores más débiles, pero como el congreso retardaba (en un acto de sabotaje) las nuevas leyes impositivas, faltaba dinero al Erario público, el malestar cundía a los negocios, la economía se debilitaba y todo esto creaba un ambiente de incertidumbre propicio a cualquier golpe político. Inútilmente Iturbide insistía en que se formulara una Constitución y en que se dictaran las leyes indispensables para organizar la vida económica de la administración pública.

En un año la Tesorería recaudó sólo 8 millones de pesos, y los gastos más indispensables reclamaban 13 millones anuales.

Uno de los diputados que más atacaban a Iturbide desde la tribuna de la Cámara —porque se vivía en un Imperio con inusitadas libertades— era Fray Servando Teresa de Mier, que subrepticiamente se había hecho masón desde antes de la guerra de Independencia. En 1794 había sido procesado por sus superiores eclesiásticos debido a ciertas heterodoxias expresadas en el púlpito acerca de la aparición de la Guadalupana. Después estuvo en Francia y en Inglaterra, donde hizo amistad con su "hermano" masón Francisco Javier Mina, se transladó a Estados Unidos y formó parte de la fracasada invasión extranjera de Soto la Marina. Fue detenido y llevado a España, y según él mismo refiere, visitó varias veces la sinagoga de Bayona, donde los rabinos le obsequiaron un vestido nuevo y "me hacían tomar asiento en su tribuna o púlpito". (1)

Cuando Iturbide consumó la independencia, Fray Servando regresó a México, logró una curul en el Congreso y desde ahí atacaba a Iturbide. Era buen orador, algo teatral, a veces excéntrico y ponía obstáculos a todas las iniciativas iturbidistas que tendían a encauzar la administración pública. Tiempo después el propio Fray Servando declaró que "si hasta entonces nos habíamos resistido a dar una Constitución, aunque Iturbide nos la exigía, fue para no consolidar su trono".

Valentín Gómez Farías, que inicialmente había hecho cabeza en la proposición de que se eligiera a Iturbide emperador, cuando lo llamaba "héroe singular de Iguala", dio media vuelta bajo las "luces" de la Logia y formó parte de los oposicionistas a Iturbide, quienes frecuen-

Valentín Gómez Farías, que inicialmente había sido iturbidista, dio media vuelta bajo las nuevas "luces", como otros muchos de sus "hermanos", y comenzó la lucha para dividir y hacer pelear entre sí a los mexicanos. La primera meta era derrocar a Iturbide.



(1) Monterrey.—Por Vito Alessio Robles, con transcripciones de escritos de Fray Servando: "Cartas de un Americano al Español en Londres" e "Historia de la Revolución de Nueva España".

temente se reunían en la casa del embajador de Colombia, Miguel Santa María, activo conspirador que junto con el ecuatoriano Vicente Rocafuerte pugnaba por crear agitación.

Es notable observar que la inmensa mayoría de los miembros del Congreso fueron adictos a Iturbide en un principio, pues hasta don Lorenzo de Zavala escribió que "las ideas republicanas estaban en su cuna y todos parecían contentos con una monarquía constitucional". Pero luego el Congreso fue tornándose hostil a Iturbide, conforme sus miembros iban recibiendo "luces".

En la isla de San Juan de Ulúa había quedado un reducto de los españoles adictos a las cortes de Cádiz y enemigos de la independencia de México. Iturbide tuvo noticias de que desde ahí también se alentaban actividades subversivas y se presentó al Congreso a denunciarlas. "Hay traidores en la regencia y en el congreso —dijo—, como lo manifiestan estos documentos". Entre los ocultos conjurados del Congreso se levantó una tempestad de protestas y exigieron nombres, a lo cual Iturbide contestó señalando concretamente al general Orbegoso, que en ese momento presidía la sesión de la Cámara, y a los diputados Odoardo, Fagoaga, Lombardo y Echarti. Odoardo exclamó indignado: "César ha pasado el Rubicón", y finalmente la Cámara tomó un acuerdo hostil a Iturbide al declarar que los acusados seguían gozando de la confianza del Congreso.

En agosto (1822) Iturbide tuvo conocimiento de que se fraguaba una conjura en toda forma y logró introducir entre los sospechosos a Adrián Oviedo, mediante el cual consiguió que Anastasio Zerecero diera por escrito algunos pormenores de la conspiración. Con pruebas concretas ordenó la aprehensión de los diputados Lombardo, Fagoaga, Echenique, Carrasco, Echarte, Joaquín Obregón, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Carlos María Bustamante, Fray Servando Teresa de Mier, Francisco Tarrazo y José Joaquín Herrera, así como de los generales Zevadúa, Mayorga, Valle y Juan Pablo Anaya. Al ministro plenipotenciario de Colombia, Miguel Santa María, que atizaba la agitación, se le pidió que saliera del país. Pero todo esto no modificó la causa del mal porque ante una vasta conspiración resulta siempre contraproducente una acción aislada contra algunos de sus miembros. Las relaciones con el Congreso se hicieron más difíciles.

El error básico se había cometido bastante tiempo antes, cuando Iturbide confiaba en el juego libre de las fuerzas electorales, sin advertir entonces que no era el pueblo —en su mayoría analfabeto e ignorante de los problemas políticos— el que iba a encauzar la designación de diputados, sino una minoría insignificante de políticos movidos internacionalmente por el rito escocés.

Al consumar Iturbide la independencia mexicana no creó una maquinaria política propia de su régimen, sino que confió en los políticos que

se le unían, los cuales en su mayoría procedían de las logias del rito escocés. De esta manera ocurrió que la primera maquinaria política del México independiente fue esencialmente masónica, o sea política extranjera bajo disfraz mexicano. Y en cuanto esa maquinaria recibió la consigna de actuar contra Iturbide, la oposición se generalizó.

En Tamaulipas el jefe militar Felipe de la Garza protestó por la aprehensión de los conjurados. Iturbide mandó relevarlo del mando. De la Garza no encontró ningún apoyo en el pueblo y huyó a Monterrey a guarecerse con su tío, el sacerdote Miguel Ramos Arizpe, que secretamente pertenecía a la Logia "El Sol". Poco después De la Garza logró que Iturbide lo perdonara y regresó a su puesto de mando en Tamaulipas.

Entretanto el Congreso se había convertido abiertamente en la cabeza del movimiento contra Iturbide; hasta Lorenzo de Zavala admite que Iturbide era en esos días "más oprimido que opresor" porque la nación lo quería, pero la mayoría de los diputados eran enemigos suyos. El propio Zavala deslizó la idea de que el Congreso adolecía de graves irregularidades legales y que era pertinente reducir el número de diputados; como esto parecía ser una medida eficaz contra la agitación, Iturbide hizo suya la idea, convocó a sus ministros, al consejo de Estado y a 72 diputados y finalmente (octubre 30 de 1822) disolvió el Congreso, que en sus ocho meses de sesiones no había dado principio a su labor específica de preparar una Constitución, sino que simplemente aprobaba decretos irrisorios y se dedicaba a agitar. Nunca el pueblo ha llorado la disolución de un congreso más o menos impopular, a cuyos integrantes casi siempre desconoce, pero si ese congreso está ligado a intereses políticos internacionales, entonces su disolución es un magnífico pretexto para prefabricar desórdenes.

Mientras la acción contra Iturbide comenzaba a tomar forma en México, en el extranjero se hallaba en marcha otro aspecto de la misma conjura. Un importante papel se había encomendado a Joel Robert Poinsett (bisnieto de los calvinistas-judíos Pierre Poinsett y Sara Fouchereau, que al derogarse en 1685 el Edicto de Nantes emigraron de Francia a Estados Unidos). Joel comenzó a actuar como agente secreto en Brasil en 1811, fingiéndose inglés; estuvo en Buenos Aires desempeñando el mismo papel y luego en Chile, donde dirigió una brigada rebelde y tutoreó al jefe chileno José Miguel Carrera, hasta que su intromisión fue tan evidente que lo expulsaron de allí en 1815.

Al consumarse en 1821 la independencia total de México, tanto de España como de la intriga escocesa que quería recoger el botín, Joel R. Poinsett preparó viaje a México.

Es evidente que Iturbide tuvo barruntos de que la conjura era internacional, pues supo algo de los aprestos de Poinsett y le ordenó a Santa Anna (octubre 5, 1822) que no le permitiera desembarcar. Pero

El agente Poinsett entró al país solapado por Santa Anna. Vino a recomendar a Iturbide un cambio de régimen y a ofrecer reconocimiento y apoyo extranjero si el país cedía Texas, Nuevo México, Alta California, Sonora, Coahuila y Nuevo León. No tuvo éxito y entonces recurrió a su arma secreta: alentar a conspiradores para provocar la lucha interna.



Santa Anna —como jefe de la guarnición de Veracruz— no sólo le permitió bajar, sino que lo recibió como huésped y lo invitó a comer.

Poinsett venía a conferenciar con los conspiradores, a darles ánimos y a ofrecerles apoyo, cosa doblemente significativa porque **su gobierno se negaba a reconocer la independencia de México** y la instauración del nuevo régimen.

El eminente visitante se trasladó a la ciudad de México y lo primero que hizo fue entrevistarse con sus hermanos masones, los diputados depuestos por conspiración. A la vez, en un arranque de audacia, Poinsett habló con Iturbide el 3 de noviembre y trató de inducirlo a que adoptara el sistema constitucional estadunidense. Esta propuesta llevaba mucho mar de fondo porque el Imperio Mexicano podía prolongarse por tiempo indefinido y llegar a convertirse en cabeza política de una gran parte de Iberoamérica, en tanto que el sistema republicano y federal, mediante el cambio de gobierno cada 4 años, brindaba a la masonería internacional la oportunidad de apoyar al grupo que más le conviniera y en esa forma ir aumentando su infiltración. Pero Iturbide repuso que México era distinto a Estados Unidos y rechazó la propuesta.

Independientemente de sus virtudes y sus defectos, el republicanismo federal era un concepto desconocido en México y por tanto impopular, pero la opinión pública poco importaba dentro de la vasta lucha internacional que se había planteado. Ante Juan Francisco Azcárate y otros oficiales de Iturbide, Poinsett deslizó a manera de buscapiés la insinuación de un posible reconocimiento si México cedía las tierras del Norte (Texas, Nuevo México, Alta California, Sonora, Coahuila y Nuevo León), que según dijo, eran una carga para nosotros. Azcárate repuso fríamente que México jamás cedería ni un centímetro de territorio. (1)

Poinsett ya sabía con certeza a qué atenerse y desde ese momento la suerte de Iturbide quedó echada.

La conjura en las logias recibió nuevos bríos y bien pronto comenzaron a verse los resultados. Iturbide tuvo ciertos informes que lo hicieron recelar de Santa Anna y a fines de noviembre fue a entrevistarse con él a Jalapa, donde tal vez confirmó sus sospechas, pues le comunicó que lo necesitaba en la ciudad de México y que le entregara el mando militar de Veracruz al Gral. Díez de Bonilla, comandante de Perote. Varios historiadores afirman que durante la junta Santa Anna se sintió ofendido porque alguien le llamó la atención debido a que se había sentado mientras el Emperador se hallaba de pie, pero esto más bien parece un rasgo revelador de lo que planeaba y no la causa —como se pretende hacer creer infantilmente— de que se apresurara a regresar a Veracruz el 2 de diciembre (1822) y se levantara en armas proclamando un sistema republicano federal como el de Estados Unidos, en vez del sistema monárquico que imperaba en México. O sea, lo mismo que quería Poinsett.

¡La lucha entre mexicanos había estallado! Poinsett se frotaba las manos. . .

Santa Anna salió con sus tropas de Veracruz, logró algunos pequeños triunfos y el 21 de diciembre se lanzó sobre Jalapa, donde fue derrotado. Cuando iba de regreso a Veracruz consideraba perdida la aventura y le comunicó a Guadalupe Victoria que planeaba huír a Estados Unidos.

Entretanto, en la ciudad de México el maestro masón Lorenzo de Zavala —que recibía luces desde Nueva Orleans— con sutil constancia se había ganado a Vicente Guerrero para el movimiento contra Iturbide. Y al estallar el levantamiento de Santa Anna en Veracruz, Vicente Guerrero y Nicolás Bravo salieron secretamente de México y a la cabeza de 500 hombres se declararon levantados en

(1823) armas, pero a los pocos días (enero 23 de 1823) fueron derrotados.

Al mismo tiempo las tropas de Iturbide al mando del Gral. español José Antonio Echávarri ponían sitio a Santa Anna en Veracruz. Todo hacía creer que la situación estaba ya dominada, tanto así que el 24 de enero se celebró la ceremonia de juramento del Emperador en la que estuvo presente el Gral. francés D'Alvimar, aquel que como agente internacional había conferenciado con Hidalgo antes del grito de Dolores. En los días de Iturbide había vuelto para encauzar tareas se-

(1) Early Diplomatic Relations Between the U.S. and Mexico.—W. R. Manning.

cretas. Otro extranjero, el cubano Antonio Mejía, también se hallaba en México cooperando con las logias.

Santa Anna se encontraba sitiado en Veracruz y sin fuerzas suficientes para triunfar. Lo asesoraba en redactar un plan político Miguel Santa María, ministro plenipotenciario de Colombia al que Iturbide acababa de expulsar por sus actividades ilegales entre los conjurados del Congreso, pero que se había quedado en Veracruz, donde tenía contacto con Santa Anna desde que éste agasajó a Poinsett.

Las operaciones militares para tomar Veracruz se demoraban inexplicablemente y este misterio se disipó el 1º de febrero al saberse que el Gral. Echávarri, jefe de las fuerzas iturbidistas que sitiaban el puerto, se había entendido con Santa Anna. Apenas dos meses antes Echávarri le decía al Gral. Manuel Gual (diciembre 3) que era muy sensible ver que Santa Anna, condecorado por **"el Emperador Augusto que nos rige"**, formara un partido de división para la ruina de su propia Patria. El cambio de frente de Echávarri parecía ser obra de la hermandad masónica a la que acababa de ingresar.

(1823) El Plan de Casa-Mata, firmado ese 1º de febrero, hablaba de "los peligros que amenazan a la Patria por falta de representación nacional". Sin embargo, aparentaba respeto para Iturbide porque aún la situación no estaba madura para el golpe definitivo. Su redacción fue obra del ministro de Colombia, Miguel Santa María, según afirma el historiador Bustamante. Los generales José Lobato y Luis Cortázar dieron la voltereta en la misma forma que Echávarri.

El 23 del mismo febrero hubo un cuartelazo contra Iturbide en la ciudad de México, los reos fueron sacados de la prisión para un mitin callejero y se presionó al gobierno a reinstalar al Congreso que le era hostil. Finalmente, acosado y sin tropas, Iturbide comprendió su error de no haber tomado el mando del ejército. "Debí conocer los defectos de Echávarri. . . Me alucinó la demasiada confianza. . . Ya conozco que ésta siempre es perjudicial en los hombres de Estado, porque es imposible penetrar hasta dónde llega la perversidad del corazón". El 19 de marzo Iturbide abdicó. El reinstalado

(1823) Congreso, aquel mismo que antes de las "luces" masónicas había declarado emperador a Iturbide por 67 contra 15 votos (y luego por unanimidad), anuló el 8 de abril el Plan de Iguala y el Tratado de Córdoba, a los que había jurado fidelidad, y dejó las puertas abiertas para dar al país la nueva organización política que señalaba Poinsett.

Como Iturbide quería la unión de criollos, mestizos e indios en una nueva nacionalidad, en vez de enfrentar lo indio contra lo hispano; como declaraba religión de Estado al catolicismo, en vez de buscar su debilitamiento, y como quería un fuerte régimen central en vez de un régimen republicano federal que diera mayor autonomía a los Estados,

los centros masónicos de Charleston y Nueva Orleans resultaron beneficiados con la caída de Iturbide. (Si aún ahora la soberanía de los Estados es teórica, en aquella época parecía una locura y el medio más eficaz de debilitar al naciente país).

Tras de abdicar, Iturbide se vio acosado y tuvo que marchar al exilio. Al iniciar su viaje llegó a Tulancingo y fue recibido cariñosamente por el Ayuntamiento y el pueblo, como emperador. Luego eludió pasar por poblados grandes, para evitar esas manifestaciones, y sólo en Jalapa se dio el caso de que el alcalde Elías pidiera que Iturbide no pisara esa ciudad.

En su viaje a Italia, Iturbide fue seguido por el padre José María Marchena, capellán peruano, que era una célula masónica dentro de la Iglesia y que había llegado a proyectar con el cubano José Antonio Mejía el asesinato de Iturbide.

(1824) Poco tiempo después, ya fuera porque tuvo conocimiento de que en España se intentaba recuperar el dominio sobre México, o porque se arrepintió de no haber agotado todas las posibilidades de afianzar su gobierno y quisiera hacer un nuevo intento, o porque muchos partidarios suyos le pedían que regresara, o por los tres motivos a la vez, Iturbide volvió al país (julio 14 de 1824), acompañado de su esposa, de un hijo de 4 años y de otro de 17 meses. Previamente había hecho que su hijo mayor Agustín Jerónimo renunciara a los derechos de sucesión, pues no quería obstruir el funcionamiento de una república, si esto producía menos trastornos que restablecer la monarquía.

Iturbide venía también acompañado de un ayudante apellidado Beneski. Algunos historiadores dicen que a pocas horas de desembarcar fue identificado (como en las novelas policíacas) por su modo de montar a caballo, en tanto que otros afirman que el mismo ayudante Beneski lo delató. Alfonso Trueba afirma que Iturbide —antes de desembarcar— envió a Beneski a entrevistarse con el comandante general, Felipe de la Garza, de quien esperaba una actitud amistosa, pues años antes lo había perdonado después de una fallida rebelión "delagarcista". De la Garza le contestó cordialmente a Iturbide que desembarcara y que se verían en el paraje de los Arroyos, pero luego lo hizo detener.

Entre tanto —y sin que Iturbide pudiera aún saberlo—, el Congreso había expedido una ley draconiana, propuesta por el diputado Francisco Lombardo, o sea la ley del 23 de abril, que declaraba delito de traición el hecho de que Iturbide volviera a pisar suelo mexicano, o sea el suelo que él había hecho independiente. Esta ley también declaraba traidores a los que en cualquier forma ayudaran al regreso de Iturbide.

Tomando como base ese ordenamiento, en unas cuantas horas el

Congreso de Tamaulipas condenó a muerte a Iturbide, sin concederle el derecho de defensa y ni siquiera el de ser escuchado. La sentencia se dictó al mediodía del 19 de julio y debía ejecutarse a las 6 de la tarde de ese mismo día. Rápidamente quería impedirse que el pueblo se diera cuenta del regreso de Iturbide porque podrían producirse inmediatos actos de adhesión.

Inútilmente pidió Iturbide ser escuchado por el Congreso. Inútilmente pidió que la ejecución se aplazara para oír misa. El consumador de la Independencia de México fue tratado peor que un facineroso, fue llamado "traidor" y llevado al pelotón de fusilamiento en Padilla, Tams., casi secretamente, de prisa, a espaldas de la opinión pública. El poder masónico le temía y fue implacable con él.

Iturbide rezó el Credo, besó un crucifijo y declaró: "Mexicanos: en el acto mismo de mi muerte, os recomiendo el amor a la paz y la observancia de nuestra Santa Religión: ella es quien nos ha de conducir a la gloria. Muero por haber venido a ayudaros y muero gustoso porque muero entre vosotros".(1)

LA DISOLUCION POLITICA ESTABA YA EN MARCHA

Antes de que Iturbide fuera ejecutado, apenas nueve días después de su dimisión, un grupo de liberales convocaba en Guatemala a un congreso y 72 horas más tarde (julio 1º de 1823) acordaba que Centroamérica se desligara de México, aunque todo era hecho con tal premura que no firmaron los representantes de El Salvador ni alcanzaron a asistir a la junta los de Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

La disgregación política empezaba por la parte más débil, por el sur, mientras maduraba el tajo por el norte.

La unidad que había comenzado a encarrilar Iturbide desde la Alta California y desde Texas hasta la frontera con tierras colombianas, empezaba a ser destrozada. La formidable alianza entre México y la Gran Colombia quedaba así frustrada. Muerto Iturbide, el caudillo mexicano, quedaba el caudillo del Sur, Simón Bolívar, en lucha solitaria en favor de la unificación de Iberoamérica. Pero también allá se movieron fuerzas secretas en su contra: Bolívar logró identificarlas y el 8 de diciembre de 1828 disolvió las logias masónicas, pero ya no pudo evitar el golpe que lo hizo caer al año siguiente y que lo condujo a la depresión y la muerte. La Gran Colombia se dividió en tres partes con la separación de Venezuela y Ecuador.(2)

(1) La noticia de la ejecución sorprendió y consternó a vastos sectores sociales, y el hecho fue censurado incluso por eminentes liberales como Juan de Dios Arias, José María Bocanegra, Lorenzo de Zavala y otros. "¿A quién había hecho traición el Hombre de Iguala?" pregunta Juan de Dios.

(2) Bolívar decía en el decreto de disolución de las Logias, del 8 de



Nueve días después del derrocamiento de Iturbide sobrevino la escisión de Centroamérica, que iba a subdividirse en cinco países. La disgregación política empezaba por la parte más débil, por el sur, mientras los desórdenes y la lucha fratricida hacían madurar el tajo por el norte. (1823).

(1824) Mientras tanto, la Asamblea Nacional Constituyente, reunida en Guatemala, promulgó la Constitución Federal Centroamericana, idéntica a la que Poinsett quería que se estableciera en México. Ese fue el primer paso para que se dividieran los Estados centroamericanos, pues el federalismo propiciaba más que

septiembre de 1828: "Las sociedades secretas sirven especialmente para preparar trastornos políticos, turbando la tranquilidad pública y el orden establecido; que, ocultando ellas todas sus operaciones con el velo del misterio, hacen presumir fundadamente que no son buenas, ni útiles a la sociedad".

Tiempo antes Washington había acusado a las Logias de formar facciones contrarias a la voluntad popular. Y en el siglo dieciocho los Papas Clemente XII y Benedicto XIV habían condenado la masonería como acción subversiva contra la sociedad cristiana.



Bolívar, que había querido una Iberoamérica unida y fuerte, fue combatido secretamente. Luchó con las logias y no pudo evitar su caída ni la consiguiente escisión de la Gran Colombia.

el centralismo la deserción de los confederados y existía una fuerza internacional empeñada en dividir para debilitar.

Los conservadores centroamericanos comenzaron luego a pugnar por una República Unitaria que garantizara más la unidad, pero la naciente nación llamada Provincias Unidas de Centroamérica tuvo su bautismo de fuego con una lucha civil en Nicaragua. La situación económica ya era grave y empeoró más; se obtuvo de la firma inglesa Harring, Richardson y Co. un préstamo de 4.8 millones de pesos para pagar 7.1, además de otorgar amplias garantías.

La disolución política estaba en marcha. . .

(1825) Manuel José Arce asume la presidencia de Centroamérica en 1825; combaten guatemaltecos y salvadoreños, y luego nicaragüenses contra hondureños; El Salvador reorganiza tropas y las lanza sobre Guatemala; el Presidente Arce contrata al general inglés Guillermo Perke y lanza una contraofensiva, pero es derrotado porque los salvadoreños reciben refuerzos hondureños encabezados por Morazán.

El grupo liberal (con núcleo en las logias escocesas) defendía la constitución federalista, contra los conservadores, que pugnaban por el tradicional sistema centrista. El federalismo era un buen sistema en Estados Unidos porque allá no estaba siendo utilizado por ningún país extranjero para crear divisiones y luchas fratricidas, pero ese mismo sistema resultaba inoportuno y perjudicial en Iberoamérica porque era instrumento de la masonería internacional para dividir y desangrar en facciones a los países de corte hispano-católico.

Morazán fue abanderado de los liberales federalistas, llevó consi-



Francisco Morazán reactivó en Centroamérica la lucha de "liberales" contra "conservadores" y de masones contra católicos, y después de veinte años de mutua destrucción la contienda desembocó en una subdivisión de cinco países con sus correspondientes constituciones federalistas.

go al militar francés Isidoro Saget, penetró en Guatema-
(1830) la, derrocó al presidente Arce y tomó el poder (1830). Contra él hubo brotes rebeldes en El Salvador, en Honduras y en el Soconusco. Morazán, hombre de la logia, inició la "reforma" religiosa, decretó el laicismo, destruyó instituciones católicas, "desamortizó" bienes de la Iglesia, le quitó parte de su soporte económico y convirtió en teatro el palacio arzobispal.

Era natural que esos actos, en un medio tradicionalmente católico, provocaran descontento y lucha. Honduras aprovechó la puerta abierta de "soberanía e independencia" que le brindara la Cons-
(1837) titución federalista y se separó de la unión (1837); en Guatemala surgió el rebelde Rafael Carrera y transitoriamente
(1838) tumbó a los liberales; continuó la lucha y Nicaragua y Costa Rica también se separaron (1838).

Ante el creciente encono y el desorden, Morazán reconoció que la Constitución importada de Estados Unidos resultaba inconveniente y dijo que era "un árbol hermoso que trasplantado a un clima exótico se marchita y decae al poco tiempo, sin haber producido los frutos que se esperaban". (Mensaje al Congreso Federal en San Salvador el 21 de marzo de 1836).

Pero ya entonces era demasiado tarde. . .

Honduras y Nicaragua lucharon contra El Salvador; Rafael Carrera combatía en Guatemala, apoyaba el ascenso de Rivera Paz a la Presidencia y éste decretaba que Guatemala también se separaba de Centroamérica. Junto con Honduras y Nicaragua atacó a Morazán, el cual se parapetó en El Salvador y ganó la batalla,
(1840) contraatacó y volvió a capturar Guatemala el 18 de marzo de 1840. Sin embargo, esa misma noche Rafael Carre-

ra recuperó la ciudad al grito de "Viva la religión y mueran los extranjeros".

Y siguió la lucha en un mar de confusión y de miseria. Morazán sube y baja y finalmente es capturado y fusilado el 15 de septiembre de 1842, después de lo cual combaten entre sí nicaragüenses, salvadoreños y hondureños, hasta el armisticio de 1845.

(1845)

La ruinosa lucha fratricida de más de veinte años decrece finalmente y Centroamérica queda dividida en cinco países, pero con sus correspondientes constituciones federalistas, como era la consigna de la logia.

Entretanto, la misma mano que desde la sombra señalaba rumbos en Centroamérica manipulaba en México y producía sucesos casi semejantes a los de Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica.

MINANDO LAS BASES DEL NACIENTE PAIS

(1823)

Recién derrocado Iturbide, el Congreso mexicano abrió sus sesiones (7 de noviembre de 1823) con mayoría de "federalistas". Ninguno de ellos movió ni un dedo para buscar un arreglo en la disolución que arrancaba a Centroamérica y que la hundía en la guerra y la fragmentación.

El federalismo recomendado por Poinsett era un sistema desconocido en México y no podía ser popular en aquel entonces, pero tenía la venia de los "hermanos". El venerable masón Ramos Arizpe, con hábitos de sacerdote, hizo arreglos al texto de la Constitución norteamericana para el proyecto de la Constitución mexicana de 1824, que cambió el nombre oficial del país por el de Estados Unidos Mexicanos.

(1824)

El 10 de octubre de 1824 el Congreso eligió primer presidente de la República a Manuel Félix Fernández, que había adoptado el nombre de Guadalupe por la Virgen, y el de Victoria, por el triunfo que esperaba durante la lucha de independencia. Desde el primer momento quedó bajo la influencia de la Logia.

La reestructuración política avanzaba dificultosamente y el desorden y la confusión se reflejaron de inmediato en una crisis económica cada día más aflictiva. En la lucha de independencia el país había padecido pérdidas por la gigantesca suma de mil millones de pesos, según cálculos de don José María Jáuregui, miembro de la Junta Provisional Gubernativa formada por Iturbide. Esa cantidad equivalía a más de cincuenta mil millones de pesos de ahora.

Iturbide había intentado encauzar las finanzas, pero la intriga política en su contra hizo que el Congreso saboteara sus planes. Luego todo fue agitación y desorden. Al llegar Guadalupe Victoria a la Presidencia el presupuesto de egresos de 25 millones de pesos al año no podía completarse. Este y otros trastornos ocurren siempre que a un país se le quitan bruscamente sus sistemas tradicionales para implantar otros recién importados.

Para cubrir los más apremiantes compromisos el Gobierno tuvo que concertar desventajosos empréstitos con especuladores judío-británicos, tales como Richardson, Barclay y Goldschmidt. Por un peso que se recibía se contraía una deuda de tres y a veces hasta de cinco, según lo acostumbra el **supercapitalismo.** Del empréstito de 16 millones obtenido en Inglaterra en 1826 sólo se recibieron $ 5.698,300.00, después de descontar gastos y comisiones. Un segundo empréstito aportó en efectivo $ 6.094,590.00. (Y para 1837 nuestra deuda por esos dos empréstitos ascendía a $ 46.239,720.00, sumados ya los réditos). Parte de tales préstamos se encauzaban a través de Ramos Arizpe y de Ignacio Esteva para afianzar el triunfo político de las logias.

(1825)

Poinsett, ya triunfal, hizo su segunda aparición en México (mayo de 1825) como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos. En ese momento era decisiva la influencia política de los viejos masones del rito escocés que habían ayudado a derrocar a Iturbide, pero que no creían muy conveniente ir más lejos, pues incluso muchos de ellos juzgaban acertados algunos de los principios políticos iturbidistas, como la centralización del mando y la fusión de mestizos, indios, criollos y españoles. Por este motivo el rito escocés ya no resultaba muy útil para la segunda fase de los planes internacionales secretos y Poinsett traía autorización del gran maestro de Filadelfia, Thomas Kittera, para fundar un nuevo rito, el de York, que fue el núcleo del Partido Popular, base a su vez del Partido Liberal. El Embajador instaló el nuevo rito en su propia casa el 29 de septiembre (1825) y lo extendió entre una banda de inexpertos o de ambiciosos antimexicanos que anhelaban poder y dinero.

Un año después Poinsett informaba a su Gobierno que en las redes del nuevo rito figuraban ya casi todos los ministros, los hombres principales del gobierno y algunos clérigos católicos, como Ramos Arizpe, Ministro de Justicia y canónigo de la catedral de Puebla. El historiador William R. Manning dice en "La Misión de Poinsett en México" que éste se atrajo a los depositarios de los secretos de Estado y que al propiciar el federalismo sabía que iba a provocar un conflicto con los antiguos hábitos y por consiguiente una profunda anarquía. Pero esto era precisamente lo que deseaba y cuidó que la división fuera duradera excitando las naturales animosidades de un partido contra otro.

El nuevo rito de York, con el apoyo de Poinsett, provocó un cisma político. La masonería es fuerte, pero no por sí misma, pues carece de luz propia como los satélites. Su fuerza la recibe del movimiento

político internacional hebreo y por eso ocurre que en un momento dado cierto rito masónico se derrumba hasta el abismo, si así conviene a su amo secreto, y otro rito es elevado a la cúspide como nuevo instrumento para nuevos fines.

Los yorkinos mexicanos constituyeron un grupo de políticos que rápidamente hacían carrera hacia la fama y el poder, a cambio de ser dóciles instrumentos de Poinsett, que de hecho se convirtió en el emperador espiritual de México y desde ese alto sitial pudo poner las bases para los golpes que planeaba. Hasta el mismo maestro Lorenzo de Zavala dice que "la mayor parte de los directores de estas sociedades (secretas) y los más acalorados partidarios eran los que deben llamarse en el idioma de los economistas 'hombres improductivos'. Empleados o aspirantes a destinos públicos poblaban las logias. . . los generales que ambicionaban mandos de algunas plazas o ascensos a grado superior o quizá la presidencia de la república; senadores y diputados que procuraban ser ministros o reelectos en sus destinos; ministros que esperaban conservarse en sus puestos por este arbitrio; he aquí los elementos de las asociaciones de que trato". Y acerca del particular Fuentes Mares dice: "Los diputados acudían a Poinsett en demanda de consejo cada vez que surgía un problema. La logia era el camino del imperio. De la logia yorkina, quintaesenciada, resultó posteriormente el Partido Liberal, cuya ejecutoria en la Historia de México arrastró consigo el lastre de su pecado original. . . El 29 de septiembre de 1825, en la casa habitación del Sr. Poinsett, al instalarse el Gran Oriente Yorkino, se estableció la sociedad que, bajo los pretextos de sostener la forma federal de gobierno y las instituciones republicanas, consiguió dar a luz la más monstruosa de las criaturas, como fue el 'partido americano', constituido precisamente por los directores de la política mexicana; por los paradójicos 'representantes' de la nación. . . No en vano los yorkinos, en grupo, fueron conocidos en su día como Partido Americano, nombre del que ninguno de sus adherentes pareció avergonzarse jamás".(1)

Aunque el rito escocés mexicano se había prestado a derribar a Iturbide, Poinsett lo postergó porque muchos de sus miembros eran gente que ya tenía determinada formación política y que compartían algunas de las ideas iturbidistas. En cambio, los nuevos masones del rito yorkino eran un instrumento más dócil para realizar la siguiente etapa del debilitamiento de México, o sea romper los débiles lazos espirituales de una población heterogénea. El Presidente Guadalupe Victoria confiaba en el grupo yorquino, al que le dejó ejercer un dominio político casi absoluto. Hubo "escoceses" que se pasaron en masa al otro rito,

(1) Poinsett.—Fuentes Mares.

siguiendo la política de "la cargada". (Tiempo después de que dejó el poder, Victoria repudió la masonería y se impuso penitencia y oración hasta que murió en Perote, en 1843).

La idea que los agentes masones habían comenzado a deslizar durante la guerra de independencia, para enfrentar lo indígena contra lo hispano, fue luego profusamente difundida por Poinsett. Así nació la corriente demagógica para hacer creer que aquí subyacía una auténtica cultura indígena, pisoteada por tres siglos de colonia. La mala fe del movimiento masónico internacional era evidente, pues de haber sido sincero habría afirmado lo mismo en Estados Unidos, o sea que los pieles rojas deberían barrer con todo lo que habían llevado los colonizadores ingleses. Por el contrario, allá se proclamaba que "the best indian is the death indian" (el mejor indio es el indio muerto) y se glorificaba más tarde como héroe nacional a Búfalo Bill, cazador de indios.

El indigenismo traído por las logias no buscaba fines humanitarios, sino fines políticos; buscaba debilitarnos enfrentando entre sí los elementos constitutivos de la nueva nacionalidad mexicana, que precisamente estaba formándose con la confluencia de las sangres india y española.

En la instalación de la Logia "India Azteca", el 24 de ju-
(1826) nio de 1826, la semilla de Poinsett comenzó a fructificar y
Juan Rodríguez Puebla dijo: "Ojalá todos los buenos se conjuren contra la Patria de Cortés, de Alvarado y de Fernando; desaparezca del globo esa tierra tan fecunda en monstruos".

Y una vez sembrada esa inquietud fue fácil aprovechar o provocar cualquier incidente para que estallara el polvorín. La chusca conspiración del Padre Joaquín Arenas, de Durango, que en situación normal no hubiera pasado de ser un incidente ridículo y sin trascendencia, se aprovechó oficialmente para descargar golpes contra los españoles y los criollos, en cuya expulsión estaban interesados los yorkinos. Para el efecto se hizo una campaña de agitación y de odio, como el discurso de Ignacio Sepúlveda, que declaraba a los españoles "más feroces que tigres y leones hambrientos y más inhumanos y desnaturalizados que los Nerones y los Calígulas". Tanto Lorenzo de Zavala como el historiador Carlos María Bustamante aseguran que
la tal conjura del Padre Arenas fue propiciada o abultada pa-
(1827) ra que sirviera de apoyo a la primera Ley General de Ex-
pulsión de Españoles, expedida el 20 de diciembre (1827)

Había entonces aproximadamente 33,000 españoles radicados en México y a todos se les iba a expulsar, sin considerar que la mayoría tenían ya hijos mexicanos. La medida era tan absurda y provocó tantas críticas que no llegó a aplicarse íntegramente, aunque sí en grado suficiente para causar profundo daño al país. El número de expulsados fue de doce a quince mil, incluso muchos criollos o mestizos mexicanos

que forzosamente seguían a sus padres al exilio. También fueron desterradas las 32 misiones católicas de la Alta y la Baja California, con el natural resultado de que sus bienes se esfumaran y su acción cultural se paralizara.

Junto con los expulsados se fueron considerables capitales, quedaron abandonadas tareas agrícolas e industriales y toda la economía nacional se resintió, pero Poinsett estaba así debilitándonos para manejarnos mejor.

Contrastando con esa sangría de los recursos raciales de nuestra nacionalidad y con el planteamiento de una dañina lucha interna, el Congreso aprobó (18 de febrero de 1828) una ley de colonización que hizo posible la entrada de más extranjeros en Texas, pese a los innumerables síntomas de que esa provincia corría peligro, pues ya en 1801 Felipe Nolan y una partida armada incursionaban en Texas para anexarla a Norteamérica y posteriormente se repitieron incidentes parecidos.

(1828)

De 4,000 extranjeros inasimilables que vivían en Texas en 1820, el número se elevó a 20,000 en la década siguiente.

ESCOCESES POSTERGADOS CONTRA YORKINOS

Conforme Poinsett iba elevando a los masones yorkinos que le eran incondicionales por ser obra suya, los hermanos del rito escocés fueron sintiéndose postergados de las esferas políticas y bien pronto comenzaron a constituir un núcleo de oposición. (1)

Para no despertar recelos mientras asentaban sus bases, la penetración masónica cundía en esa época disfrazada de catolicismo. Los yorkinos (algunos de ellos sinceramente) se acogieron a la Virgen del Rosario, primero, y posteriormente al patronato de la Virgen de Guadalupe. Los escoceses, por su parte, tuvieron como patrona a la Virgen del Pilar, y durante cierto tiempo se llamaron "novenarios" porque cada uno se comprometía a ganar nueve prosélitos. Los dos ritos se acusaban mutuamente de herejes. Poinsett y todos los suyos deben haberse divertido sobremanera de la inocencia de sus corifeos.

En el Senado se presentó una petición para investigar y prohibir las organizaciones secretas (Sep. 22 de 1826). Tal petición fue firmada hipócritamente por el maestro masón Lorenzo de Zavala, que con eso sólo buscó infiltrarse en la oposición y conocer mejor sus planes.

Entre los del rito escocés fue tomando fuerza la idea de la revancha y alentaron al teniente coronel Manuel Montaño a que se levantara en armas. Montaño se lanzó al movimiento y expidió en Otumba el "Plan Montaño" que abogaba por la supresión de las organizaciones

(1) El rito de York se identifica por la letra "G" rodeando un ojo, y también por la estrella de David de 6 picos o por la de 5 puntos.

masónicas, la expulsión de Poinsett, la reorganización del gobierno y el respeto a la Constitución. El plan fue visto con simpatía por mucha gente ajena a las logias, que estaba ya alarmada de que el país fuera dirigido desde las tinieblas de las sociedades secretas.

El Vicepresidente Nicolás Bravo, veterano de la guerra de independencia y maestro masón escocés, se hallaba de acuerdo con el levantamiento de Montaño y lo secundó. En su manifiesto decía que **"es necesario curar el mal en su origen, arrancando de raíz las sociedades secretas que lo causan".** Montaño y Bravo se hicieron fuertes en Tulancingo, Hgo. El gobierno de Veracruz se adhirió a ellos y puso énfasis en la urgencia de **"extinguir toda clase de reunión secreta masónica, sea cual fuere su rito, denominación y origen".** (Declaración fechada en Jalapa el 7 de enero de 1828).

(1828)

Vicente Guerrero (que desde el golpe contra Iturbide había sido ganado por los yorkinos y se hallaba bajo la influencia directa de Lorenzo de Zavala y de Poinsett) salió a combatir a Montaño y a Bravo y le propuso a éste un armisticio para arreglar las cosas pacíficamente. Bravo no quería que hubiera derramamiento de sangre y aceptó la propuesta, que resultó ser una trampa, pues Guerrero aprovechó el armisticio para lanzar un ataque de sorpresa y capturó a los dos jefes rebeldes. (Enero de 1828).

Entretanto, Santa Anna se había fingido partidario de la rebelión, pero luego la traicionó y todo el movimiento antimasónico quedó desquiciado. Como gran maestro yorkino, Vicente Guerrero rindió un jubiloso parte al Supremo Consejo del Rito, en Nueva York, en el que



Don Nicolás Bravo, vicepresidente, se rebeló junto con el coronel Montaño en contra de la creciente influencia de los yorquinos. "Es necesario, decía, curar el mal en su origen, arrancando de raíz las sociedades secretas que lo causan". Veracruz los secundó entusiastamente.

relataba su triunfo sobre los "escoceses", que en parte eran ya desertores de la masonería. Y junto con él firmaba el cubano José Antonio Mejía, que como agente particular de Poinsett operaba en México desde la época de Iturbide.

Aunque vencida la rebelión, las dos fuerzas rivales continuaron en pugna. 1828 era año de elecciones y alrededor de la candidatura de Gómez Pedraza —Secretario de Guerra y yorkino poco entusiasta— se agruparon antiguos masones "escoceses", algunos yorkinos moderados disidentes y ciudadanos que no eran masones.

Por la otra parte, y sosteniendo la candidatura de Vicente Guerrero, se alineó la mayoría de yorkinos fanáticos, encabezados por su Partido Americano. La lucha fue enconada, los yorkinos comenzaron a revelar su inquina antirreligiosa, hubo alarma en la masa católica y Gómez Pedraza ganó la elección por 11 a 9. En aquel entonces la elección de Presidente no era por voto directo y la hacían las legislaturas de los Estados.

Los yorkinos se aprestaron a retener por la fuerza el Poder que se les estaba escapando de las manos y encontraron otra vez bien dispuesto a Santa Anna para levantarse en armas, como ya lo había hecho seis años antes en contra de Iturbide.

Sin más ni más, erigiéndose en árbitro único de los destinos del país, Santa Anna declaraba desde Oaxaca que "el pueblo y el ejército anulan las elecciones hechas en favor del Ministro de la Guerra don Manuel Gómez Pedraza, a quien de ninguna manera se admite ni de presidente ni de vicepresidente de la república, por ser declarado enemigo de nuestras instituciones federales".



Gómez Pedraza, yorquino tibio, fue apoyado por "escoceses" disidentes y gente ajena a la logia. Ganó la elección, pero hubo un golpe contra él acusándolo de "ser declarado enemigo de nuestras instituciones federales", y huyó a Nueva Orleans.

Además insistía en la expulsión total de los españoles, que era una de las metas que perseguía Poinsett a través de los yorkinos. El general Montes de Oca y el coronel Juan Alvarez secundaron en Acapulco a Santa Anna, pero el grueso del ejército siguió leal al Presidente Victoria y por tanto el movimiento rebelde parecía condenado al fracaso.

En ese decisivo momento, cuando Santa Anna estaba a punto de ser batido por las tropas del general Rincón, el yorkino Lorenzo de Zavala formó en la ciudad de México una quinta columna, de acuerdo con Poinsett y el general Lobato, y montaron una revuelta la noche del 30 de noviembre (1828), con base en el edificio del tribunal de la Acordada, en el que había almacenadas armas y municiones. El general Vicente Filisola tenía fuerzas suficientes para imponer el orden, pero era también yorkino y en vez de reprimir el motín se fue de la ciudad. Lorenzo de Zavala empujó entonces a Guerrero a que asumiera el mando de las tropas.

El golpe de la Acordada tuvo todas las características de los motines terroristas (revolución francesa, revolución rusa, etc.) para subvertir el orden mediante el aliento a las más negativas inclinaciones del populacho. La mano de Poinsett no dejó pruebas documentales, pero sí una táctica de lucha que sólo él podía entonces aconsejar. Reos y malvivientes fueron azuzados y lanzados por Zavala a que asaltaran el mercado del Parián, donde había numerosas tiendas de españoles y criollos. Fue una orgía de asesinatos, robos e incendios. Ya con anterioridad Zavala había demostrado su fidelidad a Poinsett y decretado leyes antiespañolas cuando era gobernador del Estado de México. Durante el motín reveló que no se detenía ante nada y al capturar al teniente coronel Manuel González, cuyo delito era el de haber pretendido conservar el orden, mandó matarlo sin formación de causa.

Amedrentado ante todos estos acontecimientos, el Presidente electo Gómez Pedraza huyó a Nueva Orleans y el Congreso declaró entonces nulas las elecciones y nombró presidente de la República al maestro yorkino don Vicente Guerrero.

En esta forma el triunfo electoral de los "escoceses" y de los no masones quedó anulado mediante un golpe inesperado de terrorismo y subversión. . .

(1829) Con Guerrero en la Presidencia (1o. de abril de 1829), con Zavala en la Secretaría de Hacienda y con 120 logias yorkinas en todo el país, Poinsett se sentía tranquilo. Y no es que Guerrero fuera un traidor. Muchos historiadores coinciden en que era patriota, honrado y valiente, pero sin instrucción y sin malicia en las encrucijadas de la política. Había confiado de buena fe en la amistad que Poinsett le fingía y se suscribió de él **"amigo verdadero, que**

lo ama de corazón". Al disponerse a asumir la presidencia le escribía con agreste emoción: "Contaré con que usted me ministrará sus luces como un amigo, como un amante de la felicidad de los pueblos, y como digno representante de la Gran Nación a que pertenece". (Enero 16 de 1829).

Lorenzo de Zavala sí era un traidor nato y jugó un papel decisivo para engañar a Guerrero y ponerlo mañosamente al servicio de Poinsett. Tanto así que éste había escrito a su primo Johnson: "El general Guerrero, que si vive será el próximo presidente, me ha hecho grandes ofrecimientos, pero yo no renunciaría a mi país para convertirme en Emperador de México". (Febrero 22 de 1828).

Según palabras del mismo Zavala, Guerrero era un hombre inculto y huía de la sociedad de la gente más preparada; "su amor propio se sentía humillado delante de las personas que podían advertir los defectos de su educación, los errores de su lenguaje y algunos modales rústicos". Todo esto lo aprovechaba Zavala para cultivar su influencia sobre él.

Don Vicente Guerrero fue nombrado Presidente el 12 de enero (1829) y el 20 de marzo se expidió la segunda ley para expulsar a los españoles, más drástica que la primera, pues abrió la posibilidad de que también se desterrara a sus hijos mexicanos, ya fueran criollos o mestizos. El país perdía así un grupo de hombres laboriosos y la economía nacional se debilitó aún más con la emigración de capitales. Gran número de expulsados fueron a morir de vómito y paludismo en las costas de Norteamérica.

La naciente nacionalidad mexicana, que era una síntesis de lo español y lo indígena, continuaba siendo escindida de acuerdo con las directivas masónicas traídas por Poinsett para debilitarnos, pero no por sinceros móviles indigenistas, pues el mando masónico se cuidaba de no practicarlas en su sede de Norteamérica, donde jamás intentó la expulsión de los ingleses y la glorificación de los pieles rojas como los auténticos representantes de su nacionalidad.

En 1829 se expulsó a capitalistas mineros e industriales, muchos de los cuales se llevaron su dinero que movía negocios y que daba trabajo a miles de jefes de familia. La marina mercante que habíamos heredado del virreinato empezó a extinguirse. Se calcula que emigraron capitales por doce millones de pesos, para aquel entonces considerables. Otros muchos criollos o españoles que no podían llevarse sus bienes los malbarataron a los agentes extranjeros, que enterados de todo lo que iba a suceder ya estaban listos para recoger el botín. Los Gould y los Gugenheim eran algunos de los beneficiados con fundos mineros de oro, plata, plomo, cobre, zinc, etc.

Fuentes Mares sintetiza aquella expulsión con las siguientes palabras: "Sólo que no fueron mexicanos quienes ocuparon los negocios y se adueñaron de los bienes que dejaron los españoles, sino que fueron aventureros ingleses, judíos y norteamericanos quienes se los apropiaron, por una bagatela, del mismo modo que posteriormente lo hicieron con los bienes de la Iglesia, a raíz de la ley de Desamortización. . . En manos de españoles, el caudal económico habría pasado a poder de mexicanos en el curso de dos generaciones, a lo sumo, porque es bien sabido que en un 99% de los casos los españoles dejan hijos mexicanos. Pero se permitió que la economía de México pasara al dominio de ingleses, franceses, norteamericanos y judíos". (1)

Gran parte de la inmensa riqueza minera de México, que a través de criollos y mestizos hubiera quedado en manos mexicanas, fue automáticamente controlada por los trusts hebreos. Y es que el movimiento contra lo español no había sido inspirado para beneficiar a México; en rigor no hicimos nosotros las expulsiones de los criollos y españoles de 1827 y 1829 y por tanto el botín no era tampoco nuestro. Sólo fuimos comparsas, instrumento ciego. (2)

CONVERGEN EN EL PAREDON LOS DOS LIBERTADORES

La expulsión de españoles y criollos y de sus hijos mexicanos fue el tercer gran triunfo de la masonería internacional, después del derrocamiento de Iturbide y de la anulación de las elecciones que habían favorecido a Gómez Pedraza. Estos triunfos los conseguía a través de las logias de México, cuyos miembros recibían a cambio el premio de asegurar mando, honores y dinero en los puestos gubernamentales.

Ahora bien, muchos de aquellos masones no se daban cuenta de la forma en que estaban siendo movidos en perjuicio de México. Cien años después la masonería no acaba de ser identificada como instrumento del movimiento político judío y es lógico que en aquel entonces se sabía mucho menos acerca de sus móviles y de sus metas.

(1) Poinsett.—José Fuentes Mares.

(2) Es absolutamente falsa la explicación de que la expedición española de Barradas fuera la causa de la acción contra los españoles y criollos residentes en México, pues las leyes de expulsión se votaron en 1827 y en marzo 20 de 1829, en tanto que tal expedición ocurrió hasta julio de este último año. Barradas desembarcó cerca de Jerez, Tamps., y avanzó hasta Tampico. El general Felipe de la Garza (el mismo que tan implacable se había mostrado cuando la ejecución de Iturbide) salió a combatir al invasor, pero rápidamente fue derrotado y cayó prisionero, aunque luego quedó en libertad. El general Rojas lanzó otro ataque contra Barradas y también fue vencido. Barradas sólo traía un cuerpo expedicionario de 2,700 hombres, evidentemente ridículo para la empresa que en teoría se proponía y para la cual hubiera requerido no menos de cincuenta mil, por lo que no tardó en ver lo absurdo de su plan y capituló ante Santa Anna el 11 de septiembre, o sea un mes y 14 días después de su chusco desembarque.

Es un hecho, por ejemplo, que el Presidente Guadalupe Victoria era un hombre bueno, amante de la libertad, deseoso de la armonía y del bien de México, pero inicialmente falto de información y malicia suficiente para conocer y sacudirse la tremenda intriga. Cuando más tarde se dio cuenta de las maquinaciones internacionales abjuró de la masonería, se retiró a la vida privada y como creyente católico se impuso penitencia y oración hasta que murió en 1843.

Una evolución muy semejante tuvo la vida política de don Vicente Guerrero, que le había entregado su confianza a Poinsett, como sabe hacerlo la gente sencilla y de noble corazón cuando cree en la amistad del que le tiende la mano. Es un hecho que siguió los consejos de Poinsett y que sirvió entusiastamente a la masonería yorkina, pero luego llegó a un límite en que percibió la mala fe de sus consejeros. El Secretario de Estado americano, Martin van Buren, apremió a Poinsett a que **"sin dilación"** abriera **"negociaciones con el gobierno mexicano para comprar Texas. . . comprendiendo todos los habitantes mexicanos de la provincia".** Poinsett trató el caso con Guerrero y éste se resistió resueltamente, tanto que aquél tuvo que informar más tarde a la Casa Blanca: "Aunque no existen las más remotas posibilidades de obtener Texas por compra, se están fraguando las causas que lo llevarán a formar parte de la Unión Americana".

El antiguo labriego que un día se había lanzado a las montañas del sur soñando con la existencia de un México libre, no era un traidor a su ideal, ni un convenenciero antimexicano que en la cúspide de la riqueza y del mando poco le importa la suerte de los demás. Durante seis años Guerrero había creído en Lorenzo de Zavala y en Joel R. Poinsett, que por su mayor ilustración podían enseñarle mejor el camino para la nueva nación. Pero es el caso que el país iba de una crisis a otra, en una extenuante lucha de hermanos contra hermanos; el comercio y la incipiente industria seguían debilitándose, el erario carecía cada vez más de recursos y el malestar y la incertidumbre paralizaban todo intento de reconstrucción y desarrollo.

Guerrero carecía de instrucción y de preparación política, pero bajo su rústica tez, su corazón estaba al servicio de México, y su corazón le señaló el engaño en que había vivido durante los últimos años. Airado, Guerrero rompió su amistad con Lorenzo de Zavala, el famoso traidor que lo había puesto en contacto con Poinsett, y rompió con el yorkismo. Muchas veces se había jugado la vida en las luchas de independencia y todo lo que había en él de caudillo volvió a reverdecer.

Fue aquella una decisión temeraria contra el secreto poderío internacional. Fuentes Mares dice que "Guerrero quedó solo, valientemente solo entre sus enemigos, pero ya no pudo evitar que los vientos sembrados fructificaran en tempestades".

Guerrero le pidió al Presidente Jackson (29 de julio de 1829) que



General Vicente Guerrero.— Carecía de suficiente instrucción, pero bajo su rústica tez, su corazón estaba al servicio de México. Advirtió el error en que había vivido en los últimos años y rompió con Lorenzo de Zavala, con Poinsett y con el yorquismo. Fue esa una decisión temeraria contra un poder internacional. . . Poco después el Congreso de la Unión (integrado por yorkinos) lo declaró incapto y lo derrocó, como primer paso para lanzarlo hacia el paredón. Ofuscados por la lucha, los conservadores no hicieron nada por salvarlo y Guerrero fue fusilado, lo mismo que Iturbide, el otro libertador de México.

retirara a su Embajador Poinsett, intrigante que manipulaba los destinos de México, y finalmente le notificó al Embajador que ya no era grato en el país. Calculador frío, Poinsett mordió su rabia y demoró su salida para mover todos sus recursos de venganza.

Poco después comenzaría a llover fuego sobre Guerrero. . .

El 6 de noviembre la guarnición militar de Campeche, de 800 hombres, se levantó en armas en favor del establecimiento de una República Central, con menos soberanía por parte de los Estados, en oposición al sistema vigente de República Federal, que en teoría daba autonomía política a las provincias. La idea de un sistema central de gobierno era sostenida por el partido conservador, en el cual figuraban antiguos partidarios de Iturbide, así como masones escoceses postergados y algunos yorkinos descontentos que ya no estaban de acuerdo con la acción política de su rito.

Fue entonces particularmente significativo que el movimiento "reaccionario" de Campeche coincidiera con una creciente acción contra el Presidente Guerrero por parte del grupo yorkino adicto a Poinsett. El diario "El Sol", órgano masónico, desencadenó una ofensiva contra Guerrero y dentro del Congreso de la Unión —integrado en su mayoría por yorkinos— también comenzó a acusársele de **"autoritario"** y **"dictador"** porque no renunciaba a las facultades extraordinarias que el propio Congreso le había concedido.

Días más tarde (4 de diciembre de 1829) la guarnición de Jalapa fue soliviantada, con la versión de que Guerrero menospreciaba a las tropas regulares y les pagaba poco haber, y se declaró un pronunciamien-

to, al frente del cual se puso al día siguiente el Vicepresidente Anastasio Bustamante, afiliado al yorkismo, aunque todo indica que sólo burocráticamente. "Vuestro pronunciamiento es digno de ciudadanos

> libres —les dijo—, pues pedís la observancia de la Constitución... Vuestras miserias, que han afectado tanto mi corazón, me lisonjeo que terminarán pronto".

La ciudad de México estaba llena de rumores acerca de agentes que preparaban levantamientos militares en apoyo de la rebelión de Jalapa, y en estos planes participaba el propio gobernador José Ignacio Esteva, gran maestro de la logia yorkina. En Puebla había un pronunciamiento. Guerrero se sintió súbitamente rodeado de enemigos y salió de la capital con intenciones de batir a los rebeldes, pero no hallaba comandantes en quiénes confiar y dejó a sus tropas a merced del Congreso, en tanto que numerosos jefes militares se le sublevaban. (Diciembre 27). El día 31 Bustamante entró en la capital.

Guerrero se dirigió al sur en busca de adictos. Y Poinsett debe haber sonreído satisfecho al partir de la ciudad de México el
(1830) 3 de enero (1830). Mientras tanto, el mismo Congreso de la Unión (con mayoría de yorkinos) que un año antes había anulado la elección de Gómez Pedraza y nombrado presidente a Vicente Guerrero (cuando éste creía en Poinsett), dio luego una media vuelta completa, se declaró enemigo de Guerrero y lo tachó de absolutista e inmoral. (1)

El Senado comenzó a "estudiar" una proposición de que se declarara al presidente Guerrero **"imposibilitado para gobernar la República"**, y Guerrero le repuso desde Tixtla: **"Para sostener estos principios (la libertad de la Patria, la soberanía de los Estados y el respeto a las instituciones juradas) desenvainaré mi espada, prescindiré de lo más caro y acabaré con gusto mi existencia".**

Al mes siguiente (4 de febrero) el Congreso consumó el de-
(1830) rrocamiento de Guerrero mediante el siguiente dictamen: **"El ciudadano general Vicente Guerrero tiene imposibilidad para gobernar la República".**

"El Sol", órgano de los yorkinos, llamaba traidor a Guerrero y lo tachaba de falso, jugador y mujeriego. El pueblo no sabía realmente lo que estaba ocurriendo. Entonces no podían distinguirse las dos causas que ahora pueden verse nítidamente: la de la masonería internacional que manipulaba la suerte de México, y la de Guerrero, que temporalmente engañado, se había luego rebelado contra los amos secretos. En aquel momento la inercia de un gran sector de la opinión pú-

(1) El que se oponía entonces a las tareas masónicas, y por ende a los planes del judaísmo político, era tachado de absolutista, oscurantista o despótico. Ahora se usan los calificativos de fascista, dictatorial, autoritario o extremista de derecha.

blica seguía considerando a Guerrero identificado con el desorden masónico de los últimos años, en tanto que otros no sabían si lo que estaba ocurriendo era sólo una disputa por la posesión del poder o una lucha inspirada en sentimientos más elevados.

Algunos secundaron a Vicente Guerrero: el gobernador de Michoacán, José Salgado; el coronel Santa María, el coronel Codallos; los Polanco y los Gallardo, y lucharon en diversos rumbos, pero no pudieron unir sus esparcidas fuerzas. Era ya demasiado tarde para que Guerrero conjurara los malos espíritus a cuya vera caminó engañado durante seis años. Derrotado en Chilpancingo, acorralado en Acapulco, terminó cayendo en la emboscada del extranjero Picaluga, quien lo invitó a comer en su bergantín —con el anzuelo de venderle armas— y luego lo entregó al enemigo. (El general José Antonio Facio, ministro de la Guerra, le había ofrecido cincuenta mil pesos a Picaluga por la captura de Guerrero).

Tras un juicio apresurado de quince días, en que se le acusó de haber estado en pláticas con Poinsett y Zavala para vender Texas (aunque la realidad es que se opuso a ello), Guerrero fue condenado a muerte por "alta traición". Tenía entonces 47 años de edad.

Tras de rezar el Credo, de rodillas, Guerrero fue ejecutado
(1831) el 14 de febrero de 1831.

¡Poinsett estaba vengado!...

La sangre de Guerrero convergió con la sangre de Iturbide en la lacerante historia de México.

Ambos se habían conocido en 1821. Ambos habían proclamado, bajo el sol reverberante de Iguala (febrero 24 de 1821) el nacimiento del nuevo país. Ambos soñaron en un México libre, dueño de su propio destino.

Y ambos cayeron abatidos por el mismo enemigo, por el que ocasionalmente se mostraba nuestro amigo, pero que nos veía como botín.

Manos extrañas alentaron el brazo de antimexicanos y premexicanos para consumar el parricidio de los dos libertadores de México, que tuvieron el mismo fin.

LA SANGRE DE GUERRERO CAYO SOBRE EL YORQUISMO

Es evidente que Poinsett se había sentido ofendido ante el repudio público que le hizo el Presidente Guerrero y ante las críticas crecientes de los mexicanos que ya iban percibiendo sus maniobras. Es también evidente que Poinsett, despechado, alentó la tormenta política que derrocó a Guerrero. Meses después de haberse marchado de México, en el mismo año de 1830, vino de Norteamérica la orden de que el Rito de York entrara "en sueños", o sea en receso. Automáticamente comenzó a recibir apoyo el incipiente Rito Nacional Mexicano, que como reserva había

sido establecido el 26 de marzo de 1826 por el Gran Maestro Guillermo Gardett, y que se vinculaba en Nueva Orleans con el rito de las Logias Anfictiónicas, al cual se pasó la mayoría de los antiguos yorquinos encuadrados en 120 logias.

La masonería tiene fuerza, pero no por sus propios medios, pues a manera de satélite refleja la "luz" que recibe del movimiento político judío; es frecuente que cuando un rito deja de ser útil a sus amos ocultos, se le retira el apoyo internacional y entonces rueda por los suelos. Y con la misma facilidad toma fuerza el nuevo rito, con nuevas "luminarias" y nueva táctica de lucha, para proseguir la siguiente etapa de la conjura internacional.

Los masones del rito escocés fueron utilizados sin éxito cuando se trató de controlar la lucha de independencia y con éxito cuando se derribó a Iturbide, pero en seguida se les abandonó como limón exprimido porque ya no eran prácticos para la siguiente etapa. De la misma manera, el rito de York fue exaltado a todos los puestos de mando como eficiente siervo de Poinsett, pero luego mandado a "dormir" cuando la creciente condenación pública y el temerario acto de Guerrero contra Poinsett desenmascaró y desprestigió los enjuagues del yorquismo.

La rebelión que Poinsett propició entre los yorquinos para derribar a Guerrero vio con buenos ojos —por propia conveniencia— los esfuerzos aislados que otros sectores hacían también por derribar al régimen. Hubo desorden y confusión. Antiguos masones escoceses postergados y algunos mexicanos no masones aprovecharon el río revuelto de la crisis para ganar posiciones.

Y así fue como numerosos conservadores (febrero, 1830) formaron parte del nuevo gobierno encabezado por Anastasio Bustamante. Al subir Bustamante al poder la masonería se hallaba desprestigiada y prácticamente huérfana, y Bustamante tuvo deseos de poner en orden la desquiciada administración pública y confió en el grupo de conservadores, ajenos a las logias.

Esta circunstancial confluencia de un Bustamante que veía naufragar al yorquismo y que acogía en su Gabinete a los conservadores, es la coartada a que se acoge ahora la masonería para rehuír su culpa por el asesinato de Guerrero. Y saltando sobre los hechos históricos afirma que Guerrero fue víctima de los conservadores. Soslayan así la innegable evidencia de que **fue el Congreso, liberal y yorquino, el que desconoció a Guerrero;** el que llamándolo estúpido convirtió "legalmente" en facineroso a quien la víspera era el Presidente de México. Y fueron los diarios masones, encabezados por "El Sol" yorquino, los que azuzaban al pueblo diciéndole que Guerrero era un imbécil, mujeriego, jugador, falso y traidor.

En todo caso el grupo conservador fue culpable de no haber inter-

cedido por él, pero el **trágico fin de Guerrero tuvo su origen cuando rompió con Poinsett.** Al tomar la temeraria decisión de expulsar a éste, humillándolo públicamente, desafió al poder oculto que habría de vengarse lanzándolo hasta el paredón. . . (1)

Por otra parte, el régimen de Bustamante comenzó a poner muchas cosas en orden y encarriló la administración pública que se hallaba al garete. Con Bustamante colaboraba decisivamente Lucas Alamán, Secretario de Hacienda, quien había gestionado (1823 a 1825) que los países iberoamericanos integraran una especie de mercomún, mediante pactos aduanales, a fin de ayudarse mutuamente frente a la competencia angloamericana; había gestionado que no se dejaran manos libres a Washington para apoderarse de Cuba, tanto que funcionó en México una "Junta Promotora de la Libertad Cubana", y se había opuesto (en 1825) a las pretensiones de Poinsett de construir un ferrocarril de Missouri a Santa Fe, cosa que veía como penetración estratégica con miras a absorber a Texas. Por todo esto Poinsett repudiaba a Alamán y maniobró (también en 1825) para que fuera destituído de la Secretaría de Hacienda y para que luego se le llamara traidor. (2)

De regreso en el Gobierno, en 1830, Alamán intentó celebrar pactos aduanales que fortificaran a los países iberoamericanos, frente a la competencia comercial y económica de Norteamérica. En poco tiempo equilibró las destrozadas finanzas, saldó deudas atrasadas y en dos años logró la hazaña insólita de un superávit en los gastos públicos, cosa jamás vista en el México independiente. A la vez ayudó a repatriar familias mexicanas que habían sido expulsadas junto con sus padres españoles o criollos. Hizo establecer las escuelas de agricultura y artes, importó semillas y plantas europeas, concedió exenciones de impuestos para impulsar los cultivos de café, cacao, vides y olivos y la cría de bestias de carga y ganado; fundó el Banco de Avío para refaccio-

(1) La masonería rinde honores a Guerrero por la época en que éste fue aliado de Zavala y Poinsett, pero pasa por alto su acción contra el yorquismo. Y como elimina a Iturbide de la consumación de la Independencia, usa a Guerrero para llenar ese vacío e incluso le atribuye la creación de la bandera.

(2) Alamán era entusiasta partidario de la confederación iberoamericana con flota y ejércitos que deseaba Bolívar para balancear el dominio político y económico de Norteamérica. Pero mediante las maniobras masónicas internacionales, cerca del Vicepresidente Santander, de Colombia, y del régimen de Guadalupe Victoria en México, la idea original de Bolívar fue desfigurada y frustrada. La masonería de Charleston, de Nueva York y de Nueva Orleans no quería una Iberoamérica unida y fuerte, sino fragmentada y controlada desde el exterior. Por eso propició en 1830 la escisión de la Gran Colombia, que dio origen a Venezuela y Ecuador. Igual suerte corrió la Federación de Centroamérica, desintegrada en cinco países: Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica.



Lucas Alamán impulsó vigorosamente la industrialización y en 1830 dio la voz de alarma sobre el peligro que corría Texas y trazó un plan para conjurarlo. Pero Poinsett puso en acción fuerzas para contrarrestar la acción de Alamán y marcar a éste como reaccionario y traidor.

nar a la industria y promover la creación de nuevas fábricas, así como para modernizar el equipo de las ya existentes, cosa que se logró en diversos ramos (como el textil) para competir con la industria americana. Era toda una acción nacional para crear nuevos centros de trabajo y lograr que el país se bastara a sí mismo. "México es una nación en que todo está por hacer —decía—, por haberse destruido todo lo que existía".

Además, el 8 de febrero (1830) Alamán dio la voz de alerta sobre el grave peligro que corría Texas. Ese día reveló ante el Congreso de la Unión que numerosos extranjeros estaban ocupando la zona fronteriza en aquella provincia mexicana y que en muchos puntos ya eran más numerosos que los nacionales. Bajo la administración de Victoria y Guerrero los yorquinos habían sido el instrumento de Poinsett para propiciar esa infiltración, pues de 5,000 extranjeros que habitaban en Texas en 1824, el número subió a veinte mil en los seis años siguientes.

Alamán hacía ver que esa invasión pacífica era a la larga "de un efecto seguro e irresistible". Proponía impulsar la colonización con mexicanos, fomentar el cabotaje, restringir la infiltración extranjera y reforzar militarmente aquella región. Concluía su informe diciendo:

> "O el gobierno ocupa ahora a Texas o lo pierde para siempre; pues no habrá que pensar en reconquista en el supuesto que nuestras bases de operaciones estarán a 3000 leguas de distancia, mientras que el enemigo pelea inmediato a sus recursos".

El plan de Alamán (conocido inmediatamente por Poinsett debido a que un diputado yorquino le llevó una copia) fue aprobado por el Presidente Bustamante, pero no tendría tiempo de llevarlo a la práctica porque la intriga masónica internacional estaba recuperándose del golpe recibido y pronto iba a lanzar su contraofensiva para derrocar al régimen. La Logia de Nueva Orleans trabajó afanosamente para rehacer sus lazos en México, estropeados por el tropiezo del rito de York y dio impulsos al nuevo Rito Nacional Mexicano, cuyo nombre tenía la ventaja de no cargar el desprestigio del yorquismo y de engañar a muchos incautos. Era la misma gata, pero revolcada.

SE RECUPERAN DEL GOLPE Y SUFREN OTRO

Valentín Gómez Farías, que había militado en las filas yorquinas y que espiritualmente dependía de la Logia de Nueva Orleans, fue uno de los jefes de la nueva insurrección para recuperar el control político. Secundado por el párroco de Cunduacán José María Alpuche e Infante (que también procedía del mismo rito) y por Andrés Quintana Roo, Crescencio Rejón y otros más, Gómez Farías organizó el nuevo movimiento. Y el golpe contra el régimen de Bustamante estalló en Veracruz el 2 de enero de
(1832) 1832: el coronel Pedro Landero, quebrado con $ 18,000.00, se pronunció exigiendo que Bustamante cambiara Secretarios. La presencia de Lucas Alamán los ponía frenéticos. Santa Anna —otra vez más al servicio del grupo masónico— secundó la insurrección. En ésta participaba también en forma relevante el cubano José Antonio Mejía, ex secretario de las logias yorquinas y agente de Poinsett desde la época en que éste conspiraba contra Iturbide. Las tropas que el Presidente Bustamante acababa de enviar como refuerzo a la amenazada provincia de Texas se unieron a la revuelta de Santa Anna. Los extranjeros residentes en Texas también se declararon enemigos de Bustamante, ¡naturalmente!, y lograron que Lorenzo de Zavala y Gómez Farías les prometieran que no se restringiría la inmigración, prohibida por gestiones de Alamán. Moisés Austin provocó disturbios en San Felipe y en San Antonio Béjar (ahora San Antonio).

La bandera que luego tomó el movimiento rebelde de Landero y Santa Anna no podía ser más artificial, pues se pedía a Bustamante que dejara el Poder en manos de Gómez Pedraza, quien ya había pasado una temporada en Nueva Orleans sincerándose con la logia y recibiendo sus nuevas "luces".

Santa Anna, en 1832, hacía que soldados mexicanos perecieran peleando por el regreso de Gómez Pedraza a la Presidencia, no obstante que en septiembre de 1828 había hecho morir a otros mexicanos luchando por arrojar de la Presidencia al mismo Gómez Pedraza, tras de decir en su proclama:

> "El pueblo y el ejército anulan las elecciones hechas en favor del Ministro de la Guerra, don Manuel Gómez Pedraza, a quien de ninguna manera se admite de Presidente ni de Vicepresidente, por ser enemigo declarado de nuestras instituciones".

Pero 4 años después, en 1832, decía todo lo contrario, o sea que Pedraza era el legítimo Presidente de México. La explicación de este logogrifo consiste en que en 1827 Gómez Pedraza era de los yorquinos moderados —luego disidentes— y que a él se unieron muchos mexicanos no masones, alarmados ante la preponderancia de los yorquinos. En cambio, en 1832 el régimen de Bustamante trabajaba sin las ataduras masónicas, después de haberlas roto Guerrero, y entonces resultaba aprovechable Gómez Pedraza, adoctrinado entretanto en Nueva Orleans para el nuevo Rito Nacional Mexicano de las Logias Anfictiónicas.

Bustamante presentó resistencia, al principio, y venció a una fuerte columna rebelde cerca de San Miguel Allende, pero luego entró inexplicablemente en pláticas con Santa Anna y convino en dejar el poder por los tres meses que le restaban del período. ¿Se alarmó ante la resurrección de la masonería a la que tal vez había llegado a considerar liquidada o simplemente se sintió cansado para seguir en la lucha y abandonó a su grupo?

(1833) Tras de un corto período de transición, cubierto por Melchor Múzquiz, Gómez Pedraza regresó de Filadelfia y tomó posesión de la Presidencia el 3 de enero de 1833. Lo rodeaban Lorenzo de Zavala y Mariano Zerecero, que seguían en comunicación con Poinsett, así como Valentín Gómez Farías. Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fue reanudar la expulsión de españoles y de mexicanos hijos de españoles, incluso muchos que habían regresado al país ayudados por Alamán durante la administración de Bustamante.

Ese mismo año (1833) hubo elecciones, indirectas, en que las legislaturas nombraron como presidente a Antonio López de Santa Anna y como vicepresidente a Gómez Farías. Ambos tomaron posesión el primero de abril. Ya fuera porque realmente estaba enfermo, como dijo, o porque quisiera que otro tanteara el terreno en la implantación de las reformas que la masonería se proponía realizar, Santa Anna se fue a su hacienda de Manga de Clavo y dejó como Presidente interino a Gómez Farías.

Se inició entonces la primera etapa radical del Partido Liberal, hijo del yorquismo fundado por Poinsett. La inspiración de este partido se hallaba en las logias de Filadelfia, Nueva Orleans y Charleston y sus patriarcas nacionales eran Valentín Gómez Farías y José María Luis Mora. Este último, sacerdote católico, apostató para luchar en contra de la instrucción cristiana y en favor de la Reforma Protestante.

Las metas inmediatas de las logias extranjeras eran debilitar nuestra nacionalidad enfrentando entre sí a los factores indígena e hispano, y a la vez debilitar al catolicismo mediante una Reforma que lo privara de bases económicas y de centros educativos. En consecuen-

Valentín Gómez Farías encabezó el golpe para que el viejo yorquismo, con nuevo nombre, recuperara el control. Luego se lanzó a una lucha antirreligiosa y creó así una nueva división y un profundo malestar, que había de costarnos más de la mitad del territorio nacional.



cia, Gómez Farías reanudó la expulsión de españoles y dio los primeros pasos para la Reforma Religiosa, lo cual motivó descontento y agitación de los católicos. Santa Anna regresó poco después al poder, para calmar a la opinión pública, pero siguió dándole nuevos interinatos a Gómez Farías, el cual confiscó los bienes de las misiones de California, fundadas por Fray Junípero Serra, que eran los únicos centros de civilización en el lejano Noroeste de México. El país seguía así debilitándose por el punto más distante y débil de su territorio. Además, Gómez Farías expulsó a varios obispos, creó la Dirección de Instrucción Pública, con vistas a descatolizar a la niñez, y clausuró por "reaccionaria" la Universidad de México (octubre 24 de 1833).

Fue una desgracia para México que el espíritu sacerdotal misionero no conservara ya en esa época todas las virtudes de su fe y que algunos miembros de la Iglesia descendieran al plano de las ambiciones personales.

Y fue una desgracia de alcances incalculables porque esa coyuntura la aprovecharon fuerzas políticas enemigas de México para agitar a un gran sector nacional, presentándole tales fallas como justificación para la lucha intestina, absurda y destructiva, sólo favorable a intereses extraños.

Refiriéndose a los sacerdotes claudicantes, el jesuita Gerardo Decorme dice que habían "perdido el amor al estudio y con él el celo por la salvación de las almas" y que se ocupaban "en la administración de sus haciendas". (1) Y precisa que el riquísimo cura de Tacu-

(1) Catholic Education in Mexico.—Gerardo Decorme, S. J.

baya, Miguel Alcocer, se ocupaba de sus olivares y molinos aceiteros más que de los oficios sacerdotales. "Los Mier, Michelena, Arizpe, Verduzco, Llave, Alpuche, Gómez Huerta, Mora y otros —añade el Padre Decorme— fueron los que sembraron y fomentaron la mala semilla que los Gómez Farías, los Comonfort llevaron al terreno de los hechos".

El barón de Humboldt también había percibido esos rasgos de relajamiento y decía sobre el particular: "Lo que verdaderamente desconsuela en la diócesis de un arzobispo cuya renta anual asciende a 130,000 pesos, es que hay curas de pueblos indios que apenas tienen de 100 a 120 duros al año".

Otros de los casos más conocidos eran el del cura Manuel Alpuche, de Tabasco, que se prestaba a las maniobras masónicas y que tenía, en premio, tierras en Texas. El del cura Miguel Ramos Arizpe, venerable de Logia, también terrateniente en Texas. El del sacerdote Pablo Moreno, catedrático del seminario de Mérida, fomentador de la intriga masónica y maestro del ilustre traidor Lorenzo de Zavala. El del presbítero José María Sánchez, fundador en 1827 de la logia "yorquina" de Chihuahua, etc., etc. Había reblandecimiento moral y quizá hasta infiltración.

Lucas Alamán dice que las costumbres de una considerable parte del clero "habían llegado a principios del siglo XIX a un grado de corrupción escandalosa", tanto que así fueron denunciadas por la jerarquía en el cuarto Concilio mexicano. Todo esto lo reitera, con amplia documentación, el padre Francisco Regis Planchet en su libro "La Cuestión Religiosa en México".

Y tomando como aparente justificación ese descenso moral de un sector del Clero, pero en realidad siguiendo una consigna internacional, el Vicepresidente Gómez Farías planteó una lucha an-
(1834) tirreligiosa. En 1834 expulsó de California a los franciscanos, que eran de los sectores más puros y benéficos de la Iglesia; desterró a cientos de frailes que procedentes de Centroamérica se habían asilado en México; coartó a los religiosos sus actividades educativas; clausuró hospitales católicos; abolió los votos religiosos y comenzó a orientar la educación en contra de la tradición hispano-católica, incluso adoptando el demagógico programa de enseñar mexica, tarasco y otomí en las escuelas. De pasada declaró la usura libre, todo por derribar el mandato de la Iglesia de que no debía cobrarse más del 6% de interés anual.

El grupo de Gómez Farías hablaba engañosamente contra las fallas del Clero, pero su aparente afán moralizador sólo encubría su propósito de minar y destruir a la Iglesia. Y precisamente Gómez Farías buscaba apoyo en los clérigos renegados que servían a la logia. De la misma manera Gómez Farías se significaba como enemigo de los militares, si-



Lorenzo de Zavala, padre espiritual de los antimexicanos, culminó su carrera en Nueva Orleans trabajando para mutilar a México. Varios extranjeros lo ayudaban en su tarea. El poder secreto le aseguró un considerable botín por sus servicios.

guiendo la táctica del internacionalismo que ataca a este sector nacionalista siempre que encuentra en él una resistencia para sus planes de internacionalización política; pero a la vez Gómez Farías buscaba militares en quienes apoyarse. Y con vista a desplazarlos en el futuro, comenzó a preparar la formación de "milicias".

El descontento contra el régimen crecía y había varios brotes rebeldes por diversas partes del país, a lo cual Gómez Farías contestaba que no era enemigo de la religión y que su régimen la protegía, o sea la táctica política-masónica de decir una cosa y hacer otra, que tan buenos resultados da para adormecer a la gente. (En aquella época corrieron insistentes rumores de que Gómez Farías era judío por parte de madre, falsamente converso. El padre Mariano Cuevas no lo cree porque dice que hasta los 40 años fue un hombre muy piadoso, que luego se entregó a la Logia y se volvió contra la religión católica. Pero cabe mencionar que en 1957 una bisnieta de Gómez Farías, Agatha Rossenow de Duno, residente en Freiburgo, Alemania, estaba emparentada con judíos).

Como resultado de la política de Gómez Farías aumentaron los levantamientos y cundió el malestar social, cosas que movieron a Santa Anna a regresar al Poder, donde maniobró y logró que el Congreso destituyera a Gómez Farías. Este se fue a Nueva Orleans —capital extranjera de la masonería de México— en busca de apoyo y nuevas "luces". Ahí estuvo trabajando con el venerable Lorenzo de Zavala, padre espiritual de los antimexicanos, en los preparativos para que Texas se "independizara" de México. Lo ayudaban o asesoraban el cubano José Antonio Mejía, agente de las logias mexicanas; el napoli-

tano Sant Angelo, protegido de Zavala; Jorge Fisher, perito en política masónica, y el economista Christi.

Y mientras tanto, Santa Anna se había quedado solo en el mando. Todo indica que era inteligente y audaz, que tenía ciertas dotes de mando y de organizador y que esto lo hacía descollar entre tanto político gris y timorato, pero carecía de principios y de ideas morales y políticas. Sinceramente no representaba ninguna idea ni ningún partido. Así como en 1822 había agasajado a Poinsett y se había levantado en armas contra Iturbide, así como en 1828 había vuelto a servir a los yorquinos y se había pronunciado contra la elección de Gómez Pedraza, y así como en 1833 había formado un gobierno masónico con Gómez Farías en la vicepresidencia, Santa Anna pulsó en 1834 que las Logias seguían perdiendo terreno (después del traspiés que dieron con Guerrero) y convenencieramente dio marcha atrás en su gobierno. Suavizó las disposiciones anticatólicas de Gómez Farías, pidió préstamos a la Iglesia para equilibrar el presupuesto y no se opuso a que ascendieran como sucesores suyos en la Presidencia el general Miguel Barragán y José Justo Corro, que no eran gente de la Logia.

Bajo los interinatos de Barragán y Corro hubo un principio de esfuerzo reconstructor; llegó a pensarse que era posible cesar la lucha interna y buscar el bien nacional. El economista e industrial Esteban de Antuñano, de Puebla, publicó "Regeneración Industrial de México" (1837) abogando por que se montara industria pesada, constructora de máquinas; decía que de seguir importándola nos quedaríamos muy atrás de los demás países y ponía como ejemplo positivo a la Gran Bretaña. En esa época el Banco de Avío —creado por Alamán— importaba máquinas para fundar nuevas industrias y para mejorar la agricultura. La industria textil iba modernizándose.

(1837)

En esos días fue derogada la Constitución federal que regía desde 1824 y se juró una nueva Constitución (1° de enero de 1837) para establecer la República Central, según la cual los Estados dependían de la metrópoli en lo político y en lo económico.

(La masonería internacional prohijaba el federalismo de amplia autonomía para los Estados porque ella no tenía asegurado el poder y así buscaba debilitar a sus adversarios, pero una vez que logra afianzarse en el mando practica el centralismo con mayor celo que nadie porque así aumenta su fuerza política, aun cuando **de palabra** sigue proclamando el "federalismo" de amplia autonomía política y económica para los Estados).

Con la eliminación de Gómez Farías y con la Constitución de República Central, la causa masónica sufría en México un tercer tropiezo, después del golpe de Guerrero contra Poinsett y de la prominencia conservadora durante el régimen de Bustamante.



Stephen S. Austin proclamó el desmembramiento de México. Pero entonces el gobierno de Gómez Farías se hallaba muy ocupado en su campaña contra la Iglesia (1833) y no prestaba atención a "pequeñeces".

(1835) MINANDO EL TERRENO PARA LA MUTILACION DE MEXICO

En 12 años, de 1824 a 1835, la Presidencia de la República había cambiado de manos dieciséis veces. En promedio cada gobierno duraba nueve meses. Era un constante vaivén, un permanente maremágnum que debilitaba a la nación. La débil capa social con conciencia de nacionalidad había sido diezmada; el capital de españoles y criollos, afín a la nueva nacionalidad mexicana en formación, había sido objeto de hostilidad y de expulsiones; la hacienda pública se hallaba exhausta después de frecuentes saqueos; es decir, ya estaba el país suficientemente desarticulado para la mutilación territorial.

Desde antes de la independencia había habido los primeros síntomas de que Texas corría peligro. En 1801 Felipe Nolan incursionó en esa provincia y fue derrotado y muerto por tropas mexicanas y españolas. En 1819 (tratado Onís-Adams), Estados Unidos reconoció que Texas pertenecía a la Nueva España, pero 4 meses después de firmado el tratado ocurrió una nueva invasión al mando de James Long, quien fue vencido por el teniente coronel Ignacio Pérez y luego muerto por un cadete mexicano en 1822. En esa época estaba permitida la inmigración de colonos que fueran católicos para que se fusionaran con la población mexicana, pero bien pronto el masón Stephen Austin comenzó a burlar tal limitación mediante su amigo Miguel Muldoon, sacerdote irlandés, que extendía ficticias fes de bautismo a los llamados "muldoon catholics", los cuales no iban a fusionarse con los mexicanos sino a formar una cabeza de playa para ulteriores operaciones.(1)

(1) History of the Diocese of Galveston and St. Mary's Cathedral.

En 1833 un grupo de colonos movidos por Stephen F. Austin, proclamó en San Felipe que Texas no debería pertenecer a México, pero entonces el gobierno de Gómez Farías se hallaba muy ocupado en su campaña contra la Iglesia y no prestó atención a este suceso.

El 3 de septiembre de 1835, en la calle de Ursulinas 103, de Nueva Orleans, la masonería de la Junta Anfictiónica acordó "promover y proporcionar que todo el terreno que se llamó en tiempo del Gobierno español, Provincia de Texas y que hoy hace parte del Estado de Coahuila y Texas, sea vendido en precios equitativos, respetando la propiedad de los colonos, del señor Zavala, y demás que tienen allí tierras, al Estado de la Louisiana, o a sus vecinos pudientes, y se erija en Estado Libre".

Al día siguiente hubo un acuerdo más preciso en que se especificó que "el señor Zavala será el director y jefe de los colonos de Texas, a quienes se ministrarán armas, dinero, gente y cuantos auxilios necesiten para defenderse y llamar allí la atención del Gobierno de México, mientras el señor Méjía (el cubano Gran Secretario de la Logia Yorquina de México) ocupa el puerto de Tampico".

Firmaban este documento, número 3, el cubano José Antonio Mejía, Valentín Gómez Farías con carácter de "vicepresidente de México" y 36 hermanos masones más. (1)

La invasión financiada con dinero extranjero y encabezada por el cubano José Antonio Mejía —lugarteniente de Gómez Farías—, partió de Nueva Orleans y logró algunos éxitos iniciales en
(1835) Tampico (noviembre de 1835), pero luego fue derrotada y Mejía se regresó a Estados Unidos. Veintiocho de sus hombres fueron fusilados, incluso dos franceses, y esto fue aprovechado por Francia para presentar después cuantiosas reclamaciones.

Fue en esa época cuando el gobierno conservador del general Miguel Barragán cometió el "delito" de tratar de conservar Texas y pese a la penuria imperante orgnizó ejércitos para enviarlos al Norte. Los colonos extranjeros de Texas se declararon en franca rebeldía contra el sistema "centralista" que se organizaba en México y alegaban que según el "federalismo", del cual eran tan partidarios como Poinsett, aquella provincia podía separarse de México en el momento que quisiera. En la asamblea que 57 individuos efectuaron el 2 de
(1836) marzo de 1836 en New Washington, Brazoria, se acordó tal separación y fue nombrado presidente de Texas Samuel

(1) Los tres largos documentos de esas sesiones figuran en la Gran Logia de Louisiana. Fueron publicados en México en 1835, luego en Puebla y nuevamente reproducidos en México en 1878, sin que en ninguna de esas fechas la masonería intentara refutarlos, pues se habían visto ya ampliamente confirmados con hechos.



Gral. Vicente Filisola.— La columna del general Urrea iba triunfando en San Patricio, en Goliat cerca de Reunión y en el puerto de Cópano. Pese a la derrota de Santa Anna en el río San Jacinto, la campaña no estaba perdida. Pero el general Filisola faltó a su deber y obedeció órdenes del prisionero Santa Anna para replegarse.

Houston y vicepresidente el venerable hermano Lorenzo de Zavala, prototipo del antimexicano.

Y vino luego la desastrosa campaña...

La columna del general mexicano Urrea triunfa en San Patricio, en Goliat, cerca de Reunión y en el puerto de Cópano. La de Santa Anna (compuesta de dos mil hombres), avanza hasta El Alamo y luego está a punto de vencer a Houston, pero Santa Anna acampa en la desembocadura del río San Jacinto y se acuesta a dormir. Houston contraataca sorpresivamente (21 de abril) y en 15 minutos causa 828 bajas y hace 730 prisioneros. Santa Anna es capturado, le escribe al Presidente Jackson como "SU MUY ADICTO Y OBEDIENTE SERVIDOR" y le "ordena" al general Filisola que no continúe la campaña.

Filisola lleva una fuerte columna de 4,000 hombres y mansamente se repliega hasta el sur del río Colorado. Como viejo militar sabía perfectamente bien que no podía atender órdenes de un prisionero, pero... ¿como masón cuáles eran sus compromisos? Cuando el motín de La Acordada en 1828 ya había traicionado al gobierno, en favor de la Logia y del maestro Lorenzo de Zavala.

Al verse prisionero, Santa Anna dio una voltereta, habló con el Presidente Jackson y se comprometió a trabajar en su favor respecto a Texas —cosa que le valió ser puesto en libertad y devuelto a México en un barco americano—. Por su parte, Filisola había cometido una traición al paralizar la campaña, obedeciendo órdenes del prisionero Santa Anna. Ante esa situación el Gobierno nombró al general José Urrea como jefe del ejército encargado de retener a Texas.

Pero ya para entonces se había perdido la inercia de la campaña y era necesario volver a empezar. Escaseaban los recursos y la moral se hallaba quebrantada. Urrea fue luego sustituído por el general don Nicolás Bravo, quien poco después dimitió porque faltaban armas y dinero.

El erario, la industria, el comercio y la agricultura se hallaban casi en la ruina por tantos años de desorden. Y entonces el ejército volvió a caer en manos de Vicente Filisola. El Presidente era José Justo Corro, que se hallaba en un callejón sin salida y carecía de capacidades para afrontar la difícil situación derivada de muchos años de intriga internacional. Corro fue sucedido por Anastasio Bustamante, que recibió la brasa ardiendo el 17 de abril de 1836 y pretendió un imposible equilibrio entre masones y no masones. Bien pronto se pronunció en contra suya el coronel Ramón Ugarte, en San Luis Potosí, con el manoseado estribillo de la Constitución Federal, como si en ese momento de peligro para la integridad del país interesara realmente discutir si era mejor la Constitución Central, herencia iturbidista, o la Federal, que era consigna de Poinsett.

Las goletas americanas "Champion" y "Luisiana" llevaban auxilio a Matamoros para los nuevos rebeldes federalistas, quienes eran de gran utilidad para debilitar a México. Y siete meses más tarde (20 de noviembre de 1836) hubo otro levantamiento en Acámbaro, de Manuel Vélez, y luego de Mariano Pérez en Huetamo, de Francisco Durán en Tiripetío, de Fist en Puebla y de Urrea en Sonora, todos ellos muy amantes de la Constitución Federal, aunque no de la lucha por Texas, que en esa forma seguían paralizando. Hasta llegó a hablarse de independizar a Sonora. Aquellos federalistas, yorquinos y "puros", y ciertos liberales del nuevo rito mexicano eran miembros de la misma familia, todos alentados y ayudados desde la Gran Logia de Nueva Orleans o de Charleston.

(1838) Y en 1838 —simultáneamente con la crisis por Texas— sobrevino la invasión francesa de Veracruz (1838-1839). El gobierno liberal-masónico de Francia reclamaba a México daños por seiscientos mil pesos, y entre ellos incluía lo que llamaba "la carnicería de Tampico", donde en 1835 fueron fusilados dos franceses que como mercenarios formaban parte de la invasión extranjera que llegó procedente de Nueva Orleans, dirigida por el cubano José Antonio Mejía, para derribar al gobierno mexicano. Es decir, teníamos que pagar por habernos defendido de una agresión, y a nuestra defensa se le llamaba "carnicería". El régimen francés también nos reclamaba indemnizaciones por los perjuicios causados a franceses en El Parián (nueve años antes) durante el motín provocado por Lorenzo de Zavala.

Con el pretexto de esas demandas, una flota francesa de 22 barcos y 4,103 hombres atacó a Veracruz (27 de noviembre de 1838). Debido a



Valentín Gómez Farías ordenaba a los federalistas que abrieran nuevos frentes al gobierno mexicano en lucha contra la invasión francesa, y que dieran "admisión benévola" en Tampico a los invasores, todo porque el gobierno del Presidente Bustamante no atendía ciertas consignas internacionales. Gómez Farías tomaba inspiración de Filadelfia.

nuestras luchas internas el puerto no había sido reforzado y sólo contaba con los viejos cañones que heredamos de España. Santa Anna aprovechó la oportunidad para reaparecer en la vida pública: durante una escaramuza le estalló un cañón de sus propias filas, perdió una pierna y se presentó como héroe.

En ese crítico momento no funcionó la Doctrina Monroe que el gobierno de la Casa Blanca había proclamado 17 años antes para impedir que cualquier Estado europeo tocara a un país de América. Por el contrario, de Nueva Orleans siguió enviándose ayuda a la facción que en plena lucha internacional atizaba la lucha intestina en México. Valentín Gómez Farías ordenaba a los federalistas que le abrieran nuevos frentes al gobierno mexicano en lucha conta la invasión francesa, y que dieran **"admisión benévola"** en Tampico a los barcos del invasor, los cuales pudieron abastecerse ahí de agua y víveres. Todo esto —en gran parte— porque el gobierno de México se hallaba en manos de Bustamante, que desde 1830 había mostrado frialdad a su antigua filiación yorquina y derivado hacia la colaboración con liberales no masones y con católicos.

En pleno conflicto con Texas y con los franceses, Longinos Montenegro proclamó la Constitución Federal el 7 de octubre (1838), como si en ese momento de desgracia nacional lo más importante fuera obedecer las consignas de Poinsett. El coronel Gordiano Guzmán se rebeló en Michoacán; el general José Urrea en Sonora, Sinaloa y Durango, y hubo otros brotes en Aguascalientes, Oaxaca, Veracruz, Puebla, Yucatán, Campeche y Tabasco. Todas las logias se hallaban en pie de lucha. En la metrópoli ocurrió un motín, la Tesorería fue saqueada, incluyendo

las aportaciones particulares destinadas a la recuperación de Texas, y el Presidente Bustamante estuvo temporalmente secuestrado.

La nación era acosada desde el exterior y desde el interior.

El general Plácido Vega llegó a hablar en Mazatlán de la conveniencia de formar una confederación de los Estados Unidos del
(1839) Norte con territorios de Sonora y Sinaloa (1839), y en Jalisco hubo sondeos para constituir una República de la Sierra Madre, desmembrando a México.

En tan caóticas circunstancias México estaba imposibilitado para rechazar la invasión francesa y tuvo que sufrir los daños del ataque —cinco millones de pesos— y además pagar una indemnización de seiscientos mil, lo cual agravaba su ya difícil situación económica. Se fueron los franceses, pero continuó la lucha interna. José Antonio Mejía (el cubano agente de Poinsett y secretario de la Gran Logia Yorquina) fue capturado y fusilado (mayo 1839). Como el venerable gran maestro Lorenzo de Zavala había fallecido en su finca rústica "Zavala's Point", en Texas (1836), el maestro Valentín Gómez Farías quedó como cabeza visible de los movimientos subversivos en Oaxaca, Puebla, Tamaulipas, Coahuila, San Luis Potosí y Jalisco, que
(1840) en 1840 fueron complementados con desórdenes en la capital. Gómez Farías fue a Filadelfia a tratar la situación de México y en el gran salón del Gran Oriente de aquella ciudad americana firmó un plan para restablecer el sistema federal y reimplantar la Constitución de 1824, reformada. El documento fue fechado en el año masónico-judío de 5,601 y firmado con los seudónimos de Washington, Zorobabel, Dragón y Edol. (Zorobabel es el nombre griego del personaje hebreo Zerubbabel, que en la época de Ciro fue reconstructor del templo de Salomón).

El bando federalista (cuya espina dorsal eran los yorquinos y los del nuevo rito "mexicano" venido de Nueva Orleans) tenía "hermanos" en el gobierno de Yucatán, donde Lorenzo de Zavala había introducido el yorquismo, y esos "hermanos" declararon (febrero 18 de 1840) que Yucatán se separaba de México mientras no se volviera al sistema federal. En ese entonces Yucatán abarcaba también lo que ahora es Campeche y Quintana Roo. Esta primera separación duró casi 4 años.

Gómez Farías ya había bendecido en Nueva Orleans la separación de Yucatán y fue a dar aliento a los separatistas, a la vez que por conducto del coronel Peraza arregló que en el puerto de Sisal recibieran armas y municiones de Estados Unidos. El gobierno del centro envió costosas expediciones militares para batir a los conjurados, pero todas ellas tenían muy lejanas sus bases de abastecimiento, chocaron con un enemigo bien pertrechado y fracasaron. El primero de
(1841) octubre de 1841 se proclamó la "independencia" de Yucatán, a la usanza texana, y el Estado tomó el nombre de "Yucatán de Zavala", por el venerable hermano don Lorenzo.

En este pronunciamiento de Yucatán (iniciado en mayo de 1839) se agitó a los indios contra los blancos y se provocaron bárbaros asaltos. Se difundió la demagógica cizaña (lo mismo que en Coahuila en 1841) de que los indios eran los verdaderos dueños del país y de que debían acometer contra los blancos. La situación de los indios no había tenido ningún cambio desfavorable en los últimos años y si se les azuzaba contra el régimen de Bustamante no era por amor a los indígenas, sino simplemente para utilizarlos contra un gobierno que no se hallaba bajo el control internacional.

Y todo eso ocurría en momentos en que la Nación estaba siendo mutilada en la frontera Norte. La discordia sembrada desde que se fraguó el derrocamiento de Iturbide y se alineó a un grupo de mexicanos en el movimiento internacional masónico seguía fructificando; la fuerza de las primeras discordias generaba nuevas. La inseguridad política paralizaba muchas actividades y la miseria iba en aumento. En esas caóticas circunstancias Santa Anna volvió a otear que había una oportunidad para él si cambiaba de bando y comenzó a hacer sospechosos movimientos de tropas hacia Perote. El general Valencia se había rebelado en la Ciudadela. El Presidente Bustamante se vio abrumado de problemas y según dice el padre jesuita Mariano Cuevas, Santa Anna se valió "de la debilidad senil y doliente del pobre arzobispo de México, Posada y Garduño" para que por su mediación Bustamante le entregara el poder, cosa que ocurrió el 6 de oc-
(1841) tubre (1841). Prácticamente fue una capitulación. Ese día se celebró el Plan de la Estanzuela y se restableció la Constitución federal. Los sectores no masónicos (centralistas) se sintieron defraudados y hubo levantamientos en Jalisco, Guanajuato, San Luis y Aguascalientes.

Santa Anna entró en la capital (8 de octubre) y formó su gabinete con Pedraza, masón rehabilitado; con Francisco García, de la confianza de Gómez Farías, y con otros adictos a la logia. La producción minera y agrícola se había desplomado, surgió mucha moneda de cobre falsificada, los precios subieron vertiginosamente, había pánico y los latrocinios iban en aumento.

Hubo luego elecciones de legisladores, y como las logias eran las únicas que estaban políticamente organizadas para los comicios, lograron ganar la mayoría de las curules. El nuevo congreso se preocupaba en particular por las reformas contra la Iglesia.

En el mismo año de 1841 (junio) ocurrieron invasiones extranjeras sobre Nuevo México y sorprendentemente fueron derrotadas. La vitalidad del país era asombrosa pese a las traiciones, el bandidaje y la desunión. Al año siguiente el comodoro Jones atacó y ocupó temporal-

mente el puerto de Monterrey, California, lo cual reveló que llegaban hasta allá las ambiciones extranjeras que ya eran claramente visibles en Texas.

En medio de tanto desorden, incertidumbre y miseria, los habitantes del distrito de Soconusco llevaban ya un año insistiendo en que querían pertenecer a México. Sus principales poblaciones eran Escuintla y Tapachula. Se habían separado de Centroamérica como consecuencia de que ésta quedó dividida en cinco países. Por fin, en agosto (1842) cuatrocientos soldados mexicanos acudieron al Soconusco a dar garantías y en septiembre se formalizó la anexión ante el Congreso. El Soconusco quedó formando parte del extremo sureste de Chiapas.

(1842)

Otra de las pocas buenas cosas ocurridas durante la administración santanista fue el decreto (octubre 26 de 1842) que establecía que **la instrucción primaria debería ser obligatoria y gratuita,** cosa que generalmente se considera una innovación de fecha más reciente.

Por otra parte, México protestaba por la ayuda que los invasores de Texas recibían de Norteamérica, pero la ayuda seguía fluyendo, en armas y dinero, del Missouri, del Illinois y de Arkansas. Santa Anna trataba de exprimir recursos económicos de todos los sectores para enviar más tropas a Texas, pero por una parte la nación se hallaba exhausta y por la otra se desconfiaba de Santa Anna, que ya antes había fracasado en San Jacinto y traicionado a México desde el cautiverio. Tres veces el Congreso le negó facultades extraordinarias a Santa Anna para arbitrarse fondos y éste se disgustó y se fue a su hacienda (octubre de 1843). Dejó en su lugar al general Valentín Canalizo, pero 8 meses después regresó a tomar el Poder, ¡por octava vez!

(1843)

Apremiaba entonces obtener fondos para organizar tropas que dominaran en Texas a los extranjeros rebeldes, pero Santa Anna se fue a Puebla porque había fallecido su esposa y le entregó la Presidencia al general Canalizo, para que luego éste se la pasara provisionalmente al general Herrera. Cuarenta días después Santa Anna regresaba al Palacio Nacional y celebraba fastuosamente sus segundas nupcias.

Ante la indiferencia de Santa Anna por los graves problemas nacionales, el general Mariano Paredes y Arrillaga se sublevó contra él en Jalisco el 30 de octubre, y fue secundado en Puebla. Mientras Santa Anna salía a combatir esas rebeliones llevando consigo un ejército de 14,000 hombres —que era el mejor que tenía el país y que Santa Anna retenía cerca de él en vez de enviarlo al norte amenazado—, estalló en la capital un movimiento incruento (diciembre 5) que derrocó al régimen santanista. Una multitud alborozada exhumó de elegante urna la pierna que Santa Anna había perdido en Veracruz y la arrastró por las calles.

El general José Joaquín Herrera subió a la Presidencia mientras Santa Anna trataba de capturar Puebla y era derrotado por el general Paredes, después de lo cual se le desterró a Cuba (junio de 1845). Herrera era un hombre honrado, dispuesto a servir a México y no a la Logia, aunque quizá sin la energía implacable que aquella turbulenta crisis requería. En tan grave situación soñó con formar un gobierno de coalición y llamó a gente de diversos matices, pero lo único que consiguió fue infiltrar su gobierno de enemigos, como el general Rangel, que alentado por el maestro Gómez Farías declaró un levantamiento al grito de "Federación y Santa Anna".

(1845)

En tanto que ese brote era sofocado, la situación en el norte del país se empeoraba. Varios enviados americanos vinieron a pulsar la situación. Mr. Parrot quiso lograr una capitulación mediante dinero, pero Herrera lo rechazó. Mr. Slidell vio que el país se hallaba profundamente debilitado y decía en un informe: "En cuanto al pueblo, en la propia acepción de esta palabra, no existe en México; las masas son enteramente indiferentes a todas las revoluciones que se hacen, y se someten con la indiferencia más estúpida a cualquier amo que se les imponga". (1)

En ese entonces era presidente de Estados Unidos James Polk y según abundantes pruebas indiciales —a las que la historia recurre con más frecuencia que la disciplina jurídica— las fuerzas internacionales le aconsejaron que era el momento de dar el golpe contra México, pues entonces querían aumentar la fuerza de su base en Norteamérica, no para beneficiar al pueblo americano, sino con objeto de disponer de un instrumento más vigoroso para sus planes mundiales. (2)

Polk rompió relaciones con México y ordenó al general Taylor hacer preparativos de campaña. En una declaración inaudita del senador John Slidell se decía: "No presentan en tan poco tiempo los anales de ninguna nación civilizada, tantos ataques atrevidos a los derechos y propiedades, como los que han sufrido los ciudadanos de los Estados Unidos, de parte de las autoridades mexicanas".

Un poderoso ejército americano al mando del general Taylor acampaba amenazadoramente en Corpus Christi, a las puertas de la frontera mexicana... Ante la nueva crisis el Presidente Herrera pedía autorización al Congreso a fin de reforzar el ejército, pero el Congreso se hallaba controlado por masones que veían con malos ojos al católico Presidente Herrera y varias veces se negaron a autorizarle los gastos.

(1) Diplomatic Correspondence of the United States. Por William R. Manning.

(2) Ese ciclo de fortificar la base de Norteamérica terminó en 1932, con Roosevelt. Varias veces se ha visto que el movimiento político-hebreo comienza a minar a una nación y a ayudar a otra cuando así conviene á sus planes.

Entonces el general Mariano Paredes se rebeló (diciembre 14 de 1845) en San Luis Potosí, proclamando que el Gobierno de Herrera era débil para afrontar la grave emergencia nacional. No sin bastante dosis de razón se quejaba Paredes de que había pedido facultades especiales para disciplinar y equipar al ejército y se las habían negado por un rigorismo legalista fuera de lugar. El mismo Gómez Farías, como si quisiera que todo el país ardiera por dentro, alentó la nueva insurrección de Paredes, aunque era enemigo de éste y de su política. Cuando un grupo de "hermanos" no es suficientemente fuerte para imponerse, alienta la lucha en el bando contrario para luego pescar en el río revuelto.

El general Gabriel Valencia secundó a Paredes, en la Ciudadela, y el Presidente Herrera entregó el Poder. Paredes entró en la capital el 2 de enero de 1846 y tomó el mando. La situación de las tropas mexicanas era desastrosa, casi sin comida y con escasos elementos de guerra y hubo un tardío esfuerzo por remediar estas fallas y afrontar el peligro que se agigantaba en el Norte.

(1846)

El Presidente Polk acababa de firmar cuatro días antes la anexión de Texas. . . El momento no podía ser ya más favorable para los planes que 40 años antes se habían urdido sucesivamente en la logia de Charleston y la de Nueva Orleans. . . NUEVE AÑOS desde que Santa Anna, prisionero, había paralizado a las tropas mexicanas que iban a sofocar la insurrección de los colonos extranjeros en Texas. Y estos NUEVE AÑOS los habíamos perdido, ignominiosamente, mientras un grupo minoritario se prestaba a la conspiración internacional para controlar la política de México, frente a otra minoría mexicana que hacía esfuerzos para sacudir esa tutela.

Y mientras Paredes hacía desesperados esfuerzos de movilización militar —y tropezaba con la indiferencia de una gran masa de pre-mexicanos que ni siquiera sabían qué significaba la palabra "Texas"— la escuadra yanqui bloqueaba San Francisco y otros puertos mexicanos del Pacífico. A la vez, las fuerzas de Taylor partían de Corpus Christi (marzo 8 de 1846) y penetraban hasta las cercanías de Matamoros, al norte del río Bravo, en territorio que ya ni siquiera era de Texas, sino de Tamaulipas.

La guerra había empezado. . .

A propósito de esto el general norteamericano Ulises Grant escribió en sus "Memorias": "Considero la guerra de los Estados Unidos contra México como una de las más injustas. . . y aunque la admisión de Texas pudiese justificarse, la manera con que la guerra subsiguiente fue llevada contra México no puede serlo".

En la ciudad de México se enardecieron los ánimos al saberse que el territorio nacional estaba siendo invadido y hubo un esfuerzo popular

por organizar la defensa, en tanto que los liberales extremistas —que eran los sucesores del yorquismo y del Partido Americano de Poinsett— acrecentaban la sorda lucha alegando que el Presidente Paredes era del bando conservador, no del federalismo masónico, y que no debería gobernar.

Yucatán —que se había reincorporado a México en diciembre de 1843— volvió a separarse en 1846 porque no se habían respetado sus condiciones de "federalismo". Y a la vez el gobierno de Campeche era alentado por el venerable maestro Gómez Farías y se declaraba neutral ante la guerra con Estados Unidos. Recién iniciada la lucha armada en la frontera norte, el general Juan Alvarez (que era muy adicto a la Logia) se rebeló en Acapulco (abril 16) y se apoderó de los pertrechos que iban a salir por ese puerto para defender a la Alta California de la insurrección de John C. Fremont y del ataque extranjero. El general Alvarez impidió asimismo que las tropas del general Iniestra salieran a reforzar aquella apartada región, en tanto que el coronel José María Yáñez se rebeló en Guadalajara (mayo 20) y distrajo tropas que deberían marchar a combatir contra las fuerzas de Taylor.

Las fuerzas empeñadas en la defensa e integridad de México eran acometidas **desde fuera y desde dentro,** en una multiplicidad de frentes.

PESE A TANTA DESVENTURA NO TODO ESTABA PERDIDO

Mientras en la retaguardia la nación era apuñalada por la espalda, un ejército mexicano de 5,000 hombres trataba de defender la frontera septentrional. Pese a tanta desventura, el espíritu nacional emergía entre los indiferentes y los traidores y en un esfuerzo supremo luchaba por su existencia. Dentro del desquiciamiento económico, político y espiritual, fue un milagro que el sentido de nacionalidad lograra imponerse a última hora. Lo más probable y lo menos sorprendente, dadas las circunstancias acumuladas en 25 años de desorden, hubiera sido que ocurriera una total capitulación.

Sacando fuerzas de flaqueza, México comenzó a erguirse en el último instante ante el peligro.

Los recursos del atacante eran indudablemente mayores, aunque no tan abrumadoramente superiores como a partir de entonces lo empezaron a ser. El margen de superioridad de disciplina, armas y abastecimiento de las tropas de Taylor no era en 1846 tan aplastante como los recursos actuales pudieran hacernos suponer.

(1846)

Por eso el golpe se había pospuesto tantas veces y por eso se había buscado durante tantos años el debilitamiento interno de México. La facción política que a espaldas del pueblo norteamericano buscaba hegemonía en Iberoamérica no las tenía todas consigo. Una gran masa

del pueblo americano, trabajadora y pacífica, quería prosperar, pero no creía que para lograrlo fuera indispensable recurrir a la violencia.

Debido a esas circunstancias fue necesario malinformar y engañar a la opinión pública; Polk no se atrevió a decirle la verdad y en su mensaje (mayo 11 de 1846) tuvo que invertir los hechos y afirmar que "México ha pasado los límites de los Estados Unidos, ha invadido nuestro territorio y ha derramado sangre americana en suelo americano". Pidió que se declarara la guerra a México después de haberla iniciado él mismo con la invasión.

Propiamente dicho el pueblo norteamericano no propició ni inició esa guerra y jamás hubo en él animosidades u odios contra México. Los rasgos imperialistas, despóticos, plutocráticos, que de tiempo en tiempo imponen cauces a la política internacional de Norteamérica, han sido siempre la obra oculta de una facción audaz, adueñada de los resortes de la publicidad y de la política mediante los lazos secretos del Sanhedrín, que acababa de ser reforzado por la Bene Berith, y de sus profusas redes masónicas.

La guerra contra México era impopular en Norteamérica. Hay muchas huellas de esa oposición, pese a la consigna de borrarlas. Hubo personajes que anduvieron colectando firmas de protesta, hubo periódicos que reflejaban esa oposición y hubo valerosos discursos en la tribuna del Congreso. Los senadores Benton y Silas Wright votaron contra el Tratado de Anexión de Texas firmado por el Presidente Taylor en 1845. Benton fue más lejos, interpretando a una vasta corriente de opinión, y dijo: "Me lavo las manos de todos los intentos de

> desmembrar la República Mexicana apoderándose de sus dominios en Nuevo México, Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas. El tratado en todo lo que se refiere a la frontera del Río Grande es para México un ultraje sin paralelo. Es la captura de doscientas mil millas de su territorio sin darle una palabra de explicación y en virtud de un tratado con Texas en el que México no es parte".

Eran tales las circunstancias internas de Norteamérica, al romperse las hostilidades en 1846, que una resuelta y firme resistencia mexicana, aun sin llegar a la victoria armada, podía haber hecho materializar en la opinión pública estadunidense la idea de frenar el golpe. Las fuerzas expansivas hubieran tenido que limitar sus ganancias.

Por eso era útil la contienda; por eso era patriótico para México ir al sacrificio del combate. No precisamente para vencer al enemigo superior, sino para retardar y hacer tan costoso su avance que tuviera que prescindir de algunas de sus metas.

Las fuerzas hostiles exteriores no eran tan abrumadoramente dañinas para México como nuestras debilidades internas. Y así lo evidenció luego el desarrollo de las operaciones militares.

El ejército mexicano del Noreste estaba bastante bien organizado



General Mariano Arista, jefe del ejército mexicano ante la invasión extranjera, se dedicó a cortejar a su adversario con cartitas de fraternidad secreta, y el resultado fue que le destrozaron su ejército. Hubo el rumor de que Arista era traidor, pero años después se le consagró como héroe.

y equipado, lo suficiente para hacer un papel airoso. Cruzó el Río Bravo, en Matamoros, y se situó ante las tropas del general Taylor. El 24 de abril (1846) el general Mariano Arista se hizo cargo de ese ejército y tomando muy en serio lo de la hermandad masónica, en momentos en que esto ya debía haberse tirado por la borda, le dirigió una carta al general Taylor diciéndole que "siempre entrará en mis

> actos, justificación, amor a la humanidad y demás circunstancias que hacen en los siglos presentes las guerras menos bárbaras y en nada semejantes a las de la edad media. . . Tengo el gusto de ofrecerme a usted con tal motivo, como su más atento servidor".

Taylor contestó esa palabrería con fuego, en el llano de Palo Alto (mayo 8) y Arista no hizo frente con todas sus fuerzas, alegando que el ataque no era una ofensiva formal sino una finta; pero sí resultó ser el ataque formal y al costo de sólo 11 muertos Taylor causó 252 bajas, hendió las líneas mexicanas, ocasionó una conmoción de sorpresa y Arista tuvo que replegarse a Resaca de Guerrero, donde luego perdió su artillería mal parada y continuó el repliegue a través del Río Bravo (con la pérdida de muchos hombres ahogados). Al siguiente día abandonó Matamoros, cundió la desmoralización y con más de mil bajas el ejército mexicano se fragmentó en un profundo repliegue hasta Linares y Monterrey.

En el momento crítico del ataque de Taylor, el general Mariano Arista se hallaba en una tienda de campaña y ni por curiosidad se asomó al campo de batalla a ver si la embestida era o no una acción formal. Fueron tan graves sus fallas que en esos días se extendió por todos lados la versión de que Arista había traicionado a sus soldados;



El general Taylor contestó con fuego la palabrería de su "hermano" Mariano Arista, y lo derrotó en Palo Alto y más tarde en Resaca de Guerrero. Luego lo hizo abandonar Matamoros y replegarse en desorden hacia Linares y Monterrey.

algunos afirman que sólo fue un inepto. Pero es un hecho que la masonería política lo consagró como héroe y puso su nombre en calles de todas las ciudades del país. (1)

Para colmo, en ese mismo año (1846) continuaba la rebelión de los "liberales" en Guadalajara y Sinaloa, contra el Presidente Paredes. El coronel Rafael Téllez se apoderó de Mazatlán invocando a Santa Anna y al federalismo y recibió cordialmente a los marinos de la corbeta norteamericana "Lawarren", en un acto de pública traición. Los de las logias de Guadalajara pedían que volviera a regir la consabida Constitución federalista y el Presidente Paredes accedió a ello para no distraer tropas de las destinadas a combatir la invasión. Paredes pretendía que mientras durara la guerra extranjera no hubiera partidos políticos y en un esfuerzo en favor de la unidad aceptó la Constitución federalista, que le repugnaba, y mandó cerrar el periódico antimasón "El Tiempo".

Pero la actitud conciliadora del Presidente Paredes no aplacó al grupo masónico. El general Juan Alvarez —que había frustrado en Acapulco la salida de tropas mexicanas para reforzar la Alta California— estuvo luego recibiendo pertrechos, nada menos que de Norteamérica, para continuar su movimiento subversivo contra el Presidente Paredes. También en Veracruz y en Oaxaca hubo brotes rebeldes, y finalmente, el 4 de agosto, estalló un levantamiento en la capital,

(1) Mr. Chism dice en su "Historia Masónica" que: "durante la guerra americana hubo varias ocasiones en que se cambiaron algunas cortesías fraternales entre los masones mexicanos y los hermanos del ejército invasor. . . Por el uso oportuno de algún signo conocido —agrega Chism— los horrores de la guerra fueron un tanto mitigados".



El Presidente y General Mariano Paredes pidió que mientras se combatía contra la invasión no hubiera lucha interna entre federalistas y centralistas. Hizo concesiones a los primeros, para aplacarlos, pero no lo consiguió y fue derrocado por Gómez Farías. El superávit que había logrado Paredes se esfumó. Y Gómez Farías pasó el poder a Santa Anna. . .

encabezado por el venerable maestro Valentín Gómez Farías y por el general Mariano Salas. El Presidente Paredes fue traicionado, capturado y desterrado. Los revoltosos tuvieron una semana de presidente a don Nicolás Bravo, para escudarse en su prestigio, y luego subió al poder el propio general Salas. Como caso insólito en las finanzas gubernamentales, Paredes dejó setecientos mil pesos en caja, que inmediatamente volaron. Superávit semejante sólo se había visto en el régimen de Bustamante. (1)

Mariano Salas, como nuevo Presidente, nombró Secretario Universal a Gómez Farías, que representaba la voz de la Logia, y permitió que regresara al país el ínclito Santa Anna, que estaba desterrado en Cuba.

En plena guerra entre México y Estados Unidos, el almirante americano Alex Slidell Mackenzie acababa de entrevistarse en la capital de Cuba con Santa Anna y le había dicho que México lo necesitaba para sacudirse el régimen "despótico" de Paredes. A la vez le dio seguridades de que la flota yanqui que bloqueaba Veracruz le permitiría el paso. Santa Anna aceptó el "filantrópico" ofrecimiento y se embarcó. El comodoro David Conner, de vigilancia en el Golfo de

(1) Varios historiadores acusan a Paredes de haberse sublevado en San Luis, en 1845, en vísperas de las hostilidades con Estados Unidos, pero en cambio reverencian a Juan Alvarez y a Gómez Farías, que se rebelaron en 1846, *ya en plena guerra extranjera* y cuando el país se hallaba más comprometido. Pero sucede que Paredes no sirvió a la Logia y los otros dos sí.

México, tenía instrucciones de dejarlo pasar y Santa Anna desembarcó sano y salvo en Veracruz el 12 de septiembre de 1846. (1)

Gómez Farías salió al Peñón a darle la bienvenida y luego ambos hicieron su entrada triunfal en la capital. En ese momento Santa Anna era teatral caudillo del sector masónico-liberal, aunque en lo personal carecía de ideología; llevaba en su carruaje un cuadro que semejaba un libro con el título de "Constitución de 1824", o sea la que impuso la masonería internacional después de haber derribado a Iturbide. Y para ocultar todo el teje y maneje secreto a los ojos de la masa del pueblo, hubo un Te Deum en la Catedral con asistencia de Santa Anna. El Ayuntamiento de la capital expidió un manifiesto exhortando al pueblo a festejar el regreso del "héroe". "¿No es para nosotros —decía— el más grande de los acontecimientos el recobro de nuestros derechos y el triunfo del principio democrático y de la libertad?" (Las logias siempre se han empeñado en hacer creer que un país es libre mientras se someta a las ocultas manipulaciones internacionales, y que es esclavo de usurpadores, de déspotas o de dictadores en cuanto un gobierno nacionalista se sacude esa tutela).

Y mientras la capital festejaba el ascenso de Salas, de Gómez Farías y de Santa Anna, y en pocas semanas se esfumaban los 700,000 pesos dejados por Paredes, las tropas mexicanas del Norte se hallaban miserablemente abandonadas ante el acoso extranjero.

Para acentuar la tragedia que asfixiaba al país por todos lados, los gobernantes de Yucatán se declaraban neutrales en la contienda y enviaban a José Rovira a Washington para que personalmente hiciera patente que aquel Estado no se solidarizaba con la Nación. Rovira desempeñó muy bien su papel porque hasta era partidario de que Yucatán formara parte de Norteamérica. (2)

Entretanto, en el frente de la invasión norteamericana, los soldados mexicanos se denominaban "bocas de palo" porque casi habían perdido la costumbre de comer. El general Francisco Mejía, que los había organizado y comandado en los últimos meses, fue retirado por Santa Anna y sustituído por el general Pedro Ampudia, conocido como buitre en la ciudad y tórtola en el campo de batalla.

El 19 de octubre (1846) principió la batalla de Monterrey, entre los 5,000 hombres de Ampudia (algunos suman las fuerzas irregulares y hacen ascender la cantidad a diez mil) y los 6,000 americanos de Taylor. Los mexicanos perdieron el Pico del Obispado y esto inclinó la batalla en favor del invasor. El general Ampudia dejó su cuartel general cuando estalló cerca una bomba, y fue a guarecerse a Catedral,

(1) "El Heraldo" de Nueva York decía que Santa Anna tenía un pacto secreto para cederle territorio a Estados Unidos, a cambio de que éste le diera apoyo para ser presidente.

(2) "Revoluciones de Yucatán".—Serapio Baqueiro.

en cuyas proximidades estalló otra; entonces mandó tocar parlamento, entabló pláticas, entregó 35 cañones, gran cantidad de municiones y todo Nuevo León. En sus alegatos pretendió justificarse diciendo que hizo tal cosa para salvar parte del ejército.

En esos trágicos momentos la ciudad de México se entretenía con la farsa de las elecciones; el cacareo de una democracia prefabricada despilfarraba energías que debían concentrarse en la defensa de la nación. Como era de esperarse Santa Anna resultó Presidente y Gómez Farías vicepresidente, por obra de los "puros", que eran los herederos de los yorquinos no disidentes. Como Santa Anna se fue a dirigir la campaña militar, Gómez Farías quedó de Presidente.

Santa Anna preparaba en San Luis Potosí un ejército de leva.

Poco después Santa Anna dio una extraña orden al general Parrodi para que abandonara Tampico, que cayó sin combatir en poder de 500 invasores el 10 de noviembre. El general Valencia, de guarnición en Tula, pidió permiso a Santa Anna para atacar al enemigo en Ciudad Victoria, afirmando que había muchas probabilidades de éxito, pero Santa Anna le prohibió avanzar. Valencia alegó que la defensiva sistemática no daría nunca la victoria y entonces fue destituído y enviado a Guanajuato.

En tanto que las batallas se perdían y que las posibilidades de éxito no se explotaban, en la capital de la República el presidente interino Gómez Farías suspendía los envíos de dinero a las tropas del Norte porque la preparación de las "democráticas" elecciones requería muchos gastos. El Congreso volvió a llenarse de hermanos masones, cuya principal preocupación no era combatir a los invasores, sino a la Iglesia y a los conservadores. En una carta del 29 de octubre Gómez Farías le decía a Crescencio Rejón: "...ahora lograremos hacer triunfar nuestra causa. Según las noticias que tengo de mi encubierto corresponsal, es muy difícil que el general Cojera (Santa Anna) pueda más con su cobarde ejército que Taylor con su estrategia, bizarría y conocimientos. Este sujeto tiene dinero, está de acuerdo conmigo, y tenga usted segura la derrota del cojo". (1)

De Santa Anna no se sabe nunca cuándo expresaba sus sentimientos y cuándo fingía, pero hasta él llegó a recriminarle a (1847) Gómez Farías (enero 26 de 1847) que "ningún auxilio manda el Gobierno a estas sufridas tropas... Asombrado estoy de semejante conducta del Gobierno, y no sé cómo usted puede acostarse y dormir tranquilo sabiendo que tiene un ejército de más de 20,000 hombres que mantener, y al que más de un

(1) Tal conducta obedecía a los acuerdos tomados en la Logia de Nueva Orleans el 4 de septiembre de 1835.

mes que hace empuñó usted las riendas del Gobierno, no ha mandado ni un solo peso".

En aquella época la voz popular señalaba a Gómez Farías como un tortuoso personaje que había vivido agazapado como miembro de una familia de falsos "conversos", pero cuya sangre e intenciones no eran ni españoles ni mexicanas.

México tenía en ese año 35,000 hombres sobre las armas, 45,000 menos que en vísperas de la independencia, y sus finanzas andaban tan mal por la prolongada lucha interna que no disponía de los $ 35,000.00 diarios que le costaba sostener ese ejército. Gómez Farías le pidió dinero a la Iglesia, pero como a la vez proseguía la lucha contra ella, no se vislumbraba ningún acuerdo.

Entretanto, Santa Anna salió de San Luis con 12,000 soldados pobremente equipados, a hacer frente al general Taylor que con 8,000 hombres había avanzado desde Monterrey y acampado en Agua Nueva. Santa Anna trató de sitiarlo y la maniobra llevaba ciertas probabilidades de éxito, pero un soldado, Francisco Valdés, desertó (no se sabe aconsejado por quién) y fue a dar aviso a Taylor de lo que se le preparaba. La maniobra de flanqueo ya no se pudo realizar porque Taylor se retiró oportunamente a La Angostura, 24 kilómetros al sur de Saltillo.

En La Angostura fue el choque de los dos ejércitos y nuevamente los mexicanos tuvieron un rendimiento que dadas sus circunstancias de pobreza y desorganización no era de esperarse. Lo que les faltaba de elementos lo suplían con estoicismo para afrontar la muerte, y esto desconcertaba al invasor. Los capitanes Luis Gonzaga Osollo y Leonardo Márquez capturaron una altura importante que retuvieron ante las embestidas de los regimientos de Arkansas y Kentucky dirigidos por el coronel Marshall. El 23 de febrero (1847) los mexicanos dieron varias cargas venturosas y los invasores fueron arrollados sucesivamente en tres trincheras y sufrieron más de setecientas bajas. Todo su flanco izquierdo quedó prácticamente deshecho. Al oscurecer, la situación era muy comprometida para Taylor, quien no pudo casi dormir esa noche. Había perdido tres fuertes posiciones y dos banderas, **y comenzaban a percibirse síntomas de cansancio y desmoralización en sus tropas,** cada día más alejadas de sus bases y menos resistentes sicológicamente a los tropiezos. La oficialidad americana era buena. Pero la mayoría de los soldados eran voluntarios alistados por la paga, sin un particular interés en la campaña. El propio general Taylor dijo en su parte de novedades que ese día **"la tropa se hallaba ya exhausta por tantas vigilias y combates".**

Durante el curso de esa noche, en que la derrota se cernía sobre el invasor, ocurrió algo insólito: Santa Anna ordenó la retirada a Agua Nueva y cedió la victoria al enemigo. Al amanecer del día siguiente

los soldados americanos no salían de su asombro. Santa Anna dio luego la excusa, ante las protestas de sus oficiales, de que la tropa estaba cansada; es decir, ¿estaba cansada para consumar la victoria y no para retirarse por desértica zona? Asimismo dijo que le faltaban víveres, los cuales de ninguna manera iba a encontrar en Agua Nueva y por tanto tendría que proseguir el repliegue hasta San Luis Potosí, a través de cuatrocientos kilómetros de desierto.

Ya en plena retirada Santa Anna les preguntó a sus oficiales si consideraban preferible regresar a La Angostura o no, y naturalmente la mayoría contestó que lo menos malo era completar el repliegue ya iniciado que seguir titubeando en un ir y venir que consumiría al ejército.

Y la ruinosa retirada continuó hasta San Luis Potosí con más de 3,000 bajas en el camino, la mayoría por enfermedad y deserciones. En la batalla de La Angostura los muertos fueron 595 y los heridos 1,039. Con la retirada, Santa Anna consumó otra derrota aplastante para México. . . Pero, ¿acaso las fuerzas extranjeras no lo habían traído para eso de Cuba? ¿Y acaso los masones de Gómez Farías no lo habían acogido para eso en México arrojando previamente a Paredes? (1)

UN SEGUNDO FRENTE Y LA APOTEOSIS DE LA TRAICION

Después de esa desastrosa retirada, todo el frente del Norte estaba ya perdido. Nuevo México había sido invadido por las tropas de Kearney, que ocuparon Santa Fe y vencieron a los aislados grupos de entusiastas defensores organizados por don Diego Archuleta y el indígena Tomás Ortiz. La invasión también había penetrado en California, primero disfrazada como expedición científica americana y luego abiertamente en un ataque de la flota que culminó con la captura del puerto de Monterrey y de Santa Bárbara, San Diego y Los Angeles.

California sólo contaba con insignificantes guarniciones y carecía de armas para movilizar voluntarios, pues las que el Presidente Paredes había ordenado enviar por Acapulco las interceptó el general Juan Alvarez, en la rebelión masónica que acaudillaba Gómez Farías. California había quedado totalmente abandonada y aunque la población civil hizo un esfuerzo inaudito de defensa y logró recuperar Los

(1) El diario "The Sunday Chronicle", de San Francisco, dijo el 5 de enero de 1890 que el banquero James Rabb, de Vincens, había revelado que el Presidente Polk le dio al general Taylor 4 millones de dólares, del fondo secreto, para que los usara en caso de apuro, y que el general Taylor se vio perdido en La Angostura a las 3 de la tarde del 23 de febrero de 1847 y le ofreció dinero a Santa Anna, el cual por la noche ordenó la retirada. El repliegue sorprendió a todos, menos a Taylor. . . "El Heraldo" de Nueva York publicó que Santa Anna había celebrado un trato secreto para que sus tropas opusieran débil resistencia.

Angeles en septiembre (1846) lo perdió definitivamente en enero de 1847. (Los Angeles tenía entonces aproximadamente cuatro mil habitantes).

Las fuerzas invasoras del coronel Doniphan arrollaban también a los voluntarios chihuahuenses en Sacramento y se dirigían a ocupar la capital del Estado, casi sin hallar resistencia. En el Norte y en el Noroeste el avance enemigo era profundo y las defensas mexicanas habían sido prácticamente anuladas, pero la campaña no estaba aún decidida y era posible evitar nuevas derrotas. El invasor se hallaba ya muy retirado de sus centros de abastecimiento; su oficialidad era magnífica, pero su tropa se había enrolado por la paga, no alentaba animosidades ideológicas, en un alto porcentaje estaba próxima a terminar su contrato y un descalabro fuerte podía haber producido insospechables resultados.

Pero esas debilidades del atacante no las supimos explotar porque nosotros teníamos otras mayores.

Varios gobernadores —haciendo uso de la amplia autonomía política y económica que el federalismo les concedía— no ayudaban en la lucha internacional. Francisco Modesto Olaguíbel, gobernador del Estado de México, negó su artillería y sus tropas. El futuro benemérito, don Benito Juárez, gobernaba Oaxaca y no enviaba ni soldados ni dinero. Otro futuro héroe, Melchor Ocampo, gobernaba en Michoacán y en vez de ayudar disponía de los impuestos federales. Por obra de los "hermanos" de Lorenzo de Zavala, Yucatán había desconocido su unión con México. **Nuestra escisión era tanto o más dañina que el ataque exterior.**

El Presidente en funciones, Gómez Farías, aprovechaba el río revuelto para sacar adelante su lucha masónica contra la Iglesia y basándose en que se necesitaban fondos para la campaña quería dejar legalmente establecido que podía disponer de los bienes de la Iglesia porque pertenecían al Estado. El clero alegaba que estaba dispuesto a suministrar ayuda, pero sin renunciar al derecho natural de posesión. Esto creó un conflicto de graves consecuencias en el momento mismo en que todas las energías deberían estar unificadas para la defensa nacional. Gómez Farías acusaba a la Iglesia de no querer ayudar en la lucha y ésta contestaba que sí quería ayudar, pero no aceptar la reforma confiscatoria que aquél pretendía deslizar. Cuando Santa Anna derogó la ley confiscatoria de Gómez Farías, la Iglesia fundió plata de los templos y aportó así un millón doscientos mil pesos.

El agente Moses Y. Beach actuaba como espía en México y tenía la misión de provocar desórdenes; fue descubierto y capturado, pero días después quedó en libertad porque había establecido "amistosas

relaciones con el Presidente Valentín Gómez Farías y los más prominentes miembros de su partido", según él mismo escribió.

A la vez Gómez Farías hostigaba al grupo de voluntarios a quienes los liberales llamaban despectivamente los "polkos", porque algunos usaban un peinado de moda llamado "polka". Gómez Farías intentó enviarlos fuera de la capital —pese a que ellos se habían reclutado para defenderla— y esto dio lugar a una serie de motines desde el 26 de febrero hasta el 21 de marzo (1847).

El escritor liberal José Fernando Ramírez afirma que la maniática obstinación de Gómez Farías contra los conservadores (no masones) provocó el levantamiento de los "polkos", cosa en que coincide José María Vigil, también liberal. (1)

Y mientras en la metrópoli se desarrollaba la lucha entre Gómez Farías y los "polkos", y mientras Santa Anna descuartizaba a su propio ejército con la desastrosa retirada de La Angostura, el

(1847) 9 de marzo la flota americana que bloqueaba Veracruz atracó en la isla de Sacrificios y se inició el desembarque cerca de Mocambo. La noticia se conoció en México el día 11, y según el Diario de Mariano Riva Palacio (en el archivo de la biblioteca García, de la Universidad de Texas, folio 28, vuelta) Gómez Farías exclamó alborozado: "Quemen cohetes, repiquen, viva la libertad, esto es concluido".

La fuerza que atacaba a Veracruz constaba de 13 mil hombres al mando del general Winfield Scott y abría un segundo frente porque el del Norte (que llegaba hasta La Angostura) tropezaba con grandes dificultades de abastecimiento. El puerto de Veracruz tenía una guarnición de 4,460 defensores. La demanda de rendición fue rechazada y en la tarde del día 23 la flota americana inició el bombardeo de la ciudad.

Durante cuatro días y cuatro noches la escuadra atacante lanzó un total de 122,000 kilos de granadas, que provocaron varios incendios y dieron muerte a 350 soldados y a 500 civiles mexicanos e hirieron a más de 400.

(1) "México Durante su Guerra con los E. U.".—José Fernando Ramírez.—"La Reforma".—José María Vigil.

Los masones acusaban al clero por esos desórdenes, pero resulta que el director oculto del motín era Manuel Gómez Pedraza, fundador de las logias anfictiónicas, así como los también liberales y anticlericales Guillermo Prieto, Manuel Payno, Lafragua, Comonfort, Vicente García Torres y hasta el general Salas, que había derrocado a Paredes para entronizar a Gómez Farías y que luego apareció entre los "Polkos" afirmando que éste era un obstáculo en la lucha contra los yanquis. Además, también movía el agua el agente judío americano Moisés Beach, disfrazado de comerciante, que venía comisionado por el Secretario de Estado Buchanan para provocar desórdenes en la capital.

En Veracruz no había elementos para rechazar a la flota americana. Y además la moral de muchos de los defensores era mala porque veían la disgregación nacional por todas partes. El mayor de la plaza, coronel Juan de D. Arzumendi, se esfumó al comenzar el fuego; el coronel de artillería Demetrio Chavero se dio de baja y el capitán del puerto, D. J. Lara, desapareció del frente.

El día 24 los cónsules inglés, francés y prusiano pidieron que cesara el fuego para evacuar mujeres y niños, a fin de que la lucha se desarrollara sólo entre soldados, pero el general Scott se negó.

El 27 trataron de reiterar su demanda y el atacante no quiso recibirlos. Fallidos todos los esfuerzos por circunscribir la lucha entre las fuerzas armadas, Veracruz capituló bajo el terror en esa misma fecha.

En esos días Santa Anna había sido llamado a la capital para que pusiera fin a la lucha entre Gómez Farías y los "polkos", después de lo cual dejó de Presidente sustituto al general Pedro María Anaya (abril 1o. de 1847) y entre aspavientos heroicos salió, según dijo, "a lavar la deshonra de Veracruz". Llevaba los restos del ejército cuya victoria había frustrado en La Angostura; eran tropas mal vestidas y peor alimentadas, pero dieron nuevamente un ejemplo de reciedumbre en medio de tanta traición y desventura. A 33 kilómetros de Jalapa, en el cerro del Telégrafo, estas tropas se lanzaron al asalto de la división americana del general Twigss y la obligaron a replegarse. El optimismo volvió a entusiasmar a las fuerzas nacionales. A continuación Santa Anna se empeñó en parapetarse en Cerro Gordo, pese al consejo de sus coroneles ingenieros Manuel Robles y Juan Cano. Y encajonadas en Cerro Gordo, sin poder desplegar su caballería ni su artillería, las fogueadas tropas mexicanas fueron batidas y dispersadas en completa derrota. Perdieron 43 cañones y un cargamento de 18,000 pesos para los haberes.

Hubo luego una retirada a Orizaba, de donde Santa Anna ordenó replegarse a Puebla sin combatir, y en seguida también abandonó Puebla (mayo 14) y el general Scott la ocupó al siguiente día, a pesar de que sus comunicaciones carecían de protección. Dícese que se atenía a "ciertos tratados secretos" por los cuales no sería atacado en ese sector.

Después de ese desastre (el tercero en grande escala como el de Palo Alto y la retirada de La Angostura) Santa Anna regresó a la capital y reasumió la Presidencia, que **en menos de dos años, precisamente en los días difíciles de la guerra con Norteamérica, había cambiado 8 veces de manos.** En esos días Gómez Farías escribió a sus "hermanos" gobernadores: "El ejército ha concluído ya. Sólo nos resta el último golpe a los miserables restos reunidos en esta capital; esto lo hará el enemigo. Entre tanto, usted y otras personas influyentes en los Estados, no reciban tropas (mexicanas) permanentes en su seno; deséchenlas con energía como lo hizo el buen gobernador de Michoacán con Valencia. . . La nación hablará y se entenderá fácilmente con la América del Norte, porque el bien general exige que ambas naciones giren alrededor de un centro común". (1)

La defensa de la capital quedó a cargo de Santa Anna, Valencia, Salas y Juan Alvarez. Scott traía 10,000 hombres y 30 cañones, en tanto que en el Valle de México había cien cañones y un total de 24,000 soldados y voluntarios, aunque deficientemente disciplinados.

Según el general Salas, al iniciarse la batalla el 9 de agosto se desapareció de las Lomas de Contreras el general Valencia y se fue a Padierna a ocupar una posición muy difícil de defender, con los dos flancos descubiertos. Ahí fue rápidamente batido por Scott y huyó rumbo a Toluca. Tal cosa abrió una brecha en el sistema defensivo y ocasionó la pérdida de Churubusco, defendido por el general Anaya hasta que se le acabó el parque. En este lugar Scott capturó a dos compañías de irlandeses, incluso algunos ingleses y alemanes, restos del batallón de San Patricio que por considerar injusta la invasión se había pasado con su comandante John O'Reilly a las filas mexicanas. Scott mandó que unos prisioneros fueran marcados en la cara con la letra "D" y azotados, y que veinte fueran ahorcados en San Angel, tarea que el coronel Harney ordenó que se hiciera con nudo corredizo para prolongarles la agonía. Previamente se les tuvo un tiempo con la soga al cuello a fin de atormentarlos. Otros 30 corrieron igual fin en Mixcoac.

En el sector de Molino del Rey la infantería mexicana rechazó dos embestidas, pero la caballería no la apoyó y como consecuencia se perdió Casa Mata. La caballería mexicana la integraban cerca de 4,000 jinetes al mando del general Juan Alvarez, jefe masón que volvió a tener mando de fuerzas después de que dos años antes se había sublevado en Acapulco contra el gobierno de Paredes, impedido que éste enviara refuerzos a los mexicanos de California y recibido pertrechos americanos en Acapulco y Zihuatanejo. Este "héroe" cuyo nombre figura con letras de oro en el Congreso explicó que mantuvo inmóviles sus 4,000 soldados porque el terreno era malo, pero el ataque del mayor Summer por ese mismo sector reveló que no lo era tanto. (1)

(1) Archivo Farías.—Universidad de Texas.—Gómez Farías fue un típico antimexicano que sólo tuvo lealtad para las logias internacionales.

(2) El liberal Rafael Aguirre Cinta dice en "Lecciones de Historia General de México" que Juan Alvarez desobedeció las cinco órdenes que se le dieron para apoyar al contingente del general León, que en dos ocasiones rechazó a los invasores. Alvarez quiso luego disculparse culpando al

tiempo no se acumulan solamente riquezas, sino también se crean enormes poderes y una supremacía económica despótica en manos muy pocas... Estos potentados son extraordinariamente poderosos, como dueños absolutos del dinero gobiernan el crédito y lo distribuyen a su gusto; diríase que administran la sangre de la cual vive toda la economía, y que de tal modo tienen en su mano, por decirlo así, el alma de la vida económica, que nadie podría respirar contra su voluntad...

"La prepotencia económica ha suplantado al mercado libre; al deseo de lucha ha sucedido la ambición desenfrenada de poder; toda la economía se ha hecho extremadamente dura, cruel, implacable..."

Así lo denunciaba Pío XI en 1931, cuando esa crueldad e implacabilidad estaban todavía bastante lejos de hacer estallar su orgía de Globalización.

- BIBLIOGRAFÍA -

México a Través de los Siglos - Vicente Riva Palacio, Juan de Arias, Alfredo Chavero, Enric... rria, José María Vigil y Julio ...

Historia de México - José Bravo Ugarte, S. J.

Apuntes Para la Historia de la Masonería en México - Luis J. Zalce y Rodríguez, 33...

Huichilobos - Alfonso Trueba.

Historia de la Nación Mexicana - Mariano Cuevas, S. J.

Enciclopedia de la Francmasonería - Albert Gallatin Mackey. 33°.

Historia de los Heterodoxos Españoles - Marcelino Menéndez Pelayo.

Felipe II - William Thomas Walsh.

La Familia Carvajal - Alfonso Toro.

Los Judíos en Sefard - R. Cansinos Assens.

Descubrimiento en México - Egon Erwin Kisch.

Historia de las Sociedades Secretas - Vicente de la Fuente.

Disraeli - Hesketh Pearson.

Comentario a las Revoluciones de México - Antonio Gibaja y Patrón.

México, el País de los Altares Ensangrentados - Francis Clement Kelley.

Un Siglo de México - Alfonso Junco.

México, Tierra de Volcanes - Joseph H. L. Schlarman.

La Expulsión de los Jesuitas - Alfonso Trueba.

Notas Sobre México - J. R. Poinsett.

Poinsett, Historia de una Gran Intriga - José Fuentes Mares.

México Falsificado - Carlos Pereyra.

Alamán - Alfonso López Aparicio.

México tal Cual es - Manuel Domenech.

México es así - Antonio Bahamonde.

La Diplomacia Extraordinaria Entre México y los EE.UU. - Alberto María Carreño.

La Masonería en Descubierto - Mauricio Fara.

Las Sociedades Secretas - S. Hutin.

La Religión de Israel - S. Bloch (Enciclopedia judai...

Masonería. Historia de los Hermanos Tres Puntos - Alberto J. Triana.

Historia de la República de Guatemala - J. Antonio Villacorta.

México: la Lucha por la paz y por el pan - Frank Tannenbaum.

Simbolismo de la Masonería - Mons. León Meurin.



Juan Alvarez había interceptado en Acapulco las armas que el Presidente Paredes enviaba para la defensa de Alta California. Y poco después, en la defensa de la ciudad de México, desobedeció 5 órdenes de contraataque. A la hora de la retirada fue de los primeros en huir.

Chapultepec era otro de los puntos clave de las defensas de la capital. Tenía 6 cañones, un obús y 200 soldados y cadetes al mando del general Bravo. Todo el día 12 de septiembre fue bombardeado. Al amanecer el día 13 se reanudó el cañoneo y luego el general Scott inició el ataque con mil hombres. Bravo pidió refuerzos y transitoriamente acudió el batallón de San Blas, pero poco después Santa Anna lo retiró y ese mismo día ordenó evacuar la ciudad. Entre los primeros en salir (porque para eso no estaba malo el terreno) figuraba el general Juan Alvarez, quien además impidió que los voluntarios de Santa Catarina acudieran a auxiliar la defensa de Chapultepec, tal vez porque eran encabezados por un cura párroco.

Y fueron los cadetes de Chapultepec, que no tenían componendas políticas, que no estaban mixtificados por las logias, que no pertenecían a ritos extraños, sino a la Patria, los únicos que en la hora más negra rescataron para la posteridad el honor nacional. El sacrificio de sus vidas no fué inútil, pese a la batalla perdida, porque dejaron una gran herencia de valor y responsabilidad; dejaron el más alto ejemplo que pueda legar una juventud y dieron a la nacionalidad mexicana en formación un punto de apoyo, un testimonio de la grandeza de su esencia.

El ejemplo de los cadetes de Chapultepec, que el día 13 hicieron la postrera resistencia de la capital, fue una nítida demostración de que

——————

general Manuel Andrade. Varias veces Alvarez traicionó a México, pero era fiel a su rito y esto le valió ser ensalzado.



Y fueron los cadetes de Chapultepec, que no tenían componendas políticas, que no pertenecían a ritos extraños, sino a la Patria, los únicos que en la hora más negra rescataron para la posteridad el honor nacional. Dejaron el más alto ejemplo que pueda legar una juventud...

el mexicano remonta esa altura si se libera —como ellos lo estaban en su naciente juventud— de las manipulaciones extranjeras que falsifican nuestro destino.

Uno de los cadetes heridos, Miguel Miramón, de 15 años, iba a ser rematado por un soldado negro, pero un oficial americano detuvo a éste y recogió al herido para llevarlo a un puesto de socorro. Dícese que un soldado irlandés exclamó al ver a otro cadete muerto: "¿Qué hacían los hombres mientras estos niños resistían en el último reduc-

to?"... Los hombres se retiraban mandados por Santa Anna y por Juan Alvarez, cuya caballería se encontraba intacta.

Y al día siguiente caía la capital.

POR QUE MARX QUERIA NUESTRA DERROTA

Junto con la guerra extranjera México estuvo librando una lucha interna, prolongación de la que quedó planteada desde el derrocamiento de Iturbide y la proliferación de las logias. La campaña contra el ejército invasor ocasionó pocas bajas, relativamente, pues en total hubo 7,000 muertos y heridos, pero nos llevó a un desastre porque llovía ya sobre mojado. El país había consumido sus energías en 23 años de lucha: en una lucha que **a excepción de aislados brotes de cabecillas que trataban de pescar algo en el río revuelto, era fundamentalmente un duelo entre la masonería internacional para afianzar su control político en México y quienes se resistían a esa tutela exótica.**

En la guerra extranjera México se hallaba tan debilitado y dividido que no pudo utilizar todo su potencial bélico. Movilizó sólo 35,000 hombres, siendo que en circunstancias más o menos normales podía haber puesto 80,000 sobre las armas, como ya había hecho el régimen realista en vísperas de la independencia. Los generales, tales como Santa Anna, Arista y Alvarez estuvieron muy por debajo del estoico rendimiento del soldado.

Para los americanos la campaña tuvo un costo de 120 millones de dólares y sus bajas fueron de 2,703 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Utilizaron un total de 43,059 hombres, en su inmensa mayoría enrolados por la paga y no por convencimiento ideológico. El general Taylor se vio en dificultades después de la batalla de La Angostura porque muchos de sus soldados se retiraron al cumplirse sus contratos. Y por la misma razón se separaron del general Scott 4,000 soldados después de la batalla de Cerro Gordo, o sea el 40% de sus efectivos, cosa que demoró su avance varios meses.(1)

Consumada la derrota en la capital —con las consecuencias de miseria y desmoralización— hubo aislados actos públicos de rebeldía; el general Scott mandaba azotar a algunos presos en la Plaza Principal e impuso una multa de cincuenta mil pesos a la ciudad, para reprimir los brotes de resistencia, además de que el Distrito Federal tuvo que pagar $ 668,332.00 por gastos de ocupación.(2)

El fugitivo Santa Anna renunció a la Presidencia y los americanos le extendieron pasaporte para que saliera del país —como se lo habían extendido para que viniera de Cuba a tumbar al Presidente Paredes—. Tres compañías americanas de caballería le dieron escolta en Jalapa durante su salida.

Los principales partidarios de Gómez Farías, o sean los antiguos yorquinos, abogaban por que la República Mexicana fuese permanentemente ocupada por los americanos, según la correspondencia que el ministro americano Nicolás P. Trist enviaba al Secretario de Estado Buchanan. Entre la masa de premexicanos, cuyo sentido de nacionalidad no era categórico, también había simpatizadores de esa idea, tan sólo porque las tropas ocupantes pagaban en efectivo todo lo que consumían.

Mr. Trist recibió solicitudes de anexión de parte de los "puros" (que eran el grupo más fanático dentro del bando liberal) y el 6 de diciembre de 1847 escribió al Secretario de Estado Buchanan diciéndole:

> "Mientras más he profundizado el negocio, más íntimamente me he ido convenciendo de que, inmensos como serían los beneficios que este país derivaría de tal anexión, iría acompañada de males para el nuestro infinitamente mayores"...

El Presidente Jefferson, desde antes de nuestra independencia, había considerado la posibilidad de una anexión total. Sus sucesores Monroe y Polk no la juzgaron muy viable en vista de que la mitad sur de México era la más poblada y quedaría muy lejos del control de Washington; luego los consejeros económicos dijeron que era preferible absorber sólo la mitad norte y el resto influirlo económica, comercial y políticamente. La población de Norteamérica era entonces de 19 millones de blancos, procedentes de muy diversos países europeos y aún les faltaba cohesión nacional. Tenían además el problema racial de tres y medio millones de negros, y agregar en esas circunstancias 12 millones de mexicanos esparcidos en tan vasto territorio no era una empresa muy viable. Así lo confirmó poco después la sangrienta guerra de secesión.

En consecuencia, poco menos de la mitad de lo que había sido México se salvó providencialmente...

Bajo la vigilancia de las autoridades extranjeras de ocupación hubo elecciones municipales en la capital y naturalmente ganaron los "puros" de Gómez Farías. El triunfo les fue amablemente comunicado por el gobernador civil y militar, Mr. Persifor F. Smith. Quedó como alcalde Francisco Suárez Iriarte, seguido de Agustín Jáuregui, José María Arteaga, Manuel García Rejón, Miguel Lerdo de Tejada, Eligio Romero, el Lic. Miguel Buenrostro y algunos más.

(1) La Delincuencia y la Motivación del Servicio Militar.—Cap. William R. Perl, del Ejército Americano.

(2) El padre Heredia dice que en esos días los soldados americanos cantaban en las calles una tonada de moda: "Green grows the bushes" (crecen las matas verdes...) y que los mexicanos oían las dos primeras palabras "gringrous" y decían: ahí vienen *los gringos*. Y el sobrenombre se popularizó.



Presidente Manuel de la Peña y Peña. Execró desde Querétaro a los "puros". (herederos del "yorquismo") que en la ciudad de México se pusieron al servicio de los ocupantes extranjeros" y buscan apoyo para sus crímenes en la fuerza del invasor". Pero ellos no sentían sonrojos y brindaban con Scott.

Según el historiador Roa Bárcena, casi todos ellos creían que el país debería ser absorbido por Estados Unidos, tanto que el Presidente Provisional, De la Peña y Peña, los execró desde Querétaro con las siguientes palabras: "En la capital, donde flamea el pabellón americano, se maquina traidoramente contra la nacionalidad del país: ahí algunos mexicanos a quienes la posteridad llenará de execración, se disputan el poder, usurpan la autoridad municipal, se apoderan de los escasos recursos de la desdichada ciudad y buscan apoyo para sus crímenes en la fuerza del invasor".

Pero el nuevo Ayuntamiento no sentía sonrojos y ofreció un banquete cerca de Santa Fe (enero 29 de 1848) al general Scott y a sus principales lugartenientes. El periódico "La Estrella Americana", de los extranjeros ocupantes del país, decía el lunes 31 de ese mes: "El haber sido conducidos allí como norteamericanos, por el H. Ayuntamiento Mexicano, mientras estamos en guerra con la República Mexicana, es un aspecto del porvenir lleno de interés. . . Una mesa ricamente adornada, dispuesta debajo de un hermoso toldo, se veía cubierta de los manjares más exquisitos, y de los exquisitos vinos Borgoña, Madera, Sauterne, Jerez, Champagne y otros no menos estimables".

Otro diario de las tropas ocupantes, "El Norteamericano", agregó que uno de los miembros del Ayuntamiento habló "de un modo apasionado y brillante. El general en Jefe (Scott) pareció tan pagado y satisfecho como si hubiera recibido una rendición. . ."

Como postre, el alcalde Suárez Iriarte brindó "por los triunfos de las armas americanas" y ensalzó a los ocupantes, en tanto que otro compañero suyo —cuyo nombre calló discretamente el historiador Zamacois— pidió la anexión total de México a los Estados Unidos. Todo el Ayuntamiento estaba formado por liberales "puros", que eran la continuación del rito yorquino bajo un nuevo nombre.

Aquello se conoció como "el brindis del Desierto", aunque sería más propio llamarlo el brindis de los "hermanos". . .

Vino poco después el arreglo de la paz. Durante toda su historia la provincia de Texas había tenido como límite sur el río Nueces, pero cuando ingresó en los Estados Unidos reclamó todo el territorio del sur hasta el Río Grande, incluyendo tierras de Coahuila y Tamaulipas. Además, y aunque las dificultades se habían iniciado por Texas, los vencedores se llevaron luego íntegramente los Estados de Nuevo México y Alta California, dándole a esto un aspecto de compra-venta mediante el pago de 15 millones de dólares, que entonces valían un poco menos de 15 millones de pesos mexicanos.

El arreglo quedó consumado el 2 de febrero de 1848 con la firma del Tratado de Guadalupe, llamado así por haberse efectuado en la Villa del mismo nombre. México quedó reducido a 2 millones 40,255 kilómetros cuadrados y perdió 2 millones 578,539, incluso los cien mil mexicanos que los habitaban. Las nuevas autoridades consideraron como traidores a los que habían presentado resistencia a la invasión y consecuentemente los privaron de sus propiedades.

El Gran Oriente de Charleston y las Logias de Nueva Orleans se habían afanado por obtener esa conquista desde hacía más de cincuenta años y habían temido que se les escapara de las manos cuando México unido, y por tanto fuerte, surgía tras el abrazo de Iturbide y Guerrero. Por eso dichas logias usaron la siniestra astucia de Poinsett para dividir y enfrentar a ambos libertadores; por eso se impuso a la naciente nación —por la senda secreta de la Logia— la desastrosa lucha entre sus propios hijos.

El Gran Oriente de Charleston era obra de antiguos sefardíes, como Esteban Morín, y de nuevos adalides del movimiento político hebreo, que junto con algunos ritos masónicos alentaba en Norteamérica una política de expansión. Pero no buscaban como fin el beneficio y crecimiento de Estados Unidos, sino como medio para sus propios propósitos. Es de primordial interés distinguir que dicho movimiento internacional israelita ESTABA INTERESADO EN AQUELLA EPOCA en que Estados Unidos creciera territorialmente, cosa en la que YA NO TIENE INTERES AHORA. (1)

(1) ahora su visible interés es que impulse la globalización, una de cuyas tareas consiste en forzar el crecimiento territorial de Israel. Esto puede explicar las invasiones de Afganistán e Irak.



Federico Engels decía en 1848: "Con la debida satisfacción hemos presenciado la derrota de México ante los Estados Unidos. Esto representa un paso adelante". El marxismo internacional quería entonces vigorizar su base en Norteamérica. en tanto que en 1932 cambió su interés en favor del vigorizamiento de su base en la URSS.

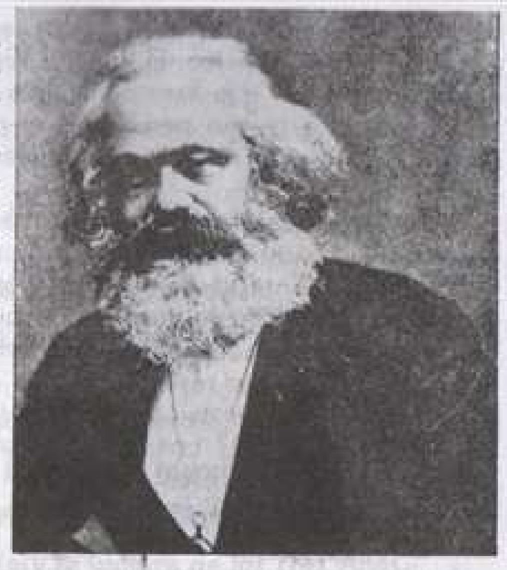
Por eso en el mes de septiembre de 1847, cuando las tropas americanas atacaban la ciudad de México, la revista Comunista editada en Londres por los judíos Karl Marx y Engels no hablaba de "imperialismo yanqui", sino que decía: "Los norteamericanos continúan comprometidos en una guerra con los mexicanos. Es de esperarse que la ganarán y tomarán la mayor parte del territorio mexicano". Y poco después Engels añadía en "Deutsch Brussel Zeitung" del 23 de enero de 1848: "Con la debida satisfacción hemos presenciado la derrota de México ante los Estados Unidos. Esto representa un paso adelante. . . La evolución de todo el continente americano no perdería nada si los Estados Unidos, después de tomar posesión de California, también se hicieran cargo del resto de la costa del Pacífico".

En 1847 el marxismo-judío no llamaba imperialista a Estados Unidos, sino que le aplaudía su expansión, porque quería infiltrarlo y valerse de él para sus propios fines, en tanto que en 1969 lo traiciona y lo ataca. Este cambio obedece a que dicha conjura AHORA YA ES AMA ABSOLUTA de un INSTRUMENTO PROPIO (el marxismo entronizado en la URSS), al que considera más eficaz para realizar su viejo sueño de hegemonía mundial.

Tal actitud es explicable porque la conspiración internacional ha infiltrado a Norteamérica, pero no se ha adueñado totalmente de ella, como ya lo logró con la URSS.

A la luz de estas realidades resulta también explicable que la tendencia expansionista de la Casa Blanca a mediados del siglo pasado no

Carlos Marx (Kissel Mordekay) quería que la invasión tomara "la mayor parte del territorio mexicano". Entonces el marxismo no llamaba imperialista a Estados Unidos porque quería infiltrarlo y valerse de él para sus propios fines, en tanto que en 1966 lo traiciona y lo ataca. El cambio obedece a que ahora el marxismo ya es dueño de la URSS, que utiliza como instrumento absolutamente propio para realizar su sueño de hegemonía mundial.



surgía propiamente de la masa del pueblo americano, aunque luego algunos de sus logros eran aprobados en los fulgores del éxito. La tropa americana no mostraba encono en la lucha en México y se limitaba a cumplir el contrato de enrolamiento, como lo demostró el elevado número de soldados que dejó el uniforme después de las batallas de La Angostura y de Cerro Gordo, aún no concluída la guerra. Y esa carencia de ambiciones imperialistas del pueblo americano fue demos-



General Ulises Grant.— No justificaba la lucha con México. Esta era impopular en la opinión pública norteamericana y de eso quedaron muchas constancias en el Congreso de la Unión y en la prensa de Estados Unidos.

trada también por la censura de los senadores Benton y Siles Wright a la campaña en México. El general Grant, según lo consigna su biógrafo Woodward, dijo llanamente que la invasión norteamericana era injusta. "Nunca me he perdonado —precisó— el haber participado en ella. No tuve el valor moral suficiente para pedir mi licencia del ejército".

Pero naturalmente ni la conjura de las logias de Charleston y Nueva Orleans, ni la confiada actitud del pueblo americano que dejaba influir su política internacional por el Sanhedrín, son la causa única y la explicación simplista de nuestras desgracias. **Conjuntamente con ese factor extraño han coincidido decisivamente un sinnúmero de debilidades nuestras,** a su vez resumibles en la traición del antimexicano, en la inconsciencia del premexicano y en la escasez y dispersión del mexicano.

El desastre de 1847 comenzó a incubarse desde que las fuerzas extrañas a Méxicò, representadas por el poinsetismo masónico, hallaron en nosotros coyunturas de discordia para escindir el espíritu titubeante de la naciente nacionalidad.

A ello se prestaron traidores innatos, antimexicanos ansiosos no de Patria sino de botín personal, que con la ayuda extranjera movieron masas ignaras para sabotear a la minoría mexicana que defendía a la nación.

CAPITULO V

Oportunidades Perdidas

(1848-1867)

Ningún provecho se le sacó a la Derrota.

Nuevo Esfuerzo para la Revolución Mundial.

Rodó Santa Anna y Arrastró a los Conservadores.

La Ley de Causa y Efecto y la Guerra de los Tres Años.

Buchanan Ganó la Guerra de los Tres Años.

"Resucitaron" Tesoros y ni el Polvo se les vio.

Lucha Internacional Sobre el Suelo Mexicano.

Maximiliano no vio que era una Lucha Internacional.

La Eficaz Táctica de las Tenazas.

Tardía Formación de un Ejército Mexicano.

Conservadores y liberales desaprovecharon momentos en que México pudo rehuir o frenar infiltraciones extrañas en su Destino.

NINGUN PROVECHO SE LE SACO A LA DERROTA

La contrariedad de la organización internacional masónica ante la independencia que México logró por sí solo en 1821 (bajo Iturbide y Guerrero) y sus esfuerzos subsiguientes por imponernos cauces extraños, fueron la mano más o menos oculta que movió los desórdenes padecidos por México durante más de veinte años, hasta llevarnos a desembocar, trágicamente, en la pérdida de la mitad del territorio.

(1848) Ese desastre de 1848 causó tan profunda conmoción física

y moral que el país quedó extraviado en el laberinto de una historia que le iba siendo prefabricada desde las sombras de las sectas. Toda derrota, sin embargo, brinda algunos rasgos positivos para el que sabe sobreponerse y "pisotearla", como dijera Schlieffen. Pero nosotros no estuvimos a la altura de la desgracia que nos golpeó inmisericordemente.

El golpe de 1848 tuvo la virtud de evidenciar que las componendas internacionales masónicas no eran en provecho de México, sino de ocultos intereses internacionales. (1) Ni los círculos masónicos mexicanos escaparon a la conmoción que nos produjo la traición y la derrota. Los remanentes de los ritos escosés y yorquino naufragaron durante la invasión extranjera y el Rito Nacional Mexicano quedó deshecho. Después de que durante más de veinte años habían estado pregonando la "hermandad" y la "fraternidad" y las "luces" que venían de Charleston y de Nueva Orleans, no pudieron explicar ni explicarse muy bien el alud de fuego que venía de allá mismo y que muy hermanable y fraternalmente reducía al país a menos de la mitad de su territorio.

Ese desastre permitió que algunos "hermanos" percibieran mejor la índole de la secta y que decepcionados se alejaran de ella, pero quedaron otros muchos que no se detenían ante nada con tal de hacer carrera política y de obtener puestos y honores. De ahí en adelante ya no tuvieron el atenuante de la ignorancia porque la desgracia padecida por la nación había sido un vidrio de aumento que permitía ver la urdimbre de la conjura internacional agazapada en las oscuridades de las sociedades secretas.

No se puede atribuir a la masonería todo lo malo. Su influencia extranjera, dañina a México, pudo desenvolverse una y otra vez debido a nuestra falta de conciencia de nacionalidad.

Las tropas extranjeras salieron de México el 30 de mayo (1848) y en julio se restablecía el Supremo Gran Oriente del Rito Nacional Mexicano. Aunque no lograba atraer como antes a tantos hombres de la política y de los negocios, fue un signo de debilidad que no se irguiera contra él una fuerza decidida.

En lo económico, el país se hallaba en la miseria y el erario sólo recaudó (1848) 13 millones de pesos, o sea la mitad de lo acostumbrado en los últimos años. No se iniciaba ninguna obra. Los primeros tres millonés de pesos que entregó Norteamérica a cambio de California y Nuevo México se esfumaron sin ningún beneficio apreciable. El bandidaje era cosa común y corriente en las ciudades y en los caminos, a la vez que surgían guerrillas por todas partes, sin más bandera que el pillaje. El gobierno federal no controlaba más que la capital, en tanto que los Estados vivían en anarquía, depresión y miseria.

(1) El Papa Pío IX acababa de condenar las logias el 9 de agosto de 1846.

En esos días se creó un nuevo Estado, Guerrero, que a su miseria tenía que añadir la carga de toda una maquinaria estatal, incluyendo gobernador, diputados y todo género de caciques.

En Yucatán había resurgido la guerra de indios contra blancos, fomentada desde 1839 por agentes extranjeros y cómplices suyos que hablaban de "los derechos del indígena". En 1847 los indios penetraron en Peto, Izamal, Tekat y otras poblaciones, cometiendo saqueos y matanzas de mestizos y blancos. De Cuba, ocupada por España, se recibió armamento y dinero (dos mil fusiles, dos obuses, pólvora y $ 22,000.00) para rechazar a los depredadores. Al año siguiente terminó la guerra con Estados Unidos, y México pudo enviar un batallón de refuerzo para restablecer el orden en Yucatán. Por cierto esa provincia se había separado del país durante la invasión yanqui, pero se reintegró al terminar la lucha internacional.

El general Mariano Paredes y el cura español Celedonio Domeco, de Lagos, Jal. (junio 1848) proclamaron una rebelión alegando que el país había sido traicionado, pero fracasaron. El cura fue fusilado y Paredes se salvó, pero poco después murió de enfermedad. Como remedio a los graves males que padecía la nación había aconsejado establecer en México una monarquía con suficiente fuerza política para someter a los grupos en pugna, entre los cuales figuraban algunos tan absurdos como el de José María Carbajal, que provocaba desórdenes en el Norte porque quería "independizar" Tamaulipas y formar una República de la Sierra Madre, para lo cual tenía ciertos amigos en Estados Unidos que le facilitaban armas.

Gobernaba entonces el general José Joaquín Herrera, que había recibido el Poder de manos de Peña y Peña, después de que éste firmara el inevitable tratado de paz con el invasor. El general Herrera era católico, hombre equilibrado y de absoluta honradez y se esforzó en poner en orden al país. En tan aciagos días consiguió traer algo del progreso que nacía en otras partes del mundo, y el 12 de
(1850) noviembre (1850) se experimentó en México por primera vez con el alumbrado eléctrico, en el Colegio de Minería, y al día siguiente se operó por primera vez el telégrafo entre ese plantel y el Palacio Nacional.

Pero a la vez el país volvía a agitarse con las elecciones. Los masones recuperaron el dominio del Congreso y sacaron adelante la candidatura del general Mariano Arista, aquel muy caballeroso ante el enemigo en la batalla de La Resaca, cuando prácticamente le cedió el paso al general Taylor. En cambio, el candidato presidencial derrotado —¡naturalmente!— fue el general Nicolás Bravo, que había combatido hasta lo último al lado de los cadetes de Chapultepec.

Sea como fuere, el sector masónico-liberal, con Arista a la cabeza, acababa de recuperar el control político del país y tuvo la oportuni-

dad de aprovechar las amargas enseñanzas del pasado y de sustraerse a las consignas internacionales que tantas desventuras habían traído a la nación, **pero no lo hizo.**

(1851) Al tomar Arista el poder (15 de enero de 1851) se definió claramente como partidario de la Constitución inspirada por Poinsett en 1824, **cosa que seguramente no se podía evitar,** pero además dio apoyo decidido al gobernador de Michoacán, Melchor Ocampo, que estaba creando un nuevo conflicto nacional al atacar al catolicismo. Como era natural, esto alarmó a vastos secto-
(1852) res de población y poco después (julio de 1852) estalló un pronunciamiento en Guadalajara, encabezado por el coronel José María Blancarte, secundado dos meses más tarde en la capital.

El Presidente Arista se vio repudiado por una gran masa del pueblo y débilmente defendido por sus partidarios, que aún no terminaban de organizar y fortalecer sus filas. Ante una situación casi
(1853) perdida, Arista dimitió el 6 de enero de 1853 y dejó el Poder en manos de Juan B. Ceballos, presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Ceballos buscó inútilmente la conciliación de liberales y conservadores (masones y católicos) e intentó que se convocara a una convención para estudiar reformas constitucionales que satisficieran a los dos bandos, pero el Congreso de la Unión se opuso y Ceballos acabó por disolverlo y encarcelar a los principales opositores, con el regocijo del público que nunca había visto con muy buenos ojos a sus llamados "representantes" populares.

Entretanto, la rebelión iniciada en Guadalajara había cundido a tal grado que Ceballos se sintió sin control suficiente y le entregó el Poder al general Lombardini, católico declarado, con lo cual los conservadores quedaron nuevamente dueños del campo.

La oportunidad de ese sector era entonces brillante, tanto por la forma categórica en que se habían hecho del poder cuanto por la circunstancia de que la masonería se hallaba todavía desorganizada y profundamente desprestigiada, después de su actuación durante los negros días de la invasión extranjera.

Pero los conservadores tampoco estuvieron a la altura de la responsabilidad que la historia colocó en sus manos. Y se evidenció así claramente que México no sólo sufría el embate de las conspiraciones internacionales, sino a la vez (y esto era lo más grave por ser un mal interno) la debilidad y las claudicaciones de sus hijos que más obligados estaban a defenderlo, dado el grado de conciencia y de instrucción que habían alcanzado.

Dueños del campo en 1853, los conservadores no se hallaban moralmente firmes para la tarea tan importante que les aguardaba. Un sector del Clero, que era el sostén espiritual del nuevo régimen, se hallaba

minado por el materialismo y por la vida fácil. Abundaban los sacerdotes que mantenían relaciones y componendas con el bando liberal-masónico, en el cual había acérrimos enemigos de la Iglesia que buscaban sutilmente la manera de desprestigiarla y hundirla. El padre Regis Planchet dice que los liberales alentaban a tales sacerdotes contra toda disciplina eclesiástica "para que llegando a su colmo los desórdenes de aquéllos, se pudiera más tarde, sin tanto ofender a la opinión pública, suprimir de un golpe todas las órdenes religiosas y confiscarles todas sus propiedades". (1)

Las irregularidades advertidas en el Clero mexicano 22 años antes, que motivaron que el Papa nombrara visitador apostólico al señor Vázquez, Obispo de Puebla (12 de julio de 1831), con el encargo especial de disciplinar a los regulares, volvieron a recrudecerse a mediados de siglo.

Nuevamente el Papa nombró como Delegado Apostólico a Monseñor Luis Clementi (1852) para reprimir los desvíos de numerosos sacerdotes, pero a esto se opuso nada menos que el Arzobispo, don Lázaro de la Garza, alegando que el enviado del Papa no tenía permiso del Congreso de la Unión para desempeñar esa tarea sacerdotal. Sorteado más tarde este obstáculo, monseñor Clementi inició su difícil misión, en la cual después fue sustituido (septiembre de 1854) por monseñor Clemente Munguía, obispo de Michoacán.

Tanto monseñor Clementi como el obispo Munguía tropezaron con la oposición de varios clérigos, a quienes el Papa Pío IX tuvo que reprimir categóricamente el 15 de diciembre de 1856, a la vez que los culpaba de estar **"favoreciendo los inicuos consejos de los enemigos de la Iglesia".**

Estas dificultades dentro del Clero mexicano, que era el guía espiritual de los conservadores, coincidieron desastrosamente con la torpe elección de jefe hecha por ellos. Casi dueños del campo en 1853 volvieron sus ojos a Santa Anna, el convenenciero, el falso, el acomodaticio, el que no representaba más idea que su megalomanía y su egoísmo, el que con tal de ejercer el Poder lo mismo se disfrazaba de liberal que de conservador, sin ser ni una cosa ni la otra.

La Casa Blanca ya había visto desde 1846 que Santa Anna le sería útil como Presidente de México y le había facilitado su traslado de Cuba a Veracruz; la masonería mexicana tuvo entonces instrucciones de acogerlo y exaltarlo, como lo hizo personalmente Gómez Farías, y el Ayuntamiento de la ciudad de México lo proclamó "el héroe que regresa". Todo eso obedecía a un plan, a una traición, pero al menos era un plan congruente. Mas lo que hicieron los conservadores en 1853, al llamar a Santa Anna de su destierro de Jamaica para en-

(1) La Cuestión Religiosa en México.—Pbro. Francisco Regis Planchet.

tregarle el mando, fue una estupidez criminal, un desatino tan grande que habría de caer como maldición no solamente sobre ellos, sino sobre el país entero.

El Presidente Lombardini y el general don José López Uraga, llamaron a Santa Anna para que regresara de su destierro. Esta decisión era tan dañina para los conservadores que la masonería la vio con buenos ojos y los prominentes "hermanos" Miguel Lerdo de Tejada y Basadre formaron parte de la comisión de bienvenida, en tanto que las logias simbólicas 7, 16 y 27, de Veracruz, agasajaron a Santa Anna a su regreso. La vida de este hombre era una sucesión de traiciones: traidor desde 1822 contra Iturbide, al servicio del poinsettismo; traidor a México en 1836 como prisionero del Presidente Jackson y traidor en 1847 como jefe militar de los liberales durante la invasión extranjera. Pero todos estos antecedentes nefastos fueron soslayados por los conservadores, que se fijaron sólo en sus indiscutibles cualidades de energía y de audacia. En esos días no hubo entre ellos una voluntad firme que se opusiera al desatino y que estuviera dispuesta a asumir la responsabilidad del mando.

Hasta el mismo Lucas Alamán, ya anciano —que tanta visión había demostrado para juzgar los problemas de México—, en vísperas de que Santa Anna ascendiera de nuevo a la Presidencia le escribió cordialmente para explicarle que la reciente rebelión había sido causada por la torpe actitud anticatólica del gobernador de Michoacán, Melchor Ocampo. Y añadía que los conservadores no se hallaban organizados como la masonería, pero que "los propietarios, el clero y todos los que quieren el bien de la Patria" coincidían en muchos puntos de vista. Asimismo precisaba que los principios de los conservadores eran, primero, "conservar la religión católica, porque creemos en ella

> y porque aun cuando no la tuviésemos por divina, la consideramos como el único lazo común que liga a todos los mexicanos, cuando todos los demás han sido rotos, y como lo único capaz de sostener a la raza hispanoamericana y que puede librarla de los grandes peligros a que está expuesta. Entendemos también que es menester sostener el culto con esplendor y los bienes eclesiásticos y arreglar todo lo relativo a la administración eclesiástica con el Papa (a lo cual se oponían las logias). Estamos decididos contra la Federación (el sistema de Estados Unidos Mexicanos, introducido por Poinsett como una copia de los Estados Unidos de América), contra el sistema representativo, por el orden de elecciones que se ha seguido hasta ahora (más o menos el mismo del PNR, PRM, PRI, etc.); contra los Ayuntamientos electivos y contra todo lo que se llama elección popular, mientras no descanse sobre otras bases. Creemos necesaria una nueva división territorial, que confunda enteramente y haga olvidar la actual forma de Estado y fa-

> cilite la buena administración... Estamos persuadidos que nada de esto puede hacer un Congreso, y quisiéramos que usted lo hiciese ayudado por consejeros, poco numerosos, que preparasen los trabajos".

Añadía Lucas Alamán que para la realización de ese plan conservador "contamos con la fuerza moral que da la uniformidad del Clero, de los propietarios y de toda la gente sensata... Estas armas, que se han empleado con buen éxito, no las pudo resistir Arista, aunque gastó mucho dinero en pagar periódicos que lo sostuvieran, y en ganar elecciones para formarse un partido de gente que dependiese solamente de él".

Claro que esas armas eran poderosas, pero se cometió el error gravísimo de ponerlas en manos volubles, reiteradamente acreditadas como tales. Santa Anna tomó el poder por undécima vez (20 de abril de 1853) y luego fue obteniendo facultades extraordinarias del recién restablecido Congreso de la Unión, cuya mayoría masónica-liberal no presentó resistencia, ya fuera por falta de organización o porque se le ordenó aguardar para una acción más efectiva después.



Por undécima vez Santa Anna llegó a la Presidencia, debido a un terrible error de los conservadores, tan nefasto para ellos mismos que hasta los jefes masones lo vieron con buenos ojos y agasajaron a Su Alteza Serenísima, quien se convirtió en amo de la situación sin atender ni a un bando ni al otro.

Para congraciarse con quienes lo habían llamado, Santa Anna restableció la Compañía de Jesús y la protección a los votos religiosos, pero bien pronto se vio que no gobernaba ni con la Constitución federal de 1824 (la inspirada por Poinsett y defendida por los masones) ni con la Constitución central de 1836, defendida por los conservadores. Ya con el poder firmemente en la mano, Santa Anna gobernó a su arbitrio, sin representar auténticamente ni a conservadores ni a libe-

rales, sin más directiva que su vanidad y su megalomanía, y fue entonces cuando significativamente adoptó el trato de Alteza Serenísima.

Para ponerse a cubierto de cualquier crítica, Santa Anna expidió una Ley de Imprenta a fin de multar al periódico que le publicara algo desfavorable. La medida era relativamente eficaz, pero muy evidente para todos, y más fácil hubiera sido controlarles el papel y sobornar voluntades.

El único destello positivo de esa época vergonzosa fue el nacimiento del Himno Nacional, tocado en público por primera vez el
(1854) 16 de septiembre de 1854. Simbólicamente el autor de la letra era el mexicano Francisco González Bocanegra, y el autor de la música el español Jaime Nunó, y ambos evidenciaban una vez más que la naciente nacionalidad mexicana era una confluencia de las sangres hispanas y aborígenes, confluencia que tanto se empeñaban algunos en enfrentar entre sí.

Mientras tanto, en el norte del país ocurrían depredaciones de indios bárbaros e invasiones de aventureros. William Walker y 45 hombres procedentes de San Francisco invadieron La Paz, Baja California (octubre-noviembre 1853) para formar una nueva república, pero poco después fueron derrotados. Igual suerte corrió la expedición del aventurero francés Gaston de Raousset-Boulbon, que atacó Guaymas (julio 13 de 1854) para fundar un país en Sonora, Chihuahua, Sinaloa y Durango y que acabó siendo fusilado. A pesar de tantas contingencias el ejército mexicano había venido siendo reforzado y para esa época volvía a contar con 64,000 hombres, como no se había visto desde la guerra de independencia.

NUEVO ESFUERZO PARA LA "REVOLUCION MUNDIAL"

En esa época sombría de la historia de México ocurrían en el Viejo Mundo importantes sucesos políticos al materializarse nuevos planes para la "Revolución Mundial". Un novedoso instrumento de esta subversión internacional acababa de ser fabricado con el nombre de comunismo por el israelita Kissel Mordekay, conocido como Karl Marx.

El primero en anunciar el nacimiento de esa doctrina fue el judío Enrique Heine, sobrino del banquero Salomón Heine. El 12 de julio de 1842 Heine publicaba en "Franzosische Zustade", de Hamburgo: "El comunismo, que aún no ha aparecido, pero aparecerá poderoso... se identificará con la Dictadura del Proletariado".

Evidentemente Heine sabía que su compañero Marx, ayudado por los banqueros judíos Rotschild, daba forma a la teoría del Comunismo recopilando viejas especulaciones judías que ya habían hecho su aparición y fracasado cuando los valdenses trataron en el siglo XII de vencer al catolicismo. A esas viejas especulaciones Marx agregaba algunas



El famoso israelita Enrique Heine, sobrino del banquero Salomón Heine, anunciaba en 1842 la próxima aparición del comunismo, al que designaba como un movimiento poderoso que "se identificará con la Dictadura del Proletariado". Marx lo elaboraba con viejas teorías que los valdenses habían usado en el siglo XII en su lucha contra el catolicismo.

verdades y sofismas en un mar de palabrería disfrazada con retoques de "ciencias económicas y sociales".

Marx era también ayudado por el compositor Jacobo Meyerbeer (Liebmann Beer), el cual a la vez ayudaba a "los primeros periódicos socialistas". (1)

En realidad la Revolución Mundial era un plan para subvertir el orden en todas las naciones y realizar el sueño milenario de palingenesia hebrea. Y el Comunismo venía a ser uno de los más importantes instrumentos de esa Revolución Mundial.

Dentro de este marco de ideas, la conspiración para derrocar a los Estados cristianos y establecer el comunismo en toda Europa estalló en 1848. Simultáneamente con la publicación del primer Manifiesto Comunista (de Marx y Engels), se promovieron desórdenes en París, en Viena, en Berlín, en Milán, en Parma, en Venecia, en Roma, en Nápoles y en Toscana. El escritor Lambelia dice en su libro "Las Victorias de Israel" que "el movimiento revolucionario que agitó la Europa Central en 1848 fue preparado y sostenido por los judíos".

Aunque éstos tenían influyentes colonias en todos los países europeos, no pudieron mover suficientes masas de población cristiana y las insurrecciones de 1848 terminaron en un fracaso casi total. Sin embargo, sus directores intelectuales aprendieron entonces que necesitaban mejorar sus METODOS PARA CONTROLAR MASAS a fin de utilizarlas como ariete contra las instituciones establecidas o contra las acciones defensivas de las sociedades asaltadas por la "revolución mundial".

(1) Heine y la Expresión Musical de Meyerbeer.—Por el crítico judío Guido L. Luzzatto. "Tribuna Israelita", marzo de 1964.

Los judíos residentes en Estados Undios eran influyentes, pero no podían a tan grande distancia intervenir en Europa, máxime que se encontraban atareados en infiltrar a ciertos círculos políticos norteamericanos —a través de las finanzas y la masonería— para aumentar así su propia fuerza. La colonia hebrea de Estados Unidos quería que este país acrecentara su influencia internacional, no precisamente porque buscara un mayor bien para el pueblo americano, sino porque así planeaba extender su propia influencia a otras regiones del mundo. (1)

Mediante los lazos masónicos y los recursos económicos para apoyar la elección de tal o cual candidato, esos magnates estaban asegurándose una creciente dosis de influencia en la política exterior de la Casa Blanca.

El comunismo había sido aplastado en su primer asalto en Europa, pero no destruido, y en secreto seguiría forjando nuevas armas y más sutiles conjuras para más grandes asaltos en escala mundial.

RODO SANTA ANNA Y ARRASTRO A LOS CONSERVADORES

Los pequeños círculos que en Estados Unidos buscaban una expansión internacional —y que no deben ser confundidos con el pueblo americano, carente de ambiciones sobre otros pueblos— volvieron a alentar demandas contra México. En algunos conciliábulos llegó a pensarse en la conveniencia de desmembrar Baja California, Sonora, Sinaloa, Durango y Chihuahua para formar los Estados Unidos de la Sierra Madre, aunque nada se aprobó en definitiva.

El agente Gadsden, de la Casa Blanca, se trasladó a México a hablar con Santa Anna e insistió en que por lo menos el territorio de La Mesilla (que siempre había sido mexicano) pasara a formar parte de los Estados de la Unión. El embajador norteamericano en México, Alfred Conkling ,decía que esa reclamación era injusta y en tal sentido escribió al gobernador Lane, interpretando así el sentir de la gran masa de ciudadanos norteamericanos, pero eso le costó ser removido de su cargo.

Santa Anna refiere ("Mis Historias Militar y Política") que Gadsden le dijo: "Tiempo es ya de reconocer que el valle de La Mesilla en cuestión tiene que pertenecer a los Estados Unidos por indemnización convenida o porque lo tomaremos". Santa Anna trató de conseguir en Europa armamentos e incluso tropas, pero no lo logró, en tanto que la presión de la Casa Blanca se hacía sentir cada día más, con amagos de guerra, para la cual ciertamente no teníamos la fuerza necesaria. Ya los recursos económicos y militares de Estados Unidos

(1) En 1966 era ya evidente que los jefes judíos residentes en Norteamérica trabajan contra el pueblo americano, en beneficio del marxismo.



Territorio de la Mesilla, de 76.465 kilómetros cuadrados, o sea un poco mayor que la del Estado de Zacatecas. En 1854 no había recursos para defenderlo y se perdió, pero Santa Anna cometió la bajeza de entrar en componendas para hacer una operación de venta por 7 millones de pesos. Melchor Ocampo le hacía segunda ofreciendo no oponerse a la transacción, pero quería que el pago se demorara para que lo recibiera su régimen.

habían crecido considerablemente, con una población de cerca de 25 millones de habitantes, frente a 8 millones que tenía entonces México. Santa Anna descartó toda idea de lucha armada, pero cometió la bajeza de volver negociable lo que era sagrado y pidió 50 millones de pesos por La Mesilla; le ofrecieron veinte, pero luego el Senado americano sólo autorizó 10, y al final de cuentas la operación de venta se consumó el 3 de junio (1854) en la suma de 7 millones de pesos. México perdió así otros 76,465 kilómetros cuadrados, o sea un poco más

que el Estado de Zacatecas. Más cuerdo hubiera sido dejar que el territorio fuera ocupado por fuerzas extranjeras, pero no venderlo.

El grupo masónico-liberal encabezado por Melchor Ocampo vio en esa venta de territorio nacional una buena oportunidad para recuperar el poder, pues por una parte la atacó como antipatriótica para capitalizar en su favor el descontento popular, y por la otra Melchor Ocampo (entonces en Nueva Orleans) ofrecía a la Casa Blanca que cuando su partido llegara al Poder no se opondría al "arreglo" concertado sobre La Mesilla. A la vez hacía gestiones (marzo 1854) para que el pago de la indemnización se retrasara, de tal manera que el dinero no lo recibiera la administración de Santa Anna, sino la siguiente, que el propio Ocampo esperaba acaudillar. (1)

Como era de esperarse, la sombra de Su Alteza Serenísima fue letal para el bando conservador; primero, porque lo desplazó del mando, y segundo, porque lo desprestigió profundamente. El sector masónico tuvo entonces una nueva bandera para encubrir sus viejas y sus nuevas componendas con las fuerzas extranjeras que lo movían. Su lucha contra el traidor Santa Anna tuvo apariencias de fervor patriótico, aunque en el fondo no era que les indignara tanto que un traidor estuviera al frente del Gobierno, supuesto que ellos mismos habían hecho ya presidente a Santa Anna después de las traiciones de San Jacinto y La Angostura. Lo que les indignaba de Santa Anna era que no estuviera al servicio de ellos.



Juan Alvarez, el de la triste actuación durante la guerra de intervención, proclamó (1854) su Plan de Ayutla con el plausible propósito de derrocar a Santa Anna, pero detrás de esa apariencia se escondía la Reforma Religiosa y la consiguiente destrucción y lucha fratricida que eso implicaba.

(1) Ocampo en Tela de Juicio.—Por Alfonso Junco.

Como los conservadores tampoco estaban ya de acuerdo con Santa Anna porque los había defraudado y gobernaba autoritariamente, se simplificó la tarea de quienes planeaban derribarlo. Desde Estados Unidos el maestro Valentín Gómez Farías influía en el general Juan Alvarez y el primero de marzo (1854) se proclamó en la villa de Ayutla, Gro., el Plan del mismo nombre, que no hablaba de reformas religiosas, sino de derribar a Santa Anna, en lo cual tácitamente coincidían muchos conservadores y liberales. **Pero detrás de esa acción se ocultaban otros fines.**

J. J. González Bustamante, entusiasta panegirista del Plan de Ayutla, dice en su obra "Ponciano Arriaga" que el Plan fue concebido en Nueva Orleans, por los refugiados que encabezaba Gómez Farías.

Ese plan lo encabezaba visiblemente el general Juan Alvarez, cacique de Guerrero, que en esos días temía ser removido porque estaban efectuándose cambios de jefes civiles y militares; lo apodaban "La Pantera del Sur" por los crímenes que se le atribuían. Era descendiente de africanos por la vía materna y circulaban acerca de él versiones de sadismo con las mujeres y de crueldad con los hombres indefensos, récord que ciertamente no tenía paralelo en el campo de batalla porque en la defensa de México contra la invasión extranjera había desobedecido varias órdenes de cargar con su caballería, y cuando se dio la voz de retirada la obedeció entre los primeros. Pero era Alvarez masón muy prominente, fanático de la logia, de escasa cultura, y se le halagaba con el trato de "venerable".

El administrador de la Aduana de Acapulco, Ignacio Comonfort, descendiente de franceses e irlandeses, se hallaba desfalcado e iba a ser destituído cuando estalló el pronunciamiento de Ayutla y decidió secundarlo. Además lo movían simpatías ideológicas. Luego se trasladó a los Estados Unidos en busca de armas y dinero, y aunque sus allegados hicieron correr la voz de que no había logrado ayuda, el hecho es que regresó a Acapulco el 7 de diciembre de 1854 con un cargamento de armas, diz que facilitado por el banquero Gregorio Ajuria, que le había prestado sesenta mil pesos bajo la condición de que le devolvieran doscientos cincuenta mil. (En los "Papeles Secretos de Comonfort", de la Biblioteca de la Universidad de Austin, figura un John Temple como agente proveedor de armas). El hecho es que las armas norteamericanas con que la revolución de Ayutla se extendió a Michoacán fueron embarcadas en San Francisco, según admite el historiador liberal José R. del Castillo. ("Curso Elemental de Historia Patria"). El agente extranjero Jean N. Zerman fue capturado por traficar con armamento y declaró durante su proceso que servía a la casa Mathewson, la cual suministraba pertrechos de guerra a los revolucionarios del Plan de Ayutla. (1)

(1) El historiador Carlos Pereyra afirma que el Plan de Ayutla fue re-

En esos mismos días Melchor Ocampo gestionaba en Estados Unidos que se diera más ayuda a la revolución. Don Benito Juárez, que también había ido a recibir "luces" a la Logia de Nueva Orleans, regresó en julio de 1855 para unirse al movimiento de Juan Alvarez.

(1855)

En agosto de ese mismo año Santa Anna comprendió que la insurrección tenía apoyo internacional, vio que su gobierno estaba perdido, dejó el poder y se embarcó a La Habana para luego irse ¡por fin para siempre! a su finca colombiana de Turbaco.

Entre tanto, Alvarez había formado un gobierno provisional en el que Comonfort fungía como presidente, pero al llegar a Cuernavaca designó a 26 individuos para que hicieran nuevo nombramiento, y naturalmente el propio Alvarez resultó "electo". El 15 de noviembre de 1855, dice el padre Planchet en "La Cuestión Religiosa", "a la entrada de Alvarez a México tuvo el clero que devorar en silencio la humillación de ir a esperar con palio y ciriales en la puerta de la catedral, y conducir al lado izquierdo del altar mayor, cantando un solemne Te Deum, a aquel mulato semibárbaro, que un mes antes y sin formalidades jurídicas, había despojado al clero del convento del Espíritu Santo en la capital, para regalarlo a su parcial Vicente García Torres, así como lo había despojado del derecho de votar".

Alvarez se instaló en el Palacio Nacional junto con una chusma de guerrilleros que convirtieron los patios en un muladar, donde muchos de ellos se embriagaban y daban alaridos de torva alegría. Pero luego se sintió fuera de medio en México y se regresó a Guerrero, no sin nombrar arbitrariamente como sucesor suyo a Ignacio Comonfort. A esto siguió un levantamiento de conservadores en Zacapoaxtla, encabezado por Luis G. Osollo, quien alegaba que el nombramiento de Comonfort era ilegal. Los conservadores usaban un emblema verde, tomaron Puebla y recibieron el apoyo del obispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, pero Comonfort —que usaba el emblema rojo— los derrotó y el obispo fue expulsado del país.

Para mayor seguridad del nuevo régimen el ejército profesional fue disuelto y sustituído por una Guardia Nacional, especie de "milicianos". En apariencia los liberales quedaron dueños del campo nuevamente. La realidad es que ellos sólo eran una fachada moderada de lo que en el fondo seguía siendo el control masónico internacional. **La palabra liberalismo implica tolerancia, moderación, condescendencia con todas las corrientes ideológicas y armonización de intereses.** Pero bajo estos velos atractivos para cierto número de adeptos sinceros, se

———————

dactado por el Lic. Eulogio Romero, masón que tiempo antes se había significado como partidario de que México fuera anexado a Estados Unidos.

escondía la mano de la masonería, y tras ella, más oculta aún, se movía la milenaria pugna de lo judío contra lo católico.

Si los liberales sinceros hubieran aprovechado las lecciones del pasado, según las cuales atender las consignas internacionales era fomentar la división de los mexicanos y propiciar la anarquía y la ruina, el nuevo régimen liberal hubiera podido prestar un enorme servicio a la Patria. Pero desgraciadamente no fue así.

Otra oportunidad iba a ser desaprovechada. . .

El poder político no quedó verdaderamente en manos de los liberales sinceros ni dentro de las fronteras de México. (1)

El nuevo régimen fue otra vez instrumento de fuerzas internacionales y vino así la formación de un congreso en el que (sin pizca de liberalidad) ninguno de los legisladores militaba como católico, a pesar de que en teoría representaban a una población íntegramente católica. Y por consiguiente vino luego una serie de leyes o decretos (6 en menos de año y medio) que aunque en algunos aspectos interpretaban ideas liberales que en todo el mundo acabarían por ser implantadas, en otros herían los sentimientos populares y provocaban innecesario malestar. La prohibición de que la Iglesia tuviera propiedades, cosa que no regía ni para los extranjeros ni para los delincuentes, era difícil de aceptar por la mayoría católica. Y la Ley de Obvenciones que convertía al clero en asalariado del Gobierno, y en cierta forma en dependencia de él, tampoco podía ser visto con simpatía por un enorme porcentaje de mexicanos.

(1856) El hecho de que esa serie de leyes hubiera sido inspirada por las Logias desde 1833 y de que en 1856 no hubiera clima propicio para reformas que en algunos ramos eran inevitables con el tiempo, creó una conmoción nacional en momentos en que México reclamaba la energía de todos sus hijos para su reconstrucción. Los ánimos fueron agitándose y en 1856 hubo 30 pronunciamientos.

Aunque empeñados en una lucha contra la Iglesia y el Clero, los jefes del Gobierno no querían revelarlo claramente ante el pueblo y usaban la "táctica de lucha" de aparentar una cosa y hacer otra, consecuente con lo cual el Presidente Comonfort asistía el 16 de septiembre (1856) al Te Deum en Catedral.

Y consecuente también con esa "táctica de lucha" —que no es invención comunista como se dice, sino judía—, el 5 de febrero de 1857

(1) Es fundamental distinguir que muchísimos liberales sinceros anhelan un régimen de libertad, de contemporización y de condescendencia para todos los grupos políticos, bajo patrióticas inspiraciones, pero que frecuentemente son burlados en la política práctica y hasta ocasionalmente utilizados como instrumento de fanáticos que se fingen liberales y que son agentes ocultos de intereses internacionales.

 Valentín Gómez Farías, presidente del Congreso, se arrodillaba delante del libro de los Evangelios y juraba la nueva Constitución, versión perfeccionada de la que había sido proclamada en 1824 por los masones yorquinos. En el fondo estaba montándose la lucha contra la Iglesia, pero se tejía una apariencia falsa de fervor católico para engañar a las masas, que casi siempre juzgan sólo por apariencias.

Aparte de la lucha anticatólica que se planteaba detrás de diversas reformas, fue modificada la Constitución para crear los Estados de Colima, Aguascalientes y Tlaxcala, que nacían casi sin medios para subsistir. (Otra innovación fue establecer el derecho de amparo, teóricamente magnífico, aunque en los casos más graves no funciona en la práctica).

En cuanto a las restricciones impuestas en aquel entonces al Clero, muchas han sido admitidas como cosa natural del cambio de las circunstancias y otras, la mayoría, están aún emplazadas para aplicación futura. Pero resulta evidente que en 1857 aquella Constitución era impolítica o impopular, de tal manera que su implantación no se justificaba. Aquella Constitución dividía, en vez de unificar, creaba malestar, en vez de confianza y orden, y era un nuevo factor de derramamiento de sangre y de anarquía. Y si los liberales hablaban tanto de democracia y de "soberanía del pueblo", menos podía justificarse una ley que no sólo no representaba el sentir de la mayoría, sino que lo antagonizaba, y que únicamente halagaba al pequeño grupo de los hermanos de logia que interpretaban consignas extranjeras. Estos constituían el impulso y la inspiración de la Reforma; en su celo por servir a sus "venerables" de Nueva Orleans no vieron —y algunos que sí lo vieron no les importó— que tal empeño conducía a una nueva guerra civil. Y la innovación venida de fuera, impuesta con influencias extranjeras, inoportunamente además, volvió a torcer el destino natural de México. (1)

En esos días la Cámara de Senadores funcionaba en el Palacio Nacional y había sido consagrada públicamente como templo masónico del Rito Nacional Mexicano.

El 17 de marzo de 1857 se decretó que todos los servidores públicos deberían jurar la Constitución y que sería cesado el que no lo hiciera; tal cosa llevaba implícito un reto masónico al catolicismo y éste respondió, por boca del Arzobispo Lázaro de la Garza, diciendo que "no era lícito jurar la Constitución por contener varios artículos

(1) Karl Marx, el israelita que dio forma teórica al comunismo, decía que tal Constitución era *"la más progresista de todas las Constituciones vigentes en su tiempo"*. (En el lenguaje de los rojos se llama "progresista" lo que es favorable al comunismo y se tacha de "reaccionario" u "oscurantista" todo lo que se le opone).

contrarios a la institución, doctrina y derechos de la Iglesia". La pugna se hizo más violenta y el país se convirtió en una ascua.

Los católicos ilustrados —que arrastraban consigo a una masa que no alcanzaba a discernir argumentos— alegaron que la religión era el único lazo de unión entre las diversas clases sociales y las diversas sangres que iban formando la nación mexicana, por lo cual resultaba absurdo que se pretendiera la ruptura de ese único aglutinador de la nación. Y además no se justificaba que una pequeñísima fracción de habitantes que deseaba iguales derechos para otros cultos religiosos inexistentes en México, provocara un conflicto nacional. En cuanto a la prohibición de que la Iglesia tuviera bienes, ésta alegaba que el derecho de poseer nace del derecho de existir, y si los extranjeros y hasta los delincuentes podían tener bienes, era discriminatorio que se le negara ese derecho a la Iglesia.

Igualmente se decía que era injustificada la disposición de que todo ciudadano con modo honesto de vivir podía votar, menos los sacerdotes; al extranjero nacionalizado se le daban más derechos cívicos que al religioso nacido en México y de ascendencia mexicana. Y si la causa de esa discriminación era la de profesar una religión con sede en Roma, parecía entonces lógico que también se privara del derecho de voto a los masones, cuyas logias siempre dependen de secretos mandos con sede en el extranjero.

Si gobernar es el arte de mandar, de transigir, de equilibrar intereses y de interpretar y armonizar anhelos populares, la Constitución de 1857, por lo menos en aquel momento, era inaplicable. Los hechos se encargaron de demostrarlo así desastrosamente. Pronto comenzaron a multiplicarse los brotes de rebeldía en diversos rumbos y a generalizarse la zozobra y el malestar en todos los negocios.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado se hicieron más difíciles. Dentro del mismo clero hubo muchos disidentes, algunos quizás porque sólo habían tomado los hábitos para realizar mejor su labor como enemigos de la Iglesia. Los padres Jesús Bustamante, Norberto Guerrero y el Dr. Javier Aguilar y Bustamante militaban decididamente en el bando del "venerable" Juan Alvarez. Este se hallaba en su papel pero aquéllos no, porque actuaban contra la fe que aparentaban representar.

Otros muchos, como Jesús Díaz Leal, Enrique Orestes, Antonio Pérez, Juan González, Rangel, Vigueras, Trespeña, también actuaron en contra de los intereses de su sacerdocio. El Padre Planchet dice que "con tal de conservar bienes materiales, como el edificio de un seminario, sacrificaban la inmunidad de los principios católicos y se gloriaban, con el Sr. José Ma. Guerra, Obispo de Yucatán, de no haber lanzado ninguna pastoral en contra de las leyes de Reforma. El Obispo de Linares, Francisco de Paula Verea, silenció



Esta es una de las muy pocas fotografías auténticas de Juárez, tomada en El Paso, Tex., y por eso difiere algo de su retrato-pintura, que es el más popular. Don Benito estuvo a punto de ser fusilado, pero su adversario (el general Carlos Landa) le perdonó la vida.

injusticias, y se hizo miembro y posteriormente Gran Maestro de la Institución Masónica. . ." Todo esto sin perjuicio de que en 1841, como secretario del gobernador Antonio de León, Juárez conminara a unos remisos para que pagaran el diezmo a "Nuestra Santa Madre Iglesia"; en marzo de 1850 ordenó que se dieran ejercicios espirituales a los presos de Oaxaca y en julio del mismo año asistió a una procesión solemne contra el cólera morbus y exhortó a los empleados a comulgar. Pero todo esto era "táctica de lucha", dado el ambiente religioso que imperaba en México. En el fondo era enemigo de la Iglesia y místico de la masonería).

Al formarse el nuevo gobierno no masónico en México, Juárez se fue a Querétaro y luego a Guanajuato, donde lanzó un manifiesto en el que se hacía pasar como católico, quejándose de que los enemigos "han invocado el nombre sagrado de nuestra religión". Luego explicaba que se hacía cargo de la Presidencia "obedeciendo al llamamiento por la nación". Nueve estados secundaron a Juárez y 12 a Zuloaga (grupo no masónico).

(1858) Las tropas del general Osollo derrotaron a los juaristas del general Doblado (Salamanca, marzo 9 de 1858); Juárez se sintió inseguro y fue a refugiarse a Guadalajara, donde lo hicieron prisionero junto con tres de sus ministros y lo encerraron en una celda del Palacio de Gobierno. Luego lo iban a fusilar, pero el general Carlos Landa, conservador, tuvo compasión de él y le salvó la vida. Lo que sobre el particular refieren ciertos historiadores es infantil, o sea que ya formado el cuadro para ejecutar a Juárez, Guillermo Prieto gritó a los soldados: "¡los valientes no asesinan!", y que entonces el pelotón, enternecido, desobedeció la voz de fuego y se echó los rifles al hombro. (Tan candorosa versión tiene por objeto pasar por alto el contraste de que Landa no ejecutó a Juárez, y en cambio su hijo el coronel Antonio Landa fue fusilado por el general juarista Zuazua, cuando poco después éste lo hizo prisionero en Zacatecas).

Salvado Juárez del paredón, fue luego rescatado por sus partidarios, dio facultades extraordinarias al general cubano Parrodi, como jefe de las tropas juaristas, y en busca de un lugar más seguro se trasladó a Colima, pero como sus perseguidores lo seguían de cerca, de ahí se embarcó hacia el Canal de Panamá, con destino a la capital masónica de Nueva Orleans, en la que estuvo tres días (28 de abril al 1o. de mayo de 1858).

De acuerdo con la ley, Juárez había dejado de ser Presidente al abandonar el país, pero en Nueva Orleans adquirió nuevos ímpetus y regresó al territorio nacional para instalar un gobierno en Veracruz.

Entretanto, los conservadores se adueñaban de casi todo el país. A las tropas regulares se unieron algunos grupos de católicos no militares, cuyo grito de guerra era "Viva Cristo Rey", razón por la cual fueron por primera vez conocidos como "cristeros". Osollo ocupaba Guadalajara y Zacatecas; Miramón triunfaba en Puerto de Carretas, y el dominio del régimen de Zuloaga se extendía hasta Sinaloa y Durango, por el noroeste; hasta Tabasco y Yucatán por el Sureste y casi por todo el centro del país, incluyendo la capital. Este régimen fue reconocido por todos los países con los cuales México cultivaba relaciones. Sus rivales juaristas sólo actuaban en grupos aislados, en el sur de Jalisco y en el Norte y Noroeste del país.

La situación era extremadamente difícil para Juárez y así lo vio incluso el embajador americano, Mr. Forsyth, que el 16 de abril dirigió al ministro de Estados Lewis Cass la siguiente carta: "Los liberales (juaristas) desde que están fuera del gobierno, tratan de apoyarse solamente en un protectorado americano y alimentan esperanzas de ponerlo en práctica cuando vuelvan al poder; pero, como siempre, han empezado a pensar en ello cuando ya es demasiado tarde. Es evidente que don José Ma. Mata ha ido de Veracruz a Washington con tales proposiciones por parte del Gobierno de Juárez".

Mr. Forsyth añadía que Lerdo de Tejada estaba convencido de que "un estadounidense y protestante será el único remedio de México".

Aunque no simpatizaba con el Gobierno de Zuloaga, sino con Juárez, el presidente de los Estados Unidos había reconocido a aquél porque controlaba la mayor parte del país, y porque a río revuelto quiso ver si habría ganancia de pescadores.

Mr. Forsyth ofreció a Zuloaga 25 millones de pesos por Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. El



Forsyth ofreció al Presidente Zuloaga 25 millones de pesos a cambio de Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Con ese dinero Zuloaga podía rehacer sus menguadas finanzas, pero rechazó la propuesta explicando que tal venta exacerbaría la guerra y "se prolongaría más la discordia civil". Poco después la Casa Blanca desconoció a Zuloaga y luego reconoció al régimen de Juárez.

erario estaba exhausto por la contienda y además un arreglo así podía hacer variar las simpatías juaristas del presidente Buchanan. Pero Zuloaga contestó negativamente, por conducto de su ministro de Relaciones, Luis G. Cuevas, quien explicaba que "una enajenación tan

> considerable de territorio, sin otro motivo que el de proporcionarse recursos para continuar la guerra, exacerbaría ésta y se prolongaría más la discordia civil".

Irónicamente el historiador Planchet comenta que si Zuloaga hubiera contestado que sí, ahora sería un héroe nacional y Juárez un traidor.

Pero no hubo arreglo con Zuloaga y Mr. Forsyth aumentó entonces la ayuda a los juaristas. "Mi casa —escribía el ministro en 'Daily Register'— fue siempre el refugio y el asilo abierto a cuantos tenían su libertad o su vida amagada por la tiranía de Zuloaga. Miguel Lerdo de Tejada fue huésped mío por cosa de cuatro meses. . . Cuando el general Blanco se acercó a México, a mí fue a quien confió el depósito de sus arcas militares, como el seguro amigo de la causa liberal".

Es más, Blanco llevó a la casa de Mr. Forsyth 46 barras de plata que había sacado de la Catedral de Morelia. Poco después el Embajador declaró que un impuesto fijado por el gobierno era ilegal y recomendó a los americanos que no lo pagaran, lo cual dio coyuntura al extranjero Salomón Miguel para crear agitación contra el régimen de Zuloaga.

A continuación el Presidente Buchanan retiró a Mr. Forsyth, con el pretexto de darle un descanso, y en agosto anunció que ya no podía seguir reconociendo al gobierno de Zuloaga, del bando no masónico, porque era vacilante, y que reconocería al que consiguiera controlar a todo el país.

El libre juego de las fuerzas nacionales en pugna estaba dando el triunfo al régimen de Zuloaga, pero en contra de ese hecho iba a imponerse nuevamente el peso de fuerzas extrañas a México. Desde luego la lucha armada se prolongó y se hizo más sangrienta e implacable.

El general juarista Juan Zuazua recapturó Zacatecas y fusiló sumariamente (abril 30 de 1858) a los prisioneros conservadores coronel Antonio Landa (hijo del general Carlos Landa, que en Guadalajara le había perdonado la vida a Juárez), al teniente coronel Francisco Aduna, al comandante Pedro Gallardo y al capitán Agustín Dreschi. El jefe liberal Santos Degollado dio su aprobación a esas insólitas ejecuciones de prisioneros y las llamó "merecido castigo".

Este primer paso de los liberales fuera de las normas de guerra que se acostumbraban, habría de enardecer los ánimos y de provocar represalias. Poco después un eminente masón, el doctor Ignacio Herrera y Cairo, capturado en Ahualulco, Jal., fue ejecutado por los conservadores. (1)

Entre las fuerzas del general juarista Santos Degollado, que asediaban a Guadalajara, figuraba un batallón de rifleros comandado por el judío-americano Joe Chesman, abastecido de rifles de precisión Mississippi y Sharp, desconocidos hasta entonces en México. Estas armas jugaron importante papel en la captura de Guadalajara. Al caer la ciudad, el cónsul de Prusia, Teodoro Kunkart, intervino a fin de que se celebrara un armisticio, según el cual se respetaría la vida al defensor, general Blancarte. Esto disgustó sobremanera al venerable maes-

(1) En 1893 el corazón de Herrera y Cairo fue llevado a un Templo Masónico de San Francisco, Cal.



Santos Degollado, general juarista, tenía un batallón de rifleros comandado por Joe Chesman. Hizo más de 60 ejecuciones de prisioneros en Guadalajara, incluso a los que les había ofrecido armisticio y a los heridos. La lucha era a muerte. Para arrastrar masas recomendaba dar rienda suelta a los instintos destructivos.

tro Pedro Ogazón, de la Logia de aquel lugar, y el 29 de octubre las tropas liberales penetraron en la casa de Antonio Alvarez del Castillo, donde se hospedaba el general Blancarte, y lo mataron. El coronel Moncayo, refugiado en el consulado francés, recibió seguridades de que se respetaría su vida y fue llevado por el cónsul a las oficinas del general Santos Degollado, el cual desconoció el compromiso y ordenó ahorcarlo en la Plaza de Armas. Moncayo pidió que lo mataran de otro modo, pero fue inútil; a empellones lo condujeron hasta la plaza principal, lo subieron a una carreta de bueyes, lo colgaron de un árbol y luego retiraron la carreta. Más de 60 prisioneros conservadores habían corrido ya igual suerte con lujo de exhibicionismo. El comandante Florentino Cuervo hizo macabros festivales públicos. Quizá uno de los peores fue el de la ejecución de otro prisionero conservador, el teniente coronel Manuel Piélago, que se hallaba gravemente herido en el pecho; mal vendado y perdiendo sangre lo llevaron en silla de manos hasta el palacio del obispado y lo colgaron del balcón principal pero la soga se reventó y Piélago cayó de considerable altura, todavía con vida; luego volvieron a colgarlo, casi desnudo. Como un espectador exclamó: "¡infames!", alguien le dio a éste un tiro en la cabeza y lo mató, en tanto que se prendían fogatas y una banda de música tocaba como si se tratara de un festival.

La guerra contra los conservadores era, pues, una lucha a muerte en que ya no se respetaba al prisionero ni se cumplía la palabra empeñada.

En el bando no masónico había ciertos principios comprensibles para las masas que lo seguían; se enarbolaba la defensa de la fe y de la

organización religiosa. En el bando masónico-liberal la bandera era el "constitucionalismo", con principios difícilmente asequibles, que no eran un móvil claro ni convincente para las masas.

Así se explica que Santos Degollado le escribiera a su amigo Epitacio Huerta: "¿Cómo quieres, imbécil, dar incremento a la revolución si prohibes a tus hombres tomar cuanto les venga a la mano, matar a cuantos te sean contrarios, beber hasta embrutecerse, burlar a las mujeres hasta saciarse? ¿Qué aliciente puede presentar un movimiento que por fuerza ha de hacerse con hombres brutales, si les has de refrenar sus instintos? Cambia de táctica o nos perdemos. Recoge cuanto bribón puedas, ninguna cárcel dejes cerrada; con esos hombres que la sociedad rechaza hemos de hacer la guerra a la sociedad". (1)

El propio Juárez también le aconsejaba a Epitacio Huerta (2 de marzo 1860): "Es preciso tolerar los excesos que cometan algunos de los guerrilleros en odio a los reaccionarios, porque de otro modo nos abandonarían".

De ahí las orgías y los asesinatos y el pillaje de las brigadas de Rojas, de Carvajal, de Herrera y de tantos otros. Irse "a la bola" era una oportunidad de orgía que muchos aprovechaban gustosos. Se recurrió a los más devastadores instintos para que sirvieran de móvil a las levas que hacían los jefes liberales, cuya bandera "constitucionalista" no podía entusiasmarlas porque ni siquiera la comprendían. La lucha se tornó extraordinariamente cruel hasta para los civiles. Poblados y aldeas inermes eran botín de aquella ciega furia. Cesó toda sombra de respeto para los bienes privados, para las mujeres y para la existencia misma.

Los juaristas recuperaban Zacatecas y perdían Tampico; recuperaban San Luis y Durango, y perdían Guanajuato, avanzaban y retrocedían, y la población civil sufría hambre y vejaciones quizá desconocidas hasta para los hombres de las cavernas.

BUCHANAN GANA LA GUERRA DE LOS 3 AÑOS

Después de que la Casa Blanca desconoció al gobierno de Zuloaga (no masónico) aumentó sus envíos de armas al bando que tenía a Juárez como líder. Naturalmente esto producía desánimo entre los conservadores y alentaba a sus contrarios, pues ningún gobierno mexicano puede sostenerse mucho tiempo si los gobernantes de Norteamérica le son hostiles. Y para que no quedaran dudas respecto al bando que estaba siendo apoyado por un grupo de gobernantes de Washington —el pueblo americano no había tomado propiamente partido por nadie—, el presidente Buchanan

(1) Vidas y Tiempos.—Por Antonio de la Peña y Reyes, liberal.

—venerable gran maestro— dirigió un mensaje al Congreso de su país el 4 de diciembre de 1858, en el que decía: "Existe hoy, sin duda, suficiente causa para el recurso de guerra contra el gobierno (mexicano) que se halla funcionando todavía en la capital. Si llegase a conseguir el triunfo sobre las fuerzas constitucionales, habrá cesado entonces, toda esperanza racional para el arreglo pacífico de nuestras diferencias".

Apenas a 10 años de la pérdida de medio territorio mexicano, y a 5 años de la pérdida de La Mesilla, el presidente Buchanan agregaba en dicho mensaje que si el bando de Zuloaga llegara a triunfar, él pediría al Congreso americano "la facultad de apoderarse de una parte suficiente del remoto y agitado territorio de México, para conservarlo como garantía hasta que se reparen nuestros ultrajes y se satisfagan nuestras justas reclamaciones".

Al mismo tiempo pedía al Congreso la virtual ocupación de Chihuahua y Sonora mediante "puntos militares" como "protección", pero había muchos legisladores que realmente representaban el sentir del pueblo americano y esa demanda no fue aprobada.

El venerable maestro Buchanan pintaba en cambio un cuadro color de rosa si triunfaba en México el grupo masónico, porque entonces, decía, "habría razón para esperar que se hallase (el gobierno mexicano) animado de un espíritu menos hostil, y podría conceder a los súbditos norteamericanos aquella satisfacción que exige la justicia".

La intervención de Buchanan era categórica, decisiva, y pronto se hizo sentir arrolladoramente. El 20 de diciembre el general Miguel María Echegaray oteó de dónde soplaba el viento y se pronunció en Ayutla, Méx., contra sus jefes conservadores; el general Robles Pezuela lo secundó en la capital y el Presidente Zuloaga fue depuesto el 22 de diciembre. Echegaray ya hacía tiempo que pensaba en la defección y había frustrado mañosamente la ofensiva sobre Veracruz, que era el principal reducto de Juárez.

La traición de Echegaray y de Robles Pezuela salvó a las maltrechas fuerzas de Santos Degollado que se retiraban de Jalisco hacia Colima, pues el general Miramón ya no pudo darles el tiro de gracia porque tuvo que trasladarse rápidamente a la capital para dominar a los facciosos.

El prestigio de Miramón como táctico y valeroso dirigente de hombres, pese a que apenas contaba 27 años de edad, iba en vertiginoso ascenso. Era ya una de las figuras principales y en la batalla de Ahualulco y en otras varias había revelado notables facultades militares. Cuando en la ciudad de México los pronunciados Echegaray y Pezuela supieron que Miramón se aproximaba a combatirlos, le enviaron emisarios para ofrecerle la presidencia de la República, tal vez pen-



General Leonardo Márquez, conservador, cometió la crueldad de fusilar en Tacubaya a 16 prisioneros, a los que los juaristas llamaron "los mártires de Tacubaya". Anteriormente los liberales se habían anticipado en hacer "mártires" a otros prisioneros en Zacatecas y Guadalajara. Tan mártires eran unos como otros, mártires de una fuerza extraña.

sando que en esa forma se lo ganarían para deslizarlo hacia el bando masónico. Pero Miramón rechazó la tentadora oferta, batió a los rebeldes, recuperó la capital y restableció en la Presidencia al general Zuloaga el 24 de enero de 1859, o sea 33 días después de su derrocamiento.

(1859)

Sin embargo, Zuloaga ya había perdido la moral, no quería luchar, dimitió y nombró sucesor suyo al propio Miramón, quien empezó a gobernar el 31 de enero.

Inmediatamente Miramón agrupó un ejército de 4,000 infantes y marchó a ponerle sitio a Veracruz, donde se hallaba Juárez con 4,000 hombres bien parapetados y suficientemente equipados. Pero antes de que la batalla por Veracruz llegara a una decisión, la ciudad de México fue amagada por Santos Degollado, aquel que en Colima se salvó de una derrota total debido a que Miramón había tenido que ir a doblegar a Echegaray y a Robles Pezuela, que traicionaron a su causa.

Santos Degollado estaba atacando a México (abril 1o. de 1859) no porque hubiera muchas probabilidades de tomarlo, sino por aliviar la presión de Miramón contra Veracruz. En efecto, Miramón tuvo que suspender el asedio sobre el puerto y se trasladó a la capital. Al llegar se encontró con la novedad de que su compañero, el general Leonardo Márquez, acababa de derrotar a Degollado en las Lomas de Tacubaya. Entre los muertos de los vencidos había cinco cadáveres de norteamericanos, incluso el del capitán Green.

Al concluir la batalla de Tacubaya, Márquez ejecutó a 16 de los prisioneros, incluso varios civiles y un médico británico, que según los conservadores era perito de artillería. Los juaristas llamaron a esos

fusilados "los mártires de Tacubaya", que todavía ahora son recordados. Es indiscutible que Márquez procedió ahí con crueldad innecesaria, o cuando menos que la toleró a sus subordinados —según posteriormente lo dio a entender—, pero también es un hecho que los juaristas se olvidaron del antecedente histórico de que ellos se habían anticipado a hacer mártires en Zacatecas a los prisioneros conservadores Manero, Landa, Drechi, Gallardo y Aduna, y en Guadalajara al general Blancarte, al coronel Moncayo, al coronel Piélago y a otros 60 más.

En último análisis tan mártires eran unos como otros: mártires de una fuerza extraña a México que provocaba y prolongaba nuestra lucha civil; mártires de una pugna que siglos antes se había planteado muy lejos de aquí, entre los Reyes Católicos de España y la colonia judía expulsada por ellos; mártires mexicanos, a sabiendas o no, de la lucha entre las fuerzas cristianas (representadas por su ramificación que eran los conservadores) y las fuerzas judaicas internacionales (representadas por su ramificación que eran los masones).

El ataque de Santos Degollado a la capital había obligado a Miramón a levantar el sitio de Veracruz para enviar refuerzos a la metrópoli. Benito Juárez se hallaba establecido en ese puerto desde un año antes, a raíz que llegó de Nueva Orleans, y obtuvo un respiro al interrumpirse el ataque de Miramón. El año anterior había terminado el período presidencial para el cual podía alegar derechos, pero su situación estaba reforzándose con el creciente apoyo de la Casa Blanca. En febrero (1859) un enviado secreto, Mr. William M. Churchwell, llegó a Veracruz y concertó con el gobierno juarista un protocolo que en resumen establecía los siguientes puntos de acuerdo:

1.—Baja California pasaría a depender de Estados Unidos. Luego se fijaría una indemnización.

2.—Derechos de tránsito comercial y militar a los norteamericanos, de El Paso, Texas, a Guaymas; de algún punto del Río Grande a Mazatlán, con guarniciones mexicanas o americanas; derecho de vía perpetuo a través del Istmo de Tehuantepec.

3.—Una parte de los fondos por indemnizaciones quedaría como abono de la deuda de México.

Dos meses más tarde (en abril) llegaba a Veracruz otro enviado del presidente Buchanan, el ministro plenipotenciario Robert MacLane, quien pidió confirmación sobre lo convenido con Mr. Churchwell y la obtuvo el 5 de abril, de parte del ministro de Relaciones de Juárez, Melchor Ocampo. Ese día se firmó un memorándum sobre el particular.

Aunque Buchanan había anunciado que no reconocería a ninguno de los dos beligerantes hasta que uno de ellos dominara totalmente el

país, al día siguiente de que MacLane obtuvo la confirmación sobre concesiones, anunció el reconocimiento del régimen de Juárez por parte de la Casa Blanca (abril 6), a la vez que elogiaba la nueva Constitución. Juárez le contestó a MacLane que se esforzaría "en merecer

> la confianza que Vuestra Excelencia manifiesta de que mi administración consolidará entre nosotros los grandes principios de la libertad constitucional".

Tres meses después Juárez expedía la Ley de Nacionalización para confiscar los bienes de la iglesia, a la cual culpaba de los males que sufría la nación (julio 12), y cuatro meses más tarde se transladaba de Nueva Orleans a Veracruz el venerable Charles Laffon de Landebat, grado 33, para ofrecer más auxilios a Juárez y para vigilar la logia "La Fraternidad", recientemente establecida en Veracruz.

Entretanto, se formulaba un proyecto de Tratado en el que se establecía que Estados Unidos ayudase "a sostener el orden y la dignidad en el territorio mexicano"... "para facilitar la radicación y desarrollo de los principios democráticos. Para oponerse a la conservación de los restos de los abusos feudales de que están todavía infiltrados casi todos los elementos de la educación pública". (1)

Después de algunos regateos, MacLane y Melchor Ocampo firmaron un tratado entre México y Estados Unidos, el 1o. de diciembre. Se ratificaba en él todo el convenio por el cual Santa Anna había entregado el territorio mexicano de La Mesilla, y además concedía al gobierno de la Casa Blanca el derecho de paso a perpetuidad por el Istmo de Tehuantepec; paso de Nogales a Guaymas, y de Camargo y Matamoros (vía Monterrey) hasta Mazatlán. El tránsito a través de esas rutas podía ser garantizado con tropas americanas sin previo consentimiento del gobierno mexicano. Se darían 4 millones de pesos a Juárez. (2)

La nueva Constitución y toda la Reforma religiosa subsecuente iban a triunfar, pues, no por obra del libre juego de las fuerzas nacionales en pugna, sino por obra del apoyo que le otorgaba el venerable maestro Buchanan. El historiador Dr. Chism, venerable masón de Norteamérica, dice que la francmasonería debería mantenerse apartada de la política, pero que nunca puede ser indiferente a los acontecimientos

(1) Texto completo publicado en "Mosaico Histórico".—Por Jorge Flores D.

(2) En las negociaciones preliminares con Mr. Churchwell se había convenido la venta de Baja California, pero luego en las pláticas Ocampo-MacLane hubo reticencias por parte del primero, además de que Miguel Lerdo de Tejada aconsejó que se pidiera un precio alto. Y como el asunto no avanzaba rápidamente, se firmó primero el tratado para tasajear al país con las vías de "tránsito libre", a reserva de celebrar otro tratado respecto a la Baja California. Juárez llegó a considerar en esos días la posibilidad de que vinieran a reforzarlo voluntarios americanos que previamente renuncia-

políticos que afectan los principios fundamentales de la Orden. Y agrega: "No es por lo tanto, ningún reproche que hacemos a los hermanos

> mexicanos, el afirmar que la nueva Constitución de 1857 todavía vigente en la República, con pocas modificaciones, fue obra de la Orden Masónica, y especialmente del Rito Nacional Mexicano, el que de esta manera coronó su obra, comenzada en 1833 y llevada en 1857 a una conclusión triunfante". (1)

Y esa obra masónica, cuya primera etapa se inició desde 1822 en contra de Iturbide, que en 1833 entró en nueva fase de actividad con el restablecimiento de Gómez Pedraza en el poder, y que en 1857 fue más al fondo de la organización política de México, tuvo en todo momento la dirección y la ayuda de la masonería internacional con sede en Charleston y Nueva Orleans.

Las concesiones que Juárez había hecho a Norteamérica en el Tratado MacLane-Ocampo, que mediante los pasos de tránsito propiciaban nuevas mutilaciones territoriales, provocaron malestar hasta en sus propias filas. Militares juaristas en la guarnición de Veracruz, como el mayor Francisco Millán y el capitán Uriarte, protestaron contra esas concesiones. Los oficiales Arrillaga, Suárez, Canal y otros se separaron del servicio. Guillermo Prieto dejó el ministerio de Hacienda, y otros allegados a Juárez también vieron con malos ojos el Tratado. Pero los masones fanáticos lo hallaban muy natural y su portavoz periodístico, "Guillermo Tell", decía el 24 de octubre (1859): "¿No es

> cierto que si todos somos hermanos, la patria no es una extensión de arena, sino que lo es el Universo? Pues ¿cómo os atrevéis a decirle a un pueblo que recibe el auxilio de sus hermanos, que con esto traiciona a la patria?"

Un periódico de Nueva Orleans ("The Daily Picayune") decía el 21 de diciembre que los cuatro millones entregados al gobierno de Juárez eran una cantidad "muy pequeña para pagar concesiones tan ex-

> tensas y tan valiosas... Tenemos ahora el derecho de tránsito por Tehuantepec, y un dominio tan completo sobre otras dos vías, como pudiéramos tenerlo si hubiésemos comprado el territorio... Las concesiones hechas a los Estados Unidos por la administración de Juárez son extremadamente liberales y es indudable que hallarán vigorosísima oposición de parte de los reaccionarios".

Sin embargo, muchos periódicos de Estados Unidos reflejaban que el pueblo americano no tenía animosidad ni ambiciones contra Mé-

---

ran a su nacionalidad, cosa a lo cual se opuso MacLane. Por su parte, el Presidente Buchanan sopesaba la conveniencia de una total anexión de México a Estados Unidos, pero como la población de aquel país sólo era entonces de 32 millones y había grandes territorios sin poblar, se vio que tal anexión implicaría muchas dificultades.

(1) Historia de la Masonería Mexicana.—Por el Dr. Richard E. Chism.

xico y criticaban abiertamente el Tratado MacLane-Ocampo. El "Boston Courrier" señalaba que ese pacto no debía ratificarse porque

> "Juárez no tiene Congreso que apruebe un tratado, ni autoridad para ejecutarlo".

Otro diario de Boston, "The Atlantic", decía: "Quizá con la esperanza de asegurarse para sí un gobierno más firme y duradero,

> Juárez vino a representar un papel no común en su país, el
(1860) de destruir su independencia". (Abril 1º de 1860).

Mientras el Gobierno de Miramón hacía gestiones en Washington para que el ominoso Tratado no se aprobara, Juárez ratificaba el documento (mayo 15 de 1860) y tenía comisionado a su ministro José María Mata para gestionar que entrara en vigor cuanto antes. Fue paradójico que varios legisladores americanos se opusieran al Tratado y que Mata los visitara para tratar de convencerlos de que deberían aprobarlo.

En esa ocasión fue visible una vez más que los rasgos censurables de la política exterior de la Casa Blanca no eran obra del pueblo americano, sino de altos e influyentes círculos masones y plutocráticos judíos. En la sesión secreta del 31 de mayo los senadores judío-americanos Simons y Benjamín hablaron en favor del Tratado MacLane-Ocampo, y los senadores Wigfall, Hammond y Seward se opusieron. La influencia de los primeros no era en ese momento tan decisiva y el Tratado fue luego rechazado como indigno de que lo aprobara Estados Unidos. (También se ha dicho que en esto influyó el malestar precursor de la guerra de secesión y el consiguiente interés de los Estados del Norte en que no se vigorizaran más los Estados del Sur. Pero fue evidente que muchos periódicos y legisladores coincidieron con la opinión pública americana, la cual no alentaba ambiciones dañinas contra México, pese a que el momento era propicio para imponernos devastadoras condiciones).

Por otra parte, simultáneamente con las reformas religiosas que Juárez decretaba en Veracruz, la masonería llevaba dos años propiciando la difusión del protestantismo. Melchor Ocampo había escrito (agosto 2 de 1858) a Santos Degollado que para derribar al Clero era necesario "ir formando un clero protestante", y en 1859 hubo gestiones para que el Clero mexicano se separara de Roma; llegó a planearse que el Primer Pontífice de la Iglesia mexicana fuera el señor Padío, antiguo cura de Sotuta, Yuc.

Por lo que se refiere a las operaciones militares a fines de 1859 y principios de 1860, no eran favorables a las tropas juaristas, las cuales acababan de fracasar en su asalto a la capital. En noviembre los conservadores dominaban casi todo el país después de que Miramón derrotó completamente en La Estancia, cerca de Celaya, a las tropas de Doblado y Degollado, con lo cual quedó dueño del Bajío. En seguida

volvió sus tropas hacia el Occidente, persiguió a las fuerzas del gobernador de Colima y las venció en la Barranca de Tonila.

Los únicos puntos fuertes que restaban a los juaristas eran Morelia y el puerto de Veracruz (entonces con una población de 12,000 habitantes). En otras regiones sólo operaban pequeños grupos desarticulados, que realizaban ataques de 'pega y corre'' sobre poblados desguarnecidos.

Prácticamente todo el territorio nacional se hallaba entonces dominado por el bando no masónico, cuya fuerza se hizo más patente en enero y febrero (1860) con la derrota de diversos grupos juaristas en Acopinalco, Naolinco, Acaponeta, Escuinapa, Santa Catarina, Salinas, Ejutla, Durango, Santa Bárbara y Zinapécuaro. Las tropas juaristas de Morelia tenían como jefe de la maestranza (servicio de mantenimiento de la artillería) al agente judío-americano Joe Chesman, capturado luego en Estancia de las Vacas.

Todos los puertos del Golfo y del Pacífico, con excepción de Veracruz, se hallaban en poder de Miramón. Los conservadores daban ya por consumado el triunfo y el 7 de enero lo celebraron con una gran concentración en la Villa de Guadalupe. A la vez Miramón hacía aprestos a fin de atacar y ocupar Veracruz, con lo cual se le pondría punto final a la campaña. Para el efecto encargó al almirante Tomás Marín la compra en Cuba de dos barcos, el "Marqués de La Habana" y el "General Miramón", con objeto de bloquear el puerto. Juárez se enteró de tal amenaza y acudió en demanda de ayuda al cónsul americano Mr. Twyman, quien vio que la crisis había llegado a su último instante y gestionó inmediatamente la intervención de la flota norteamericana.

Cuando los dos barcos mexicanos llegaron a Antón Lizardo, cerca de Veracruz, los vapores norteamericanos "Indianola" y "Wave", y la corbeta de guerra "Saratoga" (ejecutando órdenes del capitán Jerwis, y éste del Departamento de Estado), los atacaron en aguas mexicanas a las 11:30 de la noche (6 de marzo 1860) y los capturaron bajo el pretexto sarcástico de que eran piratas. Los capitanes de los barcos "Alcedo" y "Ollivier" (español y francés respectivamente) presenciaron el atropello y protestaron ante el capitán Jerwis por la violación de las leyes internacionales del mar. Los dos barcos mexicanos fueron conducidos a Nueva Orleans, donde el Tribunal de Presas dictaminó tiempo después que su detención era absolutamente ilegal. Sin embargo, ya para entonces se había frustrado el ataque a la principal base de Juárez, que se salvó gracias a la marina norteamericana.

Se trataba de una intervención evidente, pues tanto el "Indianola" como el "Wave" tenían soldados americanos de las corbetas "Savanah" y "Preeble" y eran mandados por los tenientes de la marina de guerra americana, Bryson y Kennard. El "Saratoga" estaba al mando del capitán Turner. El general Ignacio de la Llave y otros juaristas acompañaban a los captores norteamericanos. "El hecho —escribió

> Juárez— será inolvidable para la República mexicana y en el corazón de los demócratas el nombre de Turner y de los suyos vivirá eternamente". (1)

El mismo Juárez, en carta del 25 de abril (1860), daba a Epitacio Huerta la explicación de por qué había recurrido a la intervención americana: "El triunfo de la sagrada causa que defendemos está asegurado.

> Un gran pueblo ha hecho alianza con nosotros, y esa alianza, desde el suceso plausible de Antón Lizardo (o sea la intervención de los barcos americanos) ha dejado de ser un misterio. Siento como usted, que la gran familia liberal no haya podido sola, sin auxilio del extranjero, pulverizar a la reacción... Algunos liberales tibios reprueban mi conducta, creyendo que sin los vientos del Norte podía arribar a la capital de la República para encadenar bajo mis plantas a la hidra reaccionaria. Los que así piensan se engañan. Miramón había combinado perfectamente su plan de campaña sobre ese puerto baluarte de la libertad, de manera que si los vapores norteamericanos no capturan los buques de Marín y aprehenden a éste, la plaza se rinde, y la nefasta reacción triunfa indefectiblemente". (2)

Miramón, presidente y caudillo militar del regimen no masónico, vio entonces claro que podía vencer a los juaristas, pero no a los juaristas y a los norteamericanos juntos, y propuso un convenio que diera fin a la contienda. Sugirió a Juárez una asamblea de conservadores y liberales para formular una nueva Constitución que interpretara el sentir de ambos grupos, pero Juárez contestó que sólo habría paz si se aceptaba la Constitución de 1857. Esta actitud nada tenía de "liberal", o sea de generosa amplitud de criterio y armonía de intereses, que es lo que realmente significa tal palabra, CONVERTIDA EN DISFRAZ DEL FANATISMO MASONICO. En México no había más hermanos que los de los tres puntos.

Y mientras la ofensiva sobre Veracruz quedaba casi paralizada mediante la intervención de la flota americana, el general Zuloaga (titubeante ya en sus convicciones) percibió en la capital que la causa conservadora estaba perdida y dio un golpe de mano para adueñarse de la Presidencia. Miramón tuvo que desatender otra vez el acoso sobre Veracruz y enfrentarse personalmente a Zuloaga para reducirlo al orden.

Además, un nuevo peligro para el régimen de Miramón se perfiló

(1) Un Siglo de México.—Alfonso Junco.

(2) Carta publicada en 1860 y reproducida luego en "Sinopsis Histórica, Filosófica y Política de las Revoluciones Mexicanas" (1884) de Victor José Martínez. No ha sido refutada.

súbitamente en el Bajío, donde avanzaba el general juarista Jesús González Ortega, previamente abastecido en la frontera con armas y municiones norteamericanas, que de ninguna manera se producían en Zacatecas, de donde González Ortega avanzaba con 7,000 hombres.

Miramón salió con 3,000 infantes a darle batalla en Silao (agosto 10 de 1860), pero fue completamente derrotado. Miramón escapó casi de milagro, denunció que la artillería de González Ortega era asesorada por militares norteamericanos y regresó a la capital a improvisar un nuevo ejército.

Para el 17 de noviembre (1860) los llamados liberales avanzaban en diversos sectores. La situación de los conservadores era desesperada, pero Miramón todavía se mostraba animoso. Una fuerte columna juarista mandada por los generales Berriozábal y Santos Degollado llegó hasta Toluca, donde Miramón la hizo pedazos y capturó a los dos generales y a Gómez Farías. Pero poco después se aproximó a la capital el bien equipado ejército de González Ortega, ya con 16,000 hombres. Miramón disponía de 8,000 infantes bisoños y dio desesperada batalla en San Miguel Calpulalpan, donde fue vencido. (Diciembre 19).

La sangrienta lucha de los tres años había concluído. Prolongada primero por la intervención categórica del venerable Gran Maestro Jaime Buchanan, Presidente de Norteamérica, fue finalmente decidida por él.

El erario mexicano estaba en la miseria, la agricultura en gran parte abandonada, la pequeña industria y el comercio casi paralizados, todo por una lucha fratricida provocada y decidida desde el extranjero. Una vez más las fuerzas extrañas a México habían derrochado pródigamente vidas y esfuerzos mexicanos que deberían haber estado consagrados a la construcción de la Patria.

(1861) El 11 de enero (1861) Juárez entró triunfante en la capital.

"RESUCITARON" TESOROS Y NI EL POLVO SE LES VIO

Después de que el principal ejército conservador de Miramón quedó definitivamente destruido, continuaron luchando grupos aislados de combatientes, como el del general Leonardo Márquez, que capturó a Melchor Ocampo —el del tratado con MacLane— y lo fusiló como a traidor.

Aunque las tropas de Juárez ya eran fuertes y podían imponerse en batallas formales, continuaba la lucha de guerrillas, el descontento y la zozobra. Los destrozos padecidos por la nación eran muy graves y hubo una persistente corriente de opinión en favor de que se buscara la paz. Numerosos partidarios de Juárez que no eran muy fanáticos de la Logia, **o sea los verdaderamente liberales** (supuesto que estaban abiertos a las diversas tendencias políticas y querían armonizarlas), opinaban que urgía decretar una amnistía y buscar la reconciliación con los conservadores. Si Juárez era un obstáculo para esto, debería retirarse, decían, porque el país se hallaba exhausto y apremiaba pacificarlo y emprender su reconstrucción.

Santos Degollado fue partidario de esa reconciliación nacional y procuró que Mr. Mathews, encargado de negocios de Inglaterra, mediara ante los conservadores, pero Juárez se enteró de esto, lo destituyó, luego lo forzó a que se disciplinara y lo mandó al frente de una columna a combatir a un grupo armado de conservadores, empresa en la cual pereció.

Entre los mismos diputados del Congreso, adicto a Juárez, se habló claramente de la conveniencia de que hubiera una amnistía general; 51 diputados le pidieron a Juárez que abandonara el gobierno, pero 54 (que era el grupo más drástico de las logias) le dieron su apoyo incondicional.

En el fondo se trataba de continuar aplicando la reforma religiosa que había venido oculta, desde Nueva Orleans, detrás del Plan de Ayutla, pues tal es la táctica de la Revolución Mundial: **promover una lucha violenta con cierta finalidad confesada, y poco después, al amparo del caos y de la sangre vertida, imponer otra meta, que se guardaba en secreto.**

Juárez ordenó que todos los empleados públicos que hubieran protestado contra el tratado MacLane-Ocampo fueran cesados. También mandó clausurar la Universidad Nacional, por "reaccionaria", pues la juventud seguía afirmando que las reformas recién decretadas herían los sentimientos tradicionales de la población. Gómez Farías en 1833 y Comonfort posteriormente ya habían clausurado la Universidad por el mismo motivo. **Empezaba entonces la lucha por secuestrar la conciencia de las nuevas generaciones. . .**

Sin embargo, la principal preocupación de don Benito era aplicar las Leyes de Reforma religiosa, en su mayoría tendientes a reducir la fuerza económica y espiritual de la Iglesia, la cual llevaba siglos de ser el núcleo del bando no masónico. De paso fueron afectadas las tierras que los pueblos explotaban como patrimonio común, cosa que propició el aumento de los grandes propietarios conocidos posteriormente como latifundistas. Por otra parte, se alentó la soberanía de los Ayuntamientos en tal forma que se generalizó el latrocinio de fondos públicos por parte de tesoreros, alcaldes y regidores.

Los bienes que manejaba el Clero fueron llamados de "manos muertas", pues se decía que no entraban en la corriente económica del país y se trataba de "resucitarlos" expropiándolos. Se afirmaba que esto vigorizaría las finanzas nacionales en beneficio de todo el pueblo.

Aunque en teoría así lo pareciera, en la práctica los resultados iban a ser muy diferentes, ya que la idea de esa gigantesca confiscación provenía del extranjero y tenía por fin satisfacer viejas rencillas inter-



Guillermo Prieto, liberal entusiasta, Secretario de Hacienda de Juárez, admitió que muchos influyentes se habían aprovechado con la "desamortización" de los bienes de la Iglesia. La economía de la nación no mejoró en nada, pero algunos listos hicieron fácil fortuna. Diversos institutos, asilos y hospitales fueron clausurados. Así cesaron en gran parte los servicios sociales que sostenía la Iglesia.

nacionales contra la Iglesia Católica, pero de ninguna manera fortificar a México.

Ciertamente la Iglesia poseía muchas riquezas en bienes raíces, tales como casas, tierras, hospitales, colegios, seminarios, etc., e incluso dinero en efectivo que se prestaba a rédito. Wilfrid Hardy Callcott, en "The Church and State in Mexico", calculó que en 1822 tales bienes representaban más de 340 millones, o sea más de la cuarta parte de todas las propiedades rurales y urbanas de la nación (calculadas éstas en 1,355 millones de pesos). Lucas Alamán estimó a mediados de siglo que las propiedades de la Iglesia representaban la mitad del valor total de los bienes raíces del país. El francés Domenech recogió informes en 1866 según los cuales dichas propiedades importaban sólo 180 millones. El patriarca liberal Dr. Mora sólo calculó 179 millones, cantidad de todos modos muy considerable para aquella época.

Ahora bien, esa fortuna no se hallaba tan "muerta", supuesto que prácticamente de ahí provenía la única fuente de crédito para el agricultor, el comerciante y el industrial, con una tasa de 5% anual, y cuando más del 6%, que jamás se ha vuelto a acostumbrar. Además, esa fortuna sostenía numerosas escuelas, institutos, centros de beneficencia y todos los **servicios sociales** entonces existentes.

Al sobrevenir la "desamortización", al salir ese caudal de las llamadas "manos muertas", la economía nacional no se benefició —como se había dicho— porque los bienes fueron siendo absorbidos por unos cuantos funcionarios o influyentes sin ningún beneficio para la población. Algunos políticos y no pocos especuladores se enriquecieron con

lo expropiado. Guillermo Prieto denunció que Vicente García Torres se había adjudicado 30 casas; Filomeno Mata se quedó con una gran finca de la calle de Tacuba; el israelita José Ives Limantour, padre del que fue Ministro de Hacienda en el régimen de don Porfirio, obtuvo cincuenta casas del Clero, valuadas en $ 525,526.00 a cambio de $ 1,832.40 en efectivo y de documentos contra el Gobierno por los cuales había pagado $ 40,077.00, y la lista de casos semejantes sería muy larga. Celerino Salmerón dice que nueve mil extranjeros se beneficiaron con la venta de dichos bienes.

La "desamortización" cerró numerosas escuelas e institutos, asilos y hospitales; el Colegio de Santa Cruz se convirtió en prisión militar, el hospital del Espíritu Santo fue convertido en vecindad y cantina, el de San Lázaro degeneró en una especie de rastro de cerdos, y así por el estilo. Uno de los objetivos internacionales no confesados fue ACABAR CON LOS SERVICIOS SOCIALES QUE PRESTABA LA IGLESIA, como medio de debilitar su ascendencia espiritual sobre el pueblo.

Durante el período de la Reforma, 914 iglesias o conventos (de un total aproximado de seis mil) fueron retirados del culto o destruídos, y se confiscaron o vendieron más de dos mil fincas rústicas y urbanas. Además, la "desamortización" cegó la fuente principal de crédito y consecuentemente dejó el campo abierto a la banca internacional y a los agiotistas, que ya no respetaron el rédito del 5% anual que se acostumbraba cobrar. Humboldt había sido testigo de cómo funcionaba el crédito a principios de siglo y escribió que en 1803 el Clero mexicano tenía prestados a pequeños propietarios 44 y medio millones de pesos. "En ninguna parte —agregaba— la gente del pueblo goza

> tan plenamente del fruto de su trabajo como en México. El jornalero indígena es pobre, pero libre, y su condición es mucho más envidiable que la de los campesinos de una gran parte del norte de Europa".

Los bienes de "manos muertas", que pese a las inmoralidades de ciertos sacerdotes prestaban un servicio a la economía nacional, pasaron al dominio de especuladores que los usufructuaron en su provecho y sin freno alguno.

El Ministro de Francia en México comentaba: "Acabamos de presenciar, en el espacio de cuatro meses, la más loca dilapidación que jamás se haya visto".

Una lucha extraña a nuestros intereses, que a través de la masonería internacional acosaba a la Iglesia en diversas partes del mundo, determinó que un país en formación como México, escaso de recursos y todavía sin organización, destruyera sangrientamente lo poco que había de construído en él, en vez de aprovecharlo y perfeccionarlo para erigir algo mejor.

Mucho se había hablado de los beneficios económicos que traería

al país la "desamortización". Y bien, una vez confiscados los grandes bienes del Clero, ¿México tuvo dinero en abundancia para emprender obras públicas? ¿Acaso pudo rescatar su industria minera, que durante la expulsión de los españoles y criollos había caído en manos de extranjeros? ¿Se inició la apertura de caminos, de escuelas y de puertos? ¿Se abrieron centros de trabajo para los millares de cesantes que agravaban la miseria nacional? ¿Se erigió siquiera alguna obra que atestiguara el resucitar de tales bienes "muertos"? La realidad fue todo lo contrario, pues ni el pueblo ni el Erario se beneficiaron en lo más mínimo.

Precisamente cuando se estaban "resucitando" cientos de millones de pesos de los bienes de la Iglesia, Juárez concertaba un préstamo en Estados Unidos por once millones, con un rédito anual de 660,000 e hipotecaba los terrenos nacionales (convenio Corwin-Doblado firmado el 6 de abril de 1862). El Departamento de Estado americano agregó como condición que el préstamo también se garantizara con las minas de Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa. Y lo que volvió a salvarnos providencialmente fue que el Senado de los Estados Unidos, representando el verdadero sentimiento de su pueblo, rechazó el tratado por 28 contra 8 votos. El Secretario de Estado Seward le explicó a Mr. Corwin que el senado "juzga que México en ninguna circunstancia debe ser agregado a los Estados Unidos, ni todo ni en parte, y se teme que el préstamo tenga como resultado su anexión". (1)

Fue tan falsa la pretendida "resurrección" de los "bienes de manos muertas" que la Hacienda pública continuó en estado ruinoso y Juárez suspendió el pago de intereses por las deudas que teníamos con Francia, Inglaterra y España, originadas en diversos empréstitos.

Eso habría de servir de pretexto para una nueva invasión.

LUCHA INTERNACIONAL SOBRE SUELO MEXICANO

El siglo pasado presentó muchos ejemplos de guerra intestina que en el fondo eran luchas internacionales, y aquello fue el preludio de las guerras mundiales del siglo actual. México padeció frecuentemente aquel tipo de contiendas al parecer nuestras, pero en las cuales se materializaban fuerzas mayores que estaban en pugna en otras vastas regiones del mundo.

(1861) En 1861, después de que Buchanan había decidido la guerra de los 3 años en favor de Juárez, y de que éste se instalaba victorioso en la capital, comenzó a formarse una nueva tormenta.

En ese año estalló el conflicto entre los Estados americanos del Norte y los del Sur. En los primeros había prosperado la industria y en los segundos la agricultura; ambas regiones eran muy importantes, pero

(1) Las Grandes Traiciones. . . Por Celerino Salmerón.

no homogéneas, y sus sectores nacionalistas estaban adquiriendo creciente madurez política. En 1856 había nacido en el Norte el Partido Republicano y su rival sureño era el nuevo Partido Demócrata.

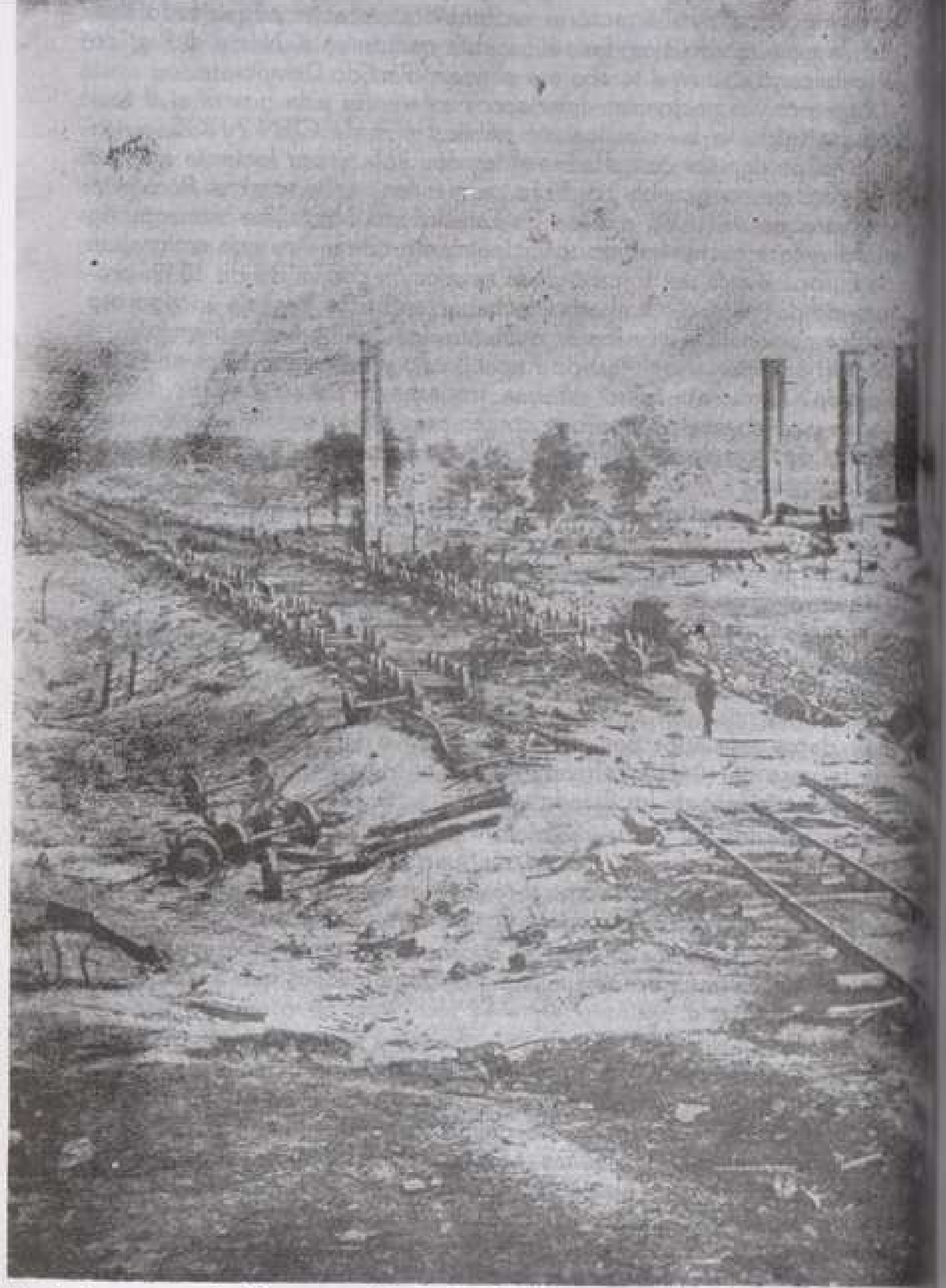
Los archivos nacionales americanos referentes a la guerra civil fueron sustraídos a la investigación pública durante CIEN AÑOS, o sea que no podían ser consultados antes de 1965, y por lo tanto muchos aspectos de ese terrible conflicto permanecen en la sombra. Pero está ya fuera de discusión que en los Estados del Norte iba aumentando el influyente sector hebreo, principalmente con judíos que emigraban de Europa a raíz del fracaso de la revolución comunista de 1848, promovida por ellos. Sin embargo, luchaban entonces frente a un vigoroso sector nacionalista que iba en aumento. Influían considerablemente en la política exterior del Partido Republicano y bastante menos en la del Partido Demócrata, pero estaban tropezando con crecientes dificultades y no parecía seguro que conservaran esa ascendencia, ni mucho menos que lograran la influencia que anhelaban en la política económica interna.

En tales circunstancias los centros políticos judíos de Europa —más viejos y duchos en grandes maniobras— con la Casa Rothschild a la cabeza, pensaron en la conveniencia de una guerra intestina norteamericana; el viejo principio de divide y reinarás podría rendir grandes dividendos; dentro del río revuelto hay ganancia de pescadores, y se le suministró a Norteamérica la misma receta que se le estaba dando a México desde cuarenta años antes. Fuerzas ocultas agravaron diferencias y empujaron a hermanos contra hermanos. Sobre el particular hay datos revelados por el Padre Coughlin ("Social Justice" del 12 de febrero de 1940) y refrendados por el Mayor General Grant, nieto del expresidente de los Estados Unidos.

Los Estados del Norte recibieron la bandera humanista de suprimir la esclavitud en el sur, y los del sur fueron empujados a la trampa de oponerse a esa bandera como si realmente fuera la verdadera base del conflicto. Embistieron al capote en vez de embestir al torero.

En el fondo no era el amor al negro lo que tan ardientemente empujaba al Norte contra el Sur, aunque había muchos que sinceramente querían libertarlo.

Al ganar Abraham Lincoln las elecciones y tomar posesión de la Presidencia, se encontró con una brasa ardiendo y no tenía más opción que luchar contra la fragmentación del país. Carolina del Sur (diciembre de 1860) se deslizó por la peligrosa pendiente de la secesión y luego fue seguida por Luisiana, Mississippi, Florida, Georgia, Alabama, Carolina del Norte, Texas, Arkansas, Tennessee y la mitad de Virginia. Estos diez y medio Estados desertaban de su tarea de purificar y sacar adelante su política dentro de la Unión Americana y formaban una nueva nación, o sea los Estados Confederados de América, bajo la pre-



Desolador aspecto de Atlanta, por donde pasó la "guerra total" del Norte contra el S... fachada de la terrible contienda era la liberación del negro, pero detrás había otros fa... políticos.

sidencia de Jefferson Davis. Ahora bien, el principal consejero de éste, y a la vez Secretario de Estado del nuevo país, era Judah Benjamín, ligado al movimiento político judío europeo a través de la Casa Rothschild. (1)

La guerra civil no podía ser más absurda y desastrosa para el pueblo americano, tanto el del Norte como el del Sur —que era uno mismo—, pero en cambio daría lugar a nuevas penetraciones extrañas para influir al gigante que surgía como potencia mundial. La mampara de esa maniobra era la lucha por el negro, compartida por gente de buena fe que nada sospechaba aún de móviles ocultos.

Evidentemente los Estados del Sur fueron soliviantados y empujados al error de la secesión, pues aun cuando estaban ejerciendo el derecho de soberanía que les daba la Constitución federalista —la misma que tanto había ponderado Poinsett para México y que en el caso de Texas se había invocado para que se separara de un país y se pasara a otro—, no tenían la fuerza suficiente para hacer prevalecer su decisión, ni habían creado una bandera con claras bases políticas y morales.

El Norte tenía 22 millones de habitantes, con recursos industriales, y por tanto iba a poder movilizar dos millones de combatientes. El Sur era poblado por 5 millones de blancos y 4 millones de negros y sólo podrían movilizar ochocientos mil hombres.

Así como los del Sur fueron empujados a una lucha sin bandera y sin esperanzas de victoria, los del Norte fueron empujados a una contienda innecesariamente cruel. Con la justificación de luchar por la unidad del país se encubrió un oscuro propósito de que la batalla degenerara en destrucciones inútiles, todo por desangrar y confundir a la nación para volverla más propicia a las infiltraciones hebreas que la asediaban, como la efectuada luego en las finanzas mediante el acta bancaria nacional (febrero 25 de 1863); como la del control de las organizaciones obreras por líderes judíos, y como la creciente influencia semita en la política internacional, realizada dentro de los Partidos Republicano y Demócrata. Todo esto era ajeno al sentimiento del pueblo americano y perjudicial a sus intereses.

Al principiar la contienda los habitantes del Norte no tenían animosidad contra sus hermanos del Sur, y fue entonces cuando los cerebros de la gran maniobra contrataron en Europa a mercenarios ingleses, belgas y polacos, con los cuales formaron regimientos que no te-

(1) Y cosa curiosa: el propietario de la mayor flota que se dedicaba al tráfico de esclavos, la "Yankee Clipers", pertenecía al judío Aarón López, falso converso, según lo admite el judío marxista Philip S. Foner en "Los Judíos en la Historia de América". El mayor mercado de esclavos en Richmon, Va., también era de judíos, que se enriquecieron y luego se retiraron en el momento de peligro. En ocasiones hacían en África trueques de barricas de ron por esclavos.



General Sherman, quien con apoyo en los soldados importados de Europa montó corporaciones implacables, con las cuales hizo la guerra total, hasta entonces desconocida en América.

nían muchas ni pocas consideraciones para la población americana en general. Estos cuerpos especiales comenzaron a ser utilizados para ampliar la conscripción obligatoria en el Norte. "Se produjeron graves tumultos, durante los cuales las tropas regulares (mercenarios venidos de Europa) se vieron en el trance de tener que disparar contra la multitud, causando las suficientes víctimas para que luego todos se avinieran a acatar la ley", según admite Van Loon en su bosquejo histórico "Los Estados Unidos".

Y ese fue el punto de apoyo que luego permitió montar corporaciones despiadadas, como la del general Sherman, que practicaron la



B. Isaac Disraeli, líder británico y Secretario del Tesoro, reconoció como beligerantes a los Estados del Sur, de Estados Unidos, y por otro lado les prestó apoyo a los del Norte. Era un juego doble, que alentaba a los dos bandos a destrozarse, en tanto que ciertas fuerzas internacionales se infiltraban más en los altos círculos de Norteamérica.

GUERRA TOTAL, hasta entonces desconocida en América, contra hombres, mujeres y niños, y la consiguiente política de "tierra arrasada", que a varios historiadores ha hecho recordar la táctica judía durante la invasión de Canaán: "Debéis destruir a los varones con la punta de la espada, y también a las mujeres y a los niños, el ganado, y todo lo que hay en la ciudad, incluso el botín que tenéis que llevaros vosotros mismos".

Mientras la guerra civil incendiaba a Norteamérica, en Europa había gran expectación por la suerte que pudiera correr el nuevo gigante. El grupo político británico de Isaac Disraeli (eminente judío-inglés que fue líder de los conservadores, luego Canciller del Tesoro y posteriormente Primer Ministro), admitió por un lado que Inglaterra reconociera como beligerantes a los Estados del Sur, pero por otro prestó apoyo a los del Norte. Era un juego ambiguo, doble, que alentaba a los dos bandos a destrozarse.

En Francia la situación era diferente, pues Napoleón III, sobrino de Napoleón Bonaparte, vio en la guerra de Secesión una oportunidad de recuperar parte de la grandeza del antiguo Imperio Francés. Apoyando a los Estados Confederados de América debilitaría al coloso del Norte, a la vez que ganaba un nuevo amigo y podría desarrollar mejor su comercio de ultramar. Napoleón III no estaba procediendo en este asunto de acuerdo con la masonería internacional europea, pero se sentía suficientemente fuerte para hacer algunas cosas por su propia cuenta. Además, hay versiones de que la Casa Rothschild le dio "cuerda" en sus sueños, no se sabe si para empujar mejor a los sureños americanos hacia la contienda o para hundir a Napoleón.

En esos días ocurría que Juárez (pese a la "desamortización" de los bienes de la Iglesia) no podía cubrir los abonos ni los intereses que México debía a Inglaterra, Francia y España. Esto ocasionó que los tres países enviaran una expedición conjunta para obligarnos a reanudar los pagos.

El 8 de diciembre (1861) fondeó en Antón Lizardo, Veracruz, la escuadra española de once barcos de guerra y de transporte, con 6,000 hombres procedentes de Cuba. Luego llegó la flota británica con 800 soldados y en seguida la francesa, con 3,000. El 6
(1862) de enero (1862) se enarbolaron en Veracruz las banderas de Inglaterra, España y Francia. **Esta última alentaba planes más importantes que el simple cobro de la deuda.**

Pero el gobierno británico tuvo conocimiento de los proyectos de largo alcance que alentaba Napoleón III —disimulados detrás de la expedición de cobranza— y **presionó en favor de una rápida transacción con Juárez, para no hacerle segunda a Napoleón.** Las logias españolas cooperaron con el plan inglés. Mr. Wyke, representante británico, y el general Prim, enviado español, trabajaron de acuerdo, hicie-

ron rápida amistad con los representantes de Juárez (Doblado y Zaragoza) y a los tres meses del desembarque tocaron retirada (9 de abril). El régimen de Juárez ya no tendría que enfrentarse a tres expediciones, sino sólo a una.

Para que no le saliera de balde el viaje, Inglaterra se aseguró el adeudo de 62 millones y elevó al doble el interés, o sea al 6% anual. A fin de garantizar este pago el gobierno juarista concertó un préstamo con Estados Unidos mediante hipoteca sobre terrenos mexicanos. Por cierto que muchos de los adeudos de México eran cuentas fraudulentas abultadas, como la de los bonos del banquero judío-suizo Juan B. Jecker, que éste hizo ascender a 15 millones 250,000 pesos, de los cuales el gobierno mexicano únicamente había recibido millón y medio. Jecker se nacionalizó francés para invocar la protección de Francia en sus ilícitas demandas.

Respecto al adeudo con España, ésta se conformó con promesas de pago y Juárez reconoció y avaló el tratado Mon-Almonte para castigar el asesinato de varios españoles y fijar indemnizaciones. Este pacto había sido muy censurado por los liberales cuando inicialmente fue concertado por los conservadores.

Con motivo del rápido retiro de ingleses y españoles, el Ministro de Relaciones de Juárez, Manuel Doblado, apareció como un portento de diplomacia que mediante ingeniosos argumentos había rechazado a dos potencias. En el fondo la cosa era muy distinta y poco tenía que ver la mucha o mediana elocuencia de Doblado.

La expedición francesa se quedó sola en Veracruz, ya sin el apoyo de ingleses y españoles, pero de todos modos Napoleón III decidió seguir adelante con su plan. Como entonces ya no existía el Imperio Español y como Norteamérica se encontraba en guerra civil, Napoleón supuso que podría acrecentar su poderío y sobrepasar al Imperio Británico, para lo cual le convenía propiciar un régimen amigo en México y luego ayudar a los Estados Confederados del Sur, en su lucha con el Norte.

Por su parte, los conservadores mexicanos vieron que el agua estaba revolviéndose internacionalmente y pensaron obtener ventajas para su causa. El padre Francisco Javier Miranda, desterrado en La Habana después de la lucha contra Comonfort, escribió el 22 de noviembre (1861) al general Leonardo Márquez, en vísperas de la acción de Inglaterra, España y Francia: "La razón natural aconseja y las mismas

> ideas del patriotismo indican, que debemos aprovecharnos de esta circunstancia para hacerla menos sensible, convirtiéndola en positivo bien"...

Naturalmente los franceses acogieron a los conservadores como posibles amigos suyos y en cambio vieron a don Benito Juárez como aliado de los Estados americanos del Norte, a los que Napoleón III



Napoleón III, Emperador de Francia, con su expedición a México quería establecer enlace con los rebeldes norteamericanos del Sur de Estados Unidos, a fin de debilitar al Norte, con miras a que "la raza latina recobrara importancia en el mundo". Decía que los intereses de Francia y de México eran comunes. Entró en conflicto con Juárez.

quería debilitar. En esta forma quedó planteada sobre suelo mexicano una contienda de raigambres internacionales.

A esas alturas no era ya fácil que los dos bandos que llevaban 40 años luchando en México pudieran sustraerse del todo a las fuerzas extrañas; o se estaba con el grupo masónico que siempre había dependido de la ayuda extraña que venía del Norte, y que ya en Antón Lizardo había hecho que marinos extranjeros decidieran una contienda casera, o se entraba en componendas con la expedición francesa que ofrecía su apoyo al bando conservador.

¡Triste situación de una incipiente nacionalidad que corría a tientas entre una y otra encrucijada!

Tal vez si los conservadores hubieran confiado más en la propia sangre, tan menguada por la reciente lucha, hubieran podido conseguir que la alianza con Napoleón se hiciera sin la presencia de soldados extranjeros en México. Armas y dinero podían haberles bastado para instaurar un nuevo régimen. Pero no fue así, y esto le confirió a Juárez lauros de defensor ante fuerzas extrañas, siendo que **él mismo representaba otras fuerzas también extrañas, aunque menos evidentes.**

En su intento de abrir en México puertas para apoyar a la nueva nación de los Estados Confederados de América, Napoleón III dispuso que sus tropas, que se hallaban en La Soledad, Ver., avanzaran hacia el interior del país (18 de abril 1862) en guerra franca contra el régimen de Juárez. Previamente los franceses habían protegido el regreso al país de varios jefes conservadores como Juan Nepomuceno Almonte, Antonio Haro y Tamariz, el padre Francisco J. Miranda y otros.

Confiado excesivamente en la calidad del soldado francés, que era reputado como el mejor del mundo, el general Lorencez marchó hacia

Puebla con 6,000 soldados. Llevaba 4,000 bestias de carga, 250 carros de mulas, 200,000 raciones alimenticias (para 15 días), 100 cocineras, 6,000 litros de vino y cerca de 600 cántaros de agua. En Puebla había una guarnición de 12,000 hombres, al mando de Ignacio Zaragoza, Porfirio Díaz, Miguel Negrete y José María Arteaga, pero Lorencez llegó a suponer que no le presentarían batalla formal y se lanzó prematuramente al ataque. La mitad de los defensores llevaron casi todo el peso de las embestidas francesas (5 de mayo) y dieron testimonio de las cualidades del mexicano cuando es certeramente dirigido. El tercer asalto sobre los fuertes —lanzado cuando ya se iniciaba un aguacero— terminó desastrosamente para los franceses y Lorencez tocó retirada. El general Gastrex dijo que "los mexicanos estaban como electrizados".

En total los defensores tuvieron 227 bajas (entre muertos y heridos) y los atacantes 482. Aunque la derrota de los franceses no fue definitiva, tuvo una importancia enorme en el curso de toda la campaña porque **demoró un año** los planes militares de los atacantes.

En cuanto a los planes políticos, Napoleón III especificó claramente (3 de julio de 1862) sus intenciones de fortificar en México un régimen amigo y de frenar la hegemonía de Norteamérica. Ese día escribió desde Fontainebleau al general Forey, jefe de la expedición en México:

"Tenemos un interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y próspera; pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el Golfo de México y desde ahí domine las Antillas y la América del Sur y sea la única dispensadora de los productos del nuevo mundo. . . Si al contrario, México conserva su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si un gobierno duradero se organiza allí con el auxilio de la Francia, habremos hecho recobrar a la raza latina del otro lado del Océano su fuerza y su prestigio, habremos garantizado la seguridad de nuestras colonias de las Antillas y de las de España, y esta influencia, al crear salidas inmensas a nuestro comercio, nos procurará las materias indispensables a nuestra industria. México, regenerado así, nos será siempre favorable, no solamente por agradecimiento, sino porque sus intereses estarán de acuerdo con los nuestros, y encontrará un punto de apoyo para sus buenas relaciones con las potencias europeas". (1)

Poco después (octubre 17 de 1862) llegó a Veracruz un nuevo refuerzo de 2,748 soldados franceses ,que completaban un ejército expedicionario de 17,347 hombres, bajo el mando supremo del mariscal

(1) Un mes antes, el 6 de junio, el "New York Times" ya había revelado tales intenciones de Napoleón y decía que las tropas francesas trataban de atravesar México para enlazar con los generales Beauregard y Lee, de los Estados americanos del Sur.

(1863) Forey. El acoso sobre Puebla fue haciéndose entonces irresistible y la ciudad capituló el 17 de mayo de 1863, un año después de la victoria de Zaragoza.

Un hecho sintomático del desconcierto y la escisión que sufría el país fue que Puebla no recibió a los invasores como tales. El ambiente en toda la ciudad no era el de una plaza ocupada por tropas extranjeras.

Entretanto, la guerra de secesión estremecía a Norteamérica y Juárez y los suyos no podían recibir la ayuda que en Veracruz los había salvado. Sin suficiente apoyo en las fuerzas propias del país, el gobierno de Juárez abandonó la capital (mayo 31) y se transladó a San Luis Potosí. La llamada "ley mortuoria" que había dictado un año antes condenando a muerte a todo el que ayudara al extranjero o a los conservadores, y el decreto que condenaba a perder todos sus bienes a quienes siguieran residiendo en las zonas ocupadas por éstos, no fueron suficiente acoso para que la población consolidara las filas encabezadas por Juárez.

Los franceses avanzaron casi sin encontrar resistencia hasta la ciudad de México, a la que entraron pacíficamente (4 de junio) tan sólo 17 días después de ocupar Puebla. El historiador Zamacois y otros muchos coinciden en que también la capital recibió cordialmente al extranjero. Esto podrá parecer lamentable, pero así fue, y ni siquiera cabe atribuirlo a unos cuantos, pues fue la actitud general de grandes sectores de la población, de una población que había perdido la fe en sus propias fuerzas para encontrar la ruta de su destino. En la práctica ya no eran los recursos nacionales los que decidían la suerte del país; la lucha se internacionalizaba, eran los prolegómenos de las grandes luchas mundiales que habían de ocurrir en el siglo veinte y fuerzas no mexicanas chocaban entre sí en el suelo de México.

La intriga poinsettista que 40 años antes había hendido la política nacional; la invasión yanqui de 1846, la mutilación territorial, la brusca expedición de leyes impopulares y la guerra de tres años decidida por Buchanan, habían debilitado la confianza del mexicano en sí mismo y producido en grandes masas un desfallecimiento de apático abandono.

A 17 años de la mutilación de Texas, Nuevo México y California, a 10 años de la otra mutilación de La Mesilla y a 3 años del milagrosamente fallido tratado MacLane-Ocampo, el país se hallaba resentido y receloso de la política internacional de la Casa Blanca. Muchos temían que ocurrieran más golpes contra la integridad del país y en su temor llegaron a ver a los franceses como un apoyo internacional para que México se librara de nuevos peligros procedentes del Norte.

Los conservadores recogieron esa corriente de ánimo y se acogieron a la empresa de Napoleón III. El general Forey organizó en la capital una Junta de Gobierno de 35 personas, quienes tenían un Poder Ejecutivo formado por el arzobispo de México Pelagio Antonio de La-



Mariscal Bazaine, comandante de las fuerzas expedicionarias francesas en México. Sus ocultos nexos internacionales lo volvían un enemigo encubierto de los planes de Napoleón III y del bando mexicano que apoyaba a Maximiliano. Bazaine impidió que se formara un ejército nacional y ayudó a los que combatían a sus propias fuerzas expedicionarias.

bastida y Dávalos y por los generales Juan Nepomuceno Almonte (conservador) y José Mariano Salas, que aunque en esos días se disfrazó de conservador, era del bando masónico. (La infiltración ya se practicaba con buen éxito).

La Junta de Gobierno formó luego una asamblea de 215 notables, o sean personas eminentes en diversas actividades sociales, la cual decidió que el país adoptara el sistema de monarquía moderada, con un príncipe católico a la cabeza.

Y así se abrieron las puertas para traer a Maximiliano...

MAXIMILIANO NO VIO QUE ERA UNA LUCHA INTERNACIONAL

Mientras Maximiliano —hermano del emperador de Austria— estudiaba la propuesta de venir a gobernar a México y pedía pruebas de que una considerable parte de la población simpatizara realmente con esa idea, el mariscal Forey fue sustituido por el mariscal Bazaine en el mando de las tropas francesas de México.

El nombramiento de Bazaine fue desfavorable para la Iglesia y favorable para los partidarios de la Reforma religiosa encabezada por Juárez, pues Bazaine era miembro activo de la masonería francesa. Bien pronto (octubre 15 de 1863) Bazaine pidió a la Regencia que diera curso a lo que faltaba en la tarea de confiscar y vender los bienes eclesiásticos. El Arzobispo Pelagio Antonio de Labastida, regente de la Junta de Gobierno, se opuso a ese acuerdo, pero Bazaine obtuvo la aprobación de los otros dos miembros de la Regencia, generales Juan Nepomuceno Almonte y Mariano Salas, y la "desamortización" siguió su curso. La misma fuerza que la había puesto en movimiento hallaba luego cauces insospechados para llevarla adelante.

Respecto a las actividades militares, prácticamente no volvió a haber ninguna batalla formal después de la de Puebla. El gobierno de Juárez fue perdiendo grupos armados, que defeccionaban o se rendían, y Juárez y sus ministros iban en retirada hacia el Norte. Eso explica, por ejemplo, que a través del general Cortés hiciera gestiones en Estados Unidos para que se le permitiera reclutar norteamericanos, pero el Secretario de Estado, Mr. Seward, le contestó el 28 de octubre (1863): "Se ha recibido su carta, fecha 26 del corriente, en la que pide

> permiso para reclutar 20,000 voluntarios para el servicio del gobierno de Juárez, en México. En contestación debo manifestar a usted que no puede concederse el permiso que solicita, pues semejante concesión sería una violación de las leyes de los Estados Unidos". Procedimientos menos visibles que enviar tropas, aunque

también eficaces, se iban a emplear en un futuro cercano. Seguramente así lo sabía el eminente juarista Manuel Doblado, quien el 9 de noviembre lanzó una proclama que decía: "Bien podrá ser que la suer-

> te de las armas nos sea adversa al principio; pero más tarde vendrá la fortuna a coronar nuestra constancia. La cuestión no es entre México y Francia exclusivamente. Hay intereses y consideraciones de un orden más elevado que se desarrollarán con el tiempo".

En efecto, además de México y de las tropas expedicionarias francesas había un tercer factor, y muy pronto se iba a hacer sentir, en cuanto terminara la guerra civil norteamericana. La lucha no era exclusivamente nuestra y una vez más México era el terreno donde grandes fuerzas rivales encarnaban en seres que estaban muy ajenos a conocer los móviles lejanos y ocultos de la contienda.

En cuanto a la gestión de los conservadores para traer a Maximiliano —que ahora se ve absurda— en aquella época era un hecho acostumbrado en muchos países. Naciones poderosas habían fundado sus casas reinantes con príncipes extranjeros, los cuales tomaban la nacionalidad del país que los adoptaba y lo servían con lealtad, conciliando fricciones internas y sirviendo de lazo para alianzas internacionales. Así habían gobernado recientemente a España un príncipe francés, que se convirtió en el rey Felipe V, y antes un príncipe austríaco, que se convirtió en el rey Felipe I. Jorge I de Inglaterra era alemán que ni siquiera hablaba el inglés y fundó una dinastía británica. Grecia, Portugal, Bulgaria, Noruega, Suecia y Rumania también tuvieron príncipes extranjeros que sobre las discrepancias de los grupos nacionales asentaron gobiernos ecuánimes.

Pero el caso de México era distinto. Los conservadores pensaron erróneamente que nos faltaban hombres que conciliaran y armonizaran

fuerzas; hombres que tuvieran el arte de mandar y administrar, y este no era nuestro caso, pues en México se hallaba planteada una **lucha internacional** entre dos fuerzas que mutuamente se excluyen, y alguna tenía que prevalecer.

(1864) Así las cosas, Maximiliano y Carlota llegaron a Veracruz en el vapor "La Novara" (mayo 28 de 1864) y se les agasajó en su recorrido por Córdoba, Orizaba y Puebla hasta llegar a la capital. El hecho de que en los últimos 43 años el país hubiera tenido 240 rebeliones, pronunciamientos y cuartelazos; el hecho de que el país hubiera sufrido dos mutilaciones en el Norte y aún temiera otras; el hecho de que la masonería internacional moviera la campaña contra la Iglesia, y el hecho de que tantas y tantas esperanzas en los propios recursos hubiera fallado, abonaron el terreno para que un gran sector de población recibiera con esperanzas y hasta con simpatías al príncipe extranjero. Incluso los indios, que poco o nada entendían de política, se sentían gratamente impresionados por la palabra "Emperador" y por lo vistoso del cortejo. Este es un hecho que reconocieron hasta los mismos enemigos del Imperio.

Y mientras la metrópoli se alborozaba con el sueño de un Emperador y una Emperatriz, como fantasía de niño halagada por el cuento del rey y la reina, Benito Juárez se retiraba de San Luis a Saltillo y otorgaba a la empresa Jacobo P. Leese (marzo 30 de 1864) una concesión para explotar la Baja California entre los grados 24 y 31. Los concesionarios extranjeros podrían establecer sus propias autoridades y fijar impuestos, todo esto a cambio de cien mil dólares que le permitieran subsistir al gobierno de Juárez.

Además de la escasez de recursos, dentro de las filas juaristas hubo una división: liberales tan conocidos como el general Manuel Doblado, Francisco Zarco, Juan N. Baz, Francisco Elorreaga, Felipe B. Berriozábal, Epitacio Huerta y Guillermo Prieto le pidieron a Juárez que dejara el Poder en manos del vicepresidente, general González Ortega, pero Juárez se negó. La situación siguió desmejorando y don Benito trasladó su gobierno de Saltillo a Monterrey, luego de Monterrey a Chihuahua y por último de Chihuahua a El Paso del Norte (ahora Ciudad Juárez).

En el Departamento de Estado americano había grandes simpatías por don Benito, pero la guerra civil aún no terminaba. Sin embargo, el Secretario Seward dio instrucciones al ministro norteamericano en Austria para hacerle llegar a Maximiliano el informe de **"que no cuenta ni con la simpatía ni con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos".** (Julio 14 de 1864).

La recién formada Logia Unión Fraternal, dirigida por James H. Lohse, que contaba con maestros norteamericanos, franceses, españoles, ingleses y alemanes, montaba en México la acción contra Maximiliano. Hubo gran actividad en los altos círculos masónicos, y en febrero de 1864 llegó de Nueva York el visitador Manuel Basilio de Cunha Reis, portugués y probablemente de ascendencia sefardita. La Logia Unión Fraternal se dividió en tres, o sean: la Unión Fraternal, en español; la Emulos de Hiram, en francés, y la Eintrach, en alemán, para operar cerca de Maximiliano y su corte.

Ese mismo año (1864) aparecieron brotes rebeldes en distintos puntos: González Ortega con 1,500 hombres en Nuevo León, y Doblado en Guanajuato, con pequeñas partidas. Maximiliano quiso que se formara un ejército mexicano y le ordenó al mariscal Bazaine que lo organizara, con miras a prescindir de las tropas francesas, pero **Bazaine saboteó la orden** porque no quería que se consolidara la influencia de los conservadores ni que se paralizara la Reforma religiosa.

Para Maximiliano y varios extranjeros que lo acompañaban, como el escritor Domenech, era sorprendente que algunos mexicanos privados de los elementos necesarios hubieran hecho notables progresos en diferentes ciencias y técnicas. "Los sabios de México son más dignos

> de alabanza —escribía el francés Domenech— por cuanto que no tienen como nosotros las mismas facilidades para instruirse, faltándoles también ciertos medios de fortuna y teniendo que desarrollar grandes esfuerzos de ánimo e inteligencia poco comunes para adquirir los conocimientos que tanto los honran".

En su deseo de conocer mejor el país, Maximiliano dominaba ya el español y recorrió Querétaro, Apaseo, Celaya, Salamanca, Irapuato, San Miguel Allende, Dolores Hidalgo (donde dio el "Grito" el 15 de septiembre), Guanajuato, Silao, León, Morelia y Toluca. Juzgando precipitadamente por la acogida que había hallado, proclamaba optimista (noviembre 3) que "el Imperio es un hecho firme, basado en la libre

> voluntad de la inmensa mayoría de la nación. . . inmensa mayoría que está deseosa de paz y de justicia".

En sus diarios recorridos del Palacio de Chapultepec al Palacio Nacional, Maximiliano atravesaba varios ranchos por estrechos caminos y llegaba a la ciudad por el Salto del Agua, para continuar por San Juan de Letrán y Plateros (ahora Madero), o bien, llegaba al Caballito (12 años antes instalado en donde ahora se encuentra) y de ahí continuaba por Patoni (ahora Av. Juárez) y por Plateros hasta el Zócalo. En esos recorridos Maximiliano tuvo la idea de hacer una gran calzada y encargó la tarea al arquitecto austríaco Luis Bolland, que dio forma al Paseo del Emperador, ahora llamado de la Reforma. (Poco después Lerdo de Tejada iba a mejorarlo con árboles y camellones laterales).

Tal vez como resultado de sus observaciones, Maximiliano consideró que uno de los problemas principales de México era el de las grandes masas de agricultores con escasos recursos y dictó dos decretos para dar tierras **en propiedad** a los campesinos más necesitados, ya fuera



Maximiliano no llegó a palpar el significado internacional de las guerras casi interminables que destrozaban a México, y en su afán de imponer armonía llamó a conocidos liberales para que formaran parte de su Gabinete. Toda su política se sintetizaba en la palabra "reconciliación". Creyó que él podía ser el lazo que uniera a conservadores y liberales.

de los bienes nacionales o comprando algunos de los particulares. (1) También planeó impulsar la rehabilitación de los hombres del campo mediante inversiones de capital a través de una sociedad hipotecaria, pero ésta no llegó a funcionar porque a cada paso surgían nuevos problemas políticos.

Una propuesta de Mr. Forsith, ex embajador en México, para que Baja California fuera vendida a Estados Unidos, en doce millones de dólares, fue rechazada por Maximiliano, quien seguía tratando de conocer las necesidades del país, pero sin llegar a comprender —cosa fundamental— que la lucha que aquí se libraba no era una contienda local, sino de origen internacional, y que se remontaba a siglos y milenios. Debido a esa incomprensión Maximiliano puso particular empeño y gastó gran parte de sus energías, inútilmente, en su sueño de lograr la armonía entre el grupo conservador y el masónico-liberal. Quería fundir ambos partidos e integrar un régimen que gobernara sin inclinarse hacia ninguno. En el fondo esto era imposible porque la enemistad entre los dos bandos no había nacido en Méixco, ni residía aquí el foco que la alentaba.

Es ahora evidente que Maximiliano creyó que él podría ser el aglutinante para una aleación política en México. No veía que para que el grupo masónico-liberal tendiera la mano era indispensable que la masonería internacional que lo movía —y cuya sede se encontraba en Norteamérica— depusiera su lucha contra la Iglesia, o cuando menos que considerara llegado el momento táctico de hacer UN ALTO APARENTE Y TRANSITORIO, COMO DESPUES LO HIZO.

(1) Decretos del 1º de Nov. de 1865 y del 16 de Sep. de 1866.

Maximiliano no llegó a palpar el significado internacional de las guerras casi interminables que destrozaban a México, y en su afán de imponer armonía dio una muestra de conciliación y llamó a conocidos liberales para que formaran parte de su Gabinete: José Fernando Ramírez, en Relaciones; Juan de Dios Peza, en Guerra; Pedro Escudero y Echánove, en Justicia, y José Cortés Esparza. Hubo una época en que sólo quedaba don Joaquín Velázquez de León como ministro conservador en el Gabinete.

Asimismo invitó a Benito Juárez (22 de abril de 1864) a colaborar con el Imperio. (1) Y para que "las pasiones se enfriaran" sacrificó a sus mejores amigos, tales como el general Miguel Miramón, caudillo de los conservadores, a quien envió a hacer estudios a Berlín para alejarlo de la vida política, y al general Leonardo Márquez, al que nombró embajador en Turquía.

También en su intento de hacer cesar la lucha fratricida, Maximiliano sacrificó al bando conservador que lo había traído y no quiso derogar las leyes de Reforma, si bien dejó de aplicarlas en muchos aspectos. Toda su política se sintetizaba en la palabra **"reconciliación"**. Y en esa forma idealista, pero nada práctica, fue alejándose de sus verdaderos amigos y acercándose a quienes buscaban su exterminio.

Bien pronto Maximiliano se enteró de que uno de sus consejeros, el liberal licenciado Manuel Siliceo, seguía comunicándose con Juárez y siendo enemigo del Imperio. Quiso expulsarlo, pero el Ministro de Relaciones, Fernando Ramírez, lo disuadió alegando que era necesario persistir en el intento de lograr la armonía.

También en el campo religioso Maximiliano tropezó con dificultades insuperables y quiso encontrar soluciones que no estaban al alcance de sus medios. Le propuso a monseñor Meglia un proyecto de concordato en que incluía, aunque suavizados, algunos principios de las leyes de Reforma expedidas por Juárez. En el proyecto figuraban los siguientes puntos: 1º Tolerancia de todos los cultos, pero concediendo protección especial a la religión católica como religión del Estado. 2º El Erario proveerá los gastos del culto. 3º Los sacramentos se ministrarán gratuitamente. 4º La Iglesia cede al Gobierno todas sus rentas que provengan de bienes eclesiásticos.

Monseñor Meglia contestó que no tenía facultades para aceptar tales puntos y que los turnaría al Papa, pero poco después informó que eran inadmisibles. Pedía que el primer punto, referente a la libertad de cultos, con protección especial a la católica como religión de Estado, fuera sustituído con la prohibición de los demás cultos. También juzgaba inadmisible que la Iglesia dependiera para su sostenimiento económico de partidas del presupuesto. Igualmente objetaba

(1) Acerca de Maximiliano.—Por Luciano Hernández de la Vega.

el punto 4º, referente a la cesión de los bienes que aún le quedaban al Clero.

Maximiliano, sin embargo, se empeñó en seguir adelante. El Nuncio protestó severamente el 29 de diciembre (1864) y Maximiliano repuso que él no se proponía hacer nada que no se hubiera hecho ya en otros países católicos. Además, entró en pugna con los obispos, a quienes acusó —como lo hacían los liberales— de mezclarse "demasiado en la política" y en cierto modo les reprochó que "el pueblo mexicano es piadoso y bueno, pero no es católico en el verdadero sentido del Evangelio, y ciertamente que no es por su culpa".

Ocupado en ese y otros problemas, Maximiliano no logró imponerse al mariscal Bazaine para que organizara un ejército mexicano que sustituyera a las tropas francesas; el 5 de mayo (1865) dio esta comisión al general austríaco Conde de Thun, quien emprendió la obra entusiastamente, pero Bazaine lo saboteaba y le quitaba reclutas en instrucción, con el pretexto de utilizarlos en misiones urgentes. Incluso hubo barruntos de que Bazaine les pasaba subrepticiamente armas y parque a las guerrillas que luchaban contra Maximiliano.

(1865)

Debido al sabotaje de Bazaine el Imperio seguía asentado en tropas extranjeras y esto desprestigiaba a los conservadores ante los ojos de muchos mexicanos. En cambio, las fuerzas extranjeras que apoyaban a Juárez no eran igualmente visibles porque actuaban mediante secretas gestiones políticas, dinero y pertrechos.

En esos días se encontraba en construcción nuestro primer ferrocarril, de México a Veracruz, y Maximiliano hizo una extensa gira para inspeccionar los trabajos y visitar diversos pueblos y ciudades. Estuvo en Texcoco, San Juan Teotihuacán, Otumba, Tlaxcala, Huamantla, San Andrés Chalchicomula, Orizaba, Jalapilla, San Juan Coscomatepec, Huatusco, Jalcomulco, Jalapa (a donde llegó con traje de ranchero), Perote, Amozoc y Puebla.

Y mientras Maximiliano trataba infructuosamente de unir a liberales y conservadores, y mientras incursionaba sin fortuna en los asuntos eclesiásticos y además trataba de formar un ejército mexicano, la guerra civil americana terminaba con el triunfo de los Estados del Norte, encabezados por Abraham Lincoln (abril 1865).

Poco después grandes pertrechos de guerra eran llevados al sur de los Estados Unidos, casi en la línea divisoria de México.

La contraofensiva estaba a punto de empezar.

LA EFICAZ TACTICA DE LAS TENAZAS

En septiembre Maximiliano tuvo informes de que don Benito había salido de El Paso del Norte a Santa Fe, internándose en territorio americano, y creyó que había concluído la lucha, pues ade-

más prácticamente controlaba todo el país. Con tal motivo lanzó una proclama (octubre 3) en que decía: "Mexicanos: la causa que con tanto valor y constancia sostuvo don Benito Juárez había ya sucumbido no sólo a la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy, hasta la bandera en que degeneró dicha causa ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio".

Maximiliano tenía el apoyo de todos los conservadores y de creciente número de liberales moderados, pero sus cálculos sobre la pacificación del país eran completamente equivocados, pues Juárez regresaba poco después con más recursos. En Santa Fe estaba el general Carlton, el cual recibió instrucciones del Departamento de Estado para entregar a los juaristas armas y municiones en Las Cruces, cerca de El Paso. También en Mesaro se hizo otra entrega considerable para que Juárez pudiera levantar un ejército, pues sus fuerzas en El Paso del Norte se reducían a quinientos hombres. Además el mayor Martson (del ejército americano) fue a comunicarle a Juárez que habiendo terminado la guerra civil pronto se aplicaría la Doctrina Monroe para desterrar de México toda influencia extra-continental. (1)

De Brownsville se hacían más remesas de armamento para que el general Escobedo formara otro ejército, en tanto que el Secretario de Estado americano encargó a su representante en París, John Bigelow, que le comunicara a Napoleón III que Norteamérica simpatizaba con los juaristas y que veía "con impaciencia la continuación de la intervención francesa en aquel país".

Por cierto que en esos días ocurrió una nueva crisis en el gobierno de Juárez. El 30 de noviembre terminaba el período presidencial para el cual había sido declarado presidente, y conforme a la Constitución debería entregar el poder al Vicepresidente, general Jesús González Ortega. Pero el 8 de noviembre Juárez se adelantó expidiendo un decreto por el cual se prorrogaba su período presidencial, y otro por el cual declaraba inhabilitado para sustituirlo al general González Ortega. Este último se había sentido en peligro y se había trasladado a Brazos de Santiago, en el Estado de Texas; luego quiso regresar a reclamar sus derechos, pero los generales americanos Sheridan y Burton Drew recibieron órdenes de capturarlo. González calificó su captura como "intervención norteamericana en los asuntos de México", alegó que conforme a la Constitución de 1857 era el sucesor legítimo de Juárez, pero eso de nada le valió.

Era evidente que Juárez tenía el apoyo del Departamento de Es-

(1) I. S. Bartlett, Corresponsal de Guerra Norteamericano en 1865. (La Doctrina Monroe ha sido últimamente paralizada porque su aplicación desterraría del Hemisferio Occidental a la infiltración marxista).



General Mariano Escobedo, juarista, recibía modernos pertrechos a través del río Bravo. La ayuda para las fuerzas juaristas se hizo decisiva en cuanto terminó la guerra de secesión en Estados Unidos. Napoleón III vio fracasada su empresa y retiró sus tropas de México. La suerte de Maximiliano y de sus seguidores mexicanos estaba ya decidida.

tado americano —que es el encargado de conducir la política exterior— y muy pronto otros sucesos iban a confirmarlo.

El general Mariano Escobedo, de las confianzas de Juárez, siguió recibiendo gran cantidad de pertrechos a través del río Bravo, en la frontera de Tamaulipas, y planeó apoderarse de la población de Bagdad en el lado mexicano, de común acuerdo con los norteamericanos Crowford y Reed, que habían recibido los grados de general y coronel, respectivamente, del nuevo ejército que estaba formando Juárez.



General Sheridan. Escribió en sus Memorias: "Mi ejército apoyaba, estimulaba y proveía a los liberales mexicanos con abundancia de armas y bastimentos, dejándolos a conveniente distancia, junto al río, y del lado americano"...

Sin embargo, Crowford y Reed realizaron el ataque por su cuenta, capturaron a la guarnición y saquearon a los colonos mexicanos, tanto que el coronel Hudson mandó fuerzas a imponer el orden, aunque a su turno también cometieron tropelías.

En sus memorias el general Philip Sheridan revela: "Mi ejército apoyaba, estimulaba y proveía a los liberales mexicanos con abundancia de armas y bastimentos, dejándolos a conveniente distancia, junto al río, y del lado americano... De sólo el arsenal de Baton Rouge les mandamos 30,000 fusiles".

Estos aprestos bélicos coincidían con otros menos visibles, pero también eficaces. El 27 de diciembre se formó el Supremo Consejo del Gran Oriente de México, en el que figuraban maestros tan "mexicanos" como Manuel B. de Cunha Reis, instalador; Martín Levy, J. F. Fraft, Enrique de Sauvage, James H. Lohse, H. L. Lestrange, Luis G. Genrill, Enrique Probst, Víctor M. Ledoyen y Amadeo Reaume, según lo consigna el historiador masón Dr. Chism en su "Historia de la Masonería". Maximiliano fue invitado a participar en ese Supremo Consejo, pero no aceptó. Aunque honorariamente era masón del grado 18 (disfrazado de filosófico), no lo tomaba muy en serio y sólo mantenía lazos de cortesía política con la secta. Sin embargo, su médico Federico Someleder y su chambelán Rodolfo Güner, se incorporaron al Supremo Consejo.

Desde 1850 funcionaba otro Consejo masónico en Veracruz, organizado por Laffon de Landebat, que alentaba decididamente a Juárez. Aunque uno operaba cerca de Maximiliano y el otro cerca de los juaristas, ambos trabajaban, por diferente camino, para un mismo fin.

Era la eficaz política montada sobre tenazas: un brazo desde fuera y otro desde dentro.

(1866) Para principios de 1866 Napoleón III ya podía ver claramente que se esfumaba su sueño de acrecentar la influencia internacional de Francia, a la vez que crecía la presión diplomática de la Casa Blanca en contra suya. Consecuentemente, decidió que a partir del mes de noviembre empezaría a retirar sus tropas de México, y para cubrir su dañado prestigio dio el pretexto de que esas tropas ya no eran necesarias. (1)

Maximiliano volvió entonces sus ojos a su hermano Francisco José, emperador de Austria, y éste le prometió diez mil voluntarios austríacos, pero Estados Unidos envió a Austria una nota de protesta diciendo que aquello era "un acto de hostilidad de Austria contra Estados Unidos". Francisco José dio marcha atrás y canceló la salida de las tropas.

(1) Cuatro años después Napoleón era orillado a la derrota de Sedán, a la pérdida de su Imperio y al asilo humillante en Inglaterra.

El 5 de julio (1866) Maximiliano vio al fin el tremedal en que estaba metido y quiso renunciar, pero Carlota lo disuadió ofreciéndose para ir a gestionar apoyo de Francia o del Vaticano.

Entretanto, Juárez disponía de los arsenales del ejército americano para el abastecimiento de sus tropas. Y a fin de arbitrarse fondos para sus gastos administrativos concertó en Nueva York un nuevo empréstito de 30 millones de pesos, garantizados con una hipoteca sobre "cinco millones de acres de tierra minerales de los Estados de Tamaulipas y San Luis Potosí". La operación la tramitó José María Carvajal, comisionado de Juárez, y la avaló su ministro plenipotenciario Matías Romero el 11 de septiembre de 1866.

La intervención norteamericana fue haciéndose más decidida y el 16 de agosto (1866) el presidente Johnson se dirigió a Napoleón III protestando porque Maximiliano tenía como secretario de Hacienda y de Guerra a M. Friant y a D. Osmont, cosa que —decía— "ataca las buenas relaciones entre los Estados Unidos y Francia, porque el Congreso y el pueblo de los Estados Unidos podrían ver en este hecho un indicio incompatible con el compromiso concluido de llamar de México al cuerpo expedicionario francés".

Simultáneamente con esa protesta, llegaba a Matamoros un barco procedente de Nueva York con 8,000 pistolas, 4,700 rifles, dos baterías de 12 piezas de artillería cada una, gran cantidad de pertrechos y peritos norteamericanos para las tropas del general Escobedo. Conducían este cargamento los generales Wallace y Sturn. Y para otro jefe juarista, Ramón Corona, llegaban a Sinaloa un cargamento de armas y varios oficiales americanos procedentes de la Alta California.

Entretanto, Carlota había buscado inútilmente un apoyo en Europa y en los últimos días de septiembre enloqueció en Roma. Maximiliano recibió la noticia en octubre y su primer impulso fue salir a reunirse con ella. Pensó en abdicar y con tal motivo hubo una junta de ministros y jefes conservadores en Orizaba, donde le pidieron (29 contra 5) que se quedara.

Había en él muchos escrúpulos de que se pudiera creer que desertaba en momentos de peligro y decidió quedarse con sus compañeros de infortunio. En esta decisión lo alentaba su hermano, el Emperador Francisco José, y su madre, la archiduquesa Sofía, quien le decía en una carta que "quedara sepultado entre los escombros de los muros de México, más bien que someterse a las humillantes exigencias de la política francesa".

TARDIA FORMACION DE UN EJERCITO MEXICANO

Los generales conservadores Miguel Miramón y Leonardo Márquez, a quien Maximiliano había alejado de México (enviándolos a Europa) para que no fueran un obstáculo en el

esfuerzo de conciliar a los dos bandos en pugna, regresaron al país. En esos desesperados momentos, en que no se disponía ya de tropas francesas ni de apoyo político extranjero, ambos generales se pusieron a las órdenes de Maximiliano y a gran prisa comenzaron a organizar tres cuerpos de ejército: uno para Miramón, otro para Márquez y el tercero para Mejía. (Durante dos años el mariscal Bazaine había servido a la Logia impidiendo que ese ejército mexicano se formara).

Por su parte, Juárez también rehacía su ejército a gran prisa. El general Sheridan escribía (octubre 23) una carta al general Sedwick sobre el apoyo que debería dar a las fuerzas juaristas, y Sedwick invadió el puerto de Matamoros para hacer más efectiva esa ayuda. Posteriormente los comisionados americanos Campbell y Sherman se reunieron a fines de año con el general Mariano Escobedo, al que le suministraron armas, parque y oficiales de Estado Mayor. En esta forma Escobedo organizó rápidamente una columna que avanzó en dirección de San Luis Potosí y que iba dejando guarniciones bien pertrechadas en todo el camino. La columna de Escobedo era asesorada por los generales Sherman y Hanckoc, el primero de los cuales lo acompañó hasta Monterrey. El general Ulises Grant era enemigo de que se interviniera en México y se había rehusado poco antes a desempeñar el papel que se le encomendó a Sherman.

Las tropas francesas retrocedían conforme al convenio entre Estados Unidos y Napoleón III, para salir íntegramente del país en la primavera de 1867, y las fuerzas de Mariano Escobedo —que las iban reemplazando como en una operación combinada de relevo— llegaban hasta San Luis; las de Ramón Corona hasta Guadalajara y las de Florencio Antillón hasta Guanajuato. Bazaine mandaba destruir la pólvora y el armamento que no podían llevarse, para que Maximiliano no pudiera utilizarlos. Juárez había avanzado ya de El Paso del Norte y establecido su Gobierno en Durango. Luego se trasladó a Zacatecas, en donde estuvo a punto de ser capturado por Miramón, quien al frente de 1,500 hombres se apoderó temporalmente de la plaza el 27 de enero (1867). Posteriormente Juárez se trasladó a San Luis Potosí y según algunos testigos, llegó acompañado de tantos norteamericanos que la gente del pueblo creyó en un principio que lo llevaban prisionero.

(1867)

El 9 de febrero el archiduque Maximiliano le comunicaba a su ministro Lares su preocupación por la interminable guerra civil y su deseo de buscar una solución, independientemente de los intereses políticos o personales.

Sin embargo, el 13 de febrero Maximiliano salió de la capital con el general Leonardo Márquez, para hacer frente al alud que descendía del Norte. El día 17 expidió una proclama al llegar a San Juan del Río: "Hoy me pongo al frente y tomo el mando de nuestro ejército,

que apenas dos meses hace, podía principiar a reunirse y a formarse. Este día lo deseaba yo ardientemente desde hace mucho tiempo: obstáculos ajenos a mi voluntad, me detenían. Ahora libre de todo compromiso, puedo seguir mis sentimientos solamente".

El 19 de febrero Maximiliano llegó a Querétaro. En total disponía de 9,000 soldados y 32 cañones. El ejército de Juárez se componía entonces de 40,000 hombres. Tardíamente Maximiliano trató más de cerca a Miramón, de 35 años, que había sido caudillo y presidente en la guerra de 3 años; a Márquez, militar desde la lucha contra la invasión yanqui; a Mejía, de notable valor, y fue viendo lo útiles que le hubieran sido si en vez de postergarlos les hubiera dado puestos de responsabilidad.

Márquez sugirió un plan audaz para batir al adversario en detalle antes de que se agrupara, mediante golpes repentinos en diversos sectores, pero se impuso la cautela y se resolvió no salir de Querétaro, conforme a un plan ortodoxo de defensa que sólo podía prolongar la agonía, pero que carecía de arranques temerarios, únicos que en esas circunstancias podían haber dado una victoria.

Cuando después quiso desarrollarse un plan para vencer a las fuerzas de Corona y luego a las de Escobedo, ya era demasiado tarde. Márquez sugirió luego una arriesgada escapatoria rompiendo el sitio, pero Miramón y otros jefes convencieron a Maximiliano que era preferible esperar. Para el 14 de marzo el sitio de la ciudad era ya completo. Los juaristas habían agrupado en esa área 25,000 hombres. Dentro de Querétaro había 9,000 de los conservadores.

Los juaristas utilizaron armas nuevas que les entregaba Estados Unidos, como el rifle de seis tiros, que tanto daño causó a los conservadores. Varios peritos americanos fueron capturados entre los sitiadores, quienes el 14 de marzo consumieron 861 proyectiles de artillería y 59,380 de fusil y rifle, pero fueron rechazados. Perdieron mil hombres entre muertos y heridos y 400 prisioneros.

Márquez volvió a trazar un plan audaz para romper el cerco por el camino de Celaya, marchar hacia Acámbaro y enlazar a continuación con las guarniciones de México y Puebla, con lo que podrían reunir 20,000 hombres, pero Mejía opinó desfavorablemente y Maximiliano no autorizó la maniobra. No hacer nada era lo peor que podía hacer, aunque ciertamente el desastre final era inevitable.

Descartados todos los planes de grandes vuelos, se optó por uno de modesta escala. Al frente de 2,200 hombres, Márquez se infiltró a través del sitio y marchó hacia México en busca de refuerzos. En Querétaro quedaron sólo 7,800 defensores. (Márquez no podría regresar con refuerzos porque al reunir recursos en la ciudad de México le pareció fácil desviarse a Puebla para atacar al general Porfirio Díaz, pero

resultó derrotado el 2 de abril y con menguadas fuerzas quedó sitiado en la capital).

Mientras tanto, Maximiliano percibía cada día nuevos aspectos de la trampa en que había caído. El 24 de marzo, después de que sus tropas rechazaron un segundo asalto de los sitiadores, escribía al Prefecto de Miramar que mientras él no tenía más extranjeros que al doctor Samuel Basch (judío) y a su ayudante Groll, "en las tropas de mi adversario Juárez se cuentan muchos angloamericanos". Y poco después añadía la queja de que el mariscal Bazaine (masón) había vendido antes de su partida los muebles que el Gobierno le facilitara para su uso, y que acababa de descubrirse que el propio Bazaine había estado vendiendo secretamente armas y municiones a las guerrillas juaristas del Sur.

El 10 de abril, cumpleaños de Maximiliano, Manuel García Aguirre dijo en un discurso que el Emperador "hoy es mil veces más digno de esa salutación, porque manifestándose grande en los días de la adversidad, nos está dando pruebas irrefutables de que ama a la Patria de su adopción cuanto podemos amarla los que somos hijos de ella por naturaleza". Y Maximiliano repuso: "Jamás abandonaré mi puesto y ni un momento olvidaré que desciendo de una raza que ha pasado por crisis mucho más terribles que la que yo paso, y no seré yo quien manche la gloria de mis abuelos".

Los días transcurrían, Márquez no regresaba y llegó a dudarse incluso de su lealtad. Varios generales le propusieron a Maximiliano que escapara, pero él contestó que no saldría de Querétaro "porque si hay gloria en estar aquí, quiero tener una parte de ella; y si sucumbimos, deseo también participar de la desgracia".

El 27 de abril los ataques juaristas fueron rechazados y Miramón realizó la última de sus acciones ofensivas. Con 2,500 hombres embistió las líneas adversarias en el cerro del Cimatario; yendo de un sitio peligroso a otro coordinó audaces golpes relámpago y enardeció a sus tropas. En circunstancias tan desventajosas fue notable que aún pudiera destrozar muchas posiciones y hacer retroceder a varios generales rivales, como Riva Palacio y Félix Vega. En el Cimatario capturó más de veinte cañones, municiones y víveres, así como numerosos prisioneros, incluyendo peritos americanos en artillería. El general juarista Sóstenes Rocha califica a Miramón de "valiente" y dice que "se multiplicaba por todas partes". El triunfo de Miramón en el Cimatario ocasionó que los sitiados tuvieran un arranque de optimismo y Maximiliano llegó a decir que confiaba en levantar el sitio. Pero la diferencia de recursos era tan grande que sus fuerzas se hallaban superadas siete u ocho veces. Tal parece que la desventura en que a veces se encuentra colocado un hombre lo empuja a sutiles ilusiones para tejer una malla

de piadoso engaño que no resuelve el problema, pero que lo hace más llevadero mientras llega el desenlace final.

La emergencia avivaba el ingenio y se extraía salitre y se carbonizaban maderas para elaborar pólvora; se fundían campanas para hacer proyectiles de artillería; de las techumbres de fierro se hacían balas de fusil y las cápsulas se elaboraban de papel. Sin embargo, esto no podía durar mucho y la situación iba agravándose rápidamente. Luego empezó a faltar azufre para la pólvora. A los 70 días de sitio la guarnición se había reducido a 5,000 hombres.

El fin era inevitable y lo apresuró la traición del coronel Miguel López, comandante del batallón de la emperatriz, que a cambio de doce mil pesos convino en entregar el sector defensivo del convento de La Cruz al general Mariano Escobedo. En esta tarea fue ayudado por el agente Antonio Yablouski. La traición se consumó la madrugada del 16 de mayo y los atacantes ocuparon varios fuertes, con lo cual quedaron abiertas las puertas de Querétaro. (1)

Maximiliano, Miramón y Mejía cayeron prisioneros y fueron condenados a muerte. Maximiliano le dirigió un mensaje a Juárez (junio 18) pidiéndole que su propio fusilamiento diera por concluida la lucha y que indultara a Miramón y a Mejía. Pero no lo consiguió.

También se dirigió Maximiliano a su amigo el conde Bombelles, para encargarle que lo despidiera de sus amigos en Austria, a la vez que rendía un último homenaje a los que habían estado con él: "Mi valiente ejército —decía— me ha secundado con lealtad, defendiendo bajo mis órdenes una ciudad abierta, sin provisiones y sin municiones, durante 72 días, contra un enemigo 7 veces más fuerte; me faltan palabras para realzar el heroico valor de mis generales, oficiales y soldados".

Además firmó un documento en que hacía patente su deseo de que su esposa, Carlota, o sus padres, cuidaran de "la señora Miramón y de sus hijos menores, para que de este modo se pruebe al dicho general Miramón mi gratitud por su fidelidad mientras estuvo a mi lado, como también la amistad que de todo corazón le profeso".

Y en la falda del Cerro de las Campanas tres destinos convergieron en un mismo fin. Tomás Mejía, el aguerrido general conservador —de sangre pura otomí— que había recorrido el país en guerra, el mismo que a la llegada de Maximiliano a Veracruz fue designado para darle la bienvenida a nombre de las tropas, y que trémulo con el discurso en la mano, dejó el papel sobre la mesa y dijo: "Señor: no sé hablar

(1) López dijo después que había salido a conferenciar con Escobedo porque Maximiliano quería un salvoconducto para huir. El mismo Escobedo reiteró esto y exhibió una supuesta carta de Maximiliano, pero a la postre se aclaró oficialmente que la carta era falsa y que López quería encubrir su traición.



General Tomás Mejía, que había dicho a Maximiliano cuando lo comisionaron para darle la bienvenida: "No sé hablar ni mucho menos decir lo que otros quieren que diga. Soy un soldado rudo que está dispuesto a derramar su sangre por usted; y le juro que sabré morir a su lado si la suerte nos enviara juntos al patíbulo".



Miguel Miramón, que empezó su carrera como cadete del Colegio Militar, luchando en Chapultepec contra la intervención americana, fue caudillo conservador y Presidente de la República, y terminó sus días cayendo ejecutado con Maximiliano.

ni mucho menos decir lo que otros quieran que diga. Soy un soldado rudo que está dispuesto a derramar su sangre por usted; y le juro que sabré morir a su lado si la suerte nos enviara juntos al patíbulo".

Miguel Miramón, aquel cadete que a los 15 años había tenido su bautizo de fuego en el Castillo de Chapultepec contra el invasor americano; que luego fue guerrero conservador, caudillo y presidente; que más tarde fue enviado por Maximiliano a Europa para que no fuera un obstáculo en la reconciliación que buscaba entre liberales y conservadores, y que ante el inminente desplome del Imperio volvió al país y se puso a las órdenes de Maximiliano.

Y Maximiliano, el archiduque austríaco que en su Castillo de Miramar soñó con ser el factor conciliador de los dos bandos que se destrozaban en un lejano y contradictorio país, y que soñó con crear un Imperio en esa su patria de adopción.

Los tres subieron la cuesta del cerro de Las Campanas la mañana del 19 de julio de 1867. Maximiliano se despidió de Miramón y Mejía con un abrazo y ofreció a Miramón el sitio de honor ante la muerte.

"Ojalá que mi sangre —dijo Maximiliano— selle las desgracias de mi nueva Patria. ¡Viva México!"

Un fogonazo disipó las últimas sombras del Imperio...

Al caer Maximiliano, Miramón y Mejía, quedó liquidado el intento de que influencias europeas intervinieran en la política de México. Por sí mismo este hecho no es propiamente lamentable, pero lo que sí puede lamentarse es que en esa mañana México no quedara también libre de la influencia dañina que venía del Norte.

CAPITULO VI

Oportunidad Aprovechada

(1867-1911)

Un Pacto Implícito y Enteramente Obligatorio.
De la Masonería de Lucha a la Masonería de Paz.
30 Años de Paz y Reconstrucción.
Tareas Masónicas Lejos de México.
El Aguila Mexicana Desviaba la Ruta.
Debilidades Internas del Porfirismo.
Oposición Valerosa, Pero con Insuficiente Fuerza.
El Golpe Decisivo Venía de Afuera.

Aunque no es posible rechazar enfáticamente todas las presiones internacionales, a veces se les ha servido incondicionalmente y a veces se les ha eludido o amortiguado, en bien del país.

"UN PACTO IMPLICITO Y ENTERAMENTE OBLIGATORIO"...

Epilogada en el Cerro de las Campanas la vida fugaz del Imperio —y mientras el cadáver embalsamado de Maximiliano era depositado en la Iglesia de San Andrés, para luego ser entregado a Austria— Juárez se trasladó de San Luis Potosí a la ciudad de México, que previamente había sido ocupada por tropas del general Porfirio Díaz.

(1867) Juárez entró en la capital (15 de julio de 1867) por la puerta de Belén y Bucareli y en el Palacio Nacional lanzó un manifiesto con sus célebres palabras: "Que el pueblo y el gobierno

respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz".

La lucha armada de los últimos cinco años había terminado. Según cálculos del historiador Julio Zárate, el país había padecido cien mil bajas, al parecer contando también las ocasionadas indirectamente por la contienda.

La guerra contra el Imperio cumplió de paso, deliberadamente o no, un viejo compromiso internacional. Resulta que el 4 de octubre de 1824 (después del derrocamiento de Iturbide), el venerable maestro Lorenzo de Zavala y sus secretarios Manuel de la Villa y Cosío y Epigmenio de la Piedra, habían formulado en el Congreso de la Unión un solemne juramento que decía: "Los mexicanos después de la indepen-

> dencia nacional, estimarán por primera obligación, sostener a toda costa el Gobierno republicano con exclusión a todo régimen real... Un pacto implícito y enteramente obligatorio liga a los pueblos de América independiente para no permitir otra forma de gobierno". (Esta fue una directiva dada por el Departamento

de Estado americano en 1823, entonces a cargo de John Quincy Adams).

Y como Juárez fue el símbolo de la lucha nacional e internacional para impedir que arraigara un sistema de gobierno distinto al convenido desde 1824, las más eminentes logias lo declararon Benemérito de las Américas. Sobre el particular hubo una declaración específica del gobierno de Colombia. Previamente Venezuela, Chile, Honduras y Bolivia habían aplaudido la lucha mexicana contra el Imperio, aunque nada parecido hicieron cuando la invasión americana en 1847.

El regreso de Juárez al Palacio Nacional marcó el establecimiento del Estado laico y de la enseñanza positivista, con muy incipiente tendencia antirreligiosa; incipiente porque entonces aún no se preparaban maestros anticatólicos. Se prestó apoyo al protestantismo y se le cedió la céntrica iglesia de San Francisco, en la ciudad de México, pero no pudo prosperar.

Por otra parte, el país se hallaba en franca postración económica y espiritual. Los negocios estaban semiparalizados y las comunicaciones eran pésimas como resultado de las largas guerras. El desempleo, la miseria y la ignorancia eran el fruto natural de más de 50 años de luchas fratricidas, guerras extranjeras, levantamientos y desórdenes.

Aunque la contienda armada acababa de cesar, muchas gavillas que habían combatido contra los conservadores siguieron luego por su cuenta en son de guerra, pues ya habían hecho del pillaje un modus vivendi y no podían subsistir sin asaltar caminos o pequeños poblados. Esta situación se agravó porque el gobierno de Juárez tuvo que desmovilizar a más de cincuenta mil soldados, muchos de los cuales cesantes y sin esperanzas de encontrar trabajo, se convirtieron también en asaltantes.

El único signo positivo, por las posibilidades que implicaba de activar el progreso y suministrar empleos, era el ofrecimiento de concesiones a los americanos para que vinieran a construir ferrocarriles. Juárez comunicó el ofrecimiento a los interesados de Norteamérica y el general Rosencrantz vino a dirigir los trabajos de planeación.

Por otra parte, la mexicanidad de Baja California volvía a pender de un hilo. La Casa Blanca había logrado permiso para que sus barcos almacenaran y se abastecieran de carbón de piedra en Puerto Pichilingue, permiso que Juárez confirmó en noviembre de 1867. Pero además, en la parte norte de la península había dado concesiones de colonización a empresas extranjeras como la de Jacobo P. Leese, que llevó pistoleros y que impuso sus propias leyes; a las autoridades locales mexicanas las hacía a un lado o las sobornaba para que no molestaran. La falta de comunicaciones en Baja California y los rigores del clima fueron en aquella época las únicas defensas naturales de aquel jirón de México contra la total absorción extranjera.

(1871) La posición de Juárez en 1871 no era muy firme. En 1858 se había declarado Presidente de la República porque era el presidente de la Suprema Corte y la Constitución lo habilitaba como presidente sustituto; en 1861 se convirtió en presidente electo por su Congreso; en 1865 se prolongó a sí mismo el mandato y se negó a que González Ortega (presidente de la Suprema Corte) lo sustituyera según lo establecía la Constitución que el propio Juárez había invocado en 1858. Por último, en 1871, sin dejar el Poder, se presentó como candidato a la Presidencia. Llevaba entonces 13 años en el mando, suficientes para ganarse el calificativo de "dictador". Que no haya sido así se debe a que término tal no se les da a quienes sirven determinados intereses internacionales.

González Ortega, jefe liberal que desde seis años antes alegaba derechos para ser Presidente, decía desde la celda en que Juárez lo tenía preso: "He cometido el crimen de que el pueblo, en uso de sus

> derechos, haya consignado en el código político que tiene para gobernarse, preceptos expresos y terminantes, por los que yo debía ser el presidente interino de la República (artículos 79 y 82 de la Constitución); y por último, he cometido la enorme falta de estar firme al lado de ese código, y de gritarle al Poder del Paso del Norte: **No rompas esa ley, porque pierdes a la República empujándola a la anarquía**".

Pero la Constitución y los derechos de González Ortega no pesaban más que otras fuerzas en juego.

Dándose tiempo, entre las dificultades que iba sorteando, Juárez secundaba el movimiento internacional al que estaba vinculado y daba apoyo a los guatemaltecos Justo Rufino Barrios y Miguel García Granados para que recibieran armamento americano a través de Tabasco



El guatemalteco Justo Rufino Barrios recibía apoyo de don Benito Juárez y de Estados Unidos. A través de Tabasco se le abastecía de armas, en el Istmo de Tehuantepec, con objeto de que hiciera una revolución en su país. Barrios, junto con García Granados, hizo luego en Guatemala una reforma religiosa parecida a la que acababa de realizarse en México.

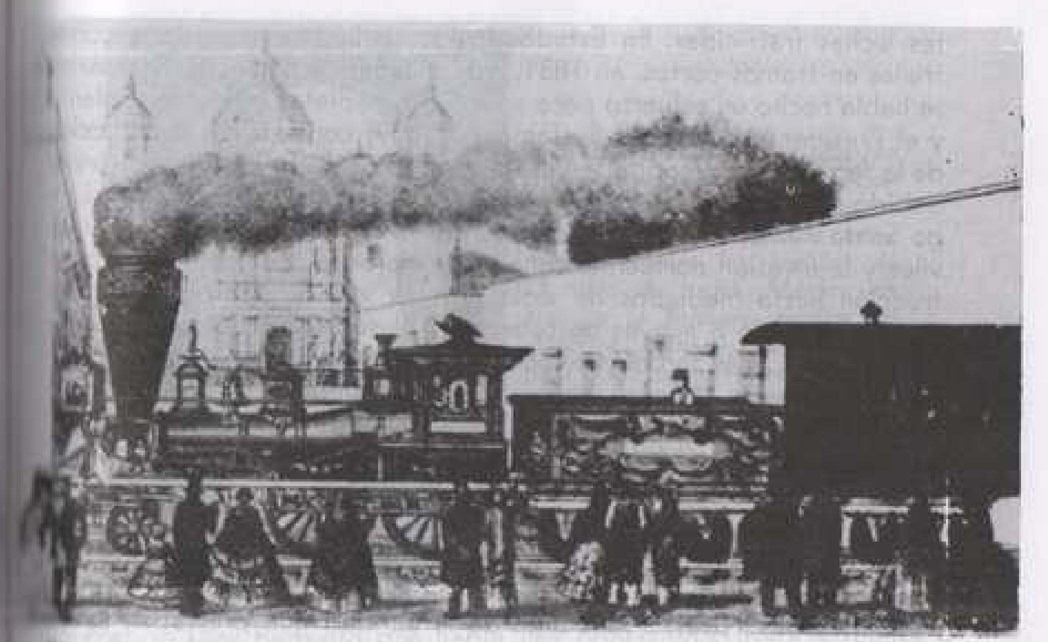
y pudieran invadir Guatemala desde Chiapas (1871), previo un plan revolucionario que firmó el coronel guatemalteco Luis Beteta.

Por órdenes de Juárez, el gobierno de Chiapas puso en libertad a J. Rufino Barrios, que se hallaba preso en Comitán, acusado de delitos del orden común. Y además se le suministraron armas, dinero y varios mexicanos, al mando del llamado Coronel Ortigoza, para que penetrara en Guatemala e iniciara una revolución.

Con tal apoyo Rufino Barrios triunfó, no sin recurrir a tácticas de terror, y proclamó una reforma anticatólica en Guatemala, secundado por su compatriota García Granados, quien tenía cierto paralelismo con Melchor Ocampo. En ese mismo año se privó a la Iglesia guatemalteca del dominio sobre sus bienes, aunque en la práctica esto no llegó a consumarse del todo.

Por otra parte, en las elecciones de 1871 figuraron como candidatos liberales a la Presidencia de México el licenciado Sebastián Lerdo de Tejada y el general Porfirio Díaz, junto con Juárez, que seguía en el poder, y como era usual se declaró oficialmente que Juárez había ganado, cosa que acentuó el descontento entre lerdistas y porfiristas. El partido liberal estaba dividiéndose profundamente.

Y en consecuencia el primero de octubre estalló un levantamiento de porfiristas en la Ciudadela, que fue sangrientamente reprimido. Después el mismo Porfirio Díaz proclamó su plan de "La Noria" para arrojar del poder a "los sinvergüenzas" y se levantó en armas. Decía en una proclama que Juárez ponía en peligro las instituciones nacionales y que la Cámara se había convertido "en cortesana, obsequiosa



El primer ferrocarril que hubo en México, entre la capital y el puerto de Veracruz, fue inaugurado el primero de enero de 1873. Este medio de comunicación llegaba a nuestro país con cuarenta años de retraso. En 1837 se habían hecho las primeras gestiones para adquirirlo, pero las incesantes luchas internas y las invasiones extranjeras interrumpieron varias veces los trabajos.

y resuelta a seguir siempre los impulsos del Ejecutivo". Pero pronto fue derrotado en Oaxaca, huyó a Guadalajara y luego a Nayarit, y en meses su rebelión quedó liquidada.

Al año siguiente —mientras el malestar político seguía cundiendo en las mismas filas liberales— Benito Juárez murió súbitamente (18 de julio de 1872), tras una breve enfermedad que el doctor Ignacio Alvarado diagnosticó como "neurosis del gran simpático". Hubo rumores de que había sido envenenado, pero no hay ningún indicio concreto. Todos los ritos masónicos acogieron su memoria como símbolo sagrado.

(1872)

Al desaparecer Juárez quedó como Presidente sustituto el presidente de la Suprema Corte, Sebastián Lerdo de Tejada, quien luego convocó a elecciones en las que figuró él mismo como candidato, sin dejar el Poder. Naturalmente, resultó vencedor.

A Lerdo de Tejada le tocó inaugurar (1° de enero de 1873) el primer ferrocarril que funcionaba en el país, entre la ciudad de México y el puerto de Veracruz. Hubo gran alborozo y muchas esperanzas de prosperidad. Este indispensable medio de comunicación llegaba así a nuestro país con **cuarenta años de retraso** debido a nuestras frecuen-

tes luchas fratricidas. En Estados Unidos habían empezado a correr trenes en tramos cortos, en 1831, a 32 kilómetros por hora. En México se había hecho un esfuerzo para adoptar inmediatamente ese adelanto y el Presidente Anastasio Bustamante (1837) contrató la construcción de la ferrovía de la capital a Veracruz, pero no pudo iniciarse entonces debido a la rebelión de los federalistas de Valentín Gómez Farías. Luego Santa Anna revalidó la concesión en 1842, pero nuevas guerras civiles y la invasión norteamericana pospusieron el empiezo de la construcción hasta mediados de siglo, y otra vez se interrumpieron los trabajos debido a nuevos desórdenes, incluso la sangrienta guerra de los tres años. Más tarde Maximiliano hizo que los trabajos se reanudaran activamente y concluyó los tramos México-Apizaco y Veracruz-Paso del Macho. Juárez ratificó después el contrato y a Lerdo de Tejada le tocó inaugurar la ferrovía. Hubo fiesta, bendición arzobispal, fuegos artificiales, etc.

Con excepción de ese rasgo brillante y optimista, la administración de Lerdo de Tejada siguió luego desenvolviéndose insegura y gris. Incorporó en la Constitución las Leyes de Reforma y expulsó del país a varios jesuitas y a 410 hermanas de la caridad que prestaban auxilio a 15,000 personas. Y mientras se perdía el tiempo en esta forma provocando innecesariamente el disgusto del numeroso sector católico, los graves problemas de México seguían abandonados, como la falta de escuelas y de caminos, la desesperante escasez de créditos, la cesantía y la miseria de enormes sectores de población junto a grandes riquezas naturales sin explotar.

(1875) En 1875 se realizó el primer censo de población, que arrojó un total de 12 millones 600,000 habitantes.

En esos días se hicieron patentes los graves daños que la población y la economía mexicanas habían resentido en 65 años de guerras. A la vez se acentuó la creciente potencialidad de Estados Unidos, que recibía una constante inmigración europea y alcanzó en 1875 más de cuarenta millones de habitantes. El peso mexicano perdió en esa época la ventaja que había tenido y por primera vez se cotizó a razón de un peso y un centavo por dólar. (Hasta 1857 nuestra moneda tuvo curso legal en Estados Unidos).

Ya fuera porque el poder lo mareó y se creyó con más fuerza de la que realmente tenía, o porque luego cambió de opinión, o simplemente porque no era tal como se había exhibido en la época en que luchaba por subir, Lerdo de Tejada se volvió luego receloso hacia el vecino del Norte y puso obstáculos a las concesiones que le solicitaban el general Rosencrantz y Mr. Eduardo Plumb para construir (por cuenta norteamericana) una ferrovía de México a El Paso y otra de México a Nuevo Laredo. Esta actitud iba incuestionablemente a debilitar su posición. . .



Sebastián Lerdo de Tejada fue presidente (1875) de un México con 12 millones de habitantes, en el que ya se hacían sentir profundamente las heridas de 65 años de lucha. México no era ya la primera nación de América. Con el poder, Lerdo de Tejada se volvió receloso de la Casa Blanca y sin pensarlo abrió así una coyuntura para el general Porfirio Díaz.

Porfirio Díaz barruntó que había una oportunidad para su causa y se trasladó de Veracruz a Nueva Orleans (antesala de la Presidencia de México), y luego fijó su residencia en Brownsville. El

(1876) 7 de marzo de 1876 hizo público un plan revolucionario firmado en Palo Blanco, Texas, en el que desconocía al Presidente Lerdo de Tejada, al Congreso de la Unión y a la Suprema Corte. Comenzaron luego a surgir pronunciamientos aislados en favor de Díaz, el principal de ellos en Oaxaca.

Aunque don Porfirio capturó Matamoros sin combatir y reunió 2,500 hombres con los cuales se dirigía a Monterrey, fue derrotado poco después en Icamole, Nuevo León, y tornó a refugiarse en Estados Unidos.

Habiendo tomado un respiro en Nueva York, donde fue bien recibido por gente del mundo de las finanzas, Porfirio Díaz se embarcó en el vapor "City of Havana", cuyo capitán Mr. Alexander Coney lo salvó de ser capturado en Tampico y lo dejó sano y salvo en Veracruz para que fuera luego a reunirse con sus partidarios de Oaxaca.

Mientras tanto, el presidente de la Suprema Corte, José María Iglesias, se pronunciaba contra el Presidente Lerdo de Tejada y se trasladaba a Guanajuato.

Porfirio Díaz no tenía grandes contingentes y se vio en serios apuros al enfrentársele las fuerzas del general Alatorre cerca de Tecoac (en el Volcán de la Malinche). La lucha estaba indecisa y Díaz esperaba con ansia la llegada de las tropas de su amigo el general González, en tanto que Alatorre esperaba las del general Alonso.

Díaz tuvo más suerte, llegó González (16 de noviembre de 1876) y

las fuerzas de Alatorre fueron vencidas. Ese solo golpe, aunque de reducidas proporciones, bastó para que Lerdo de Tejada perdiera la fe en su régimen y huyera por Acapulco rumbo a Nueva York.

Cinco días más tarde (noviembre 21) Díaz entró en México y se instaló en Palacio como presidente interino. Después figuró en elecciones sin enemigos al frente, ocupó el Ejecutivo durante un período de 4 años, le pasó el poder al general Manuel González y luego lo recuperó en 1884, para retenerlo ininterrumpidamente más de 26 años.

(1884)

Porfirio Díaz conocía la influencia de la masonería internacional y desde que tomó el poder se rodeó de "maestros" que habían participado en los supremos consejos organizados por Laffon de Landebat y Cunha Reis, tales como los licenciados Ignacio Vallarta, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Pedro Ogazón, Ignacio M. Altamirano y Francisco de Paula Gochicoa, gran Kadosch (en hebreo "santo") y archipámpano de las logias, que ocupó diversos cargos y fue jefe del control político en la Cámara de Diputados, y algunos otros hermanos que también colaboraron en puestos importantes. Sin embargo, la masonería de México, aunque integrada por los mismos hombres, acababa de tener un cambio fundamental en los últimos años: **había recibido instrucciones de los Orientes de Charleston y Nueva Orleáns para pasar de la actitud guerrera a la actitud científica.**

Aprovechando esa circunstancia internacional favorable, don Porfirio fue buscando con tacto un equilibrio entre los más radicales grupos de conservadores y liberales.

DE LA MASONERIA DE LUCHA A LA MASONERIA DE PAZ

La reciente guerra de secesión (1861-1865) había sido un cataclismo terrible en Estados Unidos, tan grave que los más altos aunque menos visibles jefes de su política internacional tuvieron razones poderosas para suponer que era necesario un período de pacífica consolidación. Hasta para los partidarios de la expansión violenta fue palpable que se había ido ya demasiado lejos y que el país acababa de estar a punto de escindirse.

La población norteamericana había crecido vertiginosamente, en gran parte debido a una numerosa inmigración heterogénea, con el consecuente aumento de los problemas de administración. De 9 millones de habitantes en 1820, Estados Unidos subió a más de 40 millones en 1870.

Y mientras en Norteamérica la masonería internacional tenía desde 1860 ocupadas las manos en asuntos internos, su acción hacia el exterior pasó precavidamente de la etapa de combate a la etapa de paz, en que las logias adquieren apariencia de simples centros de estudios filosóficos con extrañas claves y símbolos hebreos.

Como la fuerza de las Logias no es propia, sino insuflada desde las sombras donde reside su mando secreto, es natural que de tiempo en tiempo ocurran esos cambios súbitos, al parecer inexplicables. Tales logias carecen de luz propia y sólo reflejan la que reciben del astro en torno al cual giran. Por eso ha ocurrido con tanta frecuencia que en un determinado país se hunde todo un rito, a pesar de la fuerza que parecía tener, y se erige uno nuevo, si así conviene a los consejos que desde la sombras mueven a todos los ritos y a todos los Orientes.

Así se desplomaron los masones del rito escocés en México y fueron elevados los del rito de York, que a su vez desaparecieron cuando el Supremo Consejo de Charleston, E.U., consideró que ya no eran útiles a su causa y decidió apoyar al llamado Rito Nacional Mexicano.

De la misma manera, la virulencia de este rito —manifestada durante la guerra de los tres años y luego durante la lucha contra el Imperio—, se esfumó discretamente en cuanto terminó la guerra de secesión en Norteamérica y en cuanto quedó codificada —aunque no consumada totalmente— la Reforma religiosa en México. El mando masónico con sede en Estados Unidos adoptó entonces la fase pacífica, necesaria para consolidar lo ganado y preparar nuevas tareas. En México el primer síntoma visible de ese cambio fue el tratado de alianza y amistad que celebraron el 11 de julio de 1868 el rito escocés y el Rito Nacional Mexicano. El primero había sido resucitado en 1859 cuando Pedro Abad del Oro vino con poderes de Charleston para instalar la Logia Unión Fraternal, cuyo maestro venerable fue James H. Lohse, israelita de Nueva York que se había trasladado a México en 1853. Este rito estaba recibiendo apoyo de Norteamérica para mejorar su posición.

Cuando el supremo mando masónico internacional prepara nuevos planes para sus infanterías que le sirven en diversos países, éstas entran en estado cataléptico, que ellas mismas llaman "estar en sueños". En esos períodos las logias se vuelven casi inofensivas, y no por determinación propia, sino por órdenes que van descendiendo a través de cauces que cada escalón sólo conoce de jefes inmediatos, pero cuyo origen se halla celosamente guardado detrás de varias compuertas que se abren hacia abajo, pero que en sentido inverso se cierran herméticamente. En esas temporadas de paz la masonería autóctona se reduce a una burocrática protección de sus miembros en los puestos oficiales y a estudios seudofilosóficos y sociales.

De esas dos fases principales de la masonería ya habían hablado mucho tiempo antes Eckert y el Padre Gyr: "Las revoluciones modernas prueban que la Orden está dividida en dos secciones, una pacífica y otra guerrera. La primera sólo se sirve de medios intelectuales para infiltrar en todas las clases sociales sus principios y doctrinas. Se apodera en provecho de la Orden de todos los

destinos del Estado, de la Iglesia y de las Universidades; de todas las posiciones influyentes, en una palabra, seduce a las masas, domina la opinión pública por medio de la prensa y de las sociedades filiales o dependientes". (1)

Que México estaba cansado de tantas revoluciones y que luego se puso en paz al subir al Poder don Porfirio Díaz, es una ilusión óptica; es una sobrevaloración de la autonomía y la eficacia de nuestras decisiones políticas. Ciertamente el país estaba cansado de tanta lucha estéril, mas no se había cansado en 1872, sino mucho tiempo antes, pero eso no le había válido porque del extranjero llegaban instrucciones y elementos para nuevas revoluciones o para que no se extinguieran del todo las que ya tocaban a su fin.

Lo que sí es cierto, y no simple ilusión de óptica o ilusorio optimismo, es que Porfirio Díaz supo aprovechar íntegramente ese momento propicio y desplegó una gran actividad para el bien de México.

La alta masonería internacional asentada en Estados Unidos —aunque no propiamente en manos de norteamericanos— había logrado sustanciales avances en México para sentirse temporalmente satisfecha: el capital español, que evolucionaba naturalmente hacia su mexicanización, había sido substituído por los trusts internacionales; la Iglesia había sido ya privada de sus bienes y el número de sacerdotes iba en claro descenso, pues en 1810 había uno por cada 833 habitantes, y al principiar la segunda mitad del siglo oficiaba uno por cada 2,400 habitantes. Aunque de momento la aplicación de las leyes de Reforma no fuera total, quedaban puestas las bases legales para una acción más radical en el instante oportuno. Es decir, el mando masónico internacional podía volver sus ojos a otros asuntos, sin más aparente condición para nosotros que la del mantenimiento de las leyes de Reforma.

Don Porfirio tuvo así la suerte de que durante 25 años no hubiera interés extranjero en incendiar a México. Naturalmente no intentó derogar ni modificar las Leyes de Reforma (aunque no simpatizaba con ellas) porque tal cosa habría ocasionado un movimiento revolucionario con apoyo extranjero. Pero se hacía el desentendido en la aplicación de tales leyes, y cuando en las logias ocurrían brotes de impaciencia y se pedía determinada acción contra un templo, un colegio o un seminario, don Porfirio parecía acceder y nombraba una comisión investigadora, que a menudo prolongaba indefinidamente sus investigaciones; o bien, don Porfirio cometía ante su esposa Carmelita la "indiscreción" de platicar algo sobre el particular, seguro de que así se pondría sobre aviso a los presuntos afectados.

(1) Esas dos fases son discernibles lo mismo en el liberalismo mexicano, infiltrado por las logias, que en el bolchevismo internacional. Este último alterna la fase ofensiva con la fase "cultural" en que se presenta como avanzada de las artes, las ciencias y la paz.

En esa etapa de masonería filosófica, seudocientífica, muchos masones lo fueron sólo de nombre. Muy conocido fue el caso del diputado federal Alfredo Chavero, grado 33, quien tenía en su casa una imagen de la Virgen de Guadalupe, cosa que explicó a su amigo monseñor Gillow con las siguientes palabras: "Alfredo Chavero en la vida pública es una cosa y en la santidad de su hogar es otra bien distinta".

En resumen, la masonería internacional había logrado ya bases para ulteriores acciones, y México sería presentado a otros países iberoamericanos como el guía, como el hermano mayor cuyo ejemplo debería seguirse. Conseguida, pues, esa base —para consolidar la cual era necesaria la paz— la masonería internacional no tuvo inconveniente en practicar, en cierto modo, una especie de armisticio con la Iglesia. No era que cesara la lucha, sino que se hacía un alto estratégico para ulteriores ataques.

Y al parecer, algunos prelados vieron ese fenómeno como un respiro, como una posibilidad de que hubiera paz. Así se explica que muchos miembros del Clero, según dice el presbítero Francisco Regis Planchet, obstruyen en ese entonces todo intento de los católicos por reorganizar un movimiento político. ("La Cuestión Religiosa en México").

El padre Planchet dice que hubo dignatarios que volvieron las espaldas a sus más fieles feligreses y que el propio arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos —a quien don Porfirio visitaba periódicamente— tuvo complacencias con la prensa masónica y en cambio reprochaba a la prensa católica sus intentos de defensa.

Esta política llegó a su punto culminante cuando el arzobispo se negó a publicar en México, en 1884, la Encíclica Humanum Genus, del Papa León XIII, que especificaba la forma oculta en que trabajaba la masonería y sus nexos de conspiración con el comunismo, en contra del mundo cristiano. Esta Encíclica era particularmente severa contra la masonería internacional, a la que culpaba de conspirar contra todo régimen que no se plegara "al gusto de la secta" y recomendaba a todos los prelados "arrancar a los masones su máscara, para que sean

conocidos tales cuales son; que los pueblos aprendan por vuestros discursos y pastorales, dadas con este fin, las malas artes de semejantes sociedades para halagar y atraer, la perversidad de sus fines y la torpeza de sus hechos... Préstanse mutuo auxilio sus sectarios, todos unidos en nefando consorcio y por comunes ocultos designios, y unos y otros se excitan a todo malvado atrevimiento. Tan fiero asalto pide igual defensa".

Pero nada de esto trascendió en México porque la Encíclica papal no fue difundida. Al parecer se trataba de un calculado sacrificio de



Papa León XIII, cuya encíclica Humanum Genus (1884) culpaba a la masonería internacional de conspirar contra todo régimen que no se plegara "al gusto de la secta". Pedía que se arrancara la máscara a las logias para que "los pueblos descubran las malas artes de semejantes sociedades". La encíclica no fue p u b l i c a d a en México.

silencio para que continuara el difícil equilibrio de paz, tan necesario para la reconstrucción del país.

Durante toda la época porfiriana las logias circunscribieron su acción a tres ramas principales:

a). Impartir apoyo a la instrucción positivista y laica, tal como lo había sugerido en París, en 1870, el general Mellinet, Gran Maestro del Gran Oriente de Francia. Las escuelas laicas, decía el venerable maestro Thullé en 1891, "decidirán la victoria verdadera y definitiva".

b). Vigilar que la Iglesia fuera regida por las Leyes de Reforma (Don Porfirio se fue alejando gradualmente de esa norma).

c). Mantener vivo el culto a Benito Juárez. (Aunque don Porfirio había tratado de cerca a Juárez —al cual combatió— y no creía en él, asistía a las fiestas de aniversario y en 1888 accedió a que El Paso del Norte se llamara Ciudad Juárez, además de que le construyó el entonces costoso Hemiciclo de la Alameda).

Fuera de esos tres aspectos, la masonería local no emprendía ninguna acción política nueva que pudiera crear conflictos nacionales. En cierto modo esa relativa inactividad fue enmoheciendo a las Logias, aunque el número de sus miembros iba en aumento.

El 9 de octubre de 1899 el ministro mexicano y maestro masón Ignacio Mariscal, decía en un discurso en Chicago: "Hace menos de 40 años, tuvimos que combatir contra la intervención napoleónica... Pudimos haber sucumbido a fuerza mayor, o más bien pudimos haber tenido que prolongar una amarga lucha, a no ser por



Ignacio Mariscal, ministro de Justicia y de Relaciones Exteriores, decía en Chicago: "Hagamos que ambas águilas remonten juntamente su vuelo para s i e m p r e, la americana guiando, y la mexicana siguiéndola siempre, animada por el ejemplo de su hermana mayor".

la poderosa influencia de los Estados Unidos que puso pronto término al negocio en favor nuestro... Hagamos que ambas águilas remonten juntamente su vuelo para siempre, la americana guiando, y la mexicana siguiéndola siempre, animada por el ejemplo de su hermana mayor".

30 AÑOS DE PAZ Y RECONSTRUCCION

Si no puede atribuírsele en un ciento por ciento al régimen porfirista el mérito de la paz bienhechora de que disfrutó el país, pues no hubo perturbaciones graves porque no se alentaron desde el extranjero, en cambio sí puede atribuírsele por completo el mérito de haber mantenido bajo control a tales o cuales ambiciosos esporádicos; el de haber limpiado al país de gavillas de asaltantes y ladrones, y sobre todo, el de haber sabido aprovechar esa paz para fines constructivos.

A muchos de los soldados veteranos se les encuadró en una nueva policía rural y con ella se restableció la seguridad en poblados y caminos. En poco tiempo cesaron los asaltos en el campo y en las vías de comunicación y se recuperó la confianza entre agricultores y comerciantes para hacer posible un renacimiento de la vida económica nacional.

Un año después de que don Porfirio tomó posesión de la Presidencia, hubo una conspiración en Veracruz y el gobernador Mier y Terán comunicó que tenía 9 culpables detenidos. Se dice que don Porfirio le telegrafió: "Mátalos en caliente". Otros aseguran que el texto era: "Si los coges infraganti mátalos incontinenti". Los generales Már-

quez de León y Jesús Ramírez se rebelaron en La Paz y en Mazatlán, pero fueron dominados.

Naturalmente esa mano dura para evitar anárquicas ambiciones da resultado cuando no hay una fuerza internacional que desde el extranjero busque el derrocamiento de un régimen, pues de lo contrario uno o más fusilamientos son convertidos en bandera para perturbaciones cada vez más graves, que sólo terminan con el derrocamiento del gobernante indeseable para la fuerza exterior que alienta y dirige tales desórdenes.

A don Porfirio le tocó en suerte que durante muchos años no hubo ningún factor político extranjero que estuviera interesado en alterar la paz en México. El único incidente internacional en los últimos 23 años del siglo pasado fue el de Guatemala, cuyo presidente, general Justo Rufino Barrios, hizo un esfuerzo por unir a las cinco repúblicas centroamericanas (1885). Honduras vio con simpatía ese intento, pero los gobiernos de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica se opusieron y pidieron ayuda a México y a Estados Unidos. La Casa Blanca hizo público su desagrado ante el intento guatemalteco, don Porfirio lo secundó y envió rápidamente tropas a la frontera sur, como advertencia contra la fusión, y el presidente Rufino Barrios murió en uno de los primeros combates con los salvadoreños, apenas un mes después de su proclama. Como no había apoyo internacional para que la unión centroamericana se realizara, el plan se esfumó con la muerte de Barrios.

Por lo que respecta a la situación interna de México, desde 1810 hasta 1876 (durante 66 años, salvo pequeños períodos) el país no había gozado de una larga temporada de paz como la del porfirismo. Esto hizo posible que el país comenzara su reconstrucción y que recuperara parte del tiempo perdido en luchas fratricidas.

Durante 66 años la incipiente industria mexicana se había mantenido precariamente. La explotación minera —en manos de extranjeros desde que Poinsett y sus "hermanos" mexicanos hicieron el malabarismo de trocar a los propietarios españoles o criollos por propietarios judíos y yanquis—, era la única industria de importancia en la nación cuando don Porfirio tomó el Poder.

El sistema vial se había quedado casi un siglo atrás. El erario se hallaba en bancarrota, con adeudos y sin fondos. La instrucción pública había sido desquiciada al romper la Reforma toda la organización que en ese ramo había creado la Iglesia. Igual suerte había corrido la beneficencia, que hasta antes de las Leyes de Juárez era principalmente una tarea religiosa. El financiamiento de pequeños industriales y comerciantes, antes realizado con dinero del Clero, tampoco funcionaba ya. Y de todos los bienes de la Iglesia que habían sido sacados de las "manos muertas" no quedaba más rastro que las fortunas hechas por algunos listos en finanzas, como José Ives Limantour (descendiente de judíos franceses) y el israelita Carlos Hagenbeck.

Y fue en ese ambiente desolado y de postración en el que empezó a trabajar don Porfirio. Su obra fue colosal porque en un período relativamente corto, a pesar de la lentitud con que entonces se movía todo engranaje administrativo carente de los sistemas modernos de comunicación, logró poner a México nuevamente en pie. Además de las obras materiales se fueron restableciendo valores morales como el manejo honrado de los fondos públicos y la preferencia a los más aptos, independientemente de las influencias personales.

Esa época, tan vilipendiada posteriormente, conservó el orden indispensable para que naciera —con excepción de los ferrocarriles del Sureste, de Baja California y de Chihuahua al Pacífico— toda la red ferroviaria que existe ahora. Se restablecieron las garantías en Yucatán y se propició el auge de la producción henequenera. Al mejorar las comunicaciones y al haber garantías en los caminos, se reactivó el comercio y se formó la primera Cámara de este ramo (1874). Hubo ambiente para que se iniciara la electrificación de la industria (1879).

En la última década del siglo empezó a operar el servicio telefónico en las ciudades de México, Puebla, Guadalajara, Oaxaca, Mérida, Veracruz, León, Guanajuato, Zacatecas, Querétaro, San Luis Potosí, Campeche, Saltillo, Jalapa y Tampico. En la misma época nacieron importantes industrias de transformación, como las cerveceras de Orizaba, Monterrey, Sonora, Chihuahua, Guadalajara, Mazatlán y Mérida. Asimismo nació la fábrica de papel de San Rafael, la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, la Tabacalera Mexicana, etc.

Se reabrió la Escuela Náutica de Campeche y se fundaron la Escuela Náutica de Mazatlán y la Escuela Naval Militar de Veracruz. Fue creada la Secretaría de Comunicaciones (1891) para construir nuevos caminos, ramo en el cual sólo teníamos —y bastante deteriorados por las guerras y el tiempo— los que habíamos heredado del régimen español.

También se abrieron al cultivo zonas inexplotadas, como la Comarca Lagunera, que de ser un desierto cenagoso se convirtió en un emporio agrícola; y nació Torreón, única ciudad surgida hasta entonces, después de las que fundaron los españoles.

Al restablecerse la confianza en la paz y el orden público, y al afluir inversiones extranjeras, también fueron creándose las bases para que se formaran capitales mexicanos que comenzaran de nuevo a moverse en negocios productivos de mediana y pequeña escala.

Cierto que en 30 años se invirtieron en el país capitales ingleses por 321 millones de dólares, y capitales americanos por 1,057 millones, cosa que algunos revolucionarios de ahora echan en cara al porfirismo como un síntoma de que entregaba el país a los extranjeros, pero,

¿cómo iba a acelerarse el progreso y a recuperarse parte del tiempo perdido si se rechazaba el capital inmigrante en un país que había destruido el suyo propio y que se hallaba extenuado para poderlo reconstruir rápidamente? Además, ¿no el mismo régimen revolucionario ha abierto las puertas al capital extranjero, aún más de lo que el porfirismo lo hizo? En los primeros 30 años de régimen revolucionario las inversiones americanas subieron a 2,288 millones de dólares, o sea más del doble de lo que importaban cuando cayó don Porfirio. Y si ahora pueden ponerse ciertas condiciones al capital inmigrante, eso no era posible en las circunstancias especiales que imperaban a fines del siglo pasado.

Para fomentar el desarrollo agrícola e industrial, en 1896 quedaron legalmente proscritas las alcabalas —aunque en la práctica aún no se les ha desterrado del todo—, y en ese año se logró la nivelación de los presupuestos de ingresos y egresos. A la vez, y como consecuencia de lo anterior, se reconquistó el crédito exterior. La deuda con Inglaterra fue luego ajustada en 23 millones de libras esterlinas, pagaderas en 45 años.

En cuanto a geografía política estatal hubo algunas reformas no muy afortunadas. Se creó el territorio de Tepic (1884), hoy Estado de Nayarit, con distritos quitados a Jalisco, y se formó el territorio de Quintana Roo (1902) con tierras quitadas a Yucatán, bajo el argumento de que éste no podía colonizarlas. (1)

Entre los aspectos negativos del porfirismo figuraron las grandes concesiones de tierras que dio a sus allegados y a numerosos extranjeros. Se le acusa de que esas concesiones abarcaban aproximadamente 25 millones de hectáreas; los Hearst (de la familia judía Hirsch) monopolizaban tres millones de hectáreas; el magnate judío-protestante John D. Rockefeller explotaba tierras de caucho en el Sureste; los judíos Green tenían grandes concesiones de tierras en Sonora, donde establecieron la famosa Planta Cananea que pagaba mal a los trabajadores; la explotación minera la controlaban en su mayor parte los hermanos Salomón y William Guggenheim, también hebreos; las grandes transacciones bancarias las realizaban las firmas Kun Loeb and Co. y J. Pierpont Morgan, judías como todas las anteriores, y la principal industria del vestido era manejada por Goblentz

(1897) y Marnat. La ley bancaria de 1897 facilitó que varios bancos monopolizaran el dinero en metálico, lo cual ocasionó una creciente alza de los precios. Todos esos intereses imperialistas judíos se hallaban camuflados bajo el nombre de "imperialismo americano" y contaban con poderosa influencia política. Resulta muy difícil aclarar hasta qué punto —ante ese fenómeno— don Porfirio fue blando por ceguera o porque carecía de fuerza para oponerse.

(1) Otras reformas parecidas había hecho Juárez al crear los Estados de Hidalgo y Morelos (1862) con territorios desmembrados del Estado de México, y al separar al año siguiente a Campeche de Yucatán.



J. Pierpont Morgan, jefe de uno de los trusts supercapitalistas internacionales que han ejercido influencia económica en Iberoamérica, al amparo de la cual se deslizan ciertas influencias políticas.

En lo positivo, la administración porfirista hizo que México

(1898) volviera a erguirse y que en 1898 pudiera exportar bienes por 136 millones de pesos, y dos años más tarde por valor de 257 millones. Los centros de trabajo y de producción iban en constante aumento.

En los últimos 40 años del siglo la población subió sólo millón y medio de habitantes y llegó a un total de 13.500,000, lo cual da una idea de las heridas tan profundas que había sufrido el país.

(1903) Más de sesenta años de guerra e incertidumbre nos dejaban una pesada herencia de desnutrición congénita y consecuentemente de alta mortalidad. Para 1903 el país tenía ya 15,000 kilómetros de vías férreas, de una red que iba a rebasar los veinte mil kilómetros y que poco tiempo después comenzaría a ser nacionalizada. También se ampliaron y se aumentaron las oficinas postales, hasta un total de 2,200 y se tendieron 72,000 kilómetros de hilos telegráficos.

En las dependencias oficiales se hablaba cada día menos de política y más de obras públicas. En la ciudad de México se instaló el alumbrado público eléctrico y se modernizó el sistema de desagüe. Se construyó el alcantarillado; se introdujo agua potable de Xochimilco, fueron pavimentadas las principales calles y se construyeron numerosos edificios públicos como el palacio de Bellas Artes, el Correo Central, el Hospital General, el Asilo de Locos, el edificio de los Ferrocarriles, el de los Tribunales, la Columna de la Independencia,

las estatuas de Colón y Cuauhtémoc, etc. El bandidaje gubernamental era casi desconocido.

Como una medida para balancear la influencia económica norteamericana, don Porfirio daba cada día más facilidades a los inversionistas ingleses. Al ingeniero Weetman D. Pierson le encomendó importantes obras portuarias en Veracruz, Coatzacoalcos y Salina Cruz, así como la construcción del ferrocarril de Tehuantepec, que sería una comunicación barata y segura entre el Pacífico y el Golfo de México. Esta ferrovía ahorraba a los barcos 2,700 kilómetros respecto al Canal de Panamá y llegó a rendir grandes utilidades a México al competir eficazmente con el Canal panameño, hasta que compromisos contraídos por la Revolución determinaron que fuera estrangulada en la época de Carranza.

El propio constructor inglés Pierson precisó que había buenos yacimientos de petróleo en México. El sacerdote Manuel Gil y Sáenz había descubierto el primer yacimiento en la mina de San Fernando, Tab. (1863), pero no logró que fuera explotado, ni tampoco lo consiguió más tarde el ex gobernador Simón Sarlat Nova a pesar de que disponía de un capital de un millón de pesos (1883). Todavía a principios del siglo veinte era bien poco lo que se sabía en México acerca de ese combustible y mal puede culparse a don Porfirio de que no hubiera realizado su explotación con medios mexicanos, pues tal cosa era tan imposible, como pretender en 1966 producir bombas atómicas en Tlalnepantla. Algunas exploraciones costaron a los ingleses diez millones de pesos, sin ningún resultado, y el gobierno porfirista no quiso arriesgar fondos en esa nueva empresa.

En el ramo de educación pública se le han cargado al porfirismo hasta culpas que no eran suyas. Efectivamente el número de analfabetos ascendía a un ochenta por ciento, pero es evidente que esto se debió en gran parte a que las Leyes de Reforma habían liquidado violentamente el vasto sistema educativo de la Iglesia, sin que el Erario público —arruinado por tantos años de guerra— pudiera hacer frente a una tarea tan grande, que todavía en 1969 no puede resolver.

Sin embargo, es un hecho que don Porfirio triplicó las escuelas, hasta lograr un total de 12,000, y que el número de alumnos se elevó, de 163,000 que había recibido, a más de un millón. Ese esfuerzo fue considerable dados los recursos de aquellos 26 años, en que los ingresos del Gobierno tuvieron un promedio de sólo 53 millones de pesos anuales. Díaz expidió la ley de instrucción primaria obligatoria y estableció las escuelas normales (21 de marzo de 1891).

El aumento de población en la última década del porfirismo (un 11%) revelaba también circunstancias alentadoras en el desarrollo del país, si se toman en cuenta las condiciones de vida en aquel entonces,

tales como la falta de los recursos médicos y de los descubrimientos científicos que ahora ayudan a reducir la mortalidad.

La situación en el campo llevaba ya una tendencia a mejorar porque iba creciendo la producción, base indispensable de toda auténtica mejoría. En 1876 había 5,700 haciendas en el país, y al terminar el gobierno porfirista el número se elevaba a 8,431. En el mismo periodo el total de ranchos en explotación subió de 13,800 a 48,635. Es cierto que también había miseria en el campo, pero **relativamente menor** que la actual si se toman en cuenta los formidables adelantos que la técnica moderna brinda ahora (fertilizantes y maquinaria) para elevar el ingreso del campesino, y que hemos aprovechado tan deficientemente que en una primavera llegamos a exportar trescientos mil braceros a Estados Unidos, de un total de un millón que quisieran emigrar.

Defender a todo trance a don Porfirio, presentándolo como creador de un paraíso de paz y progreso, es seguramente idealizar su figura, que fue grande, pero que también tuvo fallas graves. Esa idealización ha sido el pecado de los conservadores. Pero presentar a don Porfirio como un tirano, opresor del pueblo, aliado de la ignorancia y del oscurantismo, es una insensatez todavía mayor, a veces obra de la ramplonería publicitaria y a veces obra de la mala fe.

TAREAS MASONICAS LEJOS DE MEXICO

En la época del porfirismo la masonería internacional —en particular la que tenía su sede en Norteamérica— se hallaba con las manos ocupadas en diversas tareas relativamente ajenas a nuestro país. Hay muchos indicios de que la guerra civil norteamericana fue provocada y alentada como un recurso para quebrantar las fuerzas nacionalistas de Estados Unidos y facilitar la infiltración del judaísmo económico-político.

El padre Coughlin afirma —y el Mayor General Grant lo refrenda— que aprovechando el desorden de la guerra de secesión fue deslizada el Acta Bancaria Nacional del 25 de febrero de 1863, que daba prerrogativas a círculos plutocráticos judíos para aumentar su poder económico. El sano régimen capitalista nacional comenzó entonces a ser infiltrado con un **supercapitalismo** de ocultos móviles políticos. (1)

Igualmente se afirma que Lincoln advirtió esa maniobra y que se propuso frustrarla tan pronto como se restableciera la paz, pues previó que quería llevarse al país a una creciente "esclavitud financiera" que algún día podía llegar a ser "solamente un sustituto menor que la esclavitud física". Pero antes de que Lincoln pudiera actuar en este asunto fue asesinado por John Wilkes Booth. Cuando éste iba a ser

(1) "Social Justice", 12 de febrero de 1940.—Padre Coughlin.



Lincoln percibió la infiltración del sistema supercapitalista (con ocultos móviles políticos) que empezaba a florecer en Estados Unidos al calor de la guerra de secesión y trató de frenarla, pero fue asesinado. El asesino John Wilkes Booth tenía nexos con Judah F. Benjamín, quien se puso a salvo huyendo a Inglaterra.

capturado en un granero, un guardia desobedeció la orden de aprehenderlo vivo y le dio un tiro mortal. Silenciado así, se estropeó la investigación para hallar a los posibles autores intelectuales del magnicidio. Entre los papeles de Booth se encontró un mensaje cuya clave dio la pista de Judah F. Benjamín, pero éste logró ponerse a salvo huyendo a Inglaterra.

(Booth fue una especie de Oswald, o sea el que mató a Kennedy. Y el guardia indisciplinado que eliminó a Booth fue una especie de Rubinstein, el que silenció a Oswald).

Parece que el acrecentamiento del poderío supercapitalista de los trusts judíos fue conocido por numerosos gobernantes de aquella época, pero no pudo ser evitado. El periodista Conrad Siem afirma que Bismarck tuvo noticias de lo que estaba tramándose y que comentó lo siguiente: "La muerte de Lincoln fue un desastre para la cristiandad. No hubo un hombre en los Estados Unidos lo suficientemente grande para usar sus botas. Israel continuó gravando con sus riquezas al mundo; yo temo que los bancos judíos con sus tortuosas tretas tomen el control completo de las riquezas exuberantes de América y las usen sistemáticamente para corromper a la moderna civilización". (1)

Sobre la infiltración económica-política-judía en Norteamérica no existen suficientes pruebas escritas, pero en cambio sí hay una sucesión de acontecimientos que la han venido confirmando.

(1) Artículo de Conrad Siem en el número 216 de marzo de 1921 en "La Vieille France".



Bismarck, canciller de Alemania, lamentaba la muerte de Lincoln: "Yo temo que los bancos judíos con sus tortuosas tretas tomen el control completo de las riquezas exuberantes de América y las usen sistemáticamente para corromper a la moderna civilización".

Recién terminada la guerra civil, la construcción de ferrocarriles adquirió una importancia gigantesca. Alrededor de esa creciente industria, que iba a ser enorme, ocurrió la primera gran crisis económica en la Bolsa de Wall Street ("viernes negro" del 24 de septiembre de 1869), que provocó graves daños a vastos sectores de la población americana. Los grupos judíos de Gould y de Fisk, por una parte, y de Vanderbilt, por la otra, se disputaban el control. Con una mano ofrecían acciones en forma masiva, para que su precio se desplomara, y con la otra las compraban a un precio más bajo, dado el pánico que gradualmente iban desencadenando. En esta venta y recompra los únicos beneficiados fueron ellos, a costa de la economía de los americanos.

John Pierpont Morgan empezó especulando con materiales del gobierno y erigió gigantescas organizaciones **supercapitalistas** como la Casa Morgan and Company. Otro personaje de igual origen, John Davison Rockefeller, levantó el gigantesco trust de la Standard Oil (y luego algunos más en las minas y fundiciones). Esto lo consiguió en gran parte con el nuevo procedimiento de sobornar a funcionarios públicos, evadir impuestos e infiltrar agentes suyos en el gobierno. El juez Landis, de Chicago, le llegó a imponer a Rockefeller una multa de **veintinueve millones de dólares,** "por 1,462 delitos probados contra los intereses de los Estados Unidos. La Standard Oil es el peor enemigo de la humanidad —agregaba el juez—. Lamento no poder encerrar eternamente a sus directores en un calabozo". Pero Rockefeller logró evadir la multa. (1)

(1) Rockefeller.—Por Hans Georg Merten.

Otros trusts con turbios manejos fueron formándose con el tabaco, el alcohol, las conservas, etc. En fin, maniobras más o menos ingeniosas y más o menos visibles fueron marcando el camino de una creciente infiltración inmoral **(supercapitalista)** en la economía de Norteamérica, con la consiguiente alarma de los sectores sanos, los cuales lograron en 1890 la expedición de la Ley Sherman (Anti-Trust), que sentaba bases legales para disolver la Standard Oil, la Tobacco Trust y otras organizaciones de voraz especulación. No se trataba de impedir utilidades lícitas, sino de moralizar los negocios. Esta ley frenó ciertas prácticas del **supercapitalismo,** aunque no logró suprimirlas.

Y no sólo en la economía progresaban por tortuoso camino las asechanzas de una oculta fuerza política, sino también en otras actividades de gran importancia.

Por ejemplo, la Trade Unions de Londres servía de núcleo a los esfuerzos para crear una internacional marxista de trabajadores y con ese fin se formó en la capital inglesa un comité (1864) en el que figuraban varios hebreos, entre ellos Karl Marx (Kissel Mordekay). Un año más tarde nacía la Asociación Internacional de Trabajadores, a propósito de lo cual Marx le decía a Engels: **"En la próxima revolución tendremos este poderoso instrumento en nuestras manos".**

Y para controlar ese instrumento poderoso se hacían planes en toda Europa, bajo la dirección de Engels y Marx, en tanto que la familia Gompers (judíos-ingleses) emigraba a Estados Unidos. El hijo mayor, Samuel, comenzó a relacionarse con la incipiente organización obrera norteamericana y en 1877 tuvo oportunidad de demostrar ya sus dotes de gran organizador durante varios movimientos de huelga.

Samuel Gompers y su grupo por un lado, y Jorge Engel, Spies, Fischer y Lingg (también llegados de Europa) por el otro, formaron los dos brazos de una tenaza que buscaba el control sindical del obrero norteamericano. El primer brazo de esta tenaza, el de Gompers, no tenía entonces matiz comunista y se mostraba cordial con el capital, en tanto que el otro era claramente marxista, violento y hasta anarquista.

Este segundo grupo se infiltró en los gremios obreros americanos que desde 1845 habían comenzado a luchar por la jornada de 8 horas, y fueron creando un clima de violencia. Así ocurrió que el 1o. de mayo de 1886 se iniciaron mitines obreros en la fábrica McCormick, en Chicago, y el día 3 los propios trabajadores advirtieron la actuación sospechosa de uno de los provocadores, Spies Schwab, extranjero, a quien no se le quiso escuchar en sus arengas subversivas. Pero entretanto otros compañeros de Schwab rompían el orden azuzando a un grupo de obreros a lanzar piedras contra la fábrica McCormick.

Al día siguiente los anarquistas infiltrados en el movimiento sindical distribuyeron manifiestos en que decían: **"Trabajadores, a las armas, y manifestaos en todas vuestras fuerzas".** La policía estaba a la



Luis Lingg, anarquista llegado de Europa a Estados Unidos, fue uno de los dinamiteros que ocasionaron en Chicago la muerte de ocho policías y que hirieron a sesenta. Se le encontraron bombas en su casa, se le capturó y durante su proceso se suicidó. La primera Internacional Comunista de Ginebra acordó exaltar mundialmente a los dinamiteros.

expectativa en la vía pública y súbitamente fue arrojada contra ella una potente bomba, que causó la muerte a 8 guardianes y dejó heridos a 60.

Como consecuencia de ese atentado fueron capturados más de diez perturbadores. Después de un largo proceso quedaron convictos de terrorismo los dinamiteros Augusto Spies, Adolfo Fischer, Luis Lingg y Jorge Engel (llegados tiempo antes de Europa) y Alberto R. Parsons, americano. A Ling se le encontraron bombas en su casa. Los cinco hicieron la defensa del anarquismo y fueron condenados a muerte. Lingg se suicidó con una cápsula de poderoso explosivo, de las que fabricaba para provocar desórdenes, y los otros cuatro fueron ejecutados. Este grupo de anarquistas disponía para su propaganda de las publicaciones "Liberty", "The Alarm" y "Arbeiter Zeitung".

Aún antes de que terminara el proceso contra los dinamiteros, la Primera Internacional Comunista acordó en Ginebra (ciudad simbólica de la masonería internacional) que los sucesos de Chicago fueran exaltados mundialmente. Después se reunión en París la Segunda Internacional, en 1889, y se dispuso que los dinamiteros ejecutados fueran llamados los **"mártires de Chicago"** y que el 1o. de mayo se celebrara como día de la solidaridad mundial de los trabajadores.

(Aunque el día 1o. no habían sido asesinados los policías, ni ejecutados los dinamiteros, se cree que se adoptó esa fecha para la mítica celebración como un oculto homenaje a Enrique Heine. Este había sido expulsado de Alemania un 1o. de mayo, por su conspiración marxista).



Jorge Engel, otro inmigrante llegado a Estados Unidos, que también participó en el atentado dinamitero de Chicago (1886). Fue ejecutado. La Segunda Internacional Comunista, reunida en París en 1889, llamó "mártires de Chicago" a los dinamiteros ejecutados e instituyó el 1º de mayo como fiesta obrera para recordarlos.

Para adornar el mito se acordó difundir que los "mártires" (dinami-teros) luchaban por la demanda de una jornada de 8 horas, cosa inexac-ta, pues esta lucha se había iniciado en los Estados Unidos desde el 12 de octubre de 1845 y ningún comunista figuraba en ella. Sin embargo, el mito recibió amplia publicidad por todo el mundo y con ayuda de las logias se logró que numerosos países toleraran que se colocara a sus obreros bajo la bandera rojinegra del marxismo, para dar así un po-deroso instrumento internacional a la Revolución Mundial de que ha-blaba Marx.

En Estados Unidos todos los obreros sabían que los "mártires de Chicago" eran los ocho policías muertos y no los cuatro dinamiteros comunistas ejecutados, y no fue posible uncirlos al mito. Por eso su Día del Trabajo se instituyó el primer lunes de septiembre.

Paralelamente con el atentado dinamitero que uno de los brazos de la tenaza realizaba en 1886, el otro brazo, de Samuel Gompers, repre-sentaba la "prudencia" y la "moderación", y ese año formó la Ameri-can Federation of Labor, que iba a presidir en forma vitalicia, hasta 1924. La opinión pública había visto con alarma el brote violento y subversivo de Spies, Fischer, Lingg y Engel (todos extranjeros), e in-sensiblemente se inclinó en favor del grupo de Gompers (también ex-tranjero) que hablaba de mejorías sindicales por vías pacíficas. De es-ta manera la infiltración política-judía quedó arraigada en el movi-miento obrero norteamericano.

A la sombra de Gompers, o paralelamente con él, fueron desenvol-viéndose otros líderes hebreos que ganaban el control de grandes gre-



Paralelamente con el brote sindical dinamitero, el inmigrante Samuel Gompers representó la línea blanda de la "prudencia", fundó la American Federation of Labor y dio un paso decisivo en el control de los sindicatos obreros americanos, secundando así los planes de Marx y Engels.

mios americanos, como Jacobo Reuther, William Green, Sidney Hill-man, Buckmaster, Albert Fitzgerald, Matthew Woll, Arthur J. Gold-berg, William Schnitzler, David Dubinsky, Harry C. Bates, Josep Cu-rran, Frank Rosenblum, John L. Lewis y otros muchos. Por eso el Dr. Salo Boron, de la Universidad de Columbia, dice que "el sindicalismo judío, en efecto, es por sí solo un capítulo memorable en la tradición del obrero norteamericano". (1)

La intensificada infiltración política de diversos sectores de Estados Unidos estuvo realizándose en la segunda mitad del siglo pasado con jefes y oficiales hebreos que llegaban de Europa, en número tan con-siderable que hubo temores —entre ellos mismos— de que fueran a perder su unidad y su misión política. El doctor judío Rudolf Glanz afirma que fue necesario tomar precauciones para que no se fusiona-ran con la población estadunidense, y en consecuencia se dio especial impulso a la educación de la juventud judía. "A fin de parar el peligro

> de una escuela misionera cristiana... se creó en 1864 la Asocia-ción de Escuelas Libres Hebreas, que con el tiempo pasó a esta-blecer toda una red de escuelas".

En ese entonces el movimiento marxista enviaba agentes a diversas naciones y el primero que apareció en México, todavía en la época de Juárez, fue un tal Rhodakanaty, diz que griego, que publicó la "Cartilla Socialista", "El Falansterio" y "La Escuela Filosófica Tras-cendental" (1870). Seis años después fue integrada la Gran Confe-deración de Asociaciones de los Trabajadores de los Estados Unidos

(1) 300 Años de Vida Judía en los E. U.—Dr. Salo Boron, israelita.

Mexicanos, que publicó tres diversos periódicos. Luego se organizó (1877) un "comité central comunero" encabezado por el coronel Alberto Santa Fe, bajo la apariencia de abogar por los indígenas, pero no tardó en revelar su verdadero origen con la publicación del periódico "La Revolución Social", en el Estado de Puebla, y con la organización del Partido Socialista Mexicano (1878), que envió como representante a Londres (1881) a un extranjero llamado Nathan Ganz.

El coronel Santa Fe y el general Tiburcio Montiel trataron de provocar disturbios con un grupo de campesinos de Huejotzingo, Pue. (febrero de 1879), pero fracasaron, lo mismo que el grupito de Tomás Estrada en Barranca, Gto., que aspiraba a establecer un gobierno procomunista bajo el velo atenuante de "socialista". Pero ninguno de estos brotes extraños lograba simpatías, ni entre conservadores ni entre liberales. Ignacio Ramírez, "El Nigromante", escribía (agosto de 1871) en "La Internacional de París": "Tengo aversión a los sistemas comunistas que degradan la libertad humana". Y más tarde agregaba: "Yo estoy contra el comunismo, por la misma causa que no admito absolutismo político y religioso; estoy por la independencia individual". (1)

Esas actividades procomunistas eran movidas desde el extranjero —como siguen siéndolo hasta ahora—, sólo que entonces carecían de suficiente apoyo internacional para arrastrar masas y acabaron por disiparse a medida que el porfirismo fue tomando fuerza y suprimiendo los grupos de agitación.

Entretanto, el movimiento marxista trataba ocultamente de ganar fuerza en Europa, donde ya había nacido (1864) la Primera Internacional Comunista, fundada por los hebreos Marx, Neumeizer, Fribourg, Cohen, Lasalle, Aarón, Adler, Franckel y Gompers, con tácticas elaboradas (significativamente) en la ciudad de Ginebra. El texto de "El Capital" empezaba a difundirse poco después.

A la vez el marxismo se bifurcaba en dos grandes ramas a manera de tenazas para buscar la conquista del mundo: una rama preconizaba la **revolución social violenta,** en la que las masas son movidas como ariete para destruir el orden existente y establecer una dictadura francamente roja, y la otra (representada en aquel entonces por Eduardo Bernstein) preconizaba que en vez de esa violencia se recurriera a un proceso más lento de infiltrar gobiernos para empujarlos a etapas de "estatismo" y "socialismo" hacia el nuevo orden comunista. Bernstein se dirigía hacia el comunismo por la discreta senda de la "socialdemocracia", como **otros de sus continuadores pretenderían después hacerlo mediante cierta "democracia-cristiana".** No era que el judío Bernstein fuera cismático del judío Marx como algunos creían, sino que ambos

(1) "El Nigromante y Marx".—Rodrigo García Treviño.



Eduardo Bernstein dio un nuevo y pacífico brazo a la Revolución Mundial ideada por su compatriota Marx. En vez de la violencia (o cuando ésta no fuera factible o conveniente), recomendaba empujar hacia etapas de "estatismo" y "socialismo", precursores del nuevo orden comunista. Quería modificar el capitalismo, infiltrándolo de supercapitalismo. (1850-1932).

complementaban un mismo proceso **avanzando por distintos caminos hacia una misma meta.**

Bernstein quería ir modificando el capitalismo, infiltrándolo de prácticas supercapitalistas, pues el SUPERCAPITALISMO **es el sistema económico que practica el comunismo cuando logra el control absoluto de un país.**

El mando secreto internacional que dirigía al comunismo y a la masonería lograba progresos en todos los sectores sociales. En Francia, por ejemplo, el primer ministro Isaac Moisés Cremieux (hebreo) les abría paso a sus hermanos a las altas esferas oficiales y ayudado por los magnates hebreos Rothschild fundaba la Alianza Israelita Universal. (Otros judíos, Levy Bram, A. Dreyfus, Blum Reinach y Sachs, serían a su vez los financiadores del periódico parisiense "L'Humanité" para alentar al sector comunista). Cremieux escribía confiado en 1861: "No está lejano el día en que las riquezas de la tierra pertenecerán exclusivamente a los hebreos. . . las naciones desaparecerán, las religiones declinarán". (1)

La conjura también prosperaba en España con la revolución de 1873 que proclamó la república y que causó anarquía y destrucción, pero no llegó a consolidarse porque se impusieron luego las fuerzas tradicionalistas y subió al trono Alfonso XII, hijo de la reina Isabel II.

Respecto a la masonería con sede en Norteamérica, en esa época se empeñó en liquidar las últimas bases que le restaban a España en el Nuevo Mundo. En la Convención Universal masónica celebrada en Laussana (1875) se acordó que Cuba y Puerto Rico fueran sustraídos a la influencia española. Consecuentemente la masonería de ambos países recibió instrucciones de pasar a la etapa guerrera y se le suministró ayuda. En el caso de Cuba se contó con José Martí, Gran Maestro

(1) La Internacional.—Dr. Traian Romanescu. (En el sistema marxista desaparece la propiedad privada y todos los bienes pertenecen al Estado marxista-hebreo).

de la Gran Logia de aquel país, y con Antonio Maceo, Ignacio Agramonte, Carlos Manuel de Céspedes y Bartolomé Masó Márquez, también masones.

La Gran Logia de Cuba se había instalado el 5 de diciembre de 1859 y desde entonces tenía instrucciones de infiltrarse entre los grupos anhelosos de la libertad de Cuba, con miras a controlar después la política del nuevo país. En 1868 Carlos Manuel de Céspedes inició una revolución, pero fue sofocada. Después de la convención masónica de Laussana (1875) se multiplicaron los agentes masones y en 1892 José Martí recibió ayuda para fundar en Estados Unidos el Partido Revolucionario Cubano. Los judíos Eduardo y José Steimberg conectaron a Martí con los jefes de la colonia israelita de Key West, Florida, quienes suministraron dinero para el movimiento. El general Carlos Rolof, judío, fue el tesorero y luego ocupó la dirección del archivo de veteranos, según lo especifica Sergio Nudelstejer. (1)

Este israelita dice que Martí conocía el Talmud, que asistía a diversas festividades judías y que en sus escritos hay citas que lo identifican sinceramente con los hebreos. Helen Bradman, catedrática judía de la Universidad de California, afirma que Martí era enemigo del clericalismo, aunque no atacaba a ninguna religión. A ciencia cierta no se sabe hasta qué grado Martí conocía la índole de las logias y la meta lejana de la ayuda judía, pero es muy probable que simplemente le impresionaran las palabras de "libertad" y "fraternidad" y las disquisiciones humanistas del grado 18 al que pertenecía, como suele ocurrir con muchos hombres de buena fe que desean servir a sus semejantes. Es muy probable que no maliciara el interés futurista que alentaba la secta al prestarle ayuda.

Tres años después de que Martí había fundado en Estados Unidos el Partido Revolucionario Cubano, su grupo invadió a Cuba (1895) desde bases en Norteamérica. Martí murió en uno de los combates ese mismo año, y Máximo Gómez y Antonio Maceo continuaron las operaciones, pero se vio que la revolución no llevaba trazas de triunfar y entonces (febrero 15 de 1898) estalló súbitamente el crucero americano "Maine" anclado en La Habana. Sus oficiales habían bajado a tierra, pero murieron 270 marinos de los que se hallaban a bordo.

Pudo haber sido un accidente, aunque también hubo rumores de que se trataba de una explosión autopreparada (especie de antecedente de Pearl Harbor para tener un "casus-belli" contra España), y se inició la investigación, pero inmediatamente ésta fue frustrada por una gigantesca campaña de prensa. Los diarios del magnate Hearst (Hirsch) y de otros hebreos dieron por establecido que España había dinamitado el barco. El presidente McKinley admitía la posibilidad

(1) "Ventana a la Calle".—S. Nudelstejer. Feb. 5 de 1960.

de un accidente y deseaba la investigación, pero los diarios de Hearst contestaban atacándolo, haciendo relatos dramáticos del suceso, anunciando que los voluntarios americanos se pondrían en pie de guerra para vengar la afrenta, anunciando que Frank James (antiguo bandido) ofrecía patrióticamente comandar una compañía de "cow boys" para ir a pelear a Cuba. Las agencias de noticias, también con influencia hebrea, hacían un coro internacional al sensacionalismo. El que se mostraba partidario de emplear medios pacíficos era presentado como "traidor".

El propio magnate Hearst pagó una comisión de "investigadores" que de antemano condenaban a España. Le atribuyó al capitán Sigsbee declaraciones contundentes contra España. Teodoro Roosevelt, Secretario de Estado Adjunto a la Marina, con ambiciones presidenciales, secundaba la enardecida campaña de Hearst. El Presidente McKinley y el embajador norteamericano en Madrid, Stewart Woodford, se resistían a la guerra, pero los diarios flagelaban de día y de noche a la opinión pública para crear una neurosis colectiva (ahora llamada "ingeniería psicológica"), y soslayaron que el Rey de España ofrecía incluso la autonomía de Cuba con tal de conservar la paz. Finalmente Estados Unidos fue arrastrado (20 de abril) a la guerra contra España. (1)

Teodoro Roosevelt dirigió en Cuba una escaramuza en el cerro de San Juan, con un puñado de voluntarios ("rough riders") y eso sirvió de pretexto para una gigantesca publicidad en su favor, de futurismo presidencial. (Mr. Jesse Langdon, presidente de la Asociación de Rough Riders, y varios compañeros suyos, revelaron en 1965 que la pretendida "batalla" de San Juan había carecido de significación militar).

Inmediatamente después de que empezó la invasión de Cuba, Hearst y un grupo de propagandistas suyos desembarcaron en la Isla para relatar el desarrollo de la guerra que tanto habían anhelado.

Aprovechando el río revuelto de la lucha en Cuba, la Casa Blanca ordenó realizar el desembarque de fuerzas americanas en Puerto Rico, que se hallaba pacífico y que siempre había dependido de España. Tal desembarque se venía preparando desde un año antes. San Juan fue bombardeado y las tropas del general Miles se impusieron rápidamente a la débil guarnición. Y aprovechando también la misma guerra, la Casa Blanca ordenó atacar a España en su débilmente guarnecida colonia de Filipinas, en el Mar de China. (2)

(1) "El Washington Post" del 11 de febrero de 1964 reveló (66 años después) que efectivamente "el Rey de España ofrecía la libertad de Cuba sin combate", pero que Teodoro Roosevelt quería esa guerra innecesaria, con fines futuristas.

(2) 53 días antes de que estallara el "Maine", el Subsecretario de Guerra Breackseason había dado ya instrucciones al general Miles para la campaña en las Antillas, "provocada" por la explosión del "Maine".



Hearst (Hirsch) encabezó el movimiento de prensa para que la explosión del barco "Maine", en Cuba, se convirtiera en guerra contra España. Lo secundaba ardorosamente Teodoro Roosevelt, que así aprovechaba la crisis para alcanzar la presidencia de Estados Unidos.

En ese entonces España ya no tenía una flota naval poderosa para rechazar el triple ataque en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. En Santiago de Cuba perdió varias de sus mejores embarcaciones, batidas por la flota americana, y después de 7 meses de débiles esfuerzos de defensa firmó el Tratado de Paz de París, mediante el cual aceptó la pérdida de sus tres dominios, y además la pérdida de la isla de Guam, en el Pacífico. (Puerto Rico, Filipinas y Guam quedaron bajo el dominio de Norteamérica, que de pasada ocupó también el mismo año el archipiélago de Hawaii).

El Imperio español que había surgido bajo los Reyes Católicos y que con Carlos V llegó a ser el más grande del mundo, en cuyos dominios nunca se ponía el sol, quedó liquidado en 1898. Y fue la masonería, difundida mundialmente por los judíos que los Reyes Católicos expulsaron de España, la que le dio el tiro de gracia. Fueron los descendientes de aquellos sefarditas, convertidos en maestros masones en Norteamérica, tales como Esteban Morín y Teodoro Roosevelt, los que más trabajaron por acelerar el desplome de España. Teodoro Roosevelt era descendiente de sefarditas emigrados de España a Holanda y de Holanda a Estados Unidos.

El presidente McKinley fue asesinado (1901) por el agitador León Gzolosz, hijo de inmigrantes llegados de Polonia, y Teodoro Roosevelt subió a la presidencia.

Una de las primeras tareas de Teodoro Roosevelt fue establecer controles sobre Cuba, la cual atravesaba en su naciente independencia por un período muy parecido al que vivió México después de 1821. Las fuerzas netamente cubanas trataron de erigir un país libre de todo

control extraño y triunfaron en las elecciones, pero el bando masónico (camuflado como "liberal") tuvo en 1906 el apoyo de Roosevelt, hubo nuevas elecciones y naturalmente entonces triunfaron las logias. En consecuencia, el país quedó sujeto a la tutela política del Gran Oriente de Charleston.

Otra de las acciones de Roosevelt se desarrolló en Sudamérica, al proponerle a Colombia el tratado Hay-Herran para construir un Canal en el Estrecho de Panamá, que era provincia colombiana como lo son Veracruz y Chiapas de México. Colombia se negó porque juzgó inaceptables las condiciones del tratado, pero Roosevelt dijo que la construcción del Canal no debería ser estorbada por "un puñado de conejos", refiriéndose al gobierno colombiano, y las Logias entraron en acción. (1)

José Agustín Arango, senador, y otros "hermanos" iniciaron en Panamá un movimiento "libertador" y lo alentaron artificialmente por medio de periódicos. Colombia envió tropas para sofocar el débil motín, pero los acorazados norteamericanos impidieron la llegada de esos refuerzos y entretanto se proclamaba la "independencia" del nuevo país (5 de noviembre de 1903). Cuatro días después Estados Unidos la reconocía e inmediatamente lograba el traspaso de una faja de 80 kilómetros para construir su Canal, desde entonces bajo la soberanía de Washington.

La flota americana se ahorraba 22.960 kilómetros de rodeo hasta el Antártico y tuvo así el conducto estratégico que le era necesario para ejercer influencia en los dos océanos, en el Atlántico y en el Pacífico. Una nueva potencia mundial, ya no sólo de América, sino del mundo, hacía su aparición en los albores del siglo XX.

La desbordante vitalidad del pueblo americano, que irrumpía vigorosamente en la historia como un pueblo nuevo de pujante esfuerzo, no dejaba percibir a primera vista que el sector masónico-judío aparentaba un fervoroso interés en la expansión de Norteamérica y cooperaba en la tarea, aunque con ello no buscaba el bien del país, sino INFILTRARLO Y MEJORAR SU PROPIA POSICION. Tal sector era en esencia extraño al pueblo americano, el cual lo advirtió así nuevamente con motivo de la lucha en Cuba, en Puerto Rico y en las Filipinas y reaccionó alarmado. Esta alarma llegó incluso a materializarse en el Senado, donde se declaró que **"en el sistema americano no hay lugar para una administración o gobierno colonial de pueblos sometidos"** y se propuso no autorizar que la Casa Blanca retuviera territorios extranjeros. Los agentes publicitarios del Presidente Teodoro Roosevelt salieron rápidamente a hacer giras (como las de Whitelaw Reid, editor de "Nueva York Tribune") para adormecer a los opositores.

(1) La posibilidad de abrir un Canal en Panamá había sido vista desde 1523, cuando Carlos V ordenó hacer estudios técnicos sobre el particular.

El Presidente Teodoro Roosevelt era apoyado por J. Pierpont Morgan, por Henry Morgenthau padre, hebreo inmigrante; por Rockefeller, Perkins y otros supercapitalistas, y todos ellos lograron ir haciendo a un lado la Ley Sherman y abrirle camino al "socialismo de Estado", al "capitalismo-socialista", al "progresismo", etc., que no eran sino fases camufladas de la penetración "supercapitalista", o sea del control de la economía con finalidades marxistas.

Lo grave para el pueblo americano, que de momento participaba del éxito de la expansión de un imperialismo que él no estaba muy anuente en forjar y al que le imponía rasgos benignos, era que el principal interesado en crear una organización imperialista (o sea el núcleo judío-masónico) iba a volverse más tarde contra el propio pueblo americano. (1)

EL AGUILA MEXICANA DESVIABA LA RUTA

A principios del nuevo siglo hubo varios síntomas de que el águila mexicana no seguía fielmente la ruta que marcaba el águila del norte, como lo había prometido el maestro Ignacio Mariscal. Después de tantos años de gobierno, de aplausos y de manifestaciones de simpatía y apoyo, don Porfirio se sentía sólidamente afianzado en el mando. El Poder exalta la personalidad y la confianza en sí mismo.

Desde la guerra contra el Imperio de Maximiliano, don Porfirio conocía la fuerza de la masonería internacional, de cuya bendición disfrutó cuando se internó en Estados Unidos para levantarse en armas contra el presidente Lerdo de Tejada. Luego se rodeó de eminentes masones y él mismo fue elevado honoríficamente al grado 33.

Pero con el transcurso de los años y con el advenimiento de la fase de "masonería científica", don Porfirio había ido confiando cada vez más en sus propias fuerzas. Todo lo que alentaba en él de nacionalismo fue afirmándose con el tiempo y llegó a ver a la masonería del Norte como el antiguo protector que trazó guías, pero que ya no es forzoso seguir al pie de la letra porque el tutoreado ya es adulto y fuerte para hacer su propia vida. El 31 de agosto de 1895 don Porfirio renunció **"por falta de tiempo"** a su cargo de Gran Maestro de la Gran Dieta, vinculada a la Gran Logia de Arkansas. Lo substituyó como Gran Maestro el diputado federal Manuel Leví, reconocido por las Grandes Logias de Georgia y Nueva York. Quizá don Porfirio pensaba entonces que la masonería mexicana podría ir siendo reducida a un papel secundario; por lo menos así lo evidenciaban muchos de sus actos.

(1) En 1932 se marcó ese viraje. El factor político oculto se sintió entonces ya con fuerzas suficientes para trabajar contra el pueblo de E. U. y a favor del marxismo internacional. (Es muy importante distinguir que la mayoría de los masones americanos en lo personal son ajenos a esa maniobra y sólo han venido actuando atraídos por ideas altruistas o liberales).

En esos días el catolicismo aumentaba su culto a la Guadalupana, con miras a coronarla Patrona de Hispanoamérica, y esto disgustó a los masones más radicales. Emilio G. Cantón, Gran Secretario de la Gran Dieta, inició una campaña para frenar el culto Mariano. Los periódicos "La Patria", "El Combate" y "El Partido Liberal" secundaban esta campaña. Se hablaba de **"la falta absoluta de verdad histórica respecto a la bien explotada y supuesta aparición de la Guadalupana"** y de la **"acción fanatizante e idolátrica"**. El obispo de Tamaulipas, don Eduardo Sánchez Camacho, secundó esa campaña, y ante la natural reacción de la Iglesia, renunció al obispado. (Ya entonces había infiltración, aunque menos eficaz que ahora).

La opinión pública se vio atraída por esos sucesos, de 1895 a 1897, y un nuevo acontecimiento volvió a interesarla grandemente. Resulta que cuando don Porfirio llegaba a la alameda central para asistir a una ceremonia (16 de septiembre de 1897), súbitamente se coló entre sus acompañantes un tal Arnulfo Arroyo y pretendió matarlo por la espalda, aunque sólo logró darle un golpe de rozón en la nuca. (Se dijo que llevaba un puñal). Don Porfirio ordenó que Arroyo fuera consignado a las autoridades judiciales para castigar **"a los responsables"**. Pero antes de que la investigación se realizara, Arnulfo Arroyó resultó muerto a puñaladas (silenciado) dentro de la cárcel, diz que por gente del pueblo que había ido a lincharlo.

Una nueva investigación demostró que los asesinos de Arroyo eran policías vestidos de civiles. Recayeron sospechas en el inspector de policía Eduardo Velázquez, quien pretendía que el extinto Arroyo era un loco sin móviles políticos. El inspector Velázquez fue destituído y encarcelado, pero antes de que se iniciara su proceso resultó muerto en su celda, al parecer suicidado con una pistola.

Conforme esos sucesos se desarrollaban rápidamente y provocaban sensación en todo el país, cundían rumores de que las logias no eran ajenas al atentado. (Dos años antes don Porfirio había renunciado al cargo de Gran Maestro de la Gran Dieta). Luis J. Zalce, grado 33, dice que la voz de la calle era **"alentada por la maledicencia de las sacristías"**. (1)

El obispo de Sonora, don Herculano López, expidió una pastoral contra la masonería, a la cual acusaba de que recurría a la violencia en ciertas ocasiones en que no podía realizar algunos propósitos con otros medios. Dice el maestro Luis J. Zalce que las afirmaciones del obispo de Sonora dieron fuerza a "los rumores calumniosos contra la masonería relacionándola con el atentado de que quiso hacerse víctima al general Díaz en septiembre y con el linchamiento de Arnulfo Arroyo y el sospechoso suicidio de Eduardo Velázquez".

(1) Apuntes para la Historia de la Masonería en México.—Pág. 417, Tomo I.—Luis J. Zalce, 33°.

Por su parte, las Logias felicitaron a don Porfirio por haber resultado ileso y el "Boletín Masónico" recurrió al ex obispo de Tamaulipas, don Eduardo Sánchez Camacho, quien escribió una extensa carta defendiendo a la masonería. (Enero 24 de 1898). Decía que no debía inculparse al obispo de Sonora, don Herculano López, "porque los romanistas son esclavos, y los dignatarios eclesiásticos tienen obligaciones más estrechas que las de un soldado raso ante su jefe o jefes. Yo mismo he tenido que expedir, en el tiempo nefasto de mi episcopado, alguna carta contra masones, diciendo siempre lo que Galileo: 'e pour si muove. . .' Y por no continuar en esta lucha íntima contra mí mismo, di de mano al romanismo con todo lo suyo, y me quedé casi en la miseria; pero más quiero morir de hambre que vivir sirviendo a una causa falsa. . . Tiene mucha razón el Boletín Masónico de temer que la carta pastoral del obispo López turbe la paz social. . . El calificativo de benemérita que doy a la masonería va a causar gran escándalo al Sr. López, pero su espanto a mí no me afecta. . . Los masones han sido los iniciadores de las ideas modernas; se han pronunciado contra los abusos de la Corona y de la Tiara, contra toda tiranía espiritual o política. . ."

El obispo de Sonora expidió una nueva pastoral (febrero de 1898) refutando a su antiguo compañero, el ex obispo Sánchez Camacho, a quien le recordaba la reciente Encíclica "Humanum Genus" del Papa León XIII, que excomulgaba a los masones y culpaba a la institución de perseguir secretamente **la destrucción de "todo el orden religioso y civil establecido por el Cristianismo".**

(Es curioso observar que el frustrado magnicida Arnulfo Arroyo corrió una suerte parecida a la de Lee H. Oswald, el matador de Kennedy, pues fue rápidamente silenciado por el jefe policíaco Eduardo Velázquez. Y éste, a su vez, representó un papel de "silenciador" parecido al de Jacobo León Rubinstein, o sea el asesino de Oswald).

Las extrañas y súbitas muertes de Arnulfo Arroyo y del comandante Eduardo Velázquez decapitaron la investigación del fallido atentado contra don Porfirio, quien por otra parte sentía dominar bien a la mayoría de los "hermanos" y no insistió más en el punto.

Era lógico que don Porfirio creyera que los tiempos habían cambiado, que él tenía firme dominio sobre la nación y que las logias internacionales ya no eran un factor decisivo en la política mexicana, supuesto que muchísimos de sus miembros eran amigos y subalternos suyos y ya no tenían la animosidad de otras épocas. Es más, don Porfirio comenzó luego a propiciar que surgieran gobernadores no masones en diversos estados. El maestro Zalce dice que el general Ahumada fue a gobernar Jalisco con instrucciones de don Porfirio de **"no hacer masonería".** (1)

Respecto al catolicismo, don Porfirio había hecho cesar prácticamente toda hostilidad oficial.

Aparentemente confiado, don Porfirio fue perfilando con más claridad su nacionalismo en el primer decenio del siglo. Los inversionistas franceses e ingleses eran bien recibidos y gozaban de muchas facilidades, como si con ellos se quisiera balancear el peso de los trusts norteamericanos.

En efecto, contrató con la casa inglesa de Lord Cowdray (Mr. Pearson) la construcción de un ferrocarril a través del Istmo de Tehuantepec, tan codiciado por algunos círculos de Washington. Esta vía comenzó muy pronto a hacer competencia al Canal de Panamá, pues ahorraba 2,700 kilómetros de recorrido a los barcos que pasaban del Atlántico al Pacífico o viceversa.

Además, don Porfirio contrató con la misma casa inglesa el artillamiento de Salina Cruz y en su informe del primero de abril de 1910 habló de la forma en que ese puerto iba a tener cañones de 240 milímetros. También había planes para artillar Tampico, Veracruz, Progreso, Guaymas y Mazatlán, para lo cual se tomaban en cuenta estudios de peritos japoneses. Artillar las entradas marítimas de un país es lo mismo que ponerle puertas a una casa.

En política internacional don Porfirio había visto con evidente repugnancia la actitud de la Casa Blanca para mutilar a Colombia, promover la revuelta en Panamá y formar un nuevo y débil país que le cediera la oportunidad de abrir un canal del Atlántico al Pacífico. México se resistió a reconocer ese hecho y lo hizo a regañadientes, en último lugar.

También había visto don Porfirio con malos ojos la intervención militar norteamericana en Cuba y no se cuidó de decir al periodista James Creelman, que vino de Nueva York a entrevistarlo (diciembre de 1907): "Si se limita a un fin particular la doctrina Monroe merece y recibirá la ayuda de todas las repúblicas americanas. Pero como una prerrogativa de poder por parte de los Estados Unidos, una pretensión que se aúna con la intervención armada en Cuba, es causa de sospechas profundas".

(1907)

Asimismo expresó su deseo de que en vez de la Doctrina Monroe (de hegemonía norteamericana) hubiera una doctrina continental, en la que todos los países de América dieran su aportación para su defensa común. En esta forma Díaz se alejaba del tutelaje de Monroe y se acercaba al panamericanismo de Bolívar, defensor de Iberoamérica.

(1) Apuntes para la Historia de la Masonería en México.—Luis J. Zalce y Rodríguez, grado 33.

Don Porfirio parecía sentirse sólidamente arraigado y comenzó a disentir de Roosevelt y de Taft, en lo de Colombia, lo de Cuba, lo del ferrocarril de Tehuantepec, lo de Tlahualilo, lo del Chamizal, lo de Bahía Magdalena y lo de Nicaragua. Y daba más concesiones petroleras al inglés Pearson que al magnate Rockefeller.



Es decir, el águila mexicana desviaba la ruta que marcaba el águila del Norte...

En el mismo año de 1907 la Compañía del Tlahualilo, inglesa, fue privada de ciertos privilegios anticonstitucionales que tenía sobre las aguas del río Nazas (en el Estado de Durango); sus abogados Mallet Prevost y Luis Cabrera no lograron revocar la disposición y recurrieron a la influencia diplomática de la Casa Blanca, pero don Porfirio dio evasivas y el acuerdo se mantuvo, lo cual pudo interpretarse como un desaire.

El petróleo fue otro asunto que quemaba las manos. El inglés Mr. Pearson había hecho las primeras exploraciones en México, en busca de aceite, y recibió más concesiones que el magnate hebreo Rockefeller. El imperio del petróleo que entonces levantaba Rockefeller en Estados Unidos, vio con recelo las explotaciones que se hacían al sur del río Bravo, que podían quizá hacerle bajar sus cotizaciones, y comenzó a maniobrar para ponerles freno. Contra esa maniobra don Porfirio expidió una ley, y luego habló claramente en la entrevista con el periodista Creelman (diciembre de 1907): "Procuramos que ninguna empresa resulte dañosa a nuestro pueblo. Por ejemplo, dimos una ley que establece que ningún dueño de tierras productoras de petróleo las podrá vender a nadie sin el consentimiento del Gobierno. No porque nos opongamos a que nuestros campos petrolíferos sean trabajados por el rey del aceite de ustedes los americanos, sino porque nuestros pozos de petróleo no deben



Elihu Root, Secretario de Estado americano, vino a gestionar el uso de Bahía Magdalena, pero don Porfirio lo rehuyó obstinadamente y sólo accedió a que dos barcos carboneros fondearan en dicha bahía para abastecer a la flota americana. Y limitó el convenio a 3 años, en vez de 5.

ser obstruídos para impedir la competencia y mantener el precio del petróleo americano". (1)

En 1907 había ocurrido también otro desacuerdo entre el águila del Norte, que guiaba, y la del sur que debería seguir la ruta. Resulta que la flota americana usaba todavía carbón para ir de San Francisco a Panamá y necesitaba una base de abastecimiento, para lo cual era necesaria la Baja California. Pero como la venta de ésta se hallaba descartada, el Secretario de Estado americano, Elihu Root, vino a México a gestionar el uso de Bahía Magdalena, en el extremo sur de la península. La presión diplomática fue particularmente intensa y don Porfirio la rehuyó obstinadamente, sin mayor concesión que la de permitir que dos barcos carboneros americanos fondearan en dicha bahía para abastecer a sus naves, a cambio de que la marina mexicana disfrutara una concesión igual por parte de Norteamérica. Mr. Root se empeñó en que el convenio fuera por cinco años, pero don Porfirio lo limitó a 3 y precisamente en 1910 se negó a refrendarlo.

En otras palabras, el águila mexicana se mostraba empeñada en seguir su propia ruta...

El nacionalismo del régimen porfirista se acusaba también en los ferrocarriles, que operaban 24,320 kilómetros de ferrovías, o sea mil kilómetros menos que los actuales. Desde 1898 el gobierno de don Porfirio había empezado a comprar acciones ferrocarrileras, hasta llegar a tener mayoría del 51% en el Ferrocarril Nacional, en el Interoceánico y en el Internacional, y en 1909 todo el personal norteame-

(1) Entrevista James Creelman, con don Porfirio, publicada en "Pearson's Magazine", de Nueva York, en marzo de 1908.

ricano fue sustituído por trabajadores mexicanos. Quienes dudaban de la capacidad de éstos para mover los trenes se quedaron sorprendidos cuando los convoyes fueron entrando normalmente, con tripulaciones mexicanas, a la hora exacta de itinerarios. Y por cierto que causa sorpresa ver con qué sobriedad se presentó entonces esa primera gran nacionalización realizada en México, que además no ocasionaba trastornos generales de devaluación o alza de tarifas.

El Chamizal fue otro punto de fricción entre la Casa Blanca y el régimen de don Porfirio. Desde 1864 el río Bravo había variado súbitamente su curso en perjuicio de México. Una parte de suelo mexicano (2 millones 424,122 metros cuadrados) quedó en la ribera norte del río y fue urbanizada como barrio de la ciudad de El Paso, Texas. En 1894 México comenzó intensas gestiones para que se reconociera que ese territorio era suyo; la Casa Blanca se resistía, don Porfirio insistió, la disputa fue llevada a un arbitraje internacional ante Canadá (de Lafleur) y éste falló a favor de México, con el consiguiente disgusto del Presidente Taft, quien dijo ante el Congreso que el fallo había sido "un aborto infortunado".

Y otro suceso más grave, que llovía sobre terreno reiteradamente mojado por todos los sucesos anteriores, fue la crisis de Nicaragua, surgida cuando círculos plutocráticos apadrinados por Wall Street sufrieron inesperado tropiezo en su empeño de dominar a Centroamérica mediante la presión diplomática y las logias.

Nicaragua estaba gobernada (desde 1893) por el general José Santos Zelaya, quien había implantado las reformas religiosas propugnadas por los liberales y las logias, pero a la vez quería que su país hiciera su propia política, en todo caso ayudado por sus hermanos iberoamericanos, con los cuales lo unían lazos de sangre, de idioma y de costumbres. Zelaya había arrojado ya a los británicos invasores —y al pelele "Rey Henry I"— de la zona de la Reserva Mosquitia, sobre la cual restableció la soberanía de Nicaragua. Luego llegó a pensar en la construcción de un canal entre el Pacífico y el Atlántico, competidor del de Panamá. Su embajador en Washington, Luis Felipe Correa, vino a hablar sobre el particular con don Porfirio y con el embajador japonés, Conde Aoki. Parecía probable que Nicaragua y México pudieran emprender esa obra con ayuda técnica japonesa.

Claro que todos estos sucesos provocaban el recelo del grupo plutocrático-judío allegado a la Casa Blanca, que pugnaba por obtener una creciente hegemonía en Centroamérica. El Presidente Teodoro Roosevelt estaba de parte de ese grupo, pues él mismo era descendiente de sefarditas, pero su período terminó y el problema fue heredado al Presidente Taft. Como la opinión pública americana era enemiga de que se presionara a un país débil, se organizó a un grupo de perturbadores, que salieron de Nueva York en 1906 y a través de

Belice se internaron hasta Nicaragua para provocar agitaciones y levantamientos. Dos de esos perturbadores, Canon y Groce, fueron sorprendidos con bombas cuando intentaban volar el barco "Diamante" con quinientos soldados nicaragüenses a bordo, y se les procesó y ejecutó.

Naturalmente el monopolio internacional informativo, que desde el siglo pasado se encuentra en manos de judíos de Nueva York, levantó una llamarada de noticias contra el Presidente Zelaya, al que presentó como un monstruo. Luego siguió una protesta del Departamento de Estado de Washington "en nombre de la civilización". Una vez puestas estas bases psicológicas y "humanitarias", lo flota americana recibió órdenes de bloquear a Nicaragua, donde mientras tanto había surgido una "revolución" de Juan J. Estrada y de Chamorro, financiada desde Nueva York y ayudada por infantes de marina americanos.

El Presidente Zelaya fue derrocado y se habló de que las fuerzas invasoras lo iban a capturar para llevarlo a Norteamérica y someterlo a juicio. Cinco cruceros mandados por el almirante Kimbal se acercaron amenazantes a las aguas nicaragüenses. Zelaya pidió auxilio a México.

Don Porfirio juzgó que la captura de Zelaya sería un funesto precedente para Iberoamérica. Ya tiempo antes se había negado ante el Secretario de Estado Mr. Elihu Root a servir de mano de gato para sacar las castañas del fuego en Nicaragua, cosa en que Mr. Root tenía particular interés porque así no se provocaría tanto malestar en Iberoamérica como si fueran marinos americanos los encargados de la tarea.

Y al ver a Zelaya en aprietos, don Porfirio ordenó zarpar al cañonero "Guerrero", al mando del capitán de fragata Hilario Rodríguez Malpica, para que rescatara al presidente nicaragüense.

El Ministro Plenipotenciario Henry Lane Wilson fue rápidamente a la Secretaría de Relaciones Exteriores, se entrevistó con el Subsecretario, don Federico Gamboa, y le pidió que por inalámbrica se le ordenara al "Guerrero" que regresara inmediatamente. Don Federico le respondió que el "Guerrero" no tenía inalámbrica y que, además, sólo iba a cumplir con una misión humanitaria; le recordó que la Casa Blanca hablaba constantemente de principios de Derecho Internacional y que lo que estaba ocurriendo en Nicaragua no se apegaba a esos principios. Lane Wilson fue presa de la ira, que trataba de disimular con una sonrisa, "pero esa sonrisa más bien parecía una mueca". Replicó que en el puerto nicaragüense de Corinto ya no cabían los acorazados norteamericanos. "Si por desgracia se opusieran físicamente a que el "Guerrero" entre o salga, ¿qué harían ustedes y qué haríamos nosotros?"

Apuntó que el "Guerrero" era pequeño y débil.



José Santos Zelaya, gobernante de Nicaragua, no se prestaba a ciertas manipulaciones internacionales y se movieron agitadores y dinamiteros en contra de su país. Zelaya capturó a dos y los ejecutó, pero entonces se desencadenó una ofensiva de prensa y Nicaragua fue bloqueada. Se hablaba de que Zelaya iba a ser aprehendido y llevado a Estados Unidos. Intervino don Porfirio, lo rescató y lo trajo a México.

El Subsecretario Gamboa repuso que dentro de su pequeñez, el "Guerrero" resultaba más poderoso "que todos esos acorazados"... Wilson dio un salto de su asiento, se apoyó trémulo en el escritorio del señor Gamboa y pálido de coraje dijo: "Repare usted en la artillería de nuestros barcos, en la suma de hombres que arrojan sus tripulaciones"...

Gamboa repuso: "Pero usted no ha reparado en lo que los unos y el otro llevan a bordo"... Lane Wilson preguntó irónico: "¿Llevará el "Guerrero" explosivos secretos, bombas misteriosas?"

"Lleva el derecho, y los acorazados de usted la fuerza nada más", repuso Gamboa. El Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos quedó perplejo, frunció los labios y se despidió fríamente. (1)

Poco después el "Guerrero" atracaba en el puerto de Corinto, a la vista de los acorazados americanos, recogía al presidente Zelaya y lo llevaba a México, donde fue recibido (diciembre 29 de 1909) como defensor de la soberanía de su pueblo.

El Aguila del sur desviaba demasiado la ruta que marcaba el águila del norte...

Cierto que el porfirismo no se enfrentaba abiertamente a la política de la Casa Blanca y que con frecuencia hacía concesiones, pero los puntos en que socarronamente no caminaba de acuerdo eran cada vez más frecuentes, aparte de que ya podía verse con toda claridad que ese régimen no se prestaría para aplicar una nueva fase de masonería guerrera en México. Las innovaciones planeadas para el futuro de esta nación no podrían de ninguna manera implantarse con la presencia de don Porfirio o con la de sus partidarios que heredaran el poder.

(1) Mi Diario.—Federico Gamboa.

En aquel entonces el ejército de Norteamérica no era tan colosalmente superior al ejército mexicano como lo es ahora. Constaba sólo de cincuenta mil hombres, dispersos en un vasto territorio. Claro que podía movilizar muchas fuerzas, cosa que desde el aspecto militar era fácil, pero en el político implicaba serias dificultades porque se carecía de bandera y de opinión pública para hacerlo. En el Estado Mayor del ejército norteamericano el plan militar para una eventual campaña en México (planes que preparan de rutina los Estados Mayores, pero que en el caso de México tenía ciertas probabilidades de convertirse en realidad), preveía que la ocupación del país tardaría un año y costaría 40,000 bajas y 4,400 millones de dólares, además de que las tropas de ocupación seguirían expuestas a la guerra de guerrillas. El general Tasker Howard Bliss, jefe del Estado Mayor, no juzgaba muy recomendable esa operación. Y no precisamente porque no hubiera la seguridad de triunfar, sino porque ese triunfo resultaría costoso y podría dar origen a otras situaciones internacionales molestas e imprevisibles.

En esa época, por ejemplo, la situación en Europa era incierta. Alemania se erguía como gran potencia no uncida al bloque político-masónico que integraban Inglaterra y Francia. La Rusia cristiana de los zares también era fuerte y trataba de ser factor político en Europa. Japón se perfilaba como posible potencia en Asia. Tomando en cuenta todo el panorama mundial, como lo hizo el general Howard Bliss, no era aconsejable un conflicto armado americano-mexicano. El coronel Roosevelt y el general Leonard Wood habían analizado cuidadosamente este punto con el general Bliss. El ejército porfirista de 22,000 hombres era bueno, con oficiales bien adiestrados, y quizá podría movilizar el doble y prolongar la resistencia más de lo previsto; tal vez hasta se abrieran las puertas para que algún país europeo o asiático complicara la situación.

Era, pues, más recomendable flanquear el problema Díaz-México que atacarlo en un asalto frontal.

En esas circunstancias el Presidente William Howard Taft promovió una entrevista con el Presidente Díaz, en El Paso, Texas. Ambos se reunieron el 16 de octubre de 1909. Lo discutido nunca ha sido revelado punto por punto, pero todo lo que trascendió coincide en que Taft le habló fríamente a don Porfirio para hacerle varias demandas, pero que don Porfirio dio evasivas y no se comprometió a nada. Don Pablo Escandón, jefe del Estado Mayor presidencial, fungió como intérprete y su hijo Antonio reveló posteriormente que Taft había empezado por recordarle a don Porfirio la ayuda que Estados Unidos dio



Entrevista de los presidentes Taft y Díaz. Taft le recordó a Díaz la ayuda que la Casa Blanca había dado al régimen de Juárez, las inversiones hechas en ferrocarriles, la venta de material para telégrafos, la venta de armas, etc., y se quejó de que "los Estados Unidos han sido siempre pospuestos en los negocios de México". Díaz se mostró evasivo...

a México en la época de Juárez, las inversiones hechas en ferrocarriles, la venta de material para telégrafos, la venta de armas para el ejército, etc., etc., "y en cambio de todo esto, los Estados Unidos han sido siempre pospuestos en los negocios de México, y así vemos que las más grandes empresas están en manos de los Signoret, de los Tron, de los Aymes, de los Pugibet, de los Veyan y otros. Las haciendas son de españoles. La Compañía de petróleo El Aguila, sólo tiene de mexicana el nombre; son fuertes intereses de Inglaterra los que la han formado. La Casa Pearson ha sido una enemiga declarada de nosotros. Y como si no fuera bastante, con la ayuda de esa casa se ha terminado el ferrocarril de Tehuantepec, con alcances que no podemos prever. Este es un ataque directo al proyecto del Canal de Panamá". (1)

Además, en el séquito de don Porfirio circuló la versión de que Taft expuso a don Porfirio sus temores de que Inglaterra quisiera expandirse desde Belice hacia Yucatán y Campeche, por el oeste, y hacia América Central por el sur; de que Alemania ejerciera influencia sobre Brasil, Chile y Venezuela, y de que Japón pretendiera dominar en Hawaii y Baja California. Para contrarrestar eso, era necesario que Estados Unidos obtuviera la cooperación de México. Y esta cooperación consistiría en una acción política conjunta, en el control de Centroamérica y en una concesión para que las tropas americanas pudieran utilizar el Istmo de Tehuantepec.

En la alta política no se le llama pan al pan ni vino al vino; mientras no hay un control absoluto a nadie se le dice: "exijo que sea usted mi siervo y que cumpla mis órdenes". Se dan sugestiones u opiniones de carácter general, con frecuencia indirectamente, y el buen entendedor sabe así por dónde "quiere caminar espontáneamente". Es el arte de ir forjando acontecimientos sin dejar huellas. Y el que se hace sordo y pretende no saber de dónde sopla el viento, o el que presenta resistencia, es convertido publicitariamente en "perro del mal" y eliminado como déspota, absolutista, enemigo del pueblo, dictador o fascista.

Con mayor o menor tacto político don Porfirio fue dando evasivas en unos puntos y declinando otros: se daban facilidades a inversionistas ingleses y franceses, pero también a los americanos; nada había que enturbiara las buenas relaciones entre México y Estados Unidos; no creía en el peligro inglés, ni en el alemán, ni en el japonés. Taft no se mostró convencido y la entrevista terminó fríamente, sin ningún acuerdo.

Quizá sin advertirlo claramente por el peso de sus años, o quizá advirtiéndolo, pero empeñado socarronamente en conservar la autonomía internacional que había ido adquiriendo con el correr de los años y con el aumento de su poder, don Porfirio no se arredró en Ciudad Juárez ante la cortés, pero fría mirada del "hermano" Taft.

En ese histórico momento don Porfirio acababa de desencadenar grandes fuerzas en su contra, y ciertamente ya no tenía las suficientes energías para defenderse.

(1) Historia Menuda.—La Verdad Sobre la Entrevista Díaz-Taft.—Por Armando de María y Campos.—Relato del viejo revolucionario J. Sixto Murillo, juez del registro civil de Acámbaro, Gto., a quien le hizo confidencias Antonio Escandón, hijo del jefe del Estado Mayor de don Porfirio y traductor durante la entrevista Díaz-Taft.

DEBILIDADES INTERNAS DEL PORFIRISMO

La enemistad de ciertos círculos extranjeros, que don Porfirio acababa de desafiar, iba a apoyarse, lógicamente, en las debilidades internas del régimen gubernamental mexicano —que ya tenía síntomas de declinación con el declinar del propio don Porfirio— y en las debilidades generales del país, existentes bajo cualquier régimen. En México, como en todo país pobre, nunca faltan razones y emociones que pueden arder si se les acerca una mecha y se les sopla favorablemente.

El porfirismo tenía muchos puntos en su haber. La producción del país iba en ascenso y figuraba entre los primeros lugares del mundo en plata, petróleo, ganadería, algodón y henequén. Don Porfirio construía obras portuarias, mercados, escuelas y —sin saberlo— hasta ponía las bases y la estructura para el Monumento a la Revolución que habría de derrocarlo. La hacienda pública operaba con superávit, había crédito internacional, la balanza de pagos se hallaba equilibrada y la moneda era sana, después del quebranto que sufrió a principios de siglo debido a que la demanda de plata disminuyó considerablemente. (En 1903 el dólar se cotizaba a $ 2.28 y al año siguiente se logró el caso insólito de una revaluación del peso mexicano y el cambio quedó en dos pesos por dólar).

Entre 1875 y 1900 la población sólo había aumentado en un millón de habitantes, o sea 40,000 al año, pero en los 10 años siguientes el aumento se aceleró y fue de 150,000 por año, hasta alcanzar un total de 15.100,000 habitantes. (1)

Como consecuencia de los nuevos inventos que nacían en diversos países, la vida en México fue adquiriendo ciertos rasgos novedosos. El siglo veinte se iniciaba con la creciente popularización de la máquina de escribir. Las exhibiciones de cine comenzaron a atraer la atención de numeroso público. (Louis Lumiere acababa de revelar su invento en París, en 1895). También el fonógrafo, de Edison, comenzaba a comercializarse en México.

El ingeniero Miguel Rebolledo y el contralmirante Angel Ortiz Monasterio trajeron de Europa (1901) la técnica del concreto armado y se dio nuevo impulso a la industria de la construcción. En 1904 se inauguró el edificio de Relaciones Exteriores, el primero de importancia erigido en México utilizando el concreto.

El automóvil, inventado en Alemania (1886) por Gottlieb Daimler y por Karl Benz, llegó a México en 1905 y comenzó a dar un nuevo aspecto a la ciudad. Ese mismo año se creó la Junta Directiva de Caminos para abrirle rutas al recién llegado.

El primer avión con motor de combustión interna había volado en

(1) Para entonces la población de E. U. ya había dado un salto hasta 92 millones de habitantes, o sea más que Inglaterra y Francia juntas.

E. U. en 1903, obra de los hermanos Wright, quienes se apoyaron en los experimentos del americano Pierpont Langley, de los alemanes Lilenthal y de otros más. En México se realizaron los primeros vuelos (que eran saltos de menos de cien metros) en 1909, con motor de 12 caballos. En 1910 el ingeniero Juan Guillermo Villasana construyó un avión totalmente hecho en México, incluso el motor, y puso así las bases de una industria que después fue frenada oficialmente hasta que se extinguió.

En general, la vida en México presentaba muchos síntomas de tranquilo desarrollo y don Porfirio tenía motivos para sentirse seguro. Su prolongado gobierno parecía firme como la roca y no advertía que junto a esa solidez existían grandes debilidades interiores que podrían ser explotadas fácilmente desde el extranjero. Ciertamente había miseria en el campo, aunque bastante menos que cuando don Porfirio subió al Poder. La paz y las garantías de orden permitían sembrar la tierra, y las nuevas comunicaciones y las nuevas industrias contribuían a vigorizar la corriente económica en toda la nación.

Cuando don Porfirio subió al poder había 3,749 ranchos, y en vísperas de dejarlo había 8,431; el número de las haciendas había aumentado de 6,684, a 48,635. Los salarios eran bajos, pero los precios también lo eran (8 centavos el kilo de maíz, 12 el de trigo, 16 el de frijol y 26 el de arroz); y además había la circunstancia de que el peón agrícola tenía asegurada casa y comida, aparte del salario. El arzobispo Mora y del Río celebraba juntas anuales con los hacendados para mejorar a los trabajadores, y el jornal de 37 centavos diarios fue aumentado a 43; en los congresos católicos de Tulancingo y Zamora se hicieron planes (1904-1906) sobre el mejoramiento material y moral de los peones agrícolas, el salario familiar, la construcción de casas, escuelas, etc. También en Puebla, Guadalajara y Oaxaca se realizaron dichos congresos, encaminados a aplicar el ideario social católico trazado por el Papa León XIII en su encíclica Rerum Novarum (1891) referente a las relaciones entre obreros y patrones.

En 1909 se fundó la Caja de Préstamos para la Agricultura y Fomento de la Irrigación y comenzaron a hacerse estudios para aumentar la producción agrícola con nuevas técnicas de cultivo, y a planearse obras de irrigación. Esta tarea la habían iniciado los españoles pero luego quedó abandonada durante las guerras que se sucedieron casi ininterrumpidamente durante 75 años, y apenas en vísperas de ser resucitada por el porfirismo iba a dormir nuevamente por espacio de 15 años, debido a la revolución. En 1908 se iniciaron los préstamos agrícolas para impulsar el desarrollo de la Comarca Lagunera, que llegaría a ser una de las más ricas del país. Torreón acababa de surgir como la ciudad más moderna de México.

La pobreza en el campo es un mal perenne en México, inherente en

gran parte a las grandes masas premexicanas que en su yacer propio de planta no desenvuelven la ambición necesaria pare elevarse; hasta la Divinidad requiere que el hombre se ayude a sí mismo, como primer paso para recibir la ayuda de fuerzas superiores, y es un hecho que grandes sectores campesinos siempre han carecido de suficiente impulso propio para evolucionar económica y culturalmente. Y cuando un conglomerado así no puede responsabilizarse de sí mismo y de su familia; cuando no cubre sus más indispensables necesidades, no hay régimen que pueda suprimir esa miseria, pues se requeriría una "acción social" tan grande que desequilibraría la economía del país. ¿De dónde saldrían los fondos para esa ayuda, si la mayoría de la población dependiera del auxilio social?

Y como ese antiquísimo problema estaba lentamente disminuyendo, pero aún no se resolvía en 1910 (de igual modo que sigue ahora sin resolverse y agravado por el sistema del ejido), y como además un mayor o menor número de hacendados cometían abusos, en este punto débil nacional podía fincarse la bandera de una revolución. De la misma manera que podría hacerse en 1969 con la miseria de cientos de miles de ejidatarios, de obreros burlados por sus líderes y de millares de jóvenes, si una fuerza extranjera se propone ahora subvertir el orden en México.

Otro de los puntos débiles del régimen porfirista era la desmedida protección que los "científicos" daban a ciertos patrones industriales para mantener sueldos bajos, cosa que facilitó a los Flores Magón la tarea de organizar huelgas en Río Blanco y Cananea. El jefe de los "científicos" era el Secretario de Hacienda José Ives Limantour, que con sus innegables capacidades financieras se ocupaba más de la prosperidad de las grandes empresas que de una proporcional mejoría del nivel de vida en general.

Había, pues, pobreza en una gran masa del campo y salarios injustos en muchas ramas de la creciente industria, **pero no fue esto únicamente lo que derribó a don Porfirio, sino esto en conjunción con la fuerza exterior que quería derribarlo.**

Hubo además una serie de errores de política interna, a los cuales diversos historiadores les dan mayor o menor importancia, pero ninguno fue decisivo. Entre los más importantes figura el de haberse alejado don Porfirio del general Bernardo Reyes, que podía haber dado nuevos bríos a su gobierno, y el de plegarse a la exigencia de Limantour para que Corral fuera el vicepresidente de la nueva reelección. Esto enfrió a muchos reeleccionistas que ante un don Porfirio de avanzada edad y de fuerzas decrecientes querían una personalidad fuerte como probable sustituto.

El hecho de que don Porfirio declarara en 1907 al periodista americano Creelman que deseaba oposición política y que él no se reelegiría de nuevo, ha sido supervalorizado por algunos historiadores, quienes afirman que eso despertó el espíritu cívico y provocó un alud en contra del régimen. Pero la verdad es que tales declaraciones, aunque sensacionales y todo, no provocaron ningún alud. Fue hasta dos años después cuando la aparición de gavillas con armas extranjeras y la imposibilidad oficial de dominarlas fue dando bríos a la oposición cívica.

Otro factor negativo del prolongado régimen fue el servilismo que floreció en sus aguas estancadas; cuando le sugirieron al diputado Manuel Vila que hiciera una oposición simulada en la Cámara, contestó alarmado: "¡Contra don Porfirio, ni de broma!" Y otro ejemplo fue la frase atribuida al diputado Pablo Macedo: "Con don Porfirio seríamos capaces de ir hasta la ignominia". Tales zalamerías, propias de todo régimen que se prolonga sin introducir nuevas energías en su estructura, iban lentamente provocando reacciones en contrario. Muchos periódicos recibían subsidios oficiales; desde "El Imparcial", con $ 4,200.00 mensuales, hasta "La Nación" con $ 150.00, aunque casi todos eran cautos en el elogio, infinitamente más cautos que numerosos de sus sucesores, y hasta hubo diarios totalmente independientes, como "El País" de Trinidad Sánchez Santos, que respetaba los méritos del régimen y censuraba valientemente sus defectos.

Lo decisivo —no hay que perder de vista el tronco entreteniéndose demasiado con las ramas— **es que al Norte del río Bravo ya se había decidido derribar al porfirismo.** Inicialmente bendecido por la masonería internacional, don Porfirio evolucionó hacia un nacionalismo con fuerzas propias que ya no complacía todos los deseos de los "hermanos" del Norte.

El caso Díaz era una enseñanza para la fuerza masónica extranjera, pues revelaba que si un gobernante permanecía en el poder más tiempo de un efímero período, iba cobrando fuerza y echando raíces que luego le permitían desenvolver una política propia, como más tarde volvió a evidenciarse en otros casos de mandatarios iberoamericanos parecidos a don Porfirio.

OPOSICION VALEROSA, PERO CON INSUFICIENTE FUERZA

La oposición al porfirismo era valerosa, pero débil, y carecía de fuerza suficiente para derrocar al régimen. Movimientos de oposición mucho más fuertes se han materializado durante el régimen revolucionario y no han podido derribarlo. La diferencia básica consiste en que en 1910 la oposición a don Porfirio tenía la venia de la Casa Blanca, en tanto que los tres grandes incendios ocurridos contra el régimen revolucionario (1927, 1930 y 1940) han tenido la oposición de ella.

Don Francisco Irineo Madero, de 27 años de edad, se había de-

clarado en 1905 opositor a don Porfirio, pero lo seguían pocos partidarios. José Vasconcelos lo secundaba con publicaciones periodísticas de escasa circulación en que reclamaba libertades democráticas. La fuerza de don Porfirio era tan grande que aquellos brotes de oposición y crítica carecían casi de resonancia.

No cabe duda de la buena fe de Francisco I. Madero. Era liberal en el verdadero sentido de la palabra, descendiente de judíos portugueses, pero hacía mucho que su familia ya no practicaba la ley mosaica y se había asimilado a las costumbres de México. Su padre, don Evaristo, hombre acaudalado de Parras y de la Comarca Lagunera, lo había internado en un colegio de jesuitas en Saltillo. Por algunos días Francisco pensó en hacerse jesuita, pero don Evaristo lo envió a Europa, donde adquirió inclinaciones por el espiritismo. Durante su estancia en Estados Unidos y en Francia fue iniciado en la masonería y dejó de practicar el catolicismo, pero sin embargo no era un masón entusiasta. (En la logia yorquina de Filadelfia se conserva la carta de filiación y el mandil masónico de Madero). En la finca de su padre, en Parras, era bondadoso y justiciero con peones y empleados. Ni sus enemigos niegan esas características.

En su libro "La Sucesión Presidencial", escrito en San Pedro, Coah., en octubre de 1908, Madero hacía la crítica del régimen y exponía sus ideas políticas: "El general Díaz ya no puede con la carga del poder —decía— y quizá para evitarse la dificultad de resolver problemas arduos, prefiere posponer su resolución indefinidamente... El general Díaz se apoya en el ejército, pero más que en él, en el mecanismo de su administración, pues las cámaras de representantes son nombradas por él y por tal motivo obran en todo de acuerdo con sus disposiciones. Igual cosa pasa con los gobernadores de los Estados y las autoridades subalternas".

Sin embargo, más adelante reconocía la realidad política de que "el pueblo ignorante no tomará una parte directa en determinar quiénes han de ser los candidatos para los puestos públicos, pero indirectamente favorecerá a las personas de quienes reciba mayores beneficios... Aun en países muy ilustrados no es el pueblo bajo el que determina quiénes han de llevar las riendas del gobierno. Generalmente los pueblos democráticos son dirigidos por los jefes de partidos que se reducen a un pequeño número de intelectuales".

En otro orden de ideas, afirmaba: "No nos parece oportuno preocuparse por la influencia del clero, porque éste se ha identificado con las aspiraciones nacionales y si llega a ejercer alguna influencia moral en los votantes, será muy legítima; la libertad debe cobijar con sus amplias alas a todos los mexicanos, y no sería lógico pedir la libertad para los que profesamos determinadas ideas y negársela a los que tienen ideas diferentes... ¿De qué nos sirve nuestro portentoso progreso material, si no tenemos asegurado ni siquiera el sustento honrado a nuestras clases desvalidas?... Las concesiones para aprovechamiento de aguas en los ríos han sido inconsideradas, y siempre han ido a dar a manos del reducido grupo de favoritos del gobierno".

Luego criticaba que se hubieran arrebatado tierras a los indios yaquis, lo cual ocasionó una costosa guerra y el empobrecimiento de Sonora. En cuanto a política internacional decía que "otra falta trascendental ha sido no dedicar todos nuestros esfuerzos para lograr que las cinco Repúblicas centroamericanas formen una sola República federativa".

Madero no se mostraba partidario de una revolución en México, pues decía que "por amarga experiencia sabemos los mexicanos que siempre que hemos empuñado las armas para derrocar a algún mal gobierno, hemos sido cruelmente decepcionados por nuestros caudillos que nunca nos han cumplido las promesas que nos hicieron".

Y en un resumen general acerca de la oposición política, precisaba: "Puede decirse que la mayoría de la República está contenta con el actual orden de cosas. Pero los únicos que no están contentos, son los intelectuales pobres... los pensadores, los filósofos, los escritores, los amantes de la Patria y de la Libertad; la clase media que... en el taller, mientras pone en juego su fuerza física para el desempeño de su tarea diaria, deja vagar su inquieta imaginación por el espacioso campo del pensamiento, concibiendo brillantes ensueños de redención, de progreso".

Madero, hombre limpio en política, de trato afectuoso, soñador, era un buen jefe-símbolo para una revolución. Su Partido Antirreeleccionista no atrajo, sin embargo, gran número de partidarios. Los que no confiaban ya mucho en el viejo y extenuado Presidente simpatizaban con Bernardo Reyes, que también era del régimen. Sin embargo, Limantour presionó para que don Porfirio lo descartara, y en las elecciones de 1910 se presentó Díaz como candidato a la presidencia y Corral como candidato a la vicepresidencia. Esto fue un error porque Corral era impopular y cada día atraía más oposición al régimen.

Madero estuvo dispuesto a transigir si don Porfirio le dejaba la vicepresidencia, y sobre el particular habló con él, pero no logró persuadirlo y entonces se lanzó como candidato a la Presidencia. Llevaba como segundo al doctor Francisco Vázquez Gómez (que hasta poco antes había sido médico de don Porfirio) y realizó vastas giras políticas en las que figuraban como oradores los licenciados Roque Estrada y José Vasconcelos y el ingeniero Félix F. Palavicini. Se pronunciaron numerosos discursos atacando duramente a don Porfirio y a

todo el régimen y hubo algunas represalias oficiales, tales como sabotear los alojamientos, poner obstáculos a algunos mitines, etc.

Se cree que efectivamente don Porfirio ganó de nuevo la Presidencia y que Madero ganó la Vicepresidencia, pero se le hizo un enjuague estilo PRI, se le detuvo en Saltillo y se le llevó a la Penitenciaría de San Luis Potosí. Según el historiador Agustín Aragón, don Porfirio no había ordenado la aprehensión y se disgustó al enterarse de lo sucedido. Luego el obispo potosino monseñor Montes de Oca intercedió por conducto de la esposa de don Porfirio para que se dejara a Madero salir del país. Algunos historiadores oficiosos no quieren confesar esto y hablan de una fuga, aunque no hay ningún dato concreto sobre ella, además de que Madero no era del tipo de reos que saben abrir candados y burlar carceleros. Silenciosamente Madero se trasladó a San Antonio, Texas, donde redactó el Plan llamado de San Luis, que fechó en la capital potosina como si hubiera sido expedido ahí el 5 de octubre de 1910. En ese plan denunciaba una serie de arbitrariedades porfiristas que la revolución iba a liquidar. Tales irregularidades fueron descritas por Madero con las siguientes palabras:

> "Tanto el poder Legislativo como el Judicial están completamente supeditados al Ejecutivo; la división de los Poderes, la soberanía de los Estados, la libertad de los Ayuntamientos y los derechos del ciudadano, sólo existen escritos en nuestra Carta Magna... Los Jueces, en vez de ser los representantes de la Justicia, son agentes del Ejecutivo, cuyos intereses sirven fielmente; las Cámaras de la Unión no tienen otra voluntad que la del Dictador; los gobernadores de los Estados son designados por él, y ellos a su vez designan e imponen de igual manera las autoridades municipales... Contra esa usurpación, he designado el domingo 20 del entrante noviembre, para que de las seis de la tarde en adelante, todas las poblaciones de la República se levanten en armas... Cada cabecilla tomará el grado que corresponda a las fuerzas que aporte".

El 18 de noviembre Aquiles Serdán se aprestaba en Puebla a secundar el movimiento revolucionario. Acababa de regresar de San Antonio, Texas, con veinte mil pesos para financiar un brote rebelde y había adquirido modernos rifles Winchester en la casa "Tampico News" de los hermanos Rattner, pero fue localizado por la policía, presentó resistencia en su casa y finalmente fue muerto al día siguiente, al delatarlo debajo de las duelas de una pieza un acceso de tos. Su plan rebelde era bastante incipiente y sólo contaba con 8 personas.

Y llegó el 20 de noviembre... y no pasó nada. Sólo en Gómez Palacio un tranviario, Jesús Agustín Castro, movió a un grupo que después de cometer un asalto se remontó a la sierra como gavilla rebelde.

Madero cruzó la frontera en Piedras Negras, en la creencia de que irían a encontrarlo dos cabecillas, cada uno con 300 hombres, pero sólo acudió uno de ellos, con 10 hombres. El día transcurrió en paz en todo el país y el jefe revolucionario se regresó decepcionado a San Antonio. Pensó que todo había fracasado y consideró la conveniencia de pedir amnistía para volver a México. Sus parientes y allegados le dieron ánimo para que esperara un poco más.

Era ya evidente que el llamamiento a la Revolución no había encontrado eco. El pueblo no se sublevaba ni los jefes militares defeccionaban.

Además del maderismo había otro grupo de oposición, encabezado por los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, que después de publicar panfletos contra el Gobierno y de organizar diversos actos subversivos se exiliaron en San Luis Missouri. Desde ahí habían resucitado el Partido Liberal Mexicano, que en su manifiesto del 1o. de julio de 1906 exhortaba a la lucha en favor de la no reelección, de la libertad de prensa, de la sustitución de escuelas católicas por escuelas oficiales, de la jornada de 8 horas de trabajo y salario mínimo, de la anulación de las deudas de los jornaleros y del reparto de tierras. Ricardo Flores Magón ayudó a promover la huelga de Cananea, de 1906, y la de Río Blanco en 1907, que degeneró en hechos sangrientos, lanzados luego a la faz del régimen como descrédito de su gestión.

En 1910 el grupo magonista alentaba desde el extranjero los desórdenes de México y enviaba agentes que no pudieron provocar nuevas huelgas, pero que organizaron brotes de revoltosos. Estos operaban en gavillas que asaltaban por sorpresa pequeños poblados, pero no constituían ningún frente revolucionario, aunque creaban malestar y eran a veces chispazos de terrorismo. Los agitadores más avezados inducían entre la gente ignorante la demagógica idea de que arrebatándoles a los ricos sus tesoros, los pobres se volverían ricos y doblemente felices porque ya no tendrían que trabajar. Sin embargo, no había movimientos en masa y en lo general el país seguía en paz.

Pero había otros recursos y ya estaban poniéndose en acción. Eran recursos al parecer insignificantes, pero su fuerza no residía en sí mismos, sino en el poder que se ocultaba detrás...

EL GOLPE DECISIVO VENIA DE AFUERA

Un año antes, cuando terminó la entrevista de los Presidentes Díaz y Taft sin ningún acuerdo concreto, el detective mexicano Francisco Chávez —que iba en el séquito de don Porfirio— informó que un italiano apellidado Garibaldi y un hermano de Francisco I. Madero se habían entrevistado con Pascual Orozco, después de lo cual recogieron municiones en Fort Bliss, Texas. Este informe —del que tuvo conocimiento el periodista Ignacio Muñoz —se corroboró días más tarde cuando una gavilla de 11 guerrilleros, encabezada por el

propio Pascual Orozco, penetró en territorio mexicano, cerca de Tierra Blanca, Chih., procedente de Texas. Las autoridades locales rindieron un parte de novedades en el que describían a Orozco como "abigeo", pues de momento era su única actividad visible.

Pero el Presidente Taft había ordenado ya —como los acontecimientos posteriores lo demostraron palmariamente— que se diera decidido apoyo al movimiento contra don Porfirio. (1)

La gavilla de Pascual Orozco pudo así disponer de armas nuevas americanas y de suficientes municiones, con lo cual fue aumentando sus efectivos. El desierto de Chihuahua era terreno propicio para pegar un día en un poblado y al otro aparecer en un punto muy distante, casi sin dejar rastro. Por el mismo rumbo no tardó en surgir otra partida —aparentemente también de abigeos— encabezada por Francisco Villa (originalmente llamado Francisco Germán y luego Doroteo Arango). Villa era el vengador del honor de su hermana, que para no ser encarcelado por haberse hecho justicia por su propia mano había huído al monte. (Los grupos rebeldes de Orozco y de Villa se alinearon en el movimiento revolucionario proclamado por Madero).

En numerosos periódicos americanos se publicaban informaciones alentadoras para los opositores al gobierno mexicano y cuando éste protestó por el contrabando de armas se le dijo que era muy difícil evitarlo.

Ni en los desiertos ni en las sierras de Chihuahua se producen pistolas, carabinas, municiones, carrilleras y gorras texanas, pero tanto Pascual Orozco como Villa tenían todo esto en creciente abundancia y por tanto podían ir sumando gente a sus grupos, que en total llegaron a tener más de cinco mil hombres, cuyo abastecimiento bélico procedía de Norteamérica. (2)

Al calor de ese foco rebelde, don Francisco I. Madero —que había estado unos días en Nueva Orleans—, volvió a cruzar nuevamente la frontera el 14 de febrero de 1911, o sea casi tres meses después de la fecha que señaló en su exhortación de San Antonio para que el país se levantara en armas, sin que esto hubiera ocurrido hasta entonces.

En su segunda entrada al país en son de guerra, por Isleta, Texas,

(1) El mismo Ignacio Muñoz refiere que el brote rebelde de Lorenzo Benítez, en Valladolid, Yuc., fue alentado por agentes que llegaron de Estados Unidos. Don Porfirio envió a Yucatán al onceavo batallón y Benítez fue capturado. Los alentadores del movimiento vieron que lo indicado era actuar en la frontera Norte.

(2) Poco después "The Army and Navy Journal", de Nueva York, informaba en un análisis militar que Francisco Villa tenía una columna de 4,500 hombres bien vestidos, con modernos rifles americanos "Remington", con ametralladoras rápidas, abundancia de municiones, servicio de intendencia, médicos, enfermeras y medicinas. Nada de esto se producía en los cactus del desierto de Chihuahua.

(cerca de Ciudad Juárez) Francisco I. Madero era acompañado del agente americano Somerfield (judío de origen alemán), y de los consejeros militares José Garibaldi, italiano, y J. Viljoen, boero. La escolta de Madero y otros grupos armados de la región trataron de capturar (marzo 6) el poblado de Casas Grandes, pero fueron derrotados. Sus operaciones armadas no llevaban visos de prosperar. Ciertamente surgían y desaparecían gavillas en diversos Estados (Coahuila, Zacatecas, Nayarit, Tabasco, Hidalgo, Puebla y Veracruz) pero eran alfilerazos sin continuidad de frente, guerrillas cuyas ocasionales tropelías causaban a veces más desprestigio que utilidad a su causa.

Pero entretanto, Villa y Orozco habían acrecentado sus tropas, aprovecharon un momento propicio y lanzaron un ataque repentino sobre Ciudad Juárez, cuyo defensor, el general Juan J. Navarro, capituló con sus 400 soldados el 11 de abril. Orozco y Villa querían fusilar a Navarro, a lo cual Madero se opuso y se lo llevó en su automóvil hasta la orilla del río Bravo, para que huyera.

A las 24 horas de la caída de Ciudad Juárez el Gobierno de Taft reconoció prácticamente la beligerancia de los revolucionarios, que de hecho ya habían logrado que se les aceptara en Washington una especie de embajada, a cargo del licenciado José Vasconcelos. Para todo el que no se había enterado de que los guerrilleros de Orozco y Villa tenían armamento americano, la caída de Ciudad Juárez y el reconocimiento tácito de los rebeldes por parte de Estados Unidos fue una súbita iluminación del panorama. Todos sabían ya de dónde soplaba el viento y algunos comenzaron a acomodarse para la nueva situación.

La caída de Ciudad Juárez era un golpe sensible para un régimen sobre el cual nadie había osado poner la mano, pero no era una derrota irreparable. El ejército estaba intacto. Sin embargo, don Porfirio no pudo menos que percibir todo el mar de fondo que había en ese hecho y envió delegados a que le ofrecieran a Madero ciertas concesiones tendientes a un gobierno de coalición. Madero se mostró dispuesto a negociar, pero el doctor Vázquez Gómez lo persuadió para que exigiera emisarios acreditados, a lo cual accedió don Porfirio y envió a El Paso, Texas, al presidente de la Suprema Corte, licenciado Francisco Carvajal, con un plan para hacer cambios en el gobierno, que permitieran una transición pacífica sin guerra interna. Madero encontró esto muy conveniente, pero el Dr. Vázquez Gómez volvió a intervenir y dijo que la revolución no era un asunto de la familia Madero (¡claro que no!) y que Díaz, Corral y Limantour deberían abandonar el Poder.

A propósito, Limantour acababa de regresar a México, procedente de Europa, y le refirió a don Porfirio que en Nueva York había conferenciado con diversos funcionarios, incluso con el Secretario de Gue-

rra, Dickinson, y con maderistas exiliados, y que tenía la impresión de que todo estaba perdido y de que no era remoto, incluso, que los norteamericanos lanzaran 5,000 hombres a la lucha para ocupar la ciudad de México. (1)

Henry Lane Wilson había ido en febrero a Washington y corrían noticias de que el Presidente Taft enviaba tropas al sur de Estados Unidos y barcos a las cercanías de las aguas mexicanas en ambos litorales, diz que para demostrar que la Casa Blanca se hallaba dispuesta a cumplir "sus obligaciones internacionales", o sea una tácita advertencia hostil a don Porfirio.

En varios círculos de Estados Unidos había gran actividad contra el gobierno porfirista. El líder hebreo Samuel Gompers, que controlaba gran parte de los sindicatos norteamericanos, declaró posteriormente que "en varias ocasiones algunos mexicanos vinieron a verme cuando se

> organizaban manifestaciones públicas para derrocar a Díaz y me pedían consejo sobre sus proyectos... Las conferencias con los revolucionarios mexicanos fueron cada vez más frecuentes. Vi a los representantes de muchos grupos, cada uno de los cuales había organizado una junta. Cuando el movimiento por la libertad de México alcanzó mayores proporciones, me visitaban y me consultaban con más frecuencia. (2)
>
> ..."La Constitución liberal instituida por Juárez era una máscara tras la que el presidente Díaz escondía una dominación despótica... Comprendí que la lucha por la democracia en los Estados Unidos implicaba el ayudar a México en su precaria situación". ("Seventy Years of Life and Labour", Autobiografía de Samuel Gompers).

Henry Lane Wilson, ya con el carácter de Embajador, presentó credenciales (marzo 5 de 1911) y contrariamente a la costumbre diplomática, en su discurso no elogió al Presidente Díaz y declaró que "era efímero todo progreso que no se apoyaba en la sólida roca de la Constitución de un pueblo", palabras que dadas las circunstancias del momento la oposición recogió jubilosa como una clara condenación del porfirismo. A la vez, el nuevo embajador trataba de alentar a las logias en la lucha contra el Gobierno.

En la segunda quincena de ese mismo mes de marzo —ante los tonificantes sucesos de las últimas semanas— se acrecentó el grupo rebelde del Estado de Morelos, encabezado por Emiliano Zapata, quien para fines de marzo llegó a tener 2,500 hombres. Aunque era un número considerable, todavía le faltaban armas y disciplina. (Luego comenzó a recibir rifles 30-30, reglamentarios del ejército americano).

(1) México, Tierra de Volcanes.—Joseph H. L. Schlarman.

(2) Declaraciones de Gompers durante su visita a México como invitado de Calles en diciembre de 1924.

Como otros muchos guerrilleros, Zapata había necesitado echar mano del atractivo del botín y del pillaje para atraer masas. Después de su plan de Ayala dijo claramente: "El saqueo, el incendio y el asesinato

> no son más que un medio... Necesitamos que nos teman y debemos hacerlo incendiando haciendas y matando, que la cualidad esencial de la guerra ha sido siempre la ferocidad".

Sin embargo, esa ferocidad no se desplegaba contra las tropas federales, sino contra la población civil de los pequeños poblados. Y para ser congruente con su deseo de que le temieran, el zapatismo comenzó luego a volar puentes y trenes con dinamita, procedimiento que ciertamente era desconocido en México y que acababa de ser enseñado por agentes procedentes de Estados Unidos. Como rasgo curioso cabe notar que Zapata se portó particularmente respetuoso con la Iglesia, ya fuera por convicciones religiosas o por atraerse a los indígenas que ostentaban estandartes con la Virgen de Guadalupe.

Los días corrían, entretanto, y las pequeñas guerrillas de unos meses antes se convertían en columnas bien pertrechadas. Según informe de Gustavo A. Madero a su hermano Francisco, el 2 de abril había 5,200 hombres sobre las armas en Chihuahua y 4,000 en Sonora. Entre su equipo bélico figuraba ya el cañón americano Blue Whister, de tiro rápido, hasta entonces desconocido en México. En todos los demás Estados que no tenían frontera con Norteamérica el número de rebeldes era sólo de 5,300 (o sea la mitad de los que operaban en Sonora y Coahuila), supuesto que no podían recibir directamente el patrocinio de los arsenales americanos.

Significativamente el único verdadero frente de guerra estaba apoyado sobre la frontera norte.

Por otra parte, el grupo de Jesús, Enrique y Ricardo Flores Magón, inicialmente exiliado en San Luis Missouri, se trasladó a Los Angeles, donde recababa ayuda técnica y económica para instigar la rebelión en México. Enrique era un romántico de la doctrina marxista y Ricardo fue evolucionando hacia el más rabioso bolchevismo, entró en relaciones con la Y.W.W., de tendencia anarquista y se vinculó con la legión extranjera de Stanley Williams para invadir la Baja California y formar una República comunista. (Los asesoraba el capitán Wilcox).

Una gavilla magonista (encabezada por José María Leyva, Simón Berthold, Jack Mosby y Sam Woods) cruzó la frontera y capturó Mexicali el 29 de enero (1911). Otro golpe más fuerte fue dado poco después por la legión de Stanley Williams, que murió en uno de los primeros combates en suelo mexicano y entonces Carl Rhys Pryce, jefe de la 2a. división del Ejército Liberal, tomó el mando de la legión extranjera de las fuerzas magonistas y después de dos días de combate capturó Tijuana el 9 de mayo. Rhys Pryce llevaba una bandera roja con 13 barras y una estrella para sustituir a la enseña mexicana y cuan-



Ricardo Flores Magón, creador de un nuevo Partido Liberal Mexicano, en San Luis Missouri, más que liberal era marxista. Se vinculó a la brigada internacional de Stanley Williams, invasora de la Baja California, y aprobó entusiastamente que se proclamara ahí la formación de una república comunista, con el extranjero Dick Ferris como presidente. Varios magonistas lo repudiaron y Francisco I. Madero lo censuró públicamente.

do un mexicano apellidado Baiza intentó evitar que fuera izada, cayó asesinado por el filibustero invasor Jack Mosby.

Los invasores llevaban propaganda destinada a la formación de la república comunista de la Baja California. Ricardo y Enrique Flores Magón lanzaban a la vez una proclama en San Diego anunciando la captura de Tijuana "después de derrotar a los esclavos que la defendían", y agregaban: "Camaradas: esta victoria ha tenido gran resonancia, porque habéis anunciado de un modo inequívoco que no fueron los mercenarios de Madero quienes tomaron la población sino los liberales partidarios del pabellón rojo, que están sacrificando sus vidas para convertir en realidad el pensamiento espléndido de Libertad, Igualdad, Fraternidad. . . El mundo se halla sorprendido ante vosotros, porque es la primera vez que la roja bandera de la libertad de los proletarios se ha izado".

En otra proclama Ricardo Flores Magón agregaba: "La ley es yugo y el que quiere librarse del yugo tiene que quebrarlo. . . La ley es freno y con frenos no se puede llegar a la libertad. . . La ley castra y los castrados no pueden aspirar a ser hombres. . . El hombre que ajusta sus actos a la ley podrá ser, a lo sumo, un buen animal domesticado".

El 2 de junio se reunieron en el edificio de la Aduana, de Tijuana, los jefes invasores y Ricardo Flores Magón, se dio lectura al acta constitutiva de la "Nueva República" y se nombró presidente a Dick Ferris, según lo informaba el "San Diego Union" del día 3. (En años recientes se ha pretendido borrar aquel acto basándose en una declaración de Ferris, en el sentido de que no conocía a Ricardo Flores Magón, lo cual no invalida todos los hechos y testimonios acerca de la conducta de éste).

Los invasores hicieron correrías hasta 300 kilómetros al interior de Baja California, penetraron en numerosos poblados y cometieron saqueos y asesinatos. El gobernador del Territorio de Baja California se quejaba a don Porfirio de que los invasores magonistas y extranjeros cruzaban libremente la línea divisoria en Caléxico para abastecerse de armas en Estados Unidos, sin que las autoridades norteamericanas lo evitaran. No obstante, las tropas mexicanas del 8º batallón, al mando del coronel Mayol, contraatacaron y expulsaron a los invasores de Tijuana (junio de 1911).

Los ataques de magonistas coludidos con aventureros extranjeros provocaron pública repulsión en la península y horrorizaron a muchos de los prosélitos del grupo Flores Magón, tales como el general Leyva y Antonio I. Villarreal, que se separaron de él. También Francisco I. Madero reprobó la conducta de los floresmagonistas.

(Todavía en 1931 y 1949 se crearon distinciones oficiales para honrar a quienes combatieron contra las brigadas internacionales magonistas. Después ha aumentado la propaganda que pretende soslayar las traiciones de los Flores Magón y presentarlos como héroes).

Ricardo Flores Magón defendía su alianza con invasores extranjeros diciendo que eran "hermanos en ideales. . . Se sacrifican por romper las cadenas que nos esclavizan". (Manifiesto del 18 de mayo. Archivo de Relaciones Exteriores).

Pero la acción de los floresmagonistas era impopular y rendía poco. El "frente" principal de la revolución seguía estando en Ciudad Juárez, en donde los rebeldes contaban con creciente equipo y eran reconocidos por las autoridades de El Paso, Texas, por órdenes del secretario americano de Estado, Mr. Knox.

Después de los fallidos intentos de transacción hechos cerca de Madero, y del apoyo que los revolucionarios recibían del otro lado del Bravo, don Porfirio quedó convencido de que el jefe ostensible de la Revolución no estaba solo. No había concesión que valiera, y si el régimen se empeñaba en resistir, los revolucionarios recibirían cada día más y más apoyo de Estados Unidos, brotarían nuevos cabecillas y la destrucción se generalizaría quizá durante años.

Don Porfirio sabía perfectamente, y si ya lo había olvidado los acontecimientos se encargaron de recordárselo, que las revoluciones con la aquiescencia de Washington van logrando creciente ayuda hasta convertirse en arrolladores movimientos nacionales. Si el país no estaba suficientemente unido para apoyar a su gobierno; si entre los mexicanos había gente bien intencionada que pensaba que el apoyo del extranjero era sólo por amor a los mexicanos, por conmiseración a los

campesinos que vivían pobremente, por compasión a los obreros que no disfrutaban de salarios mejores, entonces él, don Porfirio, cansado por los años, no presentaría ya una resistencia armada que ensangrentaría y destruiría al país.

El 22 de mayo corrió el rumor de que iba a renunciar y hubo dos mitines antiporfiristas; el 25 de mayo hubo otro, frente a la Cámara de Diputados, y al día siguiente —después de 26 años, 5 meses y 25 días continuos en el Poder— don Porfirio entregó su dimisión. Explicaba que había tomado tal determinación para no derramar sangre mexicana, abatir el crédito de la nación, derrochar riqueza y "EXPONER SU POLITICA A CONFLICTOS INTERNACIONALES".

La misma noche del día de su renuncia don Porfirio salió en un tren especial a Veracruz, custodiado por una escolta al mando del general Victoriano Huerta. Este refiere que en el camino hubo un asalto de revoltosos. "Recuerdo —dice Huerta— que cuando el tren detuvo su marcha y ordené a los zapadores que batieran al enemigo, don Porfirio saltó del carro dispuesto a combatir. ¡Tenía en cada mano una pistola, y no temblaba!"

Hasta entonces el ejército no se había empeñado aún en ninguna batalla decisiva: la pérdida de Ciudad Juárez a manos de Orozco y Villa había sido el revés más serio, seguido después por la evacuación de las guarniciones de Torreón y Cuernavaca, ante el amago de los guerrilleros. Y por supuesto, la pérdida temporal de Tijuana a manos del extranjero Rhys Pryce. (El amago de grupos rebeldes que asediaban Torreón, Cuernavaca, Acapulco y Chilpancingo tuvo buenos resultados porque ya el régimen había prácticamente capitulado en las pláticas de El Paso, Tex., y era un hecho que iba a caer, además de que se sabía públicamente que Washington simpatizaba con el movimiento antiporfirista).

Es ocioso perderse en disquisiciones chabacanas sobre levantamientos cívicos o democráticos para derrocar al porfirismo. Por sí solos los levantamientos que hubo inicialmente podían ser dominados, pero si la principal fuerza impulsora se hallaba al otro lado de la frontera, entonces no habría manera de dominarlos jamás.

No cabe duda que había un puñado de idealistas, un creciente sector de descontentos y los que siempre se hallan prestos a formar turbas para solazarse en el desorden y el botín, pero este factor interno, propio, que jugó su papel en el derrocamiento de don Porfirio, no fue el decisivo. Lo que realmente ocasionó la caída del Gobierno fue que la Casa Blanca había determinado liquidarlo.

Todo esto sin perjuicio de que algunos de los principales jefes revolucionarios fueran gente independiente, de buena fe, como Madero, como Aquiles Serdán y como José Vasconcelos, que creyeron en la conveniencia política de apoyarse en cualquier fuerza que propiciara

un cambio gubernamental, que **ellos creían** que iba a ser un cambio sustancial en las lacras que padecía México.

Para ellos y otros muchos que fueron a la Revolución con sanos propósitos resultó después muy duro y difícil aceptar que intereses extraños habían cabalgado sobre esa buena intención. Algunos se empeñan aún hoy en no admitir tan amarga verdad, y otros —como Vasconcelos— tardaron años en afrontarla cara a cara y en sobrellevar el peso de la consiguiente decepción.

Que el derrocamiento de don Porfirio corrió en gran parte a cargo de la influencia proveniente del Norte del Bravo, quedó también de manifiesto en Estados Unidos cuando una comisión senatorial investigó el caso en Washington (1912) y precisó que los brotes revolucionarios de México habían sido una "conspiración plutocrática bien organizada en Nueva York con la complicidad de Washington". (1)

Es evidente que don Porfirio lo vio así desde principios de 1911 y que juzgó innecesario enfrascarse en una guerra civil. Así ahorró al país muchas vidas e incalculables daños. Y para enfatizar su determinación de salir definitivamente de la escena, 5 días después de su renuncia se embarcó en Veracruz en el vapor "Ipiranga", rumbo a París, donde habría de morir 4 años más tarde, en la avenida del Bosque 28. Poco antes abjuró de la masonería y volvió al seno de la Iglesia.

Después de gobernar en total más de 30 años, don Porfirio había salido con menos dinero del que ahora acumula un alcalde después de cuatro años de mandato. Y dejó en caja un superávit de 67 millones de pesos, de los cuales se pagaron 13 millones gastados en la revolución y quedaron 54, suficientes en aquella época para dar firme consistencia al erario nacional.

Una muchedumbre emocionada, como todas las muchedumbres que espontáneamente se reúnen en un acto político, vio con tristeza levar anclas al "Ipiranga" y hubo gritos de "¡Viva don Porfirio!"

En la capital de la República se esperaba entretanto al vencedor. Una contagiosa esperanza de que el cambio de régimen colmaría de bienes al país, hizo que el júbilo y los aplausos se desbordaran también espontáneamente en favor de Madero.

(1) El Crimen de Wilson.—Carlos Pereyra.

CAPITULO VII

Wilson nos Impone el Punto Sexto

(1911-1923)

Madero paga la ayuda y rechaza consignas.

Fue degollada la naciente democracia.

Y Resultó que Huerta tampoco era manejable.

Y Otra vez el golpe decisivo venía de fuera.

Nada que no fuera "rendición incondicional".

Misteriosa aparición de una lucha anticatólica.

Carranza en crisis por insuficiente apoyo interno.

Carranza, arrinconado, acepta en parte el punto 6º.

Avance mundial del marxismo.—1916-1917.

La misma fuerza que lo ayudó a subir lo hizo caer.

Un nuevo caudillo y otro baño de sangre.

Lo que costó que Obregón no cayera como Huerta.

Ningún jefe revolucionario mexicano quería que la reforma agraria fuera adulterada con matices encaminados a imponer controles políticos al campesino, más que a brindarle bienestar. Pero la adulteración fue consumada.

MADERO PAGA LA AYUDA Y RECHAZA CONSIGNAS

Por razón biológica las muchedumbres vuelven la espalda al caído y aclaman al que triunfa. Habiendo emigrado don Porfirio, no hubo más grito popular que el de "Viva Madero". El pueblo aclamó jubilosamente al vencedor a su entrada en la ciudad de México el 7 de junio de 1911.

(1911)

Ya para entonces Madero encarnaba las esperanzas de muchos mexicanos en un cambio gubernamental que diera nuevos dones cívicos y nuevos bríos al progreso del país. Y además su triunfo sobre el antiguo régimen tuvo el aspecto atractivo de un pequeño David que vence al poderoso Goliat. México consumaba así un cambio de régimen casi pacíficamente, sin destrucción y sin sangrientos combates.

Los maderistas habían estipulado ante los emisarios de don Porfirio que interinamente quedara como presidente el ministro de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra. Y es curioso que cuando meses antes éste iba a dejar el cargo de embajador en Washington, el Presidente Taft le había prevenido: "Creo, señor embajador, que en fecha no distante usted se verá Presidente de México... Tal vez será bueno que apoyemos nuestra conversación sobre tal posibilidad". (1) Taft no se equivocó. De la Barra fue Presidente provisional y después de las elecciones —que el maderismo ganó limpiamente y sin rival— entregó el poder a Madero.

Este último quería instaurar un régimen de democracia, de libertad, de decencia y de armonía nacional, a la vez que independiente de influencias extranjeras. Ya en vísperas de tomar el poder, Madero fue entrevistado por representantes de un grupo plutocrático de Wall Street, quienes le ofrecieron fondos para la campaña política a cambio de ciertos privilegios financieros en México, y él les contestó (según su manifiesto del 26 de mayo de 1911): "Represento al Partido que lucha en México contra los trusts y los monopolios; ¿cómo pueden ustedes suponer un solo instante que yo accedería a sus demandas e imponer nuevos yugos de esas instituciones a mi país? En cuanto al dinero que me ofrecen, no lo puedo aceptar, ni lo necesito".

A fin de no tener compromisos que influyeran en el curso de su gobierno, uno de los primeros actos de Madero como presidente fue mandar pagar a varios banqueros de Nueva Orleans los ochocientos mil pesos que le habían prestado para adquirir armamento, el cual fue en gran parte suministrado por la "Tampico News", del israelita don Abraham Ratner.

Otro punto en que Madero rehuía la mano que desde el extranjero trataba de influirlo, fue el referente a ciertos aspectos oscuros o exóticos de la reforma agraria que entonces se proyectaba. Este era un asunto fundamental, pues precisamente constituía el punto 6º del plan que la Junta Anfictiónica de Nueva Orleans acordó implantar en México. Dicho plan se adoptó la noche del 4 de septiembre de 1835 y su primer punto disponía luchar por la reforma de la Constitución de

(1) Páginas Intimas de la Historia de México.—Edith O'Shaughnessy.

1824, cosa que se consumó en 1857; el segundo y tercer puntos disponían la expulsión de obispos y eclesiásticos que se opusieran a tal reforma, cosa que se ejecutó; el 4º trazaba a grandes rasgos la confiscación de los bienes de la Iglesia; el 5º, que se coartara toda comunicación del Gobierno de México con el Vaticano; el 6º disponía la disolución de la propiedad de las fincas "rústicas y urbanas, sea cualquiera el título con que se posean"; y el 7º, que se estableciera una "unión y alianza estrecha con los Estados Unidos del Norte".

Con excepción de uno, los demás puntos habían sido total o parcialmente ejecutados y sólo estaba pendiente el punto sexto. Pero aprovechando la revolución —que Madero se esforzaba en conservar dentro de cauces mexicanos— el alto mando masónico extranjero quiso que dicho punto se llevara a cabo, aunque fuera en forma parcial, o sea tolerando la propiedad urbana y en parte la pequeña propiedad agrícola. (La segunda etapa, que aún no se inicia, coarta la propiedad urbana, barre definitivamente con el pequeño propietario agrícola y establece el sistema comunal en que los campesinos no son dueños ni de la tierra ni de la producción y dependen ciento por ciento del Estado, como en la URSS).

El propósito oculto de esa deformación de la reforma agraria es disolver la fuerza nacionalista e independiente que siempre ha representado en todos los países el sector agrícola cuando es dueño de la tierra. Disolver este núcleo es el primer paso para luego controlar a las masas campesinas, que más tarde son utilizadas como ariete por la Revolución Mundial (marxismo).

En la Revolución Francesa, en la Revolución Española, en la Revolución Rusa y en la Revolución Cubana han actuado los mismos ocultos propósitos de controlar masas, de las cuales quiere servirse como instrumento la palingenesia judía escondida tras el nombre de Revolución Mundial.

Pero Madero no había iniciado la Revolución con fines internacionalistas, ni quería plegarse a influencias extrañas. Conocía bastante de haciendas y de peones para saber que un cambio brusco y demagógico de sistema acarrearía más daños que beneficios. No creía que el dolor de cabeza debería curarse cortando la cabeza y arrojando al peón agrícola a un pedazo de tierra que en la inmensa mayoría de los casos no sabría administrar ni tenía con qué cultivar.

Madero había prometido en su Plan de San Luis y en varios de sus discursos que todas las tierras mal habidas serían devueltas a sus auténticos propietarios. Este era el **primer paso en firme de una verdadera reforma agraria mexicana** que debería tender a aliviar la situación de la masa campesina, es decir, que debería RESOLVER PROBLEMAS ECONOMICOS Y SOCIALES. Pero en vez de esto el punto sexto masónico deslizaba una FALSA REFORMA CON METAS POLITICAS,

aún a costa de las económicas y sociales que sólo utilizaba de disfraz. Con el pretexto de enmendar injusticias y miserias en el campo esa falsa reforma aspiraba a absorber al campesino para convertirlo en paria al servicio del Estado.

Madero dijo ante la convención del Partido Constitucional Progresista que se proponía **"asegurar el principio de la propiedad"** y que **"la pequeña propiedad agrícola será de mi parte cuidadosamente fomentada, pues esto constituye una gran base de riqueza pública"**. (31 de agosto de 1911). A la vez comisionó a su ministro de Fomento, licenciado Rafael L. Hernández, para que preparara leyes agrarias adecuadas al país y pidió a su Secretario de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, una partida de varios millones de pesos a fin de ir entregando tierras y medios de labranza a los campesinos. (1) Entretanto, se hizo sordo a la implantación del demagógico punto sexto. Mentira que traicionara a la Revolución en lo referente al campesino, como ha pretendido hacerse creer, pues ni en el Plan de San Luis Potosí (programa de la Revolución) ni en ningún manifiesto o declaración de principios del naciente movimiento figuraba que se destruyera la propiedad agrícola para hacer ejidos que pertenecieran al gobierno y no al campesino que los trabajara. Ni mucho menos que se hicieran ejidos colectivos sujetos a una burocracia oficial.

Madero, pues, no podía traicionar algo que nunca había prometido y que JAMAS HABIA FIGURADO EN LOS PLANES MEXICANOS REVOLUCIONARIOS. Pero sí figuraba, desde hacía muchos años, en planes extranjeros. La renuencia de Madero a obedecerlos determinó que bien pronto se iniciara una acción en contra suya.

Ninguno de los mexicanos que habían hablado de reforma agraria insinuó jamás que se suprimiera o coartara el derecho de propiedad. Eleuterio Quiroz pedía en Río Verde, S. L. P., que se dieran parcelas a los campesinos pobres, "en arrendamiento o compra" (marzo de 1849). Andrés Molina Enríquez decía en 1909 ("Los Grandes Problemas Nacionales") que se diera a los campesinos un pedazo de tierra **"por suyo"** y que se les extendiera el título respectivo, e incluso agregaba que quienes no quisieran conservarlo lo podían vender, **"ya que de otro modo nunca serían responsables de su conducta"**.

Emiliano Zapata luchaba con el grito de "Tierra y Libertad" y jamás pensó en ejidatarios que no fueran dueños de su tierra y que estuvieran atenidos al favor oficial, ni mucho menos en ejidatarios comunales. **El derecho de propiedad sobre el terreno del cual se obtiene el diario sustento es indispensable para gozar de libertad.** El mismo Soto y Gama dice que al explicarle que en el comunismo la producción era repartida a su arbitrio por una junta estatal, Zapata le contestó: "Pues

(1) Toda la Verdad Acerca de la Revolución.—Bulnes. (Alfonso Taracena aporta otros datos que coinciden con los de Bulnes).

mira, por lo que a mí hace, si cualquier. . . tal por cual se entrometiera en esto y quisiera disponer de los frutos de mi trabajo, ese tal sea quien fuere, recibiría de mí muchísimos balazos".

Cerca de Zapata se movían los agentes extranjeros doctor Charles Jenkinson y Thomas W. Reilly, que fueron huéspedes suyos y estuvieron hablándole de teorías agrícolas, aunque no lograron influirlo sustancialmente. Sin embargo, Emiliano Zapata era impetuoso, impaciente, y 19 días después de que Madero tomó posesión de la Presidencia (y por tanto sin que hubiera aún tiempo de que se realizaran cambios benéficos en el campo) Zapata lo desconoció (noviembre 25 de 1911) y proclamó su Plan de Ayala en el que nombraba como jefe al general Pascual Orozco, y en su defecto al propio Emiliano Zapata. Este acusaba al Presidente Madero de no tener más propósito que "satisfacer sus desmedidos instintos de tirano" y lo llamaba "traidor a la Patria por estar a sangre y fuego humillando a los mexicanos que desean libertades. . . Desde hoy comenzamos a continuar la revolución principiada por él, hasta conseguir el derrocamiento de los poderes dictatoriales que existen".

Nada podía ser más falso que esas acusaciones. . .

El Plan de Ayala no era muy explícito sobre el asunto agrario, pero evidentemente no quería ni la burocratización ni la colectivización de la tierra, pues decía: "Se expropiarán previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos, o campos de sembradura y de labor".

Zapata y Orozco, antiguos aliados de Madero, se convirtieron súbitamente —con el Plan de Ayala— en enemigos acérrimos de Madero. No puede decirse que Zapata fuera partidario de los rasgos extraños que desde allende el Bravo se quería imponer a la reforma agraria mexicana; su enfático propósito de que el campesino gozara de **"tierra y libertad"** era excluyente del ejido oficial con parcelas individuales y aún más del ejido colectivo, muy semejante a lo que años después comenzó a ser el koljós soviético. Pero la rebelión zapatista contra Madero benefició indirectamente a las fuerzas extrañas que presionaban al nuevo Presidente y que trataban de imponerle consignas.

Aunque algo distante del zapatismo, el diputado Luis Cabrera —como líder del Bloque Renovador de la Cámara de Diputados— era otro de los que presionaban a Madero para apresurar la implantación de la reforma agraria; proponía (diciembre 3 de 1912) que a reserva de "crear un sistema de explotación agrícola en pequeño", se hicieran ejidos, aunque al parecer no estaba muy consciente de los rasgos extraños que se nos querían infiltrar, pues 23 años más tarde se mostró contrariado y sorprendido. Cabrera era

(1912)

uno de los más ardientes agitadores de dicha reforma y alrededor de ese punto fue materializándose la calumnia de que Madero —que se resistía a un cambio agrícola improvisado— traicionaba a la Revolución y de que debería ser derrocado.

Desde la Embajada de los Estados Unidos Henry Lane Wilson empezó a alentar la conspiración y parte de la maltrecha masonería mexicana se alineó en su favor. Henry Lane se sentía precursor de la Revolución porque en un discurso oficial había censurado indirectamente a don Porfirio y alentado la oposición a éste. Al subir Madero, Lane se mostraba muy complacido y le dijo a Vasconcelos en una comida: "Mi enhorabuena; tienen ustedes un gran hombre, estoy encantado". . . "Poco a poco —agrega Vasconcelos— se había tornado exigente, después impertinente y ahora se hablaba de que ostensiblemente alentaba a los descontentos recibiéndolos en su casa. 'Mexican Herald', obediente a las indicaciones del embajador, desarrollaba una violenta campaña de oposición verdaderamente procaz". (1)

FUE DEGOLLADA LA NACIENTE DEMOCRACIA

Entretanto, Madero comenzaba a aplicar los principios democráticos por los que había luchado. Entre la democracia teórica, sólo de palabra, y la democracia práctica, hay una gran diferencia, pero Madero comenzó a ceñirse a la segunda. Desde luego permitió que se formara un Partido Católico, el cual tuvo libertad de acción y rápidamente ganaba prosélitos. Proclamaba el "patrimonio familiar", consistente en la pequeña propiedad de tierras; la libertad del municipio respecto a la Federación y la protección de los asalariados. Y se hablaba también (Dieta de Zamora) del seguro obrero, de la participación de utilidades y de la protección del trabajo a domicilio. Este partido —encabezado por Gabriel Fernández Somellera— ganó las gubernaturas de Jalisco, Zacatecas, México y Querétaro y numerosas curules en los congresos locales. En las elecciones federales ganó 90 curules, pero los masones se alarmaron y presionaron a la Comisión Electoral para reducir esos triunfos a 60, y luego hicieron lo propio en el Colegio Electoral para disminuirlos a 23 curules de diputados y 4 de senadores.

El sector procomunista (integrado por algunos románticos del marxismo, mal informados, y por algunos agentes extranjeros que sí sabían lo que hacían, como Juan Francisco Moncaleano) también gozó de libertad y garantías. Siguiendo el consejo de Samuel Gompers (líder hebreo de la American Federation of Labor, de Estados Unidos) se formó en la ciudad de México la llamada Casa del Obrero Mundial

(1) Ulises Criollo.—José Vasconcelos.

(julio de 1912), que habría de ser el primer paso para vincular a los trabajadores mexicanos a la Internacional Obrera, manejada ocultamente por el marxismo. El grupo de la Casa del Obrero Mundial comenzó a publicar "Luz" y "Grito Rojo", que realizaban creciente propaganda contra el Gobierno, la religión y la propiedad privada. (El Presidente Madero acabó por ver que esto era ya subversión, expulsó al agente Moncaleano y frenó las actividades de la Casa del Obrero Mundial).

La situación tendía claramente a normalizarse y el Presidente Madero tuvo semanas de tranquilidad en que pudo asistir a unas pruebas de aviones en Balbuena, e incluso hacer un corto vuelo con el piloto Dyot, sobre el área que ahora ocupan los multifamiliares Kennedy. Fue el primer jefe de Estado que se aventuró a elevarse en aquellas máquinas endebles. Luego autorizó que Gustavo y Alberto Salinas salieran a EE. UU. a estudiar aviación, como primer paso para crear la Fuerza Aérea Mexicana.

En lo general, Madero había concedido una completa libertad de prensa, cosa que sus opositores (unos bien y otros mal intencionados) aprovecharon para ridiculizarlo sarcásticamente y exhibir sus rasgos afables como muestras de estupidez; su inclinación a tomar consejo de su padre, como prueba de debilidad y su antigua curiosidad por el espiritismo —de lo cual quizá ya se había curado— como evidencia de imbecilidad. Nunca un Presidente (hasta 1967) ha sido públicamente ridiculizado y atacado en forma igual.

Don Francisco Bulnes ("Toda la Verdad Sobre la Revolución Mexicana") dice que don Francisco era masón, pero que rehuyó la influencia de la secta en la política del país y que entonces antiguos compañeros suyos se volvieron en su contra y desencadenaron una campaña para derrocarlo. El doctor Francisco Vázquez Gómez (antes maderista) atacó duramente a Madero. En la Cámara de Diputados hacían lo propio Aquiles Elorduy y Armando Ostos; en el Senado, Jesús Flores Magón y Guillermo Obregón. Las censuras públicas más duras partían no de antiguos porfiristas, sino de maderistas disgustados. Del mismo sector surgieron varios libros, como "Madero sin Máscara", de Aguilar, y otros de Toribio Esquivel Obregón y de Roque Estrada. "El Diario del Hogar" publicaba artículos subversivos de Antonio Díaz Soto y Gama y de Camilo Arriaga. "El Heraldo" decía que Madero era un reptil que debía ser pisoteado. "La Tribuna" proclamaba que debía ser derrocado. También lo atacaba "El País", del periodista católico Trinidad Sánchez Santos, quien al parecer **creyó que Madero era el símbolo de las oscuras influencias que se movían en la política nacional, sin advertir que era precisamente quien se oponía a ellas.**

En cuanto al movimiento armado para derrocar a Madero, el de Pascual Orozco fue derrotado por el general Victoriano Huerta. Por



Madero entra en la ciudad de México, con la simpatía espontánea de grandes masas. Se negó a hacer ciertas concesiones a magnates extranjeros, dio libertades y no quiso aceptar como tutor al embajador Lane Wilson. "El otro día quiso levantarme la voz y no se lo consentí"... Poco después brotaba un movimiento de agitación antimaderista.

su parte, Zapata continuaba su guerra de guerrillas, que en ocasiones llegaba hasta las cercanías de la ciudad de México, y fue un factor de inquietud que minó al régimen maderista. El embajador Lane Wilson había logrado en algunas ocasiones que De la Barra protegiera indirectamente a Zapata.

Además, **otras fuerzas mayores estaban poniéndose en acción contra Madero.**

El 16 de octubre (1912) fue sofocado en Veracruz un cuartelazo promovido por el general Félix Díaz, por quien su "hermano" masón Lane Wilson (Embajador de Estados Unidos) tenía muchas simpatías. Félix Díaz fue capturado y condenado a muerte, pero Wilson abogó por él y Madero lo indultó. La bondad del Presidente estaba fuera de lugar en las circunstancias políticas en que vivía el país y ciertamente le confirió una debilidad que iba a propiciar su derrocamiento.

Vasconcelos refiere que la animosidad del embajador Lane Wilson iba en aumento después de que no logró, "con unas cuantas frases de halago y algún consejo", que Madero le consultara los más delicados negocios del Estado. Como Lane estaba alentando la subversión, Vasconcelos se fue a ver a Madero durante el paseo matinal de éste por el Bosque de Chapultepec y le habló de la posibilidad de lograr un acercamiento con Lane Wilson. "Pero Madero esta vez se me exaltó.

—No se imagina, me dijo, la serie de impertinencias que ya le hemos tolerado; por último, el otro día quiso levantarme la voz y no se lo consentí..." (1)

(1) Ulises Criollo.—José Vasconcelos.

Por otra parte, apenas dominado lo de Veracruz, Madero advirtió que en Coahuila también se tramaba algo en su contra. El gobernador don Venustiano Carranza preparaba un levantamiento y movía tropas en forma sospechosa, a la vez que invitaba al general

(1913)

Benjamín Argumedo a que lo secundara, cosa que no consiguió. El 17 de febrero (1913) Madero le envió a Carranza una carta en los siguientes términos: "Usted no tiene ningún derecho a ordenar que regresen de Chihuahua tropas que están sostenidas por el gobierno federal. . . Veo con pena que las complacencias que he tenido con usted dejando que mueva a su antojo 2,500 hombres pagados por el gobierno federal, le han hecho suponer que son fuerzas que dependen de usted. . . Si usted les ordena que regresen, no hará sino provocar un conflicto peligroso, pues el general Rábago les hará respetar la orden que yo dicté".

Poco antes de que esa carta llegara a su destino estalló un cuartelazo en la ciudad de México. Lo realizaban remanentes del antiguo régimen, gente fuera de sitio que trataba de hacerse de una buena posición y que iban a servir de mano de gato para sacar las castañas que quería Lane Wilson. El general Manuel Mondragón inició el movimiento con 800 hombres y liberó a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz. Reyes contaba con la complicidad de la guarnición del Palacio Nacional e intentó tomarlo —pero ya la guarnición había sido relevada con gente leal a Madero— y Reyes fue muerto de un tiro. Cientos de cadáveres quedaron tirados en el Zócalo, en su mayoría de curiosos a quienes tomó de sorpresa el fuego de las ametralladoras.

La muerte de Reyes y el fallido ataque a Palacio estuvieron a punto de echar a rodar toda la conjura. Los rebeldes, que eran pocos y que no tenían apoyo en la opinión pública, se refugiaron en la Ciudadela, donde tarde o temprano estaban perdidos. **Pero entonces se tendió sobre ellos el brazo protector de Henry Lane Wilson, el embajador de la Casa Blanca.**

En efecto, Lane Wilson amenazó a Madero con realizar un desembarque de tropas americanas en Veracruz si en el ataque contra la Ciudadela resultaba perjudicado algún miembro de la colonia americana que viviera por allí cerca. Eso tenía por objeto demorar una acción decisiva contra los conjurados.

El 10 de febrero Lane Wilson pedía al Departamento de Estado que enviara "barcos de guerra de tonelaje suficiente para que hagan impresión y con marinos que puedan desembarcar en caso necesario. Medidas semejantes deben tomarse en la frontera".

Mientras en esa forma se alentaba la resistencia de los rebeldes de la Ciudadela, los conjurados abrieron una brecha en

(Feb. 12)

la Cárcel de Belén (12 de febrero) y sacaron a los delincuentes para engrosar sus filas. Era el viejo recurso para nutrir motines faltos de arrastre. El fuego continuaba desde la Ciudadela contra el Palacio Nacional, y viceversa.

De la embajada americana salían informes de que ya venía en camino una flotilla naval con tropas de desembarque. El secretario de Relaciones, Lic. Pedro Lascuráin, y 9 senadores le pidieron a Madero que renunciara (por sugestión de Lane Wilson) para evitar la intervención extranjera, pero él se negó a hacerlo y envió una nota al Presidente Taft diciéndole que los ciudadanos americanos residentes en México no estaban amenazados y que no se justificaba una invasión, la cual ciertamente había sido desautorizada por el Senado norteamericano.

El día 14 el ministro inglés en México le enviaba una nota a Lane Wilson diciéndole que estaba de acuerdo con él en su gestión para hacer que Madero renunciara.

En la tarde de ese mismo día la residencia de Madero en

(Feb. 14)

la colonia Juárez (Berlín y Liverpool) fue quemada por una heterogénea chusma de analfabetos y estudiantes, movidos hábilmente por unos cuantos agitadores de la Casa del Obrero Mundial.

El embajador Lane Wilson amenazaba con una invasión y así perturbaba a diputados y senadores, a muchos de los cuales convirtió en conspiradores. A la vez mantenía comunicación con los sublevados de la Ciudadela. Luego reunió a varios diplomáticos y dando un puñetazo sobre la mesa dijo que Madero era un loco y que él (Wilson) iba a poner orden; que ya estaba negociando con Huerta (comandante de la guarnición) y con Félix Díaz (rebelde) y que la caída de Madero era cuestión de horas. Luego persuadió a los representantes diplomáticos para que le pidieran a Madero que renunciara. Cuando el embajador español Bernardo de Cólogan fue a Palacio a trasmitir dicha "exhortación" el Presidente Madero repuso que **"los extranjeros no tienen derecho a intervenir en los asuntos internos de México"**. Agregó que el pueblo lo había elegido por mayoría abrumadora y que continuaría en el poder. (Posteriormente Cólogan dijo en un libro que él actuó engañado por el embajador Lane Wilson).

La cizaña que sembraba Wilson en todos los sectores prendió rápidamente en el general Victoriano Huerta, jefe de la guarnición de México y encargado de la seguridad del Presidente Madero, y en consecuencia no hizo nada efectivo por someter a los revoltosos encerrados en la Ciudadela. (También se ha dicho que en esas circunstancias afloró en Huerta un viejo resentimiento que tenía porque Madero —creyendo que podría pacificar a Emiliano Zapata mediante pláticas— había frustrado una operación militar en que Huerta ya iba a derrotar definitivamente a Zapata).

Ante el problema de los sublevados de la Ciudadela —que sólo eran peligrosos por el apoyo que recibían de Wilson— llegó a la ciu-

dad de México el general Blanquet, procedente de Toluca, para reforzar a Madero, pero se enteró de que los conjurados tenían buen padrino y se entendió con ellos. La guarnición de Palacio —adicta a Madero— fue relevada con tropas de Blanquet y el día

(Feb. 18) 18 éstas capturaron a Francisco I. Madero y al vicepresidente Pino Suárez.

Detenido Madero, el embajador Lane Wilson se desenvolvió abiertamente como amo y señor de la política mexicana. La noche del mismo día 18 llamó a los generales Huerta y Félix Díaz, los amenazó con una invasión americana y los hizo firmar en la embajada un convenio llamado de la Ciudadela, consistente en que Huerta ocuparía la Presidencia y Félix Díaz formaría el gabinete con gente suya. A la vez telegrafió al Departamento de Estado felicitándolo "por el feliz resultado de los acontecimientos, los que han sido resultado directo o indirecto de sus instrucciones". Madero había pedido inútilmente a la Casa Blanca la remoción de Lane Wilson. (1)

Al día siguiente Francisco I. Madero y Pino Suárez fueron obligados a renunciar. El Congreso aceptó por **unanimidad** esas renuncias obtenidas por la fuerza y en el cautiverio, y no hubo **ni una sola palabra de protesta.** En ese momento el Congreso **bendijo el cuartelazo y el derrocamiento** —apadrinados por Lane Wilson— y legalizó que el Ministro de Relaciones, Pedro Lascuráin, fuera designado Presidente Provisional, durante 20 minutos, para que luego le pasara el Poder al general Victoriano Huerta como Presidente sustituto, con la aprobación también **unánime** del Congreso.

La esposa de Madero, Sara Pérez, no podía hablar con su marido que se hallaba preso e incomunicado en el Palacio Nacional, y fue a solicitarle ayuda a Lane Wilson, quien le contestó que Madero tenía la culpa de todo lo que le sucedía porque **nunca había querido consultar con él.** Wilson se sentía ya amo de México. (2)

El día 18 Gustavo Madero, hermano del Presidente, había sido también detenido y al día siguiente llevado a la Ciudadela. Súbitamente Gustavo se dio cuenta de que lo iban a fusilar, y gritó: "Esto es una infamia! ¡Me van a asesinar! ¡Yo no he cometido ningún delito! ¡Déjenme libre!" La chusma de Cecilio Ocón se cebó entonces cruelmente en él, y mientras un hombre le clavaba un marrazo en el único ojo que tenía bueno, otros lo injuriaban y lo llamaban "cobarde", hasta que terminaron por darle muerte.

En esos aciagos momentos el licenciado y diputado Luis Manuel Rojas, Gran Maestro de la Gran Logia del Valle de México, telegrafiaba al Presidente William H. Taft, a Washington: "Como hermano masón pídole interceda de algún modo para garantizar vida Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, en peligro".

(1) La Culpa de Lane Wilson en la Tragedia Mexicana de 1913.—Ramón Prida.

(2) La Verdadera Revolución Mexicana.—Alfonso Taracena.

El 19 de febrero el embajador cubano en México, Márquez Sterling, pidió al embajador Lane Wilson que intercediera para salvar a Madero y ofreció un barco cubano para sacar a éste por Veracruz, pero Lane Wilson no hizo nada.

A los 9 días justos de estallado el cuartelazo de Mondragón y Félix Díaz —que Lane Wilson protegió e hizo posible que creciera con Navarrete y Huerta— la madrugada del 22 de febrero (1913) Francisco I. Madero y Pino Suárez fueron asesinados por rurales de Cecilio Ocón. Uno de los matones, Francisco Cárdenas, conducía a Madero del brazo, por un llano de la Penitenciaría, y súbitamente sacó su pistola, dio un paso atrás y le disparó dos tiros sobre el cuello. Madero cayó muerto instantáneamente. Pino Suárez vio la escena, porque iba un poco atrás, dijo algo ininteligible y trató de correr, pero en ese momento su custodio, Figueras, le hizo dos disparos, que sólo lo hirieron; Pino Suárez dio tumbos, cayó quejándose y luego fue rematado por otros pistoleros.

Según otra versión, Madero se extrañó de que el automóvil se detuviera en un llano, en vez de llegar hasta la puerta de la Penitenciaría; el pistolero Cárdenas le dijo: "Aquí es. Bájese", a lo que Madero repuso: **"¿Pero aquí en el campo raso. . . ? ¿Es que me van a matar?"** Entonces fue bajado a empellones y Cárdenas le dio dos tiros mortales en el cuello.

Hay muchas evidencias de que el general Aurelio Blanquet —que decía haberle dado el tiro de gracia a Maximiliano— ordenó los dos asesinatos, con la anuencia de Huerta. Cuando la muerte de Madero y Pino Suárez le fue comunicada a Lane Wilson, éste no mostró ni sorpresa ni reprobación. (1)

El maestro masón licenciado Luis Manuel Rojas, quizá obrando con sinceridad y sirviendo al mismo tiempo de instrumento de la masonería, que al morir Madero se da cuenta de que le conviene convertirlo en bandera, telegrafió al Presidente Taft: "Yo acuso a Mr. Henry Lane Wilson, embajador de los E. U. en México, ante el honrado criterio del gran pueblo americano, como responsable moral de los asesinatos políticos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. . . Yo acuso a Mr. Henry Lane Wilson, el embajador, de haber urdido en contra del gobierno legítimo de México, representado por el Presidente Madero y por el Vicepresidente Pino Suárez, la amenaza de una inmediata intervención armada por el ejército de los E. U. durante los días del

(1) El 19 de noviembre de 1915 el diplomático americano John Lind declaró en Minneapolis, Minnesota, que Henry Lane Wilson había tenido conocimiento previo de que Madero iba a ser asesinado.



Lane Wilson, embajador de la Casa Blanca, alentaba a los sublevados contra el Presidente M a d e r o. Cuando éste fue derrocado y detenido, Lane dijo que todo eso le sucedía porque "nunca había querido consultar con él". El diplomático John Lind reveló que Lane sabía que Madero iba a ser asesinado.

combate en las calles de nuestra ciudad capital... Yo acuso a Mr. Henry Lane Wilson, de haber tenido conocimiento oportuno del golpe de estado que el general Huerta estaba preparando de acuerdo con el general Félix Díaz, y de haber recibido en la embajada americana a los enviados de estos dos jefes, que deseaban contar con su apoyo antes de consumar su atentado a la legalidad... Yo acuso a Mr. Henry Lane Wilson de haber sabido que los señores Madero y Pino Suárez iban a ser sacrificados con el pretexto de una imperiosa necesidad, no obstante que los generales Huerta y Félix Díaz habían hecho una promesa solemne en presencia de los representantes extranjeros, incluyendo al embajador Wilson, de que si los prisioneros firmaban su renuncia, sus vidas serían respetadas y se les permitiría salir inmediatamente para el extranjero... Yo acuso a Mr. Henry Lane Wilson de doblez en su conducta... Yo acuso al embajador Wilson de haberse inmiscuído personalmente en la política de México".

Tratando de encubrir sus propios enjuagues que realizaba en México, la masonería americana —a través de "The New Age Magazine"— atribuyó el derrocamiento de Madero a los católicos y en su número de octubre de 1913 decía que el Partido Político Católico Romano de México trataba de apoderarse de los destinos del país. Otras fuentes simplemente atribuyen el derrocamiento al "pueblo" y explican el fenómeno diciendo que Madero era muy torpe y que "el pueblo" comenzó a dar muestras de descontento y propició el estallido de los cuartelazos. Pero ni el Partido Católico tenía medios de mover a los generales revolucionarios para que traicionaran a su jefe Madero, ni el pueblo había realizado la conjura de la embajada.

La realidad es que el embajador Henry Lane Wilson alentó el movimiento para derrocar a Madero, que contra todo lo que pudiera pensarse por su porte humilde y sus modales suaves, no era manejable y sumiso cuando se tocaban puntos de sus más íntimas convicciones. Pertenecía a ese tipo de hombres que son débiles en su porte externo y muchas veces hasta en la forma de exteriorizar sus anhelos, pero que en el fondo son inflexibles; podría decirse que es una dureza disimulada en sedas y en modestia innata.

Eso era en parte lo que sacaba a Lane Wilson de quicio; veía a Madero pequeño y hasta ridículo y sin embargo no podía dominarlo. Y alrededor de Wilson, que minaba la autoridad del Presidente, fueron agregándose unos cuantos cesantes del antiguo régimen, como Félix Díaz y Reyes, o ambiciosos como Blanquet y Victoriano Huerta.

Para el propósito masónico internacional de imponer determinados rumbos a la Revolución Mexicana —como el punto sexto que desfiguraba el anhelo mexicano sobre la reforma agraria—, la negativa de Madero a seguir "consejos" de Lane Wilson y su gran popularidad eran un estorbo. Y a fin de eliminarlo se aprovechó a Félix Díaz, a Blanquet, a Mondragón, a Huerta, etc., como ariete, hasta desembocar en ciega furia con el asesinato del propio Madero por una "imperiosa necesidad", que Lane Wilson aprobó, según la acusación del maestro masón y diputado Luis Manuel Rojas, que estaba enterado de aspectos secretos de la conjura.

El sueño democratizador de Madero —hombre limpio, víctima de su ideal —terminó en sangre en la sombría Penitenciaría de Lecumberri.

Para entonces las pérdidas sufridas en México debido a los desórdenes de los dos años anteriores ascendían a 3,412 millones de pesos. El país estaba nuevamente despilfarrando energías y paralizando su progreso.

Y RESULTO QUE HUERTA TAMPOCO ERA MANEJABLE

La "decena trágica" había concluído. Del 9 al 19 de febrero había sido liquidado un gobierno legal y popular, y 72 horas después caían asesinados el Presidente y el Vicepresidente. Pero el cambio operado había sido tan precipitadamente fraguado que adolecía de graves fallas para los intereses internacionales que representaba el embajador Lane Wilson. De origen católico, graduado ingeniero en el Colegio Militar, Huerta no tomaba en serio a la masonería y era un soldado rudo, de carácter fuerte y de rápidas y testarudas decisiones. En cuanto tuvo el poder en sus manos, con el apoyo del Congreso y de las armas, ya ni siquiera le hizo caso al embajador Lane Wilson. Este quería que el gabinete quedara integrado con gente de su hermano masón Félix Díaz, pero Huerta des-

tituyó a los felicistas y nombró como colaboradores suyos a gente de su confianza.

Huerta escribió en sus Memorias que el embajador Lane Wilson "siempre trataba de inmiscuirse en todo".

Mientras tanto, en Washington tomaba el poder un nuevo Presidente, Woodrow Wilson, y se encontraba con una situación particularmente desagradable en México, pues Huerta surgía como un tipo voluntarioso, no vinculado a los cauces masónicos y poco dispuesto a dejarse "aconsejar", ni por el embajador Lane Wilson ni por el agente John Lind, que el Presidente Woodrow Wilson le envió desde Washington. En consecuencia, el gobierno de Huerta no fue reconocido por la Casa Blanca, aunque sí por todos los demás países del mundo.

El hecho de que Woodrow Wilson no reconociera al régimen de Huerta brindaba prometedoras posibilidades políticas a cualquier rebelde que quisiera derrocarlo. Bien pronto se sublevó en Sonora el teniente coronel Alvaro Obregón, y en Coahuila el gobernador Venustiano Carranza, que proclamó su Plan de Guadalupe para derrocar a Huerta. (Poco antes Carranza proyectaba derrocar a Madero y había comenzado a maniobrar con ese fin, lo cual le valió una reprimenda del Presidente. Pero cuando 12 días más tarde Madero era derrocado y asesinado, entonces Carranza percibió que le convenía tomarlo como bandera y en esta forma lo que iba a ser levantamiento antimaderista se convirtió en levantamiento antihuertista).

De esta manera se crearon tres grupos rebeldes contra el naciente gobierno de Huerta: el de Obregón en Sonora, el de Carranza en Coahuila y el de Villa en Chihuahua. Villa era fiel a la memoria de Madero y cuando se enteró de su muerte regresó de Estados Unidos, con ocho compañeros, y comenzó a organizar una guerrilla que semanas más tarde ya tenía doscientos hombres, precursora de lo que había de ser la temible División del Norte.

Pero no obstante estos problemas internos, Huerta no se mostró dispuesto a acogerse al tutelaje extranjero y quería seguir una política propia. Nada avezado en los vericuetos de la intriga internacional y la diplomacia, creía posible que su gobierno se apoyara únicamente en el pueblo, al que prometió desde el balcón central del Palacio Nacional: "Desde hoy tendréis pan en vez de balas".

Y en efecto, hubo paz en la mayor parte del país y se restablecieron las actividades comerciales y el abasto de víveres. El centro marxista de la Casa del Obrero Mundial aprovechó el primero de mayo para realizar (por primera vez en México) un mitin de sello marxista en el Hemiciclo a Juárez. Los dinamiteros de Chicago fueron exaltados como héroes. Entre los organizadores del acto figuraban varios agentes extranjeros, así como el anarquista Jacinto Huitrón, el diputado Isidro Fabela, Heriberto Jara, Serapio Rendón y Antonio Díaz Soto y Gama. El hecho provocó gran escándalo y Huerta mandó clausurar la Casa del Obrero Mundial y expulsó del país a los agentes Sorróndegui, Aloy Armenta y Colado.

(1913)

Entretanto, las operaciones de los rebeldes antihuertistas en el Norte hacían precarios progresos: ganaban algo en algunos puntos y sufrían derrotas en otros. En el lejano noroeste Alvaro Obregón contaba con la simpatía del presidente Wilson para abastecerse de armas, pero sus ganancias eran limitadas. El más impetuoso era Francisco Villa, quien dio un golpe en Casas Grandes, Chih., y acrecentó sus efectivos. Carranza no pudo sostenerse en el Estado de Coahuila, del cual era gobernador. Estuvo en Piedras Negras, luego trató de capturar Torreón, fue derrotado y huyó con unos cuantos hombres a Sonora, en una penosa y larga caminata.

En ese momento casi todo el país se hallaba bajo el control absoluto del gobierno de Huerta. Los principales jefes rebeldes se mantenían en contacto con la frontera americana, que era de donde procedían sus pertrechos. El único grupo apreciable que no se hallaba en la frontera norte era el de Zapata, pero también lo cultivaban desde allá. George M. Stephenson (biógrafo del agente John Lind) revela que cuando éste llegó a Veracruz se le presentó H. L. Hall a informarle que estaba poniendo a Zapata en contacto con el gobierno de Wilson.

El 22 de julio el diario americano "The Mexican Herald" se refería a los brotes rebeldes y decía que se necesitaba que los norteamericanos vinieran a México a poner orden, a lo cual el periódico francés "Le Courrier de Mexique" contestó al día siguiente que precisamente eran los gobernantes de Washington los que desde hacía tres años estaban promoviendo los desórdenes en México.

Y OTRA VEZ EL GOLPE DECISIVO VENIA DE FUERA

Podrá condenarse cuanto se quiera la forma en que se instauró el régimen de Huerta, pero es un hecho que no había contra él una fuerza nacional que por sí sola pudiera derrocarlo, por lo menos en un plazo más o menos razonable. Los focos rebeldes del norte sólo se mantenían y crecían debido al apoyo que recibían del otro lado de la frontera.

Al igual que Madero, Huerta no quería hacer reformas constitucionales que establecieran el laicismo forzoso en las escuelas y la prohibición de las órdenes monásticas. A este respecto mantuvo las mismas libertades que había propiciado Madero y permitió que siguiera funcionando el Partido Católico. **La lucha anticatólica no figuró jamás en los planes revolucionarios mexicanos** y ningún sector importante de la población se sentía ofendido porque en los colegios católicos se enseñara la doctrina cristiana. Las ideas que en contrario fueron lue-

go tomando forma procedían del extranjero a través del secreto de las logias.

Huerta tampoco quería —como no lo había querido Madero— que se hiciera una apresurada y demagógica modificación de todo el sistema agrícola, cosa que ciertamente tampoco figuró jamás en los programas revolucionarios mexicanos. Huerta deseaba que en vez de confiscar tierras (cosa que desquiciaba propiedad y producción) el gobierno las comprara en la medida de sus posibilidades y abriera al cultivo las que no estaban en explotación, a fin de repartirlas. Esto comenzó a ser practicado por el gobierno huertista en el Valle de México y para el efecto se creó la Secretaría de Agricultura y Colonización, que preparó el reparto de 13,000 hectáreas en todo el país y formuló estudios a fin de fraccionar 230,000 hectáreas de tierras nacionales baldías. La norma era repartir **en propiedad** lo que no se cultivaba e irlo entregando en la medida en que pudieran prestarse auxilios económicos a los nuevos poseedores, que pasarían a ser **pequeños propietarios.** Esto último interpretaba el sentir de los mexicanos, pero no coincidía con el punto 6o., el cual no quiere formar propietarios libres, sino **proletarios bajo control oficial,** pues controlar masas es su fin primordial.

La política de Huerta difería bastante de los planes de Wilson y esto era fatal para aquél, peor que haber asesinado a Madero, pues a la alta masonería de Washington no le conmueve mucho que en México se asesine, se torture o se robe, siempre que de ello se derive algún beneficio para la política internacional masónica. (Así se evidenció más tarde cuando Carranza mandó matar a Zapata, sin que Wilson le retirara su apoyo; y cuando Obregón mandó matar a Carranza, pero se plegó en Bucareli a las exigencias de la Casa Blanca; y cuando Calles fusilaba católicos, pero practicaba los consejos de Mr. Morrow, y cuando Cárdenas desterraba a Calles, pero obedecía a Mr. Daniels).

El agente norteamericano John Lind trató infructuosamente de encauzar a Huerta. El 6 de agosto (1913) le entregó una nota en que hablaba de su misión "pacífica" y le pedía que convocara a elecciones y que no figurara como candidato. Diez días después el gobierno de Huerta dio respuesta a la "nota" como lo haría un país independiente. Se extrañaba de que el agente de Wilson hablara de su "misión pacífica", siendo que no había guerra entre México y Estados Unidos, ni motivo alguno para que la hubiera. Agregaba que de 27 Estados, 3 territorios y un Distrito Federal, 18 estados, 3 territorios y el Distrito Federal se hallaban en paz y bajo el dominio absoluto del gobierno, por lo cual no podía ponerse en duda que éste fuera el único realmente constituído. (Tanto así que ya lo habían reconocido todos los países que tenían embajadas en México, excepto Estados Unidos). Respecto a los buenos oficios que Washington decía querer realizar para que México se pacificara, la respuesta de Huerta especificaba: "Pero si tales buenos oficios han de ser de la naturaleza de los

que hoy se nos ofrecen, habremos de renunciar a ellos del modo más categórico y definitivo... Con sólo vigilar la no prestación de ayudas materiales y morales a los rebeldes que se refugian, conspiran, se arman y alimentan del otro lado de la frontera; con que se dignara exigir la más vigorosa observancia por sus autoridades inferiores y locales de las leyes de neutralidad, yo le aseguro al señor Agente Confidencial, que la pacificación de la República sería obra de relativo poco tiempo".

Respecto a la afirmación del Presidente Wilson de que la "situación presente" de México era incompatible con el desarrollo de su propia civilización y con "el mantenimiento que se requiere de determinadas condiciones políticas y económicas tolerables en Centroamérica", la respuesta de Huerta decía: "Creo que hay equivocación, porque no se ha recibido, hasta la fecha, ninguna reclamación de gobierno extranjero que nos acuse de aquella falta de cumplimiento; continuamos pagando puntualmente a todos nuestros acreedores; continuamos con misiones diplomáticas cordialmente tratadas en casi todos los países de la tierra y continuamos siendo invitados a toda clase de congresos y conferencias internacionales".

Y acerca de la petición de Woodrow Wilson, de que se convocara a elecciones en las que no figurara como candidato Victoriano Huerta, la contestación precisaba: "El consentimiento que se solicita del señor general don Victoriano Huerta para que se comprometa a no ser candidato a la Presidencia de la República en aquellas elecciones, no es de tomarse en cuenta, porque, aparte de lo peregrino y atentatorio de la solicitud, se corre el riesgo de que cualquiera lo interpretase como animadversión individual. Ese punto solamente le toca resolverlo a la opinión pública mexicana, cuando se manifieste en los comicios".

Woodrow Wilson se encargaría de demostrarle a Huerta que no era el pueblo mexicano el que habría de decidir.

Agregaba la respuesta que sólo por la sincera estimación que se tenía a Estados Unidos se daba contestación a la nota, que era deprimente e inusitada, **"apenas admisible en un tratado de paz después de la victoria".** Firmaba el secretario de Relaciones Exteriores, Federico Gamboa.

La respuesta de Huerta encolerizó al Presidente Wilson, quien posteriormente expresaba en carta a Mrs. Hubbert: "Tengo admiración a lo menos por la indomable y perra determinación de Huerta. No hay duda que ello se debe en gran parte a ignorancia, pero es firme como la roca. La tarea de quitarlo es de lo más importante".

Una comisión de masones americanos y mexicanos, encabezada por el gobernador Reynoso, de Guanajuato, se entrevistó con Huerta y le aseguró que si se afiliaba a la masonería y aceptaba los planes políticos de ésta, se allanaría el camino para su reconocimiento por el gobierno de Estados Unidos. Huerta repuso que no se afiliaba a ninguna secta, que era Presidente de México y que no había razón para que su gobierno no fuera reconocido. (En esos días, según el padre Kenty, ya había 3 millones de masones en Estados Unidos; el presidente Wilson era prominente maestro; el secretario Kellog llevaba 48 años en la logia, y el 70% de los legisladores eran también "hermanos", así como 32 de los 46 gobernadores).

Por su parte, el Presidente Wilson iba acentuando su presión; movía en Europa su influencia política para que no se concediera crédito a Huerta, y en tanto que a éste no le permitía adquirir armas en Estados Unidos, hacía posible que se entregaran pertrechos a Obregón, a Villa y a Carranza, tanto en Sonora como en Chihuahua y Tamaulipas. De acuerdo con instrucciones suyas, las compañías petroleras americanas dejaron de pagar impuestos al gobierno, a fin de favorecer la rebelión de Carranza, a quien le entregaron combustibles por setecientos mil pesos, según testimonio de Mr. Doheney, jefe de la Huasteca Petroleum Company.

Mr. House, Mr. Hale y Mr. Lind, enviados de Wilson, hicieron todo lo posible por amedrentar a Huerta para que se sometiera o renunciara, pero no consiguieron nada. La señora O'Shaughnessy, esposa del encargado de negocios americanos en México, refiere que Mr. John Lind perdió un día la paciencia y en presencia del ministro de Relaciones de Huerta, Federico Gamboa, dio un golpe sobre la mesa y exclamó: "Tres cosas haremos, si Huerta no renuncia: primero, usar el boycot financiero; segundo, reconocer a los rebeldes; tercero intervenir".

En realidad los dos primeros puntos ya se habían aplicado y sólo faltaba la invasión armada.

Mientras ese tercer paso decisivo se daba, los rebeldes recibían más pertrechos y la lucha se incrementaba en todo el norte y se volvía más enconada porque Carranza había resucitado la ley juarista del 24 de enero de 1862, para fusilar a los jefes y oficiales que cayeran prisioneros y castigar a la población civil que no hubiera presentado resistencia a las fuerzas federales. Esto fue dando a la lucha un terrible encarnizamiento. En el norte de Nuevo León se acrecentaba la guerrilla del general Lucio Blanco, con armas norteamericanas, y poco después pasaba a Tamaulipas y capturaba Matamoros. En Tamaulipas operaban ya los grupos de Jesús Agustín Castro y Blas Corral. En Sonora, barcos americanos situados cerca de Guaymas alumbraron con sus reflectores el campamento de la guarnición militar para que los rebeldes obregonistas pudieran atacarla ventajosamente.

Semanas después de que Huerta había rechazado airadamente la nota de Wilson, el movimiento rebelde de Carranza contaba ya con suficientes pertrechos para dar forma a tres fuertes columnas, con base en la frontera, que desde tres direcciones apuntaban hacia el sur del país: la del Noroeste, de Obregón; la del Norte, de Villa, y la del Nordeste, de Pablo González.

Villa reveló entonces sus notables dotes como táctico y conductor de hombres. Pulsó las defensas de la ciudad de Chihuahua, vio que eran fuertes, rodeó prudentemente, atravesó el desierto y se lanzó audazmente contra Torreón, donde combatió hasta agotar casi sus recursos; cuando ya se disponía a cesar el fuego advirtió que los defensores huertistas (generales Ignacio Bravo y Eutiquio Munguía) comenzaban a replegarse. Por escaso margen Villa capturó Torreón (octubre 1o. de 1913), donde atendiendo las instrucciones recibidas de Carranza hizo una matanza de prisioneros. Por cierto que ahí lo visitó una comisión de masones, quienes iban a abogar por varios "hermanos" suyos que se hallaban en peligro; le hablaron de la "gran familia masónica", del "Gran Arquitecto del Universo" y de otras cosas simbólicas, pero Villa les contestó: "Señores masones: según yo opino, son ustedes unos mentirosos o no saben cumplir con su deber, pues la mayoría no será lo que ustedes me aseguran, o siendo lo que dicen, ustedes no lo practican. ¿Por qué antes de llegar yo a Torreón no usaron de sus creencias para evitar que esos mismos hombres que ustedes protegen causaran con sus denuncias la muerte de nuestros hermanos revolucionarios? . . . Quítense, pues, de delante de mí y no traten de sorprender mi conciencia con el hincapié de la humanidad, si no quieren que aquí mismo mande fusilarlos para que de una vez sepan cómo cumplen su deber los hombres que en verdad andamos en la lucha por el bien de nuestros semejantes". (1)

Como Villa había penetrado demasiado en territorio hostil, no podía quedarse en Torreón y regresó a las inmediaciones de Chihuahua, capturó un tren y cayó por sorpresa en Ciudad Juárez, cuando lo creían a 400 kilómetros de distancia. Capturó Juárez, dio luego una violenta vuelta hacia el sudeste, tomó Ojinaga y cayó a continuación sobre Chihuahua, la cual también capturó. Hubo ahí otra matanza de prisioneros, incluso de chinos.

Entretanto, las fuerzas de Huerta recuperaban Torreón.

Ardía el norte y corría sangre. . .

En la capital de la República la colonia americana envió una comi-

(1) Cabalgando con Villa.—Por Victor Ceja Reyes.

sión a Washington, encabezada por C. H. Agramonte, para pedirle al Presidente Wilson que reconociera al gobierno de Huerta y que diera así fin a la lucha que desangraba al país. El mismo encargado de negocios americanos, O'Shaughnessy, opinaba que no había una base legal para intervenir en los asuntos de México tratando de deponer a un gobierno que en nada perjudicaba a Estados Unidos.

Por otra parte, en esos días comenzaba a tomar forma un nuevo foco político de oposición a Huerta en el seno del Congreso de la Unión, el mismo que tiempo antes lo había reconocido unánimemente. El diputado Isidro Fabela se había ido a Estados Unidos y por los conductos masónicos gestionaba —al igual que Carranza— que dentro del Congreso surgiera un movimiento de oposición que le pusiera obstáculos a Huerta y que lo orillara a disolver las cámaras, con objeto de privarlo así de la llamada "representación popular". Era ni más ni menos la misma maniobra que se había empleado para derrocar a Iturbide.

Por solidaridad de logia algunos legisladores secundaron las instrucciones de Fabela y de Carranza, y algunos otros engrosaron de buena fe el movimiento porque sólo veían en Huerta al asesino de Madero. Bien pronto el Congreso, el **mismo** que había ungido a Huerta como Presidente, se volvió francamente antihuertista y comenzó a ponerle obstáculos. Los que dirigían esta maniobra se opusieron, por ejemplo, al nombramiento de Eduardo Tamariz como secretario de Instrucción Pública, pues decían que un católico no podría ocupar un puesto de esa importancia. Y luego no tardaron en surgir violentos ataques contra el Presidente Huerta, a consecuencia de los cuales el senador Belisario Domínguez fue asesinado. **Al día siguiente el Congreso —el mismo que no había protestado por el asesinato de Madero— se declaró en sesión permanente, en son de abierta protesta contra Huerta,** el cual dijo que el Congreso se había convertido ya en un centro de conspiración, y mandó disolverlo y apresar a los legisladores. (Poco después hubo nuevas elecciones y se integró otro Congreso con gente que no era hostil a Huerta). (1)

Tal como se había planeado al otro lado de la frontera, la disolución del Congreso fue aprovechada por el Presidente Wilson para enviar una indignada protesta, que Huerta recibió con no menos indignación y le encargó a su ministro de Gobernación que la contestara con igual dureza. Figurativamente le dijo: "¡Miénteles la madre, señor ministro!" Y la nota fue contestada en el sentido de que el Presidente Wilson no desaprovechaba oportunidad de fomentar agitación en México y de intervenir en los asuntos internos del país, que no eran de su incumbencia.

(1) En un comunicado de diciembre 23 de 1916, Carranza admite que él pidió a varios legisladores que pusieran trabas y provocaran a Huerta para que éste disolviera el Congreso.

Por su parte, el Presidente Wilson se hallaba frenético y decía al diplomático inglés Sir Edward Tyrrell: "Voy a enseñar a las repúblicas americanas cómo se hace la elección de hombres idóneos"... El inglés replicó que él no hallaba diferencia entre un Villa, un Carranza o un Huerta.

(1914) Prosiguiendo su lucha contra Huerta, el Presidente Wilson autorizó oficialmente (febrero 3 de 1914) la entrega de armas para Carranza, Villa y Obregón (que ya se venían suministrando extraoficialmente) y por medio de embajadas y consulados hizo pública una declaración de que no toleraría **"usurpaciones como la de Huerta"** y que forzaría a éste a abandonar el poder, incluso recurriendo a medios no pacíficos.

A fin de engañar y neutralizar a la opinión pública americana —que no aprobaba la intromisión de Wilson en México—, se recurría a toda clase de trucos. Por ejemplo, el enviado Mr. Lind fue a contarles a los americanos que la educación pública se hallaba prohibida en México por bula papal, durante 200 años, y que el régimen de Huerta era aliado de esas "fuerzas oscurantistas", en tanto que el movimiento "constitucionalista" de Carranza, decía Lind, sí era partidario de la educación pública.

Al amparo de esa cortina de falsedades, Wilson seguía interviniendo en México y suministraba más y más armas a los rebeldes, incluso aviones. Por primera vez en la historia, el bombardeo aéreo de un barco ocurría el 14 de abril (1914) contra el cañonero Guerrero, cerca de Topolobampo, Sin. El capitán Gustavo Salinas lanzó varias bombas a 3,300 metros de altura, si bien todas cayeron al mar sin causar daños.

Villa había vuelto a lanzar otro impetuoso ataque y en batalla de 13 días capturó por segunda vez la ciudad de Torreón, después de un sangriento asalto cuerpo a cuerpo. (Abril 2).

Poco después el Presidente Wilson había acordado acelerar las operaciones contra Huerta y ordenado que se llevaran armas por mar a las cercanías de Tampico, para ayudar a los carrancistas que asediaban el puerto. Esa actitud de Wilson era del dominio público y todos los jefes militares y políticos que reflexionaran un poco ya podían saber cuál sería el desenlace de la lucha.

Huerta pretendió establecer un bloqueo en la zona de Tampico, pero Wilson advirtió que si los barcos mexicanos intentaban impedir la llegada de pertrechos para los rebeldes, los hundiría a cañonazos. Y para el efecto la escuadra del almirante Mayo fue fondeada en la desembocadura del río Pánuco. Los mercantes americanos Antilla, Sunshine, Granpus y Susan, que aparentemente eran enviados con ar-

mas rumbo a Cuba, desviaban luego su ruta y se aproximaban a Tampico para entregarlas a los carrancistas que sitiaban el puerto. Wilson estaba ya interviniendo directamente y buscaba un pretexto para hacerlo aun en forma más decisiva.

Y el pretexto —como pudo haber sido el vuelo de una mosca mexicana sobre la flota americana— ocurrió en Tampico el 9 de abril. Ese día, 7 marinos y un pagador de un barco yanqui descendieron a tierra; un oficial mexicano los detuvo y después de media hora de investigaciones los dejó en libertad. Este incidente lo convirtió Wilson en un problema, gritó que se trataba de un atropello infame y pidió que la guarnición de Tampico hiciera un saludo de 21 cañonazos a la bandera americana. Huerta accedió a regañadientes, pero siempre que la escuadra americana correspondiera contestando el saludo a la bandera de México, a lo cual Wilson se negó. Huerta propuso entonces que el incidente se sometiera al arbitraje del Tribunal de La Haya, según debería hacerse de conformidad con el Tratado de paz de Guadalupe que regía entre México y Estados Unidos. Pero naturalmente Wilson también se opuso y acudió al Senado en demanda de facultades para intervenir en México.

Y una vez más se puso de manifiesto que una cosa era la influencia masónica que se ejercía sobre la Casa Blanca y otra el pueblo de los Estados Unidos. **El Senado se negó a entrar en guerra con México;** el representante Lodge habló valientemente y se opuso a dar facultades a Wilson para lanzarse en su intento de agresión. Wilson alegó que el barco alemán "Ipiranga" traía un cargamento de armas para Huerta (cosa falsa) y que estaba a punto de entrar en Veracruz, a lo cual Lodge repuso que si se vendían armas a los rebeldes antihuertistas, también debería permitirse que el gobierno de Huerta comprara las suyas.

Sin embargo, Wilson ya estaba furioso y ordenó al secretario de Marina, Josephus Daniels, que lanzara a la flota americana sobre Veracruz. Daniels sabía que esa medida no tenía autorización del Congreso, pero era judío-americano y conocía ampliamente la política de fondo de Wilson, y ordenó al almirante Fletcher que atacara.

A la 1:21 del 21 de abril (1914) el "Prairie" abrió el fuego contra el puerto. En la operación participaban cuatro acorazados, con artillería de grueso calibre, que Veracruz —al que don Porfirio no pudo terminar de artillar— no tenía con qué hacer frente. Huerta ordenó que la guarnición se replegara, pues hubiera sido una carnicería espantosa contestar cañonazos de 35 centímetros de diámetro con tiros de fusil.

En la ciudad de México estalló la indignación por el ataque extranjero a Veracruz y hubo en verdad espontáneas manifestaciones en que el pueblo pedía armas para ir a combatir a los invasores.

Varios jefes militares, como el general Joaquín Téllez, de guarnición en Guaymas, pidieron a los jefes carrancistas que en vista del ataque extranjero se unieran todos para rechazarlo, olvidando las diferencias internas, pero los carrancistas se rehusaron; el general Obregón contestó lanzando ataques a Huerta.

En Veracruz, la Escuela Naval y algunos civiles con pistola presentaron resistencia a los marinos recién desembarcados y perecieron 193 mexicanos, entre ellos el cadete José Azueta y el teniente Virgilio C. Uribe, de la Escuela Naval. ¡Triste situación de un país débil al que a puntapiés estaban imponiéndole desde el extranjero determinado camino! . . .

NADA QUE NO FUERA "RENDICION INCONDICIONAL"

Echando por la borda los pretextos que inicialmente había esgrimido para el ataque a Veracruz, Wilson dijo ya sin sonrojos el 23 de mayo a "The Saturday Evening Post": "Los que controlan el gobierno de Huerta deben ser desposeídos de ese control. Ellos quieren el orden del viejo régimen; pero yo aseguro que ese viejo orden ha muerto para siempre... Los Estados Unidos han ido a Veracruz, pero no a conquistar, ni a restablecer el orden. Van a destruir los abusos de los terratenientes, que han usurpado las tierras del pueblo. La lucha es por la tierra, sólo por la tierra". Y en otras declaraciones a la prensa diaria reiteró lo anterior y agregó: "Todas las fases de la situación mexicana se basan por ahora en la condición de que los hombres que ocupan el poder en México han de ser eliminados, de una



Wilson dejó ver su preocupación por el punto sexto al explicar por qué había ordenado que Veracruz fuera bombardeado e invadido. "Los que controlan el gobierno de Huerta deben ser desposeídos de ese control —dijo—. Los EE. UU. han ido a Veracruz, pero no a conquistar, ni a restablecer el orden. Van a destruir los abusos de los terratenientes... La lucha es por la tierra, sólo por la tierra".

manera o de otra, antes de que el país pueda emprender su marcha hacia su destino manifiesto. . . Naturalmente no serán los Estados Unidos los que repartan las tierras mexicanas equitativamente entre los nativos, porque eso nos reduciría a dictadores en suelo ajeno, pero no descansaré hasta que ello sea una realidad. . ."

Y ese destino manifiesto de que hablaba Wilson incluía el punto 6° del plan secreto aprobado en la Junta Anfictiónica de Nueva Orleans para ser implantado en México. Ese punto se refería a una determinada "reforma agraria", de la que ningún precursor mexicano de la Revolución había hablado, y tenía por objeto inmediato la eliminación del núcleo agrícola de propiedad privada, para ser sustituído en parte por el sistema ejidal. Y éste es a su vez el preámbulo de la supresión total de la propiedad privada y la implantación del sistema comunista del campo, según el cual la tierra no es del que la trabaja ni la producción agrícola de quien la produce, sino una y otra son propiedad exclusiva del Estado, que a su vez es controlado por el poder masónico-judío. Es decir, la palingenesia israelita, como impera ya en la URSS y en los países que ésta domina.

Ni Madero ni Huerta creían en la demagogia del punto 6°, pues en México había tierras de sobra para repartirles parcelas a todos los peones que quisieran trabajar por su cuenta, **sin afectar a la propiedad privada en producción** ni a los peones que prefirieran ser empleados que asumir responsabilidades de administrador. Pero no eran tierras para los pobres lo que la masonería internacional buscaba, sino esconder tras esa altruista bandera su verdadero objetivo de destruir un núcleo de prosperidad nacional, autónomo de las redes políticas, y SUSTITUIRLO CON UN SISTEMA QUE PERMITIERA AL MANDO POLITICO CONTROLAR CAMPESINOS Y TIERRAS.

Y eso se nos venía a imponer, diáfanamente, a punta de cañonazos y de insultos. Huerta, con su tozuda resistencia, con su creencia de que era el pueblo mexicano el único que habría de decidir su propio camino, tuvo la virtud de impacientar al mando masónico extranjero y de hacerlo que enseñara la garra. Con Huerta no bastaba la presión oculta, reptante, para que hiciera concesiones o se marchara; era indispensable tumbarlo a cañonazos.

Huerta fue un tigre; ciertamente era mal visto por muchos debido a que había dado el zarpazo final a un hombre justo, al Presidente Madero, pero era un tigre que tampoco se amilanaba ante fuerzas poderosas, más poderosas que sus propias garras, y así dio una bella, aunque perdida batalla ante la bárbara presión de Wilson.

Wilson había ido demasiado lejos en su intervención en México, sin autorización del Congreso, y su situación era un tanto molesta. En ese momento Argentina, Brasil y Chile ofrecieron mediar en las dificultades y se efectuó una conferencia en Niágara Falls, durante la cual Wilson exigió, en síntesis, la rendición incondicional de Huerta.



Victoriano Huerta no se dejó encauzar por el agente John Lind y rechazó la tutela del Presidente Wilson y la demagogia del punto sexto. Esto le iba a causar más daño entre cierto sector extranjero que el asesinato de Madero, ocurrido año y medio antes. Al renunciar llamaba "poder injusto" al de Wilson.

En esa junta se planteó la posibilidad de que Huerta entregara el gobierno a un hombre neutral, que no fuera ni del bando huertista ni del bando rebelde de Carranza, pero Wilson reiteró que "el Presidente debe ser un declarado constitucionalista que estará encargado personalmente de formular y promulgar las reformas (agrarias y religiosas) necesarias e inevitables como deber al cual debe plegarse ante todo". (1)

Entretanto la lucha armada se hacía cada día con mayor ferocidad. Después de los combates había fusilamientos en masa de prisioneros, como el efectuado en la hacienda Albarrada, donde 150 rurales fueron ejecutados con ametralladora por órdenes de Obregón, quien explicó que obraba así de acuerdo con la ley juarista puesta nuevamente en vigor por Carranza.

Zapata acosaba en el sur, Obregón avanzaba por el noroeste y Villa por el centro. Este último, junto con el general Felipe Angeles, capturó Zacatecas (24 de junio) en una de las más grandes batallas de esa época. Aunque se ha dicho que la pérdida de Zacatecas decidió la caída de Huerta, **en realidad ésta se decidió evidentemente desde abril, mes en que la flota americana invadió las aguas de Tampico para entregar armas a los carrancistas y en que fuerzas norteamericanas desembarcaron en Veracruz.** Este desembarque, con ochenta naves

(1) "Foreign Relations of the United States".—Citado en "La 2a. Intervención Americana", de Angel Lascuráin y Osio.

yanquis, le abría a Huerta un tercer frente que era imposible derrotar ni con todos los recursos juntos de la nación.

Así lo vio el mismo Huerta, quien renunció ante el Congreso el 15 de julio (1914).

Su dimisión decía que había puesto en evidencia al gobierno de Wilson, que malamente se hacía llamar "demócrata". "Para ser más

> explícito diré a ustedes —afirmaba en su renuncia— que la gestión del gobierno de la República, durante su corta vida, ha dado golpes de muerte a un poder injusto. Vendrán más tarde obreros más robustos y herramientas más perfectas que acabarán a no dudarlo, con ese poder que tantos perjuicios y tantos atentados ha cometido en este continente.
>
> "Para concluir digo, que dejo la Presidencia de la República llevándome la mayor de las riquezas humanas, pues declaro que he depositado en un Banco, que se llama la Conciencia Universal la honra de un puritano (el Presidente Wilson) al que yo, como caballero, lo exhorto a que me quite esa mi propiedad.
>
> "Que Dios los bendiga a ustedes y a mí también".

La Revolución Mexicana iba a ser adulterada por ocultos manipuladores. Porque esa Revolución es mexicana en toda la parte que corresponde a la miseria popular, que es terreno fértil para levantar llamas de rebeldía y de odio, y a la vez de esperanza en algo mejor; es mexicana porque nos tocó suministrar más de un millón de muertos para realizarla y porque devastó campos y ciudades mexicanas y derrochó pródigamente las energías económicas y vitales que se habían ahorrado durante el porfirismo. Pero el poder masónico internacional —a su vez instrumento de otro poder menos evidente— ha tratado siempre de convertir en ahijada suya toda Revolución, lo mismo la francesa que la española, la mexicana, la rusa y la cubana.

Por eso resulta inocente que algunos exclamen sorprendidos o alborozados que la Revolución Mexicana, iniciada en 1910, se anticipó en muchos aspectos a la Revolución Soviética iniciada en 1917. Aunque con diferentes dosificaciones, ambas estaban siendo infiltradas por las mismas mentes. Sólo que en la soviética se ponía una máxima concentración porque estaba destinada a ser la base principal de un gigantesco poderío mundial, en tanto que en la otra —la mexicana— sólo podía influirse en pequeña dosis para guiar a Iberoamérica hacia un rumbo común, pero sin alarmar demasiado a la opinión pública norteamericana.

Con Madero o con Huerta la Revolución se hallaba fuera de las consignas ocultas y esto enardecía al mando masónico extranjero. Por eso cayó Madero y por eso cayó Huerta.

Y a Huerta que se negaba a obedecer a Wilson (lo mismo que a Iturbide que se había negado a obedecer a Poinsett) se le marcó con

el calificativo de "usurpador" y se le execró en la historia oficial de México. Tanta severidad no es por horror a la sangre ni por reprobación del cuartelazo mediante el cual subió al Poder, pues tenemos muchos autores de cuartelazos a los que rendimos honores. Lo que no se le perdona a Huerta es que no haya estado ligado a la Logia y que hubiera actuado por su propia cuenta.

Inmediatamente después de su renuncia, Huerta se embarcó en Coatzacoalcos rumbo a Europa, y al cabo de un año se trasladó de España a Estados Unidos. En Newmann celebró una entrevista con el general Pascual Orozco —al que en otra época había derrotado—, y la policía americana que les seguía los pasos se acercó para capturarlos. Orozco trató de huír y fue muerto, en tanto que Huerta fue encarcelado en Fort Bliss, cerca de El Paso. Poco después se le permitió salir a reunirse con su familia en El Paso, donde fue operado y falleció el 13 de enero de 1916. Edith O' Shaughnessy, esposa del ex secretario de la embajada de E. U. en México, refiere que el médico que operó a Huerta le dejó sin coser la herida y que esto le provocó la muerte. Huerta había anunciado que haría importantes revelaciones políticas, pero al parecer su animosidad se sosegó en las pláticas que tuvo con el capellán de Fort Bliss, pues no obstante que su mujer lo instaba a hablar, él respondió: "¿De qué sirve? Muero en paz con Dios y con los

> hombres. Perdono a todos los que me han hecho daño, muy de veras al Presidente de los Estados Unidos, porque nunca comprendió, y pido perdón a todos los que yo he ofendido. Lo demás se lo dejo a Dios, en cuyas manos pongo mi pobre familia". (1)

Después de Huerta quedó como Presidente provisional el licenciado Francisco Carvajal, dado que era el presidente de la Suprema Corte y Secretario de Relaciones. Carvajal trató de formar un gobierno de coalición con los jefes de diversos grupos en pugna y de pacificar así rápidamente al país, pero Wilson lo amenazó por conducto del ministro de Brasil para que dejara el gobierno. La fórmula era **"rendición incondicional"** y Carvajal tuvo que dejar el Poder y huír de la capital.

La fuerte columna de Obregón descendía del noroeste, a través de Sinaloa, Jalisco y Querétaro. Más al sur se hallaba aún en pie de lucha el ejército federal con 30,000 hombres, cuyos comandantes no querían rendirse. Un portavoz de los carrancistas, el ingeniero Alfredo Robles Domínguez, les manifestó a los federales que deberían rendirse en bien del país y les mostró copia de un mensaje que Washington envió a las fuerzas americanas posesionadas de Veracruz, en que les daba facultades discrecionales para avanzar más, si continuaban los combates entre federales y carrancistas. "Entonces los múscu-

> los del viejo soldado (general José Refugio Velazco) se aflojaron,

(1) Páginas Intimas.—Edith O'Shaughnessy.

sus ojos se nublaron de lágrimas apenas contenidas, su boca se plegó en gesto doloroso y dejó escapar trabajosamente estas palabras: —Muy bien. El ejército evacuará la plaza" (de México).(1)

El 13 de agosto (1914) se firmó el Tratado de Teoloyucan, mediante el cual se disolvía el ejército federal. Ese ejército fue recriminado, infamado y disuelto, en gran parte injustamente, pues se le había inculcado que debería ser apolítico y como tal se mantuvo fiel a la autoridad civil consagrada por el Congreso, tanto durante el derrocamiento de don Porfirio como en el de Madero.

El 15 de agosto las tropas de Obregón entraron en la ciudad de México y cinco días después llegó Carranza con otros contingentes poco disciplinados, los cuales cometieron atropellos que hicieron un mal contraste con las tropas profesionales que acababan de ser dadas de baja y arrojadas a la desesperación de la cesantía y hasta del exilio.

MISTERIOSA APARICION DE UNA LUCHA ANTICATOLICA

Durante varios años, mientras hacía su carrera política, don Venustiano Carranza no parecía apegarse a ningún principio y sólo buscaba el camino del éxito. En 1909 trabajaba para restarle a Madero partidarios entre los trabajadores ribereños del río Nazas y le decía a don Porfirio: "Espero que esta labor será de la respetable aprobación de Ud. y que servirá de prueba de mi invariable adhesión a la buena marcha de su gobierno, hoy criticada por persona de ninguna significación política".(2)

Poco después, sin embargo, dejaba de ser senador del régimen porfirista y se convertía en revolucionario maderista, cosa que le facilitó el ascenso a la gubernatura de Coahuila. Pero cuando el Presidente Madero andaba ya en dificultades con Lane Wilson, Carranza comenzó a maniobrar en contra de Madero, quien el 7 de febrero (1913) le envió una severa reprimenda por su extraña conducta. Antes de que los aprestos rebeldes de Carranza cristalizaran, Madero fue asesinado. Y lo que iba a ser un movimiento antimaderista se convirtió, por conveniencia del momento, en un movimiento antihuertista y de venganza del caudillo muerto.

El ingeniero Alberto García Granados se hallaba al tanto de los planes subversivos contra Madero, y cuando éste fue asesinado y Carranza llegó al fin triunfante a la ciudad de México, García Granados fue fusilado, aparentemente porque años antes había dicho que "la bala que mate a Madero salvará a México". Hasta Mr. Lind, representante del Presidente Wilson, intervino en esta maniobra y presionó al hijo de García Granados para que devolviera del archivo de su padre un mensaje que comprometía a Carranza. (1)

(1) Relato del periodista Diego Arenas Guzmán, acompañante del Ing. Robles Domínguez.

(2) Síntesis Histórica.—Carranza y el Plan de Guadalupe.—Por el General Federico Cervantes.

(Otro testigo de que Carranza había conspirado para derrocar a Madero en 1913 era el general Benjamín Argumedo, que más tarde sería también eliminado).

Carranza, pues, no era propiamente el vengador de la muerte de Madero, sino el hombre que iba a disputarle el mando y que luego vio la oportunidad (muerto Madero) de acogerse a su memoria. Como opositor de Huerta, Carranza tuvo el inmediato padrinazgo del Presidente Wilson, que no escatimó armas y municiones para hacerlo avanzar, junto con Villa, Zapata, Obregón y Pablo González, hasta su entrada triunfal en la capital de la República (agosto 20 de 1914).

Ya el 28 de junio "The New York Herald" había revelado que el capitán Sherburne G. Hopkins estaba suministrando ayuda por un millón de dólares, así como consejos, al movimiento carrancista, y que Hopkins era el enlace con Charles R. Flint y con Henry Clay Pierce, que también auxiliaban a dicho movimiento. Pierce representaba a la organización económico-política del famoso judío John Davison Rockefeller, que precisamente entonces estaba organizando el poderoso Consejo de Relaciones Exteriores, o sea el "gobierno invisible" internacional encargado de facilitar el avance del marxismo en todo el mundo. Aquel grupo de Hopkins, Flint y Pierce, que tan sutilmente intervenía en México, era nada menos que un brazo del imperialismo judío disfrazado de imperialismo americano. (2)

El senador William Alden Smith era presidente de una comisión senatorial que hizo investigaciones sobre la intervención en México y halló pruebas de las actividades de Hopkins desde que se inició la Revolución en 1910. El propio Hopkins admitió que estaba interviniendo en dicho movimiento, pero que lo hacía dentro del Derecho Mercantil. Este individuo, según reveló "The New York Herald", fue quien aconsejó a Carranza que bautizara su movimiento como "constitucionalista", no porque esta palabra pudiera atraerle partidarios entre la masa de campesinos mexicanos que en su mayoría ni siquiera podrían pronunciarla, sino con el propósito de influir a la opinión pública americana.

Don Venustiano, pues, se hallaba bien apadrinado, por lo menos **al empezar su carrera revolucionaria.** Con su porte sereno y con su respetable barba blanca, impresionaba favorablemente a muchos que lo tra-

(1) La Segunda Intervención Americana.—Angel Lascuráin Osio.

(2) "The Invisible Government". Por Dean Smoot, ex miembro de la FBI. El Council on Foreign Relations controla los principales diarios, difusoras y TV de Estados Unidos, así como una enorme cadena de organizaciones políticas, desde las del control de la natalidad hasta las de gente de color, pasando por el National Council of Churches.

taban, entre quienes Villa era una excepción, pues decía que don Venustiano se escondía detrás de sus lentes oscuros para no denotar sus intenciones.

Durante los veinte años que sirvió en el régimen porfirista, Carranza se había mostrado siempre ecuánime; en su juventud había sido católico practicante y aunque luego dejó de acudir a la Iglesia, nunca mostró hostilidad hacia ella. En las huestes maderistas fue revolucionario moderado y una vez muerto Madero recogió la memoria de éste para luchar contra Huerta. Como Carranza no era masón ni había tenido ningún antecedente anticatólico; como la Revolución mexicana de 1910 no había jamás proclamado nada antirreligioso y como el régimen maderista —al cual Carranza decía seguir fiel— siempre había dado libertad y garantías a la Iglesia, resultó luego extraño e inexplicable que Carranza imprimiera a su movimiento un inesperado y violento sello anticatólico.

Con sospechosa unanimidad, **como surgida de una secreta consigna**, los jefes carrancistas empezaron a cerrar templos, a destruir imágenes, a clausurar colegios católicos y seminarios y a encarcelar o matar sacerdotes.

Si en esos momentos no existía en México ningún conflicto religioso, y si este tema no había entrado nunca en los planes revolucionarios de Madero, ni de Zapata, ni de Villa, ni de Pablo González, ni de ninguno de los principales jefes revolucionarios mexicanos, todo parecía indicar que el impulso anticatólico del movimiento carrancista era impuesto por sus padrinos extranjeros.

Ciertamente Carranza quería atraer masas y permitía a sus hombres muchos desmanes, en perjuicio de las mujeres y de los civiles inermes —tanto que se les llegó a dar el mote de "con-las-uñas-listas", en vez de "constitucionalistas"—, pero ese era el recurso puesto en boga desde 1857 para hacer que un movimiento falto de principios populares atrajera prosélitos con el señuelo del botín. Apoderarse de bienes ajenos y atropellar mujeres era un incentivo con raíces en las pasiones sin control de las masas en armas. Pero en el caso de los desmanes contra la Iglesia el asunto era bien distinto, pues no surgían de las masas católicas en forma espontánea. En este punto el movimiento carrancista repetía el fenómeno observado durante la Revolución Francesa en 1789, mismo que luego ocurrió en la Revolución española de 1835, en la Revolución Soviética de 1917 y nuevamente en la Revolución española de 1936. Es decir, se trataba de **un fenómeno internacional ajeno al pueblo mexicano.** (1)

(1) El Senado americano investigó la actitud de diversos ciudadanos de E. U. respecto a la revolución habida en México y lo tituló "Senate Investigatior of Mexican Affairs", 1920. En la página 2,657 aparece el testimonio del reverendo Francis P. Joyce, capellán del Ejército americano, quien dijo que en Veracruz pidió a Mr. Silliman, representante personal del Presidente

Según todas las presunciones, ese toque anticatólico del movimiento carrancista no surgía de abajo, como la propensión hacia el botín, sino descendía de muy arriba como consecuencia de los lazos entre Carranza y sus protectores de allende el Bravo. La quema de santos en la plaza de Monterrey; la expulsión de sacerdotes y obispos en el noroeste y algo semejante o peor en otras muchas entidades, no era un desbordamiento de las pasiones de la masa, sino un sistema que imponían los jefes carrancistas, lo mismo Obregón en Sonora que Diéguez en Jalisco, Urbina en Durango y Villarreal en Monterrey.

En San Luis se prohibieron las misas los días de trabajo y la confesión para los que no estuvieran en peligro de muerte. En Guanajuato e Irapuato se prohibió la penitencia. (1)

Como testigo imparcial de estos sucesos, el alemán protestante Charles M. Birkhead, de 60 años de edad, con muchos años de radicar en México, fue expresamente a Washington a ratificar —ante el notario Martín Stecker—, que había visto a los revolucionarios apresar y maltratar sacerdotes, que había visto ahorcar a algunos de ellos, que cálices y altares eran convertidos en excusados; que las monjas eran ultrajadas, que algunos templos eran incendiados y que en otros se impedía el culto. Aunque Birkhead disentía en muchos puntos con los católicos, se hallaba asombrado de la súbita inquina con que se les estaba combatiendo aquí. Naturalmente, el monopolio informativo internacional paliaba en todo lo posible los desmanes carrancistas, en tanto que los dirigentes de esos desmanes eran felicitados por la Logia "Los Guardianes de la Libertad", centro de El Alamo número 1, que, por ejemplo, le escribía a Villa: "Nuestra felicitación especialmente tiene por base los esfuerzos que usted ha hecho para librar a su pueblo del más rastrero de los buitres humanos: el sacerdocio católico".

Los jefes guerrilleros carrancistas habían sido adoctrinados en Torreón (julio 7) en el sentido de que las desgracias de México se debían a los militares, a los ricos y a la Iglesia, y consecuentemente se generalizó la práctica de matar a los oficiales prisioneros, de despojar a la gente que tenía algunos bienes y de hostilizar a los sacerdotes y cerrar

---

Wilson ante Carranza, que se diera asilo a las monjas mexicanas víctimas de atropellos. Silliman le repuso: "Es cosa generalmente aceptada por todos, que lo peor que hay en México, después de la prostitución, es la Iglesia católica, y ambas cosas deben desaparecer". En la página 812 del mismo libro aparece el testimonio de Mr. Buckley, de que John Lind (también representante personal del Presidente Wilson) fue informado sobre los asesinatos de sacerdotes mexicanos y comentó que eso "era una excelente noticia, y que mientras más sacerdotes católicos mataran en México, más gusto le daría a él". (México, el País de los Altares Ensangrentados.—Francis Clement Kelley. Pág. 690).

(1) Entre la fe y la Revolución.—Carlos Alvear Acevedo.

los colegios católicos. En un principio Villa se ajustó a esos lineamientos pero luego dijo que Carranza se estaba extralimitando y ya no quiso seguirlo.

En el destierro (1914) el arzobispo Mora y del Río decía en una Carta Pastoral Colectiva, en La Habana, que la hostilidad del carrancismo contra los católicos era una connivencia entre los "constitucionalistas", los masones y "ciertas corporaciones protestantes de los Estados Unidos".

El Presidente Wilson ya había hecho públicas sus intenciones de imponer en México SU "reforma agraria", pero parece que otras intenciones —suyas o del grupo Rockefeller— no eran públicamente reveladas y consistían en que se quebrantara la ascendencia de la Iglesia sobre los católicos mexicanos; que se frenara la inmigración de capital europeo y que cesara el intenso tráfico comercial a través del Istmo de Tehuantepec, que mediante el ferrocarril construído en la época de don Porfirio estaba haciéndole sensible competencia al Canal de Panamá, abierto a la fuerza por un antecesor de Wilson.

En estos tres puntos (contra la Iglesia, el capital inglés y el Ferrocarril del Istmo), el Venerable Maestro Wilson fue complacido por don Venustiano, el cual mandó desmantelar el ferrocarril de Tehuantepec, pretextando que el equipo hacía falta en otras partes. El tráfico a través del Istmo ahorraba a los mercantes extranjeros un enorme rodeo hasta Panamá, razón por la cual muchos preferían los puertos mexicanos de Coatzacoalcos y Salina Cruz. La región prosperaba rápidamente y se movían hasta 60 trenes diarios. En 1914 muchas locomotoras, grúas y furgones fueron retirados (después del desartillamiento de Salina Cruz) y el Istmo mexicano dejó de hacerle competencia a Panamá. Hasta los archivos fueron destruídos para no dejar constancia del próspero negocio que habíamos decapitado. Y el encargado de toda esa tarea fue un hermano del propio don Venustiano, Jesús Carranza, cuyo nombre lleva ahora una población del Istmo.

CARRANZA EN CRISIS POR INSUFICIENTE APOYO INTERNO

Aunque con partidarios dentro y fuera del país, la posición de Carranza no era muy firme. Apenas instalado en la capital de la República, fue desconocido desde Tehuacán por los generales Juan Andrew Almazán y Benjamín Argumedo (agosto 25), quienes lo acusaron de obrar **"conforme a las consignas del Ejecutivo de Washington"** y de estar **"bajo la oprobiosa tutela de los plutócratas de Wall Street"**, o sea del imperialismo hebreo.

Poco después el general Argumedo cayó prisionero en la sierra de Durango. El general Juan Gualberto Amaya refiere en sus Memorias que él intercedió ante Carranza para que Argumedo fuera indultado, pero se reiteró la orden de fusilarlo. Argumedo le dijo al general Amaya:



General Benjamín Argumedo, uno de los que acusaron a Carranza de estar "bajo la oprobiosa tutela de los plutócratas de Wall Street". Cayó prisionero y no obstante que muchos compañeros suyos abogaron por él, se ordenó que fuera fusilado en el acto. Argumedo dijo al general Amaya: "Yo fui de los primeros a quienes Carranza, gobernador de Coahuila, invitó para voltearsele al Presidente Madero".

"Yo fuí de los primeros a quienes Carranza, gobernador de Coahuila, invitó para voltearsele al Presidente Madero y mi terminante negativa lo hizo mi enemigo... Hay un secreto entre el Sr. Carranza y el exponente, que nunca esperé que se me juzgara con indulgencia". El general Murguía también abogó por Argumedo, pero la orden de fusilamiento fue dada de nuevo con carácter de urgente y Argumedo fue ejecutado. (1º de marzo de 1916).

Sin embargo, Carranza no las tenía todas consigo porque había muchos jefes revolucionarios con cierto prestigio y mando de fuerzas, algunos de ellos también anhelosos de poder. Carranza quiso efectuar una convención en la ciudad de México para dar forma legal a su gobierno, pero Zapata, Villa y Maytorena desconfiaron de ese plan y entonces se acordó que la convención se realizara en una plaza neutral, como Aguascalientes, que no estaba bajo el control directo de ninguno de los jefes en pugna.

El ambiente estaba electrizado de rumores, de intrigas y de zozobra. Luis Cabrera (ministro de Hacienda de Carranza) culpaba a Madero de no haber implantado la "reforma agraria" (que el Presidente Wilson se empeñaba en imponernos) y el zapatista Paulino Martínez agregaba llanamente que Madero había sido un traidor (¿acaso por no seguir a Wilson?). Y como muchos tuvieran recelos de nuestro tutor de la Casa Blanca, el zapatista Antonio Díaz Soto y Gama defendió a Wilson en la Convención de Aguascalientes y dijo que era una infamia llamarlo despectivamente "judío de América" (enero 1915).

La Convención de Aguascalientes iba dando tumbos y no surgía nin-

gún acuerdo para la organización del nuevo régimen. Por cierto que Ricardo Flores Magón (otro de los "héroes" cuyo nombre figura con letras de oro en la Cámara de Diputados) trataba de hacer cundir propaganda comunista, de la que es buena muestra un párrafo de su discurso de Santa Paula, California (julio 4 de 1914) que decía: "¡Un gobierno! Eso es lo que piden los capitalistas, tanto mexicanos como en todo el mundo, porque ellos saben bien que gobierno es siempre tiranía... El proletariado rebelde hace pedazos la ley, quema los archivos judiciales y de la propiedad, incendia las guaridas de la burguesía y de la autoridad, y con las manos con que antes hacía la señal de la cruz, toma posesión de la tierra y de los instrumentos de trabajo, declarándolo todo propiedad de todos... Hoy para cada burgués tenemos un puñal; para cada gobernante tenemos una bomba".

Pero Flores Magón carecía prácticamente de seguidores y su impaciencia marxista no tenía en aquel entonces suficiente apoyo internacional. Era en Aguascalientes donde los jefes revolucionarios iban a tomar decisiones que sí afectarían al país. Los debates, a veces tumultuosos, se prolongaron desde el 10 de octubre hasta el 13 de noviembre de 1914. Como la autoridad de Carranza no emanaba ni del voto ni de la ley, y como gobernaba sin Congreso y sin Poder Judicial, se le pidió que para concretar sus funciones actuara como presidente provisional, pero él se negó, tal vez porque eso lo invalidaba para ocupar un período presidencial completo. Villa quería que hubiera elecciones libres, como las que había hecho Madero.

Finalmente, por 112 contra 21 votos, la asamblea acordó que Carranza cesara en sus funciones de "Primer Jefe" y que Villa cesara como jefe de la División del Norte, a la vez que nombraba como presidente provisional al general Eulalio Gutiérrez, ponderado y justiciero. Carranza y Villa deberían entregarle el mando.



General Eulalio Gutiérrez, nombrado Presidente Provisional por la Convención Nacional Revolucionaria reunida en Aguascalientes. Carranza no aceptó tal cosa, formó su grupo aparte y estalló la lucha entre los jefes revolucionarios: Carranza y Obregón en un bando y Villa y Zapata en el otro.

Villa se disciplinó al acuerdo de la Convención Nacional Revolucionaria, que representaba el supremo poder de la Revolución, pero Carranza —que había izado la bandera nacional para festejar la instalación de esa asamblea sin sospechar en lo que ésta iba a parar— se negó a dejar el Poder. Ciertamente era "constitucionalista", ¡pero no tanto!...

Villa dio su apoyo al Presidente Eulalio Gutiérrez, por lo cual automáticamente entró en pugna con Carranza. Zapata secundó a Villa. El general Felipe Angeles también se quedó con Villa; juzgaba que Carranza no era en realidad maderista, y además Angeles repudiaba el brote antirreligioso carrancista diciendo que era "un craso error" porque tendía a "dejar helado el corazón de nuestro pueblo".

Por su parte, Carranza menospreciaba a Zapata y le temía a Villa, a quien dio el entonces novedoso calificativo de "reaccionario".

Obregón, que recelaba de las capacidades y del arrastre de Villa, se unió a Carranza.

Consecuentemente, estalló una nueva etapa de la lucha. La primera, de Madero, se había realizado con poco derramamiento de sangre y casi sin destrucción. La segunda etapa, o sea la lucha alentada por Wilson para derrocar a Huerta, había sido más sangrienta y dañina. Pero la tercera, de Villa y Zapata contra Carranza y Obregón, con infinidad de ramificaciones, fue la más cruenta y destructiva.

Ante el empuje de villistas y zapatistas, Obregón fue retrocediendo, perdió la capital y se retiró a Puebla, y Carranza se fue hasta Veracruz, puerto que acababa de serle desocupado y entregado por los marinos que el Presidente Wilson había enviado meses antes a derrocar a Huerta.

Los zapatistas entraron en la ciudad de México el 10 de noviembre (1914) y el 6 de diciembre Zapata desfiló junto con Villa por el Paseo de la Reforma. Ambos llevaron a Palacio al Presidente provisional Eulalio Gutiérrez, y la metrópoli se quedó sorprendida de que zapatistas y villistas guardaran una relativa compostura que no habían tenido los "constitucionalistas" de Carranza.

Ese gobierno provisional se proponía realizar un programa de mejoras derivado de la Convención Revolucionaria de Aguascalientes, y es importante advertir que tal programa omitía el sistema de ejidos oficiales colectivistas. En su punto primero preveía la conversión del latifundio en **"pequeña propiedad"**.

Dicha Convención era el resultado de anhelos y planes improvisados de diversos revolucionarios, y no había habido tiempo de que fuera considerablemente influida por fuerzas extranjeras.

CARRANZA, ARRINCONADO, ACEPTA EN PARTE EL PUNTO 6º

Esos días eran amargos para Carranza, que se hallaba arrinconado en Veracruz, desconocido por la Convención Revolucionaria, privado de casi todo el país, incluso de la capital de la República, y fue cuando dio un primer paso para aceptar otra de las exigencias de Wilson, o sea el punto 6º. Hizo entonces un agregado a su Plan de Guadalupe (diciembre 12 de 1914) prometiendo una nueva legislación agrícola, aunque aún dejaba ver su propio pensamiento (ajeno en realidad al punto sexto) al anunciar "leyes agrarias que favorezcan la formación de la pequeña **propiedad'.**

Como otros muchos revolucionarios, Carranza quería íntimamente una reforma agraria que mejorara a los campesinos sin tierras. Repudiaba todo matiz demagógico de esa reforma, como el de los ejidos paupérrimos en que el ejidatario no es dueño de su tierra. Carranza quería que todo esto se planeara y por eso no aprobó el llamado primer reparto del 30 de agosto de 1913, en la hacienda Los Borregos, cerca de Matamoros, Tamps., hecho por el general Lucio Blanco, al que empujaba el mayor Francisco J. Mújica, versado en masonería y en marxismo. En aquella ocasión Carranza censuró al general Blanco, lo retiró de Tamaulipas y lo envió a Sonora, pese a que Blanco no había hecho ejidos, sino parvifundios. Y posteriormente (agosto 26 de 1914) Carranza dijo a los coroneles zapatistas Miguel Zamora y Torices Mercado: "Yo no puedo reconocer lo que ustedes han ofrecido,

> porque los hacendados tienen derechos sancionados por las leyes y no es posible quitarles sus propiedades para darlas a quienes no tienen derecho... Eso de repartir tierras es descabellado. ¿Qué haciendas tienen ustedes de su propiedad que puedan repartir? Porque uno reparte lo que es suyo, no lo ajeno". (1)

Sin embargo, arrinconado después en Veracruz, casi derrotado, Carranza accedió con reluctancia a dar el primer paso en el camino que señalaba Wilson sobre reforma agraria, aunque se cuidó de deslizar algunas frases ambiguas, tal vez con la esperanza de acogerse posteriormente a ellas y salirse con la suya. (La ley del 6 de enero de 1915 prometía para más tarde una reglamentación que determinara la condición en que habrían de quedar las tierras).

El procomunista Antonio Bahamonde dice que la ley del 6 de enero "tenía bonito aspecto, pero poca sustancia", que ofrecía muy poco más de lo que Madero había prometido en su Plan de San Luis y que **en realidad Carranza sólo quería ganar apoyo para su ejército.** (2)

(1) Biografía de Zapata.—Coronel Porfirio Palacios.—Emiliano Zapata y el Agrarismo.—Gral. Gildardo Magaña.

(2) México es Así.—Antonio Bahamonde.

En efecto, fue en esa época cuando Carranza comenzó a recibir más armas procedentes de Estados Unidos, con la anuencia de Wilson...

La situación militar de Carranza era entonces desesperada. Después de que se arrinconó en Veracruz, los zapatistas embistieron hacia el sur y desalojaron a Obregón de Puebla, pero en vez de perseguirlo regresaron a sus dominios, en Morelos. Villa desatendió el consejo de su notable artillero Felipe Angeles y tampoco persiguió a las maltrechas tropas de Obregón y Carranza, pues las dio por liquidadas y regresó al Norte a combatir los brotes que habían estallado en su contra. En ese decisivo momento ni Villa ni Zapata advirtieron que Carranza y Obregón, casi sin fuerzas ni armas y acorralados en Veracruz, iban a cobrar muy pronto extraordinaria peligrosidad. No supieron que Wilson había ya decidido apadrinar a Carranza y que estaba enviándole pertrechos a Veracruz.

Wilson tenía representantes suyos ante Carranza, ante Villa y ante Zapata. Su interés era buscar al que sirviera mejor ciertos planes internacionales. A Villa no se le separaban George C. Carothers y el marxista John Reed, que después fue uno de los fundadores del Partido Comunista en Estados Unidos. Pero Villa no se dejó influir ni profunda ni duraderamente por los consejos de Reed, pues no quería reforma agraria comunal (estilo koljós soviético) ni paupérrimos ejidos dependientes del gobierno; su idea era repartir tierras en proporción suficiente para garantizar la prosperidad del campesino y que éste fuera **propietario** de su parcela. Y en cuanto a la igualdad dentro del comunismo dijo que era "imposible" y "mal entendida". Villa no se había cultivado en escuelas y academias, pero tenía ideas claras y vo-



Emiliano Zapata se hallaba bajo el acoso de los agentes Charles Jenkinson, Thomas W. Reilly y Fritz Bach, pero tampoco fue desviado hacia el punto sexto, pues su lema siguió proclamando que la tierra sea propiedad de quien la trabaja, no del Estado ni tampoco del ejido colectivo. El reparto que hizo su hermano Eufemio (abril 30 de 1914) creó pequeños propietarios.

luntad firme para no dejarse enredar. En consecuencia, no era el hombre que buscaba Wilson.

Los agentes Charles Jenkinson y Thomas W. Reilly, enviados personales de Wilson, se entrevistaron con Zapata y poco después lo hizo el agente Fritz Bach, judío-suizo marxista, según lo revela en sus Memorias la Viuda de Trotzki. Zapata quería reparto de tierras, pero también tenía la idea de **"que la tierra sea de quien la trabaja"**, no del Estado. Su hermano Eufemio había hecho un primer reparto de tierras el 30 de abril de 1914, en Ixcamilpa, Pue., pero las entregó en propiedad. Y en la Ley Agraria que más tarde expidió Emiliano se hablaba muy claramente de **"pequeña propiedad"** y no había ni una palabra sobre ejidos estatales o de tipo comunista. Además, Zapata no era partidario de hostilizar a la Iglesia y parecía poco flexible a sugerencias, por lo cual tampoco era el hombre que necesitaba Wilson.

Observando y sondeando a Carranza se hallaba el agente Félix Zommerfield. Carranza no era íntimamente enemigo del catolicismo, pero al parecer admitía por conveniencia política que se le dieran algunos golpes; tampoco gustaba de la demagogia del punto 6o., pero a diferencia de Zapata y de Villa parecía dispuesto a hacer concesiones en todo esto y a facilitar la "lucha de clases", por lo menos para lograr apoyo mientras él lograba afianzar el poder. Wilson llegó a juzgarlo torpe y más manejable que Villa y por eso acabó inclinándose por él.

Mr. Richard R. Cole reveló en "Los Angeles Times" que había participado en las gestiones de Carranza para lograr su reconocimiento y que éstas "llegaron a lugares que el público no puede sospechar. . .



General Hugo Lenox Scott, jefe del Estado Mayor del Ejército de E.U. Creía conveniente que la Casa Blanca reconociera a Villa, de quien decía que le habían colgado muchos pecados, pero que "poseía los gérmenes de la grandeza y la capacidad para las más grandes proezas". Le extrañó mucho que el Presidente Wilson se pusiera de parte de Carranza, contra Villa.

En la entrevista celebrada entre el gobernador Folk y el embajador Arredondo, éste pidió a aquél que le dijera qué era lo que los Estados Unidos querían que Carranza y los constitucionalistas hicieran". (1)

El jefe del Estado Mayor del Ejército Americano, general Hugo Lenox Scott, creía que era más conveniente que Estados Unidos apoyara a Villa: en una ocasión habló con éste y le preguntó por qué fusilaba a los prisioneros. Villa le contestó que porque Carranza había puesto en vigor un decreto de Juárez en ese sentido. El general Lenox le entregó entonces traducciones del "Derecho de la Guerra", para que tratara humanitariamente a los prisioneros, y el agente americano George C. Carothers dice que esto modificó mucho la conducta de Villa en los siguientes combates.

Lenox Scott afirma que al contrario de otros jefes revolucionarios, Villa no tenía depósitos de dinero a su nombre, en el extranjero; que todos los fondos que obtenía los destinaba al armamento y bienestar de sus hombres y que no ambicionaba la Presidencia para sí, sino para un hombre preparado como Felipe Angeles. "A Villa —dice Lenox— se habían colgado muchos pecados. El poseía los gérmenes de la grandeza y la capacidad para las más grandes proezas si se hubiera encontrado en más felices circunstancias".

Agrega que el Estado Mayor le pidió al Presidente Wilson que no reconociera a Carranza, cosa que también sugirieron otros altos funcionarios civiles, pero Wilson no les hizo caso. "Este paso dado por el Presidente es un misterio aún más grande para mí". (2)

Abastecido Carranza en Veracruz por Wilson (como ya en otra época lo había sido Juárez por Buchanan) tuvo elementos suficientes para formar un nuevo ejército e iniciar la contraofensiva. Mandó a Obregón con fuertes tropas y capturó Puebla. En seguida amagó la ciudad de México, donde el gobierno del Presidente Eulalio Gutiérrez sufría dificultades internas. Resulta que por una parte José Vasconcelos presionaba para que se restablecieran las garantías individuales y se gobernara de acuerdo con la ley, cosa que dentro de la emergencia en que se vivía provocó fricciones con los villistas. Por otra parte, Obregón había hecho creer a varios allegados al Presidente Gutiérrez que si desconocían a Villa, el régimen de Gutiérrez sería reconocido por el propio Obregón y por Carranza. Como consecuencia de estas perturbaciones, el Presidente Gutiérrez y Vasconcelos se separaron del villismo y se retiraron con cuatro mil hombres a San Luis Potosí, donde luego se les unió el general Aguirre Benavides, con nueve mil más.

(1) Síntesis Histórica.—Ing. y Gral. Federico Cervantes M.—("Los Angeles Times", febrero de 1915).

(2) "Some memories of a Soldier".—Gral. Hugo Lenox Scott. Citado por el Ing. y Gral. Federico Cervantes M.

Pero Obregón no cumplió el prometido reconocimiento y entonces el Presidente Gutiérrez y los suyos se vieron precipitados hacia su disolución, pues quedaron en lucha con todo el frente villista del norte y el centro y a la vez con el frente obregonista-carrancista del sur y el nordeste.

Obregón, principal colaborador de Carranza, recuperó la ciudad de México. Todo el país estaba en llamas.

En Sonora, Calles y Benjamín Hill —afines a Carranza— luchan contra Maytorena; la división Bravo, carrancista, marcha hacia La Laguna contra Felipe Angeles, villista; en Mérida hay una sublevación contra los carrancistas; Felipe Angeles arrebata Saltillo al general Luis Gutiérrez; el general Antonio I. Villarreal mueve quince mil hombres y es derrotado por Felipe Angeles en Ramos Arizpe; Diéguez y Murguía arrebataban Guadalajara a Calixto Contreras; el general carrancista Fortunato Maycote captura Pachuca y derrota al villista Roberto Martínez; el villista Rosalío Hernández captura Piedras Negras; el zapatista Domingo Arenas captura Tlaxcala; el carrancista Julián Blanco pierde Acapulco; el carrancista Toribio de los Santos hace una matanza de estudiantes yucatecos y su compañero Salvador Alvarado toma Mérida, embriaga a sus tropas y las manda a saquear e incendiar templos y casas de católicos prominentes, seguidas por músicos que tocan "La Cucaracha"; el general Aguirre Benavides es derrotado y fusilado por carrancistas en Nuevo León; el Presidente Eulalio Gutiérrez y Vasconcelos logran asilarse en Estados Unidos; el villista Tomás Urbina se lanza en El Ebano contra los carrancistas Treviño y Mariel; Diéguez y Murguía derrotan a los villistas en los barrancos de Atenquique y los persiguen hasta Sayula.

La guerra fratricida en México es particularmente sangrienta porque muchos cabecillas favorecen las peores inclinaciones de la masa a fin de moverla. Para una gran mayoría de los beligerantes el botín pasa a ser el objeto de la lucha; todo desenfreno es permitido a condición de que sirva para arrastrar hombres. Irse "a la bola" es una esperanza de aventura y de jolgorio. Unos cabecillas emplean esa táctica y otros tienen que secundarla para no quedarse atrás. La sangre se vierte pródigamente, los campos dejan de cultivarse, el comercio se paraliza, el pillaje abruma a la población civil, particularmente en los más míseros poblados. En las ciudades escasean y se encarecen los víveres. La cesantía aumenta.

En suma, el país ardía por todos los rumbos. Era la guerra, el hambre, la enfermedad y la muerte. Eran los 4 jinetes del Apocalipsis.

Al recibir el Presidente Woodrow Wilson informes sobre la desastrosa situación de México, comentaba ufano: "Los mexicanos tienen derecho a derramar tanta sangre como quieran y por todo el tiempo que quieran. He comenzado esta empresa y no retrocederé hasta no emancipar al 85% del pueblo mexicano (los analfabetos) y fundar un nuevo orden de cosas basado en la libertad humana y en los derechos del hombre".

Y para ayudar a los mexicanos a derramar más sangre, enviaba nuevos pertrechos a Carranza, que se hallaba en Veracruz.

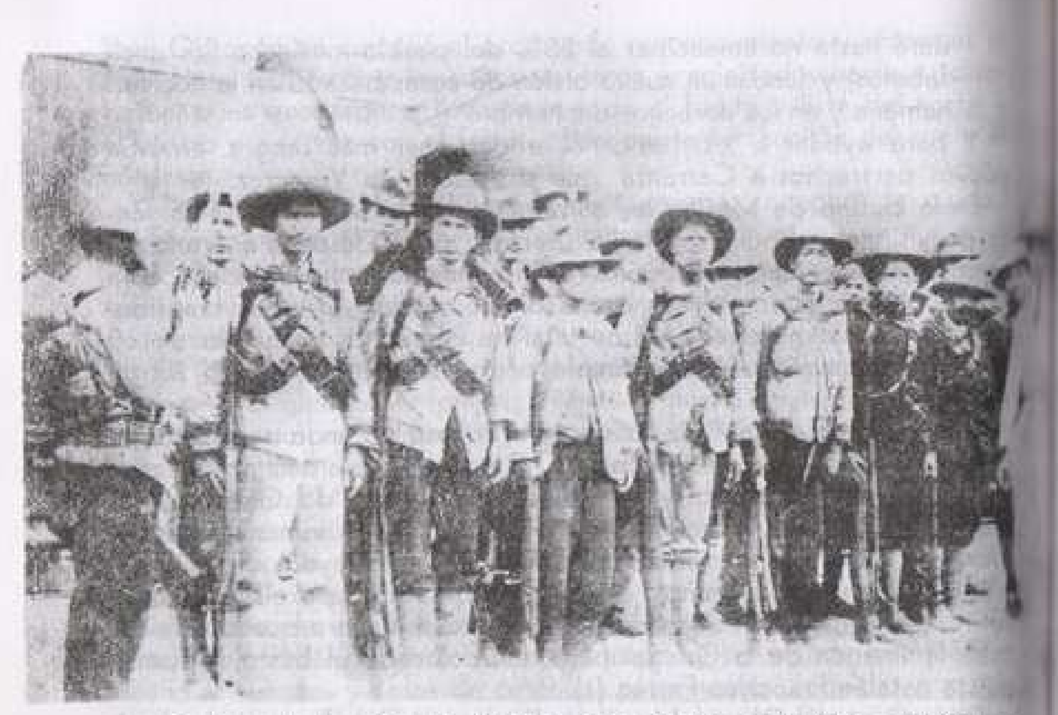
En la ciudad de México los carrancistas instalaron como Presidente provisional a Roque González Garza y poco después a Francisco Lagos Cházaro, pero Obregón era el que tenía la fuerza y procedía por su cuenta. Fue entonces cuando impuso a la Mitra una contribución de medio millón de pesos y al no obtenerla encarceló a 160 sacerdotes; luego habló duramente contra la Iglesia (febrero 20 de 1915).

Durante su desesperada crisis en Veracruz, cuando se hallaba a punto de extinguirse su movimiento, Carranza había hecho concesiones acerca del punto 6o. y también sobre la Casa del Obrero Mundial para darle mayor beligerancia. Por eso cuando semanas después Obregón regresó a la ciudad de México, le dio apoyo a dicha Casa, a la que le entregó el templo de Santa Brígida y el anexo Colegio Josefino (en la calle San Juan de Letrán), de tal manera que donde estaba la imagen de la Guadalupana fue colocado el busto del anarquista catalán Francisco Ferrer. (1)

De la Casa del Obrero Mundial salieron varios de los organizadores de cinco "batallones rojos", dos años antes de que surgiera el Ejército Rojo de Rusia. Naturalmente que ni Obregón ni Carranza eran los inventores de tan "progresista" milicia, y el hecho de que en México estuvieran apareciendo chispazos de marxismo, antes de que éste se apoderara de Rusia, se debía a que tanto aquí como allá influían desde la sombra los mismos inspiradores del marxismo proclamado en 1848. En México esta influencia se ocultaba detrás de la concesión de armamento a los que se mostraran dispuestos a seguirla. De la misma Casa del Obrero Mundial —que había sido creada en 1912 por consejo de Samuel Gompers— salieron algunos de quienes fundaron el Partido Comunista de México, el 15 de septiembre de 1915. (Desde luego Obregón no era comunista, ni versado en la materia, pero en la confusión del momento había fuerzas internacionales que ofrecían apoyo y que deslizaban su influencia, y tanto Obregón como Carranza se apoyaron temporalmente en ellas).

Y mientras la capital veía la empeñosa actividad oficial para hacer resurgir a la Casa del Obrero Mundial y para dar a luz al Partido Comunista, había hambre y no se conseguía maíz a ningún precio. La Cruz Roja americana tuvo conocimiento de esta desesperada situación y

(1) "Samuel Gompers", por Rosendo Salazar, líder procomunista. Este afirma que Gompers ayudó a que Carranza admitiera el resurgimiento de la Casa del Obrero Mundial.



Inopinadamente surgieron en México, organizados por la Casa del Obrero Mundial, los "batallones rojos" (febrero 20 de 1915), dos años antes de que surgieran en Rusia. Naturalmente que Alvaro Obregón, que permitió que se formaran, no era el inventor de tan "progresista" institución de "milicianos". Se trataba de una influencia extraña, que iba a apoderarse de Rusia y que hacía tanteos en México.

realizó una colecta entre los gobernadores estadunidenses para enviar víveres a la ciudad de México. Teníamos que recurrir a la caridad pública internacional. Había hambre y saqueos, muchos comercios se hallaban cerrados por temor y la policía y los bomberos estaban en guardia para reprimir tumultos; había muchos detenidos. Desde la madrugada se formaban grandes "colas" para conseguir algo de pan y carbón. Mucha gente moría de desnutrición y aumentaban los casos de tifo. Había quienes se alimentaban de yerbas y carne de gato. Y en esos aflictivos momentos la flamante Convención Revolucionaria carrancista, instalada en el Distrito Federal, discutía leyes y decretos y aprobaba hacer más expedito el divorcio, instituir la instrucción laica e impulsar la reforma agraria.

El Presidente Wilson aumentaba los envíos de armas y municiones a Veracruz y esto hizo posible que crecieran las fuerzas de Carranza, mandadas por Obregón, que se afianzara en su dominio sobre la capital y que se iniciara el avance hacia el norte. A la vez Villa comenzó a tener dificultades para abastecerse de armas y cartuchos en la frontera americana, donde antes le había sido tan fácil obtenerlos.

Obregón avanzaba con 22,000 hombres al norte de Querétaro y Villa procedía desde el norte, a su encuentro, con cerca de 30,000, pero en su flanco derecho (en la zona Irapuato-Guadalajara) lo amagaba una poderosa columna de los generales Murguía y Diéguez. Villa distrajo parte de sus fuerzas enviándolas hacia Guadalajara y con el resto se dispuso a darle batalla a Obregón. El general Felipe Angeles le dijo a Villa que esperara, porque escaseaban las municiones; había fallado un contrato por 40 millones de cartuchos y estaba en gestiones para adquirir un lote de 17 millones, pero Villa dijo que el parque se lo quitaría "al perfumado" (Obregón) y el 6 de abril se lanzó contra éste, en su famosa batalla de Celaya.

En una de sus más brillantes acciones tácticas —de las que incluso llamaron la atención a los militares europeos estudiosos de la guerra—, Villa movió audazmente a 15,000 hombres y logró destrozar la caballería obregonista, a costa de tres mil muertos y heridos, pero no pudo capturar cartuchos en cantidad suficiente y se vio forzado a suspender el ataque.

Otra embestida el día 13, sin haber llegado las municiones que Villa esperaba, terminó en un triunfo para Obregón, que lo celebró fusilando a veintenas de oficiales villistas prisioneros. Según unos testigos, fueron 120 a quienes se les liquidó con ametralladora, en un corral de chivas, a veces usado como plaza de toros, y luego se les echó gasolina y se les prendió fuego, a pesar de que algunos se hallaban sólo heridos. Según el general Juan Barragán, no se usaron ametralladoras, aunque sí se hicieron piras con los fusilados.

El total de bajas en los combates de Celaya se calculó conservadoramente en tres mil muertos, cinco mil heridos y seis mil prisioneros.

En estas batallas del Bajío se distinguió entre las fuerzas obregonistas el general Francisco Murguía, antiguo fotógrafo de Monclova, y el propio Obregón, antiguo granjero de Sonora. Ambos demostraron intuitivas facultades militares y un firme don de mando. Aunque en retirada, Villa siguió defendiéndose encarnizadamente y libró las batallas de Irapuato y de Silao, donde Obregón perdió un brazo y estuvo a punto de ser completamente derrotado e incluso de suicidarse. Mientras Villa trataba de consumar un audaz triunfo en Irapuato, parte de sus tropas fueron vencidas en León, a su retaguardia, y tuvo que replegarse hasta Aguascalientes, donde su temible División del Norte —cada día con menos municiones y sin armas de repuesto— fue casi liquidada.

Con algunos supervivientes Villa se trasladó a Chihuahua, cuyo reducto tampoco pudo retener, y luego huyó a Sonora y juró vengarse de los americanos que lo habían estrangulado obstruyéndole la venta

de pertrechos. Villa le había entregado barras de plata a un tal Johnson para que le comprara armamentos en Estados Unidos, pero Johnson no pudo o no quiso hacerlo y se quedó con la plata. Después Villa le entregó ganado a otro traficante de armas, Samuel Ravel, d… Columbus, y tampoco recibió el armamento.

Con los pocos pertrechos que lograba obtener en la frontera o arrebatar a sus enemigos, Villa se lanzó a una difícil travesía por la sierra, hacia Sonora. En el camino su general Rodolfo Fierro —famoso por sus victorias y a la vez por sus crueldades— pereció tragado por un pantano con todo y su caballo. La columna villista logró algunos triunfos en Sonora, donde operaban las fuerzas de Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, aliados de Carranza y por consiguiente también protegidos de Wilson. Un barco americano, junto con tres embarcaciones nacionales, ayudó a llevar refuerzos carrancistas, desde Manzanillo a Cruz de Piedra, Sin., comandados por el general Diéguez.

En Agua Prieta, Son., el gobierno de Wilson permitió que tropas carrancistas pasaran en trenes americanos a través de EE. UU. para reforzar a las tropas de Calles, y además la guarnición americana del general Frederick Funston alumbró con reflectores a los villistas para que Calles les hiciera fuego por la noche. Allí murieron los generales de Villa José San Román y Maclovio Sánchez. El general Funston declaró que durante el combate cayeron algunas granadas en territorio americano, pero que él no contestó porque provenían de los callistas.

En tan desventajosas circunstancias, Villa perdió la batalla de Agua Prieta y se frustró todo su plan de enlazar con fuerzas amigas de Sonora.

Para que no hubiera dudas acerca de sus preferencias, Wilson anunciaba (octubre 19 de 1915) el reconocimiento de Carranza y prohibía oficialmente la venta de armas a los no carrancistas, cosa que ya se practicaba de tiempo atrás. Villa ardía en rabia contra lo que súbitamente se le reveló como **intervención extranjera en una contienda entre mexicanos.** Por algún tiempo había creído, como otros revolucionarios, que la ayuda que venía del otro lado de la frontera era desinteresada, pero luego cayó en la cuenta de que se pretendía imponer a unos y aniquilar a otros. En su temperamento de guerrillero no encontró otra forma de vengarse que la de una audaz incursión dentro de Estados Unidos. Al frente de 240 jinetes penetró el 9 de marzo de 1916 hasta la base de Columbus, Nuevo México, burló por sorpresa una guarnición de 650 hombres y robó los fondos del banco y de la oficina de correos. Quería capturar vivo o muerto a Samuel Ravel —que lo había defraudado en la venta de armas— pero no lo halló. Se retiró luego al amparo de una columna de polvo, que sus caballos iban levantando con ramas atadas a la cola. Murieron 7 soldados y … civiles americanos. Varios comercios fueron quemados por los villistas y otros por sus mismos propietarios, para cobrar el seguro.

Nada tenía que ver la población de Columbus con las manipulaciones políticas de Wilson y del oculto mando que sangrientamente querían imponer derroteros al destino de México, pero los guerrilleros de Villa no hallaban otro modo de patentizar su protesta. Era, en realidad, la ciega explosión de ira de un pueblo mísero y sufrido que de tiempo en tiempo tenía que luchar y desangrarse, no precisamente para hacer su historia, sino para contribuir a que amos extranjeros le impusieran determinados rumbos de su historia. Y el sentido popular, que ignora detalles pero que a veces intuye verdades, admira la … rebeldía de Villa.

Tres días después de la incursión en Columbus, Wilson ordenó al general Pershing que con diez mil hombres, divididos en tres columnas volantes con toda clase de equipo de guerra y de transporte, invadiera a México y aniquilara a Villa, pero éste jugó a las escondidas con sus perseguidores y en ocasiones les infligió golpes, que Washington ocultaba a la opinión pública americana. Luchando a la vez contra americanos y carrancistas, Villa aparecía en un rumbo y luego rápidamente en otro lugar distante. En Ciudad Guerrero venció a una partida carrancista (27 de marzo de 1916), pero fue herido en una pierna, se escondió 45 días en una cueva, con fiebre, casi sin comida y sin más medicina que nopales tiernos aplicados en la herida. Tropas de Pershing acamparon muy cerca de ahí, pero días después se marcharon para proseguir su búsqueda, que se prolongó infructuosamente durante un año.

Una columna carrancista también tuvo una fricción con la fuerza punitiva de Pershing. Resulta que el grupo invasor del capitán Boyd trató de avanzar sobre una zona ocupada por el general Uresti Gómez, el cual fue a hablar con el capitán Boyd y le pidió que no continuara su marcha por ahí. Este le contestó que sí lo haría, y cuando el general Uresti Gómez y sus ayudantes se reintegraban a sus líneas, la fuerza de Boyd hizo fuego y los mató. Entonces el teniente coronel Genovevo Rivas Guillén mandó abrir el fuego contra los doscientos … y los derrotó; el capitán Boyd murió en el combate. Esa fue la batalla de El Carrizal (21 de junio de 1916). (1)

Después de sacarle vueltas al ejército de Pershing, y cuando ya parecía que estaba fuera de combate por el tiempo que había pasado … y sin recursos, Villa reagrupó hombres, se acercó sigilosamen-

(1) Sobre el retiro de los invasores se entablaron después largas negociaciones con Carranza, quien se mostró poco dispuesto a aceptar condiciones gravosas pra México, calculando que Norteamérica se hallaba urgida de resolver rápidamente ese molesto incidente porque iba a intervenir en la guerra europea contra Alemania. El Estado Mayor General americano … el regreso de Pershing y sus hombres para enviarlos al frente francés. En febrero (1917) se les retiró de Chihuahua sin haber logrado su objetivo de acabar con Villa.

te a Chihuahua y en un golpe de sorpresa derrotó a las fuerzas carrancistas de los generales Carlos Osuna y Treviño, que perdieron más de 4,000 hombres y 12 cañones (1o. de diciembre de 1916). Veintitrés días después Villa dio otro golpe desconcertante, pues casi sin medios de transporte se movió hasta Torreón y batió a las fuerzas de los generales carrancistas Luis Herrera y Carlos Martínez, quienes murieron en combate, en tanto que el general Jesús Talamantes se suicidó al verse derrotado.

Villa provocó expectación en todo el país porque resultaba que ni Pershing ni el carrancismo, juntos, podían todavía aplacarlo. Entre los constituyentes que Carranza reunió en Querétaro hubo momentos de alarma y muchos temieron la llegada de Villa y comenzaron a preparar viaje para México. Sin embargo, Villa tenía todavía que vérselas con las bien pertrechadas tropas del general carrancista Francisco Murguía, que era otro casi de su temple, y frente a él perdió la batalla cercana a Estación Reforma ,Chih., después de lo cual se remontó a la sierra con fuerzas muy menguadas.

Los carrancistas habían padecido en total más de 40,000 bajas en los combates contra Villa, pero recibían pertrechos americanos y seguían teniendo divisiones bien armadas: la de Obregón en la zona del centro, la de Calles en el noroeste, la de Francisco Murguía en el norte y la del general Salvador Alvarado en Yucatán.

Entretanto, la situación económica del país seguía hundiéndose. Los diversos jefes revolucionarios emitían papel-moneda (tal vez un total de dos mil millones de pesos), que valía bien poco porque no tenía en qué apoyarse. En 1916 el dólar costaba $ 23.83. El jornal del peón



Lenin, uno de los instauradores del marxismo en Rusia, junto con Bronstein (Trotzky), con Apfelbaum (Zinoviev) y Rosenfeld (Kamenev). Estos líderes del anticapitalismo tuvieron la ayuda de los magnates supercapitalistas del mundo occidental, como Schiff, Kuhn-Loeb, Warburg, Kahan, Lazare, Speyer, etc. Había un profundo nexo entre lo que parecían dos extremos antitéticos.

del campo había descendido a 6 centavos oro, o sea la tercera parte de su nivel acostumbrado. El obrero especializado que antes ganaba $ 1.12 oro, no percibía más de 11 centavos; el albañil que estaba acostumbrado a ganar 75 centavos diarios en la ciudad de México, ganaba sólo 10 centavos. El empleado federal que antes percibía $ 2.50, se hallaba percibiendo 12 centavos. El poder adquisitivo se había reducido para unos sectores a una tercera parte, y para otros a una novena parte o menos. (1)

Miles de kilómetros de vías férreas, cerca de cuatro mil furgones y veintenas de locomotoras habían sido destruidos.

(1916)
AVANCE MUNDIAL DEL MARXISMO. 1916-1917

En 1916 y 1917 el marxismo dio un importante paso hacia **su** "Revolución Mundial" para dominar el orbe y logró imponerse en Rusia. Los magnates judíos de Estados Unidos (el **supercapitalismo**), entre los que figuraban prominentemente los banqueros Jacobo Schiff, Kuhn-Loeb and Co., Félix Warburg, Otto Kahan y Mortimer Schiff, ayudaron económica y políticamente a sus hermanos de estirpe León Trotzky, Lenin, Apfelbaum y Rosenfeld (estos dos últimos conocidos bajo los nombres rusos de Zinoviev y Kamenev) para instaurar el comunismo en Rusia. Con el mismo fin prestaron ayuda los magnates Max Warburg y Olef Aschberg, de Estocolmo; la casa Lazare, de París; la casa bancaria Ganzburgo de Petrogrado-Tokio-París; la de Speyer y Cía., de Londres, y algunas más. **Por primera vez se evidenciaba que supercapitalismo hebreo y comunismo hebreo eran los dos brazos de un mismo movimiento que busca el reino de este mundo.** La lucha de hace dos mil años, que culminó en el Gólgota, seguía planteada en las modernas luchas. La revolución inglesa de Cromwell, la revolución francesa, la revolución española y la revolución rusa procedían del mismo tronco. El movimiento político judío, de acción internacional, aprovechaba todo conflicto regional (o lo provocaba) para proseguir su lucha por el dominio del mundo, con cuyo fin se integraba en 1919 en Moscú la III Internacional.

Si se trata, pues, de una lucha internacional, nada tenía de particular que ese factor también estuviera haciéndose sentir, a través de manipulaciones masónicas, en la lucha que se libraba en México. Con Carranza estaban los más radicales izquierdistas. Y no era que el pueblo mexicano —como lo pretenden algunos— estuviera tan "adelantado" como los rusos. Era, simplemente, que el mismo núcleo de conspiración internacional inspirador de las huestes de Trotzky y Lenin en

(1) Toda la Verdad acerca de la Revolución Mexicana.—Francisco Bulnes.

Rusia, trataba de deslizar su influencia en la Revolución Mexicana, aunque en este caso lo hacía en menor dosis porque así lo aconsejaba la táctica, dada la proximidad con Norteamérica. Por el momento una embestida contra la Iglesia, para reducir su influencia, y la implantación de ciertos aspectos políticos en la reforma agraria —base de futuras acciones de grande alcance en toda Iberoamérica— era lo que exigía en México el Sanedrín que se hallaba detrás de Wilson. (1)

(En su carrera hacia la Presidencia Wilson había sido apoyado por los magnates del supercapitalismo, encabezados por Morgan, Rockefeller, etc. Y en 1916 ese poder detrás de la Casa Blanca se hizo sentir más decisivamente al imponer en la Suprema Corte de Justicia de Estados Unidos al judío Louis Dembitz Brandeis, conocido "izquierdista" de la Universidad de Harvard. Siete expresidentes de la Barra de Abogados y altos funcionarios americanos censuraron el nombramiento, pero Wilson lo sacó adelante).

Como reflejo de la vasta lucha ideológica internacional, en las juntas revolucionarias carrancistas hubo sacerdotes empeñados en organizar un cisma religioso, pero esto no llegó a cristalizar. Sus actividades provocaron gran alarma en la mayoría de sus compañeros y el padre Regis Planchet dice que en realidad el cisma había comenzado a gestarse muchos años antes por "la traidora política de conciliación" y por el deseo de algunos clérigos de contemporizar a toda costa con el adversario.

Como el bando de Carranza se decía fiel guardián de la Constitución, no dejó de ser paradójico que en él surgiera súbitamente la idea de derogar la Constitución vigente y de formular otra, cosa que jamás se había ni siquiera insinuado en los planes mexicanos revolucionarios. Esa repentina decisión no tenía el menor antecedente en el plan de San Luis Potosí, de Madero; ni en el de Ayala, de Zapata; ni en el de Guadalupe, del propio Carranza; ni en la Convención Revolucionaria de Aguascalientes, con asistencia de todos los sectores revolucionarios.

Para derogar la Constitución vigente y formular la nueva no existía ninguna corriente de opinión popular. Tampoco funcionaban normalmente las legislaturas estatales que pudieran dar la aprobación indispensable, pero rápidamente se improvisó un Congreso Constituyente en Querétaro, a partir del 14 de septiembre de 1916, en el que no participaba una gran parte del país, o sea toda la que se hallaba sustraída al dominio del carrancismo. Ni villistas ni zapatistas tuvieron acceso a la asamblea; tampoco el sector católico fue admitido, pero sí los pequeños sectores protestantes y marxistas. Hubo encen-

(1) Teodoro Roosevelt decía que mientras México fuera católico no sería efectiva la penetración extranjera.

didos discursos anticatólicos y parecía que varios de los legisladores jugaban carreras a ver cuál era más radical; el diputado Luis G. Monzón (diciembre 18 de 1916) anunció que sus hijos no estaban bautizados y que se llamaban Uno, Dos, Tres, Cuatro y Cinco; la sexta era mujer y se llamaría Sextina.

(1917) En el grupo masónico radical figuraban Luis Manuel Rojas, José Natividad Macías, Francisco J. Mújica y Alberto Román, y a partir de 1916 quedó bajo la jefatura de un Maestro extranjero, o sea A. Krum Heller. Bajo esta dirección se pugnó por que la nueva Constitución fuera más enérgica en materia religiosa y en la limitación del derecho de propiedad privada. Deberían sentarse bases para que la Iglesia dejara de tener personalidad jurídica; mediante disposiciones administrativas los templos podrían destinarse a otros usos; se restringiría a los sacerdotes el derecho de recibir herencias; se facultaba a las legislaturas de los Estados para reducir a su arbitrio el número de templos; ni las corporaciones religiosas ni los sacerdotes podrían intervenir en la educación primaria, secundaria y normal ni en la destinada a obreros o campesinos; el sacerdote quedaría supeditado al registro oficial, que se le podría conceder o no; las publicaciones católicas no podrían dar informaciones relacionadas con la política nacional, cosa que no se negaría a las publicaciones al servicio de una potencia extranjera; se declararía ilegal el establecimiento de órdenes monásticas, aunque no el funcionamiento de organismos internacionales tendientes a derrocar las instituciones nacionales; no podría resurgir el partido político católico que había nacido durante el maderismo, pero igual prohibición no se especificaba contra partidos que sirvieran a una potencia o ideología hostil a México, como la Segunda Internacional; y en fin, se sentarían otras premisas tendientes a acelerar la curva descendente de la influencia del catolicismo en México.

(Este descenso ya era evidente entonces, pues en tanto que en 1810 había un sacerdote por cada 838 habitantes, después de 50 años de leyes de Reforma quedaba un sacerdote por cada tres mil habitantes, en 1910. Las periódicas represiones tenían por objeto el creciente debilitamiento del culto).

Es importante observar que **a principios de 1917 se hizo patente que Carranza modificaba sustancialmente sus puntos de vista, o bien que se sentía más seguro para seguir una política propia,** pues empezó a frenar gradualmente la acción anticatólica que antes había dejado correr. Por esto Luis Manuel Rojas llamaba "liberales clásicos, moderados o carrancistas" a los constituyentes adictos a Carranza que presentaban resistencia a las reformas más radicales. (1)

(1) La Vida Intensa de Alvaro Obregón.—Juan de Dios Bohórquez.

Respecto a la agricultura, el grupo masónico se escindió en una facción más radical que la otra: la primera pugnaba por suprimir la propiedad privada en el campo y dejar a toda la masa campesina en manos del Estado (punto 6o.), pero había tanta oposición sobre el particular que hubo de convenirse en que la propiedad privada desapareciera sólo en los ejidos, con la mira de que al correr del tiempo este sistema creciera y el de la pequeña propiedad agrícola fuera paulatinamente disminuyendo hasta ser anulado en el momento oportuno. Por de pronto quedaban legalizados los dos sistemas. El derecho de propiedad (negado por el marxismo) debería pender de un hilo, que una expropiación administrativa podía cortar en cualquier momento bajo la apariencia de cubrir una indemnización, aunque en la práctica ésta no existiera.

Ya Rousseau había dado el consejo de que para realizar cambios sociales en un pueblo es esencial quitarle sus fuerzas propias y darle otras "de que no pueda hacer uso sin auxilio ajeno". La propiedad en el campo y la influencia de la Iglesia, tradicionales en México, han sido combatidas por el poder masónico internacional, no tanto por las fallas que tengan ni por las injusticias en que incurran, sino como un medio para allanar el camino a las nuevas directivas internacionales.

El maestro masón Luis Manuel Rojas, grado 33, que fue presidente del Congreso Constituyente de Querétaro, tuvo al final de su vida muchas dudas acerca de la meta a que nos conduciría la influencia internacional que él había palpado y a la que había servido de buena fe, según dijo a sus familiares poco antes de su muerte. Agregó que en Querétaro notó cierta presión extraña, que entonces no pudo explicarse, pero que en artículo de muerte identificaba como proveniente de un mando secreto, y abjuró de la masonería.

El "Diario Americano de la Barra de Abogados" publicó que durante el Congreso Constituyente Emma Goldman y Alexander Berkman (judíos americanos) habían actuado cerca de algunos de los constituyentes. Otra información periodística originada en Washington, el 25 de junio de 1921, y publicada en "El Amigo de la Verdad", refiere que el senador Mr. Lawrence Sheran denunció que algunas de las reformas discutidas en Querétaro se habían proyectado en Nueva York y que uno de los principales pergeñadores había sido el escritor radical americano Lincoln Steffens. Añadía que esa era la **"ley más radical que se ha publicado jamás en este hemisferio".** Steffens fue interrogado sobre el particular y contestó: **"Seguramente eso se necesita aquí tanto como allá, pero ha parecido más fácil empezar por aquel país".** (1)

(1) México Falsificado.—Carlos Pereyra. Ahora ya hay síntomas de que algo parecido quieren hacer en toda Iberoamérica, y luego en Estados Unidos.



Luis Manuel Rojas pugnó en Querétaro por la implantación de reformas radicales sobre religión y agrarismo, pero más tarde dijo que en Querétaro había palpado cierta presión extraña, que en aquel entonces no había podido identificar, pero que al final de su vida veía como una maniobra secreta y dañina. Abjuró de la masonería.

Y México estrenó nueva Constitución en un clima de inseguridad y en un ambiente de ruina. Carranza informó a las Cámaras (abril de 1917) que había tenido necesidad de incautarse 20 millones de pesos de los bancos y que los 4 últimos años de guerra interna habían costado al erario 125 millones de pesos, suma crecidísima para aquella época. La industria, la ganadería y la agricultura se hallaban arruinadas. Cerca de doscientas mil personas de los Estados se habían concentrado en el Distrito Federal huyendo de las zonas más azotadas por la guerra y el latrocinio. (1)

En esas circunstancias desastrosas Carranza realizó elecciones sin dejar el Poder, y naturalmente las ganó, y siguió como Presidente.

Mientras tanto, en diversos lugares había protestas de católicos contra ciertos artículos constitucionales que afectaban a la Iglesia y con ese motivo fueron expulsados el arzobispo de Guadalajara Orozco y Jiménez y los obispos de Tulancingo y Veracruz, **pero Carranza les permitió poco después que regresaran al país a la vez que iba retardando la aplicación de dichos artículos.**

Es importante observar que en Carranza hubo **dos etapas claramente distintas.** En la primera (cuando buscaba el triunfo) aceptaba influencias extrañas, toleraba atropellos, hacía concesiones. A medida que fue considerándose seguro, comienza a perfilarse la segunda etapa, quizá la del verdadero Carranza que había esperado su momento de manifestarse. Entonces rehuye el punto 6o., quiere una política agra-

(1) En el Distrito Federal había aproximadamente 900,000 habitantes.

ria propia, enfatiza su nacionalismo, impide la agitación de la lucha de clases, acalla la campaña antirreligiosa, etc.

Entretanto, Zapata continuaba levantado en armas contra Carranza, a quien le había echado en cara (octubre 1o. de 1916) su "epilepsia anticlerical". Y más tarde lanzó otro manifiesto (marzo 17

(1919) de 1919) en que le decía a Carranza: "Desde que en el cerebro de usted germinó la idea de hacer revolución, primero contra Madero y después contra Huerta, cuando vio que aquél caía más pronto de lo que había pensado; desde que concibió usted el proyecto de erigirse en jefe y director de un movimiento que con toda malicia denominó constitucionalista. . . en el terreno económico y hacendario la gestión no puede haber sido más funesta. Bancos saqueados, imposiciones de papel moneda una, dos o tres veces, para luego desconocer con mengua de la República, los billetes emitidos; el comercio desorganizado por estas fluctuaciones monetarias; la industria y las empresas de todo género, agonizando bajo el peso de contribuciones exorbitantes, casi confiscatorias; la agricultura y la minería pereciendo por falta de garantías y de seguridad en las comunicaciones; la gente humilde y trabajadora, reducida a la miseria, al hambre. . . ¿Existe el libre sufragio? ¡Mentira! . . . No puede darse, en efecto, nada más anticonstitucional que el gobierno de usted. . . Esa soldadesca (la carrancista) en los campos, roba semillas, ganado y animales de labranza; en los poblados pequeños, incendia o saquea los hogares de los humildes, y en las grandes poblaciones especula en grande escala con los cereales y semovientes robados, y comete asesinatos a la luz del día".

Concretamente denunciaba que la banda del "Automóvil Gris" robaba y mataba impunemente porque sus directores eran amigos de Carranza.

En efecto, era público y notorio que aunque Carranza no ordenaba cometer tropelías, toleraba todas las que cometieran los cabecillas que estuvieran con él. Era el viejo sistema de atraer chusmas con el cebo del botín.

Ante el molesto asedio de Zapata, Carranza ofreció cien mil pesos de premio al que lo capturara, vivo o muerto. A la vez comisionó a Pablo González, precisamente del grupo del "Automóvil Gris", para que combatiera a Zapata. Como González no pudo derrotarlo en buena lid, utilizó los servicios de un tortuoso coronel Guajardo, quien logró engañar a Zapata fingiéndose adicto suyo. En prueba de buena fe le entregó 60 desertores zapatistas para que fueran ejecutados. Y luego atrajo a Zapata a una trampa en Chinameca, donde lo asesinó. (Abril 10 de 1919).

La cabeza de Zapata fue paseada por diversos pueblos de Morelos. Al día siguiente Carranza ascendió a Guajardo a general y le pagó cincuenta mil pesos de recompensa. Mientras tanto la policía impedía en la ciudad de México que los maestros organizaran una huelga como protesta porque no les pagaban sus sueldos.

El mismo año cayó otro personaje de la lucha armada. Resulta que el general Felipe Angeles, originario del Colegio Militar y brillante táctico de artillería perfeccionado en Alemania, se había separado de Carranza desde el principio de la campaña y se había aliado a Villa, en muchas de cuyas batallas fue importante factor de la victoria. Los carrancistas le pusieron precio a la cabeza de Felipe Angeles y finalmente éste fue denunciado y capturado. Al caer prisionero no se hizo ilusiones sobre su suerte y pasó sus últimos días leyendo "La Vida de Jesús", de Renán. Algunos generales carrancistas abogaron por Angeles y un juez de Distrito le concedió amparo, pero Obregón se empeñó en que fuera fusilado y así se hizo el 26 de noviembre, en Chihuahua. El pelotón recibió órdenes de tirarle al abdomen para que tuviera dolorosa agonía, como ocurrió.

LA FUERZA QUE LO AYUDO A SUBIR LO HIZO CAER

Aprovechando el apoyo de Wilson que le había permitido ir eliminando sucesivamente a Huerta, a Villa, a Eulalio Gutiérrez, a Zapata, a Felipe Angeles y a otros jefes de menor envergadura, Carranza iba dominando la situación. Tras el asesinato de Zapata parecía que era ya el amo absoluto, pero precisamente entonces estaba pisando el borde de un precipicio porque se habían abierto profundas brechas entre él y su protector Wilson.

El hecho de que durante la agonía del huertismo Carranza hubiera censurado en la conferencia de Niágara Falls la intervención extranjera en México y que de cuando en cuando se mostrara muy firme ante el Presidente Wilson, hizo que algunos observadores —particularmente en Centro y Sudamérica— vieran a Carranza como un defensor temerario de la soberanía nacional. Para esto dio también pie su llamada Doctrina Internacional que abogaba por el respeto a los países débiles y por la "no intervención", no obstante que el carrancismo debía su triunfo precisamente a la **"sí intervención"**.

Pero ninguno de esos desplantes había alarmado a Wilson, que se hallaba en el secreto de que eran indispensables apariencias, pues le sería más fácil a un Presidente mexicano pacificar al país y ganar adeptos si hacía creer que presentaba resistencia a Washington, que si se ostentaba como un servidor entusiasta. (Esta necesidad se había agudizado terriblemente después del ataque a Veracruz). Y no sólo Carranza necesitaba guardar la apariencia de que era absolutamente ajeno a Wilson, sino el propio Wilson necesitaba también hacerlo creer

así para dar un barniz a su "democracia" manchada con la sangre de Veracruz.

En resumen, era un mutuo entendido que de tiempo en tiempo se cruzaran ciertos gruñidos entre Carranza y Wilson, para el consumo de la opinión pública. Conocedor de ese teje y maneje, el cónsul norteamericano en México, Mr. George Agnew Chamberlain, se ufanaba diciendo: "Nosotros fabricamos a Carranza".

Lo que a Wilson le interesaba era que Carranza pagara con **hechos** el precio del padrinaje. Y Carranza, como viejo zorro de la política, sólo lo estaba haciendo en abonos. Ciertamente había enfriado las relaciones de México con el capital europeo, suprimido el Ferrocarril de Tehuantepec (competidor del Canal de Panamá) y aplicado algunos golpes a la Iglesia, **pero después comenzó a hacer su propio camino.** En cuanto al punto sexto —para el control político del campesino— Carranza principió a propiciarlo mediante reformas legales, pero ni lo hizo en forma precisa y categórica ni mucho menos lo tradujo en hechos prácticos, pues durante toda su gestión sólo convirtió en ejidos 224,000 hectáreas (cantidad relativamente insignificante) y además lo hizo afectando principalmente tierras de compañías deslindadoras extranjeras, contra las cuales formuló una iniciativa de ley ante el Congreso en 1919. En otras palabras, estaba sacándole el bulto al famoso punto 6º.

El izquierdista Eyler N. Simpson dice que **cuando Carranza vio que mejoraba su situación militar empezó a frenar con nuevos decretos la expansión del sistema ejidal.** Se opuso a las confiscaciones que minaban el derecho de propiedad y quiso que el reparto se circunscribiera a las tierras del gobierno, a las que hubieran sido ocupadas ilegalmente y a las que pudieran comprarse para ese fin. (1)

En cuanto a la **"lucha de clases" que Carranza había prometido impulsar** (24 de septiembre de 1913) cuando se hallaba falto de contingentes y necesitado de ayuda exterior —y que se había interpretado como un coqueteo con las doctrinas marxistas que proclaman esa lucha—, **su actitud fue muy diferente cuando ya comenzó a sentirse seguro en el poder.** En tanto que en febrero de 1915, hallándose en comprometida situación en Veracruz, firmaba un convenio con los líderes de la Casa del Obrero Mundial y permitía que luego se les dieran templos y apoyo para integrar los batallones rojos, en enero de 1916 (ya en situación militar desahogada) frenaba a dichos líderes y los expulsaba del Jockey Club (que habían ocupado ilegalmente). Poco más tarde cerraba un periódico comunista en la ciudad de México y otro en Guadalajara, y en agosto del mismo año paralizó severamente la agitación que esos mismos líderes realizaban en momentos de emergencia nacional, pues se empeñaban en realizar huelgas que desquiciaban la maltrecha economía nacional. Carranza acordó que quienes insistieran en esa agitación fueran tratados como enemigos y traidores a la patria. En ese momento Samuel Gompers —líder hebreo de la American Federation of Labor— volvió a ocuparse de los asuntos de México y dice en su "Autobiografía" que "tan pronto como me lo

> permitieron mis ocupaciones concerté una conferencia con los representantes mexicanos en Atlantic City y presenté una protesta contra el edicto de Carranza".

Estos y algunos otros actos taimados de Carranza fueron despertando recelos en la Casa Blanca, precisamente cuando ésta se aproximaba a participar en la guerra europea contra Alemania. Cada día Carranza mostraba nuevas reticencias que ya iban más allá del simple juego publicitario. En las negociaciones para la salida de las tropas norteamericanas que invadían Chihuahua en persecución de Villa (fuerzas que ya la Casa Blanca estaba necesitando para su futura expedición a Europa), Carranza se mostró exigente, según lo atestiguan multitud de documentos de aquella época. (1)

Luego, reiterando su actitud, Carranza hizo una exhortación mundial (febrero 13 de 1917) para que todos los países neutrales dejaran de vender materiales de guerra a los países beligerantes, cosa que sólo podía afectar a los aliados, que eran los únicos que los compraban, puesto que Alemania se hallaba bloqueada desde 1914. Esto podía interpretarse como simpatía de Carranza por Alemania, simpatía que ciertamente alentaban algunos sectores mexicanos debido a las recientes invasiones procedentes del norte. El periódico "El Demócrata", germanófilo, tenía subvención del gobierno carrancista.

Y por si esos síntomas fueran pocos, el servicio secreto inglés puso en manos de Wilson el texto de un mensaje secreto que el embajador alemán en México, Von Eckard, dirigía a su gobierno (noviembre 7 de 1916) en que comunicaba que Carranza se mostraba "abiertamente amistoso con Alemania" y que estaba dispuesto "a prestar ayuda a los submarinos (alemanes) en aguas mexicanas". El mismo servicio secreto británico —que había descifrado la clave secreta alemana —comunicó al Presidente Wilson (enero de 1917) que acababa de interceptar un mensaje del canciller alemán Zimmermann, dirigido a su embajador en México, en el cual le decía que si Estados Unidos entraba en la guerra mundial, se le propusiera a Carranza "hacer la guerra juntos, hacer la

> paz juntos, generoso apoyo financiero y acuerdo por nuestra parte que México debe recobrar su perdido territorio de Texas, Nuevo México y Arizona".

El embajador norteamericano en México, Henry P. Fletcher, se tras-

(1) "The Ejido, Mexico's Way Out".—Eyler N. Simpson.

(1) Los Tratados de Bucareli, por Adolfo Manero Suárez.

ladó urgentemente a Guadalajara para hablar con Carranza, quien negó haber recibido tal proposición, pero eludió especificar qué responderia si llegaba a recibirla. Fletcher trató de lograr que el Presidente hiciera una declaración contra Alemania, pero don Venustiano se obstinó en guardar silencio. (En Centroamérica corrían rumores de que Carranza encabezaría una anfictionía de naciones iberoamericanas y también se habló de un fantástico plan de origen alemán, según el cual Carranza provocaría un levantamiento en Texas, Nuevo México, Arizona, California y Colorado, mediante la promesa de tierras a los pieles rojas).

Otro punto en contra de Carranza fue el del petróleo. Aprobada ya la Constitución de 1917, en la cual se exhumó el viejo principio español de que el subsuelo pertenece únicamente a la nación, en 1918 Carranza aplicó un impuesto de exportación al petróleo. Naturalmente el monopolio de Rockefeller movió sus influencias en Washington y Wilson protestó, no obstante lo cual Carranza se hizo el remolón, quizá tomando en cuenta que en ese entonces Norteamérica tenía ocupadas las manos en la guerra europea. Mientras el asunto se alargaba en alegatos y respuestas legalistas, el monopolio petrolero financió al cacique Manuel Peláez, de Tampico, para que se rebelara contra Carranza, precisamente en la zona petrolera, y ésta quedó así sustraída a la autoridad del Presidente. Ahí sólo regía la voluntad del imperialismo hebreo (Rockefeller y Morgan) disfrazado de "imperialismo americano".

El Departamento de Estado (cosa que quedó luego en evidencia por una investigación del Senado americano) no solamente aprobó esa maniobra, sino que la alentó "en cuanto podía hacerlo sin consignarlo por escrito", según declaración juramentada del funcionario petrolero Edward Doheny.

Es bien sabido que en sus primeros años de lucha por el poder, Carranza había aparentado cierta independencia respecto a Wilson, y que éste se hallaba de acuerdo en la representación de esa comedia política, pero a partir de 1917 hubo cosas que ya no agradaron a la Casa Blanca. El juego de la aparente hostilidad iba ya demasiado lejos; "jugando tumban", como dice el refrán, y Wilson empezó a recelar de su protegido. ¿Estaba Carranza sintiéndose ya un zorro de la política, con "planes rancheros" para aprovechar la ayuda de Wilson y salirse con la suya? . . . Pero resulta que el que cabalga a un tigre no puede bajarse sin riesgos de ser devorado por él. Y aunque durante la guerra mundial la Casa Blanca tuvo otras muchas preocupaciones mayores y Carranza pudo seguir adelante, apenas concluída la lucha y firmada la paz en 1919, el Presidente Wilson estuvo en aptitud de revisar la situación de México y apretar algunas tuercas.

Y una de las tuercas por cambiar fue Carranza. . .

La versión de que Carranza cayó porque provocó disgusto entre

algunos de sus partidarios al apadrinar a Manuel Bonilla para que fuera su sucesor, es sólo una parte de la verdad, pues **lo decisivo fue que por otros motivos ya había provocado también el disgusto de Wilson.** Y más efectivas que los oposicionistas a Bonilla eran las armas que la Casa Blanca iba a enviarles, mismas que le negaría a Carranza.

Entre los nuevos caudillos mexicanos a quienes Wilson podía apadrinar figuraba eminentemente Alvaro Obregón. Ya en Ciudad Juárez, durante las conferencias para la retirada de los americanos que invadían Chihuahua, unos enviados de Wall Street le habían insinuado a Obregón que se tenía confianza en él para concederle créditos a México. Enviados de Thomas D. Ryan and Company, de Nueva York, le deslizaron hábilmente la posibilidad de que él fuera Presidente de México.

A mediados de 1919 Obregón lanzó su candidatura para las elecciones de septiembre del año siguiente. Uno de sus principales apoyos internos era el ascendiente que tenía en el ejército, como secretario de Guerra de Carranza. Y aprovechó esta circunstancia para darles armas a los enemigos de Carranza. Tal era el preámbulo de Tlaxcalantongo. **Simultáneamente el gobierno de Wilson dio un viraje completo y prohibió la venta de armas para el gobierno de Carranza. Eso era tanto como desconocerlo.** Entre el 7 de julio y el 22 de noviembre Carranza hizo once veces gestiones en Washington para adquirir equipo bélico y finalmente le contestaron que no. Para cualquier buen entendedor eso era el fin de su carrera. . .

(1920) A la vez don Venustiano tuvo sospechas (abril de 1920) de que algo se tramaba en su contra en el Estado de Sonora, reducto de Obregón, de Calles y del gobernador Adolfo de la Huerta, y envió diez mil soldados en previsión de una asonada. El gobernador De la Huerta tomó tal cosa como pretexto para un levantamiento, con el consiguiente Plan de Agua Prieta. El general Ignacio L. Pesqueira, enviado por Carranza a Sonora para asumir la jefatura de operaciones, fue aprehendido durante su viaje a través de Estados Unidos y encarcelado bajo el pretexto de que lo acompañaba una mujer de la vida galante y que esto era inmoral. Consiguientemente Carranza ya no pudo asegurarse el mando militar en Sonora.

Descubierta en la ciudad de México la traición de Obregón a Carranza, aquél tuvo que salir huyendo con la ayuda del garrotero Margarito Ramírez, que con ese motivo se granjeó para el futuro una serie ininterrumpida de prebendas en la política.

Carranza, como Presidente "constitucional", pidió permiso a la Casa Blanca para que sus tropas pasaran por Texas a combatir a los pronunciados sonorenses, pero el permiso le fue negado. **Por todos lados se percibió de dónde soplaba el viento** y los carrancistas de la víspera amanecieron entusiastamente anticarrancistas. Se acusaba al



Venustiano Carranza, ya con todo el Poder en sus manos, comenzó a ser bastante diferente del Carranza que luchaba por alcanzar la Presidencia. Le sacó la vuelta al punto 6o., frenó la acción anticatólica y detuvo la demagógica "lucha de clases". Además, disgustó a Wilson en política internacional y Wilson decidió derribarlo.

Primer Jefe de que quería influir en la elección de su sucesor y por todos los rumbos del país surgieron brotes contra Carranza. Joaquín Amaro en Chihuahua, Jesús Agustín Castro en Torreón, Arnulfo R. Gómez y Lázaro Cárdenas en Papantla, el gobernador de Michoacán Pascual Ortiz Rubio, los gobernadores de Zacatecas y Tabasco, y hasta la Armada del Golfo de México a las órdenes de Hiram Toledo, se declararon enemigos de Carranza.

Entretanto, los obregonistas sonorenses recibían apoyo moral y material procedente de Estados Unidos. Por Topolobampo llegaban pertrechos de guerra, y poco después también por el ferrocarril Sudpacífico. Las agencias internacionales de noticias y algunos periódicos importantes de Norteamérica, antes tan carrancistas, comenzaron luego a elogiar a Obregón, a De la Huerta y a Calles. "The New York Times" y "Chicago Tribune" le hacían entrevistas a Calles y éste aseguraba que Obregón abriría las puertas de México al capital americano. El Procurador de Justicia de Washington, Mr. Hopkins, declaraba a su vez: **"El actual movimiento revolucionario se justifica por todos conceptos".** (1)

Las mismas fuerzas que habían elevado a don Venustiano lo iban a echar a rodar.

Y sin el apoyo de la Casa Blanca, Carranza se desplomó con toda su constitucionalidad.

Un mes después del pronunciamiento, don Venustiano se vio sin recursos para resistir en la ciudad de México y salió huyendo en dirección de Veracruz (7 de mayo de 1920). Obregón ordenó entonces al general Basave y Piña que el Presidente Carranza fuera liquidado y que se diera parte de que había muerto en combate. El encargado de la tarea fue el general Rodolfo Herrero, que para lograr la maniobra se fingió partidario ardiente de Carranza y lo llevó a la trampa de Tlaxcalantongo, donde lo asesinaron la madrugada del 21 de mayo (1920). (Posteriormente Obregón quiso echar toda la culpa al general Herrero, pero el general Basave y Piña denunció ante la Suprema Corte de Justicia que el autor intelectual del asesinato era Obregón, exclusivamente. Basave se asiló en Estados Unidos y poco después regresó y fue asesinado).

(1) Los Tratados de Bucareli.—Adolfo Manero Suárez.

Los tiernos humanitaristas propios y extraños que tomaron como pretexto la muerte del Presidente Madero para estigmatizar al régimen de Huerta por los siglos de los siglos, nada parecido hicieron ni han intentado hacer respecto al asesinato del Presidente Carranza. Y es que en el primer caso el heredero del Presidente asesinado no se plegó a los planes masónicos internacionales, en tanto que en el segundo, aunque a regañadientes y refunfuñando, Obregón aceptó las líneas generales de ese plan, tanto en lo religioso como en lo agrario y en lo económico.

Que un hombre mate y suplante a un caudillo al que servía, no es lo que determina que se le execre en la historia oficial; lo decisivo es que ese hombre se pliegue o no a la consigna internacional secreta. De ello depende que se le llame "usurpador", como a Huerta, o que se le declare héroe, como a Obregón.

Y así vemos ahora que Carranza, que mató a Zapata, tiene su monumento, lo mismo que Zapata; y que Obregón, que mató a Carranza, también es héroe. Todo el que sirva a la causa internacional masónica gana su sitio en los fastos de la historia. Y si la sirve relevantemente en un principio y después cambia, se recuerda la primera parte y se pasa por alto la segunda.

UN NUEVO CAUDILLO Y OTRO BAÑO DE SANGRE

Muerto Carranza, Adolfo de la Huerta ocupó interinamente la Presidencia, mientras había "elecciones", y al cabo de cinco meses le pasó el poder a Obregón (1º de diciembre de 1920). Calles ocupó la Secretaría de Gobernación; De la Huerta (que ningún parentesco tenía con el extinto Victoriano Huerta), la de Hacienda; el general Benjamín Hill, la de Guerra y Marina, aunque Obregón recelaba de él. Dos semanas después Hill murió casi repentinamente, en medio de generalizados rumores de que había sido envenenado.

El "Chueco" Mendoza, de los generales fieles a Carranza, había gestionado ante el general Pablo González que se castigara la "usur-

pación" de Obregón, pero antes de que pudiera hacer nada fue fusilado en Cuajimalpa. El general Jesús M. Guajardo (el mismo que había asesinado a Zapata) se sublevó cuando Obregón se disponía a asumir la Presidencia, pero lo capturaron y fue ejecutado en Monterrey.

Otros muchos desafectos a Obregón, en actitud rebelde o no, fueron también fusilados.

El general Francisco Murguía —uno de los más capaces y el que peores descalabros le había infligido a Villa —regresó de Estados Unidos y expidió un plan en Saltillo (1° de enero de 1921) en el que proclamaba la Revolución de los Leales.

(1921)

Decía que las elecciones de septiembre habían sido complemento del cuartelazo obregonista y que conforme al artículo 82 constitucional, Obregón estaba incapacitado para ser Presidente, por haber acaudillado la rebelión contra el gobierno constituído. **Establecía un parangón entre Obregón y Huerta, ambos directores intelectuales de asesinatos de Presidentes de la República y usurpadores del Poder.**

Pero aunque había muchas semejanzas en el asesinato de Madero y en el asesinato de Carranza, existía una diferencia fundamental, o sea que Wilson no había podido entenderse con el sucesor de Madero, en tanto que en principio la Casa Blanca estaba de acuerdo con el sucesor de Carranza y confiaba en imponerle determinadas exigencias.

Al cruzar Murguía la frontera no ocurrieron los grandes levantamientos que esperaba. Sus 30 acompañantes fueron fácilmente dispersados y él se salvó gracias a que su hermano José Carlos, Ernesto Aguirre y el general Pablo González "Chico" le cubrieron la retirada. Estos tres fueron capturados e intimidados para que revelaran los escondites del jefe rebelde. Dícese que el general Pablo González "Chico" ofreció hablar, pero puso como condición que fusilaran a sus dos compañeros para que no fueran a delatarlo posteriormente; una vez fusilados, Pablo González dijo que sólo había querido asegurarse de que ellos no fueran a revelar el paradero de Murguía y que lo fusilaran a él también porque no hablaría. Furiosos, sus captores lo mataron en el acto.

El general Murguía volvió a refugiarse en Estados Unidos y junto con otros exiliados siguió tramando un nuevo golpe. Poco después el general Lucio Blanco —que era uno de los antiguos jefes revolucionarios— y el coronel Aurelio Martínez, compañeros de Murguía, fueron secuestrados por agentes obregonistas en Laredo, Texas, asesinados y arrojados al Río Grande (7 de junio de 1922). Uno de los pistoleros asesinos, Ramón García, fue a su vez asesinado para que no contara lo sucedido. El fiscal de Laredo, Texas, John Walls, llegó a conclusiones condenatorias contra altos funcionarios de México, incluso el Secretario de Gobernación, general Calles.



General Lucio Blanco, otro de los que habían sido leales a Carranza y que iba a participar en el movimiento de Murguía. Fue secuestrado por agentes obregonistas en Laredo, Tex., asesinado y arrojado al Río Grande. Había sido el autor del primer reparto agrario, pero tampoco quería punto 6o. y a los beneficiados los hizo pequeños propietarios.

En agosto del mismo año, Murguía y 70 partidarios suyos volvieron a cruzar la frontera, en el entendido de que se les unirían nueve jefes de operaciones militares, con jurisdicción en 12 Estados, pero estos generales **cambiaron de opinión a última hora.** A cada momento se tenían nuevos síntomas de que Murguía carecía de la bendición de Washington y además ya estaban siendo disparados los famosos cañonazos de cincuenta mil pesos, que según palabras de Obregón, no había general que los aguantara. Los reacios y los descontentos se ablandaban ante esa artillería puesta en juego por el estratego de Celaya.

En Villa Zaragoza, Coahuila, Murguía lanzó otro Plan en el que agregaba, con buen sentido, que poco importaría que el gobierno de Obregón no fuera de origen legal, si en cambio resultara útil para el país, pero que estaba agitando inútilmente a los trabajadores, imponiendo gobernadores como lo hacía don Porfirio, asesinando oposicionistas por todas partes y fraguando la entrega del Poder a Plutarco Elías Calles, que por no ser mexicano —decía Murguía— estaba incapacitado para gobernar al país. Agregaba que él se abstendría de figurar como candidato presidencial y que **sólo buscaba castigar al usurpador Obregón, así como se había castigado al usurpador Huerta.**

Naturalmente en este punto Murguía sufría un grave error, pues el inspirador y principal ejecutor del castigo de Huerta había sido el Presidente Wilson. Y en el caso de Obregón no había en Washington ningún poder empeñado en castigarlo, sino simplemente en acosarlo.

Murguía publicó también una carta abierta dirigida a Obregón, en la que le echaba en cara estar matando a generales, oficiales y civiles antiobregonistas; unos por levantarse en armas, otros porque lo "pen-



General Francisco Murguía, de los leales al Presidente Carranza. Comparaba a Obregón con Huerta, ambos como autores intelectuales de magnicidio, para llegar al poder. Murguía encabezó un movimiento armado, parecido al que se había iniciado contra Huerta en 1913, pero no contaba con el factor Wilson y acabó en el paredón.

saban" y algunos más porque se sospechaba que desearían hacerlo. Publicaba los nombres de 110 de esos ejecutados y terminaba exhortando a Obregón a que combatiera "cara a cara, sin cobardías y sin perfidias" y a que suspendiera "los asesinatos de seres indefensos e inocentes que su gobierno inmola para infundir terror. De usted lealmente enemigo. General Francisco Murguía".

Hubo varios brotes secundando el movimiento de Murguía, como los de los generales Celso Cepeda, Antonio Medina, Miguel Alemán (padre del licenciado del mismo nombre), los hermanos Arrieta, Juan Urquiza, Lindoro Hernández, Manuel C. Lárraga, Porfirio Rubio y algunos otros, pero se hallaban dispersos, no recibieron ningún apoyo del norte del río Bravo y fueron siendo batidos en detalle. Murguía fracasó nuevamente en su intento y abandonado por sus amigos que le habían ofrecido secundarlo, atravesó Coahuila, vagó por la sierra de Durango y finalmente, medio muerto de hambre, se refugió en el curato de Tepehuanes, Dgo. Capturado el 31 de octubre (1922), se le formó inmediatamente consejo de guerra, y cuando el licenciado Octavio M. Trigo quiso defenderlo, Murguía lo interrumpió diciéndole: "No me defiendas, hay orden de asesinarme y sería inútil". En efecto, pocas horas después era ejecutado.

La rebelión de Murguía, con muchas coyunturas legalistas para convertirse en un incendio, terminó en desairada fogata. Y si bien en parte esto es atribuible a la habilidad de Obregón, en parte decisiva es también atribuible a que los jefes de la Casa Blanca no tuvieron ningún interés en aprovechar a Murguía como ariete para derrocar a

Obregón, al cual sólo acosaban con el no-reconocimiento para hacerlo marchar por determinado sendero.

Es decir, por designios internacionales Obregón se libró de correr la suerte de Huerta. Y plácidamente pudo darse el lujo (noviembre de 1924) de conceder una pensión de $ 10.00 diarios a la hija de don Venustiano, Julia Carranza, y de $ 7.50 a los menores Jesús, Emilio, Venustiano y Rafael, quienes le contestaron indignados que rechazaban esas pensiones "por venir de las manos manchadas con sangre de nuestro padre, al que por los favores que usted debía, como tal, debería haber respetado". Agregaban que la pensión fuera dada a los traidores Herrero, asesinos materiales del Presidente Carranza.

LO QUE COSTO QUE OBREGON NO CAYERA COMO HUERTA

Aunque Obregón estaba matando a muchos opositores y doblegando a otros con cañonazos de cincuenta mil pesos, se hallaba lejos de ser un hombre vulgar; era inteligente, enérgico, organizador y tenía sentido práctico de la política. No obstante que todo su período fue agitado por levantamientos, por crisis económicas y por la tardanza deliberada de la Casa Blanca en reconocerlo, Obregón pudo dedicar algo de su tiempo para poner algunas cosas en orden.

Por primera vez en muchos años se le dio atención preferente a las escuelas; Obregón tuvo la colaboración de Vasconcelos y creó la Secretaría de Educación Pública, al frente de la cual el propio Vasconcelos exhumó e impulsó el servicio de los desayunos escolares a los niños pobres (iniciado durante el porfirismo por el secretario de Justicia e Instrucción Pública, licenciado Joaquín Baranda).

Desde tiempo antes (junio 18 de 1920) Vasconcelos había iniciado una campaña contra el analfabetismo y luego en la Secretaría de Educación propició la impresión de libros educativos baratos e impulsó la escuela rural, la fundación de bibliotecas y todas las actividades culturales en general. Dio a la enseñanza un nuevo matiz nacionalista y le infundió a la juventud confianza en sí misma, a la vez que la interesaba vivamente en el bien de México. Este despertar de las conciencias fue lo que le valió más tarde el calificativo de maestro de las juventudes. (Más tarde Vasconcelos renunció, contrariado por diversos asesinatos del régimen y por la inminente imposición de Calles).

Los once años de lucha revolucionaria habían causado profundos daños y era muy lenta la recuperación. En 1910 México tenía 15.100,000 habitantes, y en 1921 se habían reducido a 14.800,000. Tomando en cuenta el incremento normal no logrado, **diez años de revolución habían privado al país de dos millones de habitantes.** Los daños materiales eran incalculables.

El nuevo régimen se hallaba todavía en peligro de rodar. No tanto

por la ya desarticulada oposición latente y por la miseria que sufrían grandes masas de la población, sino porque la Casa Blanca —que había ayudado a Obregón a subir— todavía no lo reconocía oficialmente. (1)

En algunos puntos Obregón se resistía a la influencia que desde el norte del Bravo trataba de imponernos ciertos caminos, pero como su situación no era muy firme fue haciendo más y más concesiones.

Al igual que todos los jefes revolucionarios mexicanos, Obregón no simpatizaba con el cariz extraño del punto sexto. En vísperas de asumir el poder pronunció un discurso (octubre 27 de 1920) en el que dijo:

"Nosotros estamos enteramente de acuerdo en que en el problema agrario se obre con absoluto radicalismo; pero no queremos, o no creemos que favorezca al problema agrario una ley que está en pugna con la lógica, con la práctica y con las matemáticas. . . Uno de los grandes errores de nuestros legisladores ha sido el de importar leyes sin estudiar el medio en el que vivimos. . . No debemos destruir las propiedades grandes antes de crear las pequeñas, porque vendría un desequilibrio de producción. . . Yo sería de opinión que se diera una ley creando el derecho de ser propietario a todo hombre que estuviera capacitado para cultivar un pedazo de tierra".

En otras palabras, Obregón no simpatizaba con ejidos individuales y colectivos dependientes del Estado, sino con un bien estudiado reparto de tierras para crear nuevos pequeños **propietarios,** sin dañar las tierras que ya estaban en producción. A fines de año sugirió una ley para expropiar los latifundios no cultivados y quería que se dejara en paz a los agricultores que estuvieran empleando métodos adelantados y que por tanto eran un factor positivo en la producción de comestibles. Todo esto era bastante diferente al punto sexto, que Wilson había empezado a imponernos, pues dicho punto prescribe que tierras y campesinos dependan del Estado, **sin disfrute de propiedad privada.** Aunque ese sistema apenas comenzaba a practicarse, su solo anuncio había provocado alarma y desaliento en el campo. De cinco millones y medio de campesinos que en 1910 poblaban las explotaciones rurales, para 1921 quedaban tres millones 796,000. Más de millón y medio de campesinos habían huído a las ciudades, en parte por la revolución, en parte por el fracaso de los nacientes ejidos, y en par-

(1) Ningún gobernante iberoamericano puede oponerse total y categóricamente al poderío de la Casa Blanca. Ni Cuba de Castro Ruz es la excepción de esa regla, pues allí el comunismo se estableció no a pesar de la Casa Blanca, sino debido a ella. Lo que marca la línea divisoria entre lo inevitable y la traición es que el gobernante iberoamericano ceda únicamente lo indispensable, procurando librar a su pueblo de las asechanzas internacionales, o que en su ansia de poder se desboque en servilismo.



General Alvaro Obregón. En la lucha por el poder hacía a un lado los escrúpulos, pero indudablemente tenía dotes de organizador. Tampoco comulgaba con el punto 6º, pero acabó por abrirle paso calladamente, tal vez bajo la presión diplomática de la Casa Blanca, que se negaba a reconocer al obregonismo, aunque en un principio lo había ayudado a subir.

te porque muchas explotaciones se habían paralizado debido al temor de que se les aplicara la anunciada reforma.

De aproximadamente 12 millones de hectáreas propicias para la siembra, no se cultivaban ni siquiera la mitad, y era un absurdo que se desquiciara lo que ya estaba sembrándose en vez de fincar la reforma agraria sobre los vastísimos terrenos baldíos, ya fueran particulares o de la nación. Un país de grandes masas misérrimas cometía así el despilfarro de destruir lo que ya estaba dando rendimiento, en aras del problemático ejido dependiente del Estado. Y es que en el fondo no se trataba de redimir campesinos, sino de aniquilar a un núcleo económico-social y de sentar bases para el ulterior **control político de campos y campesinos.**

Los jefes revolucionarios mexicanos no querían eso, pero la consigna internacional prescribía el punto sexto para México como preámbulo a fin de aplicarlo en toda Iberoamérica. La URSS, por su parte, se encargaría de hacerlo en Asia y en Europa.

En México se intuyó que el cariz que se quería dar a la reforma agraria era falso y que no liberaría realmente al campesino, por lo cual hubo sobre el particular un denodado forcejeo. En una de las discusiones de la Cámara de Diputados el revolucionario Israel del Castillo dijo: "¿Cree el ciudadano Soto y Gama que el poquísimo crédito agrícola que es el único que está impulsando la producción, no se morirá cuando el capital sepa que esta ley tiene un artículo que dice que una comisión nacional agraria (dependencia del Ejecutivo) será el árbitro para decir si tal o cual finca es latifundio?" (27 de mayo de 1921).

Y poco después el diputado Eduardo Vasconcelos agregó: "Hace días, cuando se había votado esta ley, el ciudadano Israel del Castillo, con una palabra vulgarísima, pero de una enorme connotación, había dicho que esta ley es una tanteada a la revolución y una tanteada a la asamblea. Y en efecto, ciudadanos, es una tanteada a los hombres de la revolución, es una tanteada a los hombres de buena fe y es una tanteada a los partidarios decididos del régimen federal".

Sin embargo, el aspecto extraño impuesto a nuestra reforma agraria se abrió paso a través de la puerta falsa. Calladamente, a hurtadillas, a espaldas de la opinión pública, la Comisión Nacional Agraria expidió (octubre de 1922) su circular número 51, en la que se adoptaba el dogma marxista de que la producción tendía a ser **"colectiva"** porque **"el régimen de propiedad individual es totalmente anticuado"** y que en consecuencia la tierra se dedicaría a **"explotaciones comunales"** y sus productos **"se dedicarán al fondo común"**. Especificaba que los delegados de la Comisión Nacional Agraria tendrían carácter de miembros forzosos y derecho de veto en los comités administrativos de los ejidos. Es decir, la supresión de la propiedad privada y en su lugar el control estatal de tierras y ejidatarios. El autor de tal circular era el secretario general de la Comisión Nacional Agraria, Manuel Mendoza López Schwerfeger.

(1922)

Al año siguiente comenzaron a crearse los primeros ejidos colectivos, más o menos como el koljós soviético. Obregón no manifestó apoyo franco a este decisivo viraje de la vida agrícola de México, pero tampoco lo desautorizó. Todo lo que había expresado públicamente quedó anulado, con hechos, mediante la circular 51, la cual daba a la reforma agraria el cariz prescrito por el punto sexto del alto mando masónico internacional.

Durante el régimen obregonista se convirtieron en ejidos 1,777,667 hectáreas, en contraste con 224,000 que había producido a regañadientes el período carrancista.

A pesar de todo la Casa Blanca seguía retardando el reconocimiento del gobierno de Obregón, como espada pendiente sobre la cabeza, porque quería obligarlo a que cumpliera previamente diversas condiciones, según lo dijo categóricamente George T. Summerlin, encargado de negocios americano en México, al secretario de Relaciones Alberto J. Pani: "No es posible olvidar que el señor Venustiano Carranza dio las más explícitas promesas personales, base sobre la cual su gobierno fue reconocido, y que estas promesas fueron pasadas por alto". (Abril 20 de 1922).

Aunque nunca había sido masón, Obregón aceptó la amistad de las Logias y dejó llamarse honoríficamente "Gran Maestro". Asimismo mostró cierta complacencia con los procomunistas, pese a que él no era simpatizador del comunismo.



George T. Summerlin pedía que Obregón comenzara a actuar en cierta forma y que firmara sus promesas, antes de ser reconocido. "No es posible olvidar —decía— que el señor Venustiano Carranza dio las más explícitas promesas personales, base sobre la cual su gobierno fue reconocido, y que estas promesas fueron pasadas por alto" (abril 20 de 1922).

Así fue como durante el obregonismo se formalizó la organización sindical vinculada a la Internacional roja. El núcleo de esta maniobra era la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana) organizada en 1918 por Luis N. Morones y bendecida después en Laredo, Texas, por el líder judío-americano Samuel Gompers, al admitirla en su Federación Panamericana del Trabajo. Con la CROM cooperaba la Casa del Obrero Mundial, que había sido puesta en movimiento en 1912 por el agitador extranjero Juan Francisco Moncaleano e inspirada por la organización procomunista norteamericana Industrial Workers of the World. (Muchos judíos estaban en esos años afirmando su control sobre las organizaciones sindicales norteamericanas, como John Llewellyn —Lewis— que utilizaba procedimientos gangsteriles ayudado por los líderes también hebreos Sidney Hillman —amigo de los soviets— y David Dubinski, quienes más tarde formaron el C. I. O. Congreso de Organizaciones Industriales).

Obregón dio facilidades para que Morones —siguiendo el ejemplo de sus maestros Gompers, Llewellyn, Hillman, Dubinski, etc.—, convirtiera al sindicalismo mexicano en un **instrumento político para controlar masas.** Mediante la cláusula de exclusión los reacios o rebeldes eran eliminados y el resto amedrentado, a la vez que mediante el apoyo oficial de las juntas de conciliación los líderes ganaban hasta los pleitos en que no les asistía ninguna razón.

De esa manera Morones dio forma a un gran instrumento político y



Líder Luis N. Morones.— Obregón le dio facilidades para que convirtiera el sindicalismo mexicano en un instrumento político para controlar masas, en cooperación con el líder Samuel Gompers que hacía lo propio en Estados Unidos con los obreros americanos, ayudado por los líderes procomunistas Hillman y Dubinski.

fue en esa época cuando quiso instituir el "matrimonio socialista", en el que los líderes fungían como sacerdotes y la asamblea cantaba a los novios el himno marxista de la Internacional. El propio Morones y la judía Rebeca S. de Yúdico apadrinaron a la primera pareja.

En otro sector de actividades, Felipe Carrillo Puerto —que había hecho ondear la bandera comunista en el Palacio Nacional— tomó posesión del gobierno de Yucatán con un desfile bajo el estandarte soviético y con un discurso en el que alabó al marxismo y anunció su implantación en Yucatán. Carrillo Puerto recibía armas que le suministraba Calles y era asesorado de lejos por el líder obrero Samuel Gompers, judío-americano, y de cerca por el agente judío León Marvine, a la vez que mantenía correspondencia con Lenin. Bajo su régimen hubo "bautizos socialistas", con flores rojas, y el Partido Socialista llegó a decir en una proclama: "Trabajadores: ¡Preparaos para la república comunista! . . . ¡Los trabajadores del mundo, conscientes ya de su situación, conocedores de su historia y de los fenómenos económicos que generan la huelga y la miseria, se preparan a establecer el imperio de la equidad de la Dictadura del Proletariado: que las industrias pertenezcan al pueblo trabajador; que la tierra se cultive en colectividad, y que los obreros administren las fábricas y talleres. . . Para alcanzar este noble objeto de comunizar la sociedad, hay que ser bolcheviques. Es decir, obreros revolucionarios, no demócratas, no socialista-parlamentario". (1)

(1) El Comunismo en México.—Por Anastasio Manzanilla.
(Parece que Carrillo Puerto no estaba muy convencido del punto 6o. pues ofreció a los campesinos tierras "en propiedad", y "siendo de ustedes —les decía— lo natural es que las cosechas también les pertenezcan").

Durante el período obregonista ocurrieron variados brotes de radicalismo rojo. El cadáver de Ricardo Flores Magón —traído de Estados Unidos— fue amortajado con una bandera soviética y con un letrero que decía: "Murió por la anarquía". (Posteriormente se le llevó a la Rotonda de los Hombres Ilustres, pues en sus arranques de liberalismo Flores Magón había servido a la Internacional marxista, aunque bastante inconscientemente, pues creía que el bolchevismo iba a dar libertad y felicidad al pueblo ruso y cuando vio que esto no ocurría censuró la "dictadura soviética". Pero este aspecto de su vida se pasa por alto y sólo se recuerda su acción anarquista a favor del advenimiento del comunismo).

Diversos líderes se disputaban entonces el honor de ir a la "vanguardia" y de tiempo en tiempo inquietaban al país con sus extravagancias. El 8 de febrero (1921) pusieron una bomba en la puerta del palacio arzobispal y Obregón comentó que seguramente no se quería destruir la Iglesia, sino eliminar al arzobispo que había hablado recientemente en contra del comunismo, por lo cual era conveniente —concluía Obregón— que la Iglesia no expresara opiniones sobre política. Los católicos hicieron una manifestación de protesta y fueron atacados por una contramanifestación organizada por la Casa del Obrero Mundial.

(1921)

En Guadalajara hubo disturbios al ser colocada una bandera comunista en la Catedral (1o. de mayo). En Morelia el gobernador Múgica promovía el cierre del Colegio Teresiano y acosaba a la ACJM; los rojos se sintieron con apoyo, izaron una bandera comunista en la catedral y apuñalaron una imagen. Hubo una manifestación católica de protesta, disuelta a tiros, y perecieron 8 manifestantes, dos policías y el prominente masón Isaac Arriaga. Poco después (mayo 15) 150 comunistas de Morelia irrumpieron en la Cámara de Diputados de México gritando "Viva el bolchevismo", y el diputado Aurelio Manrique les hizo coro en la tribuna anunciando que vendrá "la gran revolución social".

El 14 de noviembre el líder Juan M. Esponda, mandado por la CROM, colocó una bomba de dinamita, entre un ramo de flores, junto a la imagen de la Guadalupana en la Basílica de la Villa. Varios agentes armados lo protegieron para que no fuera linchado por los fieles y poco después se le dejó libre "por falta de méritos". El procurador de Justicia, licenciado Eduardo Neri, declaró que "los desperfectos causados en el templo de referencia fueron de poca consideración y el acto en sí mismo no favorece más que al elemento clerical: ya políticamente, porque éste aparece desempeñando como otras veces lo ha hecho, el papel de víctima para ganarse la conmiseración pública; ya religiosamente, porque se explota

un nuevo milagro". (Esto último debido a que la imagen y su cristal quedaron intactos, y un crucifijo de bronce, en cambio, quedó arqueado). (1)

Aunque a veces Obregó. intervenía para frenar algunos actos hostiles, no tocaba a sus verdaderos organizadores.

(1923) Cuando el 11 de enero de 1923 el delegado apostólico Ernesto Filippi puso la primera piedra del monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete (centro geográfico del país a 800 metros sobre el valle y a 2,600 sobre el nivel del mar) el grupo masónico se enfureció. Protestaron la Liga Anticlerical Mexicana —fundada por la comunista española Belén Zárraga— y el Gran Luminar del Rito Nacional Mexicano, M. E. Ramírez, porque dar "el mote" de Cristo a la montaña del Cubilete —decían— violaba la Constitución. El gobernador de Guanajuato explicó que no se violaba ninguna ley porque el acto había tenido lugar dentro de una propiedad privada, pero Obregón dijo que eso era una "chicana" y expulsó del país a monseñor Filippi, después de lo cual declaró (enero 27) que el partido liberal encarnaba "los postulados del verdadero socialismo que están inspirados en las doctrinas de Jesucristo" y que ya había pasado la época del "fanatismo metafísico que monopolizó por más de dos mil años el espíritu de las masas populares". Por algún tiempo hubo protestas públicas de católicos y represiones policíacas.

En octubre los ánimos volvieron a exaltarse porque Obregón ordenó el cese de los empleados públicos que hubieran participado en un congreso eucarístico durante el cual se engalanaron las fachadas de las casas. El régimen declaró que ese adorno era un desacato a la Constitución. Y es que los católicos carecían del apoyo de Washington. . . (1)



Belén Zárraga, comunista española, fue una de las fundadoras de la Liga Anticlerical Mexicana, que tan indignamente protestó por la construcción del monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete.

(1) El que puso la bomba, Juan M. Esponda, fue posteriormente gobernador de Chiapas durante el gobierno de Avila Camacho.

Aunque el poder oculto tras la Casa Blanca veía con simpatía los coqueteos izquierdizantes y anticatólicos del régimen obregonista, exigía todavía algo más de Obregón antes de reconocerlo. El Presidente Harding (escaldado por lo que le había ocurrido a su antecesor Wilson con Carranza) no confiaba en las promesas de Obregón y exigía compromisos específicos antes de darle su reconocimiento público. Por eso el encargado de negocios americano en México, George T. Summerlin, le recordaba al secretario de Relaciones Alberto J. Pani que Carranza había dado las más explícitas promesas personales. "base sobre la cual su gobierno fue reconocido y que estas promesas fueron pasados por alto".

Tanto el secretario de Estado, Mr. Hughes, como el propio Presidente Warren A. Harding, eran concesionarios de la Standard Oil Company y se hallaban empeñados en paralizar el derecho de México a la recuperación del subsuelo. Este derecho había sido proclamado desde 1783, por Ordenanza Real del Rey Carlos III, quien promulgó en Aranjuez que eran propiedad del Estado "las minas, los betunes y jugos de la tierra". La Constitución de 1917 había exhumado este ordenamiento en su artículo 27, el cual desagradaba al Presidente Harding y a los magnates de la Standard Oil, en manos del poderoso monopolio del judío Rockefeller.

Para granjearse el reconocimiento, Obregón hizo que la Suprema Corte de Justicia y el Congreso de la Unión amañaran una nueva interpretación del artículo 27 constitucional, según la cual la soberanía de la nación sobre el subsuelo (petróleo, minerales, etc.), quedaba mutilada para no perjudicar a las empresas petroleras.

Y además, Obregón accedía a renunciar al Derecho Internacional y a pagar todos los daños que los residentes americanos hubieran sufrido durante la Revolución. Esta era una concesión gravísima porque el Derecho Internacional no obligaba a pagar daños de esa índole —comparables a los terremotos y a los ciclones— y existía el precedente de que precisamente Abraham Lincoln había proclamado (a propósito de reclamaciones alemanas por pérdidas sufridas en la guerra de secesión) que esa clase de daños no se pagan.

Con base en ese principio, Estados Unidos había rechazado en 1865 una reclamación de Austria, en 1873 una de Inglaterra y en 1884 otra

(1) Desde la época de Poinsett el alto mando masónico de Norteamérica ha querido que de tiempo en tiempo se coarte al catolicismo en México.

de los españoles, alegando que "los extranjeros se hallaban en las mismas condiciones que los ciudadanos del lugar y, por lo mismo, estaban como ellos, expuestos a los incidentes de la guerra". Además, Estados Unidos había reconocido ese mismo derecho a Bolivia en 1871, a Nicaragua en 1858 y a Brasil en 1893. Sólo México, en 1923, iba a renunciar a su soberanía y a prescindir del Derecho Internacional, a fin de granjearse el reconocimiento de Obregón. (1)

Harding estaba de acuerdo con la capitulación mexicana, pero exigía que se formalizara antes de reconocer al obregonismo. Y para hacer sentir más su mano fuerte, había logrado ya que varios países aplazaran el reconocimiento del gobierno de México. No existía ninguna razón internacionalmente válida para esto, pues el gobierno obregonista —independientemente de que fuera bueno o malo— era el que tenía el control del país, por cierto con la simpatía de grandes sectores políticos y militares.

Pero finalmente Obregón admitió formalizar los compromisos. Por su parte, la Casa Blanca le prometía como compensación **"respaldo moral y de otra clase que los Estados Unidos serían capaces de facilitarle"** y que **"el problema del reconocimiento financiero por industriales particulares, no quedaría aplazado por mucho tiempo".** (2) Todo esto permitiría que en 1924 Obregón pudiera detener la baja del peso mexicano y revaluarlo ligeramente al subir de $ 2.10 por dólar a $ 2.04. La deuda pública exterior se había triplicado en los diez últimos años y de 553 millones pasó a 1,599.

A propuesta del general americano James A. Ryan, amigo de Obregón, se acordó celebrar pláticas en la ciudad de México y formalizar las condiciones bajo las cuales Obregón sería reconocido. De esas pláticas surgieron los secretos Tratados de Bucareli, concertados en la casa 85 de la calle del mismo nombre. Participaron los comisionados americanos Charles Beecher Warren y John Barton Payne, de la firma judía J. P. Morgan, de Nueva York, y los comisionados mexicanos licenciado Fernando González Roa y Ramón Ross.

En resumen, se formalizó ahí el compromiso de que el Poder Ejecutivo —Obregón —haría respetar las ejecutorias de la Suprema Corte de Justicia —gestionadas por él mismo— a fin de que las empresas petroleras siguieran explotando el petróleo como si fuera una propiedad de ellas y no de la nación. Para el efecto se consideraba, ama-

(1) La prestigiada firma de abogados americanos Douglas and Ruffin and Obear, de Nueva York, había realizado un estudio jurídico sobre el particular, a petición de don Venustiano Carranza, y llegado a la conclusión de que tales indemnizaciones eran improcedentes.

(2) Tal cosa fue comunicada a Obregón por el encargado de negocios George T. Summerlin, el 27 de mayo de 1921.—Correspondencia del Departamento de Estado Americano.

ñadamente, que la Constitución de 1917 (artículo 27) no tenía retroactividad. Aunque ese artículo había sido introducido con la aprobación de consejeros de Washington, no era para aplicarse en aquella época, pues debería esperar a que de allá se le diera la luz verde.

México renunciaba también al Derecho Internacional, que lo relevaba de pagar daños causados por la revolución, y se comprometía a indemnizar a los norteamericanos que hubieran sufrido perjuicios en México. Además, a los mexicanos se les fraccionaban sus tierras sin ningún pago, pero a los extranjeros debería pagárseles **previamente** una indemnización. Así se impediría que la formación de ejidos gravitara sobre latifundios extranjeros, como Carranza había estado haciéndolo para sacarle la vuelta al punto 6o. Los convenios especificaban también que los extranjeros no necesitarían acudir a los tribunales legales, sino que tendrían a su servicio una comisión especial de reclamaciones. Es decir, se les iba a dar un trato preferente sobre los mexicanos, pues SE SUSTRAIAN AL ENGRANAJE JURIDICO NACIONAL PARA ACUDIR PRIVILEGIADAMENTE A UN TRIBUNAL MIXTO.

Cuando las autoridades mexicanas hicieron notar que las reclamaciones eran elevadas y que el país carecía de suficientes fondos para liquidarlas, los magnates de Wall Street señalaron que el presupuesto mexicano podía ser reducido, por ejemplo, ¡en el ramo de instrucción pública! ... Y es que así mataban dos pájaros de una pedrada, porque precisamente en ese ramo Vasconcelos trabajaba sin hacer caso de corrientes ideológicas extrañas.

El total de indemnizaciones derivadas de ese compromiso fue muy superior a lo que oficialmente se reveló.

Aprobadas las minutas **secretas** de Bucareli el 2 de agosto, recibieron luego el visto bueno de los presidentes Coolidge y Obregón, y finalmente fueron firmadas por Mr. Summerlin y Pani. La Casa Blanca especificó, una vez firmados tales compromisos, que el 6 de septiembre haría público el reconocimiento del gobierno de Obregón, pero la Cancillería mexicana pidió que se hiciera el 31 del mismo mes de agosto, a fin de que Obregón pudiera anunciarlo en su informe al Congreso de la Unión, el primero de septiembre, "sin tener que dar explicaciones que quizá fuera preferible omitir por ahora".

Y en esa forma Obregón recibió el espaldarazo de la Casa Blanca el 31 de agosto de 1923. (1)

(1) En diciembre de 1953 una comisión senatorial pretendió retocar la historia y dictaminó que el reconocimiento de Obregón había sido incondicional porque los Convenios se firmaron después. Pero este detalle no tiene importancia, pues la minuta de los convenios se había firmado antes, y lo que se dejó para después del reconocimiento fue prácticamente la ratificación, que ya de ninguna manera podía eludir Obregón. La índole de tales



Senador Francisco Field Jurado — Encabezaba a los que se oponían a la firma de los Tratados de Bucareli, por medio de los cuales iban a contraerse compromisos secretos para que Obregón fuera reconocido por la Casa Blanca. El senador fue asesinado, los tratados se firmaron y Field Jurado no fue ensalzado como héroe, como había ocurrido con Belisario Domínguez. Y es que Field Jurado no era útil a ciertos móviles internacionales secretos.

Adolfo Manero y Cándido Aguilar realizaron gestiones ante el influyente senador americano Robert M. La Follete para que los tratados de Bucareli no fueran ratificados, como había ocurrido con el tratado que Ocampo y Juárez pactaron con MacLane en Veracruz. La Follete se hallaba bien dispuesto, pero murió antes de que sus gestiones tuvieran éxito. No había para México, pues, más remedio que pagar el alto precio.

Cuando Obregón convocó al Congreso a un período extraordinario para que ratificara los convenios que lo habían afianzado en el Poder, una minoría de senadores tuvo conocimiento de lo que los tratados significaban y decidió rehusarse a dar quórum. Francisco Field Jurado, representante por Campeche, era el caudillo de esa oposición.

(1924) El 14 de enero (1924) el líder Luis N. Morones habló en la Cámara contra dichos senadores y anunció "acción punitiva, la acción de castigo, de venganza y de protesta que perpetrará el movimiento obrero de México".

Especificó que para las autoridades valía el fuero de los legisladores, pero no para el movimiento obrero. **"No pasarán muchos días sin que comience a hacerse sentir nuestra obra punitiva".** Y 6 días más tarde ratificaba en un mitin del cine "Venecia" que **"el pueblo es un gobierno. Pues bien, ahora lanza su primer decreto: la acción directa".**

———

convenios es tan evidente que el mismo Fernando González Roa, comisionado mexicano, confesaba a Luis Cabrera que ese asunto había sido "una crisis de profunda amargura". (Carta del 8 de febrero de 1924).

Setenta y dos horas después tres pistoleros de Morones (José Preve, Ramírez Planas y Jaramillo) asesinaban al senador Francisco Field Jurado casi a las puertas de su casa, en Colima 134, mientras que su partidario el senador Ildefonso Vázquez era secuestrado en Reforma y Madrid, y sus colegas Francisco J. Trejo y Enrique del Castillo corrían igual suerte en la Av. Madero.

En el Senado Vito Alessio Robles denunció que Morones era el autor intelectual del asesinato de Field Jurado y débilmente se pidió que se hiciera justicia. Pero Morones quedó impune. Obregón simplemente lo reprendió en una carta (enero 25) en que condenaba "esos actos", ejecutados "sin sondear previamente mi sentir personal". Era un llamado de atención muy parecido al que tiempo antes hiciera a varios militares por no haber "protegido" mejor al Presidente Carranza.

Muerto Field Jurado y aterrorizados los senadores, los convenios **secretos** de Bucareli fueron ratificados sin discusión en el Senado el primero de febrero. Sólo se puso una nota al pie de los mismos, que decía: "Los convenios no son ni pueden ser contrarios a la Constitución", aunque sí lo eran y tenían que cumplirse.

En esa forma Obregón se libró de ser execrado como autor intelectual del asesinato del Presidente Carranza. Se libró de que se le pusiera en parangón con Huerta, autor intelectual del asesinato del Presidente Madero. Y tal vez se libró también de ser depuesto en otra acción promovida desde el extranjero. Consecuentemente, el asesinado senador Field Jurado no se convirtió en héroe oficial, como su colega Belisario Domínguez asesinado por el huertismo, y además ¡naturalmente! Obregón pasaría a la historia como un héroe nacional, con monumento y todo, no como un usurpador.

CAPITULO VIII

Morrow Salva a Calles

(1923-1934)

Fallido Intento de Detener a Calles.

O Subía Calles o Había Otra Revolución.

Y de Nuevo Entró en Acción la Masonería Guerrera.

Una Lucha con Orígenes 20 Siglos Atrás.

Calles Paga el Apoyo de Poderosos Padrinos.

La Conspiración Tiende su Manto de Silencio.

Calles en Aprietos y Morrow al Rescate.

Convergen Cuatro Grandes Fuerzas contra Calles.

Y Morrow Vuelve a Salvar a Calles.

Sólo Quedó Actuante el Frente Electoral.

Ortiz Rubio tenía Buena Intención pero no Fuerza.

En Vísperas de Grandes Sucesos.

Repercute en México el Ascenso de Roosevelt.

Experimento internacional en México. Forcejeo sangriento entre diversos sectores nacionales y el sector oficial, pero éste tenía apoyo extranjero. . .

FALLIDO INTENTO DE DETENER A CALLES (1923)

Obregón salía de una borrasca y entraba en otra. Su régimen fue reconocido por el gobierno de Washington a tiempo justo para no ser derrocado por una

nueva rebelión que iba a encabezar —casi sin quererlo— su secretario de Hacienda, Adolfo de la Huerta. (1)

Resulta que tres años antes (en 1920) cuando Obregón, De la Huerta y Calles conspiraban para derrocar a Carranza, convinieron en que éste fuera sustituido por De la Huerta como Presidente provisional, por unos cuantos meses, y que a continuación le siguiera Obregón para un período completo de 4 años, después de lo cual le devolvería el poder a De la Huerta, también para un período completo. A su turno, éste le entregaría la Presidencia a Calles.

Pero cuando ya el período de Obregón estaba por finalizar y le iba a tocar a De la Huerta su turno completo de 4 años, Calles y el líder cromista Luis N. Morones convinieron en hacerlo a un lado, cosa que Obregón aprobó.

Ya para entonces De la Huerta gozaba de muchas simpatías entre el público porque durante su breve interinato de cinco meses no robó ni asesinó. Asimismo tenía la simpatía de algo más de la mitad del ejército y contaba con la mayoría en el Congreso. Conforme se iba aproximando la fecha de las elecciones fueron moviéndose muy grandes fuerzas en su favor, aunque él se mostraba titubeante.

En esos momentos de tensión se publicó una entrevista que Regino Hernández Llergo tuvo con Villa en Canutillo, Dgo., donde éste se dedicaba pacíficamente a la agricultura, después de haber sido amnistiado por De la Huerta. Ahí había hecho una escuela y colocado un busto del general Felipe Angeles. Al parecer el guerrillero dijo algunas cosas en confianza, sin pensar en la gravedad que entrañaría su publicación. Según la versión periodística, comentó que él era soldado de verdad y que podía movilizar cuarenta mil hombres en cuarenta minutos. Opinando acerca de Calles agregó que tenía "muchas buenas cualidades, pero también, como todos los hombres, algunos defectos. Su punto de vista político. . . es el radicalismo. Los líderes del bolchevismo en México como en el extranjero, persiguen una igualdad de clases imposible de lograr. . . Es mentira que todos podamos ser iguales. . . Tiene que haber gente de todas las calidades. . . Yo creo que el bolchevismo es una igualdad mal entendida; es justo que todos aspiremos a ser un poco más, pero también que todos nos hagamos valer por nuestros hechos, y no aprovechándonos del trabajo de los demás. . . Yo nunca pelearía por la igualdad de las clases sociales. . ."

Y acerca de Adolfo de la Huerta —rival de Calles para la Presidencia— Villa manifestó: **"Es una buena persona, muy inteligente, y no se verá mal en la Presidencia de la República".**

Como posible aliado de De la Huerta, Villa infundía muy justifica-

(1) Como se sabe, ningún parentesco había entre Adolfo de la Huerta y el extinto Victoriano Huerta.



Francisco Villa, potencial aliado de Adolfo de la Huerta, en contra de Calles. Villa consideraba que éste tenía radicalismos dañinos para el país y que "los líderes del bolchevismo en México como en el extranjero, persiguen una igualdad de clases imposible de lograr". Fue asesinado en vísperas de un vasto movimiento armado anticallista.

dos temores. Efectivamente, podía arrastrar grandes contingentes y cortarle al régimen las rutas de abastecimientos de armas de Ciudad Juárez y Laredo hacia la capital de la República.

Varios de sus amigos le advirtieron a Villa que corría peligro y le aconsejaron que saliera del país, pero él repuso que prefería vivir "entre su pueblo y con su raza".

Poco después de haberse identificado como simpatizador de De la Huerta, Villa y dos acompañantes suyos fueron asesinados en Parral (julio 20 de 1923) cuando se dirigían a un bautizo. La Cámara de Diputados nombró una comisión investigadora y el 11 de octubre el diputado Emilio Gandarilla dijo en sesión pública que el autor intelectual del asesinato era Plutarco Elías Calles. Uno de los organizadores materiales del crimen, Jesús Salas Barraza, se había entrevistado poco antes con Calles, a la vez que un caballerango de éste había ido a Parral. La denuncia provocó gran escándalo en la Cámara y se levantó la sesión.

Otro de los implicados en el asesinato de Villa era Gabriel Chávez, quien proporcionó las armas y dijo a los pistoleros que "todo estaba arreglado con el gobierno". El general Félix C. Lara, comandante de la guarnición de Parral, declaró posteriormente al periodista Justino N. Palomares que Calles le había ordenado dar protección en el cuartel a los que iban a asesinar a Villa. El general Alfredo Rueda Quijano agregó que Lara había recibido una gratificación de cincuenta mil pesos y ascenso. Después del crimen, y para cubrir toda la participación oficial, Jesús Salas Barraza se ostentó públicamente co-

mo el autor intelectual del asesinato, por rencillas personales. Víctor Ceja Reyes afirma que Gabriel Chávez, Salas Barraza, el general Abraham Carmona y "la mayoría de quienes participaron en el complot, comerciantes y aventureros, tenían, además de motivos de índole personal, un nexo más, que fue precisamente la masonería". (1)

En tanto que Villa era eliminado de la escena política, continuaban los trabajos preelectorales a favor de De la Huerta. Ya para el 11 de septiembre éste tenía el apoyo de la mayoría de los diputados y senadores. En favor suyo hubo una manifestación de veinticinco mil personas en la ciudad de México (octubre 14 de 1923) y una semana después hubo otra en favor de Calles, pero con menos contingentes, la mayoría de ellos transportados desde pueblos cercanos.

Sin embargo, De la Huerta no se sentía seguro. El 4 de diciembre tuvo informes de que lo iban a matar y alentado por el licenciado Rafael Zubarán Capmany, por el general José Villanueva, por Prieto Laurens —líder del Partido Cooperativista Nacional— y por otros amigos, salió en la noche a Veracruz, donde el comandante de las fuerzas militares, general Guadalupe Sánchez, lo acabó de empujar a una rebelión.

En diversos rumbos del país fue secundado el movimiento. El general Enrique Estrada, jefe de la zona de operaciones de Jalisco, se sublevó con fuerzas considerables. Jalapa cayó en poder de los delahuertistas.

El general Rómulo Figueroa se unió al movimiento en Guerrero como protesta contra la "imposición cínica del aborrecido turco Plutarco Elías Calles". El Coronel José María Vallejos lo secundó en Campeche; el coronel Juan Ricardes Broca, en Mérida; el gobernador de Oaxaca y el general Fortunato Maycotte, en el Estado de Oaxaca; el general Manuel M. Diéguez, en Nayarit; el general Alberto Pineda, en Tabasco, y otros más en Hidalgo, Coahuila y el norte de Veracruz. Más de la mitad del ejército y toda la marina de guerra estaba con De la Huerta. Era una poderosa insurrección con apoyo armado y con la simpatía de grandes núcleos de ferrocarrileros, estudiantes, profesores y público en general. Obregón y Calles tuvieron que utilizar ejidatarios para reforzar sus tropas, según admite Emilio Portes Gil en "Las Sucesiones Presidenciales Durante los Ultimos 70 Años".

Veinticuatro días después de iniciada la rebelión, llegó a Veracruz un enviado de la Casa Blanca, que junto con el cónsul Wood y el vicecónsul Mayer se entrevistó con De la Huerta para averiguar si estaba dispuesto a apoyar los recién celebrados Tratados de Bucareli —e incluso ceder algo más a cambio de pertrechos—. De la Huerta había objetado esos tratados ante Obregón (agosto 15), y ante Wood no quiso comprometerse en nada. Wood le hizo ver: "Nosotros nos he-

(1) Yo Maté a Villa.—Por Víctor Ceja Reyes.—Este habla también de la coincidencia de que en 1913 Villa se enemistó en Torreón con la masonería, y que todos los que organizaron su asesinato, en 1923, eran masones.



Adolfo de la Huerta era el jefe de un fuerte movimiento político, apoyado por más de la mitad del ejército, que se oponía a que Calles fuera Presidente. De la Huerta no quiso prometer nuevas concesiones al Departamento de Estado americano, durante la entrevista que Mr. Wood tuvo con él en Veracruz. Mr. Wood, y consecuentemente la Casa Blanca, le negó la venta de armas. Hubo entonces decisivo apoyo internacional para el bloque Obregón-Calles.

mos dado cuenta del apoyo que tiene de todo su pueblo, de to do el país, y quisiéramos que no quedara usted descartado de la amistad de los Estados Unidos. ¿Por qué no contesta usted di plomáticamente que va a estudiar el asunto? No dé una nega tiva rotunda".

De la Huerta contestó: **"No puedo dejar un solo minuto de duda so bre mi actitud con respecto a esos arreglos que ustedes mismos, en su conciencia, reprueban".** Wood insistió, inútilmente, y luego dijo: "Pue lo siento mucho, porque realmente un hombre como usted, que tiene toda la opinión pública de su parte, quedará descalificado hemos visto que aquí hay más que una revolución, un gobierno pues está usted dando garantías que no siempre se encuentran dentro del territorio que domina Obregón". (1)

Horas después de ese diálogo (diciembre 29) el Departamento de Estado anunciaba en Washington que aprobaba la venta de armas a Obregón, y al día siguiente el embajador George T. Summerlin le comunicaba a Obregón que se le facilitaría la venta de armas por 750,000 dólares. "The New York Times" publicaba: "En una forma in equívoca nuestro gobierno ha notificado a los revolucionarios en cabezados por el señor De la Huerta, que no simpatiza con ellos Se ha negado que esto implique una intervención en los asuntos mexicanos... Los Estados Unidos tienen el deseo de que los go biernos amantes del orden se mantengan firmes en donde quiera

Obregón se apresuró a comunicarles a generales y gobernadores e

(1) La Verdadera Revolución Mexicana.—Alfonso Taracena.

anterior acuerdo de **"nuestro vecino del norte".** Agregaba que los rebeldes pronto padecerían la falta de pertrechos y que él ya había empezado a recibir la primera remesa de armamentos y **"esperamos en el curso de esta semana recibir la segunda".**

(1924) A continuación, el 7 de enero de 1924 la Casa Blanca prohibió que se vendieran armas a De la Huerta. En Nueva Orleans fue amenazado con cárcel Teodoro Fresieres, agente delahuertista que llevaba dinero para comprar cuatro millones de cartuchos y cinco mil rifles. En Laredo, Tex., fueron aprehendidos Agustín Domínguez y Espiridión Salinas, que también trataban de comprar armas. El doctor Cutberto Hidalgo ya no pudo adquirir las municiones que le había encargado el general Estrada, quien secundaba en Jalisco a De la Huerta.

Entretanto, del Fuerte Bliss, en las orillas de El Paso, Tex., y de otros arsenales, salían armas y municiones para Obregón y Calles. El 12 de enero llegaron a Irapuato ocho aviones con trece pilotos americanos, al mando del coronel O'Neil, para darles instrucción a pilotos de Obregón. En mayor o menor tiempo el fracaso de la rebelión era inevitable...

Por otra parte, De la Huerta había ordenado que no se fusilara a ningún prisionero y estuvo empeñado en hacer que esto se cumpliera, aunque en Mérida le hicieron juicio sumario a Carrillo Puerto y lo ejecutaron. Cuarenta oficiales del 18o. batallón asumieron la responsabilidad y dieron la explicación de que se trataba de un peligroso comunista que había proclamado el establecimiento de la "dictadura del proletariado" en Yucatán, perseguidor de católicos y firme aliado de Calles. Este último denunció el fusilamiento como un acto bárbaro y culpó de ello a "la reacción".

Todavía por algún tiempo otros militares secundaron el movimiento delahuertista, tomaron Villahermosa, asediaron Pachuca, se acercaron a Puebla, etc. El general Buelna destrozó en Michoacán la columna del general Lázaro Cárdenas, a quien hizo prisionero; pero los avances no podían consolidarse porque las reservas de municiones iban agotándose.

De la Huerta disponía también de la Marina y ordenó bloquear y capturar el puerto de Tampico, pero entonces el cónsul Wood le entregó una protesta del Departamento de Estado americano. Y como había rumores de que iban a ser minadas las entradas a Puerto México y Veracruz, Wood formuló luego otra protesta en que anunciaba que **"el gobierno de Estados Unidos se verá obligado a adoptar medidas adecuadas para proteger el comercio".** El crucero "Tacoma" ya se hallaba a la expectativa, frente a Veracruz, y en seguida llegó frente a Tampico el crucero "Richmond".

Muy a tiempo, en Bucareli, Obregón se había arrimado a un buen árbol, y consecuentemente una buena sombra lo cobijaba.

El general Cándido Aguilar —antiguo carrancista y enemigo de Obregón— regresó de Estados Unidos para ayudar a De la Huerta. Bajo la presión de Aguilar, el 20 de febrero apareció un manifiesto de De la Huerta que decía: "Derrotado en la lucha armada por los soldados de la libertad y sin encontrar ayuda en la tierra de Cuauhtémoc: Obregón que fue investido para defender dignamente la integridad política y material de la República, ofrece en venta la soberanía nacional al más poderoso gobierno extranjero, al precio de barcos de guerra, aeroplanos, carabinas, proyectiles y dinero. . . Obregón traiciona a su patria y traiciona a su raza, implorando además humillante y cínico, y obteniendo ayuda de un gobierno extranjero para perpetuarse en el Poder y para iniciar con Plutarco Elías Calles una era de atentados y crímenes sin nombre".

Entretanto, el general Vicente González (a quien De la Huerta había hecho prisionero y admitido en sus filas) se volvió nuevamente al obregonismo y facilitó que Obregón recuperara Jalapa y Córdoba. De la Huerta se alarmó por este revés y se retiró de Veracruz a Frontera, Tabasco. Finalmente dijo que ya estaba cansado, que era más útil en Nueva York que en Tabasco y el 11 de marzo (a los tres meses de rebelión) se embarcó hacia Estados Unidos. Delegó todas sus facultades en el general Cándido Aguilar.

En el frente de Jalisco el general Estrada no igualaba ciertamente las capacidades tácticas de Obregón, pero además su inferioridad de pertrechos aceleró su derrota en Ocotlán, donde Obregón lanzó una fuerte y estruendosa embestida con tropas que llevaban automáticas 45, y de ahí Estrada huyó al extranjero.

Seis meses después de que De la Huerta salió del país, la rebelión se extinguía, no sin haber costado miles de vidas. Perecieron —casi todos fusilados— 28 generales y 4 coroneles que seguían a De la Huerta, y 7 generales y 3 coroneles del bando obregonista. Todavía mucho tiempo después —pese a la amnistía— siguieron siendo fusilados jefes delahuertistas que se habían ocultado al fallar la rebelión.

Mr. John Barton Payne, uno de los comisionados americanos para los tratados de Bucareli, declaró a la revista "Our World" que efectivamente la Casa Blanca había enviado armas a Obregón y barcos a las cercanías de Tampico para evitar que los delahuertistas triunfaran.

Por eso el coronel e ingeniero Israel del Castillo, delahuertista, resume aquel episodio con las siguientes palabras: **"La base de operaciones de Obregón estaba en los Estados Unidos mientras que los rebeldes no teníamos base. Y perdimos".** (1)

(1) La Batalla de Algibes.—Coronel Israel del Castillo.

O SUBIA CALLES O HABIA OTRA REVOLUCION

La derrota de De la Huerta afianzó a Obregón en el Gobierno y dejó abierto para Calles el camino de la Presidencia, después de algunas semanas de incertidumbre. José Vasconcelos, secretario de Educación en el gabinete de Obregón, fue testigo de ese transitorio nerviosismo y refiere que el judío Roberto Haberman le dijo: **"Si el general Obregón no nos apoya, no importa; haremos una revolución para imponer a Calles".** (1)

Haberman, judío nacido en Rumania y nacionalizado norteamericano, había empezado actuando como maestro de inglés en la secretaría de Educación, a las órdenes de Vasconcelos. Rápidamente hacía amigos, pero dio un traspiés en ciertas maniobras políticas y tuvo que salir del país. Sin embargo, regresó poco después, ayudado por Calles.

Durante un congreso procomunista efectuado en Nueva York, Haberman dijo que él había señalado los lineamientos para la nueva Constitución Política de Yucatán. En vísperas de las "elecciones" que deberían dar la Presidencia a Calles, Haberman actuaba ya en altas esferas políticas y sindicales. Era agente activo del Soviet en México, en connivencia con los agentes prosoviéticos Martens y Chambers, de Estados Unidos. Haberman mantenía correspondencia con el marxista italiano León Mervine (que también hacía agitación en México) y le decía en una carta: "Estoy trabajando con la Confederación Regional Obrera (CROM), organizada por Morones. He observado a éste cuidadosamente y honrada y sinceramente puedo decirle a usted que es hasta ahora el mejor organizador de México. También es uno de los más radicales. ¿Ha leído usted su discurso pronunciado en la escalera de la Cámara de Diputados en el que dijo: **'Bienvenido el bolchevismo redentor'?"** (2)

Pero pese a las fuerzas políticas que lo ayudaban, Calles vivió días de grave tensión antes de que se resolviera definitivamente que Obregón le entregaría la Presidencia. Y esas preocupaciones contribuyeron a quebrantar su salud minada por viejos males, por lo cual fue importado el médico israelita Abrahams, de California, para someterlo a riguroso tratamiento, gracias al cual Calles se restableció.

Antes de tomar posesión de la Presidencia, Calles firmó un "acuerdo" con el líder Luis N. Morones (29 de noviembre de 1924), comprometiéndose a "Disolver gradualmente el Ejército Nacional dentro del

(1) La Tormenta.—José Vasconcelos.

(2) El Comunismo en México.—Anastasio Manzanilla.—(Luis N. Morones mantenía estrecha colaboración con su padrino político Samuel Gompers, de E. U., a quien había solicitado ayuda para que Wilson no vendiera armas al Presidente Carranza y se las proporcionara a Obregón. Así lo reveló José Ortiz Petricioli, secretario de Morones, en 1964)



Luis N. Morones, ahijado político de Samuel Gompers, asesorado por Haberman y Yúdico, era el amo del control político del obrero mexicano. Pugnaba por el establecimiento de "milicias" rojas y de otras prácticas marxistas. Después de Calles era el personaje con mayor influencia.

año siguiente al en que haya tomado posesión de la Presidencia de la República; reemplazarle por batallones de los sindicatos qu pertenezcan a la CROM.—Aceptar el Estado Mayor que design la CROM, el que tendrá a su cargo la creación de la nueva orga nización del Ejército del Proletariado".

También se comprometía a apoyar a la CROM y a nombrar a Lui N. Morones Secretario de Industria, Comercio y Trabajo, a cambi de que la CROM apoyara al régimen callista. (1)

La sustitución del ejército por milicianos es uno de los postulad marxistas, pero el malestar político que en breve iba a fermenta hizo imposible que Calles prescindiera del ejército profesional. E cambio, cumplió con creces el apoyo total a la CROM y la design ción de Morones como secretario de Industria, Comercio y Trabaj desde donde su influencia era avasalladora. Portes Gil dice que "ca si no quedó ningún funcionario del régimen que no estuviese sometid de grado o por fuerza, a la dictadura moronista".

Don Plutarco, de madre católica, tenía antepasados judíos por l rama paterna, aunque bastante remotos, pues no hay indicios ni d que su padre ni de que su abuelo fueran practicantes israelitas, ni mu

(1) La Muerte del General Obregón. Por el Gral. Antonio Ríos Zertuch Este afirma que Obregón tuvo una copia del acuerdo y que eso lo decidió lu go a buscar su reelección. Copias fotostáticas del pacto Calles-Moron circularon entre altos funcionarios debido a una célula del Partido Coop ratista, de Jorge Prieto Laurens, quien así lo testificó en "El Universal" agosto de 1963.

cho menos de que estuvieran vinculados al movimiento político judío. Pero esa lejana coyuntura fue aprovechada por algunos agitadores hebreos para acercarse a Calles, pese a que ellos afirman que "sólo es judío el nacido de judía". Y Calles vio en ellos buenos aliados para sus ambiciones políticas y se dejó querer.

La ascendencia de Calles es como sigue: don Manuel Elías Pérez, de origen judío-español, emigró en Almazán, España, a Sonora. (Elías viene del hebreo Eliah, que quiere decir "Jehová es mi Dios"). Su hijo Juan José Elías actuó en política regional, fue gobernador interino de la entidad y padre de Plutarco Elías Lucero. Este don Plutarco, nieto del emigrante don Manuel Elías, tuvo relaciones temporales con María de Jesús Campusano, y el 27 de enero de 1877 nació un niño que el 28 de diciembre de 1878 fue bautizado con el nombre de Plutarco E. Calles, debido a que entretanto María de Jesús se había casado con Juan Calles, que accedió a adoptar al niño y darle su apellido.

María de Jesús Campusano de Calles bautizó al pequeño Plutarco en el templo de Guaymas, donde el presbítero Tomás G. Galdeano le echó las aguas bautismales.

Así pues, el pequeño Plutarco E. Calles, era bisnieto de un judío español, pero hijo de una mexicana católica. Según las tradiciones hebreas no podía ser considerado como judío, ni aun en el caso de que él así lo quisiera.

Después de una niñez pobre, de algún tiempo de magisterio en una primaria, de una época de pequeño comerciante y empleado público y de otra como oficial en las tropas revolucionarias obregonistas, don Plutarco E. Calles ocupó altos puestos públicos, desbancó a Adolfo de la Huerta y a los 47 años de edad tomó el poder como Presidente de la República (el primero de diciembre de 1924).

(Ese día el automóvil desplazó definitivamente a los carruajes de caballos en la comitiva presidencial. Y en general lo mismo ocurría en toda la ciudad, cuyo aspecto cambiaba radicalmente al generalizarse el uso del "Ford", con dejadas de 50 centavos).

Es indiscutible que Plutarco Elías Calles —pues ya para entonces la "E" inicial fue desplegada en todo el apellido— poseía grandes aptitudes de mando y organización, unidas a un espíritu emprendedor. Hizo rendir los pocos recursos económicos y el escaso tiempo de un período de 4 años para realizar diversas obras. Rápidamente infundió notable impulso de trabajo a la maquinaria oficial; acabó con la anarquía bancaria, creando el banco de bancos, o sea el de México (1° de septiembre de 1925), en el que nombró como presidente del consejo al licenciado Manuel Gómez Morín, quien había hecho estudios económicos bajo la dirección del extranjero Luciano Wiechers, consejero de la Secretaría de Hacienda.

En materia hacendaria la administración callista introdujo una reforma fundamental al crear los gravámenes directos con el Impuesto Sobre la Renta, para que pagaran más los contribuyentes que ganaran más. De esa manera el Estado comenzó a disponer de mucho mayores ingresos. Hasta entonces todos los impuestos habían sido indirectos.

Por otra parte, don Plutarco inició la construcción de carreteras con las de Puebla y Pachuca, para lo cual creó en 1926 la Comisión Nacional de Caminos. Además, creó la Comisión Nacional de Irrigación a fin de reanudar la construcción de obras de riego, que habían iniciado los españoles y continuado los hacendados, pero que durante todo el período revolucionario estuvieron abandonadas. Había entonces 1.075,000 hectáreas bajo riego seguro.

Durante la agitación marxista en Yucatán, bajo Carrillo Puerto y Haberman, la israelita neoyorquina Margarita Sanger fue llevada a Mérida a dar conferencias sobre la lucha antinatal. Poco después Calles patrocinó (1925) el reparto de 250,000 libros de la Sanger. (En 1965 Margarita Sanger fue declarada heroína de la campaña mundial de control natal a base de píldoras orales).

En el espinoso asunto de la reforma agraria era ya evidente que buscar metas políticas —antes que económicas y sociales— dañaba profundamente a la nación, pues la producción de maíz (anteriormente de tres y medio millones de toneladas anuales) había descendido a menos de dos millones anuales. Calles creó 302,432 ejidatarios sobre una superficie de 3 millones 195,000 hectáreas, pero reveló cierto intento de rehuír la consigna internacional, para bien del país, ya que con la Ley del Patrimonio Parcelario Ejidal comenzó en 1925 a hacer dueños de su tierra a muchos de esos ejidatarios.

Don Plutarco llegó a decir que "la labor de cualquier gobierno verdaderamente nacionalista, debe dirigirse, en primer término, a crear la **pequeña propiedad, convirtiendo a los campesinos en propietarios** de las tierras que puedan trabajar"... Esto era contrario al espíritu político internacional del punto 6o., **que no tiende a crear pequeños propietarios agrícolas libres, sino peones sujetos al control oficial.** El senador Luis G. Monzón, de la Liga Nacional Campesina, intentó mover al grupo radical masónico contra el "desviacionismo" callista, pero don Plutarco infundía tanto temor que nadie quiso secundar las críticas.

Sin embargo, Calles no desautorizaba abiertamente a los partidarios del punto sexto y accedió a apadrinar la consagración oficial de Emiliano Zapata como caudillo de la adulterada reforma agraria, cosa que en honor de la verdad es falsa, pues Zapata quería "tierra y libertad" para el campesino, dueño de su parcela, y jamás luchó por que a éste se le supeditara, en una tierra prestada, a los comisarios y demás manipuladores del control oficial. El nombre de Zapata comenzó entonces a ser utilizado **para encubrir, con rasgos mexicanos, el**

sesgo político-internacional que en Nueva Orleans se había dado a la Reforma agraria, y que fue introducido en México mediante el conducto secreto de la logia y las bayonetas de Wilson.

Por otra parte, aprovechando los servicios del licenciado Manuel Gómez Morin —hombre de su confianza en el Banco de México y después en la Secretaría de Hacienda— don Plutarco creó en 1926 el Banco de Crédito Agrícola, que en mínima parte se encargaría de llenar el vacío de crédito que padecía el campo por la demagogia del famoso punto 6o. Más que un Banco, la nueva institución sería una forma disfrazada de subvencionar a algunos ejidatarios con dinero del Erario a fin de paliar su triste situación económica.

En varios puntos tienen razón los panegiristas de Calles al elogiarle diversas obras, aunque luego incurren en sofismas, como cuando le alaban su política monetaria, que no fue otra cosa que quitarle al público el oro, hacer una devaluación y darle a cambio billetes de Banco que —carentes de valor intrínseco— lo dejaban más indefenso para la siguiente devaluación.

Respecto al petróleo, Calles planeó audazmente la reglamentación del artículo 27 constitucional tendiente a que México recuperara el dominio sobre el subsuelo, que había sido proclamado desde la época colonial española y que Carranza trató infructuosamente de hacer valer en la Constitución de 1917. Pero el nuevo intento callista tropezó con la violenta reacción de los magnates judíos petroleros y del Departamento de Estado americano.

Con porfiada tenacidad Calles pretendió pasar por alto los tratados de Bucareli (mediante los cuales Obregón había capitulado en lo referente al petróleo); pero el Secretario Mr. Kellog se mostró inflexible y en junio de 1925 lanzó una taimada amenaza: "He visto en la

> prensa —su propia prensa— que es inminente otro movimiento revolucionario mexicano. Tengo la esperanza de que esto no sea verdad... Evidentemente este Gobierno seguirá apoyando al de México sólo en tanto que proteja las vidas y el derecho de nuestros ciudadanos y cumpla con sus compromisos y obligaciones internacionales".

Era evidente que si Calles no cedía, surgiría bien pronto un plan "X" en cualquier parte del país y una rebelión que recibiría armas y dinero de Estados Unidos para derrocar a Calles, al que se le negarían pertrechos. Era la vieja historia de un país débil, historia que desde Poinsett se repetía una y otra vez con infalible eficacia.

El 26 de marzo de 1926 el régimen callista dio prácticamente por concluido el forcejeo y acató el compromiso obregonista de no rescatar el petróleo. Los magnates poseedores de tierras mexicanas seguirían también siendo dueños del subsuelo, o sea del petróleo, y explotándolo en su beneficio. El derecho de la nación sobre esta riqueza



Plutarco Elías Calles logró notables progresos en el orden administrativo y habría conseguido hacer muchos otros bienes al país si no hubiera resbalado en la lucha antirreligiosa que costó tanta sangre, inquietud y dinero.

(implícito en las leyes de Indias) no podría ejercerse. La nación no legislaría libremente en este ramo y los Rockefeller y los Morgan, propietarios de tierras petroleras, no se someterían a las leyes nacionales, sino tendrían una soberanía del privilegio, apoyada por la fuerza de su país de adopción. Era, en otras palabras, la fuerza del imperialismo judío actuando bajo el seudónimo de "imperialismo americano".

Pese a su fracaso en el rescate del subsuelo, el régimen callista logró buenos progresos en el orden administrativo, y sin duda hubiera conseguido hacer muchos bienes de no haberse empeñado ciegamente en su lucha antirreligiosa que le distrajo energías y que tanta sangre, inquietud y dinero costó al país.

Y DE NUEVO ENTRO EN ACCION LA MASONERIA GUERRERA

En 1924 el Consejo Supremo Masónico celebrado en Ginebra —ciudad simbólica— acordó iniciar una nueva etapa de la descatolización violenta de Iberoamérica y escogió a México como primer escalón, como laboratorio de experimento.

Para entonces se iniciaba el régimen callista con Aarón Sáenz como secretario de Relaciones Exteriores; Luis Montes de Oca, secretario de Hacienda; Luis N. Morones, secretario de Industria, Comercio y Trabajo; Adalberto Tejeda, secretario de Gobernación; José Manuel Puig Casauranc, secretario de Educación; Moisés Sáenz, subsecretario de Educación, y otros muchos altos funcionarios que eran activos miembros de las logias, no simples "maestros" honorarios, como



Sacerdote Joaquín Pérez, quien juntamente con el padre Manuel L. Monge se prestó para el cisma religioso que el régimen trató de provocar en la Iglesia mexicana. Oficialmente le fueron cedidos los templos de La Soledad y de Corpus Christi. El Padre Pérez pertenecía a la logia "Amigos de la Luz", de Oaxaca.

había ocurrido en la época obregonista. Y este grupo dependiente de logias de Estados Unidos, juntamente con los numerosos amigos y consejeros israelitas de Calles, fueron el núcleo propulsor de la lucha antirreligiosa. La Gran Logia Valle de México era dirigida por los Maestros Arturo J. Elías y Jorge Hirschfeld.

Don Plutarco, que era masón 33 —aunque no había cursado realmente todos los grados anteriores—, hizo suyo el acuerdo de Ginebra y trató de provocar un cisma en el catolicismo mexicano. El 21 de febrero de 1925 el templo de La Soledad fue invadido por un grupo de gente armada que preparó la CROM bajo el disfraz de "Caballeros Guadalupanos", y el sacerdote Joaquín Pérez se proclamó Patriarca de la Iglesia Católica Mexicana, secundado por el padre Manuel L. Monge. El padre Pérez pertenecía subrepticiamente a la logia masónica "Amigos de la Luz", de Oaxaca.

Los católicos trataron de recuperar el templo de La Soledad, hubo un muerto y Calles envió a la policía a proteger a los asaltantes para que se quedaran con el templo. Luego le entregó al padre Pérez la antigua iglesia de Corpus Christi, de la avenida Juárez, para que instalara su "Vaticano". El arzobispo José Mora y del Río condenó estos hechos y puso en guardia a los católicos. A continuación fallaron otros golpes cismáticos para apoderarse de los templos de Santo Tomás, San Hipólito, Loreto y algunos más. El obispo de Tacámbaro, Leopoldo Lara y Torres, dijo que varios funcionarios trataron inútilmente de que diversos sacerdotes secundaran el cisma. Por el contrario, el padre Manuel Monge abandonó al padre Pérez y salió del país. Este último se quedó sin seguidores en el templo de La Soledad, protegido por policías. (1)

Después del fracasado intento de dividir a los católicos siguieron otros muchos actos hostiles, como el de la legislatura de Tabasco, que decretó que todos los sacerdotes deberían ser casados; y como las

(1) El padre Pérez murió seis años después, el 9 de octubre de 1931, en la Cruz Roja, tras de firmar una declaración en que abjuraba de sus actividades contra la Iglesia.

clausuras en Guadalajara de los seminarios Mayor y Menor y de los conventos del Calvario, de las Madres Reparadoras y de las Adoratrices.

A la vez se hizo evidente la simpatía oficial por el protestantismo y Calles regaló a la Y. M. C. A. cien mil pesos para construir su edificio. Los que más ayudaban en esta tarea de penetración protestante eran el secretario de Relaciones, Aarón Sáenz, pastor metodista, y su hermano Moisés, subsecretario de Educación y obispo protestante.

Actuando rápidamente contra lo que se veía venir, en marzo del mismo año (1925) varios católicos encabezados por el Lic. Miguel Palomar y Vizcarra y por René Capistrán Garza fundaron en la ciudad de México la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa y el 22 de septiembre el Papa Pío XI exhortaba a la juventud con las siguientes palabras: "Al combatir por la libertad de la Iglesia, por la santidad de la

> familia, por la santidad de la escuela, por la santificación de los días consagrados a Dios; en todos estos casos y en otros semejantes no se hace política, sino que la política ha tocado al altar, ha tocado a la religión... y entonces es deber nuestro defender a Dios y a su religión, es el deber del Episcopado y del Clero, es vuestro deber"...

La tensión entre Calles y los católicos iba en aumento y aquél presionaba a los gobernadores para que limitaran el número de templos y de sacerdotes. Si la Constitución se aplicaba rigurosamente y con cierta tendencia anticatólica para la cual había amplia coyuntura, la Iglesia pasaría a ser una dependencia oficial: a los sacerdotes se les consideraría como profesionales sujetos a registro, y quedaba así abierta la posibilidad de que a unos se les permitiera ejercer y a otros no. (1)

Calles no estaba reformando la Constitución expedida por Carranza en 1917, sino simplemente tratando de aplicarla con el espíritu anticatólico con que fue concebida para ponerse en vigor en el momento que internacionalmente se diera la orden; Calles no era un innovador en este asunto, sino un continuador. No abría un nuevo camino sino daba un paso más por el camino que ya estaba trazado. Seguía la secuencia lógica de lo que se había legislado en 1917 bajo Carranza, el cual tampoco había sido un innovador, sino un continuador de lo que se había legislado en 1857 bajo Juárez, que a su turno era el continuador de lo que se había acordado en 1835 en la Junta Anfictiónica de Nueva Orleans, y esta junta asimismo era la continuadora de la ruta anticristiana de la Revolución Francesa de 1789, que a su vez era la prosecución de los móviles más lejanos de la masonería, difusos en amañadas interpretaciones sobre la construcción del templo de Salomón, tomado por el Sionismo como símbolo de su anhelada hegemonía mundial.

(1) El camino que se tenía reservado a la Iglesia en México era muy semejante al que va recorriendo la Iglesia polaca bajo la dominación marxista: los nombramientos de obispos y párrocos deben ser aprobados por el gobierno, que en esta forma va seleccionando a quienes considera que se prestarán a un futuro cisma. Gradual prohibición de enseñanza religiosa, aun en locales privados. Gradual disminución de iglesias, monasterios y seminarios. Implantación del laicismo, que empieza siendo "neutralismo" en materia religiosa y que luego pasa a convertirse en enseñanza antirreligiosa y en adoración del marxismo.

> **"Cada Logia es y debe ser un símbolo del templo judaico; cada Maestro en funciones un representante del rey Salomón; y cada Masón una personalidad característica del obrero judío"**, dice en su página 1530 la "Enciclopedia de la Francmasonería y su Relación con las Ciencias". (1)

Así, pues, lo que hacía Calles no era nada nuevo en esencia, sino un paso más en la milenaria lucha entre Cristo y sus enemigos. Ahora bien, Calles puso particular empeño en lograr ese "adelanto", y en enero de 1926 obtuvo facultades especiales del Congreso para reformar el Código Penal en materia religiosa y a la vez expidió la ley reglamentaria del artículo 130 constitucional (llamada Ley Calles). Todo esto tendiente a reducir el número de sacerdotes y de templos.

(1926)

Los católicos alegaban que el gobierno no tenía por qué arrogarse el derecho de supeditar el ejercicio del sacerdocio a un registro que en cualquier momento podía conceder o negar, ni mucho menos el de reducir el número de sacerdotes. Nada semejante se hacía, por ejemplo, con el número de abogados, ingenieros o médicos, y si la autoridad alegaba que el sacerdote dependía de un Papa con sede en el extranjero, ahí estaban los masones, que dependen no de una institución de propósitos públicos y de jefes visibles, sino de un misterioso y oculto mando extranjero.

Pero don Plutarco seguía adelante en sus propósitos y se encerraba en la afirmación de que sólo aplicaba la ley. Aun cuando mucho de lo que pretendía realizar figuraba realmente en la ley, para los católicos parecía evidente que ningún código podía estar por encima de la voluntad del pueblo —del cual ellos formaban más del 90%— pues la ley debe ser una consecuencia de esa voluntad y no una imposición sobre ella. Todo ordenamiento legal es una manifestación, codificada, de la voluntad popular, o de lo contrario pierde la virtud esencial que le confiere fuerza moral y por tanto auténtica validez.

La situación estaba cargándose de dinamita y surgió inesperada-

(1) Primera Edición Española, por Albert Gallatin Mackey, M. D. 33°, San Antonio, Texas.

mente una chispa. Resulta que el arzobispo Mora y del Río hizo en privado algunos comentarios desfavorables a la política de Calles, que su ahijado de confirmación, el periodista Luis Moreno Irazábal (el cual siente gran repulsión hacia el Clero) publicó en "El Universal" como si fueran declaraciones para la prensa. Poco después apareció otra versión, del reportero Ignacio Monroy —que el arzobispo negó—, pero Calles se apoyó en ambos hechos para concluir que la Iglesia estaba en rebeldía y recrudeció la campaña anticatólica.

La Secretaría de Educación expidió un reglamento (febrero 22) en que prohibía cualquier enseñanza religiosa en las escuelas particulares; éstas no deberían ostentar nombres relacionados con el catolicismo; no podían tener oratorios o comunicación con capillas, ni tampoco debería haber en ellas **"decoraciones, pinturas, estampas, esculturas y objetos de intención o naturaleza religiosa".**

Hubo a continuación en todo el país clausuras de colegios católicos, seminarios y monasterios. Durante febrero fueron expulsados 185 sacerdotes. Cincuenta monjas del "Colegio Eucarístico" fueron desterradas a Guatemala. Todo esto contrastaba con el hecho de que en Saltillo se abría un nuevo colegio protestante, con la representación de Calles, además de los 200 que ya funcionaban en el país bajo el consejo del obispo extranjero Creigliton y la cooperación de Moisés Sáenz, también obispo y a la vez subsecretario de Educación Pública.

Durante los primeros tres meses de 1926 fueron detenidos cientos de sacerdotes y para abril el número de los expulsados ascendía a 200. El 4 de marzo cruzó la frontera monseñor Caruana, nuevo delegado apostólico, pero el 12 de mayo se le aplicó el artículo 33 como extranjero pernicioso y se le arrojó de México. Aunque era norteamericano no obtuvo de Washington ninguna gestión en su favor, como sí la conseguía cualquier accionista de Wall Street.

Acerca de las acusaciones de que la Iglesia actuaba en política, el obispo de Huejutla dijo que si el clero mexicano tenía alguna culpa, era precisamente no haber tomado parte más activamente en la política del país: "no hablo de la política de partidos, de pasiones y

> egoísmos, sino de la política de principios, de las grandes verdades del orden social que son el fundamento de la paz, del bienestar y de la dicha de los pueblos... Desinteresarse de estas cuestiones, no colaborar a su solución es una falta grave cuyo castigo se traduce en la dolorosa situación que atravesamos hoy día".

(Pastoral expedida en marzo).

Por su parte, el arzobispo Miguel Curley, de Baltimore, primado de Estados Unidos, decía en su pastoral del 11 de abril: "Nuestro gobier-

> no no ha hecho otra cosa, durante los últimos doce años, que intervenir en los asuntos de México... Calles está ahora en el poder y continúa la persecución contra la Iglesia porque sabe que



Alejandra Kollontay, primera embajadora de la URSS en México al establecerse relaciones por acuerdo de Calles. La Kollontay recibió la ayuda del Gral. Heriberto Jara y del Lic. Isidro Fabela y fue asesorada jurídicamente por el Lic. Manuel Gómez Morin.



El Gral. Heriberto Jara abogaba por el establecimiento de relaciones con la URSS y luego fue uno de los asesores de la embajadora Alejandra Kollontay. Años más tarde recibiría el Premio Stalin de la Paz.

> está de acuerdo con Washington... Nosotros, mediante nuestro gobierno, armamos a los bandidos asalariados de Calles. Nuestra amistad lo alienta en su nefasta empresa de destruir la idea de Dios en el corazón de millares de mexicanos".

Calles tenía, en efecto, fuertes aliados y el 28 de mayo recibía de manos del Gran Comendador del Rito Escocés, Luis Manuel Rojas, la Medalla del Mérito Masónico. Poco después establecía amistad con

la URSS y enviaba como primer embajador mexicano a Jesús Silva Herzog, en tanto que Moscú nos mandaba a Alejandra Kollontay, a la que recibía y agasajaba el general Heriberto Jara. Isidro Fabela le suministraba un salón para juntas y el licenciado Manuel Gómez Morín —que gozaba de la confianza de Calles— la asesoraba en cuestiones jurídicas.

El conflicto religioso continuaba agravándose. En Querétaro fue disuelta a tiros una manifestación de católicos y hubo dos muertos. En Yucatán fueron prohibidas las pilas de agua bendita, por "razones higiénicas".

La reglamentación del artículo 130 constitucional entró en vigor el 31 de julio (1926), y en señal de protesta el clero dejó de oficiar en los templos desde el primero de agosto. A su vez la Liga de Defensa de la Libertad Religiosa promovió una campaña para demostrar que la inmensa mayoría del pueblo repudiaba la política callista en materia religiosa. Como medida extrema decretó un boicot, especie de luto nacional, pidiendo que todos los católicos se abstuvieran de hacer compras de artículos no indispensables y de asistir a diversiones públicas.

La Liga llegó a hacer circular más de medio millón de volantes semanarios y en diciembre se valió para esto de centenares de globos. Como resultado del boicot las ventas del comercio se desplomaron —particularmente en Jalisco, Michoacán y Puebla y el malestar público se agravó. La Cámara de Comercio pidió que el gobierno pusiera remedio a la irregular situación que tantos daños causaba al país. Habiendo tal urgencia de trabajo para resolver viejos problemas nacionales, era inconcebible que por el afán de implantar unas leyes impopulares México derrochara su tiempo y su energía.

Los católicos insistían en que Calles dejara la situación religiosa en el estado en que se encontraba antes de que él subiera al poder, pero Calles respondía que tenía el deber de hacer cumplir la ley. Y los católicos alegaban que la ley es respetable cuando interpreta el sentir general para la buena marcha de la sociedad, pero que si no llenaba ese requisito —como se había puesto ya de manifiesto con la repulsa de la mayoría de la población— se convertía en simple disfraz de tiranía. O la ley emana del pueblo, interpretándole sus más elevados anhelos, o carece de toda validez moral y entonces su único apoyo es el terror.

Y fue precisamente lo que ocurrió entonces. Violento ante las reiteradas muestras de reprobación, el régimen recurrió al terror. Se organizó una gran manifestación oficial de apoyo a Calles, en que los obreros sindicalizados de la CROM y los empleados del gobierno tenían que asistir forzosamente. A los obreros que se negaron a marchar se les aplicó la tiránica cláusula de exclusión, que es un instrumento marxista para el control de las masas trabajadoras. También faltaron

numerosos empleados públicos y fueron cesados en el acto. Miles de ejidatarios (botín político de la adulterada reforma agraria) fueron acarreados en camiones para engrosar el mitin y la gran mayoría de ellos ni siquiera sabía cuál era el objeto de su atropellado desfile por las calles de México.

Pero esas falsas muestras de "adhesión del pueblo" al callismo no engañaban a nadie y ni siquiera satisfacían al propio régimen, que seguía sintiendo el repudio de todos. De ahí que se exacerbara la indignación oficial. La policía deslizó espías entre las organizaciones católicas. La celebración de misas, comuniones o confesiones en casas particulares estaba prohibida como represaria oficial porque los sacerdotes no se supeditaban al registro, y con ese motivo se generalizaron los cateos, las aprehensiones y los encarcelamientos, con maltratos para los hombres y con vejaciones para las mujeres. Con frecuencia se daba el caso de que jovencitas que actuaban en tal o cual agrupación femenina fueran llevadas a la cárcel como conspiradoras y se ejercieran barbaridades contra ellas. Hubo una dama a quien Roberto Cruz, jefe de la policía del Distrito Federal, diera un fuetazo en plena cara.

Las agrupaciones católicas recabaron dos millones de firmas para pedir al Congreso de la Unión que las innovaciones callistas fueran derogadas, pero no se les hizo el menor caso. Previamente Calles había dicho que los católicos sólo tenían dos caminos: acudir al Congreso o tomar las armas. Y como el Congreso dijo que la demanda de los católicos había sido inspirada por los obispos y que éstos no tenían capacidad legal para ejercer el derecho de petición en materia política, no quedó —según el dicho de Calles— más camino que el de la rebelión.

La tensión era tan grave que ya el 29 de julio Daniel Sánchez y otro agente federal habían matado en Puebla a José Farfán porque no quiso retirar del aparador de su comercio un letrero que decía: "Viva Cristo Rey".

En el sur de Estados Unidos residían numerosos mexicanos exiliados durante los últimos años, y el general Enrique Estrada —ex secretario de Guerra y ex jefe rebelde durante el levantamiento de De la Huerta en 1923— pensó en iniciar un movimiento armado en contra de Calles. Cerca de doscientos mexicanos se reunieron con ese fin, y aunque no había ningún fabricante de armas que les vendiera equipo, lo obtuvieron en pequeñas partidas valiéndose de una firma ferretera, hasta reunir lo suficiente para una columna de más de quinientos hombres, con 7 camiones, 3 aeroplanos, fusiles, ametralladoras, municiones, etc., todo por valor de 62,400 dólares. (1)

El plan del general Estrada y de otros 4 generales, compañeros suyos, era apoderarse de Tecate B. C., mediante un golpe de sorpresa.

(1) "Historia del FBI".—Por Don Whitehead.



José Farfán, muerto a tiros en Puebla porque se negó a retirar del aparador de su comercio un letrero que decía "Viva Cristo Rey" (29 de julio de 1926). La tensión era ya muy grave por la política de Calles contra la Iglesia.



General Enrique Estrada, ex secretario de Guerra, junto con otros 4 generales preparó un movimiento contra Calles, empezando por Tecate, B. C., y dadas las circunstancias podía tener éxito, pero la Casa Blanca se lo impidió.

y luego hacer un llamado nacional a la rebelión e ir organizando a los numerosos grupos descontentos. Pero el gobierno de la Casa Blanca tuvo noticias de tales preparativos y ordenó a la Policía de San Diego y al FBI que capturaran a los rebeldes, cosa que ocurrió el 15 de agosto. A los jefes principales se les impusieron penas de 12 a 21 meses de cárcel y multas de mil a diez mil dólares, con lo cual ese golpe anticallista fue aniquilado. Algo muy distinto a lo que ocurría cuando del otro lado de la frontera se quería derrocar a un gobierno mexicano, como en 1860 contra Miramón; en 1866 contra Maximiliano; en 1910 contra don Porfirio; en 1913 contra Huerta; en 1915 contra Villa y Eulalio Gutiérrez y en 1920 contra Carranza.

Mientras, en distintos sitios del país comenzaban a ocurrir desorganizados y utópicos intentos de resistencia. En Chalchihuites, Zac., el párroco Luis Batis y Salvador Lara Puente y David Roldán, de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, fueron ejecutados sumariamente por el general Eulogio Ortiz (agosto 15), con base en un rumor de que pensaban levantarse en armas.

En rumbo muy diferente, Manuel Melgarejo, de 17 años, y Joaquín de Silva, que iban camino a Zamora con la idea de participar en un



Manuel Melgarejo, de 17 años, junto con Joaquín de Silva iba a Zamora, Mich., a tratar de participar en un plan rebelde, pero cayeron cándidamente en una trampa y al día siguiente fueron fusilados en el panteón de Zamora.

brote rebelde, hicieron confianza en la amistad de un general Zepeda, que se acercó a ellos como ferviente católico, y una vez descubiertos sus planes ilusorios se les ejecutó en el panteón de Zamora (septiembre 12) al día siguiente de su captura. Igual suerte corrió en Pueblo Nuevo, Dgo., el párroco Pedro López.

Para el mes de septiembre ya eran 192 los colegios católicos, seminarios y conventos clausurados. La Liga de Defensa de la Libertad Religiosa consultó con el Comité Episcopal el aspecto moral de una rebelión armada. Por conducto del obispo de Tabasco, Pascual Díaz, el Episcopado contestó (30 de noviembre) que cuando hay evidencia de tiranía y cuando fallan los medios políticos, es lícito recurrir a la fuerza.

Con ese apoyo moral comenzó a prepararse una rebelión contra Calles.

Como algo sospechaba ya el gobierno, se acrecentaron los cateos y las aprehensiones de dirigentes o presuntos dirigentes católicos. Todos los jefes de la Liga de Defensa estuvieron entonces de acuerdo en que el boycot declarado a mediados de año no bastaba y en que el único camino era recurrir a la lucha armada.

Acerca del estado de cosas que imperaba en el país, Mr. Sydney Southerland escribía en "Liberty" (20 de noviembre y 18 de diciembre de 1926): "Yo no soy un defensor de la Iglesia Católica y de sus sacerdotes mexicanos, pues mi padre fue misionero metodista y yo nací en Monterrey, bajo el techo de su ministerio; pero no creo que sea caballeroso venir a este país para regocijarse con sus dolores cuando se le arrebatan su consuelo y su fe. Es para mí muy



Pío XI mostraba su simpatía por los católicos mexicanos, en tanto que "The New Age" decía en Nueva York que "la Iglesia Católica ha pervertido a los mexicanos durante 400 años. Los ha convertido en esclavos y fanáticos y sumido en la ignorancia".

despreciable toda esa cáfila de idiotas engañados que visitan este país con guías soviéticos y vuelven a los Estados Unidos aplaudiendo y pintando a los gobernantes con aureolas y con alas".

En esos días ya se hallaba en marcha una de las más intensas persecuciones religiosas habidas en México, acerca de la cual el Papa Pío XI habría de decir que era **"de las peores sufridas por la cristiandad".**

Por su parte, la revista masónica americana "The New Age", decía (diciembre de 1926): "La Iglesia Católica ha pervertido a los mexicanos durante 400 años. Los ha convertido en esclavos y fanáticos y sumido en la ignorancia. El mérico de Calles es cabalmente éste, a saber: el haberlos librado de la ignorancia y de la superstición en que yacían. Por esta razón es que puede contar con nuestra simpatía y con el apoyo de Norteamérica". (1)

UNA LUCHA CON ORIGENES VEINTE SIGLOS ATRAS

Semanas antes de que el Episcopado aprobara los planes de la Liga de Defensa de la Libertad Religiosa para realizar un movimiento armado, comenzaron a ocurrir algunos brotes prematuros y sin coordinación. Uno de los primeros rebeldes fue Luis Navarro Origel (con el seudónimo de Fermín Gutiérrez), que desde Pénjamo, Gto., se lanzó a la lucha el 29 de septiembre (1926) y poco después encabezaba como general a dos mil rebeldes.

La fecha acordada para la rebelión fue el primero de enero de 1927 y en diferentes lados comenzaron a surgir dispersas partidas de cris-

(1) Masonería.—Alberto J. Triana.—Argentina.



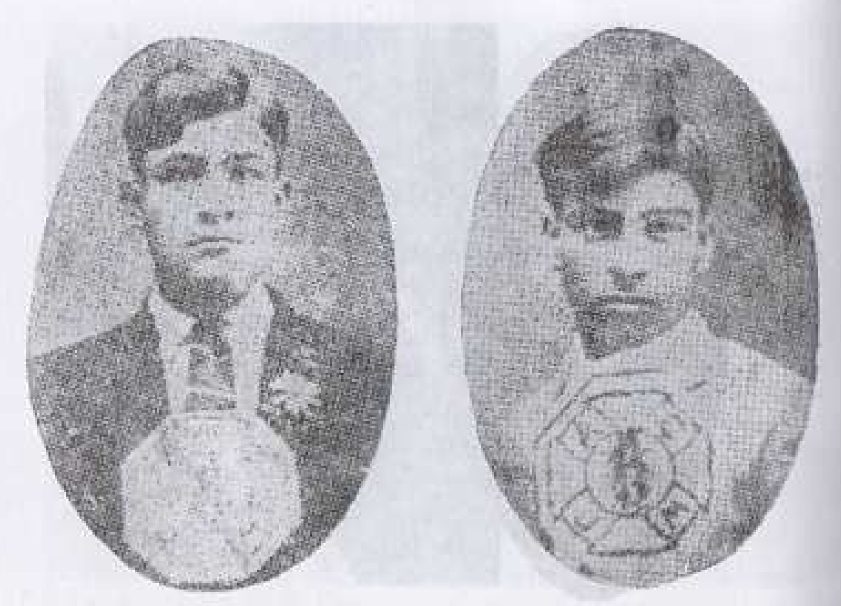
Salvador Vargas, de 20 años, uno de los siete jóvenes que pensaron levantar un movimiento rebelde en León, Gto., y que fueron descubiertos. Seis de ellos, incluso Salvador, fueron torturados para ver si denunciaban a presuntos cómplices, y muertos a tiros.

teros, llamadas así por su grito de "¡Viva Cristo Rey!" Los principales grupos surgieron en Jalisco y fueron secundados en Michoacán, Guanajuato, Durango, Morelos y Oaxaca, más tarde en Zacatecas, Aguascalientes, Sinaloa, Colima, México y Veracruz.

La Unión Popular, de Jalisco, presidida por el licenciado Agustín Navarro Flores, organizaba la acción cívica de los católicos jaliscienses. Anacleto González Flores era secretario de esa agrupación y también actuaba a través de la ACJM y del periódico "Gladium". Además, desde 1920 operaba en todo el Estado la Unión de Católicos Mexicanos, formada con gente de creencias firmes que habían prestado juramento de trabajar disciplinadamente. Sus miembros tenían señas y contraseñas para identificarse entre sí y era frecuente que llevaran una medalla o un escapulario con la letra "U". Algunos tenían tatuada esa letra en el pecho o en un brazo. Y fueron precisamente "los hermanos de la U" —como ellos se decían entre sí— y los grupos de González Flores los que suministraron hombres, sin experiencia en las lides de la guerra, pero decididos, que integraron los mandos de jefes y oficiales cristeros. (1)

Junto con esos improvisados oficiales marcharon como sacerdotes castrenses algunos presbíteros, entre quienes se hicieron famosos Pascual Vega, Gumersindo Sedano y David Uribe.

(1) La organización de la "U" fue planeada por el entonces Canónigo don Luis M. Martínez, de Morelia, en previsión de que los ataques carrancistas contra el catolicismo se recrudecieran en el futuro, como efectivamente sucedió 6 años después.



Francisco y José Fuantos, de 18 y 20 años de edad, junto con otros muchachos hacían planes en Parras, Coah., para un levantamiento cristero. Fueron fusilados junto con seis de sus compañeros. No se perdía tiempo en seguir un proceso, ni se admitía defensa.

Muchos de los pronunciamientos carecían de coordinación y de planes más o menos viables, por lo que pronto terminaron trágicamente. En León, Gto., siete jóvenes cristeros pensaron dar un golpe de mano y trataron de ganarse a Domitilo Torres, jefe de policía del barrio del Coecillo, pero éste los entregó al general J. Trinidad López. Ante los maltratos para que delataran a otros posibles partidarios y ante la inminencia de la ejecución, Agustín Ríos, de 21 años, no pudo detener las lágrimas; su compañero José Valencia Gallardo, que intercedió en favor de él, fue golpeado para que callara, y como contestara con el grito de "Viva Cristo Rey", le cortaron la lengua y luego le dieron un tiro en la cabeza con bala expansiva. A continuación fueron siendo liquidados José Vázquez, Agustín Ríos, de 21 años; Nicolás Navarro de 20; Salvador Vargas, de 20, y Ezequiel Gómez, de 19. Sólo sobrevivió Isabel Juárez, herido y golpeado. El parte oficial anunciaba más tarde que un asalto a la ciudad de León había sido rechazado victoriosamente. (Enero 3 de 1927).

(1927) El primero de enero un grupo de campesinos duranqueños se levantó en armas, dirigido por Trinidad Mora, Dámaso Barraza y Valente Acevedo, y ocuparon el pueblo de Mezquital.

En Jalisco hubo varios pronunciamientos y el licenciado Anacleto González Flores asumió la jefatura de ellos.



Antonio Verástegui, otro muchacho de Parras, Coah., fusilado después de que falló un plan juvenil de rebelión contra Calles. Los fusilamientos se ejecutaban sumariamente en cuanto había cierta presunción de culpabilidad.

Ocho muchachos de la ACJM fueron ejecutados en Parras, Coah., el 10 de enero, después de un fallido levantamiento: Francisco Guzmán, Antonio Muñiz, Juan Silva, José Rodríguez, Dolores Rodríguez, Francisco y José Fuantos, Plácido Arciniega y Bernardo Morales.

En la Sierra del Ajusco, cerca de México, fueron capturados y ejecutados los estudiantes Armando Téllez Vargas y Manuel Bonilla. En Puebla corrieron igual suerte el licenciado Julián J. Arreola y Trinidad Niño; en San Luis Potosí, el ex gobernador Hermilo Carreño y 3 personas más; en Parras, Coah., el acejotaemero Antonio Verástegui; en Río Verde, S. L. P., los acejotaemeros Ricardo Morales y Manuel Avila Verástegui; en Guadalajara, los hermanos Salvador y Ezequiel Huerta; en Coquimatlán, Col., Juan Brizuela Aguilar y José Cortés Aguilar; en Chiapa, Col., el acejotaemero Rafael Borja. Para fusilar no se necesitaba proceso ni sentencia; bastaba con ciertas presunciones de culpabilidad en actividades de rebelión y cualquier jefe policíaco regional podía ordenar la ejecución. Y así continuaron otros muchos fusilamientos, veintenas y centenas más, por diversos rumbos del país.

Sin embargo, la rebelión iba creciendo. . .

Algunos jóvenes de la clase media y numerosos agricultores fueron improvisándose como oficiales o jefes, y de entre ellos surgieron los que acicateados por sus creencias y por el peligro se convertirían luego en caudillos regionales. Anacleto González Flores —conocido como "el maestro"— en Jalisco; José Valencia Gallardo en Guanajuato; Dionisio Eduardo Ochoa en Colima; Luis Navarro Origel en la región de Pénjamo; Héctor Martínez de los Ríos, Quintanar y Valdovinos en Zacatecas; Luis Ibarra y Lorenzo Arriola en Nayarit; Carlos Bouquet en Tapalpa; Esteban Caro en Ameca, y Prudencio Mendoza en Michoacán.





Ricardo Morales (izquierda) y Manuel Avila Verástegui, fusilados en Río Verde, S. L. P., el 24 de marzo de 1927, acusados de querer organizar un grupo regional para secundar el movimiento cristero. Por todos los rumbos del país había ejecuciones sumarias.

Anacleto González Flores, que por saber atraer voluntades y encender entusiasmos había sido nombrado jefe del movimiento armado en Jalisco, fue capturado en su refugio de Guadalajara (1º de abril) debido a una denuncia hecha por un "cristero" de reciente ingreso. En manos de sus captores, Anacleto fue desnudado, se le colgó de los pulgares, se le flageló, se le hicieron cortaduras en los pies, todo para que delatara a otros jefes y revelara los dispositivos de las fuerzas rebeldes y sus centros de abasto. Pero su espíritu resistió el tormento de su cuerpo hasta que le dieron muerte, junto con los hermanos José y Ramón Vargas González, que lo habían alojado en su casa.

González Flores dijo que moría confiando en su causa, con la confianza que había expresado en uno de sus discursos: "Nadie ha logrado enterrar totalmente a los muertos. El puñado de polvo que se encuentra en el fondo de las tumbas no es el único que los muertos han regado sobre su camino, porque cada hombre, cada raza, cada generación, es como una caravana de polvo que se dispersa durante la jornada. Vivimos en medio del polvo de los muertos y somos como las múltiples miríadas de unidades de la selva, que de cuando en cuando se rejuvenecen, y que periódicamente dejan caer sus hojas amarillentas hasta hacer de ellas un océano de polvo



Anacleto González Flores, primer jefe del movimiento cristero en Jalisco. Fue capturado, torturado en un fallido esfuerzo de arrancarle secretos y luego fusilado. "La historia se escribe bajo la gravitación irresistible de la supervivencia de los muertos"... Su sepelio fue un plebiscito popular.

que invade los troncos de las mismas frondas... La historia se escribe bajo la gravitación irresistible de la supervivencia de los muertos..."

Y así aquellos hombres pagaban con el polvo de sus cuerpos la rebeldía de sus espíritus.

La inhumación de González Flores en Guadalajara fue un plebiscito popular en que una gigantesca muchedumbre acompañó el cortejo hasta la tumba. Dos jóvenes que en oraciones fúnebres ensalzaron al caído fueron seguidos por agentes policíacos y desaparecieron esa noche, como otros muchos, en pueblos y ciudades, que eran asesinados y enterrados clandestinamente.

Durante los primeros meses el régimen restó importancia a las insurrecciones cristeras y la prensa poco podía informar acerca de ellas, pero cada día fue evidente que aumentaban, pues crecía el número de generales y tropas encargados de combatirlas, tanto que el 3 de abril el secretario de Guerra, general Joaquín Amaro, se trasladó a Jalisco a supervisar las operaciones. Oficialmente se dijo que sólo había grupos considerables de rebeldes en Guerrero, Jalisco, Guanajuato, Colima y Sonora. En esta última entidad había millares de indios yaquis levantados en armas y erróneamente se creyó que atacando sus campamentos con aviones se lograría aterrorizarlos; pero no fue así, pues pasaron la prueba escondiéndose en selvas y sierras.

Dos meses después de la muerte de González Flores asumió la jefatura de todo el movimiento cristero el general Enrique Gorostieta, hijo del Colegio Militar. Diversos movimientos rebeldes que hasta en-

tonces habían sido más bien fruto del entusiasmo y de la resuelta rebeldía que de la planeación táctica, comenzaron a ser controlados mediante servicios de enlace, disciplina militar y mando central.

Como era natural, los pronunciados tenían pésimo armamento, una dotación heterogénea de carabinas 38, 32-20 y 30-30, o pistolas de medio uso y pistoletones viejos. Pero su mayor debilidad era la escasez de municiones y la enorme dificultad de conseguirlas en tan variados calibres.

En esas circunstancias los "cristeros" no podían formar un frente de combate, sino recurrir a la guerra de guerrillas, a acciones más o menos audaces de "pega y corre". Se trataba de un frente fluido, siempre cambiante. El general callista Cristóbal Rodríguez dice que sólo el fanatismo podía sostenerlos: "Escondiéndose, más que alojándose

> en cuevas, como los hombres primitivos de las cavernas, en medio de sobresaltos continuos, mal alimentados, esperando de un momento a otro ser atacados por las fuerzas de la legalidad que llevaban en las trompetillas de sus carabinas, la razón de la fuerza y la razón de la ley. Los cerros, las barrancas y el inmenso cielo fueron testigos mudos de su intranquila vida: durmiendo a la intemperie, bajo los rigores del frío y de la lluvia. ¡Una verdadera vida de perros!"

Los cristeros carecían también de servicios médicos para sus heridos. El médico que les prestara auxilio y que no los denunciara inmediatamente a las autoridades se hacía acreedor a la muerte sin juicio alguno, como le ocurrió al doctor Baltasar López, de Moroleón, Gto. Al saberse que había atendido a unos cristeros, una escolta se presentó en su domicilio la madrugada del 6 de mayo, fue llamado a que atendiera a un enfermo grave —quizá para que saliera con mayor prontitud—, lo subieron a un camión y poco después el vehículo se detuvo en la casa del presidente municipal. Hasta ahí supo el doctor López lo que le esperaba, pues su captor le gritó al alcalde: "¡Mande usted recoger el cadáver de este hombre que vamos a fusilar en la plaza!"

Tampoco tenían los cristeros servicios de intendencia que les garantizaran agua y comida. Pero entre las debilidades de su organización la peor de todas era la escasez de armas y municiones.

Desde que el gobierno supo de los primeros levantamientos comenzó a formar columnas volantes para combatirlos y nombró como jefes a más de diez experimentados generales. Cada columna constaba de dos regimientos de caballería, o de dos regimientos y dos batallones, o sea de 800 a 1,600 hombres. Aunque podían desplazarse libremente por los caminos y disponían de telégrafo, radio, camiones y abastecimiento seguro de víveres y cartuchos, no les resultaba fácil exterminar a guerrillas que un día pegaban en un sitio y que rápidamente se es-

condían en bosques o se remontaban a la sierra, para luego aparecer en un punto muy distante.

Los movimientos de las tropas, siempre cuidándose de emboscadas, eran más lentos que los de los cristeros, quienes a veces se dispersaban para desconcertar a sus perseguidores y más tarde volvían a agruparse en solitarios parajes. Para mediados de 1927 —seis meses después de los levantamientos más o menos planeados— operaban 18,000 cristeros, aunque con muy reducida capacidad de fuego, pues muchos de sus rifles eran de caza o de tiro al blanco y no disponían de máuseres de tiro rápido como los del Ejército, ni mucho menos de ametralladoras, radiocomunicación, ferrocarriles y camiones. A veces la escasez de municiones los obligaba a suspender combates en que iban ganando y huír en busca de refugio.

Para el abastecimiento de municiones los guerrilleros dependían de agentes suyos que operaban en ciudades y poblados, siempre jugándose la vida en peligrosos ardides. Pequeñas cantidades de cartuchos eran ocultadas en sacos de cemento o en cajas de jabón y llevadas hasta determinados lugares para surtir a los rebeldes. Los agentes descubiertos en estas actividades sufrían duros tormentos para que denunciaran a sus compañeros y morían en pocas horas.

Se formaron también brigadas femeninas "Juana de Arco" para ayudar en esos menesteres, y naturalmente cuando las mujeres caían en una emboscada o eran descubiertas, corrían horrible suerte antes de perecer. El general Cristóbal Rodríguez, en aquel entonces jefe de la guarnición callista de Querétaro, hace el siguiente relato: "A mu-

> chas de estas jóvenes y guapas señoritas, histéricas algunas y otras tirando a marimachos, les costaba cara su osadía de constituirse en proveedoras de parque de los rebeldes. Con este fin frecuentemente se organizaban días de campo y fiestas a extramuros de las ciudades en donde señoritas y damas en ocasiones de la mejor sociedad y hasta familiares cercanos de funcionarios y militares que ignoraban sus actividades, llevaban en las canastas de las provisiones de boca, grandes cantidades de cartuchos". (1)

Como los brotes rebeldes iban en aumento y la inquietud pública crecía en todo el país, el régimen necesitaba muestras de apoyo, aunque fueran falsas. Y para eso ahí estaba el instrumento marxista del sindicalismo controlado por el Estado; ahí estaba la CROM de Morones, de Samuel Yúdico, de Lombardo Toledano y hasta de Samuel Gompers, cuyos herederos le prestaban ayuda desde Estados Unidos; la CROM de líderes millonarios que "redimían" al proletariado unciéndolo al gobernante en turno mediante el látigo de la "cláusula de exclu-

(1) La Iglesia Católica y la Rebelión Cristera.—Gral. Cristóbal Rodríguez.



Samuel Yúdico, uno de los allegados al líder Luis N. Morones, que ayudaba a controlar a los obreros con fines políticos. El primero de mayo se realizó una gran manifestación de sindicalizados y burócratas en apoyo del régimen y abundaron las banderas rojinegras con la hoz y el martillo. Banderas extrañas a México, traídas por la conspiración mundial.

sión". O marcha el proletario según la consigna oficial o pierde el pan. Y la metrópoli vio el 1º de mayo desfilar millares de obreros y emplea dos públicos en testimonio de apoyo al régimen, y vio sorprendida cien tos de banderas rojinegras con la hoz y el martillo. Banderas extrañas a México, traídas por la conspiración mundial. . . (1)

En ese mismo mes de mayo las cárceles comenzaron a llenarse de reos políticos y algunos fueron enviados a las Islas Marías.

Cada día la nación iba conmoviéndose más intensamente, aunque en las grandes ciudades hubiera calma aparente porque el régimen y la prensa ocultaban gran parte del malestar y de los hechos sangrientos que ocurrían en diversos rumbos del país.

Con motivo de la muerte de la esposa de Calles (junio 2), todas las oficinas públicas se mantuvieron cerradas tres días y ondeó la bandera nacional a media asta en señal de duelo.

Prácticamente el país se hallaba en revolución; una revolución con muchos adeptos en todas las clases sociales, pero como no tenía parentesco con la "Revolución Mundial" marxista, no había naturalmente personajes oficiales que se le "voltearan" al régimen, como es infalible que ocurra en los pronunciamientos de orígenes masónicos. Todos los integrantes del engranaje gubernamental sabían que la rebelión cristera no podría contar ni con armas, ni con dinero, ni con la fuerza política de la Casa Blanca.

La lucha que se desarrollaba en México no era un fenómeno local. El gobierno, surgido entre un pueblo de inmensa mayoría católica no podía tener razones propias para entrar en pugna con el senti

(1) El mito del 1o. de mayo fue instituido por la Primera y por la Segunda Internacional Comunista (1886 y 1889) alrededor de los terroristas europeos que mataron en Chicago a 8 policías y que por ello fueron ejecutados.



Ingeniero Luis Segura Vilchis. Se declaró autor único del fallido atentado contra Obregón y fue ejecutado sumariamente, junto con el padre Pro, con el hermano de éste y con el obrero Juan Tirado. El embajador de Argentina hizo inútiles gestiones ante Calles para que los acusados fueran sometidos a proceso. Se interpuso un amparo, pero no se le acató.

general. El móvil de su acción se ocultaba tras los secretos de la logia, y se comunicaba, a través de ese pasadizo oscuro, con el odio milenario que dos mil años antes había ya reverberado en el Gólgota.

(1927)
CALLES PAGA EL APOYO DE PODEROSOS PADRINOS

En el segundo semestre de 1927 Alvaro Obregón se perfilaba por segunda vez como futuro Presidente, mediante una reelección que lo convertiría en sucesor de Calles. Y como todo indicaba que seguiría la misma política en materia religiosa, un grupo de jóvenes creyó que eliminándolo podría resolverse el conflicto en un futuro no lejano. Aprovechando que paseaba en su Cadillac abierto, antes de ir a los toros, lo siguieron por Chapultepec y al cruzar la Calzada de los Filósofos le arrojaron una bomba (noviembre 13); pero Obregón resultó ileso. El automóvil de los atacantes —un Essex— fue tiroteado y alcanzado por la policía en el Paseo de la Reforma e Insurgentes. El que lo manejaba, Nahum Ruiz, quedó ciego de un tiro en la cabeza y fue capturado. Bajo la presión policíaca una mujer denunció al ingeniero Luis Segura Vilchis, que trabajaba en la Compañía de Luz y también fue detenido. Días después Nahum Ruiz murió en el hospital Juárez, al parecer sin haber podido declarar, pero el agente policíaco Alvaro Basail dijo que Ruiz —pese al tiro en la cabeza— había denunciado al obrero Juan Tirado, al presbítero Miguel Agustín Pro y a los hermanos de éste, Humberto, de 24 años, y Roberto de 19. Todos ellos fueron inmediatamente detenidos.

El embajador de Argentina hizo infructuosas gestiones ante Calles para que en vez de mandar matar a los reos los consignara ante un



Sacerdote Miguel Agustín Pro, fusilado en relación con el fallido intento de matar a Obregón. No había pruebas contra él, pero Obregón explicó así la situación: "Cuando nos pica un alacrán, cogemos una linterna para buscarlo y si encontramos a otro alacrán, no lo dejamos vivo porque no nos ha picado"...

juez que examinara si realmente eran culpables. Al mismo tiempo el licenciado Luis E. MacGregor obtuvo un amparo en el juzgado primero supernumerario de Distrito, pero cuando se presentó en la Jefatura de Policía —que se hallaba donde ahora está la Lotería Nacional— se le impidió la entrada mientras en el patio de tiro iban siendo ejecutados el padre Pro, su hermano Humberto y el ingeniero Segura Vilchis. Sólo el menor Roberto Pro se salvó del paredón y fue expulsado a Cuba.

Los hermanos Miguel Agustín y Humberto Pro, velados en su casa de Pánuco 58, fueron llevados al cementerio en medio de una muchedumbre de veintenas de miles de personas. La policía lanzó varias cargas a sablazos tratando de disolver a los manifestantes, contra los cuales también se lanzó un grupo de bomberos, pero aquéllos eran tantos que no pudieron ser dispersados y llegaron hasta el panteón donde el padre de los hermanos Pro, don Miguel, echó la primera paletada de tierra sobre el féretro de sus hijos y exclamó: "Hemos terminado. . . Te Deum Laudamus". . .

El régimen no aportó pruebas acerca de la culpabilidad de los hermanos Pro, salvo que el ingeniero Segura Vilchis había pedido prestado el automóvil Essex a Roberto Pro, pero Obregón sintetizó bien la actitud del gobierno con las siguientes declaraciones: "Cuando nos pica un alacrán, cogemos una linterna para buscarlo y si encontramos a otro alacrán, no lo dejamos vivo porque no nos ha picado; lo matamos porque también puede emponzoñarnos con su veneno y es necesario que la reacción abandone la idea de vencernos; ella no tiene armas suficientes, porque las armas que dan el derecho

a la victoria son las armas que radican en el espíritu y no armas que radican en el vientre".

Sólo que en esas circunstancias millares y millares de mexicanos eran alacranes, y así lo dio a entender Calles al ordenar al general Figueroa que desalojara a miles de habitantes de la región de Los Altos, Jalisco, porque ayudaban a los rebeldes con víveres, con armas o con informes. Y llegaron tropas desde Sonora, en su mayoría indios yaquis que ni siquiera hablaban español, y se obligó a muchos vecinos a abandonar poblados y rancherías para dispersarlos en lugares distantes. Una vasta zona, poblada por 240,000 personas, fue estrechamente vigilada, en medio de malos tratos, de saqueos y hasta de asesinatos cuando alguien pretendía oponer resistencia.

Esa medida era, en pequeña escala, algo parecido a los traslados de población en masa que hacen los jefes marxistas en la URSS cuando en determinada región se localiza un foco de resistencia. Tal acoso sobre la población civil produjo serios trastornos a los cristeros, aunque no impidió que siguieran aumentando. El movimiento rebelde iba apoderándose de armas modernas que arrebataba en emboscadas o en afortunados combates.

El jefe cristero Navarro Origel mandaba siete mil hombres y dominaba gran parte de la costa de Michoacán. En un 40% tenía ya rifles mauser. En el centro de Michoacán y en la región de Zamora y Yurécuaro, operaba otro grupo de mil cristeros. En Colima, Jalisco, Nayarit y el sur de Zacatecas, diez mil más. En el norte de Zacatecas, 500; en Aguascalientes, 500; en Guanajuato 800 y en el Estado de México 1,500. También había otras guerrillas en los estados de Durango, Tlaxcala, Oaxaca, San Luis Potosí, Puebla, Morelos, Veracruz, Sinaloa, Hidalgo y Guerrero.

En total, a fines de 1927 operaban 20,000 hombres en forma regular, y 10,000 en forma intermitente, en 17 estados de la República. Eso equivalía ya a casi la mitad de las tropas que sostenían a Calles. La situación para el régimen no era muy tranquilizadora, aunque seguía teniendo un enorme margen de superioridad en armas y en recursos económicos.

En esa época los cristeros vivieron días de incertidumbre acerca de una nueva arma con que iba a combatírseles. El gobierno había recibido de Estados Unidos 13 aviones de guerra, con ametralladoras y bombas ligeras, y estableció una base aérea en Ameca, Jal., y luego otras en Ocotlán y en Colima. En un principio los rebeldes pensaron que la aviación podría causarles grandes daños, pero después de algunos sustos se percataron de que el bombardeo era todavía muy impreciso y de que si el avión descendía para afinar el tiro resultaba vulnerable a los disparos de fusil, pues su velocidad no pasaba de 150 kilómetros por hora.

De cualquier manera, los aviones eran un buen medio de observación, aunque no de fuego preciso, y los cristeros tuvieron que volverse más cautos para no ser descubiertos en sus correrías.

En el segundo semestre de 1927 ocurrían de siete a diez combates diarios en diferentes sitios. Las circunstancias eran difíciles para los cristeros, que a menudo sufrían la escasez y aun la falta temporal de municiones, pero también lo eran para los soldados que durante semanas y meses se desplazaban de un sitio a otro, a veces en persecución de los rebeldes y a veces rehuyendo alguna trampa. Y la mayoría de esos soldados eran también cristianos, del mismo barro que los cristeros, aunque la disciplina y el adoctrinamiento los mantenían en el bando opuesto.

Durante un combate en Puerto Obispo, cerca de Guachinango, entre 900 cristeros y 600 soldados, el general rebelde Jesús Degollado percibía esa paradoja de hermanos luchando contra hermanos y la describe así: "Los del 60 regimiento atacaron con valentía, y después de mucho rato de lucha, obligaron a los cristeros a refugiarse en la segunda línea. Se arrojaba valor por ambas partes; hasta pena causaba ver que soldados tan buenos y hermanos se mataran"...

Durante 1927 fueron ejecutados por lo menos 26 sacerdotes, unos por oficiar sin el requisito del registro oficial y otros por ayudar a los cristeros. Siete de esos 26 fueron martirizados antes de ser ultimados a tiros o ahorcados: Mateo Correo, con las plantas de los pies cortadas; Sabás Reyes, quemado de los pies; Gumersindo Sedano, golpeado y herido; Rodrigo Aguilar, jalonado con la soga al cuello; Pedro Esqueda, golpeado y herido; Leandro Juan García y Pablo García, golpeados y privados de agua y comida. El objeto de tales tormentos era principalmente el de obtener revelaciones acerca de la organización de los rebeldes.

En esas circunstancias resultaba sarcástico el "humanismo" de los líderes sindicales que el 22 de agosto realizaron tumultuosos mitines de protesta en el Distrito Federal, en Toluca, Guadalajara y otras poblaciones porque Estados Unidos ejecutaba a los anarquistas homicidas Sacco y Vanzetti. Diego Rivera participó en uno de esos mitines para abogar por los dos extranjeros.

Para los que no eran combatientes activos, pero que en alguna forma ayudaban al movimiento de resistencia no había salvación posible porque ni se les sometía a proceso ni tenían el recurso de defensa, como en los casos de Antonio Acuña Rodríguez, de 20 años, ejecutado en Saltillo el 15 de enero; Salvador Calderón de 24 años, fusilado cerca de Morelia el 20 de febrero; José Guadalupe Delgado, de 18 años, muerto el 7 de abril; Tomás de la Mora, de 17 años, ejecutado cerca del Volcán de Colima el 20 de agosto; Luis Muñoz Estrada, de 21 años,



Tomás de la Mora, de 17 años, ejecutado cerca del Volcán de Colima.

ahorcado en San Julián, Jal., el 22 de diciembre, porque no supo o no quiso revelar el paradero de su hermano, cristero, y así por el estilo, otros muchos que sería imposible enumerar.

Al mismo tiempo Calles cumplía con su compromiso de dar acomodo en México, durante 1927, a diez mil judíos procedentes de Europa y de Estados Unidos. Y ultimaba con su amigo y consejero, el rabino Martín Zielan, los arreglos para traer 90,000 judíos más en 1928. (1)

Refiriéndose a esa inusitada inmigración, el boletín de guerra número once de los rebeldes cristeros, de fecha 6 de marzo de 1927, decía: "Todo en Calles nos habla del odio hebreo hacia Cristo, ese odio que después de haber levantado un cadalso para el Hijo de Dios en el Gólgota, sigue persiguiendo y perseguirá hasta el fin de los siglos la vida mística de Cristo, en su Iglesia. Calles, antes de subir al poder, con el pretexto de ir en busca de alivio para sus males sifilíticos en los sanatorios europeos, fue a recibir órdenes de sus correligionarios, los judíos, en varios centros del antiguo continente y en los Estados Unidos del Norte, en donde, al regresar a México, dijo públicamente a los israelitas que allí

(1) Inicialmente ostentaban la nacionalidad del país de origen. Muchos se naturalizaron luego mexicanos, adoptaron nuevos apellidos o "castellanizaron" los propios en busca de "una grafía más sencilla" (según dice el rabino Wise) o bien se casaron con antiguos residentes. En pocos años sus descendientes adquirieron buena posición en la sociedad mexicana, muchos con apellidos tan familiares entre nosotros como Merino, Carrillo, Calderón, Pinto, Albarrán, Carmona, Rubio, Valverde, Ortega, Marcos, Zaga, Herrera, Maya, Solano, Solís, etc., identificados externamente con lo mexicano, aunque conservan sus creencias, costumbres y nexos especiales.

andaban sin casa ni oficio, que tendrían en nuestra patria su hogar".

En esa forma Calles estaba pagando el padrinaje que le otorgaban los judíos de Wall Street y del Consejo de Relaciones Exteriores, con influencia en el Departamento de Estado americano. No es propiamente que Calles fuera judío; aunque bisnieto de Manuel Elías Pérez, sefardita, no reunía las condiciones de "pureza" de sangre y de preparación espiritual que los mismos hebreos exigen a los miembros de su comunidad. Ellos le brindaron interesado apoyo político y él aprovechó la alianza para instaurar y prolongar su régimen.

LA CONSPIRACION TIENDE SU MANTO DE SILENCIO

Dado que en Iberoamérica hay mayoría decisiva de católicos, una rebelión generalizada de ellos puede tarde o temprano triunfar sobre las fuerzas locales que se le enfrenten, pero siempre que Washington no ayude con armas y créditos al bando anticristiano. Las masas católicas iberoamericanas carecen de la organización y de los medios materiales indispensables para imponerse a fuerzas políticas auxiliadas desde el extranjero.

Ahora bien, la influencia masónica-judía que primordialmente se ejerce en el Departamento de Estado-americano y en el Consejo de Relaciones Exteriores, de Estados Unidos, nunca ha estado en serio conflicto con los católicos de su país porque necesita tranquilidad y confianza dentro de sus fronteras, pero fuera de ellas siempre ha alentado o solapado toda acción anticatólica. Arreglar cuentas con los de casa, según ellos, es tarea final, porque en su base de operaciones debe haber paz y orden para poder desarrollar su plan en el exterior.

Durante todo 1927 la rebelión cristera y el descontento de grandes sectores del pueblo evidenciaron la impopularidad de la política oficial en materia religiosa, pero don Plutarco Elías tuvo, lógicamente, la simpatía y el apoyo decidido de los jefes hebreos y masónicos de Norteamérica, no precisamente del pueblo americano. El peligro más grave para el callismo era que los ciudadanos americanos, al enterarse de la suerte de los católicos mexicanos, presionaran a sus propias autoridades en favor de éstos. Y muchos aliados judíos de Calles se encargaron de enturbiar la información internacional de prensa a fin de presentarlo como un gobernante inmaculado al que debería apoyársele contra los "bandoleros" que se le oponían.

Los monopolios internacionales de noticias daban preferencia siempre a las versiones del régimen callista y con miles de sutiles trucos dialécticos y periodísticos restaban seriedad y simpatías a los rebeldes mexicanos.

Los escritores Dr. Ernest Gruening y Frank Tannenbaum, y el periodista Walter Lippman, todos judíos, movían a otros muchos correligionarios suyos en favor del régimen callista. Se trataba a toda costa de "desinformar" a la opinión pública americana para que la Casa Blanca pudiera seguir apoyando a Calles. Roberto Haberman, también judío, percibía en Nueva York 600 dólares mensuales que le enviaba el secretario de Industria Luis N. Morones, y encauzaba a periodistas y escritores en favor de don Plutarco. José Vasconcelos, ex ministro de Educación, fue testigo de que los protestantes del Federal Council of Churches y los masones de "The Nation" y de la World Peace Ass., editaban y distribuían folletos en defensa de Calles. (1)

Hasta en Europa, aprovechando la celebración del Congreso Antiimperialista de Bruselas, llegó el doctor judío Goldschmidt (procomunista) para trabajar en favor de don Plutarco. Vasconcelos vio que en los altos círculos de Washington "todo se lo perdonaban a Calles porque les servía de brazo para pegarle a la Iglesia. . . Y lo que no hubieran osado hacer en su propio territorio lo gozaban en el nuestro. Una suerte de instinto les hacía ver que la Iglesia mexicana podía, en un momento dado, convertirse en reserva y apoyo de los católicos yanquis. Por eso han estimulado en nues-





Walter Lippman (izquierda) y Frank Tannenbaum, escritores de grandes diarios de Estados Unidos, participaban relevantemente, junto con Goldschmidt y Oachs (del "New York Times") en la campaña publicitaria en favor de Calles y en contra de los cristeros. Era importantísimo mantener "desinformada" a la opinión pública americana para que el Departamento de Estado siguiera apoyando al régimen callista.

(1) "El Desastre".—José Vasconcelos.

tro territorio medidas como la confiscación de bienes, la supresión de conventos que ellos mismos no osaron poner en práctica, por ejemplo, en Filipinas. El mismo instinto los tiene convencidos y con razón de que la destrucción del catolicismo quita a nuestra raza su más vigoroso aglutinante y la deja a merced de la conquista espiritual que es el antecedente de la dominación política y económica del territorio entero".

Desde un punto de observación muy distante, el escritor francés Jean Giraud decía el 28 de diciembre de 1927: "Esta conspiración es demasiado universal para no obedecer a una consigna; y ya que el criminal es un gobierno masónico, es fácil señalar de dónde viene la orden que cierra la boca, a unos por disciplina, a otros por temor. Es siempre el maestro de orquesta invisible, el que sabe gritar o imponer silencio. . .

"Que los judíos sean víctimas de algunos atentados en Rumania o en otra parte cualquiera, al instante la Liga de las Naciones envía severas amonestaciones. . . ¿Por qué entonces esa misma Sociedad de Naciones parece ser indiferente a la sangre que no deja de correr en México? . . .

"Hay casos en que, sin distinción de partidos o de nacionalidades, se pone la prensa de acuerdo para prevenir o reparar una injusticia, o lo que ella entiende por ese nombre. Hace algunos meses apenas, la hemos visto levantarse para defender a dos anarquistas, Sacco y Vanzetti, condenados por delitos de orden común. . . y mientras esto se hace para salvar la vida de dos hombres que la prensa creía inocentes ¿qué ha hecho para salvar en México a miles y miles de seres, ciertamente mucho más inocentes que Sacco y Vanzetti?" (1)

Durante la luna de miel entre Calles y el movimiento político judío, la revista israelita neoyorquina "Reflex" llegó a presentarlo en su número de febrero de 1929 como "uno de los nuestros", según artículo del sefardita Adolfo de Castro, antiguo cónsul americano en España.

Y aunque no es cierto que a Calles lo consideraran realmente judío, sí es incuestionable que fueron los Haberman, los Goldschmidt, los Gruening, etc., los que despertaron en él todo el odio ancestral de sus remotos antepasados Elías, y fueron ellos también los que lo protegieron en esa lucha, hasta el grado de que en Estados Unidos se alababa a don Plutarco en todos los círculos influyentes donde había judíos o masones procomunistas ligados a ellos. Los diarios "The Nation" y "The New Republic", que disimulaban su marxismo con ropajes de "liberalismo progresista", lo mismo que el solemne "The New York Times", del judío Oachs, así como "The World" y "The Herald Tribune", prestaron grandes servicios al callismo. Con su capciosa propaganda contribuyeron a que la poderosa American Federation of Labor también ayudara a don Plutarco, no obstante que en esa época todavía figuraban en ella eminentes católicos.

(1) Un ejemplo de cómo el monopolio judío de la información internacional provoca psicosis colectivas fue el de su congénere Chessman, reo de delitos comunes, al que trató de salvar pese a las pruebas que había en su contra.

El escritor inglés Francis McCullagh ("Red Mexico") refiere que un periodista americano que habló largamente con Calles se quedó sorprendido del odio que éste mostraba contra el catolicismo, **"no el odio de una vida, sino de muchas generaciones de odio".** Mr. Mc Cullagh realizó estudios en México, recogió datos según los cuales en poco más de un año de lucha religiosa habían sido liquidados 4,047 católicos. Pero su sorpresa subió de punto cuando comprobó que la prensa americana (en su mayoría controlada por los monopolios informativos judíos) soslayaba ese hecho, lo cubría con una conspiración de silencio y ayudaba decididamente a Calles. "Uno de los rasgos más inquietantes de la cuestión mexicana —escribió McCullagh— no se encuentra en México, sino en los Estados Unidos; es el extraño silencio de la prensa".

Pero a pesar de esa conspiración de silencio, algo lograba filtrarse y las organizaciones católicas se comunicaban las noticias entre sí. De Argentina, Brasil, Uruguay, Colombia, Chile y Canadá llegaron mensajes de aliento para los católicos mexicanos. Todo el episcopado francés se unió en una declaración condenatoria para el régimen callista. En Berlín hubo un mitin de ochenta mil personas que protestaron contra Calles. En Suiza, Irlanda, Inglaterra, Hungría, España y Bélgica también hubo protestas. El escritor francés B. Bessières decía en "Le Mexique Martyr": "La política religiosa de Calles se resume en dos líneas, someter o exterminar el catolicismo; apoyarse para lograrlo en la masonería internacional, sobre todo la americana, en los protestantes y en los judíos".

Las agrupaciones israelitas europeas se alarmaron y dijeron que Calles no era de su comunidad. En parte lo hicieron porque tal cosa es la verdad y en parte porque temían que cayera sobre ellos la antipatía que provocaba Calles en todo el mundo católico.

Entre el ciudadano medio americano comenzó también a conocerse algo de lo que pasaba en México, pese a la persistente "desinformación" de su poderosa prensa controlada por judíos o influída por las agencias informativas. Para acallar los nacientes recelos se habló de formar una comisión que se trasladara a México a investigar **"la verdad"**, y la comisión vino encabezada nada menos que por el judío Roberto Haberman. Naturalmente, su informe resultó una glorificación del callismo. . .

Mantener a la opinión pública americana mal informada, descon-

certada acerca de lo que sucedía en México, era una tarea esencial para los aliados internacionales de Calles, pues si esa opinión pública lograba tener cabal conciencia del problema mexicano, presionaría indefectiblemente a su gobierno para que cuando menos dejara de suministrar armas al régimen, o las vendiera a los rebeldes. Y eso hubiera sido un golpe decisivo contra Calles.

CALLES EN APRIETOS Y MORROW AL RESCATE

Era casi imposible que la rebelión cristera lograra un triunfo completo y estableciera por sí sola un gobierno propio, pues su enemigo no era únicamente un régimen con tales o cuales fuerzas de apoyo dentro de México, sino un régimen apoyado por la masonería internacional, incluyendo altos círculos del Departamento de Estado americano. La lucha se habría balanceado sólo que los cristeros hubieran tenido también apoyo internacional en armas, dinero y presión política.

Sin embargo, luchando como grupo nacional contra fuerzas internacionales, los cristeros podían llegar a frustrar los planes más radicales de la acción anticatólica y además despertar, movilizar y alentar indirectamente la lucha de otras fuerzas políticas desafectas al régimen.

(1927) Y esto último fue lo que empezó a ocurrir claramente en el segundo semestre de 1927. Aunque Calles seguía recibiendo apoyo de la Casa Blanca, su situación interna comenzó entonces a desmejorar, a medida que se aproximaba el fin de su período de cuatro años de gobierno y a medida que el descontento cundía por el país.

Don Plutarco había recibido el gobierno de manos de Obregón y se disponía a devolvérselo para el siguiente período. A fin de que Obregón se presentara nuevamente como candidato fue reformada la Constitución para eliminar el principio de la "no reelección" y esto provocó un cisma entre la llamada familia revolucionaria. Veintitrés diputados osaron formular un manifesto contra la reelección y fueron desaforados en el acto (octubre 3). Otros guardaron precavido silencio, pero esperaban una coyuntura para actuar.

Tiempo antes el divisionario Angel Flores se había perfilado como posible candidato a la Presidencia, en rivalidad con Obregón, y murió en forma extraña, casi repentinamente. En su agonía le dijo al doctor Gliserio García: **"Doctor: ya me fregaron. . ."** El propio médico García y sus colegas Mario Carmelo, Vidales Breña y Torres Ortiz dijeron que la muerte se había debido a intoxicación arsenical. La señora Beatriz Pérez Vda. de Flores acusó a Obregón como director intelectual del envenenamiento, pero no logró que se hiciera ninguna investigación formal.

A mediados de 1927 el general Francisco R. Serrano, ex Secretario de Guerra, muy conocido en aquella época y con muchas simpatías entre políticos y militares, trató de convencer a Obregón para que no se reeligiera y acabó peleándose con él, después de lo cual decidió competirle como candidato en las próximas elecciones. Se formó un partido en su favor y en Puebla hubo un primer mitin al que concurrieron miles de personas.

El general Arnulfo Gómez —otra de las figuras militares y políticas de entonces— se oponía asimismo a que Obregón se reeligiera, efectuó una Convención Antirreeleccionista y lanzó también su candidatura a la Presidencia.

Calles sentía que las fuerzas del propio engranaje oficial se le estaban escapando de las manos. . .

Obregón también se inquietó por esos síntomas de oposición electoral y presionó a Calles para que eliminara a los oposicionistas por el rápido expediente del asesinato. Al mismo tiempo circulaban rumores de posibles levantamientos dentro del Ejército, ya fuera en favor de Serrano o de Gómez.

Calles siguió el consejo de Obregón y el 3 de octubre el general Serrano y 13 acompañantes —incluso los generales Carlos A. Vidal, Miguel A. Peralta y Daniel Peralta, así como los abogados Rafael Martínez de Escobar y Otilio González— fueron detenidos en Cuernavaca durante una comida con la que empezaban a celebrar el santo de Serrano, que sería al día siguiente. Calles ordenó por escrito al general Claudio Fox que saliera a recibir a los detenidos a la carretera de Cuernavaca y que los matara.



General Francisco Serrano, ex secretario de Guerra, decidió competirle a Obregón en las elecciones próximas y dado el ambiente de descontento que había pudo haber arrastrado a grandes sectores en su favor. Entonces Calles y Obregón acordaron eliminarlo por la vía más rápida y lo mataron junto con trece acompañantes suyos, incluso los generales Carlos A. Vidal, Miguel A. Peralta y Daniel Peralta. Fue la matanza de Huitzilac.

Tropas de guarnición en Cuernavaca llevaron en varios automóviles a los 14 desventurados hasta cerca de Huitzilac, donde los recibió el general Fox con 50 soldados del primer regimiento de artillería. En cada automóvil viajaban dos de los detenidos, en el asiento delantero, y varios soldados en el asiento posterior.

El general Serrano vio a Fox y le preguntó: "Oye, Fox, ¿qué órdenes tienes?" —Llevarlos a México, Pancho —respondió Fox. Otro de los detenidos, el general Vidal, tenía sus dudas y nerviosamente estrujaba su sombrero texano entre las manos. Vidal había sido partidario de un levantamiento porque no creía en las elecciones y porque suponía que muchos jefes militares los secundarían.

La comitiva se puso en marcha y poco después se detuvo frente al pueblo de Huitzilac. El capitán Pedro Mercado, del Estado Mayor Presidencial, enviado por Calles como interventor personal suyo a la matanza, fue al pueblo a comprar cuerdas y alambres. Luego ordenó que los detenidos fueran maniatados por la espalda. Una lúgubre sospecha se generalizó en la comitiva. . . "¿Qué pasa aquí? —gritó entonces Sererano—. Este es un atropello". . . Alguien le dio un pistoletazo y lo hizo callar y retorcerse de dolor, pero de todos modos fue el único que se libró de ser amarrado.

La comitiva volvió a ponerse en marcha, pero apenas se alejó del pueblo volvió a detenerse. El coronel Hilario Marroquín gritó: **"Bájense con los reos!"**. . . Estos tuvieron entonces la certeza de que iban a ser asesinados. Uno de ellos exclamó: **"Fox. . . ¡no seas ingrato!"** Otro le gritó: **"¡Fox, por nuestra vieja amistad, permítenos escribir unas líneas para nuestras familias". . .** Y alguno más: **"Fox, danos la oportunidad de hablar con Calles, con Amaro o con Obregón. . ."**

Pero Fox ya se había ido 4 kilómetros adelante porque no quería ver la matanza, de la cual quedó encargado el coronel Hilario Marroquín, que súbitamente se encarnizó, con una 45 en una mano y una Thompson en la otra, y gritó a sus oficiales: **"¡Cada uno de ustedes agarre un reo y fusílelo con sus soldados. . . Andele, muévase, tal por cual!". . .**

Los oficiales quedaron por unos instantes petrificados. Aquella orden era propia de gangsters y no de soldados. Marroquín volvió a gritarles, apremiándolos, y algunos soldados hicieron fuego sobre el reo que tenían más cerca. Luego la matanza se generalizó. . .

El general Serrano fue dejado al último. Se hallaba de pie en la orilla de la carretera fumando un puro y viendo cómo caía cada uno de sus amigos. Marroquín se adelantó hacia él, pistola en mano, y le dijo: **"Con su permiso, mi general, ahora le toca a usted". . .** Le hizo algunos disparos que lo hicieron rodar por el suelo, herido, y luego lo remató de varios tiros en la cara.

Refiere el general Rodolfo Casillas que Marroquín contó los cadáveres y luego gritó: "falta un cuerpo, falta un cuerpo, búsquenlo y tráiganlo luego. . . **'Aquí estoy'**, contestó una voz como salida de ultratumba. Se había ocultado tras unos árboles en el momento de la confusión. Pero ¿por qué no huyó cuando ya estaba a salvo, cuando nadie había notado su ausencia? . . . Imposible saber qué extraños pensamientos le obligaron a entregarse voluntariamente a sus verdugos. . . Marroquín le dijo: **'Venga para acá, amigo'**; éste avanzó resueltamente, pero sólo caminó algunos pasos porque otra vez la pistola del matador de Serrano se encargó de tenderlo en el sendero". (1)

Eran las 6:20 de la tarde.

Nadie advirtió que el último de los balaceados había quedado con vida y así llegó hasta la sala de autopsias del Hospital Militar, donde nadie se atrevió a prestarle auxilio porque Calles podía disgustarse, y ahí murió horas después.

Hay numerosos testimonios de que Obregón fue a ver los cadáveres, cuando la comitiva hizo alto en el Bosque de Chapultepec para rendirle el parte a Calles, y que al detenerse frente al cuerpo destrozado de Serrano exclamó parsimoniosamente: **"¡Allí tienes tu Presidencia! . . ."**

A pesar del miedo que infundía la mano dura de Calles, una enorme muchedumbre asistió al sepelio de Serrano en el Panteón Francés. Rindiendo ese homenaje a la víctima condenaban públicamente al victimario.



General Arnulfo R. Gómez, otro que pretendió rivalizar con Obregón en las elecciones próximas y que también podía haber creado un problema al régimen, con cuya política no se hallaba muy identificado. Se sintió inseguro, se fue a la sierra de Veracruz, pero lo capturaron y se le fusiló en el panteón de Coatepec, junto a la fosa que ya lo esperaba. "Ojalá pague Obregón con ustedes lo que él hace hoy conmigo" . . .

(1) Muerte del General Serrano.—General Rodolfo Casillas.

El otro candidato a la Presidencia, el general Arnulfo R. Gómez, no tardó en correr igual suerte que Serrano. Como no tenía pensado sublevarse, no quería verse comprometido con el grupo de serranistas, tuvo la impresión de que se les quería asesinar y mientras se aclaraba la situación se remontó en la sierra de Veracruz, donde enfermo de amibiasis, con ulceraciones intestinales y medio muerto de hambre trató de lograr un salvoconducto para salir del país, pero dos espías que se fingían guías suyos lo entregaron a las tropas del general Gonzalo Escobar. Fue llevado a Coatepec y el Presidente Calles ordenó que se le fusilara "inmediatamente", para lo cual se le condujo al panteón, junto a la fosa ya abierta para él. Escribió un recado para su hijo Arnulfo: "Muero asesinado por un gobierno despótico y tirano, en aras de la libertad y del antirreeleccionismo"... Dirigiéndose a su sobrino, el coronel Francisco Vizcarra, que también iba a ser fusilado, le dijo: "Qué quieres, hijo, este es el destino que nos tocaba". A unos oficiales les dijo: "Ojalá pague ese hijo de la tiznada de Obregón con ustedes lo que él hace hoy conmigo". Su estado físico era deplorable y pidió que le vendaran los ojos y que no dieran voces de mando al pelotón de ejecución. (1)

A continuación fueron fusilados el general Rueda Quijano en el D. F., el general Lastra en Torreón, el general Vidal en Chiapas, el general Vega en Pachuca, los generales Rodríguez y Olvera en Zacatecas, etc., etc.

Y a la vez que se ahondaban diferencias y corría sangre dentro de la propia maquinaria oficial, los rebeldes cristeros aumentaban sus efectivos en el segundo año de lucha. A principios de 1928 ya eran más de veinte mil los cristeros que operaban bajo un mando central en diversos frentes, o sea casi una tercera parte de los efectivos de que Calles disponía. Como represalia, el monumento de Cristo fue dinamitado en el Cerro del Cubilete (enero 20).

(1928)

Para los cristeros no había armas en los arsenales americanos, pero algo obtenían penosamente de contrabando, algo lograban adquirir entre generales del ejército, ya fuera por simpatía a la causa o por simple negocio, y algo obtenían de equipo y municiones en los combates en que lograban triunfar.

En esos difíciles momentos en que Calles reñía con una mano con los disidentes de su propio bando y con la otra trataba de dominar el descontento popular y la acción armada de los cristeros, **apareció en escena Dwight Morrow, que desde ese momento habría de ser para don Plutarco el ángel negro de su guarda.**

La zozobra paralizaba negocios y mermaba los raquíticos recursos

(1) Durante la lucha contra los rebeldes delahuertistas Gómez había tenido rasgos de crueldad con los prisioneros.

económicos de la nación. El descontento ardía en todos los sectores sociales. Pese a las poderosas fuerzas que lo apadrinaban, Calles sentía que todo el suelo temblaba a sus pies.

Dwight Morrow, prominente banquero de Nueva York, asociado a la poderosa firma israelita J. P. Morgan y Cía., venía a salvar a Calles del desastre, pues Calles aún representaba entonces a la facción política que mejor podía servir a los intereses de la alta masonería internacional con sede en Norteamérica.

Morrow sustituía al embajador James R. Sheffield, quien a pesar de su disciplina a las instrucciones que recibía de Washington, ya no estaba seguro de que los intereses del pueblo americano demandaran seguir apoyando a Calles. Esta opinión cundía entre muchos otros americanos que veían ese apoyo como una injusticia contra México.

En ese momento crítico Morrow actuó con presteza en favor de Calles. Contrastando con la discreción que había caracterizado a Mr. Sheffield, Morrow se exhibió inmediatamente como amigo y simpatizador de Calles, al que visitó en su hacienda de Santa Bárbara y luego lo acompañó en sus giras a la "Presa Calles", de Aguascalientes, y a la de "Don Martín", de Monterrey.

Estos actos públicos, difundidos luego en amplias crónicas periodís-





En momentos en que el régimen de Calles se escindía gravemente, apareció el nuevo embajador, Morrow, quien acompañando a don Plutarco en ceremonias públicas le daba su espaldarazo y tácitamente anunciaba que éste tenía el apoyo internacional. A la vez preparó la visita de Will Rogers y de Charles Lindbergh (derecha) "para satisfacer el atractivo que tiene para los mexicanos el espíritu de fiesta y para congraciarse con el pueblo", según dice Mr. Daniels.

ticas con fotografías en que aparecían Calles y Morrow en fraternal relación, **fueron un espaldarazo al régimen callista en momentos de crisis.** Y fueron a la vez una ominosa advertencia al México Católico para que perdiera sus esperanzas de que la Casa Blanca le retirara su apoyo a don Plutarco. Asimismo fue una advertencia a toda la maquinaria política para que se mantuviera quieta bajo Calles.

Morrow también puso en acción otros sutiles simbolismos para evidenciar sus simpatías y propició el viaje del escritor Will Rogers a México y el vuelo de Charles Lindberg, quien llegó a la capital el 14 de diciembre, después de una travesía de 26 horas desde Washington. Lindberg venía como embajador de buena voluntad de los Estados Unidos, rodeado de la fama mundial que le había dado su audaz vuelo de Nueva York a París, en el que atravesó el Atlántico (5,800 kms.) en 33 horas y 27 minutos, a razón de 173 kms. por hora. (Actualmente los jets de pasajeros hacen ese vuelo en seis horas). La visita de Lindberg a México fue un acontecimiento que hizo a mucha gente olvidarse de los problemas políticos, lo cual aflojó unos días la tensión ambiente.

> "El pueblo —comenta Josephus Daniels en sus 'Memorias'— no se percató de que Morrow había proyectado la visita de Will Rogers y de Charles Lindberg para satisfacer el atractivo que tiene para los mexicanos el espíritu de fiesta y para congraciarse con el pueblo y sus líderes. Eso logró más que todas las notas formales y el protocolo que haya concebido la diplomacia de la vieja escuela".

A continuación empezó a difundirse profusamente que un mexicano realizaría la misma hazaña de Lindberg, volando de México a Washington. El teniente aviador Emilio Carranza, de escasos 22 años de edad, comenzó a prepararse. Hizo el primer vuelo sin escalas de México a Ciudad Juárez y de San Diego a México, con creciente expectación popular. El 11 de junio (1928) el capitán Carranza salió a Washington, a donde llegó después de 20 horas y 35 minutos de vuelo efectivo. Enorme júbilo contagiaba a jóvenes y adultos.

La tarde del 12 de julio Carranza pospuso por tercera vez su regreso a México, porque había mal tiempo en la ruta, pero entonces recibió un cablegrama del general Joaquín Amaro, Secretario de Guerra, ordenándole que regresara inmediatamente. (Se sabe que Amaro temía que tales demoras se interpretaran como "miedo"). El capitán Carranza acató la orden y salió de Nueva York a las 7:18 de la noche, ya con relámpagos en el horizonte. Cerca de una hora más tarde la tormenta lo hacía estrellarse y perecer en Mount Holly, Nueva Jersey.

El triunfo y el trágico fin de Carranza conmovieron al país —y sin que él lo sospechara en su limpia y esforzada juventud— en cierta forma fueron parte del plan para distraer y aligerar la tensión en la escena política mexicana.



Capitán Emilio Carranza, de 22 años.— Sus hazañas aéreas y su trágico fin llenaban las primeras planas de los periódicos. Sus afanes hasta el sacrificio fueron usados en el plan psicológico de "paliativos a la tensión política".

(Un mes más tarde —11 de agosto—, el mayor Roberto Fierro realizaba el primer vuelo directo de México a La Habana, en doce horas).

Morrow, además, aprovechaba el tiempo para auxiliar a Calles en lo económico. El agregado militar coronel MacNabbe refirió que Mr. Morrow estaba arreglando las finanzas de México y que había **"tomado bajo el ala"** al ministro de Hacienda, Montes de Oca, cuya obediencia le granjeó más tarde ser presentado públicamente como un financiero genial.

El eminente periodista judío-americano Walter Lippman —hermano de los cien mil judíos que estaban recibiendo acomodo por don Plutarco—, hizo viaje especial a México para escribir artículos en docenas de periódicos americanos, con millones de ejemplares, en defensa del callismo. La opinión pública del vecino país seguía siendo así manipulada para que no adquiriera conciencia de que su gobierno era el sostenedor de un régimen que nada tenía en común con los principios morales y políticos del pueblo norteamericano. La evidencia de que la Casa Blanca conocía ya sobradamente cuál era el sentir de los mexicanos y sin embargo aumentaba su apoyo a Calles, amedrentó a algunos católicos; no a la masa humilde, que es de fe impávida, sino a muchos de clase acomodada. Gente rica que prestaba auxilio económico a los cristeros que estaban dando sus vidas, comenzaron a escatimar

o a negar su cooperación. Poseídos por la riqueza que ellos se hacían la ilusión de poseer, cada día se sentían más temerosos de perderla.

Algunos jefes cristeros reaccionaron violentamente y se lanzaron a secuestrar a los reacios para obligarlos a seguir en la lucha, pero naturalmente era poco lo que podían lograr. El desánimo había hecho presa en algunos dirigentes y en mayo trascendió que un grupo de católicos se sentía atraído por un ofrecimiento del régimen para que se abrieran los cultos a reserva de modificar después las leyes. Al parecer Mr. Morrow había aconsejado simplificar el problema político, **que tendía a agravarse con la sucesión presidencial,** y la forma de hacerlo era apaciguar a la masa católica.

El 31 de mayo (1928) la Liga Nacional de la Defensa Religiosa, la Confederación Católica del Trabajo, la ACJM, la Asociación de Padres de Familia, la Confederación de Estudiantes Católicos, la Juventud Femenina, el Círculo Sacerdotal "Cristo Rey" y la Tercera Orden Franciscana enviaron un memorial al Papa Pío XI en que le informaban: "Ciertos individuos del gobierno sectario y perseguidor han estado intentando entrar en pláticas con algunos de los ilustrísimos prelados, con el fin de llegar a un arreglo, que sustancialmente se basa en estos dos puntos: reanudación inmediata del culto público; promesa por parte de los perseguidores de ir derogando paulatinamente las leyes persecutorias. En estos momentos se tiene la certeza de que tales negociaciones se están llevando a cabo con particular actividad por algunos ilustrísimos prelados".

Las mencionadas agrupaciones agregaban que "hay en todas las clases sociales, especialmente en las acomodadas, personas para quienes por desgracia, el conflicto religioso y la enconada persecución, no significan otra cosa que las molestias y pérdidas que con motivo de la lucha se ocasionan; y por esa causa quisieran que cuanto antes ésta cesara".

En resumen, pedían a Pío XI su apoyo moral para que el frente defensivo de católicos mexicanos no se escindiera y capitulara.

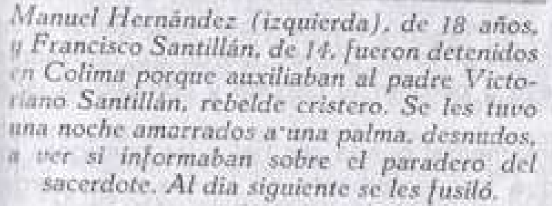
Y ya fuera que Pío XI suavizara las diferencias, o que el grupo que trató con el régimen desconfiara de las condiciones, el hecho fue que no se produjo el rompimiento del frente católico y que la lucha prosiguió.

El general Manuel Avila Camacho comandaba el 38 regimiento de caballería, el cual formaba parte de una de las columnas que trataban de liquidar a los cristeros. Como esto resultaba más difícil de lo que parecía, Avila Camacho mandó ofrecerles dinero y amnistía a sus oponentes, los generales Bouquet y Degollado Guízar, pero su proposición no fue aceptada, y las correrías y combates continuaron en poblados, bosques y serranías.

La represión oficial seguía ejerciéndose severamente y durante 1928 fueron ejecutados por lo menos otros 17 sacerdotes más, incluso 3







Manuel Hernández (izquierda), de 18 años, y Francisco Santillán, de 14, fueron detenidos en Colima porque auxiliaban al padre Victoriano Santillán, rebelde cristero. Se les tuvo una noche amarrados a una palma, desnudos, a ver si informaban sobre el paradero del sacerdote. Al día siguiente se les fusiló.



José Sánchez del Río, de 13 años, ejecutado en el panteón de Sahuayo, Mich.

martirizados, ya fuera porque oficiaban o porque ayudaban o se sospechaba que ayudaban a los cristeros. Muchos que no eran sacerdotes y que auxiliaban a los cristeros corrían igual suerte, y llamaron la atención —por su corta edad— José Sánchez del Río, de 13 años, ejecutado en el panteón de Sahuayo, Mich., el 10 de febrero; Mercedes Anguiano, también de 13 años, fusilado entre Tonila y Colima el 17 de marzo; Francisco Santillán, de 14 años, sobrino del presbítero Santillán, y Manuel Hernández, de 18 años, fusilado el 25 de julio, cerca de Colima.

El general Gorostieta, jefe de la Guardia Nacional cristera, se mostraba aún optimista y comenzaba a preparar operaciones de más grande alcance.

Las fuerzas cristeras perdieron en combate a su general Luis Navarro Origel —y posteriormente al coronel Ignacio Navarro Origel—, pero iban ganando nuevos adeptos y mejorando sus pertrechos con las armas que lograban arrebatar en golpes de sorpresa a sus perseguidores. Algunas columnas cristeras se hallaban integradas hasta por 1,700 hombres y a fines de 1927 y principios de 1928 hicieron penetraciones temporales en Cocula, Jal., Coalcomán, Mich., La Barca, Jal., La Magdalena, Jal., Orendáin, Jal., San Juan de los Lagos, Jal., Salamanca, Gto., San Jerónimo, D. F., y otros muchos poblados. Calles tenía empeñados en la campaña más de veinte regimientos y batallones.

Portes Gil, secretario de Gobernación de Calles, había dicho confidencialmente que el ejército sufría bajas mensuales de 800 a 1,000.

hombres, y esto era grave porque en un año de operaciones equivalía al veinte por ciento de todos los efectivos federales.

El ejército ya no bastaba en 1928 para guarnecer regiones donde se temían nuevos levantamientos y a la vez para combatir a los rebeldes. Calles necesitó entonces movilizar a los ejidatarios en todo el centro del país para formar guardias rurales. Es decir, ya estaba dando frutos la oculta intención política de la adulterada reforma agraria. El control oficial de las masas campesinas era una leva, una fuente casi inagotable de carne de cañón para sostener al régimen en momentos de emergencia.

Los ejidatarios, parias controlados por el Estado, sin derechos definitivos sobre su reducida parcela, sin capital para afrontar sequías o plagas, casi siempre atenidos al favor oficial, fueron así fácilmente movilizados. Acataban la leva o perdían su parcela y con ello su jacal y su misérrimo sustento.

Para que un grupo gubernamental pueda ser fiel a las consignas internacionales se requiere que frecuentemente no lo sea a los verdaderos intereses de su pueblo, y para poder llevar esto a la práctica se necesita irremisiblemente que tenga medios para imponerse a ese pueblo. Tales medios son —junto con las armas llegadas del extranjero— la cláusula de exclusión que controla a los obreros y la amañada reforma agraria que controla al campesino. A la burocracia se le conduce con el amago del cese o con el estímulo del ascenso, y en esa forma se tiene prefabricada la "adhesión" de grandes masas a cualquier acto del régimen.

Mientras el país seguía en lucha y zozobra, hubo las consabidas "elecciones" y naturalmente las "ganó" Obregón, pues ya sus potenciales rivales (generales Francisco Serrano y Arnulfo Gómez) descansaban en la tumba. Y como Obregón había tenido violentos arranques anticatólicos desde que ocupó Guadalajara en 1912, desde que fomentó la "Casa del Obrero Mundial" en 1914 y desde que hizo detener a numerosos sacerdotes en 1916, y como además se hallaba en 1928 solidarizado con la política de Calles, los católicos sabían ya lo que podía esperarles para los siguientes cuatro años de régimen obregonista.

En esas circunstancias surgió la creencia de que si Obregón era eliminado de la escena política y se rompía el fuerte bloque Calles-Obregón que se cambiaban mutuamente el poder, se facilitaría el advenimiento de un nuevo gobernante que escuchara el descontento y pusiera fin a la contienda fratricida que tanto daño estaba causando a la nación.

La idea de eliminar a Obregón ya flotaba en el ambiente nacional desde el intento de matarlo en Chapultepec —y en Celaya, de un fallido alfilerazo envenenado—, y finalmente José de León Toral, de 27

años, la materializó el 17 de julio. Fríamente, dentro de su ardoroso fanatismo; con ese fanatismo que trasciende la etapa hirviente y que se convierte en férrea determinación, Toral le descargó su pistola con la derecha mientras con la izquierda le mostraba un boceto de retrato.

(El general Antonio Ríos Zertuche, entusiasta obregonista, que fue nombrado jefe de la Policía del Distrito Federal poco después del atentado, afirma que éste fue planeado por Morones y Calles. Habla de un lejano parentesco entre Morones y la madre Conchita y de que León Toral parecía hipnotizado, pero en realidad no aporta ningún dato concreto y su relato parece ser consecuencia de su particular actitud política y no de una verdadera investigación. Ciertamente Morones y Calles resultaban beneficiados y por tanto recaían sospechas sobre ellos, pero había además un vasto sector católico que se sentía amenazado por Obregón, y de ese sector surgió espontáneamente León Toral. El acto de éste determinó que en pocos meses estallara una división en la máquina gubernamental y que en vez de un duro régimen obregonista quedaran las administraciones transitorias de Portes Gil, Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez).

Como era de esperarse, Toral fue sometido a toda clase de torturas, el fiscal Ezequiel Padilla se lució lanzándole rayos y centellas, hasta que finalmente fue ejecutado en la Penitenciaría. Y el pueblo acompañó su cadáver en tumultuosa manifestación de duelo desde su casa de la calle Sabino hasta su tumba. Inútilmente la policía y los bomberos fueron lanzados contra la muchedumbre para disolver ese voto de simpatía hacia el hombre que había cambiado su humilde vida de dibujante por la vida del hombre poderoso que iba a regresar a la Presidencia de México.

Sacudido por constantes borrascas políticas, repudiado por la masa católica, apuntalado por el terror y más que nada auxiliado por Mr. Morrow, que había venido a nombre del Sanedrín de Nueva York a librarlo del naufragio, Calles terminó su período presidencial de 4 años en diciembre de 1928. En su lugar colocó como Presidente provisional, mediante el recurso legalista de un nombramiento del Congreso, al licenciado Emilio Portes Gil, pero él seguía siendo "el hombre fuerte de México", el "Jefe Máximo de la Revolución".

CONVERGEN 4 GRANDES FUERZAS CONTRA CALLES

Portes Gil tenía el antecedente de haber servido al régimen de Huerta interviniendo en una diligencia amañada sobre el asesinato de Madero. Sin embargo, había ascendido en la maquinaria oficial marchando por el camino secreto de la Logia y era un buen servidor de ésta, como todo aquel que teniendo un punto vulnerable al chantaje se halla más obligado ante su protector.

Como por sí mismo Portes Gil no tenía ninguna fuerza política, Ca-

lles era el que seguía mandando e iniciaba así su época ya no de Presidente, sino de Jefe Máximo de la Revolución, según se le reconocía oficialmente.

Portes Gil sólo iba a durar 14 meses como Presidente provisional a fin de efectuar elecciones. La coyuntura fue aprovechada por José Vasconcelos, antiguo seguidor de Madero, ex ministro de Educación y ex rector de la Universidad Nacional, de quien el filósofo alemán conde Keyserling escribió que era "el pensador más original de América". Vasconcelos se había distanciado de Obregón a raíz de que éste hizo de las matanzas un instrumento esencial de su política, y se hallaba asilado en Estados Unidos, de donde regresó al país el 10 de noviembre (1928), y su primer discurso en Nogales, Sonora, lo colocó súbitamente como candidato a la Presidencia. "Vuelvo a la patria —dijo— después de uno de esos lapsos de dolorosa ausencia y me sorprende la fortuna al llegar... para revelarme la fuerza que late en el pueblo... para decirme por la voz de los compatriotas aquí reunidos y por las voces de otros muchos hermanos que es la hora del destino la que vuelve a ofrendarnos una ocasión salvadora... No acataré el resultado ni de la intriga, ni de la imposición, ni de la fuerza...

"México se queda sin religión castiza... sucede que entre nosotros sólo la secta extranjera puede acercarse a las almas... porque su bandera no es la humilde tricolor.

"Está el problema de la emigración de nuestros compatriotas. Suman ya millones los que en los últimos años se han visto obligados a cambiar de hogar, unos, porque a semejanza de los antiguos cuáqueros se expatrian para adorar a Dios a su manera, y otros, empujados por la presión local; lo cierto es que con ello pierde la patria mexicana una verdadera selección de su propia raza... El día en que este tercio de la población mexicana que ahora padece destierro, inicie su retorno será el más feliz de nuestra historia. Pero ese día no asomará en los tiempos si antes no abolimos las carnicerías que han llegado a constituir un baldón para el nombre mismo de México.

"El hombre que animado de paz y justicia ponga a trabajar a los mexicanos, ese será su salvador. Necesitamos ponernos a jornada doble en toda la nación, pero el trabajo requiere la tranquilidad que emana de la justicia y la libertad que garantiza la acción.

"Yo sé que el pueblo va a erguirse ahora para darnos un gobierno libre y mexicano, sin contaminaciones con extrañas banderas. Señores: si es verdad que la fe mueve a ejemplo, seamos los primeros en demostrar que está viva la patria y que es la voz de la patria la que va a estar hablando por nuestros labios.



José Vasconcelos surgió a fines de 1928 como caudillo de un fuerte movimiento político anticallista. Una tácita alianza se estableció con el general Enrique Gorostieta, jefe de veinte mil cristeros en armas. Por la vía de las elecciones, Vasconcelos arrastraba multitudes: "¡México, levántate! ... La más grave de las amenazas de toda tu historia se urde en estos instantes en la sombra"...

"¡México, levántate! ... La más grave de las amenazas de toda tu historia se urde en estos instantes en la sombra; pero aún hay fuerza en tus hijos para la reconquista del destino. Deja que los menguados vacilen... tus hombres están ya de pie; y por el viento pasan himnos de regeneración y de victoria..."

Al principio el gobierno no tomó en serio a Vasconcelos suponiendo que era el tipo de intelectual que manosea ideas, pero que no vive para ninguna de ellas. Y confiado lo dejó actuar.

Pero a medida que Vasconcelos avanzaba por el noroeste del país, levantando entusiasmadas muchedumbres, la inicial indiferencia del régimen comenzó a convertirse en preocupación y hostilidad.

Se creyó entonces fácil aterrorizar a Vasconcelos y hacerlo huír ante sus partidarios para precipitarlo por el abismo del ridículo. En Guadalajara prepararon el primer golpe de violencia (27 de enero de

(1929) 1929) y eran tales los aprestos que muchos vasconcelistas se alarmaron y pidieron a su candidato que no llegara a la ciudad. Pero Vasconcelos se mantuvo firme y llegó a la estación de Guadalajara, donde ya había ocurrido una pedriza de brigadas oficiales de choque; ante su sangre fría los saboteadores tuvieron un momento de confusión, que el vasconcelismo aprovechó para iniciar su marcha por la ciudad. El sabotaje fracasó y fue preciso que intervinieran luego las tropas para disolver la manifestación. Vasconcelos se afirmó en esa prueba y sobre su fama de intelectual se acreditaron sus cualidades de jefe y de hombre de acción.

Paralelamente a la gira de Vasconcelos que levantaba llamaradas de entusiasmo cívico para modificar al régimen por el camino de las elec-

ciones, la Guardia Nacional de los cristeros proseguía su lucha y su jefe el general Enrique Gorostieta le ofreció su apoyo a Vasconcelos para hacer que el voto se respetara. Una gran alianza de fuerzas estaba en camino de consumarse.

En enero (1929) los cristeros comenzaron a realizar golpes en más grande escala; penetraron dos veces en Colima y mil de ellos se adueñaron de Manzanillo por algunas horas. En abril, 1,500 guerrilleros causaron 800 bajas a las columnas de los generales Lázaro Cárdenas, Olivares y Díaz, hasta que fuerzas del general Saturnino Cedillo llegaron a dominar la situación. En ese combate los cristeros perdieron al padre Pascual Vega.

El general Gorostieta dirigía las operaciones de aproximadamente veinte mil cristeros, que en gran parte habían mejorado ya su armamento con rifles máuser capturados en diversas emboscadas o combates, y hacían preparativos para duplicar su número en los próximos doce meses. La Guardia Nacional cristera calculaba que para principios de 1930 tendría cuarenta mil hombres en acción, o sea las dos terceras partes de los efectivos del ejército.

Morrow había aconsejado en esos días a Calles y a Portes Gil que formaran un partido como medio para conservar el poder entre los miembros del mismo grupo, es decir, de la "familia revolucionaria", y a grandes rasgos le delineó a Calles la forma en que podría operar. Así nació en Querétaro (marzo 4) el Partido Nacional Revolucionario (PNR), o sea el instrumento oficial de imposiciones con el disfraz de democracia.

Calles pensó en un principio en estrenar el PNR imponiendo como sucesor de Portes Gil al licenciado Aarón Sáenz, eminente masón protestante, descendiente de una antigua familia sefardita, pero pulsó que a los generales no les simpatizaba, además de que algunos políticos lo juzgaban comprometido con los "burgueses" industriales regiomontanos. Otro de los personajes viables, o sea el licenciado Gilberto Valenzuela, fue también descartado porque don Plutarco afirmó —al decir del general Amaya— que sería incontrolable en cuanto tuviera el poder. (1)

El jefe máximo se acordó entonces del ingeniero Ortiz Rubio, desconocido para la gran masa del pueblo, cuya actuación política había consistido, como gobernador de Michoacán, en secundar la rebelión de Obregón contra su protector Carranza y, por supuesto, en ser masón disciplinado a la logia. Refiere Ortiz Rubio que cuando Calles le trató del asunto, él alegó "incapacidad para el desempeño de tan alto encargo y hasta horror de que pudiera llegar a la presidencia. Pero Calles insistió en apremiante forma, llamándome al deber y conjurándome por patriotismo para sacrificarme por la patria; y no tuve más remedio que aceptar".

(1) "Los Gobiernos de Obregón, Calles y Regímenes Peleles Derivados del Callismo".—Gral. Juan Gualberto Amaya.

El año de 1929 comenzaba con sucesos desfavorables para el maximato callista, y el 2 de marzo su situación se agravó al estallar un levantamiento en el norte del país, en el que participaban el viejo revolucionario sonorense Gilberto Valenzuela; los generales Manso, Topete y Cruz en Sonora; el general Marcelo Caraveo en Chihuahua; los generales Urbalejo y Juan Gualberto Amaya en Durango, y el general José Gonzalo Escobar en la Comarca Lagunera. Los generales Aguirre y Miguel Alemán (padre) secundaron en Veracruz la rebelión.

Todos estos generales alinearon 30,000 soldados contra Calles, o sea aproximadamente la mitad del ejército, y tenían bajo su control Sonora, Chihuahua y Durango, y parte de Coahuila, Sinaloa y Veracruz.

Otros brotes rebeldes no tuvieron tiempo de estallar. El general Jesús M. Ferreira fue capturado en el Distrito Federal. El general Palomera López, ex jefe de la gendarmería montada de la ciudad de México, fue descubierto como implicado en la rebelión y se le fusiló inmediatamente.

El licenciado Gilberto Valenzuela, ex secretario de Gobernación, era antiguo amigo de Calles, pero se volvió opositor suyo ante la creciente zozobra que embargaba al país. Valenzuela acusó a don Plutarco de asesinar a todo personaje que no coincidía con sus planes políticos, tales como los generales Angel Flores, Francisco Serrano, Arnulfo Gómez, Benjamín Hill, Rueda Quijano, Lastra, Vidal, Vega, Olvera, etc., etc.

Junto con varios generales rebeldes, el licenciado Valenzuela decía



Gilberto Valenzuela, viejo revolucionario sonorense, encabezaba junto con los generales Manzo, Topete, Caraveo, Urbalejo y otros más, el movimiento rebelde que alineó casi medio ejército contra Calles (marzo de 1929), a quien acusaban de ser "diabólico conspirador de persecuciones inhumanas". Esta era una grave división en la maquinaria oficial, precisamente surgida en momentos críticos para el callismo.

en su manifiesto de Hermosillo (3 de marzo): "El gran maestro de la mixtificación y de la farsa, el administrador supremo de este mercado maldito de los valores morales, el diabólico conspirador de persecuciones inhumanas y salvajes, el inventor de instituciones tabernarias y de delincuencia y de crimen: Plutarco Elías Calles, el judío de la revolución mexicana, pretende hoy continuar a toda costa en el sitio de los césares... Ha soñado en violar una vez más el sentir y el querer del pueblo imponiendo en la Presidencia de la República, por la fuerza de las bayonetas, a uno de los miembros de su farándula".

Los generales del levantamiento del 2 de marzo eran antiguos obregonistas que se sentían celosos de que Calles se hubiera quedado como dueño absoluto de la situación, pero buscaron un acercamiento con la masa de católicos y derogaron en Hermosillo la reglamentación callista del artículo 130 constitucional (punto de la controversia religiosa), a la vez que el general Escobar expidió en Torreón una proclama que decía: "A pretexto de combatir el fanatismo, el régimen callista estableció en México un conflicto que está haciendo correr indefinidamente la sangre de los mexicanos. Continuar el régimen portes-callista, es seguir en un estado de cosas que consumirá los recursos nacionales y prolongará la intranquilidad y el descontento. Los fanatismos debe el gobierno combatirlos por medios persuasivos. Porque el gobierno debe conservar sus elementos sociales, mejorándolos; no anularlos, ni oprimirlos, ni matarlos".

Una nueva crisis estaba sacudiendo al régimen de Calles, pues cuatro fuerzas actuaban, si no coordinadamente, sí en forma paralela para derribarlo, y eran las siguientes:

1º El disgusto de vastos sectores sociales.
2º La guerra de guerrillas de los cristeros.
3º La rebelión militar escobarista con 30,000 soldados.



General Gonzalo Escobar, jefe de la rebelión anticallista de marzo. "A pretexto de combatir el fanatismo —decía— el régimen callista estableció en México un conflicto que está haciendo correr indefinidamente la sangre de los mexicanos". Así se le abría a Calles un cuarto frente, junto al de Vasconcelos, los cristeros y el descontento de los católicos en general.

4º La creciente fuerza cívica del vasconcelismo, formada principalmente por millones de jóvenes ansiosos de implantar un cambio fundamental en México por el camino de las elecciones.

El momento era particularmente delicado porque durante el régimen revolucionario nunca había ocurrido tal amalgama de fuerzas, aliadas o no, que luchaban por rectificar la alta política de la nación. Era uno de esos instantes excepcionales en que por cauces subconscientes se integraba una alma nacional que se materializaba en un torrente de oposición.

Hombre con las manos limpias de sangre y dinero, y a la vez hombre de acción, Vasconcelos tenía a millones de mexicanos de su parte. Su triunfo electoral se vislumbraba seguro y era lógica una unión gigantesca de los católicos indignados por el cierre de los templos y de los electores burlados. En el centro del país estaba ya la Guardia Nacional cristera, luchando con las armas en la mano, y de la otra parte se hallaba el régimen callista escindido con levantamientos como el de Escobar en todo el norte del país.

Un incendio inconmensurable amenazaba al régimen.

Y MORROW VUELVE A SALVAR A CALLES

En ese crítico instante (marzo de 1929), volvió a intervenir decididamente el ángel protector de Calles, Mr. Dwight Morrow, que en teoría era embajador del pueblo americano y que en la práctica lo era de la poderosa casa judía J. Pierpont Morgan, de Nueva York, a través de la cual servía a la rama masónica Misrachi, que es la plana mayor hebraica directora de las sectas masónicas no judías. (1)

Representantes de los grandes consorcios económicos con intereses en México, como los Morgan, los Rockefeller, los Guggenheim y otros magnates **supercapitalistas**, presionaban al Departamento de Estado para que se ejerciera determinada política en México.

Poco antes del levantamiento escobarista de marzo, Calles había tenido noticias de que algo se tramaba. Su amigo Aarón Sáenz fue informado de esto y le escribió al general Juan Gualberto Amaya, gobernador de Durango, advirtiéndole que "el embajador norteamericano Mr. Morrow, de una manera terminante, le había prometido al general Calles que el gobierno de Washington apoyaría al de México definitivamente en toda clase de circunstancias y le proporcionaría todos los armamentos que fuesen necesarios para sofocar cualquier movimiento armado". (2)

Apenas iniciada la rebelión militar en el Norte del país, y cuando

(1) La Internacional.—Traian Romanescu.
(2) "Los Gobiernos de Obregón, Calles y Regímenes Peleles Derivados del Callismo".—Por el Gral. Juan Gualberto Amaya.



Gral. Juan Gualberto Amaya, gobernador de Durango durante la rebelión escobarista, dice que Aarón Sáenz le comunicó que ya Mr. Morrow había ofrecido toda la ayuda necesaria para "sofocar cualquier movimiento armado". Otro mensaje igual, de Morrow, fue llevado al gobernador de Jalisco. Aviones y armas modernas americanas fueron enviados a Calles, en tanto que se prohibió venderlos a los escobaristas.

se temía que la secundara el gobernador de Jalisco, Margarito Ramírez, lo cual hubiera complicado enormemente las cosas, el embajador Morrow envió a Guadalajara a uno de sus secretarios a asegurarle al gobernador que la rebelión no triunfaría.

Y a los tres días de iniciado el movimiento escobarista de casi medio ejército mexicano, Mr. Morrow ofrecía al gobierno de Portes Gil y Calles un empréstito de 25 millones de dólares, a la vez que la Casa Blanca prohibía la venta de armas a los insurrectos.

Don Plutarco, reconocido oficialmente como jefe máximo de la Revolución, tomó el cargo de Secretario de Guerra para combatir a los escobaristas. Morrow puso a su disposición armas y municiones en abundancia. Del Campo Mitchell salieron aviones "Corsario", de bombardeo ligero, para modernizar la fuerza aérea de Calles, y rápidamente se dio instrucción a pilotos mexicanos.

Los generales del "movimiento renovador" iniciado en Torreón el 2 de marzo se habían hecho grandes ilusiones que no correspondían a la realidad. Creían que teniendo bajo su dominio toda la frontera de Chihuahua y Sonora podrían pasar armas, municiones, artillería y aviones de Estados Unidos. Para pagar al contado se apoderaron del dinero de todas las oficinas federales y vaciaron los Bancos de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Durango y Nuevo León. Pero de pronto vieron con alarma que en Estados Unidos no se les vendía ni un solo cartucho.

Ni Escobar, ni Caraveo, ni Manzo, ni Topete pudieron reponerse del golpe que sufrieron al encontrar cerradas las puertas de los centros armamentistas norteamericanos. Su plan inicial consistía en que Manzo avanzara desde Sonora hasta Guadalajara e Irapuato, para enlazar con las fuerzas de Caraveo y Escobar que avanzarían desde Chihuahua y Torreón hacia el sur. Reunidos en Irapuato, caerían sobre Querétaro y la ciudad de México.

Pero al ver que en Estados Unidos les negaban la venta de pertrechos al contado, y que prácticamente se le obsequiaban a Calles, todo el plan ofensivo se desquició. Mientras insistían inútilmente en la compra de municiones y aviones, se entretuvieron en barrer la resistencia residual en los flancos. La columna del noroeste, de Manzo y Topete, disponía de ocho mil soldados, pero tardó mucho en ponerse en movimiento, tanto que hay rumores de que Manzo recibió un "cañonazo" económico de Calles, y dio tiempo a que el general Juan José Rico, de las fuerzas de Calles, le saliera al encuentro y la bloqueara.

La otra columna rebelde, de Caraveo y Escobar, se desvió a tomar Saltillo y Monterrey, donde venció a pequeñas guarniciones callistas, pero perdió tiempo para intentar la ruptura del frente de Zacatecas y lanzarse hacia el centro del país.

Don Plutarco tenía innegables facultades de organización y de mando y aprovechó bien el tiempo para lanzar tres grandes columnas: la del general Rico por la costa del Pacífico, hacia Sonora; la del general Juan Andrew Almazán por la vía de Laredo, para recuperar Monterrey y flanquear Torreón, y la del Centro, por la vía de Ciudad Juárez, al mando del propio Calles.

Ciertamente las fuerzas callistas disponían de artillería (dos regimientos), de aviación (más de 50 aviones) y de cartuchos en abundancia, cosa que no ocurría en el bando de Escobar, pero es un hecho que éste tenía fuertes contingentes (30,000 hombres) y que no explotó todas las posibilidades de triunfo, quizá porque sufrió un desconcierto irreparable al encontrar cerrados los arsenales americanos para su "movimiento renovador". Los rebeldes escobaristas prometían libertades democráticas y creían que esto sería bien visto en Estados Unidos.

Otro importante sector de la rebelión escobarista se hallaba en Veracruz, con los generales Miguel Alemán, Miguel Molinar, Aguirre, y Puga. Dos enviados de Calles y Portes Gil lograron convencer a los generales Puga y Molinar de que la rebelión sería aplastada con grandes recursos provenientes de Estados Unidos, y consecuentemente ambos generales se reintegraron al régimen gubernamental con todos los trenes militares que ya tenían en Esperanza y Córdoba.

Los generales Aguirre y Miguel Alemán continuaron la insurrección, pero no pudieron enlazar con otros contingentes afines y fueron batidos y fusilados.

Mientras tanto, Escobar retrocedía en Monterrey y Saltillo, desalojaba Torreón ante un espectacular, pero inefectivo bombardeo aéreo y daba tardía batalla en Jiménez y en Reforma, Chih., cuando ya sus tropas habían perdido posiciones y moral. (1)

(1) Torreón fue la primera ciudad del mundo bombardeada desde el aire. En total participaron seis aviones, hubo algunos heridos y daños materiales insignificantes.

Perdida la batalla de Jiménez, el "movimiento renovador" fue desintegrándose rápidamente y sus generales abandonaron uno a uno sus reductos en Chihuahua y Sonora para emigrar a Estados Unidos y Canadá, al cabo de tres meses de infortunada rebelión.

Y a la vez que esa amenaza contra el régimen callista iba siendo dominada, Morrow maniobraba para romper lo que ya empezaba a ser —sin convenios firmados, pero por comunidad de anhelos— una gran alianza entre el vasconcelismo y la Guardia Nacional Cristera. En Washington el Departamento de Estado trabajaba también para impedir que esas dos fuerzas se sumaran y convergieran en una misma dirección.

De la ciudad de México (mayo 8) eran enviados a las Islas Marías 150 hombres y 75 mujeres, conectados con actividades católicas de resistencia, y parecía que la lucha iba a ser más encarnizada. Pero precisamente en esos días se perfilaban en el extranjero sucesos que iban a repercutir poderosamente en México.

El laboratorio mexicano estaba revelando que los métodos adoptados no eran suficientemente eficaces y que **Lenin había tenido razón al aconsejar que a la religión se le infiltrara y minara por dentro, pero sin ataques abiertos que hicieran mártires.** En este punto el marxismo coincidía ciento por ciento con la directiva 17 del movimiento político judío (Basilea, 1897), la cual traza una fingida colaboración con la Iglesia, y hasta un aparente movimiento de protegerla, a fin de penetrar en ella. "Por medio de esa maniobra de defensa penetramos en la fortaleza, de donde no saldremos antes de haberla destruido completamente".

La hipótesis de que el uso de la fuerza podría dar un triunfo más rápido a los sectores anticristianos, quedaba claramente invalidada durante la lucha que se libraba en México. El choque de un bando anticristiano y uno cristiano, claramente identificados, no daba un rápido triunfo al primero, pese a su gran superioridad de recursos materiales. En consecuencia, se acreditaba como más certero el plan de **penetrar en el campo católico, con diversos disfraces, con distintos matices, y minarlo por dentro, confundirlo, suscitarle discrepancias, crearle contradicciones internas, empujarlo a una especie de Torre de Babel.**

La fase violenta, de franca hostilidad, debía posponerse para el momento en que rindiera mejores dividendos.

Pese a la mucha sangre derramada, la lucha religiosa en México era más fuerte en 1929 que en 1925. La maquinaria oficial callista se había escindido varias veces y la fuerza de la oposición lograba nuevos adeptos, tanto en los montes y poblados donde operaban los cristeros como en todo el resto del país donde la campaña electoral de Vasconcelos enardecía a la juventud y arrastraba consigo multitudes.

La ofensiva descatolizadora había empleado en su laboratorio de México todas las armas previstas para su primera etapa, desde el intento de cisma religioso y la aplicación de ciertas leyes hasta el terror y la muerte, pero no había triunfado. Aunque tampoco había sido vencida, no podría continuar indefinidamente. Al cabo de cierto tiempo toda lucha requiere una culminación triunfante, o bien, la tensión prolongada acaba por imponer un armisticio.

Lo que ocurría en México iba siendo cada día más conocido por el resto del mundo, pese al sabotaje de silencio del monopolio informativo cablegráfico. La conjura internacional estaba haciéndose escandalosamente visible, por lo cual necesitaba volver a sus tinieblas protectoras, aun sacrificando de momento parte del objetivo que se proponía. Esto se volvía ya apremiante porque el nuevo Presidente de Estados Unidos Herbert Hoover —que tomó posesión a principios de 1929—, mantenía relaciones amistosas con el sector "científico" masónico, pero no era de la confianza del grupo radical combativo, **ni pertenecía a la Logia,** ni veía con buenos ojos lo que ocurría en México. (1)

Así fue como la masonería internacional se vio forzada a hacer un alto. No a prescindir de sus anhelos, sino a aplazarlos en busca de mejor momento y mejor táctica. No a hacer la paz, sino una tregua mientras reanudaba la lucha con mejores armas y en mejor posición. Y así fue como surgió súbitamente en el régimen callista la propuesta de un arreglo del conflicto religioso.

Ni Calles ni Portes Gil se habían vuelto de pronto guadalupanos. Simplemente ambos eran empujados por fuerzas internacionales a ofrecer concesiones.

Precisamente a mediados de 1929 una delegación de altos representantes masónicos, en su mayoría del rito escocés, buscó contacto con el padre Grüber, en Aquisgrán, Alemania, para hacer llegar al cardenal Pacelli y al Papa Pío XI su deseo de "pacificar" a los sectores masónicos y católicos que se hallaban en dificultades en diversas partes del mundo. Según escritos que estuvieron guardados en la Gran Logia de París hasta 1940, los representantes católicos dijeron que esas dificultades no habían sido promovidas por la Iglesia. Los representantes masónicos ofrecieron influir para que cesara toda acción anticristiana y pidieron que los católicos cesaran a su vez la lucha contra ellos. Estas pláticas terminaron el 27 de octubre y los sucesos posteriores revelaron que la masonería no cesó efectivamente la lucha, sino que la transformó bajo métodos más lentos y menos visibles, a reserva de descargarla implacablemente en los países que iban cayendo en poder del comunismo.

Quienes creían que el conflicto religioso en México era puramente

(1) Freemasonery and the Presidency. U.S.A. Ray V. Denslow. 1952.— Autorizado por la Logia de Investigaciones de Missouri.

nacional —cosa verosímil entonces porque se carecía de suficiente información— se equivocaron al juzgar el arreglo entre la Iglesia y el Gobierno, pues suponían que los católicos mexicanos lograrían la victoria en corto plazo. Vasconcelos dice acerca de aquel momento:

"Dentro de la Iglesia, altas personalidades impacientes contemporizaron y aceptaron el arreglo que se les ofrecía... Los prelados regresarían a México sin más garantía que promesas verbales y secretas; inmediatamente las autoridades eclesiásticas se comunicarían con los rebeldes para exigirles la rendición incondicional... En aquel momento, según el punto de vista militar, los cristeros se hallaban fuertes. Todos sabían que las elecciones, distantes ya unos cuantos meses, iban a darles la bandera política que aumentara la fuerza moral de su posición. Del lado del vasconcelismo funcionaba todo un partido político católico que en las ciudades se dedicó a formar el padrón electoral... Todo esto se vino abajo con los pactos secretos que forzaron a la rendición de los rebeldes". (1)

El jefe de la Guardia Nacional, general Gorostieta, al igual que muchos jefes católicos, no era partidario de que se aceptara el armisticio que ofrecía el régimen, y el 16 de mayo decía: "Si se nos objetara que la fuerza material con que contamos no es de tomarse en consideración, podemos desmentir tal dicho con sólo hacer notar que es nuestra actitud la que provoca el intento del tirano para solucionar el conflicto... Que los señores obispos tengan paciencia, que no desesperen, que día llegará en que podamos con orgullo llamarlos en unión de nuestros sacerdotes a que vengan otra vez entre nosotros a desarrollar su sagrada misión, entonces sí en un país libre. ¡Todo un ejército de muertos nos manda obrar así!"



General Enrique Gorostieta, hijo del Colegio Militar y jefe de los cristeros. Fue muerto el 2 de junio (1929), cuando todavía tenía esperanzas de victoria y luchaba por que no se pactara un armisticio. Fue sustituido por el general Jesús Degollado, quien también creía que el triunfo estaba al alcance de la mano y que el régimen hacía concesiones por debilidad.

(1) La Flama.—José Vasconcelos.

Por su parte, Calles iba liquidando los últimos focos de resistencia escobarista y cada día podía destinar más fuerzas militares para atacar a los cristeros. El general Eulogio Ortiz llevaba una poderosa columna por Colima, con 4,000 hombres, provista de artillería y de numerosas compañías de ametralladoras; los generales Manuel Avila Camacho y Lázaro Cárdenas operaban con otras dos columnas, en tanto que el general Saturnino Cedillo dirigía un ejército de agraristas y ordenaba fusilar a todo sospechoso. Escuadrones de la modernizada Fuerza Aérea volaban incesantemente en la zona de operaciones, y aun cuando sus ataques no eran efectivos, prestaban gran ayuda como medios de observación y de enlace.

Gorostieta, sin embargo, se mostraba optimista y planeaba una acción coordinada y audaz de las diversas brigadas cristeras para capturar Guadalajara. Pero el 2 de junio, súbitamente, Gorostieta fue descubierto en la hacienda de El Valle, Jal., le mataron su caballo, se parapetó en él y murió combatiendo. (Según otra versión, fue traicionado y muerto antes de que pudiera defenderse). Lo sustituyó como jefe de la Guardia Nacional el general cristero Jesús Degollado.

Sorpresivamente Portes Gil **"aclaraba"** que la disposición de que solamente podrían oficiar los sacerdotes registrados ante las autoridades, no implicaba que pudieran ser registrados los que no hubieran sido nombrados por la Iglesia.

También **"aclaraba"** Portes Gil que la prohibición de la enseñanza religiosa no implicaba que tal enseñanza no pudiera impartirse en las iglesias, y por último, que **"los miembros de cualquiera Iglesia pueden dirigirse a las autoridades que correspondan para la reforma, derogación o expedición de cualesquiera ley"**, o sea que quedaba sin efecto la antigua argumentación de que los católicos no podían ser escuchados porque estaban inspirados por obispos o sacerdotes.

En resumen, el régimen callista (supuesto que Portes Gil era únicamente la mampara democrática de don Plutarco) **variaba** la interpretación de la ley, **aunque no la ley**, que quedaba exactamente igual en su espíritu anticatólico. Cualquier día, cuando la masonería internacional lo juzgara oportuno, podía volver a cambiar la interpretación de la ley y la ofensiva se reanudaría...

(En la biografía del embajador Morrow consta que él y el sacerdote americano John J. Burke, secretario de la Agrupación Católica Nacional Americana, celebraron una junta secreta con Calles el 4 de abril, y que acordaron el plan a seguir para la reanudación de cultos. El plan

fue admitido por Calles y recomendado por altos prelados americanos a los prelados mexicanos).

La Iglesia consideró necesario aceptar la tregua y aprovechó la coyuntura de las concesiones que implicaban las **"aclaraciones"** del régimen, y el 25 de junio el arzobispo de Morelia, Leopoldo Ruiz, Delegado Apostólico, anunció en una pastoral el nuevo "modus vivendi" y la reanudación del culto.

Consecuentemente, la Liga de Defensa Religiosa ordenó a la Guardia Nacional que cesara el fuego y que entregara las armas.

Después de dos años y medio de combates, los cristeros afrontaron el duro trance de la rendición, y su comandante, Jesús Degollado Guízar, les dijo en su proclama de licenciamiento: "Nuestra resistencia ha sido un hecho cuya magnitud no pueden comprender los que se gozan en deturparnos siempre... Aunque se han tenido que dar pruebas repetidas y constantes de bravura y tenaz perseverancia, que soportar por larguísimo tiempo acerbísimas penas, han sido nuestro sostén en la contienda, no sólo el valor y el desinterés que los combatientes nos hemos comunicado, sino, de un modo especial, la cooperación que sin descanso y con una abnegación que no tiene límites, nos han prestado los habitantes de las comarcas en que hemos luchado, y en forma asombrosa, miles y miles de personas desde muchos puntos del país. Este esfuerzo, esta cooperación explican, en parte, el motivo de nuestra resistencia contra el enemigo provisto de toda clase de elementos y sostenido por el oro y el poder de la nación más rica de la tierra.

"Su Santidad el Papa, por medio del Excelentísimo señor Delegado Apostólico, ha dispuesto, por razones que no conocemos pero que, como católicos aceptamos, que sin derogar las leyes, se reanudarán los cultos... En el acto, nuestra situación, compañeros, ha cambiado... En realidad, el arreglo inicial concertado entre el Excelentísimo Señor Delegado Apostólico y el licenciado Portes Gil nos ha arrebatado lo más noble, lo más santo, que figuraba en nuestra bandera, desde el momento en que la Iglesia ha declarado que, por de pronto, se resignaba con lo obtenido, y que esperaba llegar por otros medios a la conquista de las libertades que necesita y a las que tiene legítimo derecho. En consecuencia, la Guardia Nacional ha asumido toda la responsabilidad de la contienda, pero esa responsabilidad no le será imputable desde el 21 de junio próximo pasado: la actual situación no ha sido creada ni apetecida por ella.

"Como hombres, cábenos también otra satisfacción que jamás podrán arrebatarnos nuestros contrarios: la Guardia Nacional desaparece, no vencida por sus enemigos, sino, en realidad,

abandonada por aquellos que debían recibir, los primeros, el fruto valioso de sus sacrificios y abnegaciones...

"¡Ave Cristo, los que por Ti vamos a la humillación, el destierro, tal vez a una muerte ingloriosa, víctimas de nuestros enemigos, con todo rendimiento, con el más fervoroso de nuestros amores te saludamos, y, una vez más, te aclamamos Rey de nuestra Patria".

Y en efecto, los cristeros, cristianos del siglo XX, quedaron a merced de los leones. El compromiso oficial de conceder pasaportes a los amnistiados fue violado por numerosos funcionarios sedientos de venganza. Después de rendir las armas, valientes jefes y oficiales de la Guardia Nacional, e incluso tropa cristera, fueron asesinados en diversas partes del país. Durante meses duró este festín de sangre; en ciudades, poblados, villas y rancherías eran buscados y muertos los que se habían distinguido en alguna acción de guerra. Si no se les había podido abatir en el combate, era fácil liquidarlos ya rendidos. La lista de estas víctimas es enorme. Don Luis Rivero del Val, que vivió de cerca aquella época, afirma que más de tres mil católicos fueron asesinados despues del armisticio. El general Jesús Degollado, último jefe de la Guardia Nacional, dice que perecieron más cristeros después de rendir las armas que durante los combates. (1)

Fue una matanza sistemática de hombres que habían recibido ya amnistía y salvoconducto oficial.

Según los registros de la Guardia Nacional, murieron en campaña 4,797 cristeros, y al ordenarse la rendición se entregaron 14,000 rifles, además de que muchos ex combatientes se dispersaron y ocultaron sus armas.

Por su parte, el Clero —que durante la lucha había tenido 80 sacerdotes muertos— exigió que el armisticio fuera acatado por los suyos. Monseñor Mora y del Río, que se había opuesto a la ley Calles —misma que seguía en vigor aunque interpretada suavemente—, murió en el destierro, en abril de 1928. En junio de 1929 fue nombrado para sucederlo como Arzobispo de México Mons. Pascual Díaz. Y la Unión de Católicos Mexicanos, que se había formado en 1920 y que había sido el núcleo de la oficialidad y de los mandos de la Guardia Nacional cristera, fue disuelta y prohibida, según instrucciones del Papa Pío XI trasmitidas por el arzobispo de Guadalajara, Dr. Francisco Orozco y Jiménez.

El número de sacerdotes por habitantes continuaba disminuyendo según el siguiente cuadro:

(1) Entre las Patas de los Caballos.—Luis Rivero del Val. Memorias de Jesús Degollado Guizar.



Lic. Emilio Portes Gil, presidente bajo el maximato callista, hizo una serie de "aclaraciones" a las leyes en materia religiosa, que implicaban una variación de la interpretación de las mismas. Las leyes quedaban igual, pero aplicadas de distinto modo. Luego explicó a sus hermanos masones: "La lucha es eterna: la lucha se inició hace veinte siglos... En México, el Estado y la masonería en los últimos años han sido una misma cosa".

En	1810	había	un	sacerdote	por	cada		838	mexicanos	
,,	1850	,,	,,	,,	,,	,,		2,376	,,	
,,	1910	,,	,,	,,	,,	,,		3,000	,,	
,,	1929	,,	,,	,,	,,	,,		4,000	,,	(1)

(En Estados Unidos la proporción era en 1929 de uno por cada 776 americanos católicos).

El Presidente Portes Gil pudo entonces hablar de triunfo, en la comida que el 27 de julio (1929) le ofrecieron los masones: "Mientras el clero —dijo— fue rebelde a las instituciones y a las leyes el gobierno de la República estuvo en el deber de combatirlo como se hiciese necesario... Y ahora, queridos hermanos, el clero ha reconocido plenamente a las leyes. Y yo no podía negar a los católicos de mi país el derecho que tienen de someterse a las leyes... La lucha no se inicia. La lucha es eterna; la lucha se inició hace veinte siglos... En México, el Estado y la masonería en los últimos años han sido una misma cosa; dos entidades que marchan aparejadas, porque los hombres que en los últimos años han estado en el Poder, han sabido siempre solidarizarse con los principios **revolucionarios** de la masonería". (2)

Entre los católicos hubo muchos que recibieron el armisticio con inaudita amargura. No pocos de ellos juzgaban que éste había sido apresurado, precisamente en vísperas de la victoria. Razonaban que

(1) En 1960 la proporción era de un sacerdote por cada 5,000 habitantes.
(2) *Revista Crisol*, agosto de 1929, pág. 116.

si el régimen había accedido a dar un paso atrás, **cambiando la interpretación de la Ley Calles,** ello se debía a que su resistencia había llegado al límite.

No cabe duda de que en vísperas del armisticio la situación tenía aspectos favorables para los católicos, pero la victoria no podía estar cercana. En este punto la Liga de Defensa Religiosa razonaba con demasiado optimismo porque sólo observaba el campo de lo nacional. Soslayaba que el poder político internacional no podía permitir una derrota total del régimen encabezado por Calles.

La resistencia cristera **había evitado una derrota total de los católicos mexicanos y había forzado a sus opositores a proponer un armisticio** modificando la interpretación de sus leyes. La lucha de los católicos no había sido infructuosa, pero tampoco puede afirmarse que estuviera próxima a lograr una **victoria total.**

Quizá la contienda se hubiera extendido a otras regiones del territorio nacional, quizá se hubieran producido más grandes levantamientos, manifestaciones y protestas colectivas frenadas por las armas; quizá se hubiera derramado sangre a raudales, pero el triunfo no podía ser inmediato, ni próximo siquiera, porque **no se trataba de dos fuerzas nacionales en pugna,** sino de **una fuerza nacional católica** en lucha contra **una fuerza gubernamental** apoyada por **una fuerza internacional judío-masónica.**

Incuestionablemente una fuerza internacional, con poderosas bases en diferentes partes del mundo y con gente suya infiltrada en todos los sectores sociales, no puede ser batida ni vencida en acciones circunscritas a un ámbito nacional.

Lo que es conjura mundial sólo puede ser batido en una acción igualmente internacional.

SOLO QUEDO ACTUANTE EL FRENTE ELECTORAL

Liquidada la rebelión militar escobarista del norte del país; reabiertos los templos y disuelta la Guardia Nacional cristera, se acabaron dos grandes problemas que cimbraban al régimen callista, aunque la lucha electoral iba entonces en aumento.

El vasconcelismo acababa de perder la gran alianza que empezaba a concertarse con los rebeldes cristeros en defensa del voto, cuya burla era inminente en las elecciones Vasconcelos-Ortiz Rubio. **Romper esta alianza, evitar que se aglutinaran todas las energías de la nación en un esfuerzo concéntrico, en una lucha electoral con el brazo armado de los cristeros, fue la máxima tarea llevada a cabo por el embajador Morrow para proteger a Calles** y todo lo que él representaba.

Y así las cosas, Vasconcelos realizaba su gira política hablando con

dureza. En Puebla dijo el 28 de abril: "Si la opinión fuese burlada, yo sé que todos los que se respetan, yo sé que todos los hombres, todos los ciudadanos, preferirán arrostrar todos los peligros, jugar su destino antes que permitir que México siga siendo lo que es hoy: un país cuyos destinos ya no se resuelven nada más en México, sino también en Washington. Yo os invito a que nos ayudéis a formar un México autónomo, un México que resuelva sus asuntos en su propio territorio, y en ese mismo instante veréis que México no tendrá gobiernos de fuerza ni gobiernos de imposición, porque éstos son tan débiles y tan mezquinos que acaban solicitando del extranjero lo que no les da el corazón de los hijos de su propio país".

El 8 de junio decía en Tlaxcala: "De un lado, las ambiciones, la inmoralidad, el cinismo, la venta de los más caros intereses de la Patria: del otro, nosotros, el pueblo entero".

Y ocho días más tarde decía en Pachuca: "Estamos, pues, comprobando, que el pueblo mexicano sabe ir al cumplimiento de sus grandes deberes cada vez que la oportunidad obliga; y nunca como ahora había sido más obligatorio que las gentes se aprestaran a impedir que se hagan del Poder todos los que van a consultar los destinos de la patria a la embajada norteamericana".

El 23 de junio decía en La Magdalena Contreras: "Nosotros no repartimos pulque para que se nos escuche. . . Y andamos así de pueblo en pueblo recogiendo la adhesión de los buenos, porque no tenemos más fuerza que el pueblo ni más apoyo que la voluntad de los mexicanos".

Entusiasmadas multitudes recibían a Vasconcelos en todas partes y él no cesaba de repetir que si México no se daba un gobierno propio, estaba condenado a la larga a la pérdida total de su soberanía.

El régimen hostilizaba continuamente al vasconcelismo y en ocasiones llegó al crimen, hasta que el 17 de noviembre (1929) las casillas se llenaron de ciudadanos que aún alentaban la esperanza de que su voto fuera respetado. En cientos de ciudades y poblados corrió la sangre ese día.

Vasconcelos se hallaba en Guaymas el día de las elecciones y prácticamente era un prisionero, pues agentes secretos y policías lo seguían por todas partes con el pretexto de impartirle garantías. Refiere que inmediatamente después de las elecciones "el corresponsal Lloyd —de una de las agencias cablegráficas con sede en Nueva York— llegó en aeroplano para sugerirme, en nombre del embajador Morrow, director de la política gubernamental, que hiciese manifestaciones aceptando la derrota y declarando legalmente electo a Ortiz Rubio, a cambio de lo cual obtendríamos ventajas mis partidarios y yo. Pedí a Lloyd que dijese a Morrow que yo no era de su casta".

Y mucho antes de que un cómputo verdadero fuera posible, ya la prensa controlada de Estados Unidos daba por hecho el triunfo del callismo en la persona de Ortiz Rubio, y el banquero Lamont, jefe de la casa judía Morgan, de Nueva York, le enviaba sus felicitaciones al nuevo presidente impuesto.

Once días después de la elección, el 28 de noviembre, la Gran Comisión de la Cámara de Diputados dictaminaba (sin contarlos siquiera) que los votos habían arrojado el siguiente resultado:

En favor de Ortiz Rubio	1.948,848
En favor de Vasconcelos	110,979

Ese dictamen no fue un simple fraude, sino un sarcástico latigazo a la cara del pueblo y un escarnio al sentido común, pues había sido evidente la entusiasta mayoría de votos en favor de Vasconcelos.

Cuando poco antes de las elecciones era ya visible que Calles no respetaría el voto popular y que el único recurso de victoria sería la rebelión, el licenciado Miguel Palacios Macedo le insistía a Vasconcelos con las siguientes palabras: "Organice usted la revolución. No hay nada preparado en ese sentido". Vasconcelos contestaba: "Una Revolución es brote popular que plasma o no, según el estado de ánimo. Y lo más que puede hacer el líder es crear ambiente revolucionario, psicología revolucionaria. . . No dispongo de regimientos para colocarlos uno aquí, otro allá, estratégicamente y, por otra parte, eso ya no sería una revolución, sino un cuartelazo. Y tampoco eso puedo dar. Lo que hago es comprometer voluntades. Sólo el Gobierno puede forzar. Yo tengo que atenerme a promesas. Me limito a estimular sin engañar. A cada uno le advierto el riesgo. Y también cada uno sabe que ese riesgo he de compartirlo con el primero que forme un núcleo de fuerza armada. Si no se reúne ese grupo, tendré que esconderme mientras la revolución estalla; tendré que ausentarme, como se ausentó Madero. Y fracasaré del todo si la revolución no llega a estallar, como hubiera fracasado Madero si desconocidos para él, como Orozco, Villa y los Figueroa, no se lanzan motu proprio al campo, sin más organización previa que la unidad ideológica derivada del Manifiesto de San Luis".

Vasconcelos había admirado tanto a Madero que por muchos años lo creyó el factótum de la Revolución, siendo que en realidad era sólo un símbolo —limpio y abnegado— al cual auxiliaron otros factores importantes, incluso fuerzas extranjeras deseosas de intervenir en México a través de la Revolución.

Naturalmente que las revoluciones se organizan; naturalmente que hay una técnica de la Revolución. No basta, como creía Vasconcelos en 1929, con crear "el ambiente revolucionario", ni con "estimular sin engañar". La técnica revolucionaria crea el ambiente y además le coloca cauces prácticos de acción y de motín, y no sólo estimula sino que empuja, engaña y compromete hundiendo a las conciencias en el odio y la sangre hasta supeditarlas a los más espantosos arranques del instinto.

En este sentido Vasconcelos no era revolucionario...

Al ver burlado el voto, Vasconcelos hizo en Guaymas un llamado a la insurrección y se asiló en Estados Unidos, de donde esperaba regresar a encabezar los movimientos armados, como había ocurrido en la época de Madero.

Pero en tanto que en 1910 había en Estados Unidos armas para todo el que quisiera levantarse contra don Porfirio, coyuntura en la cual pudo apoyarse el triunfo de Madero, en 1929 la maquinaria política de Washington bendecía a Ortiz Rubio y no daba ni un fusil ni un cartucho al que intentara oponérsele.

Todo hombre grande está expuesto a sufrir errores igualmente grandes y Vasconcelos sufrió el error de suponer que las revoluciones surgen por generación espontánea del descontento del pueblo. Ese error se originó en Vasconcelos desde 1910, cuando supuso que la Revolución encabezada por Madero era hecha exclusivamente por el pueblo. Todas las **revoluciones,** lo mismo en Francia que en España, que en Rusia, que en México y que en Cuba, **se hacen** con el pueblo, pero no las hace precisamente el pueblo.

En 1929 no había el apoyo internacional indispensable para que el descontento popular de México cristalizara en una revolución. El ímpetu, la rebeldía y el entusiasmo de Vasconcelos no le permitieron de momento percibir esa realidad.

El general Bouquet, veterano de la lucha de los cristeros, iba a ser el jefe de las operaciones militares vasconcelistas, pero poco más tarde fue descubierto y ejecutado en Ciudad Juárez. El movimiento rebelde no llegó a estallar, salvo algunos brotes aislados en Sinaloa, Jalisco, Veracruz y Coahuila, carentes de pertrechos y de enlace entre sí.

El régimen redobló la persecución del vasconcelismo y la mayoría de los que podían ser jefes u orientadores de un movimiento armado fueron encarcelados o asesinados. Una de las más **(1930)** crueles matanzas fue la de Topilejo (febrero 14, 1930) y corrió a cargo de subordinados del general Maximino Ávila Camacho. Veintidós vasconcelistas, incluso el casi octogenario general León Ibarra, de la época de Madero, fueron mutilados y luego muertos a tiros o ahorcados, al cabo de lo cual se les enterró en un pozo cerca de la carretera de Cuernavaca. Cuando 23 días después un



Brisbane, el "humanista", que junto con los Oachs, los Hirsch, los Lippman, los Haberman, etc., cubría la publicidad de Calles en Estados Unidos, le aconsejaba a éste que siguiera el ejemplo de Pedro el Grande, quien no sólo mataba a sus enemigos, sino que sacaba de sus tumbas a los ancestros de éstos y los quemaba. Todos los recursos estaban en juego en una lucha que parecía nacional, pero que era internacional

indio encontró accidentalmente una mano que emergía entre el lodo, y quedó al descubierto el crimen, las familias de los desaparecidos intentaron exhumar los restos y demandar justicia, pero el régimen rodeó el terreno con tropas e impidió el acceso.

De todo esto nada se enteraba la opinión pública americana porque sus agencias internacionales de prensa le ocultaban la realidad de México y le hacían creer que eran vulgares bandoleros o perturbadores del orden público los que se oponían a la política callista. En esta campaña seguían empeñados la cadena de diarios "Hearst", del israelita Mauricio de Hirsch, y el influyente "New York Times", del hebreo Oachs. Así se sentaban las bases para justificar la antidemocrática política exterior del Departamento de Estado americano, influída por el Consejo de Relaciones Exteriores, de los magnates hebreos, aún poderosos, aunque el Presidente Hoover les iba oponiendo creciente resistencia.

Desde Nueva York, diversas redes y organismos internacionales se hallaban empeñados en sacar adelante a don Plutarco. Participaba en esta tarea hasta el rotarismo, cuya inmensa mayoría de socios ni son políticos ni desarrollan actividades políticas.

Y es que el movimiento político hebreo tiene redes de muy diversas mallas, desde las más finas para gente difícil de seducir hasta las más gruesas para las masas impreparadas y dúctiles. El rotarismo y el leonismo son organizaciones cuyo mando internacional sólo las mueve en política cuando alguna crisis grave lo requiere, y aun en tal caso con suma discreción.

(La formación del Rotary Club se aprobó en el Congreso Masónico de Amiens, en 1897, y se inició en Chicago el 28 de febrero de 1905 bajo la dirección de Paul Harris. Del mismo Rotary se derivó en 1917 el Club de Leones, y en diversas fechas la Asociación Cristiana de Jóvenes, la Liga de los Derechos del Hombre y el Rearme Moral. El Vaticano prohibió en 1929 que los sacerdotes pertenecieran al Rotary, cuya organización fue condenada en ese mismo año por el episcopado español).

Con el apoyo de sus aliados internacionales —que incluso le ganaron la solidaridad de clubes de rotarios y leones mexicanos— don Plutarco aplastó el voto popular en México, hizo matanzas de vasconcelistas, sorteó la crisis de la oleada electoral de oposición y se dispuso a continuar su "maximato" a través de Ortiz Rubio. (1)

A los vasconcelistas se les dividió y en parte se les lanzó contra Vasconcelos, al aconsejárseles (desde las esferas oficiales) que organizaran una oposición que, en la práctica, resultaba oposición ficticia. Esto era lo más inteligente para el régimen, pues **donde hay una oposición falsa, que engaña a los ingenuos,** es fácil suprimir toda naciente oposición auténtica. Y de esa manera **se dirige la acción y se controla la reacción.**

ORTIZ RUBIO TENIA BUENA INTENCION, PERO NO FUERZA

En vísperas de entregarle la silla presidencial a Ortiz Rubio, Portes Gil confirmaba el dos de septiembre de 1929 la convención de los Tratados de Bucareli, de fecha 8 de septiembre de 1923, con los que Obregón había conseguido el reconocimiento de la Casa Blanca. (Esos tratados fueron el recurso mediante el cual Obregón impidió que una revuelta, como la de Adolfo de la Huerta, lograra apoyo de Washington y lo derrocara).

Otra de las ocupaciones de Portes Gil fue acentuar los rasgos extraños que el Presidente Wilson había impuesto a la reforma agraria

(1) El 12 de enero de 1951 la gencia "Ari", del Vaticano, informó que los clubes de leones y rotarios eran de origen masónico y que el código moral de los rotarios es sólo un disfraz del código moral laico de los masones.

En 1958 el Rotary Club de La Habana y el Club de Leones recibieron la consigna de trabajar en favor de Castro Ruz. El Dr. Isaac Jorge Oropesa encauzó a los leones hacia el castrismo atendiendo instrucciones superiores. Cuando la mayoría de los rotarios y leones cubanos advirtieron que habían ayudado a instaurar una tirania comunista ruinosa para ellos y para todo el pais, ya era demasiado tarde.

En 1933 numerosos leones mexicanos rompieron sus nexos con el mando internacional y formaron sus clubes nacionales. Naturalmente el Club Internacional vio con profundo desagrado esa emancipación y lentamente fue maniobrando para atraerse a los reacios, hasta que treinta años más tarde, en 1963, casi lograba volverlos a controlar.

mexicana y consecuentemente decretó disminuir las dimensiones de la propiedad agrícola inafectable, a 100 ó 150 hectáreas, como mínimo y 300 ó 500 como máximo, según la clase de tierras. Además, aceleró la creación de ejidos y en menos de dos años hizo 155,826 ejidatarios más, sobre una superficie de 2.065,847 hectáreas.

Algunos economistas calcularon que hasta esa época la adulterada reforma agraria le había costado al país dos mil quinientos millones de dólares (más de treinta mil millones de los pesos actuales), en tanto que otros consideraban que las pérdidas eran mucho mayores, incalculables, supuesto que a los daños sufridos en el campo se agregaban los padecidos indirectamente por toda la economía nacional, ya que la industrialización y el progreso se retarda y dificulta siempre que la masa campesina carece de poder adquisitivo.

No era una casualidad que durante tantos años, con tan diferentes gobernantes que abandonaban lo que el otro había empezado e iniciaban nuevas obras a su modo —aunque se perdieran millonadas—, ciertas cosas se mantuvieran inalterables, como la reforma agraria con metas políticas, en vez de buscar preferentemente metas económicas y sociales, según era el anhelo de los iniciadores de la Revolución. Y es que en puntos como éste la influencia internacional ha tenido particular persistencia. Por eso en su rápido paso por el Palacio Nacional Portes Gil hizo méritos impulsando la multiplicación de ejidos a costa de la propiedad privada, y quedó como miembro vitalicio de la maquinaria oficial.

(1930) El 5 de febrero (1930) don Pascual Ortiz Rubio tomó posesión de la Presidencia de la República. Pero minutos más tarde las luces, los aplausos y el esplendor de la ceremonia se trocaron para él en tragedia. Como resultado de la unánime indignación pública por la burla del voto electoral, un desconocido llamado Daniel Flores acechó al nuevo Presidente de Calles frente a su domicilio y le vació su pistola. Don Pascual quedó herido en la cara y en un hombro.

Naturalmente el desventurado Daniel Flores fue atormentado, mutilado y finalmente ejecutado en la Penitenciaría. En vano se intentó averiguar si formaba parte de un grupo político o si era enviado por alguien para asesinar al Presidente. En realidad se trataba de un hombre sencillo, sin componendas políticas, en el que se había condensado el descontento popular. La mente de Daniel Flores estaba influída por la mente colectiva del pueblo, y con ciega indignación, como autómata, sin el menor interés personal, creyó hacerle un beneficio a su pueblo cambiando su vida por la del hombre que él creía ser la causa de los males de México. Lo mismo había pensado León Toral acerca de Obregón.

Los sacrificios de Toral y de Daniel Flores podían crear cierta alar-

ma en los medios gubernamentales y ablandarlos en determinados aspectos, pero no podían hacer cambiar fundamentalmente la política oficial. Y es que no se trata de una política impuesta por un gobernante o por un grupo de funcionarios; no se trata de un problema puramente nacional, inscrito dentro de nuestras fronteras, sino de una política internacional, con planes y jefes igualmente internacionales.

Es una lucha con raigambre de veinte siglos, que afecta a todos los pueblos y que se desenvuelve en el mundo entero.

Por otra parte, Ortiz Rubio no era el peor de los hombres que el callismo podía haber impuesto en 1930. Por el contrario, don Pascual carecía de grandes pasiones personales, era sereno, ilustrado, aunque relativamente prisionero de la malla masónica. Su posición dentro del mundo de la política era casi insignificante antes de emerger como candidato y llegó hasta la Presidencia sin haber podido formar un grupo de amigos o partidarios que le sirviera de punto de apoyo. Salvo contadas excepciones, para todo dependía de los hombres que don Plutarco le ponía a su alrededor.

El general Lázaro Cárdenas, de las confianzas de Calles, ocupó la presidencia del PNR, y después una secretaría; el general Eulogio Ortiz, que se había distinguido como ejecutor de cristeros, fue el jefe del Estado Mayor presidencial; el maestro masón Aarón Sáenz fue Secretario de Educación Pública; el general Saturnino Cedillo, que había mostrado dura mano contra los cristeros y vasconcelistas, ocupó la secretaría de Agricultura; Riva Palacio, señalado como autor intelectual de la muerte del estudiante vasconcelista Germán del Campo, fue Secretario de Gobernación. Y así por el estilo, todo el Gabinete.

Los censos nacionales de 1930 revelaron la asombrosa vitalidad del país, pues a pesar de tantos desórdenes e inquietudes del último decenio, la población había aumentado en 170,000 habitantes por año, hasta alcanzar un total de 16.500,000.

(En esos años la aviación se expandía mundialmente demostrando sus grandes posibilidades, y la juventud mexicana se hallaba presente en ese suceso. El transporte aéreo acababa de iniciarse regularmente en México. El coronel Pablo L. Sidar llevó en triunfo los colores nacionales en un vuelo por todos los países de Centro y Sudamérica. Meses después —11 de mayo de 1930— cayó y pereció en Puerto Limón, Costa Rica, cuando trataba de realizar el mayor vuelo del mundo, sin escalas, de México a Argentina. El 21 de junio del mismo año el coronel Roberto Fierro consumaba en 12 horas el vuelo Nueva York-México, en el que había perecido Emilio Carranza).

Ortiz Rubio tenía algunas ideas personales acerca del modo de gobernar al país, pero no podía dar paso sin tropezar con los obstáculos que le ponía la maquinaria callista. Además, le tocó cosechar los venenosos frutos económicos de tantos años de lucha armada y de



Cor. Pablo L. Sidar. Llevó en triunfo los colores nacionales a toda Centro y Sudamérica. Pereció al tratar de realizar el mayor vuelo sin escalas del mundo, de México a Argentina.

zozobra política, aumentados con una crisis económica mundial, una baja internacional del precio de la plata y una menor producción petrolera. La economía nacional se hallaba herida de gravedad. Y así como antiguamente a un enfermo grave se le hacían sangrías con la esperanza de que mejorara, sin más base real que un debilitamiento de sus reacciones (cosa que se interpretaba como mejoría), los economistas de Calles desmonetizaron el oro mexicano, suspendieron la acuñación de plata y oro y redujeron el dinero circulante, con lo cual se logró la aparente mejoría de frenar el alza de los precios, pero a la vez se paralizaron obras y negocios.

(1931) La nueva ley monetaria (25 de julio, 1931) significó que la moneda nacional abandonaba el talón oro, pues aunque en teoría se establecía que el peso tendría un valor equivalente a 75 centigramos de oro puro, en la práctica no existía tal oro. El peso fue abandonado a una nueva devaluación que en corto tiempo habría de hacerlo perder el 41% de su valor. El tipo de cam-

bio, de $ 2.55 por dólar, cayó en una nueva pendiente hasta parar en $ 3.60 durante septiembre de 1933.

Ciertamente que había una crisis económica mundial, provocada por el cataclismo financiero ocurrido en Estados Unidos en 1929, y que después de la devaluación del dólar ningún país se escapó a ese fenómeno, pero en México la crisis se vio agravada por el quebrantamiento de la economía durante los muchos años de lucha armada y de terror político. Además, hay fundadas dudas de que las medidas adoptadas por Montes de Oca, el economista de Calles, hayan sido las indicadas, pues lo que el país requería era reanimar sus actividades —casi asfixiadas por tantos años de incertidumbre—, en vez de paralizarlas, como lo hizo el régimen.

Sin embargo, no puede culparse íntegramente a Ortiz Rubio de los males que sufrió México en esa época, pues era Calles el que movía la maquinaria oficial. Frecuentemente acordaba con los secretarios de Estado en su casa de Anzures o en la de Las Palmas, en Cuernavaca, y disponía de la red telefónica privada del gobierno para comunicarse con todos los funcionarios.

En cuanto a la reforma agraria, Ortiz Rubio no era partidario de la adulteración impuesta por Wilson, como no lo habían sido Madero, ni Zapata, ni Carranza, como no podía serlo nadie que examinara la cuestión atendiendo exclusivamente a la mejoría económica y social del campesino y del país.

Durante su campaña política Ortiz Rubio había dejado entrever algo de su pensamiento al afirmar que **"la agricultura en gran escala no debe ser considerada esencialmente contraria a los intereses de la nación"...** La agricultura en grande escala ha contribuido a la prosperidad de las naciones y a mejorar la alimentación del pueblo, como en Estados Unidos, Argentina y otros países, y es paradójico que en México se le considere punto menos que un delito.

El propio Calles manifestó el 22 de junio de 1930 que el agrarismo era un fracaso, que los campesinos no se hallaban suficientemente preparados y que carecían de elementos para cultivar los ejidos. Agregó que sería conveniente que los gobiernos de los Estados fijaran **"un período relativamente corto en el cual las comunidades que todavía tienen derecho a pedir tierras puedan ejercitarlo; y una vez que haya expirado ese plazo, ni una palabra más sobre el asunto".**

Es decir, que cesara ya la amenaza de nuevas afectaciones de tierras.

Ortiz Rubio comenzó a dar pasos para detener la creciente ruina del campo mexicano y decretó (26 de diciembre, 1930) que no podrían ser fraccionadas las explotaciones agrícolas, grandes y pequeñas, que estuvieran ligadas a explotaciones industriales, tales como algodón, henequén, caña y café, pues era evidente que afectar esas fuentes de producción dañaría aún más a la economía nacional. Tal

cosa fue una rectificación fundamental a la política agraria que tiende a liquidar la iniciativa privada en el campo y a colectivizar la agricultura bajo control oficial.

Fue significativo que el "ala izquierda" del Congreso y del PNR, o sea la facción íntimamente ligada a las consignas masónicas, se alarmara ante las "desviaciones" del Presidente y que el general Lauro Caloca expresara críticas a las rectificaciones que Ortiz Rubio hacía al aspecto político de la reforma agraria.

Aunque don Pascual estuvo más tiempo en la Presidencia que su antecesor Portes Gil, repartió apenas 1.203,737 hectáreas en míseros ejidos, para 84,009 personas, o sea algo más de la mitad de lo que había fraccionado Portes Gil en menos tiempo de gobierno.

Respecto a las relaciones del Estado con la Iglesia, el general Juan Andrew Almazán refiere que Calles vio con desagrado la clausura del diario anticatólico "La Patria" y los aprestos oficiales para devolver el templo de La Soledad, y en una junta habida en Palacio le echó en cara a Ortiz Rubio que los católicos ya se estaban "insolentando".

Cada vez que Ortiz Rubio trataba de hacer algo le surgían dificultades y ni siquiera lograba el apoyo de sus más cercanos colaboradores. La autoridad de Presidente se le escapaba como agua entre las manos porque no podía confiar en sus ministros, que en su mayoría eran callistas, ni en el Congreso, que prácticamente se hallaba controlado por el "ala izquierda". Ortiz Rubio llegó a ser un prisionero de Palacio y cuentan que un día le repuso a un amigo suyo que le pedía una recomendación: "Ahora no te servirá de nada porque ando mal con el gobierno"...

Estudioso de los fenómenos sociales, muy interesado en los problemas del campo, que eran y siguen siendo el talón de Aquiles de la economía nacional, Ortiz Rubio carecía, sin embargo, de la decisión y de la fuerza política para hacer —como quería— su propio camino, y muy pronto se le volvió demasiado ingrata la tarea de presidente pelele.

Calles, por su parte, iba perdiéndole rápidamente la confianza a Ortiz Rubio: en unos aspectos porque éste trataba de hacer ciertas cosas por su cuenta, en otros porque no controlaba suficientemente la maquinaria gubernamental, y para hacerlo caer mandó notificarle, por conducto del Dr. José M. Puig Casauranc, que ninguno de los callistas iba ya a aceptar puestos de gobierno "para dejar al Presidente, íntegra, la responsabilidad de sus actos públicos y administrativos". Don Pascual percibió la maniobra y pensando en voz alta dijo en presencia de Puig: "¿De dónde voy a encontrar revolucionarios para mi gobierno si elimino a todos los hombres de Calles?"...

Triste situación de un Presidente que se hallaba solo... Sin apoyo



Ing. Pascual Ortiz Rubio. Trató de frenar una alocada y dañina reforma agraria y quiso serenar los ánimos respecto al conflicto religioso, pero carecía de grupo propio. La autoridad se le escapaba como agua entre las manos. Llegó a ser un prisionero de Palacio, temeroso de Calles, y acabó por dimitir. En otras circunstancias menos difíciles habría sido un buen presidente.

del pueblo —que había votado por Vasconcelos— y sin apoyo de la "familia revolucionaria".

El general Pedro J. Almada refiere que en plena crisis le dijo a Ortiz Rubio a nombre de varios generales: **"Estamos con el Presidente constitucional de la República"**, pero que don Pascual le contestó sonriendo: "No, Almada, admiro tu lealtad y por eso yo también quiero ser leal con el general Calles. Esta situación él la creó; él que la resuelva. Yo no quiero ser responsable de disturbios en el país". ("Con mi Cobija al Hombro".—Gral Pedro J. Almada).

El general Joaquín Amaro también le ofreció su apoyo a Ortiz Rubio, pero éste no quería enfrentarse a Calles. Acababa de intentar una entrevista de emergencia con don Plutarco en el reservado del restaurante "Sonora-Sinaloa", pero el Jefe Máximo lo había hecho esperar más de media hora sin recibirlo. Al regresar a Chapultepec don Pascual vio con alarma que le habían cambiado la guardia y tuvo temor de que lo mandaran asesinar. En ese momento se hallaba deprimido y sin ningún dominio sobre sí mismo, según refirió Amaro. Lo que quería era irse.

Don Pascual le dijo a Puig que si Calles no revocaba su decisión de que sus amigos no participaran más en el gobierno ortizrubista, renunciaría a la Presidencia. Y como eso era precisamente lo que Calles quería, no revocó su decisión. En consecuencia, don Pascual le pidió al propio Puig —que era de las confianzas de don Plutarco— que redactara su renuncia. "Sólo le pido —precisó— que en la redacción de la renuncia, dificilísima, puesto que constitucionalmente habrá que buscar causas graves, las únicas que acepta la Constitución para un paso semejante, ni se toque al general Calles, ni se pueda entender que mi actitud se deriva de discrepancias ideológicas de orden revolucionario". (1)

Don Pascual quería salir mansamente. En realidad no estaba dejando el Poder, sino huyendo de una cárcel, y de la cárcel no se puede salir lanzándole retobos al carcelero.

¡Cuán frecuentemente se equivoca el vulgo al suponer a los Presidentes en la cúspide del Poder! . . . Don Pascual, con Palacio Nacional y con banda tricolor en el pecho, colmado de honores en las ceremonias públicas, era sin embargo un cautivo de fuerzas superiores.

(1932) Y así todo México vio a Ortiz Rubio bañado de luces y de aplausos al leer su informe el primero de septiembre y al salir luego del Congreso a los acordes del Himno Nacional y de la Marcha de Honor. Pero 48 horas más tarde, en ese mismo recinto, era leída y aceptada su renunciá. El documento, alargado con frases huecas, decía que no importaba la fecha de la transmisión del Poder, siempre que la legalidad no se quebrantara. Admitía que la acción de su gobierno era **"débil y pálida"** y **"mezquinos sus resultados"** debido a la crisis política-económica, pero no especificaba en qué consistía la crisis. En segundo término hablaba de su salud quebrantada y luego insistía en su identificación con el PNR y en su reconocimiento a Calles, a la doctrina Calles de 1928, al credo revolucionario y, finalmente, reiteraba su elogio al **"jefe actual de la Revolución mexicana"**.

El mismo día, porque ya estaba todo hecho, el Congreso nombró por unanimidad al general Abelardo L. Rodríguez como sucesor de Ortiz Rubio.

Días antes ya lo había nombrado don Plutarco. . .

EN VISPERAS DE GRANDES SUCESOS

Ante el Congreso de la Unión —el mismo Congreso que tres días antes había aplaudido el informe de Ortiz Rubio— el general Abelardo L. Rodríguez rindió su protesta como Presidente provisional el 4 de septiembre (1932), cargo en el que habría de permanecer dos años y 3 meses. Su gobierno fue de transición, mientras se efectuaban nuevas elecciones, y en general procuró evitar toda inquietud pública.

La vieja lucha universitaria, consistente en que los estudiantes reclamaban la autonomía de la Universidad Nacional, fue amablemente vencida por el Presidente Rodríguez mediante un subsidio de 7 millones de pesos, que implicaba un velado control oficial, indirecto, pero efectivo sobre la Casa de Estudios. Entonces la UNAM tenía diez

(1) Galatea Rebelde a Varios Pigmaliones.—Dr. José M. Puig Casauranc.

mil alumnos y su presupuesto anual ascendía a diez millones de pesos. El rector era el Lic. Manuel Gómez Morín, cuya labor fue elogiada por la Cámara de Diputados (abril 11 de 1934). Carente de un patrimonio propio que le asegure su existencia (cosa que la legislación de Juárez prohibió para que la educación superior fuera controlada por el gobierno), la Universidad quedó prácticamente dependiendo del régimen, y a través del cordón umbilical del subsidio comenzó a pasar en creciente dosis la infiltración marxista. Esto obedece a un plan internacional para que las universidades sean centros de adoctrinamiento y subversión comunista.

Por otra parte, don Abelardo instituyó oficialmente el descanso obligatorio del séptimo día, fijó por primera vez el salario mínimo, en $ 1.50, y frenó a diversos líderes que intentaban promover huelgas, a los cuales condenó como "líderes tenebrosos".

El grupo radical masónico del Congreso —conocido como "ala izquierda"— trazaba de acuerdo con Calles el Plan Sexenal para la próxima administración, que debería durar 6 años en vez de cuatro.

Melchor Ortega, jefe del PNR, y los gobernadores Estrada Cajigal, de Morelos; Cerrato, de Michoacán, y Sebastián Allende, de Jalisco, se entrevistaron con Calles en El Sauzal, B. C., y ahí se enteraron por primera vez de que don Plutarco había decidido apoyar a Cárdenas como candidato único, no obstante que por algún tiempo le había tenido recelo al describirlo como **"un hombre impreparado, muy inquieto y con ideas extremistas".** (1)

Como preámbulo de la campaña presidencial, Cárdenas fue colocado en la Secretaría de Guerra, que entonces solía ser la antesala de la Presidencia. (De 1929 a 1931 fue Gran Maestro de la Logia Valle de México).

En esa época **grandes sucesos internacionales estaban ocurriendo en el mundo** y pronto ejercerían influencia decisiva en la política de México.

Resulta que en los últimos años de la administración del Presidente norteamericano Calvin Coolidge, el movimiento político judío-masónico había perdido influencia en los altos círculos de la Casa Blanca. Este fenómeno se acentuó a principios de 1929 al subir el Presidente Herbert Clark Hoover, que si no se oponía a los planes internacionales de ese movimiento, por lo menos no se prestaba a desarrollarlos. Esto implicaba que **un cambio fundamental en la alta política de Norteamérica estaba ya iniciándose.**

El movimiento político secreto preparó entonces una gran contra-

(1) "Lázaro Cárdenas, su Feudo y la Política Nacional".—Por Victoriano Anguiano, ex diputado federal por Michoacán.

ofensiva. Los magnates Baruch, Warburg, Schiff, Goldman, Morgan Jr., Rockefeller y otros más, mediante el poderoso instrumento de sus consorcios bancarios (supercapitalismo) aceleraron vertiginosamente la circulación del dinero y luego la detuvieron bruscamente, con lo cual provocaron en octubre y noviembre de 1929 un cataclismo económico y sumieron a Estados Unidos en la quiebra. (Fue algo parecido a lanzar a un tren en veloz carrera y luego aplicar súbitamente todo el aire comprimido de los frenos). Numerosas empresas se paralizaron, faltas de crédito, y miles de obreros quedaron cesantes de la noche a la mañana, cosa que automáticamente redujo el poder de compra del público y precipitó a otras empresas a la crisis, con los consiguientes reajustes de personal. Los daños sufridos en unas empresas repercutían en otras. Las tres cuartas partes de los negocios padecieron daños más o menos graves. La producción bajó casi a la mitad, el Estado recaudó menos impuestos y a su vez se vio forzado a disminuir sueldos y a paralizar obras. Fue una tremenda reacción en cadena. (1)

Esto afectó en sus ingresos a 17 millones de personas (a unas con cesantía total, a otras privándolas de "horas extra" y a algunas más dejándolas con trabajo esporádico). Familias con más de 70 millones de personas sufrieron daños directos.

Un mar de versiones propagandísticas se esparció para encubrir la terrible maniobra con el nombre de **"crisis de sobreproducción",** cosa falsa, pues en esencia **era una acción política de sorpresa para desprestigiar a la administración nacionalista de Hoover y propiciar el ascenso de Franklin Delano Roosevelt.**

Roosevelt mismo era descendiente en séptima generación del sefardita Claes Martensen van Roosevelt, emigrado de España a Holanda en 1620.

Roosevelt había sido consagrado como Maestro de la Logia Holanda número 8, de Nueva York, el 28 de noviembre de 1911; obtuvo en Albany el grado 32, el 28 de febrero de 1929; el Cyprus Shrine Temple, de Albany, lo declaró miembro suyo el 25 de marzo de 1930, y el "Greenwood Forest" 8, de los "Grandes Cedros del Líbano", de Warwick, N. Y., le confirió el título de "Gran Cedro" el 25 de abril de 1930. Toda la organización judío-masónica de Norteamérica se unificó para llevar a Roosevelt a la Presidencia, como ya lo había llevado a la gubernatura de Nueva York, y para eso contó con el apoyo de millones de electores desesperados por la crisis económica y seducidos por la propaganda electoral que prometía ayuda a los cesantes.

(1) Business Cycles.—Joseph Schumpeter. ¿Capitalismo o Socialismo? Fritz Sternberg.



Presidente Hoover.- Con él adquiría mayor influencia el círculo nacionalista americano, en prejuicio del grupo de Roosevelt, de los Baruch, los Warburg, los Rockefeller, etc. Se planteó así la lucha entre ambas corrientes. Se prefabricó entonces la gran crisis para liquidar a Hoover.

La lucha entre los dos grupos (de Hoover y de Roosevelt), fue tremenda. Hoover sabía de donde provenía el golpe y se dio cuenta de que no podía vencer a su adversario, por lo cual le propuso que hiciera amainar la crisis económica, en bien del pueblo a reserva de que Roosevelt llegara al poder en 1933 si así lo decidían las próximas elecciones.

Pero Roosevelt no aceptó la transacción. La crisis continuó con furia. Se trataba de aterrorizar a los electores para que los millones de norteamericanos simpatizantes de Hoover quedaran totalmente decepcionados y no volvieran a levantar cabeza.

De esa manera se aseguraría que Roosevelt triunfara con un vasto margen, de tal manera que pudiera luego reelegirse, pues cuatro años de gobierno no eran suficientes para realizar su plan de largo alcance.

Esta estrategia fue tan acertada que Roosevelt consiguió reelegirse cuatro veces; no obstante el precedente tradicional de que nadie lo hiciera más de una vez.

Ciertamente fue una estrategia cruel, basada en la desgracia de una inmensa mayoría del pueblo americano, pero esto poco o nada importaba al grupo encabezado por Delano Roosevelt.

En la profunda confusión de la crisis económica fueron surguiendo las más variadas y hasta absurdas especulaciones, como las siguientes:

1. ¿Acaso la simbiosis judío-norteamericano estaba tocando a su fin?
2. ¿Acaso el Sanedrín iba a empujar a sus anfitriones hacia un régimen marxista?



Llegó a especularse que Roosevelt le daba tanta beligerancia a la "izquierda" porque tal vez la consideraba un instrumento más eficaz para llegar al Gobierno Mundial.

3.- ¿Podría ser que la tácita sociedad anónima que había funcionado entre el poder hebreo ("time is money") y el laborioso ciudadano americano llegaba a su fin?

Otros consideraban que Roosevelt aplicaría un estilo muy personal de gobernar, pero que nada cambiaría en el fondo.

Algunos, menos optimistas, señalaban que Roosevelt estaba llevando a altos puestos públicos a numerosos simpatizantes del sistema comunista de la URSS. ¿Acaso pensaba implantar algo parecido en los Estados Unidos?.

En la Cúpula política-económica del país figuraban comocidos personajes como los Barush, los Morgenthau, los Warburg, los Frankfurter, los Brandeis, los Ecom, los Untermeyer, los Rosenman, los Wise, los Hillman, los Lewis, los Gold, los Dubinski, los Gompers, los Rockefeller, los Truman, los Goldwin, los Abrams, los Warner, los Kasan, los Hirsch, los Oachs, los Sulzberger, los Meyer, los Paley, los Oppenheimer, etc., Todos con creciente influencia en las finanzas, la educación, los sindicatos, la política y los medios de información.

No cabe duda que alrededor de Roosevelt se reunió un grupo de sagaces inteligencias. Su plan no era para desarrollarse sólo en un periodo gubernamental de cuatro años, ni en las cuatro reelecciones, sino —por lo menos— para los siguientes SETENTA AÑOS.

Como la crisis iniciada en 1929 había sido prefabricada para liqui-

dar a la línea política de Hoover, al conseguirse ese objetivo la crisis empezó a ser desmontada rápidamente y los rooseveltistas aseguraron el poder y la realización de sus planes de largo alcance. Así se pusieron las bases para estrechar las relaciones con la dictadura de Stalin —presentada luego como la democracia agredida del tío Joe—, y fraguar la gran alianza que le hizo la guerra a la Alemania Nacionalsocialista, cuya meta era marchar hacia Moscú para liquidar el marxismo, y a la vez desplegar un modelo de economía opuesto totalmente al modelo económico hebreo.

Sin la victoria aliada de 1945 no se hubiera podido lanzar el Neoliberalismo, predecesor de la Globalización.

Es natural dudar de que tantos acontecimientos, y tan trascendentes, puedan ser previstos a 70 años de distancia. Pero todo indica que sí fueron previstos, particularmente por la idiosincracia muy peculiar de los dirigentes hebreos. Su capacidad para preveer, para plantearse grandes metas y para persistir en su lucha, es extraordinaria.

Así lo admite repetidamente Henry Ford desde 1920, al publicarse los primeros capítulos de su famoso libro. Y en cierta forma coincide con ese punto de vista el Padre Julio Meinvielle, a la vez que hace un duro juicio de carácter religioso, en los siguientes términos:

"Parte de Israel fue mordida por el orgullo. Incensatamente creyóse más grande que todos los otros pueblos y razas, y sobre todo más grande que Cristo y que María."(1)

Según Meinvielle, esa es la debilidad de la lucha política judía y justamente la que marcará su conversión final.

REPERCUTE EN MEXICO EL ASCENSO DE ROOSEVELT

Naturalmente que el cambio fundamental iniciado con Roosevelt en la Casa Blanca iba a hacer sentir sus efectos en el mundo entero y desde luego en México.

Por principio de cuentas en México se cambiarían los instrumentos humanos. Los que ya se habían cargado las espaldas de resentimientos y de odios populares no serían muy útiles en la nueva etapa, pues su sola presencia provocaba desconfianza o reacciones defensivas entre el pueblo, además de que su larga permanencia en el mando les daba raigambre y cierta confianza en su persona, por lo cual determinadas cosas querían hacerlas a su modo, o bien se negaban a hacerlas. Más que tratar de modificar o adiestrar a estos hombres para la nueva etapa era práctico crear nuevas figuras.

(1) El Judío en el Misterio de la Historia. Julio Meinville. Ediciones Theoria. Buenos Aires. 1963. pag. 131.

Roosevelt hizo su entrada en la Casa Blanca el 4 de marzo de 1933.

Preludio de lo que se avecinaba en México fue el nombramiento que Roosevelt expidió en favor de Josephus Daniels como embajador de Estados Unidos. Daniels no era diplomático, pero sí amigo de Roosevelt, y al igual que éste, judío nacido en Norteamérica.

Siendo secretario de Marina en 1914 —cuando Roosevelt era subsecretario del mismo ramo— Daniels había dirigido el bombardeo y la ocupación de Veracruz para derrocar a Huerta. Alguien le recordó ese episodio al Presidente Roosevelt en 1933 y le insinuó que México —en recuerdo de sus víctimas de Veracruz— podía negar el agrement en favor de Daniels, a lo que Roosevelt respondió: **"Si los mexicanos no pueden tratar con Daniels, tampoco podrán tratar conmigo".** (1)

Tal era la actitud íntima del paladín de la engañosa "Buena Vecindad".

Pero naturalmente Daniels —con merecimientos superiores al sacrificio de los cadetes de Veracruz— no fue repudiado. Se solicitó el agrement el 7 de marzo (1933) y le fue contestado con beneplácito al día siguiente por el secretario de Relaciones Exteriores, José Manuel Puig Casauranc. El invasor de Veracruz podría venir con todos los honores, y para evitar cualquier protesta en su contra se reforzaría la policía encargada de custodiarlo. La sangre de los cadetes Azueta y Uribe, y la de los civiles muertos en la invasión, no sería motivo para contrariar a la camarilla de Roosevelt.

Por otra parte, iba a poder reanudarse en México la lucha anticatólica. En los últimos años del gobierno de Coolidge y durante la administración de Hoover el grupo anticatólico había perdido influencia en el Departamento de Estado americano, pero acababa de recuperarla vigorosamente con el gobierno de Roosevelt.

El general Juan Andrew Almazán refiere que Calles dijo en una junta de Palacio que los católicos iban recuperando terreno, a lo cual Narciso Bassols comentó que la generación adulta estaba perdida y que era necesario ir a la niñez. Esto le pareció muy cuerdo a don Plutarco y ordenó que se preparara un plan minucioso sobre el particular.

El 20 de julio (1934) Calles anunció desde el Palacio de Gobierno de Guadalajara: "Es necesario que entremos al nuevo período de la Revolución que yo le llamaría el período revolucionario sicoló-

(1) Memorias de Daniels.—Por Josephus Daniels, Embajador de Estados Unidos en México.

gico; debemos entrar y apoderarnos de la conciencia de la niñez, de la conciencia de la juventud porque son y deben pertenecer a la Revolución.

"Es absolutamente necesario sacar al enemigo de esa trinchera donde está la clerecía, donde están los conservadores; me refiero a la educación, me refiero a la escuela.

"Sería una torpeza muy grave, sería delictivo para los hombres de la Revolución que no arrancáramos a la juventud de las garras de la clerecía, de las garras de los conservadores; y desgraciadamente, la escuela en muchos Estados de la República y en la misma capital está dirigida por elementos clericales y reaccionarios.

"Los clericales dicen que el niño pertenece al hogar y el joven a la familia; ésta es una doctrina egoísta, porque el niño y el joven pertenecen a la comunidad, a la colectividad, y es la Revolución la que tiene el deber imprescindible de apoderarse de las conciencias, de desterrar los prejuicios y de formar la nueva alma nacional".

El asalto frontal contra el catolicismo mexicano (intento de crear una Iglesia cismática y de controlar a los sacerdotes mediante un registro oficial que podía favorecer a unos y proscribir a otros), había fracasado. Y ese fracaso en México significaba a la vez un tropiezo para los planes masónicos de "descatolizar" a toda Iberoamérica, adoptados en Ginebra en 1924.

Por consiguiente, una táctica menos rápida, pero quizá a la larga más eficiente, iba a ponerse en vigor. En vez del asalto frontal con ambiciones de una victoria inmediata, vendría el ataque de flanqueo, de resultados más lentos, pero tal vez más seguros. El objeto sería controlar la conciencia de los niños.

En esta táctica de ataque tampoco era Calles un innovador, sino un continuador. Porque en 1870 el general Mellinet, Gran Maestro del Gran Oriente de Francia, había ordenado apoyar la instrucción "positivista y laica", que era el preámbulo obligado para la siguiente etapa "descatolizadora", y 21 años después el venerable Thulié decía que el control educativo de la niñez "decidirá la victoria verdadera y definitiva".

Desde que José Vasconcelos había dejado la Secretaría de Educación Pública en el régimen de Obregón, la lucha anticatólica comenzó a ganar posiciones en los estratégicos puestos de la educación pública. El pedagogo israelita Guy Inman, editor de "La Nueva Democracia" en Estados Unidos, hacía frecuentes viajes a México y alentaba a un grupo de "hermanos" para que controlaran y reorganizaran la enseñanza oficial en México. No sólo era necesario trazar programas educativos y preparar textos, sino **formar profesores anticatólicos** que pudieran luego realizar esos programas y modificar los sentimientos religiosos de la niñez.

Inman, declarado callista, influyó decisivamente en el grupo de educadores capitaneados por el profesor Moisés Sáenz, ex pastor y arzobispo del grupo metodista en México, que fue subsecretario de Educación y que imprimió a la enseñanza secundaria orientación izquierdista.

La meta inmediata era sembrar dudas "científicas" en la formación religiosa del escolar, abrir una brecha entre la niñez y sus padres y facilitar así la comunización de las nuevas generaciones, porque en resumidas cuentas la enseñanza laica era sólo la antesala de la enseñanza anticristiana, a su vez preámbulo de la enseñanza marxista. Un mismo proceso, aunque con tres diferentes etapas. Así lo había admitido ya el 2 de agosto de 1926 el Dr. Puig Casauranc, Secretario de Educación Pública y amigo íntimo de don Plutarco al anunciar: "Para el Gobierno, enseñanza laica no significa, ni puede significar, enseñanza neutra. ¿Íbamos a darle a la palabra 'laico' esa interpretación esterilizadora de neutra? No podía ser el Gobierno revolucionario del Sr. General Calles el que cometiera este verdadero crimen".

(1934) Y en consecuencia, el 19 de octubre de 1934 se realizó la reforma del artículo 3o. constitucional ordenada por Calles, para que el catolicismo fuera combatido desde la enseñanza del alfabeto y se diera a la niñez "un concepto exacto y racional del Universo y de la vida", o sea el concepto materialista del marxismo.

El licenciado Ezequiel Padilla declaró ese día que había "algo más fuerte que los ídolos que están en las Iglesias, en los altares" y que se les combatiría con la persuasión y la enseñanza, porque "la enseñanza, que es una de las armas de la Revolución, será de carácter eminentemente socialista".

El recién llegado Daniels se mostraba satisfecho. . .

Y Calles —ignorante entonces de que su ocaso estaba ya decidido porque la nueva etapa elevaría a nuevos instrumentos humanos— tal vez vio con agrado que se aproximaba un nuevo golpe contra las masas católicas que habían hecho fracasar la ofensiva de 1926.

CAPITULO IX

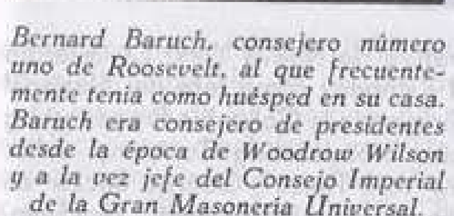
Cárdenas Acelera y Luego Frena

El "Nuevo Trato" y la "Buena Vecindad".
Calles sin Morrow y Cárdenas con Daniels.
Las Mieles del Procomunismo.
El Más Negro de los Tiempos de Multuncek.
20 Millones de Hectáreas Convertidas en Ejidos.
Una Gran Oportunidad Parcialmente Aprovechada.
La Primera Mitad del Régimen Cardenista.
En España Luchaban las dos Mismas Fuerzas.
Cárdenas da un Viraje Aparentemente Extraño.
Siguiendo la Política Secreta del Consejo de Relaciones.
La Economía Nacional Herida Hasta el Hueso.
Llamarada Popular en Contra de Cárdenas.

La meta de los promotores de la "Revolución Mundial" no ha variado desde hace más de cien años. Lo que varía de tiempo en tiempo es la velocidad para alcanzarla.

EL "NUEVO TRATO" Y LA "BUENA VECINDAD"

Lo que en el siglo dieciocho eran pequeños círculos selectos difícilmente identificables, que ganaban posiciones infiltrándose en el crecimiento de la república norteamericana o bajo la Revolución Francesa y que en diversos países ponían las bases del supercapitalismo internacional para aumentar su poder, se perfi-

Bernard Baruch, consejero número uno de Roosevelt, al que frecuentemente tenía como huésped en su casa. Baruch era consejero de presidentes desde la época de Woodrow Wilson y a la vez jefe del Consejo Imperial de la Gran Masonería Universal.



John D. Rockefeller, típico supercapitalista, creador de la Standard Oil Company. Se calcula que su fortuna pasaba de los mil millones de dólares y en gran parte la usaba para fines políticos. Era uno de los partidarios de Roosevelt.

ló en 1917 como una red más vasta y visible al establecerse en Rusia el comunismo. Y finalmente, al llegar Franklin Delano Roosevelt a la Casa Blanca, en 1933, esa red se hizo mundial, gigantesca, indiscutiblemente visible.

Con Roosevelt ya no era difícil identificar al movimiento político secreto de actuación internacional y ya no era necesario quebrarse la cabeza lucubrando sobre la falsedad o autenticidad de los Protocolos de Sión, pues todo lo que éstos delineaban fantásticamente a fines del siglo pasado comenzaba a ser ya tangible realidad con hechos y con nombres. Los forjadores de estos sucesos modernos ya no eran fantasmagóricos personajes, sino hombres prominentes, visibles a la luz del día, actuantes en las actividades de mayor alcance mundial.

Allí estaban cerca de Roosevelt el líder Samuel Rayburn, presidente de debates de la Cámara de Representantes; Adolph H. Sabath, miembro vitalicio de la propia Cámara; Bernard Baruch, Rosenman y Wise, como consejeros de la Casa Blanca; Lewis, Gold, Dubinski y Morse controlando el movimiento sindical; Morgenthau, Rockefeller, Morgan Jr., Warburg y Untermeyer conduciendo las altas finanzas; Frankfurter y Brandeis socavando las tradiciones americanas en la Su-



Samuel Rayburn, líder de la Cámara de Representantes y uno de los más fieles colaboradores del Presidente Roosevelt. Junto con Adolph H. Sabath encauzaba a un grupo de representantes federales para hacer triunfar las iniciativas de Roosevelt.

prema Corte; Lehman en la gubernatura de Nueva York; La Guardia como Alcalde neoyorquino; Donald Richberg como jefe del National Emergency Council; William Paley dirigiendo la Columbia Broadcasting System; David Barnoff en la National Broadcasting Company; Julius Deks Adler en la dirección del "New York Times"; George Backer en el "New York Post"; Eugene Meyer en el "Washington Post"; Goldwyn, Warner y Hiss desorientando la opinión y la educación públicas. Y así a otros muchísimos personajes (todos ellos hebreos) empeñados en una común tarea.

Toda esa maquinaria rooseveltiana puso en boga nuevas doctrinas aparentemente plausibles, pero de inconfesables fines. Así, por ejemplo, Roosevelt se negó a cooperar con el Presidente Hoover a aliviar la crisis del cataclismo económico de 1929; quería que el desastre se acentuara, como ocurrió, y obstruyó todo esfuerzo de salvamento hasta que él llegó a la Casa Blanca. Entonces aplicó el "Nuevo Trato", que mediante una devaluación y un alza de impuestos le permitió establecer servicios sociales en auxilio de los millones de cesantes, que en esa forma se convirtieron en votos seguros para sus reelecciones.

La "Buena Vecindad" fue otra de las doctrinas políticas estrenadas por Roosevelt y nadie puede objetarla en sí misma, pues satisface viejos anhelos de todos los pueblos hispanoamericanos. Pero en este punto tampoco reside el mal en el instrumento, sino en el fin que persigue, o sea el de seducir a Iberoamérica para **empujarla hacia el bando marxista bajo el engaño de que está liberándose de la tutela yanqui.** Y a la opinión pública americana se le presenta la coartada de que si Ibero-



Henry Morgenthau, íntimo amigo de Roosevelt, fue Secretario del Tesoro de E. U. durante todo el mandato rooseveltiano. Después ocupó el mismo cargo en su patria, el nuevo Estado de Israel.

américa se inclina hacia la URSS, el Departamento de Estado americano no puede impedirlo, en nombre del respeto a la "Buena Vecindad".

La mayoría de las doctrinas del movimiento político judío (o de sus ramificaciones masónicas, marxista o supercapitalista) no son francamente impopulares, pues el engaño es su condición previa para su eficacia. Ni el "Nuevo Trato" ni la "Buena Vecindad" podían ser rechazados a priori, como tampoco el liberalismo o la democracia en sus albores, cuando tantos atractivos ofrecían en oposición a los regímenes monárquicos. Pero liberalismo y democracia, instrumentos políticos con aspectos positivos, estaban siendo discretamente utilizados para destruir los gobiernos nacionales e instituir en su lugar gobiernos **menos fuertes y por tanto más expuestos a la presión internacional.**

Mediante el "Nuevo Trato" Roosevelt aseguró la popularidad necesaria para prolongar trece años su permanencia en el poder y la de su camarilla prosoviética. **Roosevelt marca el punto en que el imperialismo judío, disfrazado de imperialismo americano, deja de trabajar en favor de su base en Estados Unidos y comienza a trabajar en favor de la URSS,** base del imperialismo comunista mundial.

En Estados Unidos la masonería no alentaba ninguna perturbación que diera lugar a controversias o pugnas internas. Por el contrario, a fines del siglo pasado y principios del actual su actividad "científica" era social y cultural y había ganado la confianza de muchos conservadores y creyentes. Pero a **partir de Roosevelt varias logias empezaron a trabajar en la fase "guerrera",** en busca de metas que ya no coincidían con los intereses del pueblo americano. Ese fue el punto donde **se bifurcaron los caminos,** que desde entonces vienen ale-

jándose más uno del otro, cada día que pasa, y consecuentemente los motivos de **controversia y malestar interno** en Estados Unidos vienen aumentando.

Roosevelt marca el punto en que el americano es soltado de la mano como socio del poder hebreo y en que empieza a explotarse el resentimiento de los pueblos iberoamericanos para lanzarlos contra el llamado "imperialismo yanqui", que es el seudónimo detrás del cual se ha venido ocultando el imperialismo hebreo asentado en Norteamérica.

Este cambio tan importante no afecta a sus inspiradores, como pudiera pensarse a primera vista, pues su movimiento político busca el dominio del mundo, y si no lo obtiene en forma total con el **instrumento supercapitalista,** espera obtenerlo con el **instrumento marxista.**

Desde Roosevelt hasta Nixon la nueva orientación procomunista se ha conservado secretamente en el Consejo de Relaciones Exteriores y en el Departamento de Estado americano. Lo único que a veces cambia es la velocidad en la carrera, pero no la meta.

CALLES SIN MORROW Y CARDENAS CON DANIELS

Con el ascenso de Roosevelt al poder en 1933 iba a iniciarse un nuevo capítulo político en México. Morrow había salvado a Calles en 1927, primero, y en 1929-1930 después. La oposición anticallista estaba desarticulada y dispersa en 1934 y Calles podía fácilmente seguir siendo apoyado como Jefe Máximo de la Revolución, pero había poderosas razones para no hacerlo.

Como todo el que permanece largo tiempo en el mando, Calles se sentía firmemente arraigado y por tanto era ya menos permeable a la influencia exterior; ciertamente alentaba la lucha anticatólica y había tenido alguna simpatía inicial con el marxismo, pero no llegó a entusiasmarse con esta doctrina y veía con desagrado el aspecto demágogico de la reforma agraria y algunos otros radicalismos de izquierda, tanto que en 1928 había detenido bruscamente un fuerte intento de penetración comunista al mandar fusilar al líder José Guadalupe Rodríguez, y había luego presionado hasta romper relaciones con la URSS.

En cierta forma don Plutarco era para la masonería internacional un limón exprimido, un instrumento gastado, y resultaba preferible que la ejecución de los nuevos planes políticos corrieran a cargo de una maquinaria también nueva, más dúctil y mejor dispuesta. Por eso se marchó Morrow, protector de Calles, y vino Daniels, protector de Cárdenas. Todos los secretos los traía el nuevo Embajador y apenas si algo trascendió al ser vigorizado el Rito Mexicano Masónico, de adhesión a Cárdenas. Portes Gil recibió "luces" oportunamente, traicionó a su protector Calles y se acercó a Cárdenas. En el Congreso

surgió una división y se formó un grupo radical llamado "ala izquierdista", aun cuando en realidad no existía ningún grupo derechista.

Nuevamente los personajes políticos que parecían tener fuerza propia, los altos masones autóctonos, iban a desplomarse porque así como reciben apoyo desde el extranjero, así reciben también el golpe que los desplaza de la primera fila cuando un nuevo impulso político demanda arrojar por la borda a los viejos aliados y fabricar nuevos. Es la técnica del control de las masas.

En estos sismos los nuevos protegidos saltan súbitamente del anonimato a la fama sin que se sepa cuáles son sus méritos. Irrumpen de pronto en los puestos principales rodeados de una aureola de virtudes rayanas en la divinidad. Es el poder oculto el que les da el espaldarazo y los eleva a la cúspide, y no siempre se requiere que esos nuevos personajes celebren compromisos específicos con sus protectores; basta que se inclinen hacia determinada dirección —la que aquéllos desean— para que se les brinde apoyo. Su vanidad halagada los persuade de que son más listos de lo que ellos mismos se habían imaginado y llegan a ver a sus protectores —que en realidad son sus amos— como descubridores de nuevos genios políticos.

Todo esto fue visible en el terremoto político que iba a desplazar a Calles y a entronizar a Cárdenas.

Durante 1935 —primer año de gobierno cardenista— las huelgas estallaban por doquier, en el campo se multiplicaban como nunca los misérrimos ejidos, la demagogia corría desbocada por todo el país, la intranquilidad cundía y la economía nacional se desangraba copiosamente. La aplicación del recién modificado Art. 3o. sobre la educación socialista conmovía al país y ocurrían brotes rebeldes en el campo y manifestaciones de protesta en las ciudades.

Cuando Cárdenas recibió el país, el centavo tenía poder adquisitivo y con él se podían adquirir dulces, chicles o pequeñas porciones de azúcar o café. Una comida corrida con dos huevos costaba 50 centavos; un peso en restaurante de primera categoría. Los tacos, 5 centavos; un refresco, 5 centavos; el corte de pelo, 20 y 30 centavos; un periódico, 5 centavos; la entrada al cine, 30 centavos; una botella de vino tinto importado, un peso. La "dejada" en taxi (que entonces sí abundaban y le rogaban al transeúnte) 50 centavos. Pero este nivel de precios se comenzó a romper en los primeros meses de cardenismo, debido a la demagogia que abatía la producción. El alza de los salarios era parcial y jamás daba alcance a la creciente carestía.

En esos momentos Cárdenas se hallaba empeñado en eliminar al callismo, cosa que en su primera fase requirió más maña que fuerza. Calles se hallaba en su rancho de Sinaloa, donde seguía siendo el jefe máximo de la Revolución, y Cárdenas le pidió que se trasladara a México para tratarle un asunto urgente. Ya en la capital —mientras que

las huelgas seguían estremeciendo al país— Cárdenas le explicó a Calles que los sindicatos se le estaban escapando a su control y le pidió que hiciera unas declaraciones tendientes a frenar la agitación.

"Nos separamos con la habitual cordialidad —refirió Calles posteriormente— con muestras de efusión de su parte, y me apresuré a servirlo. Otras veces pude haber desconfiado del actual presidente, pero no aquella en que caí redondo en su trampa". (1)

En efecto, Calles formuló sus declaraciones contra la demagogia sindical que empezaba a ahogar al país: "Este es el momento —dijo al senador Ezequiel Padilla el 11 de junio de 1935— en que necesitamos cordura. El país tiene necesidad de tranquilidad espiritual. Necesitamos enfrentarnos a la ola de egoísmo que viene agitando al país. Hace seis meses que la nación está sacudida por huelgas constantes, muchas de ellas ciertamente injustificadas. . . De esta manera las buenas intenciones y la labor incansable del Sr. Presidente están constantemente obstruidas y lejos de aprovecharnos de los momentos actuales tan favorables para México, vamos para atrás, para atrás, retrocediendo siempre. . . Yo conozco la historia de todas las organizaciones desde su nacimiento; conozco a sus líderes, los líderes viejos y los líderes nuevos. Sé que no se entienden entre sí y que van arrastrados en líneas paralelas por Navarrete y Lombardo Toledano, que dirigen el desbarajuste. Sé de lo que son capaces y puedo afirmar que en estas agitaciones hay apetitos despiertos muy peligrosos en gentes y en organizaciones impreparadas. Están provocando y jugando con la vida económica del país, sin corresponder a la generosidad y a la franca definición obrerista del Presidente de la República. . .

"¿Y qué se obtiene de estas ominosas agitaciones? Meses de holganza pagados, el desaliento del capital, el daño grave de la comunidad. ¿Saben ustedes que en una ciudad como León, con motivo de las huelgas por solidaridad, expusieron a sus cien mil habitantes a falta de servicios municipales de luz, de salubridad, de servicio de agua? Nada detiene el egoísmo de las organizaciones ni de sus líderes. No hay en ellos ética ni el más elemental respeto a los derechos de la colectividad".

Calles esperaba que Cárdenas —tal como éste se lo había prometido— hiciera luego otras declaraciones semejantes y restableciera el orden y la tranquilidad, pero resultó todo lo contrario, pues Cárdenas habló en tono recriminatorio contra Calles —a quien tácitamente colocó en el sitio del claudicante— y dijo que las huelgas traerían "como consecuencia un mayor bienestar para los trabajadores", que él cumpliría con la Revolución **"sin importarle la alarma de los representantes del sector capitalista"** y que tenía **"plena confianza en las organizaciones obreras y campesinas del país".**

(1) La Flama.—José Vasconcelos.

Inmediatamente después de esa maniobra para ubicar a Calles como enemigo del "proletariado", Cárdenas eliminó de su Gabinete a los personajes callistas y llevó gente adicta a él, como Silvano Barba González a Gobernación; Mújica a Comunicaciones; Cedillo a Agricultura; Gonzalo Vázquez Vela a Educación y Eduardo Suárez a la Secretaría de Hacienda como nuevo enlace con Wall Street.

Todo esto fue un duro golpe político y moral para Calles, quien había empezado a estimar a Cárdenas desde que éste desertó del villismo y se unió a él en Sonora. En 1917 don Plutarco solía llamarlo afectuosamente "el chamaco". Más tarde Calles —siendo ya Presidente— ayudó a Cárdenas a hacer carrera política; le dio la gubernatura de Michoacán, donde Cárdenas se distinguió por su impulso a las logias masónicas y por la creación de ejidos. Posteriormente lo llevó a la presidencia del PNR, en 1930, a fin de imponer a Ortiz Rubio; en 1931 lo trasladó a la Secretaría de Gobernación y en 1933 a la Secretaría de Guerra, para luego sostenerlo como candidato único en las elecciones de 1934, después de unos días de duda porque lo juzgaba "un hombre impreparado, muy inquieto y con ideas extremistas". Pero a la vez le tenía afecto y confianza y en vísperas de las elecciones dijo en su rancho de El Tambor: "Yo lo he hecho, lo he formado, y le tengo tal cariño, que al verlo experimento la misma emoción que cuando veo a mi hijo Rodolfo".

Tales antecedentes hicieron más sorpresivos para don Plutarco los golpes que estaba recibiendo de Cárdenas. Aunque había sorteado muchas crisis graves, la de 1935 tenía ciertos aspectos diferentes. Además, ya no acudían en su auxilio los Haberman, los Zielan, los Gruening, los Tannenbaum, los Lippman, los Goldschmidt; Morrow ya no se hallaba detrás de él, con toda la fuerza de Wall Street y del Departamento de Estado, y en lugar de Morrow figuraba Daniels (el hermano racial de Mr. Roosevelt), que trataba todos los asuntos con Cárdenas y no con Calles.

Calles estuvo varios meses en Los Angeles, en tratamiento médico, y el 13 de diciembre (1935) regresó a la ciudad de México. Al día siguiente Cárdenas destituyó a los generales Joaquín Amaro, director de educación militar; a Manuel Madinaveytia, comandante de la primera zona militar, y a otros varios, por haber ido a recibir a Calles al aeropuerto. Además, desaforó a 5 senadores que también asistieron a la bienvenida.

Portes Gil, jefe del PNR, expulsó a Calles del partido "por traición al programa de la Revolución". (Ocho años antes Portes Gil había sido presidente interino de la República, gracias a Calles). Los go-

bernadores de Guanajuato, Durango, Sinaloa y Sonora fueron derrocados por haber enviado felicitaciones a Calles. Lombardo organizó un mitin y Cárdenas dijo desde el balcón de Palacio que los callistas eran traidores. Calles repuso (en declaraciones no publicadas en México) que Cárdenas había hablado como "cualquier conocido comunista" y en forma "indigna de un primer magistrado".

El siguiente acto del cambio de mando se realizó la noche del 9 de abril (1936) cuando el general Rafael Navarro Cortina —nuevo jefe de la guarnición del Valle de México— cercó con tropas la hacienda de Santa Bárbara y luego llamó a la puerta para hablar con Calles. La servidumbre le informó que el general estaba enfermo de gripe y que ya se había acostado, pero Navarro Cortina insistió en que llevaba un recado urgente del Presidente Cárdenas, y entonces fue conducido hasta la alcoba de don Plutarco.

Calles estaba acostado leyendo "Mi Lucha", de Hitler, y tenía los lentes puestos. No sospechaba cuál era el asunto urgente que llevaba el general. Cuando éste le comunicó, secamente, que iba a aprehenderlo y que no tratara de hacer resistencia porque la hacienda se hallaba rodeada de tropas, Calles pegó un salto de tigre enfurecido, masculló insultos contra Cárdenas y moviendo amenazadoramente los puños se detuvo a corta distancia de su aprehensor.

Luego sintió súbita, estrujantemente, la impotencia en que se hallaba. Una sensación ya olvidada, después de tantos años de dominio, una sensación de invalidez e inseguridad, le esfumó su ataque de violencia. Volvió a su cama y se sentó. El general Navarro Cortina permanecía firme, enmedio del cuarto, viendo la caída del gigante.

"Los hombres pasan como las nubes, como las naves, como las sombras"...

En ese instante de ira y de dolor Calles no trató de volver sus ojos al pueblo en busca de apoyo; él bien sabía que ahí no encontraría ningún paliativo a su caída. En ese momento de amargura y de aflicción volvió sus ojos a Estados Unidos. Allá estaba la fuerza que lo había apoyado y que en dos ocasiones lo había salvado del desastre.

Repuesto, ante lo inevitable, Calles pidió al general Navarro Cortina que le permitiera hablar con el corresponsal de la Associated Press, con Clark Lee. Quería que cuanto antes se conociera en Washington, en Nueva York, la noticia de su aprehensión. Lee fue llamado a Santa Bárbara.

En esos momentos el hombre de hierro temía por su vida; sabía qué fácil era para el amo en turno extinguir en la tumba a todo rival político. Las figuras de Serrano, de Gómez, de los jóvenes cristeros, de los estudiantes vasconcelistas y de tantos otros pudieron haber cruzado atropelladamente por su imaginación. Y la única fuerza que



El general Navarro Cortina permanecía firme, en medio del cuarto, viendo la caída del gigante. Calles había vuelto a su cama, después de su arranque de violencia, y se había sentado. "Los hombres pasan como las nubes, como las naves, como las sombras"...

podría salvarlo de la muerte no residía en México, sino en el extranjero.

No tardó en llegar Clark Lee, que quedó incomunicado junto con Calles. Sin embargo, el general Navarro Cortina explicó que don Plutarco iba a ser expulsado de México por órdenes del Presidente Cárdenas porque "las condiciones del país así lo exigen". Calles expuso que él no era responsable de las condiciones por las que atravesaba el país, sino el propio Cárdenas: "Estoy de acuerdo —agregó— con lo que el pueblo necesita, pero no estoy de acuerdo con los métodos que se emplean, porque los considero perjudiciales para México".

Cuando ya iba a amanecer, el general Navarro Cortina le pidió a Calles que lo acompañara para conducirlo al aeropuerto, y don Plutarco no tuvo más remedio que seguirlo, a la vez que desconfiadamente exclamaba con voz grave: "¡Al aeropuerto o al paredón!"... (1)

A las 8:11 de la mañana del 10 de abril, en un trimotor Ford de la Compañía Mexicana de Aviación, Calles fue desterrado a Dallas, vía Brownsville, en compañía de cuatro de sus hijos, de su yerno el doctor Abraham González Ayala, de su secretaria Soledad González de Ayala, del ingeniero Luis León, del líder Luis N. Morones (jefe de la CROM) y de Rafael Melchor Ortega. De Dallas se transladó por tierra a una finca cercana a Los Angeles.

A su paso por Brownsville el general Calles declaró a la prensa: "Nos-

(1) Versión que me fue personalmente dada por el general Navarro Cortina.



A su paso por Brownsville, ya en el exilio, Calles declaró a la prensa: "Nosotros repudiamos el comunismo porque lo consideramos inadaptable a nuestro país, porque el pueblo mexicano lo rechaza"... Evidentemente no era el hombre que Roosevelt necesitaba en México.

otros repudiamos el comunismo porque lo consideramos inadaptable a nuestro país, porque el pueblo mexicano lo rechaza".

Evidentemente no era el hombre que Roosevelt necesitaba en México.

El jefe máximo había caído desde su grandeza de veinte años sin que nadie levantara un dedo en su favor; ni sus partidarios sinceros, a quienes la consigna masónica inmovilizó con el engaño de que era necesario esperar y planear bien el desquite, ni sus partidarios oportunistas, que inmediatamente se pasaron al nuevo amo, ni mucho menos el pueblo, que se sintió vengado.

El país se estremeció de gozo y de esperanza. De gozo porque al fin el callismo se extinguía, y de esperanza porque creyó contar con un régimen que abjuraba de su origen vergonzoso y que trataba de hacerse merecedor del Poder que ostentaba.

CON CARDENAS EN LA ANTESALA DEL COMUNISMO

Al expulsar a Calles, Cárdenas se quedó como amo absoluto de México. Tenía entonces (1936) 41 años de edad. En su tierra natal, Jiquilpan, había sido a los 15 años empleado de la Oficina de Rentas y obrero en una pequeña imprenta. Luego fue encargado de la cárcel, ahí mismo, y en 1913 (al cumplir 18 años) se enroló en las fuerzas revolucionarias de don Venustiano Carranza. Después de un corto tiempo se pasó al bando de Francisco Villa, que precisamente por ese entonces sufrió los desastres de Celaya y de León.

Cárdenas formaba parte de los contingentes villistas que se replegaron hasta Chihuahua, donde Villa le encomendó una columna para que incursionara en Sonora (y el gobernador Maytorena le suministró fondos para que su acometida fuera más efectiva), pero al aproximarse a Agua Prieta, Son., Cárdenas se pasó con todo y tropas al bando de Plutarco Elías Calles, o sea que regresó al carrancismo, en contra del villismo.

Más tarde Cárdenas recibió el mando de la guarnición carrancista de Papantla, Ver., y por segunda vez se volteó contra el Presidente Carranza cuando éste se retiraba hacia Veracruz, ya en desgracia. Blanco Moheno, panegirista de Cárdenas, consigna que éste le envió un mensaje al general Rodolfo Herrero en que le decía: "El Sr. Carranza no debe salir vivo de su sector". Herrero ya había recibido instrucciones en igual sentido, de Obregón, y las cumplió eficazmente. El general Almazán refiere también que Cárdenas estuvo de acuerdo con Herrero para liquidar al Presidente Carranza.

Puede decirse que todos estos cambios nada pintan en definitiva del carácter de Cárdenas porque entonces era muy joven y porque el país se debatía en una tremenda confusión, pero por lo menos denotaban certera habilidad para descubrir oportunamente el bando que llevaba más probabilidades de triunfar, o bien, que alguien de mayor experiencia política lo mantenía informado sobre el particular.

En lo militar, Cárdenas fue un soldado sin fortuna. Apenas alineado en las fuerzas de Calles, sufrió su primera derrota en San Fermín, cerca del Cañón del Púlpito; luego en Zinapécuaro, Mich., y finalmente (en 1924) el general Rafael Buelna le destrozó todas sus fuerzas en Teocuitatlán, Jal., lo hizo prisionero —ya herido— y lo entregó al general Enrique Estrada, quien no lo fusiló, como entonces se acostumbraba. Buelna era ex estudiante del colegio Rosales, de Culiacán, y no llegaba a los 33 años, pero era famoso por su habilidad y valor y se le había dado el sobrenombre de "Granito de Oro", aludiendo también a su pelo rubio. Se dice que cuando Obregón se enteró de que el general Cárdenas había caído prisionero, comentó: "Pero qué ocurrencia de Cárdenas, presentarle batalla a Granito de Oro". Cárdenas fue internado en un hospital de Guadalajara, donde días después alguien lo ayudó para que se fugara.

En lo ideológico, la figura que más influyó en la formación de Lázaro Cárdenas fue el general Francisco J. Múgica, marxista y fervoroso masón. El general Treviño dice en sus Memorias que Cárdenas era afecto a las teorías bolcheviques desde muy joven y que "con frecuencia se le veía, aun en campaña, con un libro de Marx o Engels bajo el brazo".

En lo político, quien más influyó en los ascensos de Cárdenas fue don Plutarco. Por eso muchos acusan de ingratitud a Cárdenas, pero en este punto bien podría decirse que las normas de agradecimiento que rigen las relaciones entre las personas, en lo individual, no son las

mismas que rigen las relaciones entre los gobernantes. La Historia tiene sus propias leyes morales, algo distintas a las que privan en la vida individual de relación. Como el objeto de la política es lograr el bien común, el político queda relevado de la obligación de guardar fidelidad personal a intereses personales, supuesto que sobre todas las cosas debe buscar el bien de su pueblo.

Por una moralidad superior a los ámbitos de la personalidad, el político debe desentenderse del agradecimiento personal que lo ate a tales o cuales benefactores, siempre que ese agradecimiento sea un obstáculo para cumplir sus deberes con sus gobernados. La vida personal del político desaparece, anulada por sus obligaciones ante los intereses colectivos.

El golpe de Cárdenas contra Calles, políticamente hablando, no puede ser objetable, fuera del engaño de que se valió. Pero sí cabe plantearse las preguntas siguientes: ¿Cárdenas rompió sus amarras con Calles buscando la autonomía de su gobierno y el bien de la nación? **¿O rompió esas amarras porque ya había contraído otras más estrechas con fuerzas extrañas a su pueblo?** Esto último es lo que revelan todos los hechos ulteriores, pues ya habiendo eliminado a Calles y con todo el poder en sus manos, quedó entusiastamente al servicio de Roosevelt, el máximo protector del comunismo.

Ciertamente que si Cárdenas quería sentirse más seguro, necesitaba atender ciertas orientaciones que le trasmitía el embajador Josephus Daniels, pero no sólo atendió lineamientos generales, sino que sirvió con frenesí a la tarea de torcer el destino y la idiosincrasia de México para lanzarlo hacia el bolchevismo. Es decir, dio más, muchísimo más, de lo que hubiera sido indispensable hacer en el juego de la diplomacia.

Esa fue realmente la infidelidad de Cárdenas, pues habiendo liquidado el maximato callista —cosa que el pueblo mexicano le aplaudió alborozado— se supeditó al nuevo maximato de Daniels y de Roosevelt.

Bajo esa inspiración extraña, Cárdenas condujo vertiginosamente al país hasta la antesala del comunismo.

México no conoció entonces propiamente los horrores del comunismo práctico, pero sí el desbarajuste económico, la ebriedad demagógica del período preliminar del comunismo. Las masas obtuvieron algunos engañosos beneficios, como ocurre siempre cuando se trata de halagarlas y de agitarlas, de impregnarlas de odio y de ceguera para derribar con ellas todo el orden establecido. Es un período de euforia llamado "dictadura del proletariado", que más tarde se transforma en **dictadura sobre el proletariado.** En esta última fase las masas obreras dejan de ser el héroe de la batalla para convertirse, junto con las demás clases sociales, en esclavas de la gran tragedia.

Al igual que en todo el mundo, el comunismo no había surgido en México como ideología secundada crecientemente por las masas, sino

como una conspiración protegida y subvencionada internacionalmente. En germen el Partido Comunista Mexicano nació en la Casa del Obrero Mundial el 15 de septiembre de 1915, pero nació muerto porque no tenía seguidores ni siquiera para los puestos directivos. En 1917 vinieron Linn A. Gale y Charles Philips, prófugos del servicio militar norteamericano, quienes junto con el hindú Manabendra Nath Roy crearon nuevamente una célula comunista. (Ese mismo año el rabino Judes Magnes creaba en Estados Unidos la primera agrupación francamente comunista de aquel país, llamada Consejo del Pueblo).

En 1918 la Casa del Obrero Mundial recobró sus impulsos comunizantes con los líderes Francisco Cervantes López, Mauro Tobón y Nicolás Cano, pero sus trabajos eran dirigidos por el hindú Manabendra, quien formó un grupo rojo en el sindicato de panaderos, ayudado por José Allen y Leopoldo Urmachea.

El propio Manabendra dio forma a un partido comunista mexicano el 25 de septiembre de 1919, bajo el disfraz de Socialista, aunque ya proclamaba que la meta del partido era establecer la dictadura del proletariado. El partido carecía de miembros, pero recibía dinero del extranjero y el 15 de enero de 1920 pudo publicar su revista "Vida Nueva". Para entonces se hizo visible que sus principales inspiradores, junto con Manabendra, eran Frank Seampan, Martin Brewster, Irwin Granich, F. Grosemberg y Roberto Haberman. Los tres últimos eran judíos, lo mismo que los creadores del marxismo y que los instauradores de él en la URSS.

En esa época también vinieron a organizar células rojas el oriental Sen Katayama, el colombiano Sebastián Sanvicente, el peruano Leopoldo Ormachea, el argentino Genaro Laurito y los salvadoreños Felipe Recinos y Antonio Sánchez.

Además de los ya mencionados, los judíos Frank Siman, Karl Siman, Fort Mayer y M. Pavley hacían viajes a México para encauzar la infiltración comunista. En 1922 comenzaron a figurar entre los comunizantes autóctonos el temperamental Alfaro Siqueiros y el judío-mexicano Diego Rivera, que ya en 1908 había tomado contacto en París con los judíos-rusos Ilya Ehrenburg y Vladimir Ilitch Ulianov, conocido bajo el nombre de Lenin. (Diego Rivera comenzó a ser "consagrado" en 1934, a raíz de que Rockefeller lo contrató para que pintara murales en Nueva York. Diego hizo murales comunistas, que luego fueron borrados y con tal motivo se le obsequió valiosísima propaganda periodística. Todo fue arreglado por los Rockefeller, magnates hebreos que desde el siglo pasado son protectores del marxismo).

En 1924 el Partido Comunista mexicano seguía sin partidarios y vino a reorganizarlo el secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos, Joy Lovestone. Se ordenó entonces secundar la campaña de Trade Unions Education League para desprestigiar la Doctrina Monroe,

con miras a que en el futuro se abrieran las puertas para que la URSS estableciera regímenes comunistas en América.

En 1924 el Partido Comunista ofreció su cooperación a Calles y a Obregón y obtuvo un subsidio oficial, pero seguía sin partidarios.

En 1928 llegó a México Jacobo Jurvitz, quien venía a asesorar una reactivación de las actividades comunistas. El encargado de financiarla era un tal Ezba. Atendiendo instrucciones de Jurvitz y del agente soviético Losovsky, David Alfaro Siqueiros fue nombrado jefe del Partido y se le recomendó impulsar la comunización de los campesinos, pero Siqueiros obró apresuradamente y empujó al líder José Guadalupe Rodríguez a tareas subversivas en Durango, al grado de que el general Calles —entonces Secretario de Guerra— ordenó al general Manuel Madinaveytia que fusilara a Rodríguez.

Fue entonces cuando el comunismo internacional organizó protestas contra México en varios países de Iberoamérica, lo que dio por resultado que Calles presionara a Portes Gil para romper relaciones con la URSS. Don Plutarco había tolerado las actividades procomunistas, con las cuales coincidía en todo lo referente al anticatolicismo, pero en general **la doctrina marxista no llegó a convencerlo y en 1928 prácticamente la repudió.**

Vicente Lombardo Toledano se esforzaba en aquel entonces por frenar a Siqueiros y en agosto de 1929 decía que esos "ortodoxos del marxismo abstracto, luchadores ingenuos", ponían en peligro su causa porque querían ir demasiado aprisa, y ciertamente no le faltaba razón. (1)

Poco después llegaron de Lituania Arturo y Salomón Scheimbaum, y de Nueva York vino Max Schachman, a planear la organización de células marxistas.

En resumen, pues, el comunismo no tenía el menor arraigo en México: ni cuando la conspiración apareció en el mundo a mediados del siglo pasado, ni cuando estuvo siendo barajada en nuestro país durante veinte años consecutivos. No logró prosélitos ni en los círculos ilustrados ni entre los proletarios.

Pero al subir Lázaro Cárdenas al poder, el comunismo ganó súbitamente un asiento en el régimen gubernamental; no ascendió de la masa del pueblo como un anhelo popular, sino fue impuesto como guía y meta por una conspiración internacional que descendía desde el extranjero a todos los organismos nacionales y llegaba hasta las más pequeñas rancherías mexicanas en la forma de "educación socialista".

(1) El temperamental Siqueiros fue a parar a la cárcel en 1959, no precisamente por ser comunista, sino por indisciplinado. Siempre que la consigna es ir a 40 kilómetros por hora, Siqueiros quiere marchar a 80.

LAS MIELES DEL PROCOMUNISMO

Cuando el comunismo no irrumpe en un país como conquista armada, sino que empieza a infiltrarse en busca de posiciones, oculta bien su índole y sólo muestra a las masas los obsequios con que espera seducirlas. El comunismo no es un sistema ni una ideología de una sola cara, sino una conjura que en cada caso se viste con diversos ropajes. No es un mal con sintomatología propia, inconfundiblemente identificada; se parece a la sífilis, la gran engañadora, que tan presto surge como locura que como parálisis, como llaga o como ceguera.

Mientras el comunismo no tiene los medios de fuerza suficientes para establecerse rápidamente en un país, recurre a la etapa del procomunismo a fin de atraerse simpatías. Entonces la demagogia se convierte en "el opio del pueblo". Y por sobre el límite de las demandas justas se alienta todo lo que sea menor esfuerzo y mayor provecho, menor responsabilidad y más cómodo desorden.

Tal fue el procomunismo que conoció México bajo Cárdenas.

El conductor práctico de esa etapa fue Vicente Lombardo Toledano. (1)

Lombardo había sido diputado y gobernador de Puebla; luego se infiltró en la CROM como discípulo de Morones, pero jamás fue sincero servidor suyo. Al subir Cárdenas al poder, Lombardo se erigió en jefe del llamado "movimiento obrero", previo viaje que hizo a Moscú. Al regresar de la URSS dijo que nunca dejaría de lamentar no haber nacido "en esta época en la Unión Soviética". (Mitin del teatro Hidalgo el 15 de noviembre de 1935).

El 24 de febrero de 1936 quedó integrada la CTM (Confederación de Trabajadores de México), cuyo ideario decía que lucharía contra el proyectado servicio militar obligatorio, contra todo lo que condujera a la guerra, contra los credos religiosos y en favor de la unión internacional de los obreros. Desde su nacimiento tuvo subsidio del gobierno y sustituyó a la CROM (fundada en Tampico el 3 de octubre de 1917) como organismo gubernamental para el control político de los obreros.

Contrariando la libertad de dedicarse a cualquiera actividad lícita y la libertad de asociarse o no, que establece la Constitución, la CTM

(1) Como en España hay sefarditas apellidados Toledano, y en Italia hay judíos apellidados Lombardo; como en Israel el ministro de Religión es Jacobo M. Toledano; como en Nueva York es muy conocido Haim Toledano, secretario de la agrupación "Amigos Americanos de la Alianza Israelita Universal", y como Vicente Lombardo Toledano se emparentó políticamente con Siegfried Azkenazi y cultivó muy estrechas relaciones con personajes judíos, se ha rumoreado que él pertenece a los influyentes criptojudíos mexicanos.

En diversos países los criptojudíos han demostrado ser muy útiles para su causa, ya que pueden escalar altos puestos y en ocasiones actúan bajo los más insospechados disfraces.

tuvo apoyo oficial para ir impidiendo —cada vez más eficazmente— que trabajaran los no sindicalizados. Este recurso se unía al de las huelgas siempre ganadas y así se atraía más fácilmente a las masas, mediante el temor o la conveniencia, y una vez que la CTM las tenía en sus redes eran súbditos sin voluntad propia, sujetos a la terrible cláusula de exclusión que podía privarlos del diario sustento.

En la URSS el comunismo se implantó suprimiendo el derecho de huelga y de paro, así como todo recurso obrero para promover su mejoramiento, pero donde no es posible establecerse de un solo golpe se recurre a etapas graduales, y tal era el caso de México. Aquí el procomunismo cardenista dio a la CTM de Lombardo el apoyo oficial para que controlara al trabajador forzosamente, a la vez que implantó en los tribunales de trabajo la consigna de que en toda demanda sindical se favoreciera al sindicato, "tenga o no la razón".

Y acerca de las protestas contra la beligerancia que estaba dándose a los líderes comunistas para someter al obrero, en perjuicio de la libertad y la economía del país, Cárdenas dijo en Monterrey que "más daño que los comunistas han hecho a la nación los fanáticos (católicos) que asesinan profesores, fanáticos que se oponen al cumplimiento de las leyes y del progreso revolucionario y, sin embargo, tenemos que tolerarlos". Agregó que la clase patronal no debería hacer política "porque esto nos llevaría a una lucha armada" y les quitó a los empresarios toda esperanza de justicia o armonía al decirles que "quienes se sientan fatigados por la lucha social pueden entregar sus industrias a los obreros o al gobierno".

Con dinero del erario nació en esa época la Universidad Obrera de México (febrero 8 de 1935) para formar líderes marxistas bajo la dirección de Lombardo, de Víctor Manuel Villaseñor, del judío-ruso Isaac Libenson y de su colega Federico Bach. También colaboraban con ellos Dimitri Sokolov, Juan O'Gorman y numerosos conferenciantes que venían de la URSS.

Se sentaron las bases para que los empleados oficiales también pudieran hacer huelgas en los servicios públicos indispensables, y pasando sobre los burócratas más aptos se dio preferencia a los de filiación comunista. A todo esto le puso música Carlos Chávez, cuyo "Himno Socialista" fue cantado por los sindicatos burócratas el 20 de noviembre de 1936.

El PNR, la CNC y el Partido Comunista celebraron con un mitin en El Toreo (21 de febrero de 1937) la formación de su Frente Popular. Arnulfo Pérez H., que se había declarado públicamente "el enemigo personal de Dios", fungía como secretario de Acción Obrera del PNR y anunció en El Toreo: "La consigna de los revolucionarios de México debe ser la lucha por que se implante en un futuro próximo la dictadura del proletariado". Cárdenas ya había dado su bendición

al Frente Popular y Lombardo declaró con ironía: "Yo estoy vendido a la causa de la Revolución Mundial, que es la causa de la Revolución Mexicana".

Se llegó a ridiculeces como la de perifonear por la XEFO y la XEUZ, Radio Nacional, que el Zócalo era **"la Plaza Roja de Iberoamérica"** (1° de mayo de 1938) y que ante el desfile proletario **"el sol parece que se porta mejor con nosotros; se ha escondido, avergonzado de ser fascista".**

El día último de ese mes el PNR se convirtió en PRM y quedó organizado en cuatro sectores, según el modelo soviético, sin ocultar en el punto IV de su "Declaración de principios" que su meta era el marxismo. El plan sexenal del PNR tenía claramente esa orientación y algunos de sus carteles mostraban a Cárdenas en overol y con una hoz y un martillo. El embajador Daniels no disimulaba sus simpatías por dicho plan y decía que era paralelo con el "New Deal" de Roosevelt.

Las huelgas aumentaban en todo el país; algunas con un fondo de justicia y la mayoría como un arma política para agitar a las masas. Pequeños talleres quebraban y sus trabajadores se quedaban cesantes, pero la fraseología de adulación política al obrero llenaba el ambiente. En 1934 hubo 202 huelgas, con 14,685 parados; en 1935 estallaron 642, con 145,212 trabajadores; el año siguiente, 674; y en 1937 hubo 833 huelgas con 182,012 obreros.

A las peticiones justas se agregaban muchas que el patrón no podía conceder, y como de todos modos el sindicato ganaba, la irresponsabilidad se enseñoreó de los centros de trabajo. Ya no era la competencia lo que podía hacer surgir a un obrero a los puestos superiores, sino su docilidad a los líderes. La preferencia por el más apto fue sustituida por la preferencia al más rojo y al más antiguo, pues con el escalafón se halagaba a la mayoría aunque se desperdiciara la insustituible calidad de la minoría.

El líder panadero Leandro González Uzcanga (que en plena Junta de Conciliación mató al patrón Argiminio López) recibió del Partido Comunista un homenaje público en el Teatro Hidalgo y poco después quedó en libertad.

Ningún aspecto de este desenfreno que se disfrazaba de amor a los pobres era realmente comunismo, y en la URSS nada de eso se practica. No era comunismo, pero sí procomunismo; era la orgía para adormecer la conciencia popular y acercarla al comunismo práctico, que ya no es "lucha de clases", supuesto que todas las clases son convertidas en parias, y que ya no es "dictadura del proletariado", sino **dictadura sobre el proletariado.**

Todo el jolgorio demagógico sólo tendía a lograr el control político de los trabajadores. Con el halago de las huelgas, siempre ganadas, se atraía a los obreros no sindicalizados y se les uncía a la CTM. En el

festín de aumentos ficticios —que luego una natural carestía de los víveres hacía inoperantes—, todos querían estar del lado de los vencedores. Y una vez sindicalizados, quedaban firmemente dominados mediante la cláusula de exclusión, la menos democrática y liberal de las invenciones. Mediante esa cláusula el trabajador es maniatado bajo sus líderes y todo movimiento de protesta es aplastado con el cese.

La cláusula de exclusión garantizaba que el obrero asistiría forzosamente a los mitines políticos, aunque no estuviera de acuerdo con ellos, y que daría su adhesión pública a todas las decisiones del régimen, aunque interiormente las repudiara. La cláusula de exclusión es apenas el despuntar de la dictadura roja en la cual el obrero es siervo del Estado.

Pero mientras tanto, era cortejado y adormecido con halagos para que aceptara a sus presuntos redentores. El desorden y la irresponsabilidad fueron así inoculados en el sano sector obrero mexicano y toda la nación sufrió por esto perjuicios incalculables. El desquiciamiento de los Ferrocarriles Nacionales fue un ejemplo relevante de las mieles del procomunismo.

En 1908 las líneas férreas habían sido la primera empresa extranjera que el país logró mexicanizar. El régimen de don Porfirio adquirió la mayoría de las acciones del Ferrocarril Nacional y del Ferrocarril Central, a los que fusionó en la compañía denominada Ferrocarriles Nacionales de México. Según comenta Gustavo Molina Font, esa nacionalización no produjo crisis económica, ni devaluación de la moneda, ni reclamaciones internacionales, ni alza de precios, y no se le llamó "independencia económica". La publicidad oficial elogiaba a don Porfirio, pero no alcanzaba entonces a concebir las zalemas desorbitadas que treinta años después brotarían a torrentes.

Con la nacionalización de los ferrocarriles en 1908 el personal extranjero fue sustituido por ferrocarrileros mexicanos que demostraron su competencia y sentido de responsabilidad. Los trenes siguieron corriendo puntualmente...

Más tarde, cuando el Presidente Woodrow Wilson decidió acabar con Huerta y acrecentó la lucha de carrancistas, villistas, zapatistas, etc., los ferrocarriles comenzaron a ser destrozados. Se quemaban puentes, se volaban trenes, se levantaban ferrovías y el equipo iba incesantemente de uno a otro lugar, sin que hubiera tiempo de repararlo.

Para 1919 los ferrocarriles se hallaban gravemente heridos y necesitaban cincuenta millones oro para su rehabilitación, pero el erario estaba exhausto y la destrucción proseguía. En 1921 estalló una huelga de ferroviarios y para que no se suspendiera el servicio se llamó a personal extra. Adolfo de la Huerta apoyaba a los huelguistas, con miras a ganar prosélitos para su futura campaña política, y Calles apoyó —también con miras futuristas— a los de nuevo ingreso, llamados "esquiroles". Este duelo político dio por resultado que se conservara a los huelguistas y a los esquiroles, lo cual representó para los ferrocarriles un aumento innecesario de 14,500 trabajadores. En vez de 33,000 ferroviarios hubo 47,500. Los costos de operación aumentaron y el equipo y las vías siguieron deteriorándose. (1)

Dieciséis años después, bajo Cárdenas, se acentuó la ruina de las líneas ferroviarias. El ingeniero Antonio Madrazo, ex diputado y ex-gobernador de Guanajuato, fue designado presidente de los ferrocarriles y su primera preocupación consistió en lograr que el gremio fuera controlado por los comunistas. Para esto permitió que los líderes del sindicato intervinieran en los nombramientos de los empleados de confianza y aplicaran la cláusula de exclusión (o sea el cese) a los trabajadores que les presentaran resistencia. Muchos experimentados ferroviarios fueron postergados, en favor de incompetentes que se plegaban al comité ejecutivo sindical. Las células comunistas aumentaron y la disciplina se desquició.

El 23 de junio de 1937 Cárdenas decretó la expropiación de la empresa ferroviaria —que ya prácticamente había dejado de tener control sobre los ferrocarriles— y accediendo a las demandas de Lombardo Toledano y del Partido Comunista creó la Administración Obrera de los Ferrocarriles. Los líderes procomunistas del sindicato ferroviario fueron investidos legalmente de facultades para nombrar a los miembros del Consejo de Administración y para removerlos libremente. Y se desbordó entonces la orgía del desorden...

El sindicato era a la vez juez y parte.

Los choques y los descarrilamientos comenzaron a generalizarse. En 1938 hubo cuatrocientos accidentes y en 1939 hubo 380, pero más graves, como el de La Llave, Qro., con 50 muertos y 70 heridos. En ese año el erario tuvo que acudir con 88 millones de pesos para apuntalar a los ferrocarriles; en 1940 el auxilio fue de 89 millones más y el déficit continuó creciendo vertiginosamente. El país se conmovía con tragedias cada vez más frecuentes y cada vez más sangrientas y costosas. El equipo ferroviario se destruía, las vías no se reparaban y la indisciplina iba en aumento.

Nada de eso era propiamente comunismo, pues bajo éste no es el obrero el que administra, sino las férreas manos de la dictadura. Bajo el comunismo la huelga y el paro desaparecen proscritos como delito, y los actos de indisciplina (y hasta la justa protesta) son calificados como sabotaje contra el Estado y se castigan con la muerte.

Lo que proliferaba en México bajo el cardenismo no era, pues, comunismo, sino procomunismo, o sea la etapa en que el marxismo se disfrazaba de bienhechor, de paternal consentidor, para empujar a

(1) El Desastre de los FF.CC.NN. de Mexico, por Gustavo Molina Font.

las masas como ariete contra el orden establecido, después de lo cual ya puede quitarse la careta y afianzar su dominio.

Esa etapa costó al país la consumación del desastre ferroviario. El trabajador no era dueño de las líneas férreas, como falsamente se le decía, aunque sí de la anarquía. La inercia de este desorden se prolongó durante muchos años y tan sólo de 1935 a 1950 los salarios se cuadruplicaron; el movimiento de carga productiva sólo se duplicó; el manejo de furgones se hizo más lento y todos los intinerarios se desquiciaron hasta con demoras de 24 horas. El sexenio cardenista entregó los ferrocarriles hechos una ruina y con un déficit creciente, que todavía durante 1966 fue de 537 millones de pesos.

En un período de 20 años (hasta 1966) el contribuyente mexicano ha tenido que soportar la sangría de 4,194 millones de pesos para cubrir los déficits ferroviarios, que en total ascienden a más de trece mil millones. La compra de equipo y la reparación de vías se ha realizado en gran parte con dinero del contribuyente.

EL MAS NEGRO DE LOS TIEMPOS DE MULTUNCEK

El Presidente Ortiz Rubio había hecho modificaciones legales para librar del punto 6º a las zonas agrícolas estrechamente vinculadas a la producción industrial y por tanto esenciales para la economía del país, tales como las regiones algodoneras y henequeneras. Pero Cárdenas echó abajo esa previsora medida y emprendió la creación del ejido colectivo en las fincas henequeneras de Yucatán.

En vez de destruir lo que se hallaba en producción, el Sureste necesitaba con urgencia que se emprendieran nuevas obras constructivas. Los Estados de Yucatán, Chiapas, Tabasco y Campeche, y el Territorio de Quintana Roo, podían ser ayudados para explotar la ganadería hasta un límite de 5 6 6 millones de cabezas de ganado; se podía impulsar la pesca, que era de menos de cien millones de pesos, hasta alcanzar por lo menos 250 millones anuales; podían aprovecharse los caudalosos ríos Usumacinta y Grijalva (con 75,000 millones de metros cúbicos de agua al año) para generar hasta cuatro millones de kilovatios, en vez de los 20,000 que se generaban; podía impulsarse la industrialización del sureste con plantas de celulosa o con plantas productoras de sosa, de magnesio, de insecticidas y de cemento; en muchas de sus regiones había agua suficiente para abrir al cultivo nuevas tierras y dar acomodo a veintenas de millares de campesinos de otras regiones del país; podía asimismo fomentarse el turismo en aquella región aprovechando sus zonas arqueológicas que son de las más ricas del mundo, pero nada de eso se hizo. Por el contrario, se emprendió una destrucción en grande escala.

La incipiente economía de Yucatán se asentaba en la producción henequenera desde la época porfirista. Ante los planes cardenistas del ejido comunal los productores henequeneros dijeron que si se quería beneficiar a los peones del campo ellos estaban anuentes a entregarles de seis a ocho hectáreas por cabeza, dentro de la zona henequenera, además de seguirles dando trabajo en sus haciendas, donde conservarían su salario mínimo. Pero esta proposición fue rechazada por el régimen.

La zona potencialmente henequenera tenía 795,630 hectáreas, de las cuales sólo se explotaban 104,879, o sea que había disponibles 655,000 hectáreas. **Para dar tierras a los peones no era indispensable destruir lo que ya estaba en producción,** sino conservar esto y además volver productivas las tierras ociosas. Así se aumentaría el número de los campesinos con tierras y se reforzaría la producción.

Pero no es eso lo que busca el factor político oculto tras la reforma agraria, sino EL CONTROL DE LAS MASAS CAMPESINAS. Por eso es que todas las realidades económicas que atestiguan el fracaso productivo y social de ese sistema no le hacen ninguna mella, pues **su meta no es mejorar al hombre del campo, sino en primer lugar hacerlo un súbdito del régimen.**

Cárdenas comenzó en 1935 y 1936 por afectar el 25% de las tierras yucatecas en explotación. Durante 1936 el Banco de Crédito Ejidal operaba 53 ejidos, los cuales dejaron una pérdida de $ 556,705.76, no obstante que en ese año el henequén subió de precio.

Los henequeneros creyeron entonces que ese experimento fallido —como otros tantos que habían fallado anteriormente— harían a Cárdenas más cauto, pero como no eran resultados sociales ni económicos los que se buscaban, sino políticos, Cárdenas anunció su determinación de aplicar en forma total el nuevo sistema.

El 3 de agosto de 1937 Cárdenas llegó a Mérida y anunció: "Planteada esta resolución irrevocable, salvadora para Yucatán y de estricta justicia, hoy, después de 90 años de iniciada la última tragedia de la raza maya, viene la Revolución a entregar con los henequenales, una mínima compensación por la sangre derramada en sus luchas por la tierra que tantas víctimas ha causado en las comunidades indígenas".

(La lucha de 90 años atrás que Cárdenas rememoraba ese día no había sido por la tierra, sino alentada desde Belice tiempo antes, para que México se debilitara y perdiera la mitad de su territorio. Y las víctimas que esa lucha costó no eran precisamente indios mayas, sino mestizos indefensos a quienes se les amarraba a los árboles y se les torturaba hasta matarlos. Agentes internacionales que operaban en Belice vendían armas y bebidas a los indios y los alentaban en la sangrienta lucha de castas, que en tres años redujo la población de la

Península a la mitad, o sea que trescientas mil personas huyeron o murieron en el mayor desastre demográfico habido en el país). (1)

Es decir, a la colectivización agrícola yucateca estaba dándosele una falsa raigambre histórica. Por eso Lenin decía que **"la Revolución está por encima de la verdad"**, y la Enciclopedia Soviética añade que **"la historia es una de las más importantes armas teóricas, en manos de la clase que la esgrime"**.

Después de su peroración "histórica", Cárdenas se dedicó a repartir ejidos, teóricamente a razón de cuatro hectáreas por cabeza, pero en el acto se estableció la explotación colectiva. Como el número de los antiguos peones no bastaba para toda la extensión por repartir, se habilitó de ejidatarios a antiguos trabajadores de la ciudad, incluso sastres, zapateros y peluqueros que creyeron que iban a ser ricos gracias a "Tata Lázaro".

Y empezó entonces el más negro de los tiempos de Multuncek...

Muchos siglos antes los mayas llamaban "el tiempo negro de Multuncek" a las transitorias temporadas de sequía, que iban acompañadas de hambre y enfermedades, pero bajo la adulterada reforma agraria Yucatán conoció el más negro de esos tiempos porque no ha sido un fenómeno pasajero, sino una situación permanente, según lo refiere uno de los muchos testigos, Molina Font.

Los antiguos sindicatos, las leyes y los tribunales de trabajo fueron hechos a un lado. El peón de hacienda quedó convertido en ejidatario y ya no tuvo a quién reclamarle sus derechos; ya no podía demandar protección contra el abuso de su patrón, pues la reforma lo había vuelto siervo del Estado y contra el Estado no cabía reclamación alguna. El que protestaba perdía su ejido.

El 8 de agosto Cárdenas expidió un decreto que abolía en Yucatán el régimen de propiedad e iniciativa privada en la industria henequenera. Todos los antiguos peones y trabajadores del campo pasaron a depender del Banco de Crédito Ejidal. Los diversos latifundios, unos de patrones buenos y otros de patrones malos, con el contrapeso de la ley y de los recursos defensivos sindicales, se convirtieron de la noche a la mañana en un colosal latifundio del cual el gobierno era el patrón.

Al igual que en el koljós soviético, el ejidatario ya no era dueño de la producción de su parcela y tenía forzosamente que entregarla al monopolio oficial llamado Henequeneros de Yucatán.

El Código Agrario concedía 300 hectáreas al pequeño propietario, pero Cárdenas sólo les permitió 150, y en la mayoría de los casos les dejó las tierras de peor calidad. La fracción IV del artículo 27 constitucional fue reformada en el sentido de que los propietarios afectados

(1) La Tragedia de Yucatán.—Por Gustavo Molina Font.

por resoluciones agrarias del Presidente no tendrían ningún derecho qué reclamar y ni siquiera podrían acudir a la demanda de amparo. Es decir, el propietario de tierras afectadas por ejidos queda en peor situación que cualquier delincuente, pues éste sí puede reclamar la protección de la justicia federal.

Así las cosas, fueron interrumpidas las labores que los henequeneros habían iniciado en 1936 a fin de mejorar la fibra con aparatos inventados por yucatecos para limpiarla del polvo. Los trenes de beneficio incautados junto con las tierras comenzaron a averiarse y nadie los reparaba. En general, la producción se desplomó.

Los antiguos peones, que en las haciendas henequeneras ganaban de 12 a 15 pesos semanarios, vieron reducido su jornal a tres pesos a la semana, como ejidatarios sujetos al nuevo amo, o sea el Banco de Crédito Ejidal. En esas condiciones ya no podían acogerse a la Ley Federal del Trabajo porque legalmente habían dejado de ser asalariados, y por la misma razón no tenían derecho de huelga, ni derecho de salario mínimo, ni derecho de acudir a los tribunales de Trabajo en demanda de justicia. Si su descontento se traducía en actos de protesta, esto se convertía automáticamente en un delito y podían perder el ejido y hasta la libertad. En la URSS, país más "avanzado", un acto de protesta en el koljós se califica como sabotaje y se castiga con el campo de concentración o con la muerte. Pero en México —país todavía "no tan avanzado"—, la rebeldía del ejidatario fue penada con la pérdida de la parcela.

El descontento de los nuevos ejidatarios yucatecos iba en aumento. Ganaban menos que antes, carecían de los derechos más elementales, se les robaba al recogerles su cosecha y se les robaba al venderles implementos de trabajo. Su situación fue descrita por Molina Font con las siguientes palabras: "El amo de la tierra a la que están vinculados, no es ya un hombre, semejante a ellos, tal vez exigente y déspota en ocasiones, pero susceptible, como todos los hombres, de llegar a sentir compasión y, a veces, afecto por quienes lo sirven, y obligado, además, por propio interés, a proporcionarles tolerables condiciones de vida en el orden material y a procurar la conservación y fomento de una riqueza que, en el peor de los casos, garantizaba un mínimo de bienestar para todos. El amo de la tierra es ahora la entidad abstracta, inconmovible, omnipotente e irresponsable que se llama el Estado. Y en su nombre, ejercen, transitoria y torpemente, los atributos de la propiedad, políticos que no han tenido parte alguna en la creación de esta riqueza ni están en contacto directo con la tierra y con sus servidores, y cuyo interés único se finca, por regla general, en sacar todo el provecho personal posible, de su breve y precaria estancia en el poder".

En abril de 1938 el descontento estalló incontenible entre los ejidatarios yucatecos. En Umán arrastraron por las calles al jefe de zona del Banco Ejidal; en Tixpeguel estuvieron a punto de hacer lo mismo, pero intervino oportunamente la policía; en Izamal ocurrió un saqueo de comercios y amenazas de muerte contra los funcionarios gubernamentales del Banco Ejidal. En Mérida hubo grandes desfiles de ejidatarios que lanzaban mueras al Banco y que pedían mayor salario.

Cárdenas ordenó entonces al Jefe de Operaciones Militares de Mérida que apoyara con tropas todas las disposiciones en materia agraria y que inmovilizara con mano firme toda protesta de los campesinos "redimidos". Además, expidió el Código de Defensa Social, en cuyo artículo 236, fracción sexta, clasificaba como delito todo acto que en cualquiera otra forma perjudique la industria henequenera". Entre esos actos figuró hasta el hecho de que los pequeños propietarios pagaran a sus peones salarios más altos que los que percibían los ejidatarios, pues tal cosa provocaba **"comparaciones perjudiciales al ejido".**

Así se evidenciaba una vez más que la adulteración de la reforma agraria no tenía por objeto mejorar al campesino, sino obtener su dominio.

La producción henequenera yucateca, que en 1920 había sido de 160,000 toneladas, bajó a 100,000 en 1937 y a 80,000 en 1939. El rendimiento por hectárea, que en 1930 era de 1.175 kilos, se redujo en 1940 a 881 kilos. Consecuentemente se desplomó la economía de la península, aumentó el desempleo, miles y miles de yucatecos emigraron a otras regiones del país y el gobierno federal tuvo que subsidiar a los ejidos. En vez de ser esas tierras una fuente de riqueza se convirtieron en un resumidero de cientos de millones de pesos cuyo monto total es un secreto.

Seis años después de implantada en Yucatán la reforma agraria, los ejidatarios le pedían al secretario de Agricultura Marte R. Gómez, en Tixkokob, que devolviera las tierras a sus antiguos propietarios, y él les contestó: "Eso que dicen acerca de devolver las tierras a los hacendados, como una salvación, se lo echan en cara al Gobierno como para hacerle ver que lejos de ayudarlos, los ha empeorado, pero consideren ustedes que la Revolución tiene un largo camino a seguir, de sacrificios".

A 32 años de distancia, la mayoría de los ejidatarios yucatecos alfabetizados no pasan del 2° año de primaria; el 60% siguen siendo analfabetos; el agua potable prometida en 1937 empezó a introducirse en 1968 en dos o tres poblaciones de la Península; las primeras obras para dar agua pura a once ciudades y pueblos yucatecos se comenzaron a planear en 1962 gracias a un empréstito norteamericano de 115 millones de pesos; no existe alcantarillado en la entidad y las aguas negras contaminan frecuentemente los pozos; el 35% de los niños nacen desnutridos y muchos de ellos mueren a los pocos días, y hay regiones en donde uno de cada 10 habitantes padece tuberculosis o vómitos. Se calcula que en siembras sin realizarse, en chapeos sin hacerse, en hojas de henequén sin cortarse, en supuestos trabajos de terracería, en cortes de varejones sin efectuarse, en propaganda electoral, en tráfico con henequén, en gratificaciones para las altas autoridades regionales, en subsidios a diversos partidos políticos y sindicatos y en gastos personales incluídos como erogaciones de las sociedades ejidales, los ejidos comunales yucatecos han perdido más de seis mil millones de pesos.

Mario Menéndez afirma que "para evitar una acción conjunta de protesta, los nuevos caciques oficiales permiten al ejidatario que sólo produzca una tercera parte de lo que en realidad debería hacer, dejando que venda las pencas ejidales a lo largo del camino y premiándolo después con infames licores y días de descanso. . . Todo es abulia, indecisión y falta de iniciativa".

Seiscientas mil hectáreas se hallan abandonadas. La producción en 1920 era de 160,000 toneladas y en 1962 fue de 148,000 o sea doce mil menos, no obstante el gran aumento de población, el adelanto de la técnica y los miles de millones de pesos gastados en el gran ejido.

Más de medio millón de hectáreas potencialmente henequeneras se hallan ociosas y fuera de todo comercio, pues dependen del gobierno como tierras ejidales.

En muchos ejidos sólo se trabaja tres días a la semana y los ejidatarios se hallan vendidos de por vida, peor que en las tiendas de raya, pues deben más de trescientos millones de pesos, según las cuentas del Banco de Crédito Ejidal.

En 1964 la industria cordelera de Yucatán, valuada en 117 millones de pesos, fue comprada por el gobierno en 250 millones, aparentemente para beneficiar al ejidatario, pero en la práctica éste quedó completamente al margen, pues "Cordemex" se convirtió en otra empresa oficial, y se anunció que ninguna nueva inversión de la iniciativa privada se toleraría en la industria cordelera. Todo el ramo henequenero es monopolio estatal, conforme a las reglas del Supercapitalismo, de que se hablará más adelante.

Aunque discriminado y acosado, el pequeño propietario yucateco logró aumentar la productividad de sus tierras, en un 22% desde 1937 hasta 1963, y así ha podido dar trabajo a muchos desplazados del ejido, pagar contribuciones y ser un factor de rendimiento económico para suavizar la miseria de la región. (1)

(1) La Realidad en Yucatán es Otra.—Mario Menéndez Rodríguez. La Reforma Agraria en Yucatán.—Mario Menéndez Rodríguez.

20 MILLONES DE HECTAREAS CONVERTIDAS EN EJIDOS

El desastre de Yucatán se repitió en la Comarca Lagunera, donde no podía acusarse a los agricultores del delito de despojo de tierras, pues ellos mismos las abrieron al cultivo a principios de siglo y sus derechos de propiedad estaban claramente definidos. En 35 años de esfuerzo habían hecho prosperar esa región como ninguna otra del país. Abrieron sistemas de riego y 900 norias electrificadas, en lo cual invirtieron más de sesenta millones de pesos, suma muy considerable a principios de siglo. Prácticamente ahí no había latifundios y los trabajadores agrícolas tenían sindicatos que podían haberles gestionado diversas mejorías en su ya relativamente alto nivel de vida.

Sin embargo, en 1936 la mayor parte de la Comarca Lagunera fue súbitamente convertida en ejidos colectivos mediante el fraccionamiento de 468,386 hectáreas, de las cuales el 77% eran de riego. La laboriosidad de quienes habían creado aquel emporio agrícola fue castigada con la confiscación, sin pago alguno, pues sólo se indemnizaba a los extranjeros no españoles (mayo de 1939), porque ingleses y norteamericanos tenían el apoyo del Departamento de Estado, de Washington.

Bajo el control oficial los costos de explotación aumentaron y la producción descendió, en tanto que el campesino perdía la libertad que había tenido frente a un patrón sujeto a las leyes del trabajo, y quedaba supeditado al mando inapelable del Estado.

Según el político comunista Silva Herzog, allegado a Cárdenas, las pérdidas del Banco Ejidal en la Comarca Lagunera ascendieron a 170 millones de pesos en el lapso de 1936 a 1943, y según otras fuentes no cardenistas, tales pérdidas eran cuando menos de 250 millones, íntegramente cargados sobre los hombros del contribuyente, y eso sin incluir los impuestos que el Fisco había dejado de percibir. El crecimiento y la prosperidad de La Laguna quedaron súbitamente frenados. En tanto que la antigua propiedad pagaba impuestos al Fisco y aportaba riqueza a la corriente económica de la nación, los nuevos ejidos colectivos no podían pagar contribuciones y en vez de aportar riqueza consumían dinero del erario.

A 25 años del reparto, en 1961, el Gobierno Federal —o sea los contribuyentes mexicanos— habían perdido en la Comarca Lagunera un total de 1,400 millones de pesos tan sólo por concepto de inversiones no recuperadas. En 1965 el Gobierno Federal tuvo que acudir con trescientos millones de pesos en auxilio de la Comarca Lagunera, y en 1967 se anunció que los ejidatarios no podrían pagar 900 millones de pesos que debían al Banco Ejidal. (Antes de la confiscación de tierras Lombardo Toledano anunciaba, el 29 de agosto de 1936, que La Laguna era la región agrícola más rica del país y que en 17 años había obtenido utilidades por 300 millones de pesos). Ahora los ejidos laguneros dejan pérdida, y si la situación en general ha mejorado esto se debe al parvifundio y a las nuevas industrias, pero no a la reforma agraria.

El fracaso del ejido-político es más visible en las zonas que antes eran más ricas, pero en general abarca los cuatro puntos cardinales de México. La reforma agraria de metas políticas puede igualar las parcelas y entregarlas en forma individual o colectiva a los antiguos peones, pero no puede igualar las aptitudes, las ambiciones y los recursos de quienes van a trabajarlas. Los hombres con capacidad para explotar tierras y acrecentar riquezas no pueden ser encasillados en los límites microscópicos de una parcela que ni siquiera les pertenece, y son precisamente esos hombres los que al acrecentar la explotación agrícola refuerzan la economía nacional, pues por mucho que se beneficien en lo personal siempre dan un remanente de producción en favor del país.

En cambio, la mayoría de los ejidatarios carecen de facultades administrativas, de capital y principalmente de ambición, sin lo cual poco pueden rendir para aumentar la riqueza nacional; en el mejor de los casos sólo producen lo indispensable para su magro sustento. Todo esto ya se había evidenciado claramente cuando Cárdenas llegó al poder. La primera etapa de la **reforma agraria política** se aplicó durante Juárez; privó a la Iglesia de sus tierras y suprimió los campos comunales de los pueblos, pero dejó abierta la puerta para que la producción continuara en aumento por la vía del latifundio, que frecuentemente incurría en el despojo de tierras.

Madero prometió durante su campaña electoral enmendar tales despojos devolviendo a los pequeños propietarios las superficies que les hubieran quitado ilegalmente, y se resistió a practicar una confiscación general de tierras para que el Estado, como único propietario de ellas, las manejara como ejidos. Ya en la Presidencia, Madero se opuso a esta reforma hasta que fue derribado por el embajador Lane Wilson. Subió Huerta y también la consideró insensata y se negó a realizarla, hasta que a su vez fue derrocado a cañonazos por el Presidente Woodrow Wilson. Siguió Carranza, que tampoco simpatizaba con tal reforma, pero a regañadientes accedió a expedir la ley del 6 de enero de 1915 y el artículo 27 constitucional, que en cierta forma la hicieron posible. Sin embargo, Carranza sólo repartió 224,393 hectáreas y procuró hacerlo sin dañar superficies ya en explotación, sino latifundios baldíos, principalmente de extranjeros. De todos modos hubo alarma en el campo, y la población agrícola descendió, de 5.512,000 en 1910, a 3.796,000 en 1921; en parte por la lucha revolucionaria y en parte debido a que el anunciado reparto ejidal paralizó muchas actividades.

La cosecha de maíz que antes era de 30 y hasta de 60 millones de hectólitros, bajó en 1921 a 26 millones, y en 1922 a 22 millones. (1)

Después de Carranza siguió Obregón, que tampoco simpatizaba con el punto 6º, pero fue objeto de gran presión internacional y contrariando sus propias palabras toleró —o autorizó secretamente— que se crearan los ejidos comunales. En 4 años surgieron ejidos en 1.776,667 hectáreas con 158,204 ejidatarios. En agosto de 1923 Obregón decretó que de los terrenos nacionales se dieran como **"pequeña propiedad agrícola"** (según la región) de 25 a 400 hectáreas a cada campesino que deseara trabajar por su cuenta.

A su turno Calles hizo ejidos en 3.195,028 hectáreas, con 302,432 ejidatarios, y creó el Banco Nacional de Crédito Agrícola, que durante 1926 y 1927 prestó 24 millones de pesos y sólo recuperó la mitad. Calles se mostró desilusionado de los resultados del nuevo sistema y hasta trató de sacarle la vuelta mediante la ley del patrimonio parcelario ejidal que comenzó a hacer auténticos dueños de su tierra a algunos de esos ejidatarios, cosa que estaba en pugna con el propósito oculto de la reforma, pues así dejaban automáticamente de ser siervos del Estado. Se afirma que Calles dijo privadamente en su hacienda "El Sauzal", el 25 de junio de 1933, que el sistema ejidal no resolvía el problema agrícola, pero que "la dotación ejidal es uno de los compromisos más solemnes de la revolución". (2)

Más tarde Portes Gil dio oídos al grupo más radical de la masonería y en 14 meses afectó 2.065,847 hectáreas, con 155,826 ejidatarios. A la vez Portes Gil pudo disponer como leva de 15,000 ejidatarios, que o marchaban al frente, contra los cristeros, o perdían su mísero sustento. Para esa época las pérdidas sufridas por la nación a causa de la destrucción del antiguo régimen agrícola se calculaban en 2,452 millones de dólares, que al tipo actual equivalen a 30,650 millones de pesos.

Luego subió Ortiz Rubio y trató de detener el desbarajuste agrario poniendo al abrigo del fraccionamiento ejidal a las zonas agrícolas directamente vinculadas con la producción industrial, tales como Yucatán y la Comarca Lagunera. En otras regiones fraccionó 1.203,737 hectáreas, con 84,000 ejidatarios.

Siguió Abelardo Rodríguez, que en cerca de dos años afectó 2.094,637 hectáreas, repartidas entre 161,327 ejidatarios, pero en muchos casos tomó únicamente tierras baldías.

En resumen, en veinte años de régimen revolucionario —de 1914 a 1934— se convirtió en ejidos una superficie de 10 millones 561,309 hectáreas. En parte estos fraccionamientos resultaron benéficos, como cuando se ponían en explotación tierras sin dueño o latifundios ociosos.

(1) Los Grandes Problemas de México.—Francisco Bulnes.
(2) El Reparto de la Tierra.—Víctor Manzanilla Schaffer.

(Las cantidades anteriores, dadas oficialmente por cada administración, eran algo mayor de lo que realmente se fraccionaba, y según cálculos realistas la superficie afectada no llegó a ser de 10 y medio millones de hectáreas, sino de 7 millones 663,000, desde Carranza hasta Abelardo Rodríguez).

Pero al subir al poder Lázaro Cárdenas, en 1934, el punto 6º introducido en México a cañonazos por el Presidente Wilson comenzó a regir en todo su esplendor. Durante el sexenio cardenista se convirtió en ejidos una superficie de 20 millones 72,057 hectáreas, o sea más del doble de todo lo que se había fraccionado en los 20 años anteriores. Pero además hubo el agravante de afectar muchísimas tierras que estaban siendo trabajadas, en vez de desviar el fraccionamiento hacia predios baldíos, como en gran proporción se había hecho en los regímenes pasados. El número de ejidatarios aumentó en un millón 67,797 y los ejidos abarcaron aproximadamente el 40 por ciento de la superficie en explotación. (1)

Centenas de millares de peones habían vivido confiando en un salario seguro, aunque fuera bajo, y a veces contando con cierta benévola protección del patrón, pero el nuevo orden agrícola venía a sacarlos súbitamente de ese equilibrio y los colocaba sobre una parcela, ya sin ningún ingreso fijo, sin preparación técnica, sin crédito y sin recursos para hacer frente a las inclemencias del tiempo.

Durante 1935 los 898,413 ejidatarios que había en el país produjeron bienes agrícolas por valor de 90 millones 304,092 pesos, o sea que en promedio le quedaba a cada ejidatario $ 101.46 al año, ni más ni menos que treinta centavos diarios, en tanto que el salario mínimo en las propiedades privadas era de un peso.

Algunos, insignificante minoría, supieron sortear esa crisis y salir airosos; otros, que también eran minoría, se hallaban en regiones privilegiadas, como La Laguna, Yucatán y cierta parte de Michoacán, y recibieron subvenciones del erario para librarse de una bancarrota total que habría ocasionado particular descrédito al régimen.

Pero los pocos que lograban la ayuda oficial a costa del contribuyente —y que se hallaban sujetos a que los agentes del Banco Ejidal los robaran al recogerles sus cosechas o al entregarles medios de labranza—, no llegaban al 15%. La inmensa mayoría del 85% de los ejidatarios se hallaba abandonada a su suerte. El gobierno no podía auxiliarlos porque ni todo el presupuesto le bastaría para hacerlo. En 1936 el Banco Nacional de Crédito Ejidal prestó 23 millones y sólo re-

(1) Según cálculos oficiales más conservadores, lo fraccionado por Cárdenas ascendió a 17 millones 889 hectáreas.

cuperó 6; en 1937 prestó 82 millones y recuperó 14, y durante los mismos años el Banco Nacional de Crédito Agrícola prestó 30 millones y únicamente recuperó 16. Por su parte la Banca privada no podía ni puede operar con ejidatarios porque son absolutamente insolventes, supuesto que ni siquiera tienen segura la posesión de la tierra.

Las grandes masas de ejidatarios que hizo Cárdenas —asesorado temporalmente por el judío ruso Isaac Libenson— no poseían capital, ni agua, ni aperos, ni semilla seleccionada, ni fertilizantes, ni insecticidas, ni técnica. Nada de esto se repartía ni podía repartirse junto con el ejido prestado.

Para 1938 ya el llamado reparto de tierras (que en realidad es préstamo y no reparto) había afectado 22 millones de hectáreas. Dos años más tarde la estadística oficial revelaba la desastrosa realidad de que sólo 6 millones se hallaban en "explotación", y ésta era parcial. En millares de parcelas se trabajaba a ritmo lento, apenas para obtener ínfimos frutos que dieran miserable sustento a sus poseedores, pero ya sin aportar productos para el mercado nacional y además sin poder cubrir contribuciones. (1)

El vendaval de demagogia golpeó también a la pequeña propiedad y en muchos casos ésta fue afectada o simplemente invadida en plena producción; numerosos parvifundistas perdieron la confianza y dejaron de sembrar, en tanto que otros no podían lograr crédito porque se vio que la pequeña propiedad tampoco estaba ya segura.

Ramón Beteta, entonces subsecretario de Relaciones Exteriores, miembro del "Phi-Betha-Kappa", consideró que la política agraria aún era "moderada" y abogó por la supresión total de la pequeña propiedad, o sea que ya quería la tercera etapa del punto 6º: "Conservar

> el régimen de propiedad privada sobre la tierra —dijo— es peligroso, ya que nada ni nadie nos garantiza que no se vuelva a nuevas formas de concentración y de monopolio, como ya ha acontecido en el pasado... Detenerse en la distribución de la tierra y no aprovechar la oportunidad para su socialización completa, no sólo es una debilidad sino también un peligro: el peligro de que en el aspecto agrario, la Revolución, al triunfar, muera por no haber sido llevada a sus lógicas consecuencias".

Esa "consecuencia lógica" es que la Revolución mexicana pierda su contenido propio y caiga en la Revolución Mundial del marxismo-israelita, o sea la Revolución-Madre que abarca a la Revolución Francesa, la Revolución Española, la Revolución Rusa, la Revolución China y la Revolución Cubana. De la palabra Revolución quiere hacerse el apellido de una misma familia internacional.

(1) En 1965 y 1966 se ha logrado que mediante el aval del gobierno la Banca otorgue créditos a algunos ejidatarios, pero esto es un paliativo a la situación y no un remedio. Igualmente ha ocurrido que varios organismos oficiales de Estados Unidos comiencen a otorgar dólares a diversas regiones ejidales mexicanas. El objeto de esto es ayudar a paliar el fracaso de la reforma agraria en México, pues ahora se pretende implantarla ya en toda Iberoamérica.

Al consumar Cárdenas el reparto de 20 millones de hectáreas —más del doble de todo lo repartido en los 20 años anteriores—, la producción agrícola se desplomó. Pese a los adelantos logrados por la ciencia en fertilizantes, en exterminación de plagas, en riego y en medios mecánicos de explotación agrícola, el rendimiento de la tierra descendió. La cosecha de frijol, que en 1934 había sido de 123,775 toneladas, en 1940 fue de 96,752 toneladas. La cosecha de maíz, que en 1934 era de 1.723,477 toneladas, bajó a 1.639,686 al terminar el sexenio, y mientras tanto la población había aumentado en cerca de dos millones de habitantes.

La demanda de víveres subía y la producción disminuía. Comenzó a ocurrir entonces una reacción en cadena que habría de causar incalculables daños a la economía nacional **en los veinte años siguientes,** pues México tendría que importar durante mucho tiempo gran parte de los víveres que consumía y esto desequilibraría la balanza comercial, con las consiguientes devaluaciones y carestías.

El antiguo revolucionario coronel Israel del Castillo comenta que los iniciadores del movimiento de 1910 querían "un desarrollo armó-

> nico de la economía nacional bajo el régimen de la iniciativa privada. Aborrecíamos todo lo que significaba capitalismo de Estado, socialización y centralización, así como la intervención del Estado en lo que ha dado en llamarse economía dirigida... La explotación colectiva de la tierra está en contra del modo de ser de nuestro pueblo... Se han creado comisariados ejidales que hacen y deshacen con la tierra, ligados a la política del partido oficial... Así los ejidos son grotescos koljoses cimarrones de origen tarasco... El ignorante que estuvo en el poder, electo por Calles, se dedicó a repartir las tierras sembradas, dejando las ociosas intactas. Los pobres campesinos no hicieron más que recoger las cosechas que les habían regalado, y sin dinero y sin conocimiento de la técnica agrícola quedaron incapacitados para continuar la producción". ("La Batalla de Algibes").

El ejidatario fue el primero en sufrir el desastre agrícola, y cientos de miles de ellos tuvieron que emigrar en busca de sustento, en tanto que los demás —en su inmensa mayoría— viven míseramente.

No era nada satisfactoria la situación económica del millón de ejidatarios que surgió durante el sexenio 1934-1940, pero paupérrimos o no, se vieron forzados a ingresar en la nueva agrupación gubernamental que Cárdenas formó (julio 10 de 1935) con el nombre de Con-

federación Nacional Campesina, y esto daba al régimen mayor dominio sobre las masas de campesinos.

No es una torpeza revolucionaria lo que ha impuesto en México fines políticos a la reforma agraria —en vez de fines económicos y sociales— y no fue una torpeza cardenista el impulso que se le dio a esa imposición, sino un cálculo matemático y frío para romper el núcleo campesino independiente y ponerlo bajo el dominio oficial. La Revolución Mundial busca influencia en los gobiernos, pero necesita que éstos se afiancen a su vez mediante el control de las masas obreras y campesinas a fin de que puedan afrontar las reacciones que inevitablemente provoquen las reformas capciosas que vaya introduciendo la propia Revolución Mundial. A los trabajadores se les sujeta con las centrales oficiosas y con la cláusula de exclusión y a los campesinos mediante el brazo político de la reforma agraria. En otro sector se tienden redes sobre los estudiantes, por medio de Universidades dirigidas por marxistas, y en un cuarto frente se mina y combate a la iniciativa privada mediante el **Supercapitalismo de Estado.** Tales son las bases con que se piensa instaurar en todo el orbe el marxismo israelita, llamado por él mismo Revolución Mundial.

En Rusia se prometió el reparto de tierras para atraer campesinos en favor de la Revolución de 1917, pero a la hora del triunfo no hubo tal reparto, sino la creación de koljoses donde el campesino quedó como siervo del Estado.

La misma mano internacional que en 1917 puso esa trampa al campesino ruso, había falseado en México el anhelo de una reforma agraria basada en "tierra y libertad". No es que los mexicanos nos "adelantáramos" a los soviets en tan genial enjuague, sino que en México actuaron —parcialmente— antes que en Rusia, las mismas fuerzas internacionales que luego se impusieron totalmente allá.

Cárdenas no es, pues, el único artífice del desastre agrícola de su sexenio, cuyos terribles daños se prolongan hasta ahora, sino sólo el entusiasta y disciplinado ejecutor de planes internacionales que en mayor grado se aplican en la URSS, en China Roja o en Cuba y que están emplazados para aplicarse en los demás países iberoamericanos y acentuarse en México —en un futuro más o menos próximo— con la liquidación de la pequeña propiedad agrícola.

En este aspecto Cárdenas no fue un reformador, sino un servidor sobresaliente de los que acrecientan las huestes de la Revolución Mundial.

UNA GRAN OPORTUNIDAD PARCIALMENTE APROVECHADA

Desde 1783 el rey Carlos III había legislado para la Nueva España que "las minas, los betunes y los jugos de la tierra" eran propiedad del Estado. A esa ordenanza real se remonta el derecho de México sobre la riqueza petrolera, que comenzó a ser descubierta a fines del siglo pasado por el inglés Weetman Pearson y por el norteamericano Doheny, quienes hallaron huellas de petróleo en el Estado de Veracruz. Poco más tarde obtuvieron concesiones para explotarlo. Don Porfirio recelaba del trust de Rockefeller y dio preferencia al inglés Pearson, años más tarde elevado en Inglaterra al rango de Lord Cowdray.

Desde el siglo pasado habíamos enajenado toda la riqueza minera, y en 1901 comenzó a ser malbaratada la riqueza petrolera. México dejaba de ejercer su propiedad sobre el subsuelo, especificada desde 1783, y los principales beneficiarios eran los grandes consorcios petroleros de Inglaterra y Estados Unidos.

En 1901 el país ni siquiera sospechaba la enorme riqueza que tenía en petróleo y brindaba facilidades a los angloamericanos, cuyas exploraciones parecían más una aventura que un negocio seguro. La técnica de la perforación de pozos nos era desconocida totalmente y se requería mucho capital y peritos extranjeros para emprenderla. Era una industria nueva sin el menor antecedente en México.

Tales circunstancias fueron aprovechadas por los extranjeros para hacer un magnífico negocio. Y de la ambición justa pasaron a la voracidad insaciable. Hubo magnates que engañaron o presionaron a los indígenas para que les arrendaran lotes en $ 150.00 mensuales, como el de Chinampa, Ver., del que luego extrajeron 75 millones de barriles de petróleo. La Huasteca Petroleum Company, de la Standard Oil del famoso judío John Davison Rockefeller, se las arregló para pagar sólo doscientos mil pesos por el campo de Cerro Azul, que le produjo más de 181 millones de barriles de aceite.

Los magnates petroleros no sólo abusaron de los dueños de los terrenos aceitíferos, sino que trataron al país siempre con desprecio y altanería. Si inicialmente se justificaba la exención de impuestos —cuando no se sabía a ciencia cierta la riqueza del subsuelo y se requería capital y técnica extranjera para averiguarlo—, la situación varió considerablemente desde 1912, cuando ya una gran parte de lo invertido se había recuperado y era evidente que se trataba de un negocio seguro y productivo.

Fue precisamente en 1912 cuando Francisco I. Madero trató de poner orden en la explotación petrolera y fijó un impuesto, pero sus propósitos chocaron con la obstinada resistencia de los magnates y no le alcanzó la vida para impedir que éstos siguieran abusando.

En septiembre de 1913 el régimen de Huerta formuló un proyecto de expropiación petrolera, que se presentó en la Cámara de Diputados, pero en esos días la presión del Presidente Wilson era muy fuerte, para que renunciara Huerta, y el proyecto quedó en suspenso.

Luego Carranza exhumó el principio jurídico del rey Carlos III y lo incorporó a la Constitución de 1917, que reivindicaba la propiedad

nacional del petróleo, y además creó un impuesto sobre las exportaciones, pero los magnates lo burlaron mediante su guardia particular del cabecilla Manuel Peláez, al que subvencionaba el judío William Green, de la Standard Oil (de Rockefeller) para dominar la zona petrolera y poder llevarse millones de barriles sin pagar impuestos. Una comisión del senado americano investigó este escandaloso asunto y comprobó que Green era el jefe de Peláez y que el Departamento de Estado americano tenía conocimiento de todo esto. Esa situación duró de 1914 a 1920.

Los esfuerzos de Carranza por subordinar a los negociantes petroleros a las leyes del país no llegaron a cristalizar porque Washington le retiró su apoyo y Carranza se desplomó hasta su trágico fin en Tlaxcalantongo. (Por curiosa coincidencia Carranza fue asesinado por el general Rodolfo Herrero, que junto con Peláez había estado al servicio de la Standard Oil).

Obregón, sucesor de Carranza, fue patrocinado por la Casa Blanca y se le chantajeó con el reconocimiento diplomático, hasta que prometió no aplicar la ley acerca del subsuelo, o sea de la soberanía del país sobre el petróleo. Luego siguió Calles en el gobierno y realizó un nuevo forcejeo acerca del particular, pero se le amenazó con un desembarque americano en Tampico y con una rebelión y dejó el asunto por la paz.

(1938) La gran oportunidad de que México recuperara su petróleo le tocó en suerte a Lázaro Cárdenas. La expropiación se realizó el 18 de marzo de 1938.

Independientemente del derecho que le asistía al país, la recuperación del petróleo fue una merced de la fortuna. Porque no es lo más tener derecho a una cosa, sino estar en posibilidad de hacer respetar ese derecho, y ni en 1912 con Madero, ni en 1913 con Huerta, ni en 1917 con Carranza, ni en 1921 con Obregón, ni en 1926 con Calles, ni en 1938 con Cárdenas, México tenía la fuerza económica, política y militar suficientes para recuperar su petróleo. Este asunto no podía resolverlo la voluntad de un hombre, y ni siquiera la voluntad de un pueblo. La debilidad de México frente al poderío de Norteamérica era mayor en 1938 que en 1912, 1913, 1917 ó 1926, supuesto que la fuerza de Estados Unidos había aumentado enormemente y nuestros nexos económicos también.

En 1938 la economía nacional se asentaba en dos bases esenciales: que Estados Unidos nos comprara más del noventa por ciento de todas nuestras materias primas de exportación —fuente única de dólares para México—, y que nos vendiera toda clase de máquinas indispensables para la industria, los transportes y la vida moderna. Además, que nos concediera créditos comerciales y empréstitos. Un boicot parcial en cualquiera de esos puntos desquiciaría las finanzas mexicanas. Y el régimen no podría buscar ayuda en Europa porque ésta se hallaba en vísperas de guerra.

Un ligero apretón de la garganta económica de nuestro país, por parte de Estados Unidos, habría bastado en 1938 para colocarnos al borde de la ruina y forzar un cambio político. La colosal maquinaria publicitaria de Nueva York habría presentado el hecho como una inevitable medida de defensa ante el rompimiento de garantías y compromisos internacionales o cualquiera otra zarandaja.

Además de ese recurso —devastador por sí mismo— existía el de fomentar un movimiento armado para el cual no faltaría quien lanzara un plan cualquiera para hacer "la felicidad" de México y se levantara en armas. Y ante un movimiento así, alimentado por pertrechos desde suelo americano, el país carecía de la profunda unidad y de la suficiente fuerza militar para imponerse. Así había ocurrido ya muchas veces en nuestra historia.

Fue una serie de venturosas circunstancias internacionales, poco antes de la segunda guerra mundial, lo que determinó que México pudiera expulsar a las empresas petroleras.

Si en los primeros momentos de la expropiación pareció que el país jugaba con fuego al desafiar la fuerza combinada de Estados Unidos y el Imperio Británico, y si pareció que Cárdenas había dado un paso de inaudita temeridad, bien pronto comenzó a conocerse el gran secreto, o sea que **la expropiación fue realizada con el previo consentimiento del Presidente Roosevelt.**

En esos días se acababa de iniciar —pero el mundo estaba muy ajeno entonces a ese nuevo viraje de la política internacional— la etapa en que el Imperio Británico iba a ser desarticulado hasta dejarlo convertido en lo que es ahora, o sea una potencia de segundo orden. Roosevelt, primero, y luego Roosevelt y Churchill, fueron los artífices de esa política para elevar como potencia de primera categoría al marxismo-judío, a costa de Inglaterra, Estados Unidos, Francia y Alemania.

Ese viraje contra la potencia económica y militar del inglés —reacio al marxismo—, se complementaba además con la nueva política que Roosevelt estaba forjando para Iberoamérica, llamada de Buena Vecindad, cuyo secreto consiste en brindarle algunas aparatosas ventajas para luego deslizarla hacia el comunismo y enfrentarla al pueblo americano. Es la misma táctica que el grupo rojo de la Casa Blanca practica en Africa, donde aboga por cierta clase de libertad de las colonias occidentales, para que más tarde se conviertan en colonias del imperialismo marxista.

Además, los trusts petroleros judíos podían prescindir de la explotación directa de los mantos petroleros mexicanos, con todas las molestias y problemas que eso implicaba, si en cambio fijaban el precio del petróleo que necesitaban llevarse de México.



Gral. Ignacio M. Beteta, Jefe de Ayudantes de la Presidencia de la República. Comentando la demanda británica del 8 de abril (1938) para que México devolviera los bienes petroleros, declaró: "La expropiación de las compañías petroleras ha sido rubricada, no solamente por el pueblo mexicano, sino también por el Gobierno de los Estados Unidos".

Naturalmente nada de esto podía verse todavía en los días de la memorable expropiación y hubo momentos en que la situación de México parecía desesperada ante la fuerza colosal de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos.

El 8 de abril el Imperio Británico pidió categóricamente la devolución de los bienes petroleros expropiados. Al llegar un cablegrama sobre el particular a la redacción de "Ultimas Noticias", el reportero Enrique Borrego se lo leyó telefónicamente al Jefe de Ayudantes de la Presidencia de la República, general Ignacio M. Beteta, y le pidió alguna declaración respecto a la amenazante actitud británica. Y el general Beteta repuso: "La expropiación de las compañías petroleras ha sido rubricada, no solamente por el pueblo mexicano, sino también por el Gobierno de los Estados Unidos".

Al publicarse una hora más tarde el mensaje de Londres y el comentario del portavoz de la Presidencia, la Embajada inglesa en México protestó ante la Secretaría de Relaciones Exteriores y pidió más datos sobre el particular. Intervino entonces el jefe de la censura oficial, licenciado Agustín Arroyo Ch. —que se hallaba al frente del Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad—, llamó al director de "Ultimas Noticias", don Miguel Ordorica, y a los reporteros Enrique y Salvador Borrego, hizo careos, dijo que la sordera del señor Ordorica desaparecería al decirle que ya no habría suministro de papel para el periódico y finalmente pidió que no se publicara nada más relacionado con ese asunto.

Poco tiempo antes, en vísperas de la expropiación, en un sitio muy distante, personas muy diferentes a las que intervinieron en el caso



Rafael Zubarán Capmany llevó a Nueva York un borrador de la expropiación petrolera para lograr el visto bueno poco antes de que ésta se decretara. José Vasconcelos se hallaba en aquella ciudad y afirma que el ingeniero Garfias, conectado con las empresas petroleras, le explicó: "El gobierno yanqui lo que está buscando es que Cárdenas le eche fuera a los ingleses. . . el precio de cada barril exportado lo impondrán los mismos consorcios, en la boca del puerto, sin necesidad de asumir las responsabilidades de la producción".

Beteta, tuvieron por otros conductos la evidencia de que el plan de expropiación fue previamente aprobado por la Casa Blanca. El licenciado José Vasconcelos se hallaba en Nueva York cuando llegó de México Rafael Zubarán Capmany (ex Secretario de Industria y Comercio), quien **llevaba el borrador del decreto de expropiación para someterlo a la opinión de diversas autoridades en la materia.**

Zubarán cambió impresiones con el ingeniero Valentín Garfias, conectado con las operaciones petroleras, y éste le refirió a Vasconcelos:

"Ah qué Zubarán; figúrese que ahora está ayudando al Gobierno; trae todo un plan para la expropiación de las compañías. . . El Gobierno yanqui lo que está buscando es que Cárdenas le eche fuera a los ingleses, de la zona de Poza Rica, potencialmente una de las mejores del mundo. Por su parte, las compañías norteamericanas, fatigadas con huelgas y dificultades de todo género, con gusto verán que el Gobierno se convierta en Administrador. Saben que fracasará, pero por lo pronto las cantidades que tendrá que pagar por indemnizaciones les resuelve el problema inmediato. . . El precio de cada barril exportado lo impondrán los mismos consorcios, en la boca del puerto, sin necesidad de asumir las responsabilidades de la producción y la administración obrera. Por supuesto que me sospecho que en todo esto, más que intereses económicos, se ventilan cuestiones políticas". (1)

Otro observador muy distinto, el general Juan Andrew Almazán,

(1) "La Flama".—José Vasconcelos.

escribió por su parte: "Se le olvidó a Cárdenas, por elemental probidad, aclarar que en rigor esa expropiación la había ordenado el imperialismo norteamericano que poseía el 10%, contra el imperialismo inglés, cuya extinción buscaba ardientemente Roosevelt" (Memorias).

En efecto, los más dañados por la expropiación eran los ingleses, cuyas ganancias en 1936 habían sido de 42 millones de pesos, frente a 13 millones ganados por el consorcio americano.

Contra lo que se suponía entonces generalmente, el trust de Rockefeller, o sea la Standard Oil, resultaba mucho menos afectado de lo que parecía a primera vista, pues tiempo antes de la expropiación se deshizo a buen precio de una parte considerable de sus acciones (que fueron a parar a manos de americanos) y después de la expropiación consiguió considerables ingresos con la baja cotización impuesta al petróleo mexicano mediante el pretexto de la lucha contra el nazismo.

Pero los ingleses sí resintieron el golpe sin ningún atenuante, y el gobierno británico reaccionó violentamente, desconoció la expropiación porque el pago de las indemnizaciones no era inmediato y pidió la devolución de los campos petroleros. Para sorpresa de todos, Cárdenas contestó rompiendo relaciones con la Gran Bretaña. Muchos creyeron que se iba a hundir el suelo.

La situación parecía muy negra porque México no tenía dinero para pagar las indemnizaciones al contado. La falta de exportaciones petroleras provocó desde luego escasez de dólares y vino instantáneamente una devaluación de $ 3.60 a $ 4.85. El pueblo soportó estoicamente el alza de precios que esto implicaba y hasta hizo aportaciones económicas (hubo algunos que dieron anillos o gallinas) para ayudar a pagar la deuda. Pero lo que se recaudaba era más bien simbólico y romántico dada la enormidad de la indemnización petrolera.

¿De dónde podían salir los cientos de millones de dólares que las empresas exigían, si toda la reserva de México en oro y en dólares era de 35 millones?

Dentro de esa aparente negra situación (pues se ignoraba entonces que Roosevelt apadrinaba la expropiación en busca de sus propios fines), surgió la llamada rebelión cedillista.

El general Saturnino Cedillo, ex secretario de Agricultura, se había distanciado de Cárdenas mucho tiempo antes de que se hablara de expropiación petrolera. Desde 1937 seguía con gran interés la guerra de España, consideraba que Cárdenas empujaba a México hacia el comunismo y pensó en acaudillar la resistencia.

A principios de 1938 las relaciones entre Cárdenas y Cedillo eran muy tirantes. Aunque éste no preparaba un levantamiento inmediato, no lo descartaba para el futuro como un medio de tomar el poder. Cárdenas sabía que ya no contaba con Cedillo y que estaba formándose un grupo cedillista al que comenzaban a fluír diversas corrientes de oposición. En esas circunstancias sobrevino la expropiación petrolera. Cárdenas se sintió con bandera y con apoyo de la opinión pública y aprovechó la coyuntura para resolver el problema Cedillo. Primero acordó cambiarlo de San Luis Potosí a la zona militar de Michoacán, donde se encontraría solo entre gente hostil. Mientras Cedillo se resistía pasivamente al traslado, Cárdenas concentraba más tropas en San Luis Potosí. Finalmente Cárdenas se presentó en San Luis (18 de mayo) y le hizo una espectacular exhortación para que se disciplinara. Cedillo no había tenido tacto político para salir del embrollo, lentamente se había dejado empujar hacia el tremedal de una rebelión abortada y torpe. Todavía el 20 de mayo, en su finca de Palomas, Cedillo dijo a la "Associated Press" que no se hallaba en rebeldía, que lo estaban cercando con tropas, que lo querían liquidar con la fuerza de las armas y que si continuaba el acoso él rechazaría la "agresión". Al día siguiente se remontó a la sierra como guerrillero, sin más apoyo teórico que los ejidatarios potosinos armados, pero en la región había casi diez mil soldados de Cárdenas.

La propaganda oficiosa presentó a Cedillo como instrumento del imperialismo yanqui y británico, lo cual era absolutamente falso. En realidad estaba solo, con algunos paupérrimos ejidatarios que lo veían como jefe, y jamás las empresas petroleras le ofrecieron ni le dieron apoyo. Tampoco contó en ningún momento con la simpatía del Departamento de Estado americano. A salto de mata, huyendo de las tropas que lo perseguían, enfermo de diabetes, Cedillo vagó por la



Gral. Saturnino Cedillo. Pensó en acaudillar la oposición a Cárdenas, pero sin tacto político se dejó empujar hacia el tremedal de una rebelión abortada y torpe. No tuvo ningún apoyo de las empresas petroleras ni del Departamento de Estado americano. Muy diferente habría sido su suerte si la expropiación se hubiera realizado sin la voluntad de la Casa Blanca.

sierra de San Luis ocho meses, hasta que el 13 de enero (1939) fue muerto por sus perseguidores.

Muy diferente habría sido la suerte de Cedillo si la expropiación petrolera (como pudo haber ocurrido en la época de Carranza o de Calles) se hubiera realizado sin la voluntad de la Casa Blanca, pues entonces México habría sido internacionalmente declarado un país sin garantías, sin respeto para los derechos extranjeros, y Cedillo hubiera tenido armas americanas en abundancia y muchos cabecillas que lo siguieran para incendiar al país.

Por el contrario, la Casa Blanca apoyaba a Cárdenas y la Standard Oil de Davison Rockefeller sólo estaba representando temporalmente el papel de indignada reclamante. El 26 de marzo (1938) el Departamento de Estado americano envió una reclamación muy severa contra la expropiación, pero el Embajador Daniels pidió al Presidente Cárdenas que la considerara como no recibida y como no entregada. Otra nota menos agresiva —todavía para cubrir las apariencias— fue entregada el 21 de julio, y en pocos días se iban canalizando las reclamaciones hacia el pago de indemnizaciones conforme a los Tratados de Bucareli.

Es decir, el monto de tales indemnizaciones no habría de ser fijado por tribunales mexicanos, con soberanía y sin ingerencia de extranjeros, sino por una comisión de reclamaciones en la que el gobierno de Washington sería a la vez juez y parte. (1)

El 31 de marzo, 17 días después de la expropiación, Cárdenas ya le daba las gracias a Roosevelt y le decía: "Es una satisfacción para

> los mexicanos tener la amistad de un pueblo en que su Presidente sigue manteniendo la política de amistad y respeto para cada nación, política que está ganando para vuestro país el afecto de muchos pueblos del mundo... La nación mexicana ha vivido en estos últimos días momentos de verdadera prueba en los que no sabía si dar rienda suelta a sus sentimientos patrióticos o aplaudir un acto de justicia por parte del país vecino, representado por su Excelencia".

Efectivamente **la mano de Roosevelt se hallaba detrás de la expropiación.** Los rumores de represalias económicas se disiparon el 14 de abril cuando el Secretario del Tesoro, Morgenthau, dijo que podían seguirse vendiendo en Nueva York los cinco millones de onzas de plata que el gobierno de Cárdenas vendía mensualmente allí. Y en esos días llegó a México Mr. John W. Davis, de la empresa Davis and Company, de Nueva York, a concertar con Cárdenas las primeras compras del petróleo expropiado, el cual comenzó a ser exportado en los últimos días de ese mismo mes, a cuarenta días de la expropiación.

(1) Los Tratados de Bucareli.—Por Adolfo Manero Suárez y José Paniagua Arredondo.



John W. Davis, de la empresa Davis and Company, de Nueva York, llegó a México un mes después de la expropiación para concertar las primeras compras del petróleo mexicanizado. Contra lo que entonces se rumoreaba, no existió ningún boicot de represalia. Las exportaciones se reanudaron 40 días después de la expropiación.

Es decir, prácticamente no existió boicot contra el petróleo como se había rumoreado. (1)

Con significativa prontitud la Standard Oil buscó un arreglo y forzó a las empresas británicas a hacer lo mismo. Charles W. Stephenson dijo en el "Boletín del Servicio de Archivos de Ginebra": **"La expropiación del petróleo de México es una victoria yanqui".** (Mensaje de Washington publicado el 6 de junio).

La indemnización total ascendió a 170 millones 458,371 dólares, o sea un equivalente a 1,755 millones de pesos al tipo de $ 12.50.

(En 1953 se terminó de pagar la indemnización a la Standard Oil y en 1962 a las empresas británicas).

Por caminos insospechados ocurría en 1938 el milagro de que México recuperara su petróleo, y lo sarcástico del asunto es que la política internacional rooseveltiana nos resultó benéfica en el aspecto petrolero, pero en cambio el régimen cardenista desaprovechó esa merced del destino porque en vez de poner bases económicas en Pemex puso bases políticas. Al crear el monopolio oficial del petróleo (supercapitalismo de Estado) se excluyó al capital y a la iniciativa libre de los mexicanos. Estos quedaron eliminados de ese campo de actividades al igual que si fueran extranjeros. En vez de una mexicanización total, en que participaran todas las energías de la nación, sólo se hizo una nacionalización oficial y burocrática.

Asentado en demagogia, favoritismo, irresponsabilidad y despilfa-

(1) Informe de la Asociación Nacional de Crédito, de Nueva York, revelado el 7 de mayo de 1938.

rro, Pemex comenzó a marchar desde el primer día con un lastre nefasto. Los favoritos políticos aumentaron personal más rápidamente que la producción; los costos se triplicaron y no fue suficiente con ir subiendo el precio de la gasolina hasta sextuplicarlo. Las exportaciones, que en 1938 superaban en nueve millones de barriles a las importaciones, en 1957 eran un millón de barriles inferiores a las compras al extranjero, y la inmoralidad de líderes y administradores quedó brillantemente representada por los latrocinios de Merino y compañía.

El investigador extranjero Frank Tannenbaum calculó las pérdidas de "Petróleos Mexicanos" en 50 millones de pesos anuales, pero luego se vio que eran mucho mayores.

Durante 1959 Pemex tuvo que disponer de aproximadamente 930 millones de pesos que no le correspondían, o sea de los impuestos federales pagados por sus empleados y trabajadores y por los consumidores de combustibles. Gracias a eso apareció por primera vez una "utilidad" aparente de 40 millones de pesos. Pero como en realidad su déficit aumentaba, a partir de 1960 se le redujeron los impuestos a un 12%, en vez de 19% que había cubierto en 1957, o sea que se le dio en esta forma un subsidio de aproximadamente 392 millones al año. Y como tampoco esto era suficiente para ponerlo más o menos a flote, se le concedió un plazo de 15 años para pagar 1,770 millones de pesos correspondientes a los bonos que había emitido para obras ineludibles. Además se le hizo desaparecer un pasivo de 641 millones de pesos involucrándoselo en el patrimonio, y todo esto sin contar los 1,250 millones de pesos que había pedido prestados en el extranjero durante 1959 y 1960.

De no ser por esas disfrazadas subvenciones de 3,733 millones, que naturalmente gravitan sobre la economía nacional, Pemex se habría visto obligado en 1960 a declarar una suspensión de pagos, en el borde mismo de la quiebra.

En 1963 México producía 70 millones más de barriles de petróleo crudo que en 1938 (año de la expropiación), pero en Venezuela la producción se había elevado 878 millones, o sea doce y media veces más que en Pemex. En cuanto a la productividad por trabajador, el índice mexicano era (1961) de 2.27 y en Venezuela 28.83. Respecto a salarios el promedio anual por trabajador mexicano era de $ 33,337.50, y el del petrolero venezolano equivalía a $ 115,987.50. En resumen, ha habido cierto progreso en Pemex, principalmente por el aumento de inversión y por las nuevas técnicas y maquinarias, pero es un progreso **mucho menor** que el logrado en otras partes del mundo por la iniciativa privada.

En aras de la expropiación petrolera todo el país soportó en 1938 la devaluación monetaria y la subsiguiente carestía, y a 31 años de distancia aún aportaba más de tres mil millones de pesos para sostener

una industria que en vez de dar dividendos para el bien colectivo es una carga. La demagogia rebosante y la irresponsabilidad administrativa con que el petróleo volvió a manos mexicanas fueron el pecado original de la expropiación petrolera. Nada más sarcástico que aquella glorificación a Cárdenas como el autor de la "independencia económica de México".

De Pemex no ha recibido la nación más beneficio que el orgullo de que ostente los colores nacionales. Y si bien es cierto que paga los salarios más altos del país (promedio de $ 76.03 diarios, más prestaciones considerables), también es cierto que no los cubre con sus propios ingresos, sino que necesita el auxilio del erario federal, o sea de los contribuyentes.

Es paradójico que Roosevelt haya hecho posible la expropiación petrolera y que Cárdenas pusiera las bases para no convertirla en una fuente de riqueza, sino en un resumidero de cuantiosos recursos; su sombra pudo ser una paternidad brillante, pero fue venenosa como la del árbol chechén que priva de energías a quienes cubre de los rayos del sol.

LA PRIMERA MITAD DEL REGIMEN CARDENISTA

Los tres primeros años del sexenio cardenista se caracterizaron por su categórica inclinación al comunismo. Esto fue evidente en el acentuado móvil político que le dio a la reforma agraria; en la demagogia para mover las masas sindicales; en el debilitamiento del ejército y la creación de milicianos; en la reestructuración de la economía nacional; en la formación de un frente Popular; en la propaganda oficiosa; en la instrucción pública "socialista" y en la abierta hostilidad contra el catolicismo.

Dado que el marxismo es hijo del judaísmo, resulta enemigo irreconciliable del catolicismo, pues ve en esta religión —más que en ninguna otra— la prolongación de Cristo. Por eso cuando el comunismo acelera su paso indefectiblemente acelera su lucha contra la Iglesia, abierta o encubiertamente, por más que en algunos períodos aparenta lo contrario por "táctica de lucha".

"The New Age", el órgano masónico americano que había ensalzado a Calles, hizo lo propio con su nuevo ahijado y dijo que la "educación socialista" propagada por Cárdenas era un esfuerzo para formar "ciudadanos ilustrados y educados".

Ya desde el 10 de mayo de 1934 Lázaro Cárdenas había dicho públicamente que la "libertad de conciencia" es la **"dictadura clerical"**; que "la libertad de enseñanza" es **"la dictadura de la reacción"** y que **"la libertad económica es la dictadura capitalista"**, y consecuentemente quería acabar con esas tres libertades. Así resumía su formación marxista.

En vísperas de convertirse en Secretario de Educación, Ignacio García Téllez habló en la Hermandad Masónica de Monterrey y anunció la agonía del sistema capitalista y la urgencia de que la enseñanza fuera "socialista". En resumen, identificaba a la masonería con el marxismo. Varias logias lo secundaron públicamente; Carlos Madrazo fue nombrado presidente de la Confederación de Estudiantes Socialistas, para iniciar una campaña "socialista" y anticatólica, y el 13 de diciembre (1934) se decretó oficialmente que la educación laica diera su siguiente paso lógico para convertirse en "socialista".

El día 15 del mismo mes, durante el segundo "sábado rojo", organizado en Bellas Artes, Manlio Fabio Altamirano dijo que "necesitamos que la juventud no tenga mitos, santos, dioses ni religiones", y Arnulfo Pérez H. anunció que el Vaticano se convertiría en la Casa del Obrero Mundial.

Poco más tarde los "camisas rojas" fueron lanzados contra los católicos que salían de misa en Coyoacán (30 de diciembre de 1934) y asesinaron impunemente a la joven María de la Luz Camacho. Como respuesta hubo una manifestación de estudiantes católicos, la policía trató de disolverlos y no pudo evitar que chocaran con los camisas rojas y que hubiera algunos golpeados. El Presidente Cárdenas dijo entonces que "está apareciendo ostensible como elemento de agitación el

> grupo clerical del país que unido a fuerzas conservadoras aprovecha los menores intentos de acción ideológica promovida por grupos revolucionarios, para transformarlos en choques sangrientos, y en motivo de escándalo".

El 8 de enero (1935) Cárdenas decretó que las escuelas particulares que no impartieran la enseñanza socialista serían clausuradas. El día 11 fue capturado el sacerdote Cacho, para cerrar el templo del Espíritu Santo, en Tacubaya; hubo un gran tumulto en que llegaron a dispararse cinco mil tiros, según cálculos de la policía, aunque la mayor parte al aire. Oficialmente se dijo que había habido diez heridos y un muerto, y extraoficialmente se afirmó que los muertos eran diez. El día 27 el Arzobispo Pascual Díaz declaró que la persecución era ya peor que la de 1926. Once días más tarde el arzobispo fue secuestrado e incomunicado 24 horas en la sexta delegación de policía, acusado de haber ido a oficiar al Estado de México sin autorización gubernamental.

Apoyándose en facultades extraordinarias Cárdenas expidió la Ley de Nacionalización, de discutible valor constitucional, y con base en ella aceleró la confiscación de edificios de obras sociales católicas. Esto se hallaba de acuerdo con el plan de impedir que la Iglesia realice tales obras para luego acusarla precisamente de que no las realiza. En enero hubo 17 confiscaciones, en febrero 14 más, y el total durante

1935 ascendió a 298, incluyendo templos, orfanatorios, conventos, asilos, etc.

El 3 de marzo (1935) se realizó en Guadalajara un mitin contra la educación socialista (la cual en realidad era procomunista) y la policía acometió contra los manifestantes. Hubo 4 muertos y cien heridos o golpeados. En Amatlán, Ver., se prohibió lanzar cohetes el día de la Santa Cruz, alegando que era "culto externo", sobrevino la protesta de los albañiles católicos y se les hizo fuego. Saldo: dos muertos y 7 heridos.

El 26 de abril, durante el Congreso Obrero y Campesino de Morelia, Cárdenas dijo que el Clero maniobraba "desde las sombras", y agregó que **"el sector revolucionario ha sabido imponerse acallando la falaz acometida de los enemigos del pueblo".**

Uno de los puntos donde más se ejercía la presión bolchevizante era en las escuelas. La Secretaría de Educación acogió a numerosos extranjeros comunistas, tales como el catalán Antonio Seva y los israelitas Demetrio Sokolov, Fernando Wagner, Enrique Guttman, Fernando Komorsky Brod, etc., según llegó a hacerse público más tarde (20 de Dic. de 1938) revelándose incluso las claves de la Tesorería de la Federación mediante las cuales se les pagaba.

Uno de los textos oficiales escolares se llamaba "Un Grito Proletario", de Darío Marañón, que en la portada ostentaba a Lenin y a Stalin, adornados con la hoz y el martillo y con emblemas masónicos. Otro texto escolar mostraba una planta seca del hombre que "había confiado en Dios", y una planta fresca y lozana del que en vez de confiar en Dios confiaba en el riego.

Oficialmente se imprimían y repartían folletos de Lenin, de Stalin y de "El Capital", de Marx. El manual de "Práctica de Educación Irreligiosa", de Germán List Arzubide, decía: "De un lado los eternos ex-

> plotados, los siervos, los engañados, que al fin han visto cuál es su camino, despiertos por la angustia y el dolor, reunidos bajo la bandera roja de la lucha en común; y del otro los magnates, los extorsionadores, los perennes hartos, los satisfechos y con ellos Dios, el Papa, la Clerecía".

Toda la literatura escolar estaba orientada contra el que poseía algo, contra el ejército y contra la Iglesia. Hubo una circular a los inspectores del magisterio para que se dijera "salud, camarada", en vez de "adiós". El reglamento del artículo tercero obligó a las secundarias particulares a escoger profesores de civismo y de historia tomándolos de una lista oficial en que figuraban sólo adoradores de Marx. En las normales se introdujeron textos y profesores adoctrinados para formar maestros comunistas de primaria y de secundaria.

Los colegios católicos que se habían reabierto durante el régimen provisional de Abelardo Rodríguez fueron hostilizados y casi todos

clausurados, pese a la urgencia que había de sus servicios, pues más de la mitad de la niñez carecía de escuela. (1)

El himno soviético de "La Internacional" se cantaba en muchas escuelas públicas y hubo una campaña nacional para reclutar "maestros socialistas", a quienes se les hacía jurar: **"Declaro categóricamente que combatiré con todos los medios los dogmas del clero católico y de otras religiones".** Por supuesto que en la práctica se omitía toda alusión a las "otras religiones".

La Iglesia protestaba por todo esto, pero las leyes que limitaban el ejercicio del culto se multiplicaban en todo el país. El número de sacerdotes comenzó a ser oficialmente restringido y se reanudó la expulsión de obispos. Los ánimos volvieron a inquietarse, como en los días del gobierno callista, y el malestar se acentuaba con la orgía de huelgas y de paros que cerraban grandes y pequeños talleres y que interrumpían servicios públicos esenciales.

El ciudadano medio de los Estados Unidos sabía bien poco de esto porque los monopolios informativos internacionales favorecían a Cárdenas, pero como se notaran algunos síntomas de alarma en la opinión pública del vecino país, el Embajador Daniels se apresuró a desorientarla y calmarla. El 14 de febrero (1936) dijo en "Los Angeles Times": "En

> México hay comunistas, como en otras partes, pero la república del sur no es comunista... Su pueblo procura constantemente mejorar su condición de vida. Quiere lograr la educación de sus hijos y asegurar la propiedad de la tierra".

El brote oficial de comunismo y anticatolicismo que estaba ocurriendo en México no era un fenómeno regional y así lo precisó entonces claramente el Papa Pío XI en su encíclica "Divini Redemptoris", en la que decía que el comunismo "tiende a derrumbar el or-

> den social y a socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana. El comunismo de hoy, de modo más acentuado que otros movimientos similares del pasado, contiene en sí una idea de falsa redención. Un seudo ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad en el trabajo penetra toda su doctrina y toda su actividad de cierto falso misticismo que comunica a las masas halagadas por falaces promesas un ímpetu y entusiasmo contagiosos". Agregaba que el avance marxista contaba con "una propaganda verdaderamente diabólica cual el mundo jamás ha conocido; propaganda dirigida desde un solo centro y adaptada hábilmente a las condiciones de los diversos pueblos; propaganda que dispone de grandes medios económicos, de gigantescas organizaciones, de congresos internacionales, de innumerables fuerzas bien adiestradas... Una tercera y poderosa ayuda de la difusión del comunismo es esa verdadera conspiración del silencio, ejercida por una gran parte de la prensa mundial no católica. Decimos conspiración, porque no se puede explicar de otro modo el que una prensa tan ávida de poner en relieve aun los más menudos incidentes cotidianos, haya podido pasar en silencio durante tanto tiempo los horrores cometidos en Rusia, en México y también en gran parte en España, y hable relativamente tan poco de una organización mundial tan vasta cual es el comunismo moscovita. Este silencio se debe en parte a razones de una política menos previsora y está apoyada por varias fuerzas ocultas, que desde hace tiempo tratan de destruir el orden social cristiano... Procurad, venerables hermanos, que los fieles no se dejen engañar. El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana". (Marzo 19 de 1937).

(1) Al dejar Cárdenas el poder, en 1940, había 1.960,000 niños con escuela y 2.727,000 sin instrucción.

EN ESPAÑA LUCHABAN LAS DOS MISMAS FUERZAS

Aunque con mucha mayor violencia —porque allá se hablaba con fuego— en esa misma época chocaban en España las dos grandes fuerzas milenarias que en mayor o menor dosis han estado presentes en los mayores conflictos humanos desde que Cristo dio su nombre a nuestra Era.

El 11 de mayo de 1931, a una misma hora, habían ocurrido asaltos a los templos de Madrid, Barcelona, Alicante, Zaragoza, Cádiz, Burgos, Sevilla, Córdoba, Granada, Málaga y otras poblaciones menores. Por órdenes superiores la policía se había mantenido "neutral" ante la violencia, o sea cruzada de brazos.

El rey Alfonso XIII fue derrocado en ese mismo año, en nombre de las libertades humanas, y bajo la naciente república fueron restringiéndose las garantías individuales, la libertad de prensa y de reunión, el derecho de propiedad, etc., etc., y el destierro o la cárcel fue un instrumento cada día más empleado contra la oposición política. El primer presidente fue Niceto Alcalá Zamora, de origen judío, que para guardar las apariencias concurría a misa, pero que dejaba a las logias masónicas acrecentar su poder político y encauzar al país hacia el comunismo. (1)

Para propiciar este cambio el Ejército fue reducido al mínimo, desapareció la Guardia Civil y se crearon las Guardias de Asalto dirigidas por anarquistas rojos.

Francisco Largo Caballero, comunista identificado desde 1894 y

(1) Indalecio Prieto, Socialista.—Por Mauricio Carlavilla, ex jefe policiaco español.

miembro del Comité "revolucionario", celebró en 1933 un pacto con el embajador soviético, Rosenberg, para vigorizar la penetración roja en España, de la que se encargaron con diversos intervalos los agentes judíos (muchos de ellos con apariencia rusa) Ilya Ehrenburg, Primakoff, Goreff Rose Skoblewski, Aralink Tupolyew, Vladimir Bischitzki, Bela Kun, J. Artadel, Antonow Ovejenko, Moise Rosenberg, Leo Jacobson Heikin, Kolzow Gonzburg Friedlander, J. Miravitlles, Stillermann, Samuel Fratkin, Schapiro y otros. Se especializaron en obtener armas en el extranjero los judíos Lourie, Fuchs, Adler, Zibrowski, Merkas y Wall. El judío francés León Blum facilitó la introducción de armas en España, así como el paso de oficiales soviéticos por Francia, y en octubre de 1934 hubo un levantamiento procomunista en Asturias.

En el campo opuesto Gil Robles había logrado organizar a un sector anticomunista mediante la Confederación Española de Derechos Autónomos, a la vez que José Antonio Primo de Rivera ponía en movimiento a la juventud española contra el bolchevismo, exhortándola a resucitar su tesoro de tradiciones espirituales, culturales e históricas.

En menos de cinco años de República, España tuvo 28 gobiernos. La inestabilidad política y los desórdenes destrozaban la economía de la nación. El procomunismo se alimentaba en el secreto de las logias, pero luego fue enseñando la mano y terminó por ser denunciado públicamente. El diputado Cano López presentó (febrero 15 de 1935) un proyecto de ley para que se prohibiera a los militares afiliarse a la masonería, en lo cual fue apoyado por Calvo Sotelo, Ramiro de Maeztu, Felipe Gil Casares y otros. Especificó cómo los jerarcas masones imponían consignas y postergaban a los no masones y preguntó en la asamblea: **"¿Cuál es la jerarquía que prevalece: la militar o la masónica?"** La ley propuesta por Cano López para frenar la acción masónica se aprobó, pero no fue aplicada.

Las logias movieron todos sus recursos y llevaron a la Presidencia de la República a su maestro grado 33 Manuel Azaña (mayo de 1936) quien puso en libertad a muchos terroristas y dio aliento a otros. Se repitieron entonces los ataques a las iglesias y se generalizó el clima anárquico que precede al establecimiento del comunismo práctico. En 4 meses fueron incendiados 170 templos, 69 clubes y 10 redacciones de periódicos; murieron en actos de terrorismo 269 personas y 1,287 quedaron heridas; estallaron 113 huelgas generales y 218 huelgas parciales.

Contra todos esos desmanes habló duramente en las Cortes el conocido político José Calvo Sotelo, dirigente del Partido Renovación Española, y pidió que se restableciera el orden. Horas después (aplicando un acuerdo tomado por el Gran Oriente reunido en Ginebra) Calvo Sotelo fue aprehendido y asesinado.

Y ese asesinato se convirtió en la gota de agua que derramó el vaso, pues hizo arder la indignación de todos los españoles que querían orden y progreso para España. Tres días después del sacrificio de Calvo Sotelo estalló la rebelión anticomunista del ejército (julio 17), donde pese a la infiltración masónica había un baluarte de nacionalismo. El general Sanjurjo murió cuando iba a acaudillar el movimiento y entonces quedó al frente de éste el general Francisco Franco, quien denunció: "La francmasonería, con su red de influencia internacional que

> va desde la calle Cadet de París hasta Ginebra y Praga, fue la causa principal de la ruina de España. En la caída de la dictadura de Primo de Rivera, el advenimiento de la república, la revolución de Asturias, el golpe de Estado de Barcelona, la destitución del gobierno radical cedista, la violencia electoral del 16 de febrero, el asesinato de Calvo Sotelo por orden emanada de Ginebra y cuyo portador fue el ministro de Relaciones Exteriores, Barcia... la guerra civil y todavía hoy las proposiciones de no intervención, la influencia de la francmasonería se hace sentir fuertemente".

Por su parte, la masonería declaró en el "ABC" rojo de Madrid:

> "Nos vemos obligados a romper nuestro silencio tradicional. La masonería española está íntegra y absolutamente al lado del Frente Popular y del gobierno legítimo contra el fascismo".

A la vez, el gobierno de Azaña estaba siendo asesorado por el embajador soviético Rosenberg y por los peritos Sokoline, Bondarenko y Winter. Mauricio Carlavilla refiere en su libro "Sodomitas" que el Presidente Azaña era homosexual y que el comunismo lo tenía en sus manos mediante el chantaje. En Barcelona actuaba abiertamente el cónsul soviético Antonoff Avsceko distribuyendo armas entre los milicianos rojos. Los agentes enviados por Moscú organizaron "chekas" para aterrorizar a la población, que se resistía al comunismo. Siete mil sacerdotes iban a caer asesinados junto con millares de jóvenes y adultos nacionalistas; mil templos fueron incendiados o saqueados.

El creador de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, había sido aprehendido meses antes en Madrid y el régimen comunista de Azaña mandó fusilarlo al estallar el levantamiento de Franco. En su testamento José Antonio desmintió a periodistas extranjeros que le atribuyeron críticas contra las fuerzas africanas de Franco: "Yo no

> puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en Africa heroicos servicios... Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le implique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia... Mi próxima muerte la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad (33 años), pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que

José Antonio Primo de Rivera puso en movimiento a la juventud española contra la penetración marxista que numerosos agentes de la URSS realizaban en España, tales como Ilya Ehrenburg, Moise Rosenberg, Jacobson Heikin, Samuel Fratkin, etc. Al estallar el movimiento nacionalista, Azaña mandó capturar y fusilar a José Antonio.



tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida".

José Antonio fue ejecutado por ser el guía espiritual de la juventud falangista y se convirtió en un símbolo agigantado de la España tradicional, católica, nacionalista y renovadora. Su ejemplo como luchador contra el comunismo lo secundaron decenas de millares de jóvenes falangistas.

El levantamiento militar se vio inmediatamente secundado por un vasto sector de españoles y la lucha se generalizó en un largo frente. De un lado estaban la masonería, el comunismo y algunos círculos liberales que creían en ciertos puntos del marxismo teórico. Del otro lado estaban los nacionalistas, los católicos y algunos grupos liberales que juzgaban al comunismo no por sus prédicas, sino por sus prácticas.

En los primeros momentos, antes de que se libraran grandes batallas, la atención se centró en el Alcázar de Toledo, donde el coronel José Moscardó resistía con mil hombres el asedio de doce mil rojos que dominaban la ciudad de Toledo. El Alcázar quedó sitiado el 21 de julio. Dos días después el jefe de los sitiadores hizo enlazar las líneas telefónicas y le habló al coronel Moscardó. "Le exijo —manifestó— que rinda el Alcázar en un plazo de diez minutos, y de no hacerlo así fusilaré a su hijo Luis que lo tengo aquí en mi poder. . . Para que vea que es verdad, ahora se pone su hijo al aparato". El coronel Moscardó oye la voz de su hijo, de 17 años, y le pregunta: '¿Qué hay, hijo?' —'Que dicen que me van a fusilar, si no rindes el Alcázar'. . ."



Miembros de las brigadas internacionales comunistas que lucharon en España contra los nacionalistas. Aparecen divirtiéndose durante el asalto a un templo. La URSS era la principal abastecedora de hombres y armas para las brigadas internacionales rojas, aunque también las ayudaban algunos gobernantes de Francia y México .

El coronel Moscardó le contesta: "Pues encomienda tu alma a Dios, da un grito de ¡Viva España! y muere como un patriota". . . "Un beso muy fuerte, papá". . . —le contesta Luis.

El jefe comunista de los sitiadores vuelve a tomar el aparato y el coronel Moscardó le dice: "Puede ahorrarse el plazo que me ha dado puesto que el Alcázar no se rendirá jamás".

Poco después Luis fue fusilado en un suburbio de Toledo, casi a la vista del Alcázar donde su padre seguía combatiendo.

El Alcázar se hallaba aislado y bajo un fuego creciente de sus atacantes. El 9 de septiembre los comunistas enviaron a Moscardó a un viejo amigo suyo, el coronel Rojo, a que lo convenciera de que estaba perdido y de que si se rendía se les perdonaría la vida a él y a los suyos. Moscardó rechazó el ultimátum y la lucha prosiguió. Sus tropas iban siendo mermadas, no había medicinas para atender a los heridos y la reserva de víveres era rigurosamente racionada. Dos días después



Y el Alcázar de Toledo, en ruinas, fue un símbolo de la lucha española contra el marxismo: un símbolo de la contienda que iba a costar cerca de un millón de vidas.

los rojos persuadieron al sacerdote Vázquez Camarasa para que fuera al Alcázar a gestionar la rendición, pero Moscardó tampoco cedió.

Y después de dos meses y seis días de sitio, y en gran parte convertido en ruinas, el Alcázar fue liberado con la llegada de las tropas franquistas del general Varela, que rompieron el sitio e hicieron contacto con los defensores. El coronel Moscardó saludó al general Varela con las siguientes palabras: "Sin novedad en el Alcázar, mi general"...

Y el Alcázar, en ruinas, fue un símbolo de la lucha española contra el marxismo; un símbolo de la contienda que iba a costar cerca de un millón de vidas.

Como el movimiento nacionalista español se oponía a la "Revolución Mundial", todos los gobiernos masónicos se apresuraron a condenarlo. En Estados Unidos se formó el "Comité de Norteamérica para la Ayuda a la Democracia Española", encabezado por el rabino Louis Mann y por el famoso judío Albert Einstein. Luego la Conferencia Central de Rabinos de Estados Unidos se reunió el 30 de mayo (1937)



El coronel Moscardó, que no capituló ante el sacrificio de su hijo y que resistió el sitio hasta que llegaron las tropas del general Varela.

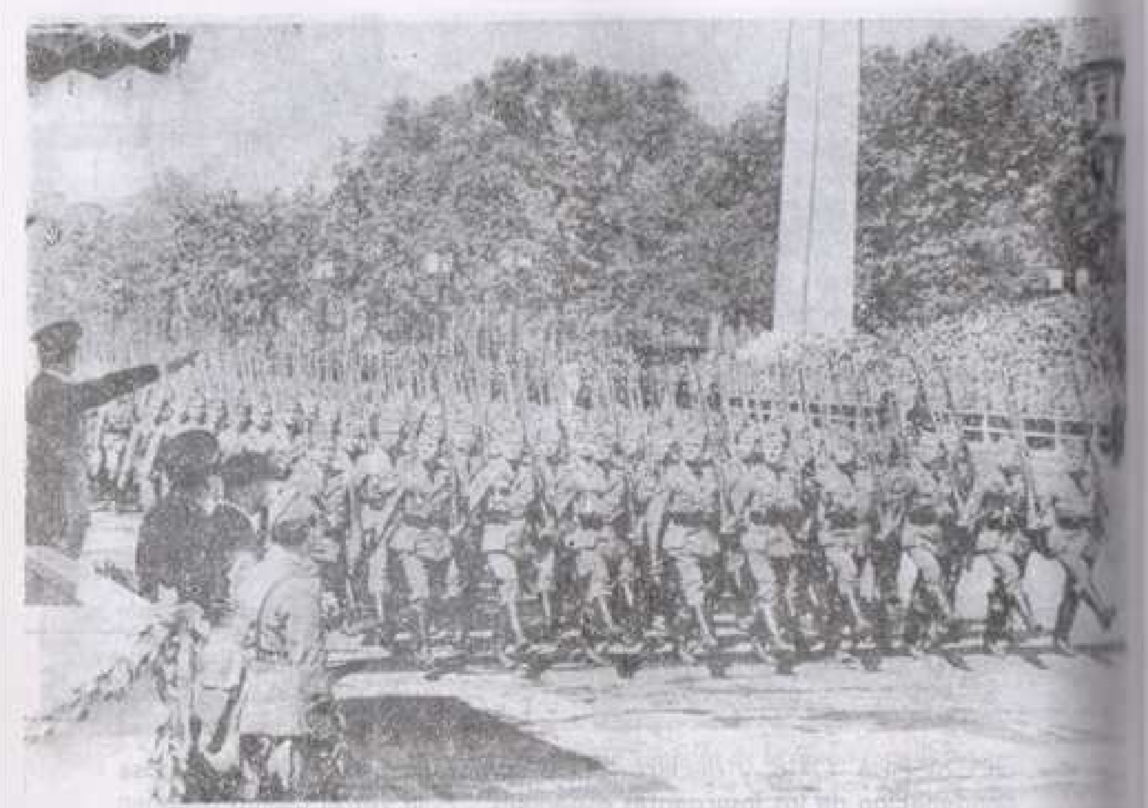


Margarita Nelken, que había actuado como socialista, se convirtió en lideresa francamente comunista durante la lucha de España.

en Colombo, Ohio, y declaró: **"Esta conferencia expresa su vigorosa condenación de los insurgentes españoles".** A la vez el rabino Stephen Wise abogaba públicamente por los comunistas españoles y el judío americano Herbert L. Matthews, del "New York Times", se trasladó a España para cablegrafiar crónicas favorables a los rojos (como lo hizo veinte años después a favor de los comunistas de Cuba). La central obrera americana C. I. O., dirigida por los líderes judíos Hilman, Gold y Dubinski, promovió la formación de la brigada "Abraham Lincoln", que llevó 3,200 hombres a pelear por el comunismo en España, incluso al hijo del rabino Levinger. En el bando marxista español figuraban como delegados de Moscú los judíos Neuman y Margarita Nelken, y la asociación Hispano-Hebraica lanzó una proclama pidiendo que en cada país y en cada ciudad se creara "un comité de ayuda al pueblo republicano español que lucha por la fraternidad universal".

La URSS envió armas, peritos y brigadas "internacionales" a España. El judío León Blum —premier de Francia— también prestó auxilio a los rojos. El Presidente Lázaro Cárdenas inició el envío de veinte mil fusiles y veinte millones de cartuchos, pese a que en la Sociedad de las Naciones sustentaba el "sagrado principio de la no intervención".

Por otra parte, Mussolini alistó a un ejército de "voluntarios" y lo envió a España a ayudar a los nacionalistas de Franco, en tanto que



Desfila en Berlín la Legión Cóndor, integrada por 18,000 hombres, entre pilotos y soldados que Hitler envió a España a luchar contra los rojos. "Podríamos arrellanarnos en nuestros sillones, diciendo: que maten a sus oficiales, que asesinen a sus sacerdotes y a sus intelectuales; es cosa que no nos incumbe. Pero sólo con mentalidad de retrasado mental se podría asumir esa actitud", anunciaba Hitler en Nuremberg.

Hitler anunciaba en Nuremberg el 15 de septiembre de 1936: "Es muy cierto que podríamos arrellanarnos en nuestros sillones, diciendo: que maten a sus oficiales, que asesinen a sus sacerdotes y a sus intelectuales; es cosa que no nos incumbe. Pero sólo con mentalidad de retrasado mental se podría asumir esa actitud. No vivimos en la luna; lo que ocurre en Europa nos interesa".

Y consecuentemente envió a España una flota aérea de combate, la "Legión Cóndor", a dar apoyo a los anticomunistas. La Legión fue integrada con 18,000 hombres entre pilotos y soldados.

Por su lado, Roosevelt se hallaba en molesta situación. Era impulsor de la Revolución Mundial y sus simpatías estaban decididamente con los rojos iberos, pero a éstos los repudiaba la opinión americana, y como Roosevelt necesitaba votos para sus reelecciones, no podía actuar abiertamente en contra de los anticomunistas españoles. Aunque España se perdiera para la causa marxista, Roosevelt necesitaba conservarse neutral, ganar su reelección y concentrar todas sus fuerzas en la meta principal del marxismo israelita, que en esos días era la de salvar a la URSS del inminente ataque alemán. Hitler había firmado con el Japón un pacto anticomunista en 1936, al que se adhirió Mussolini en 1937. Además, habiendo resuelto los problemas que tenía en la Renania y en Austria, Hitler concentraba sus esfuerzos en ampliar su maquinaria bélica para acometer contra la URSS, y esto lo sabía el Presidente Roosevelt, según lo reveló después el Departamento de Estado americano en su libro oficial "Paz y Guerra".

En consecuencia, Roosevelt y sus consejeros querían retener el poder mediante reelecciones para acudir en favor de Moscú cuando Hitler descargara el golpe, y a fin de facilitar ese movimiento necesitaban desvanecer en Occidente los temores al marxismo. Era necesario que éste hiciera menos ruido.

José Vasconcelos se hallaba entonces en Estados Unidos y refiere que era notable que el judío controlaba grandes fuerzas económicas, pero que "también por el otro extremo es el judío el fermen-

> to de la agitación comunizante, de uno a otro extremo del país... Los rabinos inteligentes procuran atar compromisos con los obispos católicos y con los prelados protestantes". (1)

Pero súbitamente esa carrera comunizante se volvió marcha acompasada y los rojos de Estados Unidos comenzaron a caminar de puntitas.

Ese cambio concebido en la Casa Blanca motivó naturalmente un cambio profundo de la política cardenista durante la segunda mitad de su período.

CARDENAS DA UN VIRAJE APARENTEMENTE EXTRAÑO

Cuando Cárdenas —en los 3 primeros años de su sexenio— daba a su gobierno clara inclinación procomunista y cerraba templos y colegios católicos, varios obispos fueron desterrados a los Estados Unidos. Uno de ellos, Manríquez y Zárate, de Huejutla, se hallaba en San Antonio, Texas, e invitó a José Vasconcelos a que participara en un esfuerzo común para rescatar a México del grupo marxista.

Vasconcelos se trasladó a Nueva Orleans y vio que muchos sacerdotes mexicanos y norteamericanos creían entusiastamente en la posibilidad de que un movimiento rebelde triunfara en corto plazo. Se alegaba que la posición de Cárdenas, transitoriamente reforzada con su golpe contra Calles, se estaba deteriorando rápidamente, confor-

(1) Qué es la Revolución.—José Vasconcelos. Segunda Edición. 1937. p. 119.

me iba identificándose como marxista e impulsor de la agitación que destrozaba la economía nacional.

El obispo Manríquez y Zárate tenía informes de que varios generales se rebelarían contra Cárdenas.

Mientras se hacían planes, otros sucesos internacionales imprevistos se hallaban en marcha y por caminos insospechados iban a frenar la lucha anticatólica en México. Resulta que el comunismo estaba perdiendo la guerra en España y que Hitler había desafiado al movimiento marxista-judío y levantaba grandes fuerzas para abatirlo. Todos los regímenes masónicos comenzaron a ser alineados en una alianza mundial para enfrentarse al Eje antibolchevique Roma-Berlín-Tokio. Utilizar a los pueblos occidentales —cristianos y demócratas— en una lucha a favor del marxismo, entrañaba grandes dificultades y por tanto el Presidente Roosevelt y su camarilla se dedicaron a confeccionar la engañosa bandera de que lucharía para salvar a tres instituciones básicas: la religión, la democracia y la buena fe internacional. Y, si se iba a enarbolar esa bandera, **era inoportuno** que en Occidente se libraran campañas antirreligiosas de índole comunista. La que se desarrollaba en México debería aplazarse.

De esa manera México iba a resultar súbitamente favorecido. El Departamento de Estado americano intervino en el conflicto religioso y naturalmente los arrestos "desfanatizadores" de Cárdenas se enfriaron instantáneamente. Lo que no había logrado la voluntad de su pueblo en muchos años de lucha, lo conseguía una voz de allende la frontera.

Los obispos mexicanos desterrados se enteraron con sorpresa de que estaba ocurriendo un cambio, conforme se iniciaban pláticas de arreglo en Washington, entre la Iglesia de Estados Unidos, el Departamento de Estado y la Iglesia mexicana en el destierro. "Convencidos en Roma de que el Gobierno de México sólo toma en cuenta el criterio de la Casa Blanca —escribió Vasconcelos—, era lógico que los asuntos de la Iglesia mexicana se tratasen en Washington y no en la antigua Tenochtitlán".

Desde luego Cárdenas dio una media vuelta y se convirtió en "tolerante", los obispos desterrados comenzaron a regresar, monseñor Luis María Martínez fue nombrado nuevo Arzobispo y paulatinamente comenzaron a funcionar seminarios y templos que habían sido clausurados. Todas las leyes anticatólicas anteriores a Cárdenas, así como las adiciones hechas por éste, fueron quedando sin aplicación, aunque vigentes.

Vasconcelos comentó entonces que "el caso de Madero nos engañó a todos... No vimos, no queríamos admitir, que si los Estados Unidos no hubieran estado cansados del porfirismo, la Revolución no habría empezado. Actualmente había dentro de nuestro territorio más agitación y más iniquidad" ("La Flama").

Agrega Vasconcelos que el cardenismo habló de triunfo porque monseñor Ruiz y Flores fue privado de su categoría de Delegado Apostólico y que numerosos católicos creyeron haber sufrido una derrota. Pero en realidad no triunfó Cárdenas, porque tuvo que frenar toda su campaña, ni triunfaron los católicos porque todas las leyes contra ellos quedaron en vigor, aunque no aplicadas. Fue nuevamente un armisticio; una lucha diferida hacia el futuro, que aún está pendiente y que habrá de reanudarse en cuanto la masonería internacional se sienta en posición firme para dar la voz de marcha. (1)

Además del factor internacional que volvió "tolerante" a Cárdenas hubo un factor nacional e interno que también actuó en la misma época y que contribuyó en proporción incalculable a que los católicos recuperaran parte del terreno perdido. Este segundo factor fue la Unión Nacional Sinarquista. Comenzó a organizarse el 23 de mayo de 1937, bajo la dirección de los licenciados José Trueba Olivares, Manuel Zermeño y Salvador Abascal, y de José Antonio Urquiza. Querétaro y León eran sus bases principales. Abascal quería que desde un principio el sinarquismo —cuya meta era implantar un orden cristiano frente al desorden revolucionario— hablara con el filo de la verdad y contestara con acción toda acción del enemigo. Su propuesta no fue aceptada y hasta se impuso temporalmente la idea de acoger en el sinarquismo a los partidarios de cualquier otra ideología, pero meses después se vio que esto era impracticable y se adoptó en parte la táctica de Abascal, que él mismo sintetizaba con la frase de que "la libertad no se pide; se arrebata"...

En 1939 los jefes sinarcas dieron facultades a Abascal para impulsar la organización pública de la UNS y entonces se vio todo lo que puede hacer un hombre que cree profundamente en su causa, que empeña íntegramente su voluntad en la lucha, que busca lo práctico sin perderse en nimiedades y que arrostra los peligros. Abascal llevó el sinarquismo a todo el país e incluso al sur de los Estados Unidos y le

(1) Después del fallido intento de rebelión católica-vasconcelista, Calles buscó una conferencia con Vasconcelos y le ofreció que movería a todos sus amigos militares para que realizaran un movimiento vasconcelista, y que él se daría por bien pagado viendo caer a Cárdenas. Pero eso era utópico porque la mayoría de los callistas ya se habían dado cuenta de que el apoyo de la Casa Blanca era para Cárdenas. Don Plutarco vivió años de amargura viendo que le volvían la espalda sus amigos mexicanos y los círculos judíos de Norteamérica que tanto lo habían ayudado. Al final de sus días, en 1945, se reconcilió en México con la Iglesia, a través del padre Carlos María de Heredia.



Lic. Salvador Abascal, que llevó el sinarquismo a todo el país. Empezó la reconstrucción del templo de La Concepción en pleno corazón de Villahermosa, Tabasco. Más tarde habría de organizar grandes concentraciones en los Estados del centro. "En esta clase de luchas el jefe debe serlo a la cabeza de todos los peligros"... Frente al asalto comunista en México representaba la respuesta auténtica.

infundió el espíritu de arrojo y sacrificio que lo hizo en aquel entonces el más auténtico y vigoroso organismo político mexicano.

El régimen vio con sorpresa y disgusto cómo se extendía por la campiña mexicana el movimiento sinarquista que no ofrecía puestos públicos ni botín, que no reunía partidarios con cláusulas de exclusión ni con tortas y alcohol, sino que planteaba ideales y demandaba sacrificios.

Para entonces Tabasco entero continuaba bajo leyes que prohibían totalmente el culto. Sin más afiliados en todo el Estado que 3 personas de Villahermosa, Abascal planeó en esta ciudad, en marzo de 1938, la reconquista de la libertad religiosa. Por carta expuso el plan al Jefe de la Organización —aún no lo era Antonio Santa Cruz—, y después de algunos reparos dilatorios de dicho jefe y de vehemente insistencia de Abascal, obtuvo éste la licencia y el apoyo que solicitaba. Recorrió ranchería por ranchería en vasta zona, y sin hablarles una palabra de sinarquismo conquistó más de 1.000 jefes de familia para el solo objeto que de momento perseguía. En la noche del 11 de mayo empezó a entrar su gente a Villahermosa. El salió de Tamulté con un puñado y una gran bandera desplegada, a tambor batiente, y a las 2 de la madrugada del 12 se posesionó de las ruinas del templo de la Concepción, destruido por Garrido Canabal, en pleno corazón de la capital. El 13 logró atraer más de 10.000 almas en una manifestación por toda la ciudad, y el culto lo reanudó, al aire libre, el 14, el Padre Hidalgo, llegado exprofeso de Chiapas, al mismo tiempo que Abascal empezaba la reconstrucción de dicho templo. Once días después llegó el gobernador Fernández Manero y amenazó con lanzar las "brigadas rojas" contra los católicos, pero éstos no capitularon. La policía les hizo

4 muertos y 3 heridos, todos campesinos. Abascal se salvó, por corto margen, luchando por desarmar a uno de los gendarmes. La opinión pública se solidarizó con él, y el culto se extendió por todo el Estado.

Abascal había demostrado sus cualidades de conductor de hombres y su acertada afirmación de que "en esta clase de luchas el jefe debe serlo a la cabeza de todos los peligros". Más tarde había de convertirse en el organizador de las grandes concentraciones de Guanajuato, Guadalajara, Acámbaro y Morelia, hasta que su movimiento —indoblegable en ataques frontales— habría de ser escindido por dentro y finalmente destrozado y adulterado.

Otro mivimiento con rasgos anticomunistas nació en 1939 bajo el nombre de Partido Acción Nacional, dirigido por el licenciado Manuel Gómez Morín, antiguo y entusiasta colaborador de Calles.

José Vasconcelos comentó el nacimiento del PAN diciendo que la pretensión de sus dirigentes "de educar al pueblo para que sólo más

> tarde haga valer sus derechos así que los conozca, no tiene otro resultado que el de aplazar indefinidamente la acción salvadora. En teoría, tesis semejante es indiscutible, pero hay que ver que la estamos ensayando desde los tiempos de Hernán Cortés, sin mayor éxito que digamos. Y en lo moral, no es aceptable una oposición cuyos jefes se benefician personalmente por su colaboración con el Gobierno. Todo eso es oposición falsificada".

Esa opinión de Vasconcelos se ha visto confirmada con creces. Y se ha confirmado que el Lic. Manuel Gómez Morín y las "familias custodias" de los Landerreche, los González Morfín, los González Hinojosa, los Christlieb, etc., han engañado la sana oposición. Gómez Morín aparece ahora como un sutil "infiltrado". Sus poses democráticas han resultado falsas y han hecho del alto mando del PAN (a espaldas de los panistas de buena fe), un encubierto "palero" del PRI, a cambio de magníficos negocios.

Por otra parte, el restablecimiento de cultos en Tabasco, realizado por el audaz golpe de Abascal, fue en 1939 admitido por el régimen y esto cerró la media vuelta del presidente Cárdenas en materia religiosa. Aunque esa concesión le fue arrancada con temeridad y sangre —haciendo añicos la seguridad que Cárdenas tenía de que Tabasco había sido definitivamente descatolizado en forma total— es también un hecho que ya para entonces la consigna internacional masónica era aplazar en parte —y en parte camuflar— su lucha contra el catolicismo, pues se requería no hacer ruido en este sentido y concentrar esfuerzos para que Occidente fuera alineado en la magna lucha por salvar al comunismo. Precisamente entonces, en 1939, Stalin hacía una mayor movilización militar al ver que cinco ejércitos de Hitler se abrían paso a través de Polonia y llegaban hasta la frontera de la URSS.

SIGUIENDO LA POLITICA SECRETA DEL CONSEJO DE RELACIONES

Sólo con grandes fuerzas económicas o militares es posible lograr que la política exterior de un país ejerza influencia fuera de sus froteras. Los países débiles pueden sustentar alguna de las tesis en boga acerca de los conflictos mundiales, pero aun estas voces se hallan sujetas a que el monopolio internacional de noticias las difunda o no, según convenga a sus intereses.

Por eso resulta tan ficticio que ciertos políticos mexicanos se hayan ufanado de ser caudillos internacionales. En 1915 se dio considerable publicidad a la llamada "Doctrina Carranza", que el licenciado Isidro Fabela cocinó con algunos conceptos tomados del Derecho Internacional, referentes al respeto, a la igualdad, a la no intervención y a la injusticia de lós privilegios. Pero cuando comenzó a tomar más fuerza el mito de que marcamos rumbos internacionales fue en el sexenio cardenista.

La realidad es que en esta época no estábamos siguiendo ninguna ruta propia, sino plegándonos al Consejo de Relaciones Exteriores financiado por Rockefeller, o sea el factor oculto de la política secreta del Departamento de Estado americano. El C. R. E. es la organización de los supercapitalistas judíos de Estados Unidos que traicionan a Occidente para entregarlo al marxismo. (1)

Cárdenas no ha sido ciertamente amigo del pueblo americano, pero sí del Consejo de Relaciones, que brinda apoyo oculto para que diversos iberoamericanos hagan carrera política. Las diferencias que puedan advertirse entre la acción internacional del cardenismo y la del C. R. E. son sólo superficiales y se deben a que mientras éste necesita tomar parcialmente en cuenta a la opinión pública de su país, Cárdenas podía hacer a un lado el sentir de los mexicanos.

Durante la guerra de España don Lázaro practicó la **"sí intervención"**, violando la "Doctrina Carranza", la "Doctrina Estrada" y lo que México había afirmado ante la Liga de las Naciones. Esa intervención cardenista se realizó **no** porque el pueblo mexicano simpatizara con las brigadas internacionales comunistas, sino porque tales eran los deseos del C. R. E. y del propio Roosevelt.

Los nacionalistas españoles triunfaron en 1939 y Franco expidió un decreto (marzo 1o. de 1940) prohibiendo la masonería y el comunismo. La Península quedó en paz y el llamado gobierno republicano en el exilio carecía de territorio y de pueblo, no obstante lo cual Cárdenas siguió interviniendo en la política interna de aquel país y consideró que el gobierno de España no era el de Madrid, y que un puñado de comunistas que deambulaban entre París y México eran los auténticos representantes del pueblo español.

(1) Rockefeller, Internacionalista.—Por Emanuel M. Josephson.

El grupo gubernamental que siempre había tratado de estigmatizar y desterrar todo lo español; el grupo masónico que desde Poinsett en 1822 hasta Cárdenas en 1940 había orientado la educación pública en contra de España, se tornó súbitamente hispanista, pero sólo de la facción roja española. Si había un bando de españoles que no seguía a la cruz sino a la hoz, el martillo, la escuadra y el compás, ése sí representaba a la Madre Patria y a nuestros ancestros. Y consecuentemente se hizo una excepción en la hispanofobia oficial de México y se abrieron las puertas a los exiliados republicanos (en total 16,500, la mayoría de los cuales se han decepcionado del marxismo y han frustrado las esperanzas que tenían los rojos, de que se convirtieran en un fermento de comunización en México).

El Gran Oriente masónico de España se trasladó a México con Diego Martínez Barrios y Félix Gordón Ordás a la cabeza.

No solamente en el caso de España se había puesto de manifiesto el móvil procomunista de la política internacional de Cárdenas. Cuando Italia atacó a Etiopía, éste protestó en nombre de la "no intervención", pero enmudeció cuando el 16 de junio de 1940 la URSS invadió los pequeños países de Estonia, Letonia y Lituania y exterminó las instituciones públicas, encarceló a los jefes nacionales e hizo redadas de patriotas para dispersarlos en lejanos confines.

La misma política cardenista que condenaba a Alemania porque en su marcha contra el bolchevismo invadía Polonia, nada decía si la URSS invadía la otra mitad, ni tampoco si arrebataba a Rumania, por la fuerza, las provincias de Besarabia y Bucovina.

Otra de las ficciones del régimen cardenista fue su pacifismo, que alguna gente creyó sincero porque desde que Cárdenas vio seguro su ascenso a la Presidencia no volvió a ponerse el uniforme militar, y hasta se pensó que su desafortunada incursión en la carrera de las armas lo había convertido en un enemigo de las guerras. Pero no tardó en revelarse como partidario de la paz que favoreciera al comunismo y de la guerra que propiciara su expansión.

En sus tres primeros años de gobierno Cárdenas inició e impulsó la formación de milicias bajo el mando de Lombardo Toledano y este ejército de corte marxista no tenía ciertamente ningún papel que desempeñar dentro de un auténtico pacifismo. Su verdadera misión siempre ha sido la de servir a los regímenes rojos para contrarrestar a los ejércitos profesionales, los cuales por tradición nacionalista y militar son reacios al comunismo y se apegan —cuando no han sido corrompidos ni infiltrados— a los valores perennes de Patria y nacionalidad.

Durante los cuatro primeros años de Cárdenas el ejército fue postergado y no se le ampliaron partidas para su modernización, en tan-

arte sombreada corresponde a los países Estonia, Letonia y Lituania, a la mitad oriental de Pol a las provincias rumanas de Besarabia y Bucovina, que la URSS ocupó, aniquilando sus ins ones, en 1939 y 1940. El régimen cardenista, que en nombre de la libertad protestaba por la inva sión fascista de Etiopía, no objetaba el avance del marxismo.

to que las milicias cetemistas de Lombardo recibían subsidios oficiales y crecían en todo el país. Pero luego este movimiento se frenó y el 18 de junio de 1940 el propio Presidente Cárdenas anunciaba su Ley del Servicio Militar Obligatorio, con amplio presupuesto para construir cuarteles, adquirir equipo y poner sobre las armas a toda la juventud mexicana. ¿Por qué el ferviente pacifista se convertía de pronto en Marte tonante de la guerra? ¿Por qué el más pacifista de los jefes de Estado quería llevar a todos los muchachos de 18 años a los cuarteles? . . .

La explicación es que en ese mes de junio las tropas alemanas entraban en París y consumaban la derrota de los ejércitos de Inglaterra y Francia en el continente europeo, lo cual significaba que Alemania acababa de asegurar su retaguardia para lanzarse luego contra el marxismo israelita de la URSS. Roosevelt estaba nervioso ante esos acontecimientos y a través de su Embajador Daniels le pidió a Cárdenas que formara reservas de carne de cañón. El Embajador Castillo Nájera y los funcionarios del Departamento de Estado acababan de examinar la situación en Washington (junio 11 de 1940) y aquél había expresado que Cárdenas ya se disponía a militarizar a doscientos mil jóvenes de 18 años y a un millón más para fecha próxima.

El número de octubre de la publicación "Jewish Chronicle" (Crónica Judía) decía en Londres: **"Inglaterra combate por nosotros, por la causa judía, y en esta lucha está apoyada por los masones del mundo entero".**

Las pláticas de Castillo Nájera se convirtieron (1o. de abril de 1941) en un tratado que firmaron el Embajador Castillo Nájera y el israelita Sumner Welles —Subsecretario del Departamento de Estado— para permitir el tránsito "recíproco" de aviones y barcos de guerra, con lo cual todo puerto o aeropuerto mexicano se convertía de hecho en base militar extranjera.

Y un año después fue el propio Cárdenas —entonces ya como Secretario de la Defensa Nacional— quien el 11 de septiembre de 1942 comenzó a desplegar inusitada actividad para construir cuarteles, adquirir equipo bélico, crear la intendencia del ejército, formar divisiones de conscriptos, realizar simulacros y ordenar "oscurecimientos" de la ciudad de México como en las plazas sujetas a bombardeos enemigos. Todo esto para crear artificialmente una psicosis que permitiera más tarde el envío de fuerzas expedicionarias al extranjero. Y todo esto **no porque el pueblo mexicano ardiera en deseos de enviar a sus hijos a morir en la defensa de la URSS,** sino porque Roosevelt y su camarilla se sentían más nerviosos ante las graves derrotas sufridas por el Ejército Rojo. En ese mes de septiembre las pérdidas de Stalin ascendían a dos millones de kilómetros cuadrados de territorio, poblados por 70 millones de habitantes, y las bajas de su ejército se cifra-

ban en 14 millones de soldados, 24,000 tanques, 36,000 cañones y 28,000 aviones. Los alemanes se aproximaban a los pozos petroleros del Cáucaso y penetraban en los suburbios de la gran urbe de Stalingrado.

Cárdenas obedecía entonces la política del Consejo de Relaciones Exteriores de Rockefeller, y entrenaba a la juventud mexicana para la guerra. Cientos de miles de conscriptos habrían marchado a morir por el marxismo si no hubiera empezado entonces a ocurrir el desplome de Alemania, que dejó abiertas las puertas para el avance de la Revolución Mundial y sin efecto los aprestos bélicos que el "pacifista" Cárdenas realizaba en México.

LA ECONOMIA NACIONAL HERIDA HASTA EL HUESO

La media vuelta que el cardenismo dio antes de terminar su sexenio no sólo fue visible en la suspensión de la lucha anticatólica y en los aprestos bélicos, sino que abarcó toda su política. El llamado "movimiento obrero" aplicó sordina a su campaña procomunista; cesó la administración que los líderes ejercían en los Ferrocarriles; disminuyeron repentinamente las huelgas y los paros; amainó la educación "socialista" en las escuelas públicas y el segundo plan Sexenal declaró que no podía suprimirse la propiedad privada, pero que se trabajaría para que en el futuro fuera abolida, una vez **"que la situación general ofrezca el grado de libertad de acción suficiente"**. Roosevelt necesitaba desviar las sospechas de que propiciaba el bolchevismo en Occidente y concentrar esfuerzos en salvar al marxismo soviético.

Pero ya para entonces la economía de México había sufrido daños incalculables. La orgía lideresca de la etapa procomunista, el cierre de pequeños negocios que no podían afrontar las huelgas y los paros; la desorganización de los Ferrocarriles; los ataques a todo el que no fuera proletario; el consiguiente temor de los hombres de negocios para emprender nuevas inversiones; el devastador fraccionamiento ejidal que ya comenzaba a lanzarse contra la pequeña propiedad, la devaluación de la moneda y el sobregiro oficial hirieron a la economía nacional hasta en sus vísceras más profundas.

Todo esto ocasionó que de 1939 a 1946 perdiéramos valiosísimas oportunidades de acrecentar nuestras exportaciones a países que no podían abastecerse en Europa y Estados Unidos debido a la guerra. El progreso del país en los últimos 30 años no fue todo lo grande que podía haber sido si no hubiera ocurrido el desbarajuste económico del sexenio cardenista.

México es país en crecimiento y ha podido continuar adelante pese a todo, de la misma manera que el niño o el joven siguen creciendo aunque de tiempo en tiempo los tumbe el sarampión, la difteria o la

tifoidea. Y el mexicano —ese ser que ya sintetiza el triunfo del mestizaje después de la amalgama de las sangres— ha demostrado su alta calidad al imponerse a las desventuras y seguir luchando para la Patria en formación. Gracias a esto México ha podido sobreponerse al grave destrozo económico sufrido de 1934 a 1940, pero en suturar heridas se ha perdido un tiempo precioso que de otro modo hubiera hecho más grande el progreso material de los últimos 30 años.

Durante el sexenio cardenista se comenzaron a crear los cimientos de una **nueva estructura financiera** para que el Estado llegue a asumir el **control** absoluto de la economía. Los recursos de la banca, provenientes del ahorro del público, empezaron a ser sacados del campo de la iniciativa privada y encauzados hacia el campo de la acción gubernamental. En otras palabras, dinero que antes era manejado en inversiones particulares, comenzó a emplearse en inversiones del gobierno. Al mismo tiempo se distrajeron fondos de los impuestos —antes destinados exclusivamente a los servicios públicos— para iniciar operaciones bancarias, como las de la Nacional Financiera. Esos fueron los **primeros pasos,** entonces apenas sensibles, para ir debilitando la acción económica particular y reforzando la del régimen, con miras al **supercapitalismo de Estado,** según el patrón financiero del marxismo. Este consuma el dominio total sobre el rendimiento económico de la población; es decir, controla los recursos económicos creados por los ciudadanos.

El gobierno de Cárdenas dejó un sobregiro de 523 millones de pesos, enorme para aquella época, pues equivalía a más de todo el presupuesto federal de 1940, que era de 447 millones. Al mismo tiempo dejó una sobrecarga de 154 millones de pesos a la deuda pública exterior (la cual llegó a un total de 1,289 millones), y otro aumento de cien millones en la deuda pública interior (la cual subió a un total de 240 millones). Además entregó los ferrocarriles en completa bancarrota y para su sostenimiento necesitaban que el Erario acudiera en su auxilio con más de 300 millones de pesos anuales. A su vez la nacionalizada industria petrolera se llenaba de recomendados y de líderes venales y en lugar de cubrir impuestos necesitaría constantes subvenciones oficiales para seguir adelante. Como consecuencia de todo lo anterior el régimen cardenista desencadenó una vertiginosa alza de precios.

Pero quizá lo más grave fue que ese régimen dejó destrozada la producción agropecuaria de comestibles y el país tuvo que depender de importaciones a precio de dólar para cubrir sus crecientes faltantes de maíz, frijol, trigo, grasas y otros víveres. Cuando Cárdenas recibió el país, en 1934, prácticamente no había importación de comestibles (millón y medio de pesos), pero cinco años después ya iba en franco ascenso con 18 millones, para alcanzar en 1944 la cantidad sin prece-

dente de 171 millones. No sólo se perdía ese dinero que emigraba a cambio de víveres, sino que además el Fisco dejaba de percibir contribuciones por falta de producción agrícola, y por si todo esto fuera poco, el ejido consumía cientos de millones de pesos que el erario le daba para su artificial existencia.

Desde 1883 hasta 1940, año este último en que Cárdenas consumó el cataclismo económico, México había exportado más de lo que importaba, pero luego tendría que aumentar las compras de víveres extranjeros y esto lo lanzaría a una serie de frecuentes devaluaciones. Y es bien sabido que la devaluación equivale a sustraer del bolsillo de cada ciudadano 40 ó 45 centavos de cada peso, a fin de cubrir la bancarrota del país.

Para apreciar en toda su cuantía el daño económico de aquel sexenio es necesario observar no sólo los perjuicios que fueron visibles en el acto, sino todas las bombas de tiempo que dejó puestas y que fueron estallando después. Como México carecía de exportaciones industriales que lo proveyeran de divisas, las crecientes importaciones de comestibles —maíz, trigo, frijol y grasas— fueron un permanente desequilibrio de la balanza de pagos y un factor decisivo de las devaluaciones que estallaron en 1948, en 1949 y en 1954. Todavía 14 años después de que Cárdenas había dejado la Presidencia, el país estaba sufriendo las consecuencias del desplome económico que aquél había desencadenado.

La iniciación de la guerra mundial de 1939, que luego se intensificó en 1941 con la entrada de Estados Unidos en la lucha armada, retrasó en México muchas de las consecuencias del desajuste económico cardenista, pues durante cuatro años hubo una extraordinaria demanda de materias primas mexicanas en Norteamérica, además de que se nos suministraron créditos para que los ferrocarriles se rehabilitaran y pudieran transportar esos materiales esenciales para la guerra. Asimismo hubo durante la guerra considerables capitales en dólares que se refugiaron temporalmente en México.

Pero apenas terminado ese artificial sostén exterior de la economía nacional, se hizo sentir más duramente la fuga de dólares a cambio de comestibles y el peso cayó desde $ 3.65 por dólar —en que lo recibió Cárdenas— hasta $ 12.50 en que lo dejó 14 años más tarde la causa de consecuencias inevitables de su política.

Fue necesario que transcurrieran cerca de veinte años para que la pequeña propiedad recobrara su confianza y con el auxilio de los fertilizantes y de las nuevas obras de riego aumentara la producción de comestibles e hiciera posible detener la ruinosa fuga de divisas. Dentro de todos los complejos factores de la economía hay dos hechos fundamentales en la vida de México: la exportación de materias primas es apenas suficiente para cubrir más o menos la importaciones de maquinaria, y cuando además de maquinaria necesitamos importar grandes cantidades de comestibles, entonces nuestra economía se derrumba. Tal cosa ocurrió a consecuencia del desenfrenado fraccionamiento ejidal de 1934 a 1940, cuyas repercusiones eran sensibles todavía veinte años después.

Cárdenas había tomado el poder en un momento propicio para haber acelerado el progreso económico de México, pues desde 1935 hubo un favorable aumento del precio de la plata, que el régimen capitalizó en su favor sustituyendo las monedas de 0.720 por otras de 0.500. Los minerales, el henequén, el algodón y el petróleo también mejoraron en precio y demanda en los mercados internacionales debido a que se avecinaba la guerra. Por igual motivo hubo oportunidad de conquistar muchos compradores extranjeros para los artículos mexicanos, pero nuestra economía carecía de la tranquilidad y firmeza necesarias a fin de aprovechar estas coyunturas favorables. Delirantes de procomunismo dejamos pasar una oportunidad de oro.

En 1938 era ya visible la desconfianza en los sectores económicos del país y disminuían los dólares y el oro en las reservas. Después de la expropiación petrolera la crisis se agudizó y el peso sufrió la primera de una larga serie de devaluaciones: de $ 3.65 pasó a $ 4.52 en 1938; en 1939 bajó a $ 5.18, y en enero de 1940 (último año que gobernó Cárdenas) descendió todavía más, a $ 5.99. El desplome se aplazó temporalmente debido a la transitoria mejoría ocasionada por la guerra en Europa, pero al restablecerse la paz el peso continuó rodando por el despeñadero al que se le había lanzado.

Ya para 1946 el costo de la vida había subido un 412% desde el día en que Cárdenas tomó el poder. (Un 133% de ese total correspondía al sexenio ávilacamachista).

Para engañar a la opinión pública se difundió la versión de que las devaluaciones son buenas para el progreso de México y de que la industria y el turismo obtienen grandes beneficios. Pero el pueblo sabía en carne propia que cada devaluación es un cataclismo, un recurso desesperado del país para afrontar una crisis, algo así como el que vende su sangre para tener qué comer.

Y así llegamos al punto en que puede verse claramente que el desastre de la reforma agraria POLITICA —en vez de una reforma agraria económica y social— es uno de los principales factores de las frecuentes y radicales devaluaciones que sufre la moneda mexicana. Cuando esa reforma se acentúa, cuando baja la producción de comestibles y necesitamos importarlos, nuestra economía se desquicia. Esto es sencillo y evidente, aunque la propaganda se empeña en ocultarlo.

Nunca un Presidente había hablado tanto en favor del proletariado y jamás ninguno había causado tantos daños económicos a las clases

más desamparadas. El alza de salarios fue sólo un espejismo y no llegó a compensar el alza casi diaria de los precios.

Capciosamente se hizo correr la versión de que el desplome del peso mexicano era consecuencia de la guerra europea, pero nada podía ser más falso, pues la contienda no había causado ningún daño al país, sino por el contrario, nos había permitido aumentar las exportaciones de materias primas, formar una reserva sin precedente de 376 millones de dólares y nos había suministrado empréstitos.

Durante la guerra mundial los Estados Unidos obsequiaron armas y materias primas a la URSS por valor de veinte mil millones de dólares, y además consumieron otros muchos miles de millones en la lucha en Europa, Africa y el Pacífico. Esto explicaba, muy lógicamente, que en Estados Unidos los precios hubieran subido en un 55%. Durante los seis años que Alemania duró en guerra, consumió 670,000 millones de marcos (o sea aproximadamente dos billones y diez mil millones de pesos mexicanos), lo cual explicó asimismo que los precios subieran en Alemania un doce por ciento.

En el mismo período de guerra, los precios subieron en México casi un 200%, o sea que la herencia económica de Cárdenas fue más destructiva —en el ramo de los precios— que la guerra para Estados Unidos y Alemania.

Jamás un gobernante había causado en este aspecto más daños, pues su influencia devastadora trascendió los seis años de su régimen y siguió haciéndose sentir varios sexenios después.

LLAMARADA POPULAR EN CONTRA DE CARDENAS

Como todos los organismos jóvenes, México adolece de los defectos de la falta de madurez, pero a la vez tiene las ventajas de la fortaleza vital del adolescente. En el sexenio 1934-1940 el organismo nacional fue intoxicado por el opio precursor del comunismo y sufrió heridas terribles en su sistema económico, pero no tardaron en hacerse presentes las reservas defensivas y en toda la nación comenzó a ser repudiada la tendencia política que Cárdenas representaba.

El fraccionamiento de tierras sin ton ni son abatía la producción en el campo y ocasionaba cesantía y miseria; la agitación sindical frenaba el crecimiento de los centros de trabajo; la entrega de los ferrocarriles a una administración lideril desquiciaba la disciplina, ocasionaba accidentes y arruinaba el sistema ferroviario; la educación "socialista" hostilizaba a la religión tradicional; la soberbia y los abusos de los líderes encadenaban a los obreros con la cláusula de exclusión y acosaban al comerciante y al industrial, el cual ya no era visto como una parte de la sociedad, sino como "reaccionario" o "fascista", especie de apestado social para el cual no había ni garantías ni derechos; la formación de milicias comunistoides provocaba el recelo del ejército.



Gral. Francisco J. Múgica, marxista, candidato a la Presidencia. Cárdenas era su amigo y admirador, pero le retiró su apoyo y se lo dio al otro candidato, Gral. Manuel Avila Camacho, porque "había algunos problemas de carácter internacional", según explicó más tarde. Y es que el Departamento de Estado había pedido que las manifestaciones de procomunismo se frenaran; era necesario tranquilizar a la opinión pública para que no objetara la ayuda tendiente a salvar a la URSS de la ofensiva alemana.

En un corto período de 4 años el régimen cardenista llegó a la fase más alta de su popularidad (expulsión de Calles y expropiación petrolera) y a la vez se precipitó vertiginosamente hacia el descrédito y la repulsión. Incluso los sectores que más se habían vinculado al cardenismo, adulados y aparentemente beneficiados, como los ejidatarios y los obreros, llegaron al quinto año del sexenio con la impresión de que habían sido engañados.

La urgente necesidad de un cambio radical de política fue percibida por la nación entera. Hasta los más indiferentes a las cuestiones políticas se inquietaron.

En tales circunstancias se perfilaron en 1939 las candidaturas de los generales Manuel Avila Camacho, Secretario de la Defensa; Juan Andrew Almazán, comandante de la zona militar de Nuevo León, y Francisco J. Múgica, Secretario de Comunicaciones. Este último era marxista y representaba la prolongación fiel del cardenismo, pero por razones entonces secretas fue sacrificado y renunció a su candidatura el 19 de julio (1939). El mismo Cárdenas dijo tiempo después que Múgica era gran amigo suyo, pero que no podía apoyarlo porque **"había algunos problemas de carácter internacional que lo impedían".**

Tales problemas consistían en que toda la maquinaria rooseveltiana se hallaba empeñada en arrastrar a Occidente a la defensa de la URSS ante la ofensiva alemana. Roosevelt tenía que adormecer a la opinión pública americana respecto al comunismo y había que frenar los brotes

bolcheviques en el mundo occidental —como el que estaba ocurriendo en México— y concentrar el esfuerzo en salvar a la sede misma del bolchevismo. Era, en síntesis, sacrificar lo menos por lo más.

Por inercia visual, por la dificultad de distinguir ciertos cambios políticos en el momento preciso en que se inician, se ha creído que hasta que Avila Camacho subió a la Presidencia comenzó a ser frenada la carrera procomunista del régimen. En realidad, **ésta había comenzado a ser frenada por el propio Cárdenas más de dos años antes de que dejara la Presidencia.** Incluso su apoyo a Avila Camacho —negado a Múgica— fue parte de ese fundamental cambio político.

Manuel Avila Camacho tenía menos afinidades con el Presidente Cárdenas que el general Múgica, pero era el más adecuado para la etapa de "centrismo" que la política internacional le reservaba a México, y en consecuencia, Cárdenas descartó a su maestro Múgica, marxista decidido, y le pasó el poder a Avila Camacho, liberal moderado y católico no practicante.

Como públicamente se ignoraba que el radicalismo cardenista iba a quedar aplazado (y como un juicio superficial de sentido común hacía creer que Avila Camacho continuaría la política de su protector), las simpatías populares se volcaron instantáneamente en favor de Almazán. Desde la candidatura de Vasconcelos en contra de Ortiz Rubio, al que apoyaba Calles, no se había visto en México un entusiasmo igual. Por segunda vez en diez años la nación fue envuelta por una enorme llamarada de esperanza.

Juan Andrew Almazán había servido a todos los regímenes anteriores, incluso a Calles y a Ortiz Rubio, y nunca había sido una figura popular. Si de la noche a la mañana su nombre fue aclamado de uno a otro confín de la República; si de la noche a la mañana ocurrió el fenómeno poco común de que la conciencia dispersa de la nación se fundiera en una misma corriente, con una misma esperanza y un mismo líder, eso no se debió tanto a Almazán cuanto a la personalidad negativa de Cárdenas. **El almazanismo fue, en esencia, un anticardenismo nacional, unánime, que luchaba por liquidar la política cardenista.** Almazán era el medio con que esperaba lograrlo.

El Embajador hebreo Josephus Daniels, que representaba mejor al Sanedrín de Nueva York que al pueblo americano, sabía lo que significaba en la lucha política mexicana el sector católico, y con la flexibilidad propia de su raza se dedicó desde 1936 a tratar a ese sector, a veces con ramas de olivo en la mano y a veces con amenazas veladas. Cuando en el verano de 1936 murió el arzobispo Pascual Díaz y fallaron todas las gestiones de los católicos para que se les permitiera translādar el cadáver a la Catedral, Daniels habló con el Secretario de Relaciones, Eduardo Hay, le dijo que iría a Cuernavaca a pedirle a Cárdenas que diera ese permiso, y no fue necesario que se molestara



Josephus Daniels logró que Cárdenas permitiera que el cadáver del arzobispo Pascual Díaz fuera llevado a Catedral, y poco después les advirtió a varios prelados que si se inclinaban en favor de Almazán "será lo peor que pueda suceder a la Iglesia Católica".

en hacer el viaje, pues Cárdenas rectificó inmediatamente su acuerdo anterior y dio la autorización telefónica para que la ceremonia se efectuara.

Posteriormente Daniels tuvo entrevistas con varios prelados católicos, a los que invitaba a cenar, y el jueves 3 de agosto de 1939 anotaba en su diario que el lunes anterior, en una de esas cenas, les había dicho a los dignatarios de la Iglesia Católica que "si en las próximas elecciones presidenciales la Iglesia participaba en la campaña apoyando a cualquier candidato en lo particular, será lo peor que pueda suceder a la Iglesia Católica". (1)

Almazán era católico y no se había cuidado de ocultarlo en la época difícil, cuando en 1931 fue a la Basílica y el servicio secreto se lo comunicó a Calles, pero su principal impedimento para llegar a la Presidencia era que se había puesto de parte del pueblo y en contra del régimen que gozaba del apoyo de Roosevelt. Daniels dice en sus "Memorias" que trató de influir en Almazán, a lo cual éste se negó, sin creer que eso habría de causarle un daño irreparable, pues tenía la creencia de que eran sinceras las promesas democráticas de Roosevelt. En ese entonces Almazán no sospechaba que la "buena vecindad" de Roosevelt sólo ponía los cimientos para que Iberoamérica llegara en el futuro a enfrentarse al pueblo americano y a acercarse a la URSS.

Desde que empezó la campaña electoral en México, la Casa Blanca movilizó recursos en favor de la imposición cardenista de Avila Ca-

(1) Memorias de Almazán.



Vicepresidente Henry Wallace, del grupo de Roosevelt, aunque no ciertamente representativo del sentir del pueblo americano, dijo a un grupo de mexicanos que su gobierno no permitiría que Almazán fuera Presidente. Lo mismo había dicho otro prominente rooseveltiano, Sumner Welles.

macho. El vicepresidente Henry Wallace advirtió en 1940 a un grupo de agrónomos mexicanos, encabezados por Torres Vivanco, que el gobierno americano no permitiría que Almazán fuera Presidente. Lo mismo, sin rodeos, dijo el hebreo Sumner Welles, Subsecretario de Estado. Y el embajador Daniels, en junta de cónsules, les comunicó que estaba informando a Washington acerca del triunfo electoral de Avila Camacho. Respecto a todo esto Almazán comenta que no había propiamente inquina contra él, amigo del pueblo americano, sino **"simplemente el propósito inflexible de evitar, hasta donde puedan, que en nuestros países gobiernen quienes cuentan con el apoyo popular"**. Y es que siempre resulta más fácil manejar a personajes que carentes de arraigo nacional necesitan del padrino extranjero, que a gobernantes con el apoyo de su pueblo.

Cárdenas sabía eso perfectamente bien, pero aún así prometió solemnemente que se respetaría el voto y alentó al pueblo a acudir a las casillas. El pueblo lo oyó hablar tan en serio, tan formal, que creyó en esas promesas. Pero el 7 de julio de 1940 Cárdenas permitió y toleró que cientos de ciudadanos fueran asesinados. Las casillas fueron una trampa contra el enardecido espíritu cívico del pueblo, en las que actuaron impunemente los pistoleros del régimen. Las promesas cardenistas de dar garantías no llegaron a cumplirse y tan sólo en el Distrito Federal hubo 27 muertos y 152 heridos, de un total de más de mil balaceados en todo el país.

El olor de la sangre hizo despertar al pueblo de su sueño de democracia y una multitud avanzó por 5 de Mayo hacia el Zócalo, tratando



General Juan Andrew Almazán. Dice que en Estados Unidos no había inquina contra él, amigo del pueblo americano, sino "simplemente el propósito inflexible de evitar, hasta donde puedan, que en nuestros países gobiernen quienes cuentan con el apoyo popular". Almazán había hablado de una lucha hasta el fin, pero no contra los arsenales norteamericanos.

de abalanzarse sobre el Palacio Nacional en un intento irreflexivo y espontáneo de hacer respetar la voluntad popular. Si en ese momento, cuando ya había quedado de manifiesto la sangrienta burla, hubiera habido un caudillo y un grupo de organizadores que encabezara al pueblo, habría sido posible tomar la capital en un golpe de electores burlados. Había el clima propicio, pero el momento se dejó pasar.

Lo que siguió fue la historia de siempre. El cómputo oficial le atribuyó a Avila Camacho 2 millones 476,641 votos y a Almazán 151,101.

Almazán había dicho a sus partidarios que se levantaría en armas si el voto no era respetado y con esa intención se fue a La Habana, seguido de cerca por varios espías. Manuel Reachi lo acompañó como colaborador suyo, pero era agente del Departamento de Estado americano. Luego Reachi le presentó al periodista Edmundo Chester, jefe de la Associated Press en Sudamérica, que también resultó espía. Todos los movimientos y planes de Almazán eran conocidos en Washington y comunicados a Cárdenas.

El 27 de agosto (1940) Almazán llegó a Mobile, E. U., todavía confiado en que el gobierno americano sería neutral y en que él podría adquirir armas para un movimiento rebelde. Roosevelt hablaba tanto de democracia, condenaba en tal forma a los regímenes dictatoriales, fingía tanto amor por las causas populares, que Almazán seguía alentando la esperanza de que la Casa Blanca vería con simpatía que los electores mexicanos se dieran el gobierno de su elección.

Entretanto, en México eran seguidos de cerca los principales jefes almazanistas. El general Andrés Zarzosa había sido comandante del 31o. batallón, del cual se separó con licencia para actuar en la



Gral. Andrés Zarzosa, ex comandante del 31o. batallón, muy amigo de Almazán. Se le aplicó la "ley fuga" en Monterrey y luego se anunció que se sabía que pensaba rebelarse. Sólo contaba con su asistente.

campaña electoral. La madrugada del 2 de octubre fue cercada su casa, en Monterrey, y se le aplicó la "ley fuga" en compañía de su asistente. Luego se dijo que pensaba levantarse en armas y se mostró una fotografía de ocho rifles que el general tenía en su casa.

Por otra parte, sí ocurrieron algunos levantamientos prematuros: el de Villalba en Chihuahua, el de Ramón Campos Viveros en Guerrero y el de Efraín Pineda en Michoacán, a la vez que otros grupos esperaban la voz de mando para lanzarse a la lucha. Pero Almazán pulsó las verdaderas intenciones del gobierno rooseveltiano, logró aclarar que la Casa Blanca no le permitiría pasar armas a México y el 26 de noviembre anunció que nunca había pensado llevar al país a una lucha estéril "en el caso de que los que tienen el poder contaran con el apoyo

> decidido del Gobierno norteamericano, porque debería considerarse como insensatez alentar una contienda que en realidad sería la de un pueblo inerme contra los inmensos recursos de aquel Gobierno".

Su decisión produjo amargura y muchos de sus seguidores le volvieron airadamente las espaldas, igual que había ocurrido con Vasconcelos en 1929, pero también Almazán estaba en lo justo.

Por su parte, el Embajador Daniels anotaba en su diario: "El jueves

> pasado visité al Presidente Cárdenas y discutí con él largamente la situación de la guerra en Europa y la actitud que deberían adoptar las naciones americanas respecto del conflicto"...

Cárdenas había sido tan entusiasta servidor de Daniels, del Consejo de Relaciones Exteriores de Rockefeller y de Roosevelt, que cuando Mr. Daniels regresó a Estados Unidos le envió a Cárdenas un mensaje de afectuosa despedida, en que le decía: "Ha ganado usted su lugar en la historia, junto a Benito Juárez".

CAPÍTULO X

Treguas y Aceleramientos

La historia de México no es comprensible si se le desliga del conjunto de las fuerzas internacionales que la influyen particularmente la de EE.UU.

ROOSEVELT TUVO DOS ETAPAS DIFERENTES

Antes de la Segunda Guerra Mundial el presidente Roosevelt no tuvo inconveniente en recomendar que el presidente Lázaro Cárdenas impulsara el comunismo en México, pese a los trastornos que causaba. Pero en vísperas de la Guerra quiso tener un vecino tranquilo, que le suministrara materias primas y braceros. Por eso Lázaro Cárdenas tuvo también dos etapas. Con gusto sirvió las recomendaciones del embajador Daniels.

El sexenio del general **Ávila Camacho** también fue tranquilo, favorable para México.

Roosevelt modificó su estrategia respecto a Latinoamérica y quiso que los nuevos presidentes ya no fueran generales, sino civiles. Sin apoyo directo de las fuerzas armadas podrían seguir mas fácilmente las indicaciones que se les daban desde la Casa Blanca.

En México fue presidente el licenciado **Miguel Alemán**, quien supo aprovechar la situación, en bien del país, y realizó muchas obras: carreteras,

presas, aeropuertos y la Ciudad Universitaria. Hubo trabajo pleno. Hasta la población tuvo nuevos bríos, y de los 20 millones de mexicanos que había en 1920, ascendieron a 60 en 1970.

El siguiente sexenio, de **Ruiz Cortines**, pasó casi sin pena ni gloria por temor a la inflación. Del entonces presidente David Eisenhower recibió "línea" para permitir que Fidel Castro Ruz se entrenara en México y zarpara a Cuba, a la que sometió al comunismo. Como ahijado de Eisenhower, Castro Ruz ha sido intocable (como democrático presidente) pese a su larga y ruinosa dictadura.

El sexenio de **Adolfo López Mateos** (1958-64) tuvo aliento internacional para declararse "de extrema izquierda, dentro de la Constitución" y para estatizar las plantas eléctricas y varias cadenas cinematográficas. A la vez estableció el libro de texto forzoso en las primarias, arrebatando a los padres de familia el derecho a determinar la orientación de la enseñanza.

Sin embargo, en ese sexenio se adoptó la política del "Desarrollo Estabilizador" (del economista Ortiz Mena), consistente en aumentar la producción agropecuaria e impulsar la industria mexicana para depender menos de las importaciones.

Luego siguió el sexenio de **Díaz Ordaz**, al que "las izquierdas" odiaban, pero desde antes del "destape" tuvo la amistad del presidente Kennedy (católico), y no permitió que prosperara la infiltración marxista en las universidades. El desarrollo estabilizador siguió dando buenos frutos.

MUERTO KENNEDY TODO CAMBIÓ

Debido al asesinato del presidente Kennedy, el vicepresidente Lyndon Baines Johnson tomó el poder. (Fue un crimen político en el que también fue asesinado el presunto asesino y otros implicados). Johnson era opuesto a Díaz Ordaz y a que México estuviera prosperando con la economía del "desarrollo estabilizador". Consecuentemente, movió sus fichas para que todo cambiara en México.

De la pelea de un grupo de estudiantes se levantó –con activistas rojos– un llamado "movimiento estudiantil", aunque no tenía ninguna petición relacionada con los estudios. Pedían el cese de un jefe de policía y que se cancelara el delito de disolución social. Lograron ambas cosas, pero el "movimiento" siguió adelante con una serie de motines en las calles del Distrito Federal.

Finalmente el Ejército intervino en Tlatelolco para que los asistentes –en gran parte "acarreados"– se fueran a sus casas y no intentaran amotinar a los estudiantes del Politécnico. Entonces, desde los pisos altos tomados por los "activistas", se hizo fuego contra el Ejército e incluso contra los mismos manifestantes. Se quería que hubiera muertos, y hubo 32. (1)

Eso desgastó al gobierno de **Díaz Ordaz** y el siguiente sexenio fue ocupado por **Luis Echeverría**, quien inmediatamente acabó con el desarrollo estabilizador. En ese entonces la deuda externa de México era de 3,800 millones de dólares, y **Echeverría** la quintuplicó al pedir 19,000 millones, con los cuales comenzó a estatizar cientos de empresas privadas. Manejadas éstas por políticos, pronto operaron con números rojos. El peso fue devaluado un 58 por ciento.

Se volvió impune la invasión de la pequeña propiedad agrícola. **Echeverría** les dijo a los afectados que ni pidieran amparo porque no se les daría. En fin, fue un sexenio dañino. Ya para irse, decretó que "**por servicios prestados a la Patria**", cada ex presidente tuviera una partida de $51 millones de pesos anuales, incluyendo a 83 personas a su servicio. Esto fue el colmo, así como también lo fue crear 180 diputaciones más, hasta llegar a 400, relativamente más que en Estados Unidos, y mejor pagados.

López Portillo continuó la misma política de su antecesor Echeverría. Aumentó cien diputaciones más, como si eso sirviera para algo, y se llegó a un total de 500, en perjuicio de los contribuyentes. Pidió al extranjero 40,000 millones de dólares y estatizó otros cientos de empresas privadas, incluso los grandes Bancos mexicanos. Algunos de éstos empezaron a perder dinero.

López Portillo invitó a Fidel Castro Ruz a Cozumel y le dio la bienvenida con las siguientes palabras: "Es usted uno de los grandes de este siglo. Símbolo y leyenda de uno de los movimientos sociales más importan-

(1) Detallada información en "Un Posible Fin de la Crisis" y en "Democracia Asfixiante" de S. Borrego. (1999 y 2005).

tes. En la Revolución Cubana se ve gran parte de nuestra juventud, en ella tenemos que vernos nosotros mismos." (Mayo, 1979). En realidad no se requería tal abyección.

En ese sexenio hubo tan escandaloso despilfarro en los tres Poderes de la Unión, que su ejemplo contaminó a varios Estados y cientos de municipios.

En seguida el presidente **Miguel de la Madrid** aumentó la deuda externa pidiendo cincuenta mil millones de dólares. Se llegó a la estatización de 1,600 empresas privadas y permitió que la Banca concediera créditos a influyentes que daban en garantía empresas "fantasmas".

Por su parte, **Carlos Salinas de Gortari** obtuvo 50,000 millones más de dólares en su sexenio y dejó bonos por 40,000 millones más para empezarse a pagar a partir del siguiente sexenio. Durante 24 años México había recibido 249,000 millones de dólares y se hallaba en grave crisis. Varios vencimientos tenían que pagarse ya. Entretanto, aumentaba en millones el número de mexicanos en situación de pobreza y de pobreza extrema.

Además, **Salinas de Gortari** puso en vigor el Tratado de Libre Comercio (que en gran parte es forzoso). Algunos productores mexicanos se han beneficiado, pero la mayoría no. En quince años de T.L.C., un billón y medio de pesos mexicanos (convertidos a dólares) se fue a beneficiar a los granjeros estadounidenses porque hemos tenido que comprarles maíz, frijol, trigo, soya, etc., en vez de aumentar su producción en el campo mexicano.

En cuanto a las 1,600 empresas privadas que habían sido estatizadas desde la época de Echeverría, con el engaño de que eran "nuestro patrimonio", **Salinas de Gortari** acordó que fueran siendo privatizadas, incluso los Bancos, pero que éstos no volvieran a ser adquiridos por mexicanos.

El siguiente sexenio fue del presidente **Ernesto Zedillo**. Un tremendo desastre. Hasta el expresidente **Salinas de Gortari** lo dice textualmente: "Los Bancos se entregaron a los extranjeros sin que mediara subasta pública ni se precisaran criterios públicos para seleccionar a los compradores, tampoco se rindieron cuentas al Congreso sobre los recursos obtenidos por su venta, ni se informó sobre el destino que se dio a esos ingresos. En la prensa se denunciaron acuerdos 'ocultos' mediante los cuales el gobierno garantizó a los nuevos dueños extranjeros de los bancos 'que no tendrían pérdidas en sus inversiones'." (1)

Algo semejante hizo el presidente **Zedillo** al vender los 23,000 kilómetros de los Ferrocarriles Nacionales de México, que dejó en herencia don Porfirio Díaz. Tampoco hubo subasta y no se dijo en cuánto se habían rematado ni qué destino se le dio al dinero obtenido.

Respecto a los influyentes que habían obtenido créditos de los Bancos estatizados, y que no garantizaron ni pagaron, Zedillo acordó que la deuda total de un billón de pesos fuera cubierta mediante el IPAB, a costa de los contribuyentes, cuyo poder adquisitivo se vería afectado durante treinta años. Alegando el "secreto bancario" no se revelaron los nombres de los llamados influyentes "de cuello blanco" culpables de los fraudes.

Después de los cinco sexenios de PRI (desde Echeverría hasta Zedillo), los electores votaron por **Vicente Fox**, del PAN, creyendo que todo sería diferente. La masa ignoraba –y sigue ignorando– que el PAN siempre ha sido una falsa oposición, desde que lo fundó en 1939 el Lic. **Manuel Gómez Morín**, que empezó su carrera como adicto a Plutarco Elías Calles.

José Vasconcelos lo denunció: "**Gómez Morín** ha hecho de la oposición un cómplice del régimen. Le está sirviendo para evitar que la rebeldía se propague. Y en lo moral no es aceptable una oposición cuyos jefes se benefician personalmente por su colaboración con el gobierno." (2)

Consecuentemente, la administración de **Fox** resultó una "desilución traumática". Hubo desaforado aumento de funcionarios de primer nivel, con sueldos y prestaciones ofensivas para los 60 millones de mexicanos pobres y para los millones de desempleados. El ejemplo dado por el poder Ejecutivo fue secundado en los Poderes Legislativo y Judicial.

Por ejemplo, el ministro que preside la Corte cobra mensualmente $ 499,000, y todos tienen prestaciones como gastos de alimentación, prima quincenal, aguinaldo de 40 días, prima vacacional de 50 días de sueldo, gas-

(1) La Década Perdida. Carlos Salinas de Gortari. Pág. 178. Edit. Debate. 2008.
(2) Amplia información en "La Cúpula Gubernamental va Haciendo Trizas a México", 2ª edición. S. Borrego. Jun. 2011.

tos médicos mayores en EE.UU. y apoyo al ahorro, o sea que si un ministro ahorró "x" cantidad, el Erario le abona otra cantidad igual.

La Suprema Corte ha sido también criticada porque en el caso de Lydia Cacho –que se enfrentó a las redes de pederastas– la Suprema Corte rehuyó tratar el fondo de ese delito. En otra ocasión la S.C.J. falló en favor de unos soldados homosexuales que habían sido expulsados del Ejército y ordenó su readmisión. Otro caso fue el de la legalización del aborto hasta el 90° día de la concepción, como si se tratara de una rata, y consideró que hasta el 91° día se le podía considerar como un ser humano. También se le criticó por el "amparo liso y llano" que sorpresivamente se le concedió a la francesa Florence Cassez para que se fuera a Francia. En fin, se ha visto mal que se ocupe de sancionar expresiones como "maricón" y "puñal" porque causan daño moral a los homosexuales, de tal manera que quienes las digan pueden ser demandados por daño moral. Con ese precedente, otra decena de términos también pueden ser punibles.

NUNCA UN PRESIDENTE HABÍA SIDO VEJADO

El presidente electo Felipe Calderón no pudo entrar al Congreso de la Unión por la puerta grande. Escoltado por el Secretario de la Defensa entró furtivamente por la puerta de atrás, se colocó la banda tricolor y salió presurosamente por la misma puerta, en medio de gritos e insultos. Jamás había ocurrido algo ni siquiera parecido.

Calderón se había definido como "el presidente del empleo", pero luego sacó al Ejército y la Marina a los caminos y las ciudades, en declaración de Guerra contra los Cárteles que vienen desde Colombia y pasan por México para entregar la droga a los importadores estadounidenses que la pagan, la almacenan y la distribuyen entre millones de consumidores americanos.

La intención se percibió buena, pero mal enfocada, pues previamente no hubo un acuerdo con las fuerzas que en Estados Unidos protegen la droga desde las selvas de Colombia, donde se produce masivamente, cuidada por las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas), que se dicen maoístas, leninistas o marxistas. El Departamento de Estado americano juzga

que por tal filiación son "insurgentes", y que no debe usarse la fuerza contra ellos, sino el "diálogo".

Tal "diálogo" empezó desde 1940 y no termina nunca.

Consecuentemente, **Calderón** no ganó la Guerra, aunque hubo ochenta mil millones de muertos identificados y veinte mil desaparecidos, presumiblemente enterrados en fosas clandestinas. Oficialmente se calculó que 90 por ciento de los muertos eran delincuentes y un 10 por ciento inocentes.

En consecuencia, el sexenio de Felipe Calderón causó grandes daños al país. Millones más de pobres, pérdida de empleos, desplazamiento de habitantes y apogeo del narcomenudeo para enviciar a jóvenes mexicanos desde las escuelas secundarias.

Además esa Guerra está costando cientos de miles de millones de pesos anualmente.

El nuevo presidente, Enrique Peña Nieto, que tomó posesión el 1° de diciembre del 2012, estima que hasta fines del 2013 podrán verse resultados de nuevos enfoques para restablecer la seguridad pública.

ENORME INTERÉS POR EL NUEVO PAPA

Siempre, durante siglos, la muerte de un Papa y la elección de su sucesor ha llamado poderosamente la atención de católicos y no católicos. Pero la renuncia de Benedicto XVI, totalmente inesperada, ha intrigado a la opinión pública como nunca antes. Primero se supo que renunciaba por sentirse "cansado". Luego, el anuncio de que la Iglesia está "dividida". Y todo esto con las elucubraciones acerca de "infiltrados" en la alta jerarquía.

La elección del argentino Cardenal Jorge Mario Bergoglio, como Papa Francisco (en recuerdo de San Francisco de Asís), serenó los ánimos.

Entre los fieles se sabe que la Iglesia Católica siempre ha sido perseguida. Desde la Crucifixión de Cristo Jesús ha habido persecuciones, pero jamás vencida, aunque tiene poderosos enemigos.

Ocurrió, relativamente reciente, que el presidente de Estados Unidos, Harry S. (Salomón) Truman (1945-1952), se dirigiera al Papa Pío XII

en los siguientes términos: "Estimado Sr. Pacelli. Como bautista y como jefe ejecutivo de la nación más grande y más poderosa del mundo, y en la cual me llaman simplemente 'Señor Truman', yo no puedo dirigirme a usted como a 'Su Santidad'. Mi deber es buscar la cooperación de aquellos que han dado pruebas de que realmente desean la paz y trabajar para obtenerla, no de aquellos que gritan 'paz' y fomentan la guerra. Yo creo que ni usted ni su Iglesia se encuentran entre los que verdaderamente buscan la paz y trabajan por ella. Fue vuestro predecesor en el Vaticano el Papa Pío XI, el que comenzó toda la agresión fascista mediante los pactos lateranenses con Mussolini en 1929.

"Usted estuvo 12 años en Alemania durante la ascensión de Hitler al poder. Usted negoció con él y puso su firma como Eugenio Cardenal Pacelli juntamente con la de Hitler en el Concordado del Vaticano con el Reich de Hitler, en 1933... Usted está incitando a Estados Unidos para que cuanto antes vaya a la guerra contra Rusia, y usted usa contra Rusia los mismos gritos de combate que usaron Hitler y Mussolini. Es mi deber como cabeza de este país predominantemente protestante, rechazar sus aventuras a guisa de alianza de pacto de paz." (1)

Por otra parte, Pío X –que a su muerte fue declarado Santo–, publicó el 8 de Sep. de 1907 su Encíclica "Pascendi Dominici Gregis", en la que denunciaba: "En estos últimos tiempos ha crecido extrañamente el número de los enemigos de la Cruz de Cristo, los cuales con artes completamente nuevas y llenos de perfidia se esfuerzan por aniquilar las energías vitales de la Iglesia, y hasta por destruir de alto a abajo, si les fuera posible, el imperio de Jesucristo. Guardar silencio no es ya decoroso. Al presente no es menester ir a buscar a los fabricadores de errores entre los enemigos declarados. Se ocultan, –y esto es precisamente objeto de grandísima ansiedad y angustia–, en el seno mismo y dentro del corazón de la Iglesia. Enemigos, a la verdad, tanto más perjudiciales, cuanto lo son menos declarados.

(1) Boletín del Gran Oriente Español en México. Número de Diciembre a Febrero de 1959.

"Traman la ruina de la Iglesia no desde afuera, sino desde dentro. En nuestos días el peligro está casi en las entrañas mismas de la Iglesia y en sus mismas venas; y el daño producido por tales enemigos es tanto más inevitable cuanto más a fondo conocen a la Iglesia."

Dos años después Pío X reiteró en otra Encíclica (Communium Rerum) que "el modernismo implicaba una doble guerra: desde el exterior y desde el interior. Esta última, interna y doméstica, tanto más poderosa cuanto más encubierta... Hijos desnaturalizados que pretenden que el Cristianismo sólo conserve el nombre. Entre Cristo y Belial (genio del mal) no hay posibilidad de composición o acuerdo."

AMÉRICA PELIGRA



Las múltiples, confusas y sangrientas luchas de México son en último análisis las consecuencias de una fuerza que ha venido avanzando para dominarlo todo.

Con perfiles más o menos semejantes, lo mismo ocurre en los demás países del Continente.

Lo que parecían perturbaciones locales –con raíces propias– son efecto de un mismo mal que actúa por encima de las fronteras de cada nación.

De un lado avanza la fuerza anticristiana que busca el cetro mundial, y del otro lado todos los pueblos van siendo debilitados y controlados. Sometidos a la desinformación y a la incertidumbre, no han podido adquirir conciencia de dónde preceden los males que los abruman.

La Civilización Occidental, que nació de la Era Cristiana, va aproximándose a crisis de escala universal. A las contiendas regionales –aparentemente inconexas– siguen ahora perturbaciones de vigencia mundial.

Lo anterior no era tan claro en 1964, cuando se publicó la primera edición de este libro, mas ahora ya es evidente.

La Fuerza disolvente sigue creciendo. Los principios de Justicia, cuando sólo son estáticos, resultan siempre abatidos por la injusticia en movimiento.

La eficacia del internacional asalto no es sólo producto de su esfuerzo. Es erróneo atribuirle todos los males, pues nuestras debilidades son también parte de su fuerza. "En el resultado de cualquier lucha contribuyen por partes iguales el que triunfa y el vencido." No es el virus –casi siempre presente– la causa decisiva del mal, sino el debilitamiento del organismo en que aquel anida.

Es falsa la suposición de que los peligros puedan superarse por azar, sin organizar defensas, sin exponer nada y sin luchar.

Desde 1821 el presidente americano James Monroe estructuró su Doctrina Monroe, resumida en la frase "América para los americanos". En la práctica la Casa Blanca tendría influencia en todas las naciones del Continente, desde México hasta Argentina. Y desde aquella época nos han tocado presidentes americanos que intervienen acentuadamente en la política mexicana, como el propio Monroe, Polk, Wilson, Roosevelt, Baines Johnson, etc. Y otros que no han tenido animadversión, como Nixon, Kennedy y presuntamente Obama.

Actualmente hasta los propios Estados Unidos se hallan en peligro debido a su gigantesca deuda contraída con los **doce Bancos no americanos que forman el Sistema Federal de la Reserva**, que desde 1913 tiene el monopolio de emitir los dólares que necesita el Gobierno.

Esa deuda es tan grande que equivale al total del Producto Interno Bruto del pueblo estadounidense.

APÉNDICE

Capitalismo y Supracapitalismo

Dos Fenómenos Económicos Diferentes

El Capital fue Anterior a la Máquina

Propaganda marxista de diferentes disfraces ha creado confusión en Occidente acerca de los términos "capital" y "capitalismo."

DOGMA ACERCA DE DOS DIVERSOS FENÓMENOS

Gran desorientación ha provocado el hecho de designar con una misma palabra –con la palabra capitalismo– a dos fenómenos económicos muy diferentes: **Capitalismo** y **Supracapitalismo** no sólo son diferentes, sino antagónicos. (Siempre que nos refiramos al capitalismo sano).

La confusión ha surgido del dogma de que el capitalismo empezó a nacer con el maquinismo, de que tomó forma precisa en el siglo XVIII, de que es un fenómeno **totalmente nuevo** y de que por sí mismo va generando una antítesis que ineludiblemente lleva a la síntesis del comunismo.

Ciertamente el capitalismo creció con el auge de la técnica y de las comunicaciones, en el siglo XVIII, pero lo que entonces empezó a irrumpir fue un capcioso liberalismo económico (manchesterismo), que rompió totalmente los lazos entre la economía y la moral y que **degradó la economía a mero**

instrumento de dominio económico para lograr un dominio político internacional.

Lo que empezó a imponerse en esa época fue un nuevo sistema que estaba colocándose SOBRE el capital, **valiéndose del capital y la especulación** para conquistar influencia política universal.

Tal móvil político, inconfesable, es el alma del SUPRACAPITALISMO, al que en forma secundaria se agrega como hijastra la pasión de la avaricia por mucha gente que propiamente no forma parte del Supracapitalismo de móvil político.

La filosofía del supracapitalismo es especulativa y política. Manipula en provecho propio la economía del ciudadano y de la Nación.

El Supracapitalismo utiliza, indistintamente, el **monopolio** (un solo productor), el **monopsonio** (un solo vendedor) y la **especulación**. En cambio, el capitalismo sano (donde quiera que haya existido), se basa en factores económicos equitativos y carece de fines políticos.

En realidad el capitalismo empezó a existir desde el momento en que el hombre fue capaz de producir lo indispensable para subsistir y **algo más como remanente**.

La teoría marxista presupone que durante milenios hubo un vacío económico en el mundo y que hasta el siglo XIV, y más claramente hasta el XVI, comenzó a aparecer el capitalismo, cosa falsa, pues lo que entonces comenzó a aparecer fue una táctica política empeñada en valerse de la economía como uno de sus recursos para conquistar el dominio mundial.

Si la palabra "capital" significara realmente (como pretenden el Liberalismo y el Marxismo) **"los productos que el hombre utiliza, no para la satisfacción inmediata de sus necesidades, sino para producir otros bienes"**, es evidente que el primer hombre que pudo obtener víveres para varios días de supervivencia, logró luego disponer de tiempo para producir "**otros bienes**". En esta forma resulta que una despensa bien surtida es ya **un capital**.

La célula del capitalismo fue el hombre que produjo más de lo que necesitaba para subsistir. Ahí empezó su evolución hacia planos de vida superior a la de la bestia que caza para no morir de hambre y que cesa su actividad en el momento en que la sacia.

Es claro que todo remanente de producción comenzó a ser capital, chico, mediano o grande.

El capital que lograba el jefe de familia, o sea el remanente que le quedaba después de cubrir su subsistencia, hizo posible la instrucción cada vez más completa de sus descendientes.

La sociedad no hubiera evolucionado a no ser por la creación de esos **remanentes**, a los que en rigor se les puede llamar "capital".

El Papa León XIII dijo que "no puede existir capital sin trabajo, ni trabajo sin capital". Como es evidente que el trabajo ha existido siempre sobre la tierra, resulta que toda capacidad de trabajo es ya un "capital". Aun el peón que sin un centavo en los bolsillos va a su primer día de trabajo, lleva el capital de su fuerza muscular, y con adecuado apoyo en esto puede hacerse de recursos para ascender.

Tan capitalista era hace más de cinco mil años el egipcio que lograba una buena cosecha o el asirio que producía telas y obtenía un buen nivel de vida, como el dueño actual de una granja o el propietario de una fábrica.

Independientemente de eso, siempre hay la contingencia de que el uso degenere en abuso. Esto no es nuevo, pues 640 años antes de Cristo, Solón maldecía a los especuladores que acaparaban el grano para luego venderlo a un precio injusto.

Uno de los grupos judíos que más combatieron a Cristo fueron los saduceos, maestros de la usura y la especulación, de quien el padre Xavier Escalada, S.J. afirma:

"Verdaderos utilitaristas y vividores, tenían muy poco de religioso y mucho de político de la peor calidad. Les interesaba únicamente el poder y el dinero; negaban la resurrección, preocupados en exclusiva de los bienes terrenos, como precursores del materialismo y utilitarismo con que en el mundo de hoy se enjuicia a sus descendientes. Por sus manejos inmorales, sobornos, coacciones, asaltos y toda clase de tropelías, habían acaparado los puestos claves en el sanhedrín y el mando judío..." (El Proceso de Jesús).

Tales utilitaristas que menciona el padre Escalada fueron la semilla del Supracapitalismo de hoy.

En el pasado hubo varios intentos de frenar ese proceso trapacero. En el siglo XIV se decretó en Conventry que ningún usurero podría ser consejero, presidente de un gremio o alcalde. En Florencia se multaba a los que practicaban la usura. Durante varios siglos la Iglesia aprovechó su influencia política para castigar a esos especuladores y dejó constancia de ello en el Concilio de Viena (1312), decretando la excomunión para los gobernantes que permitieran la usura, y como autores de herejía a quienes afirmaran que la usura no era pecado.

A fines del siglo XVI el Papa Clemente VIII prohibió en Italia las operaciones de los usureros judíos, salvo en las ciudades de Roma y Ancona, donde podrían ser vigilados para impedir abusos.

Después en el II Concilio de Lyon (1724) se fijaron severas penas contra la especulación.

R.H. Tawney dice: "De hecho, los eclesiásticos intentaron dar de lado al usurero, fundando instituciones donde los pobres pudiesen obtener dinero barato. Las parroquias, fraternidades religiosas, gremios, hospitales y acaso los monasterios, prestaban granos, ganado y dinero. En Inglaterra los Obispos organizaban préstamos de esa naturaleza con la aprobación papal, a mediados del siglo XIII, y dos siglos más tarde, hacia 1462, los franciscanos encabezaron el movimiento para la fundación de Montes de Piedad que, iniciados en Italia, se extendieron para mediados del siglo XVI a Francia, Alemania y los Países Bajos, y aunque no llegaron a Inglaterra –porque se interpuso la reforma– cumplieron un tema de frecuentes comentarios y elogios de los escritores ingleses sobre ética económica." (1)

Naturalmente la Iglesia se ganó la enemistad de los promotores del Supracapitalismo de todas las épocas.

¿Qué pasó después, que pese a los esfuerzos de la Iglesia el Supracapitalismo fue abriéndose paso? Su persistencia y su astucia han sido insuperables.

El padre Julio Meinvielle coincide con el historiador Jasen en que desde antes de la Reforma calvinista, los judíos empezaron a amasar fortunas mediante diversas maniobras financieras, que en seguida las decuplicaron al cundir el calvinismo. Y el poder del dinero lo aprovecharon para conquistar poder político. En 1338 lograron que quienes les dieran algún tipo de protección podían obtener préstamos con el 32% anual, en vez del 43%.

El consejo de Maguncia (Ayuntamiento) obtuvo créditos de los hebreos y a cambio accedió a permitirles un interés del 52% anual, que en aquellas circunstancias era exagerado. Y así fueron los prestamistas logrando que se les permitiera casi "un libre mercado", con el 86% anual, en perjuicio de comerciantes y campesinos.

Conforme los mercados se ampliaban, quien obtenía crédito llevaba una gran ventaja frente a quienes no lo lograban. Los prestamistas aprovecharon esa situación para prestar a sus favoritos. **El crédito se convirtió así en una eficaz arma política.**

Las ideas liberales fueron acreditándose, rápidamente, y entre ellas se coló la consigna de "dejar hacer, dejar pasar". Lord Bacon escribió una defensa entusiasta de la usura en tanto que Harrison hizo la crónica de la capitulación de Inglaterra ante "la usura, invención de los judíos, aunque hoy sea perfectamente practicada por casi todos los cristianos." (1)

(Sólo que el cristiano, por motivos morales, no sabe sacarle cabal provecho a la usura, ni tiene igual destreza para usarla)



El supracapitalismo ha utilizado la economía como instrumento político de dominación. Los usureros de Inglaterra se valieron de esta arma y Lord Bacon escribió una defensa entusiasta de usura.

(1) La Religión en el Origen del Capitalismo. R.H. Tawnery.

(1) Felipe II. William Thomas Walsh.

CONQUISTARON FUERTE BASE EN INGLATERRA

Juan Calvino (1509-1564), en realidad llamado Juan Cauvin, estableció en Ginebra una sangrienta dictadura y dio forma nueva a antiguas ideas teológicas, según las cuales Dios crea a unos hombres para que se salven (predestinados) y a otros para que se pierdan, sin que a éstos les valgan sus obras. De esto se derivó que el poder económico era un signo positivo de predestinación.

Tales ideas penetraron profundamente en Inglaterra y dieron auge a la corriente del "puritanismo" en el cual se alinearon los especuladores. En la segunda mitad del siglo XVI se extendieron por todo el mundo. Cundió la piratería contra España y la Indias Orientales; creció el monopolismo comercial en la India y en otras regiones y se dio por válida la nueva tesis de que MORAL y ECONOMÍA no deben tener ninguna relación entre sí.

Ese importante cambio ocurrió en Inglaterra bajo el reinado de Isabel I, que era manejada por Guillermo Cecil (o Sissill o Sissilt) verdadero poder detrás del trono, calvinista, enemigo del cristianismo. Con Isabel y Cecil la economía se convirtió en un instrumento de explotación para servir a intereses políticos. Propiamente ya no se trataba de capitalismo (como creador de bienes y servicios) sino de explotación de los productores de bienes y servicios.



Bajo el reinado de Isabel I, de Inglaterra, Sissill era el poder detrás del trono y dio impulso al nuevo instrumento de explotación y dominio político, disfrazado con la norma "liberal" de que no deben tener ninguna relación entre sí la moral y la economía.

Ese fenómeno se acrecentó en el siglo XVII, cuando Oliverio Cromwell se convirtió en el amo absoluto de Inglaterra al desbaratar el parlamento, decapitar al rey Carlos I, suprimir al catolicismo y abrir las puertas a la inmigración judía, de acuerdo con el rabino Jacob Ben Azabel, según lo refiere el también judío León Halevy en "Resumen de la Historia de los Judíos".

Cromwell era también aconsejado por el rabino de Amsterdam, Manassé Ben Israel, según lo consigna Y.R. Lembelin en su libro "Las Victorias de Israel". Por cierto que Cromwell era puritano, nieto de la hija del usurero Horatio Pallavicino.

Durante el dominio de Cromwell, la ciudad de Manchester fue prácticamente la cuna del Supracapitalismo organizado.

Por eso el historiador judío Jurgen Kuczynski aplaude aquella época con las siguientes palabras: "Este hecho, de gran importancia en la historia de la humanidad, constituye la primera revolución victoriosa de la edad moderna, que sin aparejar un cambio del sistema, estabiliza el nuevo y da a Inglaterra una ventaja social de más de 100 años con respecto al Continente... La historia inglesa en los siglos sucesivos seguirá un curso profundamente distinto al del Continente, donde, en cambio, la reacción ganó la partida." (1)

El Supracapitalismo se acrecentó en el siglo XVIII y produjo magnates como Jacobo Mill, jefe de la Compañía de las Indias Orientales, explotador sin ningún freno moral.

Y en el siguiente siglo Juan Stuart Mill, hijo de Jacobo, desarrolló en forma sutil, pedagógica, el utilitarismo, la amoralidad económica, el individualismo egoísta, etc. Otros teorizantes lo secundaron para que el sistema se extendiera por el mundo entero.

Después de Inglaterra, Estados Unidos fue la segunda base del auge del Supracapitalismo, cuya supremacía se ha evidenciado en el Neoliberalismo y la Globalización.

Todavía en mayo de 1931 el Papa Pío XI aludió a ese fenómeno económico (encíclica cuadragésimo Anno), al decir: "Salta a la vista que en nuestro

(1) Breve Historia de la Economía. Jurgen Kuczynski.

tiempo no se acumulan solamente riquezas, sino también se crean enormes poderes y una supremacía económica despótica en manos muy pocas... Estos potentados son extraordinariamente poderosos, como dueños absolutos del dinero gobiernan el crédito y lo distribuyen a su gusto; diríase que administran la sangre de la cual vive toda la economía, y que de tal modo tienen en su mano, por decirlo así, el alma de la vida económica, que nadie podría respirar contra su voluntad...

"La prepotencia económica ha suplantado al mercado libre; al deseo de lucha ha sucedido la ambición desenfrenada de poder; toda la economía se ha hecho extremadamente dura, cruel, implacable..."

Así lo denunciaba Pío XI en 1931, cuando esa crueldad e implacabilidad estaban todavía bastante lejos de hacer estallar su orgía de Globalización.

- BIBLIOGRAFÍA -

México a Través de los Siglos - Vicente Riva Palacio, Juan de Dios Arias, Alfredo Chavero, Enrique Olavarría, José María Vigil y Julio Zárate.

Historia de México - José Bravo Ugarte, S. J.

Apuntes Para la Historia de la Masonería en México - Luis J. Zalce y Rodríguez, 33°.

Huichilobos - Alfonso Trueba.

Historia de la Nación Mexicana - Mariano Cuevas, S. J.

Enciclopedia de la Francmasonería - Albert Gallatin Mackey. 33°.

Historia de los Heterodoxos Españoles - Marcelino Menéndez Pelayo.

Felipe II - William Thomas Walsh.

La Familia Carvajal - Alfonso Toro.

Los Judíos en Sefard - R. Cansinos Assens.

Descubrimiento en México - Egon Erwin Kisch.

Historia de las Sociedades Secretas - Vicente de la Fuente.

Disraeli - Hesketh Pearson.

Comentario a las Revoluciones de México - Antonio Gibaja y Patrón.

México, el País de los Altares Ensangrentados - Francis Clement Kelley.

Un Siglo de México - Alfonso Junco.

México, Tierra de Volcanes - Joseph H. L. Schlarman.

La Expulsión de los Jesuitas - Alfonso Trueba.

Notas Sobre México - J. R. Poinsett.

Poinsett, Historia de una Gran Intriga - José Fuentes Mares.

México Falsificado - Carlos Pereyra.

Alamán - Alfonso López Aparicio.

México tal Cual es - Manuel Domenech.

México es así - Antonio Bahamonde.

La Diplomacia Extraordinaria Entre México y los EE.UU. - Alberto María Carreño.

La Masonería en Descubierto - Mauricio Fara.

Las Sociedades Secretas - S. Hutin.

La Religión de Israel - S. Bloch (Enciclopedia judaica).

Masonería. Historia de los Hermanos Tres Puntos - Alberto J. Triana.

Historia de la República de Guatemala - J. Antonio Villacorta.

México: la Lucha por la paz y por el pan - Frank Tannenbaum.

Simbolismo de la Masonería - Mons. León Meurin.

La Masonería Oculta y la Iniciación Hermética -	J. M. Ragon.
5 Ensayos Sobre Temas Judíos -	Salomón Resnick.
Causas y Caracteres de la Independencia Hispanoamericana -	Congresos Hispanoamericanos de Historia.- Madrid, 1953.
Los Conquistadores Españoles -	F. A. Kirkpatrick.
Monterrey -	Vito Alessio Robles.
Los Partidos Políticos en México -	Vicente Fuentes Díaz.
Meditaciones Sobre México -	Jesús Silva Herzog.
Lo que España Debe a la Masonería -	Eduardo Comín Colomer.
La Doctrina Secreta - Cosmogénesis y Antropogénesis -	H. P. Blavatsky.
Diccionario Enciclopédico de la Masonería -	Lorenzo Frau Abrines. 33°.
El Judío en el Misterio de la Historia -	Pbro. Julio Meinvielle.
El Comunismo en la Revolución Anticristiana -	Pbro. Julio Meinvielle.
Los Estados Unidos -	H. W. van Loon.
Miseria de México -	Pbro. Pedro Velázquez H.
El Proconsulado -	José Vasconcelos.
Qué es la Revolución -	José Vasconcelos.
La Tormenta -	José Vasconcelos.
Ulises Criollo -	José Vasconcelos.
El Desastre -	José Vasconcelos.
Filosofía Elemental -	Zeferino González.
Los Grandes Problemas de México -	Francisco Bulnes.
El Comunismo en México -	Anastasio Manzanilla.
La Guerra de 3 Años -	Alfonso Trueba.
Acción Anticatólica en México -	Cgo. J. Jesús García Gutiérrez.
La Cuestión Religiosa en México -	Pbro. Francisco Regis Planchet.
Inquisición Sobre la Inquisición -	Alfonso Junco.
Entre las Patas de los Caballos -	Luis Rivero del Val.
El Conflicto Religioso de 1926 -	Aquiles P. Moctezuma.
Memorias -	Jesús Degollado Guizar.
La Iglesia Católica y la Rebelión Cristera -	Gral. Cristóbal Rodriguez.
Los Mártires Mexicanos -	Joaquín Cardoso.
La Tragedia de Yucatán -	Gustavo Molina Font.
Toda la Verdad Acerca de la Revolución Mexicana -	Francisco Bulnes.
Cárdenas -	Pere Foix.
Lázaro Cárdenas -	Carlos Alvear Acevedo.
La Internacional -	Traian Romanescu.
Los Tratados de Bucareli -	Adolfo Manero Suárez.

La Flama -	José Vasconcelos.
Presente y Futuro de México -	Juan Espinosa Jr.
La Segunda Intervención Americana -	Ángel Lascuráin y Osio.
Imagen del Mexicano -	Dr. José Gómez Robleda.
El Perfil del Hombre -	Samuel Ramos.
La Raza Cósmica -	José Vasconcelos.
El México Desconocido -	Carl Lumholtz.
Zapata -	Mario Mena.
La Sucesión Presidencial en 1910 -	Francisco I. Madero.
La Revolución Mexicana -	Alperovich, Rudenko, Lavrov. (Cuatro Estudios Soviéticos).
Política Agrícola -	Ramón Fernández y Fernández y Ricardo Acosta.
Antón Lizardo -	Alejandro Villaseñor y Villaseñor.
Juárez y la Intervención -	José Fuentes Mares.
La Juventud Católica y la Revolución Mexicana -	Antonio Rius Facius.
Historia Privada de la Revolución Española -	Juan Manuel Alcántara.
Un vecino va a Trabajar -	Memorias de Josephus Daniels.
Por Dios y por la Patria.- Memorias -	Heriberto Navarrete, S. J.
La Verdadera Revolución Mexicana -	Alfonso Taracena.
Memorias -	Gral. Jacinto B. Treviño.
Conceptos Fundamentales de la Economía -	Pbro. Julio Meinvielle.
Curso Elemental de Economía -	H. M. Scott.
Tratado de Teoría Económica -	Francisco Zamora.
Stuart Mill.- El Positivismo Inglés -	H. Taine.
Manual de Economía Política -	Academia de Ciencias de la URSS.
Manual de Marxismo-Leninismo -	Otto V. Kuusinen.
La Religión en el Origen del Capitalismo -	R. H. Tawney.
Breve Historia de la Economía -	Jurgen Kuczynski.
Diccionario de Textos Sociales Pontificios -	Ángel Torres Calvo.
Documentos Pontificios -	Encíclicas.
El Telegrama Zimmermann -	Bárbara W. Tuchman.
La Batalla Ideológica en México -	Alberto Bremauntz.
La Constitución de los Estados Unidos -	Carlos Pereyra.
Morazán y la Federación Centroamericana -	Arturo Humberto Montes.
Historia de Centro América -	Ernesto Alvarado García.
La Estructura Social y Cultural de México -	José E. Iturriaga.
Discursos -	José Vasconcelos.
Anacleto González Flores -	Antonio Gómez Robledo.
Sionismo -	Ajad Haam.
Para que Él Reine -	Jean Ousset.

Historia de los Judíos en América - **Samuel Oppenheim.**
Freemasonery and the Presidency, U.S.A. - **Ray V. Denslow (Logia de Investigaciones de Missouri).**
Las Grandes Traiciones de Juárez - **Prof. Celerino Salmerón.**
Mi Diario - **Federico Gamboa.**
Síntesis Histórica - **Gral. e Ing. Federico Cervantes.**
Yo Maté a Villa - **Victor Ceja Reyes.**
Historia del FBI - **Don Whitehead.**
Indalecio Prieto, Socialista - **Mauricio Carlavilla.**
Memorias - **Gral. Juan Andrew Almazán.**
Cuando el Peso Valía más que el Dólar - **Héctor Hugo del Cueto.**
Historia Sociológica de México - **Lic. Salvador Chávez Hayhoe.**
50 Años de Revolución Mexicana - **(Varios autores).**
Historia Universal - **J. Jastrow.**
Manual de la Masonería - **Andrés Cassard - Soberano Grande Insp.**
Seventy Years of Life and Labour - **Samuel Gompers.**
Rockefeller - **Hans Georg Merten.**
La Constitución de los E.U. - **Carlos Pereyra.**
¿Capitalismo o Socialismo? - **Fritz Sternberg, procomunista.**
La Educación Socialista en México - **Sebastián Mayo.**
La Culpa de Lane Wilson - **Ramón Prida.**
Protocolos - **Mauricio Carlavilla.**
Morelos - **Ezequiel A. Chávez.**
Santa Anna - **José Fuentes Mares.**
El Catolicismo de Izquierda - **Jean Calbrette.**
Entre Columnas - **Revista Masónica.**
Anti-España 1959 - **Mauricio Carlavilla.**
El Derecho de la Guerra Justa - **Yves de la Brière, S. J.**
Ponciano Arriaga - **J. J. González Bustamante.**
Documentos Históricos Constitucionales de las Fuerzas Armadas Mexicanas - **Edición del Senado de la República.**
El Hombre Unidimensional - **Herbert Marcuse.**
El Padre Camilo Torres - **Pbro. Germán Guzmán C.**
La Iglesia, el Subdesarrollo y la Revolución - **Varios Autores.**
La Revolución Desvirtuada - **Alfonso Taracena.**
La Acción Humana. Tratado de Economía - **Ludwig von Mises.**
Subversión Internacional - **Traian Romanescu.**

Mas compilación de 13,305 ejemplares de periódicos o revistas especializadas en que han aparecido informaciones o artículos firmados.

- INDICE -

CAPÍTULO		
I	Alma en Formación	5
II	Premexicano, Mexicano, Antimexicano	19
III	Un Pasado Todavía Presente (1325-1821)	38
IV	Luchando por el Botín (1821-1847)	114
V	Oportunidades Perdidas (1848-1867)	187
VI	Oportunidades Aprovechadas (1867-1911)	251
VII	Wilson nos Impone el Punto VI (1911-1923)	310
VIII	Morrow Salva a Calles (1923-1934)	386
IX	Cárdenas Acelera y Luego Frena (1934-1940)	474
X	Treguas y Aceleramientos	549
	APÉNDICE Capitalismo y Supracapitalismo	559
	Bibliografía	567